POR LAS GRUTAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

Traducción de los artículos escritos en ruso

por Helena Petrovna Blavatsky,

comentados por Mario Roso de Luna

NOTA IMPORTANTE

Este tomo puede considerarse, por su formato y por su contenido, cual un verdadero apéndice a los tomos I, II y III de la Biblioteca de las Maravillas, de M. Rosa de Luna. En homenaje a la memoria de la abnegada y principesca dama rusa Helena Petrovna Blavatsky, cuyas obras en pro de la dignificación de la Humanidad, se han hecho célebres en el mundo, se da en edición aparte, aunque en condiciones semejantes a los tomos de dicha Biblioteca.

A su fraternal amigo y compañero
RAFAEL MARTÍNEZ DE CARNERO,
dedica estos modestos comentarios de la obra de la Maestra,
Mario Raso de Luna.

PRÓLOGO

Uno de nuestros mayores deseos desde que conocimos la importantísima literatura teosófica que cuenta ya con muchos millares de obras en todas las lenguas del mundo, fue el de ver reunida en un tomo en castellano la colección de las preciosas cartas que nuestra Maestra Helena Petrovna Blavatsky, recién llegada a la India en compañía del coronel Olcott comenzó a escribir para la revista moscovita *Russki Vyestnik (El Mensajero Ruso),* por los años de 1879 y 1880, y cuya publicación causó tal extrañeza en aquel su país natal, dice el mismo Olcott, que las tiradas eran rápidamente agotadas y su autora pagada en las mismas condiciones preferentes que el gran literato ruso Turgenieff. Nada tiene de extrañar esto último, porque quien haya leído en las revistas teosóficas los cuentos ocultistas firmados por aquélla, tales como *La cueva de los ecos, El violín con alma, Una vida encantada,* etc., etc., no habrá podido menos de sentir ese escalofrío astral que cabrillea en nuestros nervios cuando roza nuestro espíritu con las terribles realidades de lo hiperfísico.

Años después de la publicación de dichas cartas al *Russki Vyestnik*, y ya posesionada su autora de un mayor conocimiento de la lengua inglesa, o sea en el último período de su vida mortal (1885-1891) pasado en Londres, parece ser que ella hizo, o que por otros se pensó hacer, la versión de aquellas cartas al inglés, en un volumen bajo el título de *From the caves and jungles of Hindostan.* La primera edición, en 4º, contemporánea de los dos primeros tomos de *La Doctrina Secreta,* y complemento de éstos en más de un aspecto, como luego veremos, apareció al fin; fué pronto agotada[i], y la siguieron otras en dicha lengua inglesa, una de ellas la versión dada de nuevo por la *The theosophical publishing society of London,* en 1908, en un tomo, en 4º menor, con 318 páginas, tomo que tenemos a la vista y que lleva como subtítulo la frase de "Translated from the russian of Helena Petrovna Blavatsky", tras lo cual, sin firma, y copiado de la primera edición, aparece un "Translator's preface", que comienza con estas palabras: "Confieso, ante todo –decía siempre Mme. Blavatsky–, que mis cartas al *Russian Messenger,* bajo el título genérico de *From the caves and jungles of Hindostan,* fueron escritas a ratos perdidos, más como entretenimiento que con un propósito serio; es decir, sin un objetivo realmente científico. En general, los hechos e incidentes que en ellas se refieren son verdaderos; pero yo he usado sobre éstos del derecho de todo autor para agruparlos, trastrocarlos, darlos el color y la intensidad

dramática necesarias para conseguir el efecto artístico. Por esto, repito, este libro es exacto en el fondo, aunque la crítica no deba ver en él sino una verdadera novela de viajes y tratarla con benevolencia".

Después de consignar esto el "traductor" del prefacio de dicha edición que tenemos a la vista, sigue hablando en nombre propio, y añade: "que repetidas cartas, como dice la misma Mme. Blavatsky, fueron escritas en momentos de asueto, durante 1879 y 1880, para las páginas del *Russki Vyesmik*, editado por M, Katkoff; los manuscritos de ésta además eran muy incorrectos, desordenados y con gran frecuencia obscuros, y los cajistas rusos, al llegar a la multitud dé nombres y detalles hindúes que contenían las cartas, trocaron letras o palabras, por su desconocimiento de las lenguas orientales, dando lugar más de una vez, por no haber corregido nunca la autora sus pruebas, a que resulten aquéllos inidentificables, o al menos desfigurados en su verdadera escritura local. Además, el traductor, aunque ruso –dice la traducción a que nos referimos– carece de la erudición necesaria para rectificar los errores y poner en su lugar las cosas, razón por la cual dicho traductor da las gracias a Mr. John C. Staples por la ayuda "que le prestara en los primeros capítulos".

Nos extendemos en estas consideraciones preliminares, no tanto porque el "traductor" anónimo que escribió este prefacio debió acaso consignar su nombre y salvar así la ambigüedad que resulta, como si la autora misma hubiera traducido del ruso sus cartas, al tenor del subtítulo, sino porque la detenida lectura de la referida obra, pese a lo que a la propia autora dice o se le atribuye, nos ha demostrado que se trata, bajo velo, por decirlo así, de una profundísima obra de Ocultismo relativa a la primitiva Religión-Sabiduría que está detrás del brahmanismo, del buddhismo, del cristianismo y, sobre todo, del antiguo jainismo –no el jainismo moderno–, que es religión anterior a todas éstas, por supuesto, y que se halla más vecina, por tanto, a dicha Fuente o Revelación primitiva, la cual, a su vez, data quizá, no ya de los tiempos del esplendor de la Atlántida, sino de los todavía más remotos de la Lemuria.

Esta es la razón fundamental por la que, llenos de respeto hacia la memoria de nuestra venerada Maestra H. P. B.[ii], y a las mil maravillosas aventuras que ella nos relata, nos lanzamos a la publicación de los presentes comentarios, seguros, en nuestra insignificancia, de decir algo muy hondo que hasta aquí no se ha dicho

respecto a *From the caves of jungles of Hindostan*, en forma de anotaciones a los doce primitivos artículos publicados en una revista rusa, artículos que integran a dicha obra en las ediciones inglesas.

Pero entre todos los misterios de *Grutas y Selvas del Indostán* flota siempre como el mayor de ellos el relativo a la persona de Blavatsky:

"Si se quiere hacer a H. P. B. la más elemental justicia –dice Olcott en su *Historia* (I, 107)– es preciso no perder de vista un hecho importantísimo, y es que ella no era una mujer sabia, en el efectivo sentido de la palabra, cuando desembarcó en América. Mucho después, cuando *Isis sin velo* fué comenzada, yo escribí a su queridísima tía Mlle. N. A. Fadayef, dónde había podido aprender su. sobrina toda su variadísima erudición, su rara filosofía, metafísica, ciencias y, en fin, esa comprensión intuitiva prodigiosa de la evolución de las razas, la emigración de las ideas, las fuerzas ocultas de la Naturaleza, etc., etc. Dicha tía de H. P. B. respondióme paladinamente que hasta su última entrevista, que databa de cinco o seis años antes, Helena jamás había ni soñado en semejantes cosas, pues que su educación había consistido simplemente en lo que es corriente a toda señorita de buena familia. Ella no había aprendido sino el ruso, el francés, un poco de inglés, algo de italiano y la música, y su dicha tía era la primera en admirarse con cuanto yo la comunicaba respecto de su maravillosa erudición, que no podía atribuir sino al mismo género de inspiración o ciencia infusa de que gozaron los apóstoles recibiendo el día de Pentecostés el don de lenguas. Añadía aquélla que desde su infancia su nieta había sido una medium notabilísima por sus poderes psíquicos y por la variedad de sus fenómenos[iii]."

No hay página, en efecto, de la notable obra de Sinett, *Incidentes de la vida de madame Blavatsky*, ni tampoco de la citada obra de Olcott, *Historia auténtica de la Sociedad teosófica*, que no traiga algo extraño, algo maravilloso, pero rigurosamente cierto respecto a tan excepcional mujer, que recibe mortales heridas en su juventud luchando al lado de Garibaldi en Mentana contra las seculares tiranías pontificias, y, sin embargo, es tornada a la vida del modo más inexplicable; que naufraga en un barco cargado de explosivos que va camino de Siria y es la única de todo el pasaje que, asida a un madero, se salva; que recorre los más pavorosos desiertos y selvas de las cinco partes del mundo sin sufrir el menor accidente; que es más tarde desahuciada en dos ocasiones diferentes por los médicos y las dos veces se salva también contra todos los

fallos de la ciencia de Esculapio; mujer, en fin, Maestra consumada en todas las clases de *mayas* que saben producir los grandes yoguis indostánicos, desde el invisible *elemental* transformado mágicamente en blanca mariposa y los libros astralmente llevados a Nueva York desde remotísimas bibliotecas ocultas, hasta los racimos de uvas, las cartas, los retratos y mil otras cosas sacados taumatúrgicamente y hechos ostensibles merced a los más desconocidos poderes del Akâsha, gracias al dominio que H. P. B. había logrado alcanzar sobre las invisibles fuerzas de los elementos, cual se cuenta de todos los grandes Maestros de la antigüedad y en especial de los que con sus portentos curativos y mágicos se han ayudado para la exposición de sus respectivas doctrinas religiosas.

Gustosos consagraríamos a estos sugestivos detalles, que se salen, por lo extraordinarios, de todos nuestros moldes científicos conocidos, si la extensión de este prólogo lo permitiese. Además el lector los puede encontrar perfectamente puntualizados y detallados en las dos citadas obras y en alguna otra semejante de la abundantísima literatura teosófica[iv]. La *Yakshini Vidya* o dominio sobre los elementales es una ciencia oriental completamente desconocida todavía en Occidente, ciencia a la que ni de lejos pueden llegar nuestras peligrosas y casi siempre funestas prácticas hipnóticas y sus análogas, pues que presupone en el agente condiciones de desinterés, de conocimiento y de pureza, tanto moral como física, a las que en nuestro actual estado de evolución no podemos alcanzar todavía nosotros ıos europeos por grande que sea nuestra fuerza de voluntad y nuestro estudio, porque nos falta la fe, no la vulgar fe positiva religiosa, sino la fe integral en la divina condición prístina y los mágicos poderes latentes en todo hombre, sin lo cual la intuición, que permite asimilarnos estas realidades, no puede desenvolverse, aunque, por otra parte, sea bien cierto el dicho de Cicerón (*De natura deorum,* libro ıI) de que "jamás ha habido un hombre falto por completo de la divina inspiración, y de que, por otro lado, para aquellos hombres que pueden llamarse verdaderamente grandes, todas las cosas suceden ventajosamente, como ha sido afirmado y comprobado siempre."

"Sin dinero, sin ninguna clase de influencia ni de protección, sin mas apoyo que su indomable valor y su incansable energía, esta mujer verdaderamente extraordinaria –dice su hermana Vera P. Jelihovsky– consiguió en menos de cuatro años atraer a sí prosélitos llenos de abnegación que se hallaban dispuestos a seguirla a la India y a

expatriarse con alegría; y en menos de quince años llegó a tener millares de discípulos, quienes no solamente profesaron sus doctrinas, sino que después la proclamaron "el maestro más eminente de nuestros tiempos, la esfinge del siglo, la única persona del mundo occidental iniciada en las ciencias ocultas de Oriente; y a la verdad, con pocas excepciones, se hallaban dispuestos a canonizada si la filosofía que ella les enseñara se lo hubiera permitido."

"Casi no existe país alguno en donde el fallecimiento de H. P. Blavatsky no haya producido una impresión profunda. En todo el mundo tuvo gran resonancia la noticia de la muerte de esta pobre rusa, cuyo único mérito para semejante celebridad consistía en su genio personal. Durante algún tiempo su nombre figuró en la Prensa de todas las naciones. Es indudable que se habló, más mal que bien de ella; pero al fin se habló de ella: los unos, para denostarla de varios modos; los otros, los teósofos, para, en veinte o más publicaciones, proclamarla iluminada, profetisa y salvadora de la Humanidad, quien, sin las revelaciones hechas en las obras de aquélla, sobre todo en *La Doctrina Secreta,* debía ser arrastrada a su perdición por el espíritu materialista de la época."

"Nuestra madre Helena de Hahn, *née Fadéeff* –sigue diciendo Jelihovsky–, murió a la edad de veintisiete años. A pesar de su muerte prematura, era tal la reputación literaria que había adquirido, que se había granjeado el nombre de "la George Sand rusa", nombre que le fué dado por Belinsky, el mejor de nuestros críticos. A los dieciséis años se casó con Pierre de Hahn, capitán de artillería, y a poco todo su tiempo hubo de consagrarlo a la educación de sus tres hijas. Helena, la mayor, era una niña precoz, que desde su más tierna edad llamaba la atención de cuantos se ponían en contacto con ella. Su naturaleza se revelaba por completo contra la rutina exigida por sus maestros, asimismo contra toda clase de disciplina; no reconocía amo alguno, sino su propia buena voluntad y sus gustos personales. Era exclusiva, original, y a veces osada hasta la violencia. Cuando, después de la muerte de nuestra madre, fuimos a vivir con sus parientes, todos nuestros maestros habían agotado su paciencia en Helena, quien jamás se avenía a horas fijas para las lecciones, asombrándolos, sin embargo, por su brillante inteligencia, especialmente por la facilidad con que llegaba a dominar los idiomas extranjeros y también por sus disposiciones musicales. Tenía el carácter, así como todas las cualidades, buenas y malas, de un muchacho enérgico; le

gustaban los viajes y las aventuras, despreciaba los peligros y le importaban muy poco las reprensiones. Cuando nuestra madre se sentía ya morir, aunque Helena, su hija, sólo contaba once años, decía, temiendo por su porvenir: –¡Ah! ¡Quizá sea mejor que me muera, porque así, al menos, no llegaré a presenciar lo que a Helena le suceda, porque estoy segura que su vida no será como la de las demás mujeres, y tendrá mucho que sufrir...!"

"¡Profecía verdadera!"

"Podría aplicarse a H. P. B. –añade Olcott– aquello que Miss Oliphant dice de Bentham en la *Historia literaria de Inglaterra* (III, 203): "Es evidente que poseía el instinto del viejo marinero para discernir acerca de los hombres, escucharlos y comprenderlos, amén de una gran facilidad para adoptar en sus afecciones toda cosa notable y nueva de la que apreciaba las tendencias... Pocos seres humanos, entre los más grandes, han sido servidos y reverenciados como él por sus semejantes." ¿Qué humana criatura ha existido, en efecto, como ésta, tan completa, fascinadora, iluminadora H. P. B.? ¿Dónde encontrar, tampoco, una personalidad tan extraña y dramática, mostrando en sí tan claramente los dos opuestos polos de lo humano y lo divino? No permita el Karma que a semejante ser llegue yo a hacerla ni la más pequeña sombra de injusticia; pero jamás ha existido un personaje histórico en cuya psiquis lo bueno y lo malo, la luz y la sombra, la prudencia y la ligereza, la clarividencia espiritual y la simple falta de buen sentido, se haya reunido, mezclado y contrapesado como en ella, y todo lo doy por bien empleado, con tal de haber vivido en su intimidad y de haber con ella trabajado y sufrido las más preciosas de mis experiencias, porque era tan colosal ocultista, que nosotros no podemos atrevernos a pretender medir su altura moral, sino amarla de todo corazón, por conocidos que nos fuesen sus defectos, perdonándole éstos, por más promesas suyas que nos hayan resultado fallidas y por más que cien veces haya ella destruido con sus actos la fe que pudiéramos haber tenido en un principio respecto de su posible infalibilidad ... El secreto de la poderosísima influencia de H. P. B. residía en sus innegables poderes psíquicos; en la evidencia de su devoción y apego a sus Maestros, maestros que ella presentaba siempre como personajes reales y humanos, casi sobrenaturales, cuanto en el celo por ella mostrado constantemente hacia la elevación espiritual de la Humanidad por medio de la Sabiduría de Oriente." (*Hist*., I, 9.)

En una época como aquella, de ciego positivismo, parecía natural que fuese acogido con entusiasmo y estudiado con generoso espíritu científico todo fenómeno trascendente, inexplicable por la hasta entonces infalible ciencia oficial, ora proviniese del espiritismo y sus mediumnidades, ora de la hipnosis y sugestión, ora, en fin, de una personalidad tan excepcional e inabarcable como la de H. P. B., quien, pudiendo haber gozado tranquila de la vida principesca a que le daba derecho su nacimiento, en el seno de la más ilustre familia prusiana y rusa, prefirió visitar los lugares más recónditos, inestudiados y antiguos del mundo, adquiriendo en sus viajes conocimientos e iniciaciones que el mundo occidental no posee todavía.

Desgraciadamente, como tras nuestra ciencia oficial late la pasión del orgullo y un mal disfrazado pujo de infalibilidad, los fenómenos de H.P.B. resultan contraproducentes.

"Respecto de los extraños fenómenos operados por mi hermana Helena –dice Vera P. Jelihovsky–, o sea respecto de las juglerías psicológicas naturales, como ella misma las llamaba con desprecio, hubiera sido mejor para ella cuanto para su Sociedad teosófica que se hubiese hablado menos o nada absolutamente de este asunto. Sus amigos, demasiado celosos, al publicar libros como *El mundo oculto,* de Sinnett, la hicieron un flaco servicio. En lugar de aumentar su celebridad, como creían, la historia de los hechos maravillosos llevados a cabo por los fundadores de la Sociedad, la perjudicaron mucho, haciendo que no tan sólo los escépticos, sino que también las gentes de buen sentido los creyesen una falsedad y hasta la acusasen de charlatanería. Todas las historias de Olcott, Judge, Sinnett y muchos otros referentes a objetos sacados de la nada; dibujos que ella hacía aparecer sobre blancos papeles con sólo imponer sobre ellos sus manos; apariciones espectrales de personas muertas o ausentes, cuanto de objetos perdidos hacía luengos años que aparecían bajo raíces de árboles seculares o bien en el seno de almohadones, etc., nada añadieron a la reputación de mi hermana ni de su Sociedad, por el contrario, fueron armas esgrimidas por sus enemigos para tacharla de error y aun de mala fe. El mundo, en general, está lleno de fenómenos más o menos convincentes; pero siempre habrá más traidores que leales y más incrédulos que creyentes. El número de miembros entusiastas de la Sociedad teosófica y de amigos celosos de Blavatsky

que se convirtieron en encarnizados enemigos suyos por la decepción de sus esperanzas de granjería o vanidad, es una nueva prueba de ello."

Pero no por extraños ni por criticados tan necia como despiadadamente dejaban tales hechos de ser ciertos. Algo de ello indica la misma H. P. B. al decir en la correspondencia a su propia familia rusa, citada por Vera P. Jelihovsky, cosas como esta: "Si admitís que el alma humana, el alma vital, el espíritu puro está compuesto de una substancia independiente del organismo y que no se haya inseparablemente unida a nuestros órganos interiores; que este alma que poseen todos los seres –el infusorio lo mismo que el elefante– y que en cada uno de nosotros no puede distinguirse de nuestra sombra, que forma la base invisible casi siempre de su envoltura carnal, sino en tanto que esté más o menos iluminada por la esencia divina de nuestro espíritu inmortal, admitiréis también entonces que es capaz de obrar independientemente de nuestro cuerpo. Procurad comprender bien esto, y muchas cosas hasta ahora incomprensibles serán aclaradas. Esto ha sido reconocido en la antigüedad como un hecho. El alma humana, el quinto principio del ser, recobra parte de su independencia en el cuerpo de un profano durante el sueño, pero un Adepto o Iniciado goza constantemente de semejante estado. San Pablo, el único de entre todos los apóstoles iniciado en los misterios esotéricos de Grecia, dice al hablar de su ascensión al tercer ciclo: "¿En el cuerpo o fuera del cuerpo? No puedo decirlo. Sólo Dios lo sabe." En igual sentido se expresa la criada Rodha cuando dice que ve a San Pablo, "no en él, sino en su Ángel", esto es, en su doble, su sombra. También en los *Hechos de los Apóstoles* (VIII, 39), cuando el Espíritu, la Fuerza divina coge a San Felipe y se lo lleva, ¿es verdaderamente él mismo en cuerpo y vida el transportado a distancia? No, sino que lo fue su alma, su doble y verdadero *Ego*. Leed a Plutarco, a Apuleyo o a Jámblico y en ellos hallaréis numerosas alusiones a estos hechos, ya que no afirmaciones que los iniciados no tienen el derecho de hacer ... Lo que los mediums producen inconscientemente bajo la influencia de fuerzas extrañas evocadas durante su sueño magnético, lo verifican conscientemente los Adeptos obrando por métodos que conocen ... ¡He aquí todo!

El redentor deseo, pues, de sacar a la Humanidad a cualquier precio del pantano materialista movió H. P. B. a realizar sus fenómenos mágicos ante gentes que, por

sus pasiones científicas, no estaban aún preparadas para ello. Por eso escribió verdaderas novelas de Magia, como *Por las grutas y selvas del Indostán.*

"Uno de los resultados más valiosos de la misión que Upasika, o H.P.B. realiza en el mundo –dice una misiva enviada a Olcott por un maestro– es el de estimular a los hombres a estudiar por sí mismos y a destruir en ellos todo servilismo ciego e inconsciente." En cuanto a los fenómenos verdaderamente mágicos que ella producía a voluntad y que reprodujo con una buena fe digna de mejor causa y de mejores gentes que la que a la sazón constituía la *Real Sociedad de Investigaciones psíquicas,* de Londres, añade Olcott: "En mayo de 1884 comenzaron las sesiones con esta última; un taquígrafo recogía los problemas y las respuestas, y la Memoria correspondiente fue publicada en un tomito confidencial, conteniendo toda clase de detalles relativos a las apariciones de fantasmas de los vivos; a la proyección y constitución etérea del doble humano; a los testimonios relativos a los Mahatmas o Adeptos vivientes, aparte de objetos ponderables, campanas astrales, precipitación fenoménica de documentos escritos por los mismos Mahatmas en cartas cerradas de corresponsales ordinarios, durante el mismo curso natural de ellas por el correo; aporte de flores suministradas a un grupo de observadores por el doble astral de un Adepto, etc., etc. ..., y tal fue el desengaño experimentado por H. P. B., ante la escéptica mala fe de aquella sociedad de la que había derecho a esperar bien diferentes cosas, que la pobre mártir escribió con lápiz sobre el ejemplar que tengo a la vista, estas patéticas palabras: "Mme. Blavatsky, que va a morir bien pronto, pues que se ve condenada injustamente, manifiesta a sus amigos de la Real Sociedad, aun para después de su muerte, que semejantes fenómenos, que son la causa de mi prematuro fin, continuarán por siempre jamás. Pero, muerta o viva, yo imploro de mis hermanos y amigos que nunca los hagan conocer al público y no se presten más a sacrificar su reposo para satisfacer la curiosidad del público bajo pretexto científico. Leed este libro. Nunca en todo el curso de mi larga y triste vida he visto junto tal cúmulo de desconfianzas humillantes, arrojadas a la cabeza de una inocente mujer, como las amontonadas en algunas páginas de mala fe escritas por quienes se llamaban mis amigos." Y firmaba: "H. P. Blavatsky.

Sobre mi lecho de muerte, en Adyar, el 5 de febrero de 1885." (*Historia*, III, 11 y 13.)

He aquí, pues, cumpliéndose una vez más, el triste calvario de todos los genios, quienes, como avanzadas que son de la Humanidad, jamás son comprendidos por sus contemporáneos, y lo que es peor, reciben de éstos punzantes coronas de espinas, a cambio del bien que ellos dispensan a las humanidades futuras, cual si cargasen sobre sus robustos hombros de Atlante el fardo de dolores que precisamente con sus enseñanzas evitan a estas humanidades sucesoras. Pero el genio es siempre el genio y renace de sus cenizas como el fénix de la fábula, que, sin duda, le simbolizaba.

Por eso sigue diciendo Olcott:

"H. P. B. tenía un rasgo en su carácter que hace venerada su memoria a casi todos sus antiguos colegas: el encanto. Podía ella, acaso, sacaros de quicio por sus palabras y sus actos; podía exacerbaros hasta el paroxismo, pero cuando ella saltaba al otro extremo en un abrir y cerrar de ojos y ponía en su mirada y en su voz una especie de infantil dulzura, toda nube de rencor quedaba esfumada y no podía menos de amársela de todo corazón.

"Había además en H. P. B. gran cantidad de elementos que la adjudicaban constantemente el imperio sobre cualquiera, a saber: a) Sus asombrosos conocimientos mágicos, su facultad de producir fenómenos y sus relaciones con maestros ocultos. b) Sus brillantes dotes intelectuales, sobre todo en la conversación familiar, sus hábitos aristocráticos; sus grandes viajes y las aventuras extraordinarias de ellos. e) Sus prodigiosas intuiciones acerca de los problemas filosóficos, del origen de las razas, de los fundamentos de las religiones, de los antiguos misterios y símbolos, cosas todas que, en verdad, no eran en ella fruto de estudios, porque jamás hubo estudiante más caprichoso y excéntrico. Ella no era ni dulce ni atenta, sino todo lo contrario, un verdadero prototipo de la sinceridad más cruel con todo género de personas, por elevadas que fuesen. Carecía ella de efectiva cultura literaria y escribía siempre como por inspiración, Sus pensamientos fulguraban como meteoros, apareciendo súbilamente ante su visión mental y extinguiéndose a medias más de una vez, apenas habían surgido. Sus frases estaban cuajadas de paréntesis, a veces interminables y, según colijo, se apropiaba los pensamientos de los demás, preocupada tan sólo de adaptar las fórmulas de ellos a su tema del momento. En suma, era H. P. B. un genio al estilo de Shakespeare y de otros, que tomaba sus materiales de donde buenamente podía encontrarlos y los amalgamaba y fundía con

elementos de su propia aportación en los que los moldeaba. Tomemos sus dos grandes obras, por ejemplo. Cien veces ha saltado ella por sobre las leyes y costumbres literarias que exigen se reconozca o consigne lo que se debe a cada autor de quien se toman las citas, mas sobre entrambas obras resplandece el hilo de oro, la trama de sus propios y superiores poderes, y cada vez percibimos mejor que *La Doctrina Secreta* es un filón inagotable de conocimientos ocultos. Por ello cada día es más numeroso el contingente de estudiantes que veneran su memoria sintiendo el más vivo desprecio hacia aquellos pigmeos que quisieron manchar con su baba de gusanos la fimbra de su vestido.

"Los poderes ocultos de H. P. B. hacían que todo espiritualista la buscase en un principio lleno de insana curiosidad, pero no tardaban en desilusionarse y sumarse al grupo de los sabios para burlarse de ella. Veíase ella asimismo odiada por curas católicos y pastores protestantes que habrían deseado en vano poder producir fenómenos más fuertes que los suyos, y en cuanto al rebaño ortodoxo, la temían todos como una hechicera de la peor especie, a quien no se atrevían ni a acercarse. Semejante fama de misterio me alcanzó a mí también, merced a nuestra solidaridad. –¡Dios mío, y cuán diferente sois de lo que yo me imaginé, coronel Olcott! –me decía un día Lady ... –¿Qué esperabais encontrar en mí, pues?– la pregunté. –Pensé que me echaríais las cartas o cosa así, y ahora veo que sois ni más ni menos que nosotros–. La existencia constante de tales prejuicios entre los mismos de sus relaciones, explica en gran parte la gran latitud que se le permitía en su conducta y en su conversación, con ese mismo instinto con el que se admite el convencionalismo de que los reyes jamás pueden hacer el mal, y que califica de graciosas excentricidades las enormidades a veces cometidas por los millonarios, cuando la menor de ellas bastaría para perder a un infeliz. Siempre se esperaba que de allí a un momento después acabaría produciendo un fenómeno estupendo o murmurando al oído de la víctima la más tremenda revelación de los Poderes invisibles, y en no pocas ocasiones se vió después que sus filípicas horrorosas habían salvado a tiempo a la víctima, en alguna peligrosa pendiente, trayéndola al buen camino y prestándola, bajo aquellas durezas, los más grandes servicios. No había, no, manera alguna de permanecer indiferente a su lado, y los temperamentos más linfáticos y cachazudos entraban en hirviente actividad en cuanto ella intervenía. Era, en fin, por tanto, H. P. B. una mujer

extraordinaria en todos sentidos, si es que nos es permitido confundir la criatura física que teníamos ante los ojos, con la entidad interior o psíquica de aquella mujer, la más alejada de todas las mujeres de los rasgos que caracterizan al bello sexo.” ... A medida, pues, que pasen los años y el movimiento teosófico se afirme, esta ruda personalidad de H. P. B., detrás de cuya psiquis una Individualidad gigantesca trabajaba en pro de la Humanidad, se elevará más y más, y se hará cada vez más luminosa, a tenor del aforismo buddhista que dice: “los buenos brillan de lejos como las cumbres nevadas del Himâlaya, mientras que los malos quedan tan invisibles como flechas disparadas en la obscuridad ...” –¡La paz sea contigo, noble H. P. B.!–. Tal es el grito de reconocimiento que en el mundo lanzan ya millares de personas reconocidas a sus servicios redentores en pro de la Humanidad.” (Serie 3ª, pág. 192)

“La grandeza de H. P. B., en punto al altruismo más perfecto en sus servicios, es inconmensurable. En sus horas de exaltación su ego estaba absorbido por completo en el deseo de esparcir la luz del conocimiento por doquiera y de obedecer las órdenes de su Maestro. Jamás ella vendió por dinero su tesoro de ciencia oculta, ni cambió sus enseñanzas contra ventajas o favores personales. Ante sus ojos su misma vida era despreciable ante la magnitud de su obra y se habría dado con toda la serenidad de una mártir si la ocasión se hubiera presentado. Conservaba así mismo ella tales tendencias y rasgos característicos de numerosas encarnaciones anteriores durante las cuales, a veces en unión mía, se había ocupado en una tarea semejante y los diferentes aspectos de su individualidad noble y soberanamente fiel, si no es digna de un culto, ya que ningún ser humano debe ser objeto de serviles adoraciones, sí lo es de algo que se le parezca. Respecto de su personalidad es otra cosa, pues venía a constituir un fondo de contraste en el que resaltaba vivamente.”

Este contraste de H. P. B., que indica Olcott, resalta más que nada en el culto sin límites que ella tenía para la verdadera Ciencia, cuando en el desprecio sin límites también que tenía hacia esa dogmática e infatuada pseudos-ciencia de cuantos, bajo pretextos de investigación, saquean a la veneranda antigüedad, para adornarse con sus despojos y pretender una infalibilidad, peor mil veces que la pontificia, según las aceradas frases suyas en el Preliminar de *Isis sin Velo*.

Con tal motivo se anticipó más de una vez a los descubrimientos de la ciencia misma. Respecto a este particular tan interesante, nuestro fraternal amigo, el Jefe

militar brasileño Raimundo P. Seidl, en un elegante folleto portugués editado por el *Instituto Neo-Pithagórico* de Coritiba y consagrado a la Maestra, dice: "Para disertar acerca de la vida de Helena P. Blavatsky la primera dificultad es la de saber cómo comenzar a tratar semejante asunto, ya que el mismo coronel Olcott, que fué su primer discípulo y cofundador de la Sociedad Teosófica afirmaba que era el enigma más indescifrable que había encontrado en su vida, y Annie Besant, nuestra venerada presidenta, refiriéndose a Blavatsky, de quien tuvo la merecida dicha de ser discípula personal, añade: "Mensajera de la Logia Blanca del Tíbet, para unos, impostora y charlatana para otros, y para no pocos, inexplicable mezcla de extraño saber oculto aunado a la más perfecta ausencia de instrucción ordinaria. Para ciertos pensadores resulta la dama más irreprochable; para otros, es una especie de marimacho descomedido y turbulento, y para los de más allá ya era una verdadera sabia, ya una perfecta ignorante; un enigma perturbador, una indescifrable esfinge, mientras que los Maestros que la enviaran, siempre que hablaran de ella, solían de ella decir: "El hermano que vosotros conocéis, como Helena Petrovna Blavatsky y a quien nosotros conocemos con otro nombre."

"Su abnegación no conoció límites, sigue diciendo Seidl, pues renunció a su tranquilidad, a su fortuna y a su salud para consagrarse por entero al servicio de la desvalida Humanidad y para probar su saber profundo basta hojear sus libros, llamados por el Dr. A. Márquez la Biblia de los tiempos futuros.

"Dicho doctor, en su obra *La Teosofía ante la Ciencia*, recoge diversas aserciones científicas hechas por Blavatsky, y que recibidas entonces con desdén, han sido después confirmadas por superiores estudios. Veamos algunas de ellas:

"Cuando se publicó *La Doctrina Secreta* (1888), la electricidad era considerada más que *como un flúido, como un modo de movimiento*. Blavatsky declaró rotundamente que la electricidad era materia en un estado superior de tenuidad que el Adepto y el clarividente podían percibir. Hoy los hombres de ciencia están conformes en admitir que los átomos químicos, base de todo cuerpo, están integrados por *iones* y *electrones* de *materia eléctrica*."

"Entonces también la ciencia oficial tenía al átomo como irreductible e inmutable, mientras que *La Doctrina Secreta* afirmaba, basada en el Ocultismo, la *infinita*

divisibilidad del átomo, cosa que, reconocida ya como cierta por los sabios, ha llevado hoy a la Química hasta el borde de la Alquimia, con sus transformaciones del *radio* en *helio*, del *cobre* y la *plata* en otros metales, etc.”

“Afirmó asimismo la Maestra que la materia, como la fuerza, eran una. De entonces acá la ciencia ha borrado las falsas fronteras que separaban al mundo orgánico del inorgánico y se habla de las enfermedades de las piedras preciosas y del grito de dolor del estaño o de la biología de los cristales minerales, cuanto de la conciencia personal y peculiar que deben tener ellos.”

“Afirmó también Blavatsky, por ejemplo, que jamás se descubriría por la ciencia el antecesor simiesco del hombre primitivo, porque éste tenía un cuerpo como etéreo o sin esqueleto que pudiese haber dejado fósiles, y después el profesor Klaatsch de Heidelberg sostuvo en el Congreso de Antropología de Hale en 1900 que la hipótesis del origen simiesco del hombre no podía ya ser mantenida, pues que estos simios no son sino formas degeneradas.”

Sostuvo igualmente la Maestra, de acuerdo con la doctrina oriental, que es ilusión o *Maya* todo cuanto nos rodea, y después sir Balfour, presidente de la *British Association*, en su discurso inaugural, en 1904, ha dicho: “Hace apenas cinco años vivíamos bajo la ilusión de que aquello que se veía y tocaba eran cosas reales; mas la ciencia de hoy declara que no son sino ilusiones, y hasta a las propias piedras que pisamos no las considera sino como sensaciones producidas por un cuerpo y vehículos de un oculto pensamiento.”

El doctor Márquez, en fin, alega otra porción de datos, tales como el de la naturaleza de los cometas; la condición verdadera del par conjugado de la Luna con la Tierra; la universalidad de la ley de vibración y del paralelismo entre la forma, el color, la nota y el número, la nota *fa* de la naturaleza, etc., sostenida en diversos pasajes de *Isis* y *La Doctrina,* que luego han venido a ser corroborados, ora por sir Norman Lockyer, respecto de los primeros; ora por W. Lynn. respecto de la Luna; ora, en fin, por Mac Curie, Mme. Watts Hughes, Bleyer, Howard Swan, Rocobothani, Amiot, Brock, Albertson y otros varios. A estas comprobaciones podríamos agregar entre otras, la que envuelve el estudio matemático nuestro acerca

de los *Códices Mayas;* la revelación anticipada del radio y la perfecta profecía acerca de la terrible guerra mundial que nos aterra y nos arruina.

***

Consagrado ya nuestro modesto homenaje previo a la personalidad y a la memoria de la Maestra, cuya preciosa *"novelita de viajes"* vamos a comentar, los lectores hispanoamericanos agradecerán sin duda que, respecto de este particular de nuestros comentarios, hagamos un poco de historia.

Cuando, línea tras línea, saboreamos en 1909, la versión francesa de la obra inglesa del coronel H. S. Olcott, *Old diary leaves* (*Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*), hubo momentos en que, si hubiésemos conservado el menor resto de *positivismo universitario* por nuestras carreras, habríamos arrojado lejos aquellos tres tomos, y considerado al nobilísimo coronel como el orate más grande que en el mundo ha habido. ¿Cómo, en efecto, admitir –habría dicho conmigo el lector menos positivista ante aquellos tres libros– la aplastante tranquilidad con que este hombre de bien nos habla *casi sin comentarios y como la cosa más natural del mundo,* de una quinta encantada al lado mismo de Bombay, mansión que nadie en Bombay conoce y que nadie puede visitar tampoco, merced a la inevitable *maya* o "velo de ilusión hipnótica" que, al llegar cualquier mortal a ella, cae inevitablemente sobre sus sentidos? ¿Cómo admitir la realidad de aquel viejo maestro de escuela que, llevado de la mano por un verdadero Aladino discípulo suyo, visita el mundo subterráneo de los *jinas*, mundo en el que el pobrete contempla campos, ciudades, comercios, iglesias de gentes que no son humanas, en el sentido de ser invisibles y en otros, y sí lo son en muchas otras cosas? ¿Cómo, en fin, admitir la efectividad palmaria de una Vaca de cinco patas, que Olcott dice haber visto; de unos seres como H. P. B. y otros ocultistas que juegan constantemente en las páginas de dicha *Historia* ... ¡Auténtica! de la Sociedad peor tratada de las que hoy existen, provocando a voluntad tempestades; aportes de mil clases, sin necesidad de recurrir a las tan discutidas prácticas mediumnísticas; fantasmas de otras mil especies que dejan entre las manos del coronel pruebas tangibles y efectivas de su visita, y centenares de otros hechos estupendos como saltan doquiera en las páginas de dicho libro?

La cosa, como se ve, era grave, y el problema complejísimo. Muchos en nuestro lugar, para no ser tratados de ilusos, habrían tirado por la línea de menor resistencia, es decir, por calificar de iluso al autor, antes de uno ser calificado así, que es lo que hacer suelen, tanto el vulgo necio como el vulgo científico, con todo cuanto choca con nuestros prejuicios, ya que harto recientes están los casos de Colón, de Daguerre, de Fulton, de Stefenson y de tantos otros revolucionarios innovadores, para que no se nos diga que exageramos en nuestro pesimismo. Recordando, sin embargo, el bendito *Honni soit qui mal y pense,* de la Jarretiera, nos decidimos a meditar hondamente sobre tan increíbles particulares y otros más del repetido libro antes de admitirlos ni de rechazarlos, como debe hacer siempre toda sana crítica. El resultado de nuestra labor ha sido, y seguirá aun siéndolo, los diversos tomos de nuestra *Biblioteca de las Maravillas.*

Porque, en efecto, los tres gruesos tomos de dicha *Biblioteca* publicados hasta el día, y no poca parte también de los volúmenes que a éstos deberán seguir, no son –dicho sea en honor de la verdad histórica– sino glosas, ampliaciones, comentarios más o menos acertados y felices, tanto de dicha *Historia auténtica*, de Olcott, como de *Por las grutas y selvas del Indostán,* de H. P. B. que en este infolio presentamos, pero glosas, ampliaciones y comentarios hechos, por un lado desde el campo occidental o científico hasta donde la tarea es hoy factible, y por otro desde el punto de vista de nuestra raza hispanoamericana, porque, a bien decir, la *Península Ibérica,* según más de una vez insinuó la Maestra, es un colosal centro de Ocultismo, bueno y malo, desde los tiempos más remotos, ya que su suelo actualmente ario, si se nos permite la palabra, antes fué parte de la Atlántida, y antes también aún parte de la Lemuria, que es la razón oculta de su actual emplazamiento a modo de nexo conector de tres mundos: el europeo, el africano y el americano, y la clave indispensable para bien explicarnos toda su actuación histórica; todo su carácter de verdadera encrucijada donde han chocado y se han cruzado y confundido cuantas razas nórticas han bajado hacia el Sur, cuantos pueblos meridionales han tratado de caminar hacia el Norte; cuantos pueblos prehistóricos: *jaínos, brahmánicos, parsis, egipcios* y *buddhistas* han venido de Oriente y cuantos, en fin, pasan de tiempos de Colón acá, camino de ese Occidente trans- atlántico hacia el que tan ostensiblemente se va trasladando la capitalidad del mundo.

Así, como vamos diciendo, en el delicioso marco del paraíso astur; al calor de sus tradiciones santas, hoy más que nunca en riesgo de perderse, y cogidos de la mano con su prehistoria y con su historia que es tan oriental y tan vaqueira, aunque no se crea, hemos soñado escenas fantásticas, con núcleo siempre de hechos reales y efectivos, ora de nuestra propia experiencia personal, ora de las experiencias acaecidas a los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, y consignadas, según arriba se indica, en sus respectivos libros, formando con ellos nuestra narración ocultista, titulada *Por la Asturias tenebrosa; El tesoro de los lagos de Somiedo.*

Así también, intrigadísimos con la posible realidad de aquellos estupendos fenómenos –narrados *como novela*, por H. P. B., y ¡como *historia*!, por el coronel Olcott–, no quisimos dar paz a la mano hasta profundizar histórica y bibliográficamente en algunos de sus temas, tales como el de la vaca *pentápoda*, el de los *jinas pseudo humanos,* el de sus encantos y tesoros, ya diseñados antes en nuestro *Tesoro*. La leyenda universal de pueblos y religiones, se nos vino encima con todo su peso demostrativo llenando por completo los nada estrechos moldes del segundo tomo de dicha *Biblioteca*, y desbordando su formato para todavía contribuir a llenar en gran parte los moldes de otros volúmenes correlativos que de la Atlántida y sus problemas habrán de hacer particular mención. De este modo nació, gracias a Olcott y a H. P. B., nuestro libro *De gentes del otro mundo.*

Pero faltaba algo todavía y era el hacer un ensayo que aproximase, no ya la fenomenología dicha de Blavatsky y de Olcott a la tradición histórica y a la ciencia de Occidente, sino las doctrinas fundamentales mismas de sus obras respectivas como reflejo fiel que son ellas de las antiguas enseñanzas de los *misterios Iniciáticos*, a alguna de las más palpitantes y supremas realidades de nuestra Ciencia y nuestro Arte de Occidente. Buscando, pues, estas realidades-síntesis, creímos encontrarlas al fin en ese pináculo insuperable de las obras dramático-musicales del coloso de Bayreuth, obras en las que se muestran, en efecto, integradas las Bellas Artes más diversas, con la tradición, la pasión y los anhelos todos de nuestra época. Nació de este modo el tomo tercero de la *Biblioteca de las Maravillas,* consagrando con perfecta lógica a *Wagner* como *mitólogo y ocultista, y* el paralelo que las enseñanzas de las obras de este maestro nos mostraban con lo poco que sabemos acerca de los Misterios Iniciáticos antiguos, nos dio el subtítulo para dicho libro, y el motivo ocasional para

seguir hablando de H. P. B. y de sus doctrinas, que, como precedentes de la Primitiva Religión-Sabiduría, hoy perdida, son las mismas doctrinas de los Eddas de Escandinavia que Wagner, nuevo caballero andante de la edad moderna, intuitivo y profético nos glosó ...

Para coronar nuestra bien intencionada tarea precisábamos dar un paso más, y era el de depositar el ramillete de aquellos tres libros nuestros-ramillete en el que casi todas las flores son ajenas y nuestro solo la pobre cinta que las une –*a los pies de los Maestros* H. P. B. y H. S. Olcott, para no incurrir en el crimen simoniaco de tantos *sacerdotes* de las religiones, las artes y las ciencias, crimen que consiste en mostrar las enseñanzas como si fueran propias de ellos, sin indicar la fuente de donde las han tomado. Así, al menos, lo han hecho siempre profetas y maestros, así lo hizo San Juan en su Evangelio con aquella frase griega de ÉH °m≤ didax≤ Èox ¶otin °mÆ,èlè toË p°mcantÒw me (Mi doctrina no es mía sino de aquel que me envió. VII. 16); así lo hizo también en *La Doctrina Secreta* H. P. B.

La publicación comentada de la preciosa novelita de *Por las grutas y selvas del Indostán*, se imponía, pues, como se imponía también otro tanto respecto a aquel otro libro de Olcott. Un amigo nuestro queridísimo, D. Antonio López y López, o sea el *Don Antonín de Miranda*, protagonista de *El Tesoro de los lagos de Somiedo*, ya había comenzado a realizar por su cuenta esto mismo, traduciendo la serie primera de la *Histoire authentique de la Société Theosophique*[v], y nosotros, por consecuencia, estábamos moralmente obligados para con la Maestra H. P. B. a hacer otro tanto con *From the caves and jungles of Hindostan*.

Hicímoslo así, al fin, y el resultado de nuestra bien intencionada labor a la vista está de nuestros bondadosos lectores. Hemos seguido párrafo tras párrafo la linda *novelita*, y lo primero que ha saltado a nuestra vista es que no se trata de una *novela efectiva y genuina*, como se dice que la propia autora dijo, y como se ha consignado siempre por el coronel Olcott en su Historia repetida, sino de algo más que una novela, no obstante la ficción novelesca que en la entretenida trama de *From the caves*, etc., es notoria sin disputa.

Sí, estamos bien seguros de que tras el aparato novelesco –al modo como más en pequeño nos ha ocurrido a nosotros con nuestro *Tesoro*–, hay en *Por las grutas y selvas*

del Indostán una decidida intención ocultista, acaso inadvertida hasta el día, y sobre la que conviene investigar.

Ved, si no, los precedentes y el esquema de la obra:

En 1873 H. P. B., cuando ella misma estaba bien ajena de esperarlo, recibe órdenes terminantes de su Maestro de trasladarse al punto a Nueva York, donde debía encontrar al colaborador destinado para fundar con ella la futura Sociedad Teosófica. Este colaborador no era otro sino el coronel Olcott, según él nos va narrando en su *Historia auténtica*. Entrambos espiritualistas –o espiritistas, más bien, a juzgar sólo por sus primeros actos públicos– se encuentran inopinadamente en la famosa granja de los Eddy, en Chitenden, a muchos cientos de kilómetros de Nueva York, o sea *en el lejano Oeste*; juntos presencian los más estupendos fenómenos que darse pueden en el Espiritismo, tales como levantamiento en el aire de los objetos más pesados, sin causa física ostensible; la proyección del doble astral del médium y la formación con él de toda clase de fantasmas, de *pieles roja*, musulmanes, rusos, egipcios y otros mil de diferentes rincones del mundo, que, como después supo Olcott, no eran sino sombras y cascarones evocados del *kama-loca* por el irresistible poder mágico de H. P. B. Olcott con ello comienza su iniciación en el Ocultismo, primero recibiendo mensajes espíritas del espíritu de *John King*, hermano probable –piadosamente pensando– de aquella *Katie King*, obsesora de la joven Min Florencia Cook, tan a maravilla observada por el sabio William Crookes; después oyendo decir a este *espíritu* que él no es sino el alma del viejo *lobo de mar* o corsario que en vida se llamó Henry de Morgan, y acabando por confesar que no era él sino un elemental enredador y mísero a las órdenes de Madame Blavatsky".

Los fenómenos de Eddy, como antes los célebres de Rochester, que dieron origen al espiritismo moderno, conmovieron a la opinión de un modo tremebundo; por las columnas de la Prensa pasó un soplo como de frenesí y de ansia fenoménica de ponerse al punto en habla directa con los *seres del otro mundo*, y en especial con nuestros queridos muertos... La Humanidad parecía asistir a un despertar sin precedentes a lo largo de la Historia, y empezaba a considerarse ya vencedora, por decirlo así, de la muerte misma, y a hacer verdad aquellas frases de San Pablo a los Corintios (Epístola II, cap. III), en que, aludiendo al "velo de *Isis*", que de tal modo parecía comenzarse a alzar, dice: "Cuando los pecadores se conviertan al Señor será

quitado el velo que cubre sus ojos, porque el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí es donde se halla la verdadera libertad", porque –añade en otro lugar (Iª, XV, 54-55)– "cuando el mortal sea revestido de inmortalidad se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la lucha. ¿Dónde está, pues, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿Qué ha sido, ¡oh intrusa!, de tu guadaña aterradora?"

Con tales precedentes, un grupo heteróclito de "buscadores de lo no sabido" constituyen en Nueva York, el 17 de noviembre de 1875, la Sociedad Teosófica, que tan colosal desarrollo había de alcanzar pronto en las cinco partes del mundo. Dicho sea en honor de la verdad, sin embargo, todo el personal aquel de *investigadores* se fue, poco a poco, descorazonando, porque acaso buscaban, no el fenómeno maravilloso en sí, sino más bien la efectiva maravilla mágica que tras el fenómeno mismo se oculta.

Los dos campeones del movimiento teosófico inicial permanecieron, no obstante, en su puesto de peligro, y el resultado más portentoso, si cabe, fue la redacción y publicación de la *Isis sin Velo*, y la terminante orden recibida de los maestros directores de que se trasladasen perentoriamente al país de los *Arya Vartha* al expirar el año 1878, como así lo verificaron, pasando a Londres y desembarcando en Bombay el 17 de febrero de 1879, con cuyo hecho concreto comienza H. P. B. el primer capítulo de *From the caves and jungles of Hindostan*.

Pocos días después de estos sucesos –en la primavera de 1879–, H. P. B. comenzó a enviar con regularidad, a la citada *Revista Russki Vyestnik*, la serie de cartas-artículos que integraron después aquella obra y algunas otras, causando la mayor de las admiraciones entre el público ruso, que ya conocía a la autora por su origen principesco y por otros varios miembros de su nobilísima familia, cuanto por sus archinovelescas aventuras en todos los confines del mundo, aventuras que la Prensa de Nueva York, principalmente a raíz del movimiento espiritista y teosófico de tres años hacía, se había encargado de divulgar y exagerar hasta los límites más extremados de la alabanza ciega cuanto del vituperio más procaz.

De aquí la excepcional importancia que, no ya para sólo los teósofos, sino para el mundo culto en general, tiene *Por las grutas y selvas del Indostán*. En ellas hay, efectivamente, todo ese perfume de la primera impresión que hace siempre tan

valiosas las impresiones iniciales que percibimos, más astral que físicamente, de aquellas cosas y lugares que antes nos fueron desconocidos.

El maravilloso aspecto de religión, de tradición, de ensueño y de leyenda con que al recién llegado de fríos países europeos y norteamericanos hiere desde el primer momento la encantadora India; sus paisajes tropicales; el fausto y la riqueza que doquier en ella se respira; la policromía genuinamente mundial que colora su ambiente con los trajes de todas las razas, con las ideas de todos los pueblos antiguos y modernos, con la indescriptible diversidad de sus cultos, desde el viejo pensar jaíno hasta el pensar cristiano y musulmán más moderno, pasando por siglos de siglos de budhismo, parsismo e hinduísmo..., no podían menos de proliferar abundantemente en la rica imaginación de aquella excepcional mujer, que en sus libros ha sabido enseñamos que la imaginación creadora, junta con la fuerza de voluntad, es la clave de toda Magia... Por eso el libro que de tan feliz consorcio naciese, tenía que ser la obra oriental, por excelencia, de la ínclita H. P. B así como *Isis* había sido la obra puente norteamericana entre el Espiritismo y la Teosofía y como, años más tarde, *La Doctrina Secreta* iba a ser la obra-nexo entre las ideas tradicionales de Oriente y nuestra joven corno vanidosa ciencia positiva. De aquí la importancia que desde el primer momento asignamos a *Por las grutas,* etc., bien seguros hoy de que el público imparcial que la lea no podrá menos de coincidir con nosotros en semejante apreciación, máxime si él tiene en cuenta que, al escribirse aquélla para los lectores rusos –los paisanos siempre queridos de su autora–, tenía que resplandecer en el texto de repetidas cartas una ingenuidad, un vigor expositivo, que en vano se buscará quizá en aquellas otras obras más extensas.

El esquema de *Por las grutas y selvas del Indostán* no puede ser más sencillo, cual corresponde a su carácter de crónicas para un periódico. Llegan, en efecto, a Bombay los dos campeones de la recién nacida Sociedad Teosófica y, con gran sorpresa de las gentes *bien* europeas, no tratan con el elemento dominante de la lejana metrópoli, sino con el dominado y tantas veces escarnecido elemento indígena, lo que les acarrea, amén del sambenito de "tocados", el aun más peligroso entonces de "terribles espías rusos". Pasando por todo ello, y por no pocos apuros de otra índole, un día, después de conocer a parsis, hindúes, buddhistas, mahometanos y cristianos y de exponerles las bases fundamentales de concordia, de fraternidad y de espíritu

altamente científico que a la Sociedad Teosófica caracterizan, van en curiosa caravana a visitar los antiquísimos hipogeos de *Karli*, donde, entre otras cosas raras, ven ambos, la novelista y el historiador, a la famosa *Vaca* y otras cosas más, no menos abracadabrantes. Desde allí se internan, no en la *India bellati* o profanada por la planta pecadora del europeo, sino en la *India gupta*, o escondida y velada a las miradas siempre indiscretas y burlonas de éstos. Con tal motivo se nos habla de *Benarés*, la santa; de *Allahabad* y de la *Prayaga* antigua sobre la que Allahabad se ha alzado; de la Nassik del maravilloso Mahabharata, el poema más grande de cuantos después se han hecho en el mundo; de Hurdwar, de Bhadrinath y de Matura, en fin, esa Matura o Madura cuyo nombre ha llegado a pasar, sin que sepamos bien cómo ni por qué, a la Irlanda prehistórica y a la Vasconia eterna[vi], ni más ni menos que en el siglo XVI han pasado a América y a los archipiélagos de la Sonda y de Filipinas, los Cáceres. Trujillo, Mérida y Medellín extremeños de sus conquistadores...

Seguidamente, la genial cronista nos hace vivir unas horas en una *Ciudad de la Muerte,* ciudad parecida a los millares de ciudades antaño casi tan populosas como París o Londres, y hoy tan arruinadas, que no sólo han desaparecido del mapa humano, sino que ni aun sus nombres se conservan ya en la memoria de los hombres. Después pasamos con la excepcional caravana aquella, a través de cien *Palmiras, Tebas* y *Persépolis* indostánicas, hasta recibir las más extrañas hospitalidades brahmánicas, jamás gozada por los *bellati* o "perros" europeos y visitar luego nada menos que el antro de una hechicera, una *Kangalim sivaítica* y estar al habla seguidamente con un guerrero de Dios; "reencarnación simbólica de los héroes del Rama-yana, de la Ilíada o de la Eneida", cayendo por último en las misteriosísimas cavernas de Bagh, donde acaecen a los viajeros cosas más para leídas que para vistas, vigilados unas veces por Adeptos tibetanos y acompañados y guiados físicamente por ellos, otras, a través de Islas Misteriosas, donde los *maruts* y hasta quizá los propios *ghandavas* celestes les inician en los más altos misterios de la música de la Naturaleza, para acabar, en fin, la obra, ya que no el viaje, en la comarca de entre Malva e Indore en las Marble-Rocks, en medio de terribles sectarios de la diosa *Kali*, los bandidos de aquella Sierra Morena indostánica que se llamaron los thugs, y después en el misterio sin límites de Muddhun Mahal y sus estupendos faquires y ascetas, maestros en todo cuanto a la yoga se refiere, yoga que se ríe hasta de las leyes físicas que nosotros tenemos por más ciertas e ineluctables...

En suma, que el maravillado lector se ve conducido por la taumatúrgica mano de la escritora a través de la India misteriosa, de la que los lectores europeos más cultos no conocen hoy sino la corteza, por cuanto, del mismo modo, que para apreciar las delicias musicales, hay que convivir con los íntimos pensamientos de sus autores, para avalorar debidamente los tesoros de ese país de las cien razas distintas, hay que emanciparse de los prejuicios tradicionales que tenemos en Occidente y sentimos uno con estas reliquias del pasado oriental, cuna de las religiones, alma de toda la Historia, cumbre de todas las artes, pozo de todas las ciencias, amor de todos los amores, con el que hemos sido ingratos hasta aquí, como ingratos somos también con nuestros padres, de quien todo lo hemos recibido, empezando por la existencia.

Conocida la poderosa imaginación creadora de H. P. B., no hay que añadir que la visita al *país de las Bayaderas* que con su obra hace ella realizar al lector, tiene todas las características de los cuentos iniciáticos de *Las mil y una noches* y todo ese estilo brillante, misterioso, astral y raro que resplandece en las obras tocadas de Ocultismo, desde la *Ilíada* y el *Quijote*, hasta la deliciosa *Historia de los siete murciélagos*, con la que nuestro gran novelista D. Manuel Fernández y González, siguiendo la leyenda árabe del divino poeta andaluz *Noé-man, drin-nun-el-aziz-el ferag,* canta las glorias de los Beni-Nazar de Arjona o *Arjuna*, del prodigioso Al-Hamar el nazarita, y la manera mágica que tuvo de construirse la Al-hambra de Granada, al modo de como según *El anillo del Nibelungo*, de Wagner, como se han construído, más por titanes que por hombres, los mil hipogeos indostánicos y egipcios que nuestros investigadores del pasado no conocen todavía, y donde más de un sabio de la antigüedad recibiera su pavorosa iniciación ocultista...

Todo esto habrá de hallarlo la despierta intuición del lector imparcial a lo largo de las páginas de la obra, si es que no queda ello en su inconsciente, gracias a esa dulce *maya* artística de la aparente *novela*, cual hasta aquí ha acaecido al noventa y nueve por ciento de sus lectores teósofos y no teósofos. Para ello, además, nos hemos permitido escribir los subsiguientes comentarios, subrayando mejor o peor aquellos pasajes en los que nuestra aun dormida intuición y nuestra crasa ignorancia acerca del verdadero Ocultismo, *con mayúscula.* ha creído sorprender, bien la palpitación del genio de la autora, bien sus silencios y perífrasis, bien, en fin, algo que no es *novela* ni es *viaje*, sino ciencia y realidades profundas, relativas a algo que todavía no conocemos, ni casi columbramos en el estado

actual de nuestra evolución psíquica, como lo es la yoga y todo cuanto con la yoga se relaciona.

Esto supone además, en cierto modo, un cambio de procedimientos.

Más de una vez en efecto, aquí como en el curso de nuestras demás publicaciones, nos hemos visto forzados a emplear frente a las dificultades expositivas, no el *tiro directo*, sino el *parabólico*, es decir, a no acometer la dificultad de frente, sino a buscar la manera de vencerla, apelando a ideas y recuerdos históricos muy alejados en apariencia de la meta perseguida, para caer poco a poco hacia el problema, cual si describiésemos una verdadera curva, cosa a la que no estamos demasiado acostumbrados en Occidente.

Semejante proceder es perfectamente lógico y de un alcance práctico incalculable, dado que la ciencia, como la vida, tiene algo unitario por encima de las diferenciaciones de nuestros análisis artificiosos. *Osiris*, símbolo de la suprema Verdad, vió su cuerpo dividido en mil fragmentos por la acción destructora de la serpiente *Typhon*, y para resucitarle fue preciso ir buscando y recomponiendo los pedazos uno por uno, hasta los más ínfimos y dispersos, quiero decir que las cosas y los hechos que más diferentes nos parecen a primera vista, mantienen íntimas conexiones que acaban por ligar lo más heterogéneo, enlazar lo más distante en el espacio o en el tiempo, asemejar lo más desemejante, a la manera como muchos de los descubrimientos de la Física se deben a la Astronomía, y muchos de la Matemática a la Historia, y muchos del Derecho a la Biología.

De aquí que en la obra que comentamos cualquier aparente minucia suscite hondísimos problemas: la convivencia de cien religiones distintas en la India, nos trae a la mente el gran problema de la emancipación de la conciencia y de la libertad religiosa; el modo de conducirse los ingleses cristianos con los pueblos que no lo son, nos plantea el problema sociológico de las colonizaciones pasadas y futuras; los relatos acerca de la Vaca, nos ponen sobre el tapete el origen de todos los cultos; el hipogeo de Karli y las grutas de Bagh, caen dentro de la moda actual que reina en el campo de las investigaciones arqueológicas, cifradas hoy, con excepcional interés, en las misteriosas pinturas y escrituras llamadas *rupestres* o de las grutas; las ciudades derruidas e inidentificables del suelo índico, resultan asimismo puestas de moda por esotras ruinas horribles de ciudades europeas, sobre las que el azote infernal de la guerra –de una guerra cual la del Mahabharata, la de los titanes o la de los ángeles rebeldes– ha pasado como una verdadera revolución o catástrofe geológica;

las creencias fundamentales brahmánicas relativas al *dios-mono de Hanumán*, corren parejas ante nuestra vista, con las creencias fundamentales científicas acerca de nuestro *padre-mono* con tanta fruición abrigadas por los sucesores de Darwin; como las nimias ceremonias y precauciones religiosas de aquellos brahmanes en el orar, el comer, el dormir, etc., etc., guardan sorprendente paralelismo con nuestros rezos sin fe, con nuestros hipócritas cumplidos sin alma y con nuestras ridículas precauciones de higiene corporal exagerada, mientras que descuidamos más y más cada día la higiene mental y la higiene moral, oculta base de la higiene física...

Y la hechicera de *Kangalim* nos recuerda a las pitonisas mediterráneas, a las druidesas nórticas, a las sacerdotisas mayas, a las monjas milagreras de antaño, a las eternas echadoras de cartas y a las histéricas pseudo espiritistas de nuestros días; y los "guerreros de Dios" de otro capítulo, a los "guerreros de Dios" de esta nuestra guerra actual que tiene más de religiosa que de económica, contra lo que se cree, y la música del bosque de los bambús tocada por el viento, "a las trompas eólicas del templo de Salomón y a las armonías naturales *en fa* sorprendidas en nuestros tiempos por esos dos magos que se han llamado Wagner y Beethoven, y las físicas torturas, en fin, de los viejos yoguis, las inauditas torturas sufridas actualmente por los héroes de uno y otro bando beligerante, en las lóbregas estrecheces del submarino, la mina y la trinchera; en la suprema angustia respiratoria de los gases asfixiantes, *esfumantes* y lacrimógenos; en el hambre, sed y cansancio sin límites de las campañas, en el supremo delirio de la aviación, contra los elementos y bajo la metralla..."[vii].

Además de esto y sobre todo esto, las páginas de la obra nos recuerdan a nosotros los teósofos los pasajes más trágicos, los más cómicos y los más idílicos de los dos abnegados fundadores de la Sociedad Teosófica, cuando solos, sin recursos, casi sin plan fijo, errando a la ventura bajo las más negras acusaciones de espionaje, excentricidad o perturbación psíquica, se encararon confiados con ese misterio de las edades que se ha llamado la India, y supieron esclarecerle intrépidos triunfando de él desde el momento en que supieron triunfar de sí mismos y de sus ancestrales prejuicios de religión, color, lengua, raza y cultura, gracias al supremo principio de la Fraternidad Humana, que al par grababan con caracteres indelebles en la bandera de su Sociedad querida.

Por eso, aunque *La Doctrina Secreta*, de la autora sea más extensa y más sabia; e *Isis sin Velo*, sea más antigua y más directamente encarada con los dos problemas fundamentales

de la Religión y de la Ciencia en abstracto, como *La Voz del Silencio* es más mística, *Por las grutas y selvas del Indostán,* es menos estática, más palpitante y vivida, más novelesca y sugestionadora, tanto para el público en general, como para los teósofos, que al fin son hombres en todos sus defectos y limitaciones, en todos sus anhelos de belleza, en todo su apego a lo maravilloso, que como la misma autora dice, no es sino la Sagrada Voz de lo Inconsciente, que nos recuerda que hubo un tiempo en que fuimos dioses y otro en que volveremos a serlo como nos enseñan testigos sin tacha de la divina grandeza de Platón y de Jesús...

Por eso, en fin, creyendo interpretar el pensamiento oculto y básico de la obra entera de H. P. Blavatsky, hemos sustituido con la palabra *grutas*, en lugar de *cuevas*, a la palabra inglesa de *caves*, para indicar con ello que las misteriosas regiones subterráneas que tan fundamental papel juegan en la obra, si bien son cuevas en el sentido corriente de la frase, más bien son *grutas*, al estar habitadas por esos seres astrales, etéreos o físicos a los que tantas veces se alude en ellas, y a lo que por entero consagramos, nosotros también, como se ha dicho antes, nuestro libro *De gentes del otro mundo,* seguros de ser entendidos por los intuitivos, e incomprendido, por los profanos, doctos o indoctos, porque, a bien decir, toda gruta es una cueva habitada por seres etéreos o astrales, cuando no por seres físicos que, a voluntad suya, no nuestra, *se nos tornan visibles o invisibles,* según tendremos ocasión de apreciar en el curso de la obra de la Maestra.

Y hasta tal punto es cierto esto, que no hay religión que en una de estas grutas o *cuevas* no haya tenido su verdadero origen, desde la *Saptapana* indostánica, y las cuevas del *Hedjaz* o del *Oreb*, hasta la famosísima de *Chicomotzoc* en la Sonora mexicana, hacia la confluencia del Xila con el Colorado, no lejos del *Mar Rojo* o Golfo de California; las cuevas de Sierra - Mojada o de *Hue-hue-tla–pa-atlán* ("el Anciano de los días") de que nos habla Chavero en su *México a través de los siglos;* cuevas de *Chalchas* o *Calcas*; *cuevas matemáticas del Misterio;* cuevas de *Culhua* o de la Serpiente Iniciática; cuevas de los *Tapa-necas* de Montolinia el historiador; que, como las nuestras de *Artá (Tara)* y de *Manacor (Man-a-roc, el hombre-ave-roc),* no son sino palacios del misterio pasado y del misterio futuro, que habrá de ser esclarecido por una ciencia menos cretina y menos positivista que la que en nuestros días –a título de un saber que lo ignora todo, pues que ignora los altos problemas de la Historia y de la Psiquis– se atreve a profanar impía, bajo pretexto de *pinturas rupestres,* esos templos iniciáticos de nuestros primeros padres *postatlantes* en los que la consabida Vaca o

"bisonte", no faltaba nunca, para que, al lado de ella y de las lamentables mamarrachadas que suele escribir, si le dejan, el turista, digamos hoy y siempre aquello de *nomini stultorum scriptus sunt in parietibus,* o aquello otro de "el número de los necios es infinito"...

Sí, la ciencia venidera, como la religión antigua, y como el Ocultismo de las edades todas, ha de nacer de una *cueva*, como de una *cueva*, retorta o matraz, salen todas las maravillas de la Química y de la Alquimia, y como de un *cueva* o matriz hemos salido todos los seres vivos, ya que si de la Obscuridad sin límites surgió a la existencia el Verbo o la Luz, del antro misterioso de las cuevas del planeta ha de salir, cual del Templo sepultado, que diría Maeterlink, la Verdad suprema de las generaciones futuras.

MARIO ROSO DE LUNA

Madrid, 17 de noviembre de 1917.

I

EN BOMBAY

Caía la tarde del 16 de Febrero de 1879. Después de un penoso viaje de treinta y dos días, estallaron sobre cubierta las más alegres exclamaciones: ¡Ved el faro el faro ya de Bombay! (1)

Olvidadas quedaron al Punto todas las distracciones de a bordo: la baraja, los libros, la música. El pasaje en masa se precipitó sobre cubierta. La Luna no había mostrado todavía su redonda faz, y una completa obscuridad reinaba, no obstante el tropical cielo estrellado, tan luminoso otras veces. El pequeño punto ígneo del faro no parecía sino una estrella más de las que desde, el cerúleo, firmamento nos hacían guiños con su titileo. La célebre Cruz del Sur lucía en uno de los lados del horizonte. El faro sumergía de tiempo en tiempo sus fulgores bajo las olas fosforescentes, y los asendereados pasajeros saludábanle como a algo amigo que ponía fin a sus congojas. No hay que decir que era general la alegría.

Un espléndido amanecer siguió a aquella lóbrega noche. El buque ya no balanceaba casi. La broncínea silueta del piloto, que acababa de tomar el rumbo, se destacaba vigorosa a los pálidos albores matutinos, y el barco arrojando bocanadas de humo, se deslizaba sobre las diáfanas y tranquilas aguas del Mar Índico caminando en derechura hacia el puerto. Nos faltaban ya sólo cuatro millas hasta Bombay, y para nosotros, infelices, que pocas semanas hacía tiritábamos de frío al cruzar el Golfo de Gascuña tan glorificado por los poetas como maldecido por los marinos, aquella perspectiva hermosa que se avecinaba no era sino el más mágico de los ensueños de ventura. (2)

Tras las noches tropicales pasadas, cruzando el Mar Rojo, y los días abrasadores que en Aden nos torturaron, nosotros, gente nórtica, experimentábamos a la sazón algo muy insólito y emocionante, cual si nos hubiese hechizado aquella balsámica y suave brisa. Ni una sola nube empañaba el cielo, en el que sucesivamente se iban apagando las estrellas. La misma luz de la Luna, que soberana extendiese hasta entonces desde Occidente su plateado manto, se había también esfumado en la creciente luz del día que venía, no sin antes

salpicar con brillantes chispas de luz la obscura estela que nuestro barco dejaba tras sí, como si simbólicamente las glorias todas de Occidente representadas por ella se despidieran de nosotros avergonzadas ante la esplendorosa luz del Sol y del Oriente que, a los recién llegados de tan luengas tierras, daba ya la bienvenida. Había, en efecto, algo de conmovedor, algo de misterioso en aquella dulce resignación que la Reina de la Noche hacía de sus derechos en manos del poderoso usurpador que a toda prisa venía... La Luna, en fin, tocó al borde del horizonte occidental y desapareció de nuestra vista.

Súbito, casi sin transición entre la obscuridad y la luz, el ígneo y rojo globo de fuego del Sol, surgiendo por el lado opuesto junto al cabo oriental, pareció apoyar su áurea guedeja en las rocas más bajas de la isla, cual si, por un momento, atentamente nos examinase. Luego, con gallardía titánica, el luminar diurno se elevó sobre el mar y prosiguió su triunfante carrera, fecundando con sus rayos las aguas azules de la ensenada, la ribera y el archipiélago aquel con sus peñascos y sus selvas de cocoteros. Los rayos de oro del astro rey cayeron sobre una multitud de parsis, sus fieles adoradores, quienes, desde la ribera alzaban religiosamente sus brazos en honor del potente "Ojo de Ormuzd" Semejante espectáculo de sincero culto primitivo era tan solemne e imponente, que cuantos nos hallábamos sobre cubierta permanecimos mudos, silenciosos; y hasta cierto lobo de mar, de abotargadas narices, vecino a nosotros, suspendió su faena con el cable de amarre y, después de carraspear limpiando su garganta, saludó también al padre-sol a su manera. (3)

Como caminábamos con gran precaución por la funesta y traidora bahía, tuvimos sobrado tiempo de admirar los encantos del panorama que se ofrecía a nuestra vista. Un grupo de islas se mostraba hacia nuestra diestra y sobre ellas descollaba Gharipuri o Elefanta, con su antiquísimo templo. Gharipuri, para los orientalistas europeos, es "la ciudad de las cuevas"; pero para muy sabios sanscritistas indígenas es "la ciudad de la purificación". Su templo, perforado por hábil cuanto desconocida mano en el duro seno de una roca semejante al pórfido, es todo un insoluble problema para los arqueólogos, pues ninguno, a bien decir, es capaz de fijar concretamente su verdadera antigüedad. La cima de Elefanta, cubierta por seculares cactos, cobija misteriosa al templo principal y dos laterales labrados en su seno. A la manera de la serpiente de nuestros cuentos rusos sobre hadas, el templo hipogeo parece abrir sus obscuras fauces, dispuestas a tragarse al atrevido mortal que pretenda arrebatarle su secreto de Titán adormecido. Los dos solos dientes que le

restan, denegridos por los siglos, son las dos columnas de la entrada, las cuales diríase que sostienen abiertas sus fauces monstruosas.

¡Oh divina, oh insuperable Elefanta! ¿Cuántas razas, cuántas hindas generaciones no se han arrodillado ante ti, hundiendo las frentes en el polvo al prosternarse ante la triple deidad de tu Trimurti misteriosa? Y, ¿quién puede concretar el número de siglos sucesivamente empleados por el débil hombre, para ahondar en tus pétreas entrañas este Templo de templos y esculpir en ellas tus gigantescos ídolos? Sucedido se han evos tras evos, desde que te vi la última vez, antiguo y misterioso templo, y sin embargo, idénticas interrogaciones inquietantes, las mismas caliginosas dudas me atormentan hoy que me atormentasen entonces, permaneciendo siempre sin respuesta de tus labios de Esfinge... Dentro de breves días nos habremos de volver a ver; de nuevo pasmáreme ante tu imagen adusta; ante tus triples caras de granito, y sentiré otra vez y mil más mi impotencia mental frente a frente del misterio de tu ser. Tres siglos antes de nuestro siglo, ese tu secreto cayó, ¡ay!, en manos pecadoras, que no en vano el viejo historiógrafo lusitano D. Diego de Cuta hubo de alabarse de "la desaparición misteriosa de aquel cuadrado sillar ciclópeo que tremolaba fijo sobre el arco de la pagoda, con una clarísima inscripción que fué violentamente arrancada y enviada como obsequio al rey Don Juan III". Luego, dicho historiador añadía: "Junto a la referida pagoda había otra; y más allá una tercera, la más prodigiosa de todas ellas en su maravillosa hermosura, increíbles proporciones y riqueza. Ellas fueron construidas por la dinastía de los reyes de Kanadá (?) cuyo monarca principal lo fué Bonazur. Nuestros bravos soldados portugueses asaltaron con tales furores estos antros de Satanás, que de ellos no hubo de quedar bien pronto piedra sobre piedra..." Lo peor y más lamentable, fué que tampoco respetaron las inscripciones que hoy podrían acaso darnos las claves del enigma, y merced a tamaño vandalismo fanático de los lusos, la cronología entera de los templos hipogeos-hindúes tienen que permanecer por siempre sepultados en un misterio arqueológico para todos, desde los propios brahmanes que les asignan 374.000 años de existencia, hasta Fergusson, que intentó vanamente el demostrar que ellos fuesen perforados hacia el siglo XII, no más, de nuestra Era.

Tal sucede siempre con todos los problemas serios: tantas veces como se nos ocurra volver la vista retrospectivamente, la Historia nos dará tan sólo hipótesis y obscuridades. No obstante de ello, Gharipuri está mencionado en la grandiosa epopeya del *Mahâbhârata,* escrito mucho antes del reinado de Ciro. Otra leyenda muy antigua refiere que dicho

templo de la Trimurti fué hallado en Elefanta por los mismos hijos de Pându, una de las huestes que lucharon en la terrible guerra entre las dos dinastías respectivas del Sol y de la Luna, y que fueron expulsados de allí al ser derrotados al final de la guerra. Los de la Rajaputana, que son descendientes solares, cantan todavía esta victoria; pero ni en sus propios cantos populares se puede hoy hallar nada de positivo. Desfilarán los siglos tras los siglos y sepultado yacerá, siempre desconocido, el secreto en el pétreo seno de la Cueva. (4)

El cerro de Malabar, morada de europeos y de indígenas ricos, se alzaba por el lado opuesto de Elefanta, en el lado izquierdo de la bahía. Sus viviendas suntuosas, pintadas con brillantes colores, aparecen exornadas por las verduras del *banyan* gigantesco, de la higuera indostana y de multitud de otros árboles, dominados por los altos y rectos cocoteros, que recubren con sus copas todas las moles del enhiesto cabo. Allí, hacia el extremo del sudeste, contemplase la casa del gobernador, mansión transparente casi como fino encaje, y contorneada por el Océano por tres de sus cuatro lados. Aquella es, sin duda, la parte más fresca y grata de Bombay, bañada siempre por tres diferentes brisas marítimas.

La isla de Bombay, o de *Mambai,* según la llaman los naturales, recibió tal nombre de la diosa Mamba de Maharati, diosa que es Mahima o Amba, Mama y Amma, según las diversas formas dialectales, y cuyo significado literal es el de la *Gran Madre*. Un templo consagrado a la diosa *Mamba-Devi,* se alzaba, todavía no hace cien años, en el mismo sitio de la moderna explanada. Sin reparar en gastos ni en dificultades, fué llevado más próximo a la ribera y del fuerte, frente a *Balesh-wara,* o sea al "Señor de los Inocentes", uno de los infinitos nombres del Dios Shiva. (5)

Bombay es todo un archipiélago, cuyas islas más notables son: Salseta, enlazada con Bombay por un muelle; Elefanta, que se llamó así por los portugueses, merced a la roca de su mole, tallada en forma de colosal elefante de unos treinta y cinco pies de largo, y Trombay, cuya enhiesta roca se eleva novecientos pies sobre el mar. Bombay, a la cabeza de las demás islas, parece en el mapa un enorme cangrejo fluvial, que extiende a lo lejos sus dos patas, velando vigilante por sus hermanos menores. Entre dicha isla principal y el continente corre un estrecho brazo de río que se ensancha y se ciñe alternativamente, dentellándose en él entre ambas orillas, bajo un cielo que no tiene rival en el mundo. No sin razón los portugueses que, andando el tiempo, fueron sustituidos por los ingleses, la denominaban la *Bona-bahía,* bahía que viajeros entusiastas compararon con el propio golfo

de Nápoles, pero, a decir verdad, se parecen entre sí como pueda parecerse un aristocrático *kuli* a un mísero *lazzaroni,* pues el único parecido que puedan entre ambas tener es el que tienen agua en las dos.

En Bombay, igual que en su gran puerto, nada hay, dentro de su excepcional originalidad, que recordar pueda a la Europa mediterránea. Mirad, sino, los botes indígenas y los barquitos costeros: todos remedan, en sus airosas formas, al ave marina denominada *Sat*, que es una especie de alción o de gaviota. Cuando aquellas lanchitas se ponen en marcha, son el prototipo de la gracia con sus agudas proas y redondeadas popas. Diríase que se deslizan gallardas hacia atrás, y las extrañas formas de sus largas velas latinas no son sino alas de ave, sujetas por sus agudos ángulos como a una vara de altura sólo. Sorprendente es la velocidad sin igual que éstas imprimen a las lanchitas cuando las hincha el viento, haciéndolas inclinarse hasta tocar con una de sus bordas en el agua, porque, a diferencia de las. chalupas de regatas europeas, no hienden las ondas, sino que se deslizan sobre ellas cual los petreles.

Y ¡qué decir de los alrededores de la bahía! Ellos parecían transportarnos a un ensueño de los de *Las mil y una noches*. Las alturas de los Montes Ghates occidentales, cortadas aquí y allí por cerros solitarios casi tan altos como ellas, demarcan todo el festoneado de la orilla. Impenetrables bosques, moradas de animales salvajes lo recubren todo, desde la base hasta las fantásticas cimas. Cada roca, cada uno de aquellos picachos cuenta con su leyenda independiente. Las mezquitas, pagodas y templos de innumerables sectas aparecen esparcidos por doquiera, y aquí y allá los ardientes rayos del sol calcinan los sillares de alguna antigua fortaleza, antaño inexpugnable y hoy derruida y recubierta de espinosos cactos.

Doquiera vense esparcidos allí los más variados cuanto sagrados recuerdos. En un sitio, un misterioso *Vihâra,* cueva de un santo *Bhikshu* buddhista; en otro, un peñasco protegido por el símbolo de Shiva; más acá un templo jaíno, o una piscina sagrada llena de agua y recubierta por los lotos, como atributo esencial de toda pagoda, consagrada una vez por la bendición brahmánica y capaz desde entonces de purificar de toda mancha a los que en ella piadosamente se bailen. Los alrededores todos están materialmente cuajados de símbolos de dioses y de diosas, pues que allí cada uno de los trescientos treinta millones de

divinidades del Panteón Hindú tiene su adecuada representación, ya en una flor, en una piedra, en un ave o en un árbol, que, respectivamente, les esté consagrados. Acullá, en la falda occidental del Cerro de Malabar, se alza el templo de *Valakaiswara*, el *Señor de Arena,* rodeado de árboles seculares. Inacabables filas de nidos serpean acercándose hacia el sacro recinto, llevando, tanto los hombres como las mujeres, rutilantes anillos áureos en manos y pies; grandes brazaletes macizos desde las muñecas hasta los hombros, con las frentes exornadas en blanco, amarillo y rojo, por respectivas señales de secta, flotando al aire las níveas muselinas y los ondulantes extremos de sus turbantes orientales.

La sagrada leyenda de *Valakeswara* refiere, en efecto, que allí mismo permitió una vez Rama, cuando pasaba desde *Ayodhya* u Oudh, a *Lanka* o Ceilán, en busca de su esposa *Sita*, robada por Râvana, el perverso rey. Créese firmemente por aquéllos, que Sakshman, el hermano de Rama, estaba obligado a enviar diariamente a éste un nuevo *lingham* cada día desde Benarés la santa, pero una tarde hubo de descuidarse en el puntual cumplimiento de su misión. Impaciente entonces Rama, construyóse uno de arena, y cuando el consabido que esperaba llegó de Benarés, fué éste puesto en el templo y dejado el otro allí en la orilla, permaneciendo en tal estado siglos tras siglos hasta la llegada de los portugueses, contra quienes hubo de sentirse el *lingham* tan indignado por sus profanaciones que alejóse mar adentro para nunca más volver... Un poco más allá del repetido templo se muestra el estanque de *Vanattistha* o de "la punta de la flecha", porque se cuenta que al llegar allí Rama tuvo sed y lanzó una flecha contra la roca, surgiendo así el estanque al punto. Antaño los líquidos cristales del lago estaban rodeados de un alto muro, y hubieron de construirse escalinatas para descender hasta su orilla y una serie de palacetes en mármol blanco para que los habitasen los brahmanes *dwija* o "dos veces nacidos".

Con ser la India el país más rico en leyendas, no hay una de éstas en las ruinas, como en las frondas y en los lagos, que no esté fundada en los hechos, si bien la grosera fantasía popular las ha entenebrecido, echando de generación en generación un velo cada vez más denso y tupido sobre ellas. Con cierta habilidad y paciencia, máxime si se tiene el auxilio de algún brahman instruido de quien se haya uno captado la amistad y la suficiente confianza, puede, no obstante, llegarse a descubrir la verdad histórica que la fábula desnaturaliza.

Por allí se encuentra, asimismo, el camino que conduce al templo parsi de los adoradores del Fuego. En su ara mantiénese perpetuamente encendido un fuego sagrado que consume

todos los días enormes cantidades de madera de sándalo y plantas aromáticas. Dicho fuego encendióse hace trescientos años, y, desde entonces, luce inextinguible, no obstante mil desórdenes, luchas sectarias y hasta guerras. Aquellos güebros, discípulos de *Zaratushta* o Zoroastro se sienten orgullosos con su templo, templo en comparación del cual parecen pintarrajeados huevos de pascua las pagodas hindúes. Estas últimas están casi todas consagradas a *Hanumân,* el dios-mono, fiel aliado de Rama, y también a *Ganesha,* el dios de la Oculta Sabiduría, o bien a uno de los dioses *Devas.* Vénse ellas en cada calle, con sus dobles hileras de pipales o *ficus religiosa* de varios siglos de edad, árboles de los que ningún templo puede carecer, puesto que constituyen la morada de los elementales y demás almas pecadoras. (6)

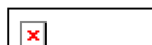
Todo, todo aparece mezclado, confundido y caótico, cual el más extraño panorama de ensueño, pues que no en vano han dejado allí sus vestigios treinta largos siglos. La innata desidia de los naturales, de un lado, y del otro las orientaciones actuales, genuinamente conservadoras, de los hindúes, a un antes de la llegada de los europeos, han preservado todos aquellos monumentos de las depredadoras venganzas de los fanáticos, allí donde más peligro corrían por pertenecer a la religión buddhista o a otras sectas impopulares también. Los indos o hindúes no son dados, por naturaleza, a devastaciones sin sentido, y en vano buscaría en sus cabezas el frenólogo la prominencia reveladora del instinto de destrucción. Siempre que tropecéis en vuestro camino con antigüedades más o menos vandalizadas o desfiguradas, no es de aquéllos, no, la culpa, sino de los musulmanes, o bien de los portugueses, dirigidos por los jesuitas. (7)

El buque echó anclas, al fin, y en un momento nos vimos asediados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindúes, semejantes a imponentes esqueletos: los parsis, los mogoles y cien otras tribus, estaban por ellos representadas, y tamaña muchedumbre diríase que había surgido como por encanto del fondo de la bahía, gritando, charlando, aullando, como sólo saben hacerlo las tribus asiáticas. Lo más pronto que pudimos nos apoderamos de un bote, refugiándonos allí para escapar pronto de aquella confusión de gentes y lenguas, que remedaban una segunda Babel.

Instalados de allí a poco en la quinta que nos aguardaba, la primera cosa que atrajo nuestra atención fueron las miríadas de cuervos y buitres que por Bombay pululan. Aquellos pajarracos constituyen, por decirlo así, la celosa policía municipal de la ciudad, encargados, como lo están, de limpiar de inmundicias las calles. Matar, pues, a uno de tales

buitres, no sólo está prohibido por las ordenanzas, sino que resultaría asaz peligroso, dado que con ello se despertaría el espíritu de venganza de cualquier hindú, prontos como están siempre a ofrecer su vida en rescate de la de cualquier cuervo, porque es su firme creencia que el alma de sus antepasados pecadores transmigra después en aquellas aves, y, por tanto, el dar muerte a uno de ellos es perturbar la ley del karma y exponer al desdichado ascendiente a una reencarnación todavía más penosa. Tamaña creencia no sólo es profesada por los hindúes, sino hasta por los parsis más instruidos, y la misma conducta extrañamente seguida por los buitres o cuervos indos diríase que justifica hasta cierto punto semejante superstición, porque son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis, hallándose bajo la protecci6n directa del ángel de la muerte, o Farvandania, que se cierne por sobre las Torres del Silencio, dirigiendo las operaciones de aquella tribu alada. El ensordecedor graznido de los cuervos, que a todo recién llegado no puede menos de chocar al principio, tiene un donoso origen. Es a saber, que cada cocotero de la selva que a Bombay rodea, tiene adosado a él un *pumpkin* hueco, o corteza de fruta a manera de escudilla. Gotea en ésta la savia del árbol, la que, después que ha fermentado, se convierte en ese brebaje embriagador conocido por el nombre de *toddy* en el país. Los desnudos *toddys wallahs*, que suelen ser portugueses mestizos, con su modesta sarta de corales, trepan como ardillas hasta troncos que miden a veces 150 pies de altura para recoger el brebaje dos veces por día. Los cuervos, que suelen construir sus nidos en lo más alto de los cocoteros, beben también en los abiertos *pumkins*, y de aquí la crónica embriaguez de estos pájaros y su graznido continuo.

Tan pronto como salimos al jardín de nuestra morada, multitud de aquellos cuervos se descolgaron pesadamente de los árboles vecinos, haciendo, al caer, un ruido indescriptible, y diríase que tenían ellos algo de humanos en las actitudes astutas y extrañas que tomaban aquellos pajarracos borrachos, y que, mientras así nos examinaban de pies a cabeza, brillaban sus ojuelos con fulgores verdaderamente diabólicos. (8)



Los tres modestos *bungalows* que ocupábamos no parecían sino nidos de verdura, con sus techos literalmente sepultados, bajo rosales floridos de veinte pies de altura, y con sus

ventanas, quienes, en lugar de cristales, se cerraban con marcos de blanca muselina. Nos hallábamos, sin duda, en la verdadera y genuina India, por cuanto nuestra vivienda se hallaba emplazada en la parte indígena de Bombay. Vivíamos, digo, en la India efectiva, no al modo de los ingleses, quienes siguen allí viviendo en Inglaterra, rodeados a corta distancia por la auténtica India, y merced a nuestra situación estábamos en óptimas condiciones para observar el carácter y costumbres del país; estudiar sus leyendas, religiones, supersticiones y ritualismos: en una palabra, vivir entre hindúes.

Todo es fantástico, original, inquietante, en el país del majestuoso elefante; de la cobra venenosa; del fracasado misionero inglés y del astuto tigre. Todo allí parece extraordinario, inesperado, maravilloso, aun para quien haya viajado por Turquía, Palestina, Damasco y Egipto. Los reinos animal y vegetal de aquellas comarcas tropicales difieren, efectivamente, en sus formas de cuanto estamos habituados a contemplar en Europa.

Ved, sino, esas mujeres atravesar, camino de una fuente, cruzando a través de un jardín que, no obstante ser propiedad particular, está, sin embargo, franco a todo el mundo, dado que unas vacas pacen en él. ¿Qué tiene en sí de extraño el encontrarse con mujeres, ver vacas y admirar un jardín? Nada, desde luego, mas una consideración más atenta, es suficiente para demostrar la enorme diferencia, que media entre la Europa y la India. En parte alguna, como en esta última, experimenta el hombre una sensación más perfecta respecto de su propia insignificancia. La exuberancia tropical es tal, que nuestros árboles más corpulentos y altos parecerían enanos comparados con los banyans y en especial con las palmeras. Una vaca europea tomaría a su congénere indostánica por modesta ternerilla, negando hasta el parentesco con ella, porque ni su pelaje de tinte de rata, ni sus rectos cuernos análogos a los del macho cabrío y encorvados hacia atrás, serían para otra cosa. Respecto de las mujeres, ellas son capaces de entusiasmar a cualquier artista, por sus vestiduras, cuanto por la gracia gentil de sus movimientos, y, no obstante, ninguna corpulenta, blanca y sonrosada Ana Ivanowena descendería a saludarla, ni a mirarla siquiera… ¡Qué vergüenza, Dios santo; la mujer está completamente desnuda!

Semejante concepto de desprecio hacia la pobre mujer hindú, en la opinión de la mujer rusa moderna, refleja en sí el aserto de un distinguido viajero ruso, “el pecador siervo de Dios, Athanasio, hijo de Nikita de Tver”, como él se denomina, y quien, en 1470, describe así la India: “Sus habitantes están desnudos, llevan el pelo en trenzas y jamás se cubren la

cabeza. Cada año tienen las mujeres un niño, y tanto ellas como sus esposos son negros. Un velo llevan en torno de la cabeza sus príncipes, y con otro velo se envuelven las piernas. Las gentes nobiliarias llevan, ellos un velo en el hombro, y ellas en torno de los riñones; pero todos caminan con los pies desnudos, y las mujeres andan con el pelo suelto y desnudo el pecho. Niños y muchachas nunca se cubren sus vergüenzas hasta que tienen siete años...” Esta descripción es exacta, pero sólo es aplicable a las más inferiores e indigentes, las que, efectivamente, sólo se cubren con un velo, tan pobre a veces que no es sino un harapo. Sin embargo, ni a la mujer más infeliz la faltan nunca una pieza de diez varas de muselina para envolver su cuerpo, y uno de cuyos extremos hace el papel de una enagua corta, y con el otro, cuando van por la calle, se cubren hombros y cabeza, si bien dejando siempre la cara descubierta. No se hallaría mujer decente alguna, en cambio, que consintiera en llevar calzado. Los zapatos son la insignia y distintivo de las mujeres desacreditadas, y cuando, hace algún tiempo, la esposa de cierto gobernador de Madrás, proyectó el que se obligase a las mujeres del país a cubrirse el pecho, a poco si no estalla una revolución, ya que únicamente las danzarinas gastan una especie de chaquetilla. El Gobierno vióse forzado a reconocer que no era prudente el exasperar a las mujeres, más peligrosas a veces que los hombres, y aquella costumbre, basada en una ley del Código del Manú y sancionada por un uso de tres mil años, permaneció inmutable y respetada.

Más de dos años antes de que dejásemos el suelo de Norteamérica veníamos manteniendo correspondencia con un sapientísimo brahmán, que actualmente (1879) es una legítima gloria en toda la India. Bajo su dirección habíamos venido para estudiar el antiguo país de los *arias,* sus *Vedas* y su lengua. Llámase el sabio el swami Dayanand Saraswati. *Swamis* se dice a los anacoretas iniciados en muchos misterios de la Naturaleza y del Hombre, misterios que yacen impenetrables para el común de los mortales. Son ellos monjes ascetas, que jamás se casan, y absolutamente distintos de esotras fraternidades mendicantes llamadas de los *Hossein* y de los *Sannyâsis.* Este pandit es un perfecto enigma para todo el mundo, y está considerado como el mayor sanscritista de toda la India. Hasta hace unos cinco años había vivido solitario, aislado de todo en una espesa selva, al modo de los antiguos gimnosofistas que mencionan los clásicos griegos y latinos, apareciendo de nuevo en el mundo como adalid de las más heroicas empresas. Después de su voluntario aislamiento, estaba a la sazón estudiando los principales sistemas filosóficos de la “Arya-vartta”, y el significado oculto de los *Vedas,* auxiliado por otros místicos y anacoretas.

Todos los hindúes, en efecto, creen que en las Montañas de Bhadrinath, que se alzan hasta veintidós mil pies sobre el nivel del mar, existen grutas espaciosas, habitadas desde hace muchos miles de años por estos santos anacoretas. Bhadrinath tiene a sus pies al río Bishegunj, al norte del Indostán, y es célebre por su templo de Vhisnú, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales termales minero-medicinales, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van a purificarse y a buscar la salud en ellos.

Tan luego como apareció en público Dayanand Saraswati, causó una sensación inmensa, y mereció bien pronto por sus atrevimientos el nombre de "el Lutero de la India". Vagando de una en otra población, tan pronto en el Norte como en el Sur, y trasladándose de un extremo a otro del país con celeridad increíble, él ha visitado toda la India, desde Bombay a Calcuta y del Cabo Comorín a los Himalayas, predicando la *Deidad Una* y *Única*, y probando, con las *Vedas* en la mano, que en las más antiguas escrituras no hay ni una sola palabra que pueda justificar el actual politeísmo. El gran orador sagrado lucha con todo su poder contra las castas, contra el casamiento de los niños, y contra todo linaje, en fin, de supersticiones, lanzando rayos y truenos contra la idolatría. Pero sus más formidables arremetidas las guarda contra los brahmanes, a quienes culpa de haber fomentado todos los males incrustados en la India por siglos y más siglos de casuística interpretación de los *Vedas*, y acusándoles públicamente de ser los únicos culpables del estado de abyecta humillación en la que yace el país, país antaño grande e independiente y hoy esclavizado y envilecido. No obstante tan atrevidas predicaciones, la Gran Bretaña tiene en él un aliado y no un enemigo, por cuanto suele decir a todos los que quieren oírle: "Si expulsáis a los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo aquel que se alce contra el culto de los ídolos, seremos degollados cual pobres corderillos. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras; pero los idólatras son más fuertes que nosotros".

El pandit Dayanand ha sostenido formidables disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, saliendo victorioso casi siempre. En Benarés llegaron hasta a reclutar asesinos para matarle en secreto, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala, donde fustigase sin piedad al fetichismo, un fanático soltó una enorme cobra contra sus desnudos pies. Conviene advertir previamente que hay dos serpientes diferentes, deificadas por la Mitología brahmánica: la que rodea el cuello de los ídolos de Shiva, llamada Vasuki, y la otra, Ananta, que forma el lecho de Vishnú. Así, el adorador

de Shiva, completamente seguro de que su cobra, como adiestrada ya de antaño para los misterios de una pagoda shivaíta, daría prontamente fin del culpable, exclamó, triunfal, al tiempo que arrojaba la cobra contra el asceta:

–¡Que el mismo dios Vasuki demuestre quién de los dos tiene razón!

–Que lo haga cuando guste– respondió Dayanand con la más impasible serenidad.

Y sacudiendo de sí la cobra, que ya se enroscaba a su pierna, con un solo movimiento lleno de energía, aplastó la cabeza del funesto reptil, añadiendo:

–Vuestro dios ha estado demasiado torpe y lento; yo soy, pues, quien ha decidido la disputa.

Y, como si nada hubiese pasado, terminó diciendo:

–Ya podéis anunciar al mundo cuán fácilmente perecen los falsos dioses.

Merced a su absoluto conocimiento del sánscrito, el pandit no sólo presta inmenso auxilio a las masas, aclarando su ignorancia respecto al evidente monoteísmo de los *Vedas*, sino que le proporciona, si cabe, aun mayor a la Ciencia, poniendo de relieve y de manifiesto quiénes son efectivamente los brahmanes, única casta de la India que, durante luengos siglos, ha tenido el derecho exclusivo de estudiar los *Vedas* y de comentarios, haciéndolo siempre tan sólo para su propio engrandecimiento explotador.

Antes, mucho antes de que orientalistas tales como Burnouf, Colebrooke y Max Müller se ocupasen del asunto, muchos reformadores indostánicos han tratado de probar el purísimo monoteísmo de las doctrinas védicas, y hasta ha habido fundadores de nuevas religiones que llegaron a negar las revelaciones de dichas Escrituras, tales como el Rajá Ram Mohum Roy, y después de él, Babú Keshub Chunder Sen, ambos bengaleses, de Calcuta. Ninguno de ellos, sin embargo, pudo lograr éxito, sino añadir el nombre de una nueva secta más a las innumerables que pululan por la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber casi nada hecho; y en cuanto a Keshub Chunder Sen, después de fundar la de *Brahma Samaj*, la cual profesa una religión extraída de las profundidades de la propia imaginación de Babu, se hizo un exaltado místico, y, como solemos decir en Rusia, es hoy "mera cereza del mismo huerto", al igual de los espiritistas, por quienes está considerado como un gran médium, y como el Swedenborg de Calcuta, pasando su tiempo en sucia piscina, proclamándose el profeta de sus gentes y ejecutando una danza mística

vestido de mujer, en atención, dice,"a la mujer diosa", designación que aplica al par, a "su madre, su padre y su hermano primogénito".

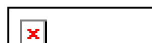
En suma: que todo cuanto hasta aquí se ha intentado para restablecer el puro monoteísmo primitivo de la Ario–India ha sido un ruidoso fracaso, al chocar contra la doble roca del Brahmanismo y de los prejuicios de tantos y tantos siglos de existencia. Mas he aquí que se muestra de improviso Dayanand, respecto de quien ni aun sus discípulos predilectos saben ni quién es ni de dónde viene, ya que él confiesa únicamente ante las multitudes a quienes subyuga que el nombre aquel bajo el cual es conocido no es el propio suyo, sino el que le fué dado por su Maestro al recibir la iniciación de verdadero Yogui.

Patanjali fué el fundador de la mística escuela Yoga, uno de los seis sistemas filosóficos de la India primitiva. Supónese que todos los filósofos neoplatónicos o gnósticos de la segunda y tercera escuela de Alejandría fueron discípulos de los yoguis indos, y es tradicional el creer que su teurgia fué importada por Pitágoras de la India. Aun se encuentran cientos de yoguis en esta última que practican la yoga de Patanjali, y que aseguran estar, mediante ella, en inefable comunicación con el propio Brahma; pero es lo cierto que la mayor parte de ellos son mendigos profesionales, vagos de solemnidad e inconmensurables embaucadores, que explotan las ansias milagreras del populacho indígena. Los yoguis verdaderos evitan cuanto pueden el mostrarse en público, recluidos, como casi siempre lo están, y consagrados a perpetuo estudio, no presentándose sino cuando tienen una misión especial que cumplir en el mundo, cual acaeciera a Dayanand, porque Dayanand es el sanscritista más profundo que ha conocido la India; el metafísico más abstruso; el orador más maravilloso y el más osado fustigador de los errores y vicios que se ha conocido desde los tiempos de Sankarâchârya, el fundador de la filosofía Vedanta, sistema a su vez que es corona de toda la enseñanza panteísta, y la más metafísica de todas las escuelas indas.

La prestancia de Dayanand, por otra parte, es sencillamente magnífica. Su estatura es gigantesca; de pálida tez, más europea que inda; grandes y fulgurantes ojos y luengo pelo canoso, porque conviene saber que los verdaderos yoguis o *dikshatas* (iniciados) no se cortan jamás el pelo ni la barba. Su voz clara y sonora matiza a maravilla toda la gamma de los sentimientos, desde el dulce y acariciador balbuceo infantil hasta la tonante ira contra las perfidias y falsedades de los sacerdotes, conjunto que produce mágico e indescriptible efecto en la tan impresionable imaginación de los hindúes. Así que doquiera se muestra

Dayanand, las multitudes se le postran en el polvo, besando sus huellas; pero, bien a diferencia del babú Keshub Chunder Sen, no les enseña una nueva religión inventando dogmas nuevos, y sólo les preconiza la necesidad de volver a los olvidados estudios sánscritos, y que pongan en parangón las santas enseñanzas de sus mayores con las falsificaciones y degradaciones brahmánicas, retornando a la purísima concepción de la Deidad que enseñaron los primievales rishis Agni, Vayu, Aditya y Anghira, patriarcas sublimes que diesen los *Vedas* a la pobre Humanidad. Y ni siquiera pretende Dayanand que los mismos *Vedas* sean una revelación del cielo, sino que enseña únicamente que “cada palabra de estas Escrituras responde a la Inspiración más elevada que le es dable recibir al hombre de la tierra, inspiración mil veces repetida en la historia de la Humanidad, y que tantas veces como es necesario surge en cualquier país.”

El swami Dayanand, en meros cinco años de predicaciones estupendas, hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las altas clases, y, a juzgar por todas las apariencias, ellos están prontos a sacrificar por él sus almas, sus vidas, y lo que les es con frecuencia más estimado que la vida misma, o sea sus bienes materiales. Dayanand, como verdadero yogui, jamás toca dinero alguno con sus manos y hasta desprecia estas cuestiones ínfimas, contentándose por todo alimento con unos cuantos puñados de arroz cada día, sobriedad ante la cual uno casi llega a pensar que acaso lleva una como encantada vida, en vista, además, de su serenidad pasmosa ante el torrente desatado de las pasiones humanas más inferiores que despierta, y que tan peligrosas suelen ser en la India. Una marmórea estatua no permanecería más impasible que él ante las irritadas muchedumbres de fanáticos, y una vez pudimos verle en acción; despidió, en efecto, a todos sus fieles secuaces, prohibiéndoles que velasen sobre él ni menos que te defendiesen, y se quedó solo, frente por frente de una multitud furibunda, mirando impasible al monstruo colectivo que parecía dispuesto a lanzarse sobre él y despedazarle.



Llegados aquí nos conviene dar una breve explicación. Hace varios años que se constituyó en Nueva York una Sociedad de personas enérgicas e instruidas, a quienes cierto sabio de sutil ingenio hubo de denominar *Sociedad de los descontentos del espiritismo.*

Los fundadores de ella, eran gentes que admitían la realidad de los fenómenos espiritistas, cual creían en la posibilidad de cien otros fenómenos naturales, negando, no obstante, la llamada "teoría de los espíritus". Consideraba, en suma, que la moderna filosofía espiritista se encontraba en los primeros grados no más de desenvolvimiento, sin haber penetrado en la verdadera naturaleza espiritual y psíquica del hombre y rechazando, al igual de lo que hacer suelen las gentes llamadas científicas, todo cuanto no pueda ser explicado y abarcado por sus teorías particularistas.

No bien surgió semejante agrupación, que se diese a conocer al mundo como *Sociedad teosófica,* norteamericanos muy instruidos se adhirieron a ella. No quiere esto decir que sus miembros no diferían entre sí en la apreciación de muchos problemas, al modo de cualquier otra Sociedad de las que existen por el mundo: Sociedades geográficas o arqueológicas que entablan controversias, durante muchos años, acerca de las verdadera fuentes del Nilo, o de la interpretación que deba darse a los jeroglíficos egipcios, aunque los primeros estén de acuerdo en cuanto a admitir que, pues el Nilo tiene agua, forzosamente han de encontrarse en alguna parte sus fuentes. Igual sucede con los múltiples fenómenos del magnetismo del espiritismo, que aún esperan al Champollión que haya de esclarecerlos. Pero la piedra–clave de Roseta no había, no, que buscarla en Europa ni en América, sino en los remotos países donde todavía se admite la existencia de la Magia, donde los sacerdotes indígenas salen a maravilla por día, y donde el frío hábito del positivismo materialista de la ciencia no ha llegado aún, es decir, en el Oriente.

No ignoraba, en efecto, el Consejo de la Sociedad que los lamas buddhistas, verbigracia, aunque negaban la inmortalidad del alma y no creía en Dios tampoco, se han hecho célebres por "fenómenos" los más extraordinarios; que el magnetismo animal era conocido y practicado en China a la continua desde tiempo inmemorial, bajo la denominación de *Gina* o *Jina*, y que en la misma India temen y odian hasta el nombre de esos espíritus a quienes tan profundamente parecen venerar nuestros espiritistas, no obstante lo cual, muchos fakires ignorantes pueden ejecutar "milagros" capaces de dar al traste con todas las nociones acariciadas por los científicos, cuanto para exasperar a los más hábiles prestidigitadores europeos.

Muchos individuos de dicha Sociedad Teosófica han visitado la India; muchos han nacido en la India misma y han presenciado, por sí propios, las brujerías de los brahmanes y los fundadores de aquella agrupación, convencidos de cuán crasísima es la ignorancia

moderna respecto del hombre espiritual, anhelaban que se aplicase a los problemas metafísicos ese mismo método comparativo, que tan buen fruto le diese a Cuvier en Anatomía. Con ello los métodos inductivo y deductivo usados por Occidente pasarían de las regiones físicas al mundo genuino de la psiquis. "De otro modo –decían– la Psicología quedará estancada y hasta constituirá una rémora de las demás ciencias de la Naturaleza". Y no han faltado tampoco ocasiones en las que la Fisiología occidental ha merodeado y cazado furtivamente en los campos de los conocimientos puramente abstractos y metafísicos, fingiendo al par ignorar por completo estos últimos , y pretendiendo, en vano, clasificar la Psicología entre las llamadas "Ciencias positivas", no sin arrancarla previamente al lecho de Procrusto, donde hoy yace, aunque vengándose con negar sus secretos a tan groseros atormentadores.

Añadamos que, en poco tiempo, la repetida Sociedad llegó a contar sus individuos, no por cientos, sino por miles, pues que en ella ingresaron bien pronto todos los "descontentos" del espiritismo americano, en un tiempo en el que había en América hasta doce millones de espiritistas. Otras *ramas* de aquel tronco brotaron en Londres, Corfú, Australia, España, Cuba, California, etc., y en cuantas partes se hacían nuevos experimentos, se afirmaba la creencia de que los fenómenos en cuestión no eran causados únicamente por los espíritus. Después se fundaron también otras ramas en la India y en Ceilán. Los miembros buddhistas y brahmanes llegaron en ellas a ser más numerosos que los europeos. Se formó una Liga internacional y añadióse al nombre de la Sociedad el subtítulo de "La Fraternidad Humana". Después de una cordial y activa correspondencia entre la Sociedad Teosófica y la Arya-Samaj, fundada por el swami Dayanand, se fusionaron entre ambas asociaciones, y entonces el Consejo Supremo de la rama de Nueva York decidió enviar una delegación especial a la India para estudiar sobre el terreno la antiquísima lengua en que se escribiesen los *Vedas,* cuanto los manuscritos y fenomenología del yoguismo. El día 17 de Diciembre de 1878, la Delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose unos días en Londres, y prosiguiendo después a Bombay, donde desembarcó en Febrero de 1879.

Todo cuanto antecede, ¡ay!, escribióse hace algún tiempo. Desde entonces el swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo personal de la Sociedad Teosófica, cuanto de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas. Parece ser que al aliarse ofensiva y defensivamente con nuestra

Sociedad, abrigaba secretos propósitos de que todos sus individuos cristianos, brahmanes y buddhistas, reconocieran su supremacía y se hiciesen miembros así de su Arya-Samaj. Inútil es añadir que semejante propósito era imposible, ya que la Sociedad Teosófica se basa en la más completa fraternidad y en la no ingerencia en las respectivas creencias religiosas de sus individuos. La tolerancia recíproca es su alma y su base, dentro de su objetivo puramente filosófico e investigador. Semejante cosa no convenía a Dayanand y pretendía que todos los miembros teósofos se convirtiesen en sus discípulos o, de lo contrario, fuesen expulsados de la Sociedad, no es dudoso que ni el Presidente ni el Consejo podían allanarse a semejante pretensión. Los ingleses y los norteamericanos, tanto cristianos como librepensadores, los buddhistas y, especialmente, los brahmanes, se rebelaron contra Dayanand, pidiendo unánimes la ruptura de la alianza.

No obstante, todo esto no acaeció sino en tiempos después. En la época a que me refiero éramos todos los amigos, y los aliados del swami, y supimos con gran placer que el "mela" de Hardwar que iba a visitar, se celebraba cada doce años y era una especie de feria religiosa que servía de punto de reunión a los más ilustres representantes de todas las numerosas sectas que en la India existen. Celébranse públicas controversias acerca de todos los puntos religiosos y se leen por los contrincantes las más sabias tesis y disertaciones. Aquel año la reunión de Hardwar era excepcionalmente numerosa. Sólo los sannyâsis o monjes mendicantes de la India sumaban 35.000, y el cólera, previsto por el swami, se declaró efectivamente. Como aún faltaba bastante tiempo para aquella Asamblea, le consagramos a visitar Bombay con todo detenimiento. (9)

La Torre del Silencio, en las cumbres del Malabar-Hill, es la última morada donde descansan los hijos de Zoroastro. En semejante cementerio parsi, sus muertos, sin distinción entre hombres y mujeres, ricos y pobres, son puestos en fila, no quedando de ellos en pocos minutos sino los esqueletos. Las Torres del Silencio, llamadas así por el que en ellas ha reinado durante siglos, causan la más desoladora impresión en el ánimo del extranjero y existen doquiera que habitan los parsis. La más grande de las seis torres con que cuenta Bombay, fué construida hace doscientos cincuenta años, y la más pequeña hace muy poco tiempo.

Dichas Torres del Silencio, con raras excepciones, son de forma cuadrada o redonda, de veinte a cuarenta pies de altura, sin puertas ni techumbre; con una sola entrada de hierro hacia el Este, y tan pequeña que unos matorrales la recubren. El primer cadáver que se

lleve a una *dakhma* o torre nueva ha de ser el de un niño o el de un *mobed* o sacerdote. A nadie, ni aun al vigilante principal, se le permite aproximarse a más de treinta pasos de estas torres. Solamente a los *nassesalares,* o portadores de los muertos les es permitido entrar y salir en ellas, pero la vida que ellos llevan es aún más miserable que la del propio verdugo europeo, pues que, apartados de todo contacto humano, yacen en el aislamiento más abyecto. Prohibido, como les está, el ir a los mercados, tienen precisión de buscarse el alimento por los medios más inverosímiles. Nacen, se casan y mueren sin relación alguna con los demás seres del mundo, a excepción de los suyos, y sólo cruzan las calles para incautarse de los muertos y llevarlos a la torre.

Hasta su vecindad es considerada como impura. Al entrar en la torre con el cadáver, que sea el que hubiese sido su rango social, va cubierto con blancos harapos, lo desnudan y lo colocan silenciosamente en una de las tres filas que vamos a describir. Luego, con idéntico mutismo salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su imponente majestad, siendo sólo objeto de repugnancia. Cuando la última hora del enfermo se aproxima, todos abandonan la estancia mortuoria, tanto para no crear obstáculos con su presencia a la salida del alma del cuerpo, como para no contaminarse el vivo con el contacto del muerto. Únicamente el sacerdote permanece un rato con el moribundo, y después de recitar en su oído el *ashem-vohu,* el *yato-ahavarie* y otros pasajes del Zend-Avesta, abandona la habitación antes de que el moribundo abandone su cuerpo. En seguida traen un perro, poniéndole cara a cara con aquél, ceremonia denominada *sas-did* o sea de "la mirada del perro", y esto se hace porque el perro es el único ser viviente a quien el *drux-nassu,* o demonio, teme, pues le impide tomar posesión del cadáver. Al efecto se tiene gran cuidado de que no se interponga la sombra de nadie entre el moribundo y el perro, porque toda la fuerza de la mirada del perro se perdería y el diablo no desaprovecharía tamaña ocasión. Después, el cadáver es dejado en el punto en que la vida le abandonó, hasta que los *nassesalares* aparecen con los brazos envueltos en viejos sacos para llevárselo al *dakhma,* depositándole en un féretro de hierro, que es el mismo para todos. Si por acaso acontece que alguno tenido por muerto vuelve en sí, los *nassesalares* tienen la misión de matarle, pues todo aquel que ha sido contaminado por el contacto de los cadáveres del *dakhma,* ha perdido, *ipso facto,* todo derecho de volver entre los vivos, porque, al hacerlo, contaminaría a toda la vecindad. Como parece ser que se han repetido muchas veces los casos de muerte

aparente, se está tratando ahora de que los parsis acepten una nueva ley que permita a los infelices *ex cadáveres* el poder volver a habitar entre sus gentes, obligándose a los *nassesalares* a que dejen abierta la única puerta del *dakhma,* de suerte que puedan hallar un medio de escapar. Dícese, a este propósito, que los buitres devoran al punto los cadáveres, pero que jamás tocan a los aparentemente muertos, sino que, antes bien, huyen de ellos, dando pavorosos graznidos. Después de la postrera oración pronunciada a distancia por el sacerdote, tornase a la ceremonia primera de "la mirada del perro", con uno de estos animalitos educados al efecto, que nunca falta en las Torres del Silencio. Por último, se introduce el cadáver en ella, colocándosele en la fila que por edad, sexo y condición le corresponde.

Por dos veces hemos presenciado la ceremonia de los moribundos y una vez la del entierro, si cabe aquí emplear tan incongruente término, porque en este punto los parsis son más tolerantes que los hindúes, quienes se ofenden con la presencia sola de un europeo en sus ceremonias religiosas. N. Bayranji, principal encargado de la torre, nos invitó a presenciar el entierro de una mujer de buena posición. Así, sentados tranquilamente en la terraza de nuestro bondadoso huésped, pudimos verlo todo a distancia de unos cuarenta pasos. Mientras que el perro miraba con gran fijeza la cara de la muerta, nosotros contemplábamos con igual intensidad, pero con indecible repugnancia, la enorme bandada de buitres que se cernía sobre la torre, donde descendían luego llevándose entre las garras y el pico pedazos de carne humana.

Los buitres de los *dakhmas* han sido expresamente importados de Persia, porque los buitres indos resultan ser demasiado débiles y no lo bastante carniceros para ejecutar el proceso de la monda de los esqueletos con toda la rapidez prescrita por Zoroastro, operación, se nos dijo, que dura apenas unos minutos. Cuando se hubo concluido la ceremonia, pudimos estudiar en otro edificio un modelo completo de una Torre del Silencio, representándonos así lo que ocurre en las verdaderas. En éstas hay en el centro un profundo pozo sin agua, cubierto por un enrejado como la boca de una alcantarilla, y alrededor del sumidero aquel, unos receptáculos en forma de nichos para recibir los cadáveres. Los nichos son en número de 365, en tres filas, de las cuales la primera y más pequeña es para los niños; la segunda para las mujeres, y la tercera para los varones. Dicho triple círculo es el emblema de las tres virtudes cardinales zoroastrianas: pensamientos puros, palabras puras y obras buenas. Los buitres dejan mondados los esqueletos en menos

de una hora; en dos o tres semanas el sol tropical calcina las osamentas hasta reducirlas a un estado de fragilidad tal, que el más leve soplo de viento basta para reducirlas a polvo y sepultar el polvo en el pozo, sin que haya mal olor alguno, ni temor, por tanto, a pestes o epidemias, cosa que no sabemos hasta qué punto no será ello preferible a la cremación, que deja en el aire, alrededor del *ghat*, un cierto olor, aunque ligero, desagradable. El *ghat* es un sitio a orillas del mar o de un río, donde los hindúes incineran a sus muertos. Así, en lugar de alimentar a la "húmeda Madre-Tierra", la antigua deidad eslava, con podredumbre, los parsis dan a *Armasti* polvo puro. *Armasti* significa literalmente *la Vaca nutridora*, y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la tarea más noble a los ojos de Dios, por lo cual este culto es sacrosanto entre los parsis, quienes toman toda clase de precauciones, las más inverosímiles, para no contaminar a *la Vaca nutridora* que les da "cien dorados granos por uno". En la época en que soplan los monzones, en cuyos cuatro meses cae incesantemente la lluvia, ella lava y arrastra hasta el sumidero todo cuanto dejan los buitres, y este agua se filtra después por las paredes del pozo, cuyo fondo está cubierto, además, de carbón vegetal y de finísima arena. (10)

La visita al *Pinjarapala* es mucho menos desagradable y hasta entretenida. El Pinjarapala es el hospital de Bombay para animales decrépitos, hospital que existe siempre en toda ciudad que cuente con *jainos*. La religión *Jaina* es una de las más antiguas e interesantes de toda la India, muy anterior al Buddhismo, que comenzó del año 543 al 477, antes de nuestra Era. Los jainos se jactan de que el Buddhismo no es sino una mera herejía del Jainismo, habiendo sido Gautama, el fundador de aquella religión, un discípulo y sectario de un gran *Gurú* o Maestro jaino. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainos son intermediarias entre las de los brahmanes y los buddhistas. Desde el punto de vista de la organización social, se parecen a los primeros; pero en orden a religión se acercan más a estos últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne, su resistencia a rendir culto a estatuas ni reliquias, son tan estrictamente observadas por ellos como por los mismos brahmanes; pero, al igual de los buddhistas, niegan a los dioses del panteón hindú y la propia autoridad de *Los Vedas*, adorando a los veinticuatro Tirthankaras o Jinas, jefes de la Hueste de los Bienaventurados, lo que constituye su culto característico. Sus sacerdotes, como los de los buddhistas, permanecen célibes; viven en *vihâras* aislados, solitarios, y eligen sucesores indiferentemente entre los de cualquier clase social. (11)

Según los jainos, el único lenguaje sagrado es el *pákrito*, que es el usado en su literatura religiosa, así como los buddhistas ceilaneses. Jainos y buddhistas tienen idéntica cronología legendaria. No comen después de puesto el sol y quitan con minucioso esmero hasta el polvo del asiento en que van a posarse, para no aplastar al insecto más ínfimo. Ambos sistemas, o más bien escuelas de filosofía Jaina y buddhista, enseñan la teoría de átomos eternos e indestructibles, al tenor de la teoría atómica de Kanâda, y aseguran que el Cosmos ni tuvo principio ni tendrá fin. "El universo entero no es sino *Maya* o ilusión", dicen a una los vedantinos, buddhistas y jainos; pero, mientras que los secuaces de Sankarâchârya predican sobre Parabrahm– la Divinidad sin voluntad, entendimiento ni acción por ser Entendimiento, Mente y Voluntad absolutas–y sobre Ishwara, que de Él emana, los jainos y buddhistas no creen en creador alguno del mundo, sino que enseñan tan sólo la existencia de *Swabhawat,* un principio de la Naturaleza, o Substancia Primordial de formación espontánea, plástica e infinita. Sin embargo, al igual de todas las sectas indas, el jaino cree en la transmigración de las almas, o sea en la Metempsicosis, y de aquí su temor de matar a cualquier animal, hasta el insecto más ínfimo, porque con ello acaso priva de la vida a un verdadero antepasado suyo. Por eso también su respeto hacia toda criatura viviente, por las que desarrolla un amor y una solicitud increíbles. No sólo hay en cualquier ciudad, por ínfima que sea, un hospital–sanatorio para animales enfermos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de bufanda de muselina, a fin de no destruir al más ínfimo mosquito de los que en el aire pululan. Análogo temor les hace no beber sino agua filtrada. Varios millones de jainos, en fin, están repartidos por Bombay, el Gujerat, Konkan y algunos otros sitios.

El Pinjarapala de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad y está distribuido entre prados, jardines y patios con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domesticados. Una institución, en suma, que bien pudiera haber servido como modelo al Arca de Noé. En el primero de los patios no vimos animales, sino centenares de espectros humanos: ancianos, mujeres y niños. Eran los indígenas que restaban de los "distritos del hambre", caídos sobre Bombay como mendigos. Así, al par que pocas yardas más allá los veis o curanderos oficiales estaban ocupados con la tarea de vendar las rotas patas de un chacal; en derramar aceite caliente sobre los ulcerados lomos de perros sarnosos, y en ajustar muletas a cigüeñas lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre allí mismo.

Por dicha de aquellos famélicos seres humanos, había a la sazón menos animales asilados que de ordinario, y así, eran alimentados con los residuos miserables de las bestias allí recogidas, y no me cabe duda alguna de que no pocos de aquellos infelices caídos habrían consentido gustosos en transmigrar instantáneamente a los cuerpos de animales que así terminaban su carrera terrestre tan mimosamente atendidos.

Pero ni aun las rosas de Pinjarapala carecen de espinas. Las *personalidades* granívoras no podían desear nada mejor, por supuesto; pero me permito dudar de que fieras cual los tigres, leones, hienas y lobos se encuentren satisfechos con semejante régimen dietético como el que se les impone allí. Los mismos jainos rechazan con repugnancia el pescado y los huevos. Por consiguiente, cuantos animales disfrutan de sus solícitos cuidados tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presentes cuando dieron de comer a un tigre herido por una bala inglesa. Olfateó con displicencia la sopa de arroz que le presentaron, sacudió la cola con desagrado, gruñó, enseñándonos sus dientes amarillentos, y con un débil rugido se apartó de la comida. En cambio, ¡qué mirada tan oblicua y significativa lanzó sobre su guardián, que trataba con dulzura de persuadirle a que probase la sabrosa sopa! Sólo los fuertes barrotes de la prisión salvaron al jaino de otra más vigorosa protesta por parte de aquel veterano de la selva. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio deshecha, principió por sentarse sobre la artesa llena de aquella salsa espartana, y después, sin más ceremonia, la volcó, como para demostrar su olímpico desprecio hacia tamaña porquería para sus carniceros gustos. Los perros y lobos lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron al fin la atención de dos amigos inseparables: un viejo elefante con una pata de palo y un buey con un ojo enfermo; los verdaderos e inseparables Cástor y Pólux de la institución. Conforme a su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fué para su amigo: rodeó con su trompa el cuello del buey, cual brindándole protección, y ambos mugieron débilmente. Toda una alada tribu de loros, cigüeñas, palomas y flamencos se refocilaba con su almuerzo. Los monos fueron los primeros en responder a la llamada del guardián, con gozo extraordinario. Más allá nos mostraron a un *santo* hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía tendido en el suelo y con los ojos cerrados recibiendo de lleno los caliginosos rayos del sol, cubierto de todo género de hormigas, moscas, mosquitos y chinches.

–Ellos son todos hermanos nuestros –observó con gran dulzura el guarda–. ¿Cómo vosotros, los europeos, podéis matarlos y hasta devorarlos?

–¿Qué haríais, pues, vos –interroguéle–, si tratase de morderos esa terrible serpiente? ¿La mataríais si ella os diese tiempo?

–¡Por nada del mundo! –respondió–. La cogería con cuidado y la pondría en libertad en algún paraje desierto, fuera de la ciudad.

–¿Y si os mordiese?

–Recitaría tranquilo un *mantram,* y si ello no producía el debido efecto, me resignaría a la ley del Destino y dejaría este cuerpo cambiándole por otro.

Tal fué la contestación de un hombre hasta cierto punto educado e instruido, y cuando le opusimos que ninguno de los dones de la Naturaleza carece del debido objetivo, y que el hombre, por ejemplo, tenía cuatro caninos carnívoros, nos replicó citando capítulos enteros de la *Teoría de la selección natural y de los Orígenes de las especies,* de Darwin:

–Es falso que el hombre en sus orígenes tuviese dientes caninos –repuso–. Ello vino después, a medida que la Humanidad fué cayendo más y más. Cuando el instinto carnicero principió a desarrollarse, las mandíbulas humanas cambiaron de forma para adaptarse a las nuevas necesidades.

No pude menos de preguntarme entonces aquello de: "où la science va-t-elle se fourrer?" . (12)

Aquella noche se dió en el Teatro de Elphinstone una función especial "en honor de la *Misión Americana*", como aquí nos dicen. Una compañía de actores del país representaron en Gujerate el viejo drama mitológico del *Sita-Rama,* inspirado en el *Râmâyana* del poeta épico Valmiki. El drama consta de catorce actos y de innumerables cuadros de gran tramoya escénica. Los papeles femeninos, según uso, fueron ejecutados por muchachos. Los actores, al tenor de la costumbre tradicional, estaban descalzos y medio desnudos. La fastuosidad de los vestidos y la profusión y riqueza de los adornos y de las mutaciones escénicas eran realmente extraordinarios, maravillosos. Aun en los mismos escenarios de los grandes teatros de ópera no habría podido ofrecerse una representación más fidedigna de los ejércitos de Rama, tropas de monos al mando del gran Hanumân, el soldado-poeta y estadista, el dios dramaturgo tan celebrado en la historia de toda la India. El *Hanumán-Natak,* el drama mejor y más antiguo de la India, se atribuye a este nuestro talentudo y siniestro antecesor.

Pasaron, ¡ay!, los felices tiempos en que orgullosos nosotros de nuestra blanca piel, la que después de todo no es, acaso, sino el resultado de una decoloración bajo un cielo septentrional, considerábamos a los hindúes y a otros "negros" con un desprecio olímpico, adecuado a nuestra propia magnificencia, y, a no dudarlo, el compasivo Sir William Jones habrá sentido pena al traducir del sánscrito sentencias tan humillantes para nuestro orgullo como estas: "Dícese que Hanumân es el antepasado de los europeos". Pudo muy bien Rama, como semidiós y héroe que él era, desposar a todos los célibes de su poderoso ejército de monos con las hijas de los *Râkshasas,* fuertes gigantes de Lanka o Ceilán, y dotar con los frutos de estas bellezas dravidianas a todas las comarcas de Occidente. Tras las más pomposas ceremonias matrimoniales, los monos-soldados construyeron un puente con sus propias colas, desembarcando felizmente en Europa con sus esposas, y viviendo allí felices, rodeados de numerosa progenie, que hoy, al cabo de los siglos, no somos sino nosotros los europeos. Las palabras dravidianas que se han encontrado en el vascuence, por ejemplo, han llenado de placer el corazón de los brahmanes, quienes, gustosos, habrían ascendido a los filólogos que tal descubriesen al cargo de efectivos semidioses, al ver por ellos confirmada su antigua leyenda. Darwin, sin embargo, fué quien sancionó tal aserto con el poder de la autoridad de su educación y sabiduría occidentales. Los hindúes se convencieron entonces de que somos los verdaderos, los auténticos descendientes de Hanumân, y que hasta nuestros primitivos rabos podrían ser identificados merced a un examen cuidadoso y atento. Hablando, en efecto, seriamente, ¿qué es lo que tenemos que oponer nosotros una vez que un hombre tan excelso como Darwin admite esta hipótesis, de la antiquísima sabiduría de los arios venida? Sometámonos, pues, dócilmente a la verdad, y tengamos por antepasado, de una vez para siempre, al poeta, héroe y hasta semidiós de Hanumân, mejor que a cualquier otro mono que carezca de cola.

El *Sita-Rama* es algo así como las tragedias de Esquilo, y pertenece a la categoría de dramas mitológicos. Viendo representarse esta producción de la más remota antigüedad, los espectadores se sienten transportados a los días en que los dioses bajaban a la tierra para tomar activa parte en todos los asuntos de los mortales. Nada hay en ella que recuerde al teatro moderno, no obstante ser una misma la representación del espectáculo. De lo sublime a lo ridículo se ha dicho con razón que no hay más que un paso. El macho cabrío ofrecido en holocausto a Baco, dió nacimiento a la tragedia (Tra7goç údh). La mano del tiempo y de la civilización han ido pulimentando y modificando los tristes balidos y

agónicos topetazos de aquellas víctimas cuadrúpedas de la antigüedad, y como fruto de esta labor admiramos hoy el ahogado lamento de Raquel en el papel de Adriana Lecouvreur y el horroroso "pataleo" realista de la Croisette moderna en la escena del envenenamiento de *The Sphinx*. Pero los hindúes, afortunadamente para los arqueólogos y anticuarios, no han dado ni un paso siquiera desde los tiempos de nuestro muy venerable predecesor Hanumân, mientras que los descendientes de Temístocles, ya estén activos, ya libres, reciben alborozados todos los pretendidos cambios y mejoras introducidos por el gusto moderno, imaginándose que son una edición corregida y aumentada del genio de Esquilo.

Con la más anhelante curiosidad aguardábamos la representación del *Sita-Rama*. A excepción nuestra y de la construcción del edificio, todo lo demás era indígena genuino, sin que nada nos hiciese recordar a Occidente. No había ni rastro de orquesta, y la música brotaba como del escenario o detrás del mismo. Alzóse el telón, al fin, en medio del más religioso y absoluto silencio de aquella enorme multitud de espectadores. Como Rama es una de las encarnaciones de Vishnú, y la mayor parte de los espectadores eran adoradores de este dios, el espectáculo no era, en modo alguno, una mera representación teatral, sino la celebración de un Misterio religioso que ofrecía a sus ojos la vida y las hazañas de sus deidades más veneradas y favoritas.

El prólogo del *Sita-Rama* se desarrollaba en época anterior a la Creación -ningún autor dramático podía atreverse a elegir otra más antigua-, es decir, que tenía lugar antes de la manifestación del último Universo, porque conviene advertir que para todas las sectas de la India, excepto para la musulmana, el Universo ha existido siempre. Los hindúes llaman a las sucesivas manifestaciones y desapariciones del Universo, respectivamente, días y noches de Brahmâ. Estas últimas, en las que el Universo objetivo se retira, son denominadas *Pralayas*, y los días, o las épocas del nuevo despertar del Universo a la vida y a la luz, son llamados yugas, *Manvantaras* o centurias y manifestaciones de los dioses. También son denominados los Manvantaras y Pralayas, expiraciones y aspiraciones de Brahmâ. Cuando toca ya a su fin la noche de un *pralaya*, Brahmâ despierta y con él despierta también su Cuerpo, que es el Universo, que durante el pralaya reposase en el Seno de la Divinidad, o sea que yaciese reabsorbido en su esencia subjetiva, para de nuevo emanar más tarde del Principio Divino haciéndose objetivo. Con Brahmâ, los dioses todos que muriesen o durmiesen al mismo tiempo que el Universo, retornan lentamente a la

vida. Sólo el INVISIBLE, el INFINITO, el SIN VIDA, el *Uno-Único* [1] que es en sí mismo la *Vida Incondicionada* originaria yace rodeado de un caos sin límites. Su santa PRESENCIA no es visible y sólo se muestra en el periódico latido o pulsación del caos, representada por una obscura masa de agua que llena todo el escenario. Tales aguas aún no han sido separadas de la tierra seca, porque Brahmâ, el espíritu creador de *Narâyana*, el "Agitador de las Aguas", todavía no ha surgido del seno del SiEMPRE INMUTABLE. Viene luego, una fuerte e intensa agitación o vibración en toda aquella informe masa; las aguas comienzan a adquirir luminosa transparencia, y a través de ellas cruzan, resplandecientes ya, los fúlgidos rayos del HUEVO DE ORO del fondo, huevo que recibe la vida del espíritu de Narâyana hasta que germina y se rompe, surgiendo de él Brahmâ, quien pronto se eleva en forma de divino *Loto* colosal hasta la misma superficie de las aguas genesíacas. Aparecen luego tenues y transparentes nubes, cual hilos de tela de araña: después ellas se condensan gradualmente transformándose en los diez Prajâpatis o Poderes creadores, personificación de Brahmâ, el Dios de todo cuanto alienta, palpita y vive, y cantan un himno de alabanza a su creador. Semejante uniforme melodía, no acompañada por orquesta alguna, tiene una poética e infalsificable sencillez para nuestros oídos, no hechos todavía a ella.

La hora de la revivificación general ha sonado. Es separado el firmamento de las aguas y en él van apareciendo sucesivamente los *asuras*, y los *gandharvas*, los cantores y los músicos celestes. Entonces Indra, Yama, Varuna y Kuvera, o sea los espíritus que presiden a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro elementos de *agua, fuego, tierra* y *aire* forman los átomos de los cuales resurge la serpiente *Ananta*. El monstruo flota sobre las olas, y doblando su cuello de cisne forma un lecho en el cual se reclina Vishnú, la propia y genuina *Diosa de la Belleza*. –¡Swatha!, ¡Swatha!, !Swatha!– exclama el coro celeste saludando a tamaña deidad... En los oficios religiosos de la Iglesia rusa esto se pronuncia también: ¡Swiat!, ¡Swiat!, ¡Swiat!, que significa ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!

En uno de sus futuros *Avatâras*, Vishnú reencarnará en Râma, el hijo de un poderoso rey, y Lakhsmî, a su vez, se transformará en Sîtâ. Todo el asunto del *Râmâyana* es cantado en pocas palabras por los músicos celestes, y Kâma, el Dios del Amor, cobija a la divina

[1] Véanse los comentarios a la primera Estancia del *Dzyan* en el tomo I de *La Doctrina Secreta*.

pareja, la cual, a su vez, enciende una doble llama en sus corazones, de la cual es entonces creado el mundo nuestro.

Después se van representando los sucesivos catorce actos del drama, que es bien conocido de todos, y en el que toman parte algunos centenares de personajes. Al final del prólogo todos los dioses se van presentando unos tras otros y dando sus respectivos argumentos, y el epílogo de toda la representación, acogiéndose siempre a la indulgencia de los espectadores. Diríase entonces como que todas las infinitas deidades de mármol y granito dejando sus templos y pintadas con colores humanos venían a evocar en las mentes de los circunstantes los más antiguos y olvidados sucesos.

Sólo éramos allí cuatro los representantes de Europa: los demás que llenaban la amplia sala eran todos indígenas. Los ostentosos vestidos de las mujeres, lechos de flores parecían, y aquí y allá, entre hermosas cabezas bronceadas, destacábanse las lindas y melancólicas caras blancas de las mujeres parsis, cuya belleza hacíanme recordar las de las circasianas. Las mujeres ocupaban las primeras filas, y es muy fácil conocer en la India la respectiva religión, casta y secta de sus individuos, y hasta si una mujer es soltera o casada, al tenor de las marcas de pintados colores que llevan sobre sus frentes. (13)

Desde los días aciagos en que Alejandro el Magno destruyó los libros sagrados de los *gebars* o *güebros*, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey Ardeshir–Babechan restauró el culto del Fuego en los años 229 a 243 de nuestra era. Luego volvieron a ser perseguidos por los Shakpurs o Sasánidas, no se puede puntualizar bien si por el segundo, el noveno o el undécimo rey de la dinastía. No obstante, se asegura que uno de estos sasánidas fué gran protector de la doctrina de Zaratustra. Con las persecuciones que siguieron a la caída de Yesdejird, los adoradores del Fuego emigraron a la isla de Ormasd, y habiendo encontrado allí más tarde un libro de profecías de Zoroastro, marcharon hacia el Indostán en obediencia a una de ellas. Después de un largo y triste éxodo, aparecieron hace unos mil o mil doscientos años en el territorio del *Maharana–jayadeva*, de Champanir, vasallo del rey de la Rajaputana, quien les permitió establecerse en el país, a condición de que renunciasen a sus armas y la lengua persa, cambiándola por la hindú, y que sus mujeres dejasen su traje nacional, vistiendo como las mujeres hindúes. Sin embargo, les permitió usar calzado, dado que ello está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado bien pocos cambios. De aquí que las mujeres parsis se distingan de sus congéneres las hindas por ligeras diferencias. Las caras casi

blancas de las primeras estaban separadas por una tira de alisado pelo negro, de una especie de gorro blanco, todo cubierto por un brillante velo. Las mujeres hindúes, en cambio, llevaban descubierto su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de moño griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas y en sus narices lucían grandes anillos de oro. Unas y otras son aficionadas a los colores de brillo uniforme, llevan *saris,* y cubren sus brazos hasta el hombro con *bangles*. (14)

Detrás de las mujeres se agitaba en el patio del teatro todo un mar de maravillosos turbantes. Había *rajputs* de largos cabellos y de luengas barbas partidas, de facciones griegas perfectas y sus cabezas cubiertas por el *pagrí*, o sean más de veinte yardas de finísima muselina blanca y adornadas con pulseras, pendientes y brazaletes. Veíanse asimismo brahmanes mahratas con sus cabezas afeitadas, de las que colgaba un largo mechón o trenza, y cuyos turbantes eran de vivísimo color escarlata, con una especie de dorado cuerno de la abundancia hacia la frente; bangas, con tricornios de malla; kachhis, con cascos romanos; bhillis, fronterizos del Rajatán, que se diría padecer dolor de muelas, a juzgar por las tres vueltas de sus turbantes en torno de sus mejillas; babús y bengalís de Calcuta, llevando descubierta siempre la cabeza, con sus cabelleras cortadas según el gusto griego, y sus cuerpos moldeados bajo los pliegues de la romana y blanca toga viril, cual la de los senadores de la Ciudad-Eterna; parsis, de negras mitras de hule; místicos sikhs monoteístas, secuaces de Nanaka, de turbantes análogos a los de los sikhs, aunque con el cabello largo llegándoles a la cintura; cientos, en fin, de tribus heteróclitas e indescriptibles.

Aunque nos propusimos enumerar los múltiples y raros tocados que sólo pueden verse en Bombay, hubimos de renunciar a tan impracticable tarea al cabo de quince días. Cada secta, casta, profesión y gremio; cada una de las innumerables divisiones de la jerarquía social, tiene un turbante típico, resplandeciente de oro y pedrería, salvo en los casos de luto. En compensación de ello, hasta los mercaderes enriquecidos, los concejales del Municipio y los rai-bahadurs que han sido favorecidos con títulos nobiliarios por el Gobierno, van siempre descalzos, luciendo sus piernas desnudas hasta el muslo, y su vestidura no es sino una especie de camisón informe y blanco.

Algunos entre los *gaikwares* o príncipes de Baroda apacientan aún en sus establos raras jirafas y elefantes, aunque el empleo de los primeros está terminantemente prohibido en la ciudad de Bombay. No obstante, pudimos contemplar a ministros y hasta rajás cabalgando

sobre estos nobles cuadrúpedos, mascando a dos carrillos su *pansupari* u hojas de betel, sin que apenas pudiesen sostener sus cabezas inclinadas bajo el peso de la pedrería de sus turbantes y manos y pies cuajados de áureas joyas. Aquella noche no vimos, naturalmente, ni jirafas ni elefantes, pero sí ministros y rajás, y honraba nuestro palco el representante y tutor del Mahârâvana de Oodeypore. Era, al par, *rajá* y doctor o *pandit,* y se llamaba Mohunlal–Vishnulal–Pandia. Su indumentaria consistía en un pequeño turbante rojo cuajado de diamantes; calzones de seda–barej asimismo rojos y un blanco manto de gasa. Su cabello de ébano ocultaba a medias un cuello de color de ámbar orlado por un collar que habría enloquecido de codicia a cualquier beldad parisiense. No hay que decir que el pobre rajput se moría de sueño, pero se mantenía gallardo en heroico cumplimiento de su deber oficial, tirándose filosóficamente de las barbas a lo largo del metafísico laberinto del Ramayanashita; gracias que en los entreactos nos ofrecieron café, helados y cigarros que nos estaba permitido fumar durante la representación en nuestros cómodos asientos de primera fila, cubiertos como ídolos por flores y guirnaldas, mientras el director, un alto hindú envuelto en ligera muselina nos aspergiaba de cuando en cuando con agua de rosas.

La representación, que había dado comienzo a las ocho de la noche, aún iba a las dos y media de la madrugada por el acto noveno, y el calor era insoportable; a pesar de que cada uno de nosotros tenía detrás un *punkah–wallah* o abanico–ventilador. Llegados así al límite de nuestras resistencias físicas tratamos de retirarnos, excusándonos, lo que determinó una general perturbación de los actores, como del público; el aéreo carro triunfal en el que Sîtâ es arrebatada por el malvado rey Râvana detúvose en el espacio; el rey de los Nâgas o *serpientes* cesó de vomitar llamas; los monos guerreros permanecieron inmóviles sobre los árboles de la escena, y el mismo Râma, de vestidura azul–claro y con corona en forma de minúscula pagoda adelantóse hacia las candilejas y endilgó un discurso en correctísimo inglés en el que nos daba rendidas gracias por el honor otorgado con nuestra presencia. Echáronnos seguidamente nuevos ramos de flores y nuevas aspersiones de agua de rosas, y al fin pudimos vernos en casa a eso de las cuatro de la mañana. Al otro día nos dijeron que la función no había terminado hasta las seis y media. (15)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO PRIMERO

(1) La autora se refiere en esta carta o artículo, al término del viaje emprendido por ella y por el coronel Henry Steel Olcott, presidente fundador de la Sociedad Teosófica, desde Nueva York hasta la India, por Londres. En qué forma y condiciones se había emprendido este larguísima viaje, nos lo narra con su habitual puntualidad el mismo Olcott en las páginas de su admirable obra *Old Diary Leaves* (Hojas de un viejo Diario) que han sido traducidas al francés por Mr. La Vieuville, de Cannes, bajo el título de *Histoire Authentique de la Société Théosophique,* en cinco o más tomos o series, y al español la serie primera por don Antonio López y López. El capítulo primero de la serie segunda nos describe dicho viaje en estos términos:

"Aunque habíamos abandonado el suelo americano el 17 de diciembre de 1878, permanecimos en aguas americanas hasta después del mediodía, esperando la marea. El humor de H. P. B.[viii], era sencillamente insoportable y estalló contra el capitán, el piloto, el maquinista, los armadores y hasta contra la marea... Mi diario debió ir, sin duda, en el maletín de ella, puesto que en él escribió: "Tiempo soberbio. Claro, azul y sin nubes, pero diabólicamente frío. Grandes accesos de temor hasta las once. *¡El cuerpo es tan difícil de gobernar!...* Comida casi continua: a las 8, a mediodía, a las 4 y a las 7. H. P. B. come más que tres cerdos juntos."

"Yo no alcancé a comprender el sentido de la frase escrita por H. P. B. en mi Diario el 17 de diciembre de 1878 "todo está obscuro, aunque tranquilo", hasta que estando después en Londres, su sobrina me tradujo el extracto de una carta escrita por H. P. B. a su hermana Mme. Felihowska de Londres, el 14 de enero de 1878, donde dice: "Parto para la India. Sólo la Providencia sabe bien qué nos reserva el porvenir. Los retratos que os envío serán acaso los últimos. No olvides, pues, a tu huérfana hermana, que hoy más que nunca es huérfana en la plena acepción de la palabra. Adiós. Partimos para Liverpool el 18. ¡Que os protejan los Poderes invisibles! ... Escribiré desde Bombay, *si es que llego allí con vida. Helena.*"

"¡Si es que llego con vida allí!... ¿Es, pues, que de ello dudaba, temiendo que las predicciones de Nueva York pudieran realizarse?"

Las predicciones a que alude Olcott en estas líneas están consignadas en el tomo anterior (o serie primera) de este modo:

"Por coincidencia bien extraña, varios astrólogos, clarividentes y ascetas hindúes tenían pronosticado que H. P. B. moriría ahogada en el mar –como antes estuvo a punto de suceder en una travesía de H. P. B. por el Mediterráneo, travesía en la cual estalló el buque que la conducía, y pereciendo todo el pasaje excepto ella, que se salvó del modo más inverosímil. Tengo a la vista una de estas profecías de 2 de noviembre de 1878. Un amigo de Wimbridge, que era psiquiatra, predijo, repito, la muerte de H. P. B. en el mar –una muerte súbita– sin que, por tanto, pudiese jamás ella llegar a Bombay". Majjí, la yoguina de Benarés, pronosticó a H. P. B. igual muerte y por la misma época, pero felizmente no acertaron ni el uno ni la otra. Un echador de cartas de Nueva York, que anunció que H. P. B. sería asesinada antes de 1886, no tuvo éxito tampoco en su vaticino. Anotando yo estas predicciones en mi Diario las comenté con esta dura reflexión: "¡Nada hay, ciertamente, como la clarividencia!"

En nuestro artículo "Uno en dos y dos en uno", publicado en el semanario *Luz Astral,* de Casablanca (Chile), nos hemos ocupado de una coincidencia harto singular, respecto de H. P. B. y de Olcott, encerrada en estos términos.

"Las coincidencias entre las respectivas vidas de Blavatsky y de Olcott, no se limitan al nacimiento bajo un mismo signo astrológico. H. P. B. nació en la noche del 30 al 31 de julio de 1831 y H. S. Olcott en 2 de agosto de 1832 (la una en Ekaterinoslov [Rusia] y el otro en Orange [Estados Unidos])[ix], sino que trascienden a no pocos sucesos de sus respectivas existencias.

Olcott luchó bravamente en la guerra de Secesión de su país por la causa de la libertad humana contra los defensores del tráfico negrero. Blavatsky luchó también en las filas de Garibaldi contra el poder temporal y pontificio, y si el uno estuvo a punto de morir en aquella lucha, la otra, asevera Olcott que murió efectivamente en Mentana, si bien fue tornada a la vida de uno de tantas modos misteriosos de resurrección que conocen los orientales iniciados, y a los que dicho autor alude en los capitulas XIV, XV y XVI de la primera serie de su *Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica,* con los nombres de *epistasis, avesha, svarupauresha, saktyavesha,* etc. Por este lado, pues, es bien curioso el paralelo.

No lo es menos por otro:

La citada obra del inolvidable presidente fundador de la Sociedad Teosófica se extiende en otro lugar en pormenores acerca de la caída que dió H. P. B. en una calle de Nueva

York en 1875, y en la que se destrozó una rodilla, en términos que los médicos fueron de parecer que se procediese a una inmediata amputación, aun a riesgo de la vida de la paciente. La protectora intervención de su Maestro, cuenta Olcott, hubo de salvarla otra vez, como antaño en Tiflis, pero no deja de ser extraña la coincidencia de que la muerte de este último acaeció años más tarde, en 17 de febrero de 1907, por accidente análogo, a consecuencia de la caída que dió el coronel, a bordo, antes de llegar a Génova.

Otra coincidencia del mismo género:

Dice Olcott en su *Histoire* (serie 3ª, página 101, edición francesa):

"Al desembarcar en Madrás el 5 de febrero de 1885, hallé a H. P. B. con una congestión renal, amén de su gota reumática, y con alarmante pérdida de fuerzas que la tenía entre la muerte y la vida. El corazón se hallaba tan decaído, que ésta pendía de un tenue hilo, y los médicos declararon que ya sólo vivía como por milagro… *El milagro,* en efecto, le operó su Maestro llegando una noche en la que esperábamos recoger el postrer suspiro de la paciente, y colocando su mano sobre el corazón de la enferma, la arrancó violentamente de las garras de la muerte."

Vivió, pues, H. P. B., desde aquella enfermedad mortal de 1885, unos seis años y medio más de lo que la ciencia calculase ante una situación, en lo humano, tan desesperada. Tal es el anverso de la medalla; pero el reverso es por demás chocante. Dejemos la palabra a Olcott en su capítulo de *Las sibilas* (cap. X, serie 3ª):

"El Viernes Santo de dicho año (1885) tuve una entrevista con cierto brahman astrólogo llamado Telegú, quien poseía el antiquísimo y maravilloso libro de profecías denominado el *Bhima Grantham,* y no pude menos de maravillarme de cuanto el astrólogo me leyó en el mismo. En el *Theosophist* de mayo de aquel año (vol. VI, núm. 8, 1889) puede verse el relato de dicha entrevista bajo el título de *Libros sibilinos de los hindúes.* Como las profecías no adquieren su verdadero valor sino después de acaecido el suceso que predicen, tengo la costumbre de anotarlas siempre que las oigo, para corroborarlas a su tiempo debido. Por tal motivo publiqué en el acto las revelaciones de Telugú… Varios amigos nos habían dicho que ellos habían hallado por sí propio en las viejas *Ollas* del libro sibilino detalles de sus vidas y otros pronósticos, que luego se habían visto al pie de la letra comprobados." Después de describir el narrador la resistencia que el astrólogo hizo en complacerle, la elección astrológica del momento y demás circunstancias de caso tan curioso, añade:

"Abierto al azar por mí mismo el libro, hallé escrita en él esta revelación: "El consultante no es hindú sino de nacimiento extranjero. Al él nacer, estaba la Luna en la constelación de las Pléyades (Taurus), y en ascensión el signo Leo. Con un colega suyo ha organizado una Sociedad para propagar la Filosofía Esotérica (Brahma-ñana). Dicho colega es una mujer e a tos poderes (sakti) desciende de una gran familia, y es como él extranjera. Aunque de tan elevada cuna, todo lo ha abandonado, y desde hace treinta años se ocupa de este asunto; pero su karma es de tal naturaleza, que ha de experimentar en ello amarguras sin cuento y verse odiada por los mismos de su raza blanca, por la que ella tanto se desvela." Venía después la profecía de que la Sociedad Teosófica le sobreviviría muchos años, y terminaba diciendo en cuanto a mí que debería vivir, a partir de tal hora de la tarde de aquel día, 3 de abril de 1885, veintiocho años, cinco meses, seis días y catorce horas, o sea hasta las primeras horas de la mañana del 9 de septiembre de 1913."

Este es el punto de la coincidencia.

Al morir el presidente Olcott a las siete de la mañana del 17 de febrero de 1907 –con arreglo a lo varias veces anotado por él respecto del juego de los números 7 y 17 en múltiples asuntos de su vida y de la de la Sociedad–, claro es que la profecía transcrita resultó en defecto por mediar entre dicha fecha y la de 1913 asignada por la profecía unos seis años y medio. No obstante de esto, podría tenerse por bastante exacta la predicción del astrólogo si añadiésemos a la fecha efectiva de la muerte de Olcott los seis años y medio que, contra todas las previsiones de la ciencia médica, había sobrevivido H. P. B, a su enfermedad mortal, antes referida, de 1889. Es decir, que mientras Olcott vivió unos seis años y medio menos de lo que parecía previsto por la ciencia astrológica, en cambio H. P. B. vivió otro tanto tiempo más después del día en que estaba fatalmente condenada a morir, según sus resistencias orgánicas y el fallo de la ciencia médica.

Establecido esto, se nos ocurre una duda. Presupuesto que el llamado milagro no envuelve en manera alguna para el teósofo una transgresión de las leyes naturales, sino un mayor conocimiento y aplicación de ellas, y dado que rige en toda ciencia esa ley suprema de la correlación de fuerzas que nos enseñan la Mecánica y la Físico-Química, la inesperada curación y consiguiente prolongación de la vida de H. P. B. podrá, acaso, haber tenido, en lo trascendente, relación con esotro fenómeno terapéutico de la transfusión de la sangre, y que aquí sería algo así como la transfusión de la vida del uno a la de la otra... Si en lo físico cabe dar una vida por salvar otra, como se ve en tantos casos de heroísmos y

sacrificios, ¿por qué esta cualidad renunciadora, que es más celeste que terrestre, no ha de poderse dar en esferas superiores? Si la hipótesis fuese cierta, el mundo debería, en lo oculto, la publicación de *La Doctrina Secreta* de H. P. B., en 1889, al sacrificio y renuncia consciente o inconsciente del buen Olcott, el hombre justo que una y mil veces se sacrificara por la difusión de las enseñanzas orientales.

Es curioso también el anotar que Olcott pisó por vez primera el suelo hindú el 1 de febrero de 1879, muriendo en él veintiocho años después, o sea el 17 de febrero de 1907.

(2) El lector apreciará mejor el contraste a que la autora alude cuando sepa alguna de las peripecias de aquel viaje marítimo que había comenzado en Nueva York, con tan pésimos auspicios, el 17 de diciembre del año anterior, o sea dos meses antes. Cuando Olcott refiere en su obra que los Maestros de la India les habían ordenado que partiesen para aquel país el 20 de diciembre, lo más tarde, H. P. B. había estampado en el *Diario* estas palabras reveladoras de la infinita agonía de su espíritu: "¡Oh dioses, oh India de belleza radiante, este es verdaderamente el principio del fin", y aquellas otras, ya dichas, de "¡Todo está obscuro aunque tranquilo!" Omitiendo los mil otros detalles de la penosa partida del suelo norteamericano de los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, detalles que pueden verse en la citad obra *"Old Diary leaves" (Historia auténtica de la Sociedad Teosófica)*, añadiremos tan sólo que el viaje les resultó penosísimo, primero, aquella glacial temperatura, luego la batalla diaria de H. P. B. a bordo, con un pobre clérigo anglicano a quien no se receló un punto de avasallarle con sus opiniones abiertamente librepensadoras, usando las expresiones más fuertes, según su costumbre, pues solía jurar en siete o más lenguas, como es sabido, no obstante lo cual el infeliz clérigo tuvo, dice Olcott, la suficiente penetración de espíritu para discernir sus asombrosas y nobilísimas cualidades, llorando a lágrima viva el día que tuvo que separarse de ella y obsequiándola con un retrato suyo. Después, en el viaje, el buque fué implacablemente sacudido por vientos y tempestades. La lluvia y la niebla invadían hasta el salón, donde casi todos yacían mareados escuchando de cuando en cuanto los horrorosos relatos del capitán sobre naufragios y náufragos, entrando, por fin, en aguas inglesas con un piloto medio ciego incapaz de distinguir una luz verde de otra roja. Después de breves días de estancia en Londres, otra vez el vapor, camino de la India, un vapor estrecho, incómodo y sucio, cargado hasta casi hundirse, por carriles de hierro. Gruesas olas barrían la cubierta impidiendo las comunicaciones entre los pasajeros si no

querían correr el riesgo de que un golpe de mar les arrebatase (bajo uno de estos golpes H. P. B. se había lastimado una rodilla). Después de haber atravesado así todo el Cantábrico, casi todo el mundo de a bordo había caído enfermo, y así se comprende la fuerza del contraste que los asendereados viajeros experimentarían al verse ya en el término ansiado de su viaje, envueltos en el tibio y exuberante clima de la India.

(3) En los párrafos correspondientes de la Maestra, se adivina, tras el velo literario, el objetivo fundamental de esta profunda obra suya, disfrazada de novelita de viajes, o sea la proclamación y enaltecimiento de la Religión primitiva de la Humanidad basada en el doble culto simbólico del Sol y de la Luna o de IO. Como en nuestra *Biblioteca de las Maravillas* llevamos hechas tantas alusiones a este culto, que no es culto en el vulgar sentido de las religiones positivas, renunciamos a prolongar esta nota con detalles que, más desarrollados, el lector puede encontrar allí en su tomo II.

(4) Es curiosa la diferencia de interpretación dada a la palabra *Gharipuri* (Elefanta) por los sanscritistas de Occidente y los de Oriente, pues si para aquéllos significa "la ciudad de las cuevas", para éstos no es sino "la ciudad de la purificación". Pero acaso cabe establecer una tercera solución conciliadora entre ambas interpretaciones, considerando, como habrá de sugerir la lectura de esta obra, que la palabra sánscrita correspondiente, si literalmente puede significar cueva, simbólicamente puede también significar al par, *lugar de purificación,* o *templo hipogeo*, que es equivalente, dado el misterio de toda cueva extraña, según hemos tratado de demostrar en nuestro tomo *De gente del otro mundo,* y habrá de verse también aquí. Por ello, sin duda, la autora habla de problemas de la cueva insolubles para el arqueólogo cuanto de sus labios de Esfinge y "de sus secretos de Titán adormecido" que datan nada menos que de los viejos tiempos del Mahabharata, o sea de los días finales de la *edad de oro,* en los que las gentes luni-solares (caunos o kurus) lucharon épicamente con las gentes meramente lunares (pandús o pandavas).

(5) Las variantes fonéticas de la diosa Mamba se prestan a un serio estudio de filología comparada, estudio que mal puede hacerse en una nota como ésta. Por de pronto en su variante *Mama* es radical de *Mama-Oella* la esposa de Manco-Kapac o el *Manú Kapac,*

fundadores ambos del Imperio inca. *Mamma* es el femenino madre latino; el μάμά griego. Para Aristófanes, como para Tito Livio y otros, según Calepinus, significaba, lo mismo la abuela paterna que la materna, merced a la duplicación de la radical *ma* de *mater*. A los abuelos se les denomina *tata* y luego *papa* o *pappa*. También se dice *mamma* a aquella parte del tronco donde surgen las primeras ramas, cual si Bombay hubiese sido en la historia indostánica algo así como el punto de partida de toda la exuberante florescencia hindú. *Mamma* fue también la madre de Alejandro Severo y *mamaconas* o amazonas fueron los troncos de pueblos tan distantes como los de las amazonas iberas del Cáucaso; las africanas del Monomotapa y las americanas de la leyenda española-incaica de aquel río de América del Sur, que es de los más caudalosos del mundo. La *mammona* siriaca es una voz arcaica, equivalente a *divitie*, opulencia, fortuna, abundancia. En suma; las diversas voces de la toponimia de Bombay son alusivas todas a *maternidad*, matriarcado, aguas, mundo lunar, o IO, en suma, con todo el alcance que a este jeroglífico llevamos asignado en nuestra obra *De Gentes del otro Mundo*.

(6) Uno de los pasajes más extraños del evangelio de San Mateo (cap. XXI, vs. 19-22) es aquel en que viniendo Jesús de Betania y teniendo hambre, maldijo a una higuera (*ficus carie)* porque carecía de frutos, secándose la higuera al punto. Los comentaristas divagan sobre el particular de la interpretación del tal pasaje, pero nosotros creemos hallar una clave de él como de tantos otros, en las ideas madres indostánicas. Según éstas, como dice el texto que comentamos, las higueras-pipales (*ficus religiosa)* son la morada predilecta de los elementales y demás almas pecadoras. Así se comprende que sintiendo hambre Jesús al pasar junto a uno de estos árboles –hambre y sed de justicia, acaso– maldijo al árbol y a sus moradores, como incapaces de dar ciertamente fruto alguno de justificación, y al así realizar esta soberana prueba de su poder de iniciado sobre todos aquellos poderes inferiores, añadió dirigiéndose a sus discípulos: "En verdad os digo que si tuvieseis fe y no dudarais, no tan sólo haréis esto de la higuera, sino que si dijereis a este monte, quítate y échate a la mar, al punto será hecho, y todas las cosas que en la oración pidiereis, creyendo, las tendréis."

Por supuesto que esta interpretación salva al pasaje evangélico aludido de las críticas que contra él se han hecho apoyadas en que Jesús pareció ser injusto al pretender encontrar fruto en un árbol fuera de la época adecuada para ello. Tales son siempre los

inconvenientes de las interpretaciones *ad pedem litterae*, por aquello de que "la letra mata y el espíritu vivifica".

(7) El pasaje de referencia acusa en la India la misma acción destructora, operada doquiera por el fanatismo católico-jesuíta. ¡Cuánto más podría decir la autora si se tratase de España, donde han sido incendiados por la Inquisición, por Cisneros y por tantos otros, en diferentes épocas, manuscritos árabes, hebreos y ocultistas de mil géneros, casi tan valiosos como los de la perdida biblioteca de Alejandría! No es ésta, sin embargo, la ocasión de hablar de ello, máxime cuando tantos pasajes del segundo tomo *Isis sin Velo* de Blavatsky se refieren a semejante extremo. Desde aquellos anacoretas de Siria y de la Tebaida de los primeros siglos cristianos, buscando y destruyendo cuantas inscripciones arcaicas tuviesen la huella de la *tau*, hasta las quemas de millares de manuscritos hecha por orden del cardenal Cisneros, portugueses y españoles hemos tenido ese triste privilegio de persecución y destrucción de toda huella ocultista o de la Religión primitiva, como se vió con las gentes de Hernán Cortés en el Imperio azteca, de Quesada y otros en Colombia y de Pizarra, Almagro, etcétera, en el Imperio Inca, y es más que probable que no pocas de nuestras desdichas nacionales no reconozcan otro origen por ley kármica o de justicia. ¡Todo inútil, no obstante, porque la raigambre ocultista de la península ibérica es tal, que fuerza alguna humana ni de negra magia puede alcanzar a desarraigarla!

Agreguemos también que el escepticismo inglés y de cuantos sabios orientalistas europeos, con contadas excepciones, han pisado el suelo de la India, si no han destruido documentos, como los musulmanes y los portugueses, los han falseado del modo más artero, para deducir sus asertos favoritos relativos a "su escasa antigüedad" (Fergusson) y a ser ellos "copias en lo religioso de la Biblia y en lo científico de los griegos"... ¡Siempre es la misma la condición humana, cualquiera que sea la máscara con la que trate de ocultar sus bajas pasiones, y en ello ningún pueblo de Europa puede censurar a España ni a Portugal, cuando no pocos, si no han destruido monumentos, han destruido razas por procedimientos bien poco humanitarios, que les han acarreado el karma espantoso de la más horrible de las guerras.

(8) El cuervo ha sido uno de los animales que más ha jugado en el mito religioso de todos los países, acaso debido, más que nada, a su negro y fatídico plumaje. Remo y Rómulo, los dos gemelos hijos de Marte y de una loba, según la leyenda de la Ciudad eterna, al demarcar con el arado los futuros muros de Roma, miraron hacia el cielo en demanda de un favorable augurio. Remo vió entonces seis enormes cuervos; pero Rómulo vió doce, y vencido Remo, entonces fue inmolado allí mismo por su hermano, cual Caín hiciese con Abel en la leyenda bíblica. De igual modo, cuando Sigfredo caza, después de haber bebido en *El Ocaso de los Dioses* el brebaje de Metis o del Olvido de manos de Hagen el bastardo hijo de Alberico el Nibelungo, dos fatídicos cuervos pasaron volando sobre su cabeza con su eterno grito latino de, *cras, cras,* ¡mañana, mañana! Hagen le pegunta a Sigfredo que si era cierto que había alcanzado a comprender un día el augusto lenguaje de las aves, a lo que el héroe matador del monstruo Fafner responde que desde que conoció el lenguaje de las mujeres, había olvidado el de las aves. Hagen, entonces, fiel al presagio corvino, le hunde su espada por la espalda y el héroe muere.

El legendario rey Arthus de Bretaña, alma de los ciclos caballerescos, es fama que no ha muerto, sino que sigue habitando la comarca sagrada, si bien yace transformado en cuervo, esperando el día de ser desencantado y torne entre los hombres como todos los demás Tuatha de Danand que, encantados, moran en las colinas de la verde Erín, como más al pormenor detallamos en *De gentes del otro mundo* y en *Wagner, mitólogo y ocultista.*

Un cuervo, en fin, era siempre el portador del alimento de San Pablo, primer eremita, y de tantos otros santos de la leyenda áurea cristiana.

Tal vez este dilatado mito corvino provenga, pues, como cien otros, de aquellos cuervos borrachos de la India que, según Blavatsky, tanto tenían de humano en las astutas y extrañas actitudes que con la embriaguez tomaban cual si los terribles elementales del alcohol hiciesen presa en ellos, no de otro modo que otros elementales o elementarios, mucho más perversos, suelen apoderarse del perro y de otros animales con la hidrofobia.

De éstas y de tantas otras metempsicosis aviarias está lleno el poema de *Las Aves,* de Aristófanes, envolviendo con ello simbolismos muy notables a los que no podemos descender aquí.

Del cuervo, en la heráldica española y extranjera, habría también no poco que decir, como asimismo, de esa célebre frase española, representativa de la humana ingratitud, que

dice: "Cría cuervos y te sacarán los ojos", frase sin otro sentido acaso que el que entraña el concepto oculto de Magia y de misterio que siempre se le ha asignado al cuervo, como si se dijere: "*ándate a caza de misterios y quedarás ciego*", como tuerto quedase Wotan al querer beber ciencia transcendente en el hondo pozo de la obscura sabiduría, ese insondable misterio más negro que las alas del cuervo mismo.

(9) Confesamos que el pasaje de referencia nos envuelve en un mar de confusiones.

Por de pronto, no cabe hacer un elogio más cumplido que el que se hace antes del swami Dayanand Sarasvati, como restaurador en la India, con su sociedad del *Arya Somaj*, de la primitiva religión natural, falsificada por los astutos brahmanes, esos verdaderos jesuítas del país de las bayaderas. El elogio, por descontado, aparece entero en los primitivos artículos rusos de referencia del *Russki Vyestnik*, y así se consigna también en las dos ediciones inglesas, por lo menos, que existen de *From the caves and jungles of Hindostan*. Dichas ediciones aparecen, se dice, traducidas del ruso por Helena Petrovna Blavatsky, a pesar de la cual en el "Translator's preface" se comienza con las palabras inglesas de "You must remember –said Mme. Blavatsky–, that I never meant this for a scientific work. My letters to the *Russian Messenger* under the general title: *From thc Caves and Jungles of Hindostan*, were written in leisuie moments; more for arnusement than with any serious desing." ("Yo recuerdo, dice Madame Blavatsky, que no me propuse hacer un trabajo científico. Mis cartas al *Mensajero Ruso* bajo el titulo genérico de *Por las grutas y selvas del Indostán* fueron escritas a ratos perdidos y como distracción que con un propósito serio.") Lo transcrito parece indicar, pues, como si dichas ediciones inglesas hubiesen sido traducidas del ruso por persona distinta de la señora Blavatsky, no por ella misma –ya que de ella se habla en tercera persona–, aunque en la portada de dichas traducciones aparezca, después del título, la frase: "Translated from thee Russian of H. P. Blavatsky."

Esto sentado, se nos ocurre una duda, a saber: si es de Blavatsky, o de Olcott o de tercera persona el párrafo que comentamos y que comienza con las palabras "Llegados aquí nos conviene dar una breve explicación. Hace varios años que se constituyó en Nueva York una Sociedad de descontentos del espiritismo... etc." Esta *Sociedad de los descontentos del espiritismo*, según se detalla esmeradamente en la citada obra de Olcott, no fue otra, en efecto, que la Sociedad Teosófica, con la que, como expresa el párrafo en cuestión,

mantuvo en un principio estrechísimas relaciones la *Arya Somaj,* fundada por el sabio swami Dayanand, como dice Blavatsky, hasta el desdichado día en que entrambas se divorciaron para siempre.

Fúndanse nuestras dudas –meramente críticas, por supuesto– en que, por de pronto, el párrafo en cuestión, por su redacción misma, tiene el sabor de una primitiva nota, hecha después, nota o texto que ha debido nacer con las ediciones inglesas, porque mal podía haber ella aparecido en la revista rusa originaria en 1879 y 1880 (a raíz de la llegada de Blavatsky y de Olcott a la India) cuando lleva las palabras transcriptas de "hace varios años que...", o las palabras que luego dicen: "Todo cuanto antecede, ¡ay!, escribióse hace algún tiempo. Desde entonces el swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo personal de la Sociedad Teosófica, cuanto de sus dos fundadores el coronel Olcott y la autora de estas cartas..."

El aparecer, pues, los párrafos en cuestión dentro de la obra inglesa, hace que uno, piadosamente inclinado a dar fe a todo cuanto se le dice en serio, piense, a pesar de todo, que no se deben ellos a Blavatsky –como se la debe el resto de la obra–, cuando ya en Londres, muchos anos después, autorizara acaso, más que hiciese, su publicación.

De no ser ello así, confesamos de buena fe que no comprendemos cómo la misma Blavatsky, tres años ames de su muerte, o sea en 1888, fecha de la aparición de los dos primeros tomos de *La Doctrina Secreta,* torne a alabar al swami Dayanand, al decir, a propósito de Max Müller (t. I, pág. 12, de la edición española):

"El difunto swami Dayanand Sarasvati, el sanscritista más grande de la época en la India, declaró a algunos miembros de la Sociedad Teosófica que las más antiguas obras brahmánicas permanecían guardadas en países y lugares inaccesibles a los doctores europeos. Cuando se le dijo que el profesor Max Müller había dicho que "la teoría de *que ha existido una revelación primitiva y sobrenatural,* hecha a los padres de la raza humana, encuentra hoy muy pocos sostenedores", aquel hombre tan santo como sabio se echó a reír..." Este hombre "*tan santo como sabio*" fue, sin embargo, según los párrafos debatidos "*un enemigo personal* de la Sociedad Teosófica, cuanto de sus fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas."

Esta contradicción quedaría explicada si en vez de referir a Blavatsky el párrafo o párrafos en cuestión, imputásemos su paternidad a Olcott o a una tercera persona, igual

que por esta tercera persona, o bien por Olcott, más bien que por Blavatsky, están escritas, sin duda, las frases inglesas que hemos transcrito del prefacio. De ser ello así, ¿envuelve esto una contradicción palmaria de criterio entre los dos fundadores de la Sociedad Teosófica? No lo sabemos ni tendríamos interés, en tal caso, de evidenciarla; pero sí de consignar que por grande que sea el respeto que entrambos nos inspiran, nos merece mucho mayor respeto, al tenor de sus enseñanzas, el *Satyat Nasti Paro Dharmah* (no hay religión más elevada que la Verdad), que reza el lema del rajá de Benarés, adoptado por la Sociedad Teosófica, y en aras de este último y supremo respeto, vamos a continuar nuestro análisis puesto que se trata de algo esencialísimo dentro de los tiempos apostólicos, que pudiéramos decir, de expresada *Sociedad Teosófica* y *Fraternidad Universal,* como, según el texto que nos ocupa, debió ser llamada siempre la institución dicha[x].

Consecuentes con este fundamental deber teosófico, consignamos también que, mientras Blavatsky le consagraba al swami Dayanand los cumplidos elogios que se han visto, o acaso poco después de escritas al *Mensajero Ruso* las cartas en cuestión, Olcott se expresaba en su diario de este modo (Capítulo XXV, serie 1ª): "Este libro no sería digno de llamarse Historia auténtica de los comienzos de la Sociedad Teosófica si omitiese el breve episodio de nuestras relaciones con el swami Dayanand Sarasvatj –así le escribe Olcott, en lugar de Dayanand Sarasvati– y su Arya Somaj. Lamentable es, por cierto, tener que recordar de nuevo esperanzas fallidas, divergencias amargas e ilusiones perdidas. Hoy ya que H. P. B. y el swami han muerto y que han pasado ya dieciséis años desde que acordamos la fusión de entrambas Sociedades, me considero autorizado para consignar lo que por un extraño misterio ha pasado entre una y otra y para explicar las causas ocultas de nuestro enlace con el gran Pandit y después nuestra enemistad consiguiente con él.

He referido ya todos los detalles relativos a la fundación de la Sociedad Teosófica: su nacimiento y su objeto... Nadie podría probar que nuestras opiniones religiosas hayan sido jamás disimuladas o desviadas, fuesen las que fueran las creencias esotéricas de nuestros corresponsales. De suerte que si el swami Dayanand o sus discípulos se han equivocado acerca de nuestra posición y la de la Sociedad Teosófica, tal falta no es nuestra, sino suya.

"En 1870... entablamos correspondencia con un cierto Harrychund Chintadon, presidente de la Arya Somaj de Bombay, que bien pronto fue mi principal corresponsal. La pésima acogida que más tarde nos otorgó en Bombay, es cosa memorable. Desde luego él propuso para miembros de nuestra Sociedad a numerosos hindúes de Bombay, y expresándose con

el mayor elogio acerca del swami Dayanand nos puso en correspondencia a entrambos, como jefes de nuestras respectivas Sociedades. Después de haber leído Harrychund la exposición de nuestras ideas acerca de Dios –un Principio eterno, presente doquiera y el mismo en las religiones, todas bajo diferentes nombres– aquél me contestó que los principios de la Arya Somaj eran idénticos a los nuestros, por lo que parecía inútil el conservar dos Sociedades distintas, mientras que, reuniéndolas, podríamos aumentar nuestra fuerza y nuestras probabilidades de éxito. Ni entonces ni nunca he ansiado los vanos honores de presidente, antes bien, me sentía dichoso de ocupar un puesto secundario bajo las órdenes del swami a quien consideraba infinitamente superior a mí en todos los aspectos. Las cartas que recibía de Bombay, mis ideas personales sobre la filosofía védica, su título de gran pandit sanscritánico y su carácter, verdadero Lutero hindú, me hacían admitir sin réplica cuanto H. P. B. me dijo más tarde acerca de él, a saber: que un adepto, ni más ni menos, de la Fraternidad del Himalaya dirigía el cuerpo del swami, a quien nuestros maestros conocían bien y estaban en relación con él para la realización de su obra... El Consejo nuestro, pues, votó en mayo de 1878 la unión de las dos Sociedades, denominando desde entonces a nuestra institución, *Sociedad Teosófica de la Arya Somaj*.

"Meses después de esto, me enviaron de la India una traducción inglesa de las leyes y doctrinas de la Arya Somaj hecha por el pandit Shyamiji Krishnavarna, protegido del swami y que me causó gran decepción. Era más claro que la luz del día, en efecto, que los puntos de vista del swami habían cambiado completamente desde que en agosto anterior la Arya Somaj de Lahore había publicado su contestación a los críticos de su Veda-Bashya. En ésta mencionaba con aplauso las opiniones de Max Müller, Colebrooke, Garret y otros, respecto a la impersonalidad del Dios de los Vedas. Era evidente, pues, que la Somaj no era una Sociedad idéntica a la nuestra, como habíamos creído, sino más bien una nueva secta del Hinduismo, una secta védica, que aceptaba al swami Dayanand como juez supremo acerca de la infalibilidad de tal o cual porción de los Vedas o de sus shastras (comentarios). La Sociedad Teosófica trató entonces de volver a ser lo que antes fuese, y H. P. B. y yo redactamos dos circulares que publicó el Consejo: la una para definir exactamente la Sociedad Teosófica y la otra para anunciar (en septiembre de 1878), como un nuevo grupo, la "Sociedad Teosófica de la Arya Somaj de la Aryavarta", que podría servir como de lazo de unión entre las dos Sociedades matrices. Nuestra Rama de Londres, después de dos años

de deliberaciones, se había constituido al fin bajo el nombre de "British théosophical Society of the Arya Somaj of Aryavart..." En su primera circular decía:

"1º La Sociedad inglesa se constituye con el objeto de descubrir la naturaleza y poderes del espíritu y del alma humana, mediante investigaciones y experimentaciones. 2º Su finalidad es la de impulsar a la Humanidad por la senda de la salud, la virtud, la ciencia, la sabiduría y la felicidad. 3º Los miembros se comprometen a esforzarse en llevar una vida de pureza y de templanza, llena de amor fraternal. Ellos creen en una gran Causa Primera inteligente y en el origen divino del espíritu del hombre y, por tanto, en la inmortalidad de ese espíritu y en la fraternidad universal de la especie humana. 4º La Sociedad está en relación y simpatía con la Arya Somaj de Aryavart, dado que uno de los objetos de esta última Sociedad es el de enaltecer a la Humanidad mediante una verdadera educación espiritual por encima de todas las formas impuras, degeneradas o idolátricas, cualquiera que sea el culto a que pertenezcan.

"He aquí un programa claro, franco..., en el que se proclamaba la aspiración hacia la ciencia espiritual mediante el estudio de los fenómenos naturales, principalmente los no conocidos, al mismo tiempo que se trabajaba en pro de la fraternidad humana... En la circular de Nueva York se leían después estas frases escritas por H. P. B.:

"Siendo nuestro Movimiento el desarrollo más elevado, espiritual y físicamente que caber pueda sobre la Tierra, de la Causa creadora, mediante el cual pueda intentar romper el velo que oculta el misterio de su sér físico, procreador de su especie y heredero de la naturaleza misma de la desconocida pero palpable Causa de su propia creación, debe él impulsar hasta un grado más profundo esta fuerza creadora de su ego psíquico interior. Es, pues, su deber el esforzarse en desarrollar sus poderes latentes e investigar acerca de las leyes del magnetismo, la electricidad y demás fuerzas visibles e invisibles del Universo.

"Yo terminaba seguidamente diciendo: "La Sociedad exige de sus miembros que den ejemplo personal de las más altas aspiraciones religiosas y de la más perfecta moralidad; de luchar contra el materialismo científico y contra todas las formas de dogmatismo teológico...; de dar a conocer entre las naciones occidentales la verdad, hace tiempo olvidada, respecto al valor de las filosofías orientales, su moral, su cronología, su simbolismo, su esoterismo...; de difundir el conocimiento y enseñanzas sublimes del purísimo sistema esotérico de las edades arcaicas, reflejadas en los más antiguos himnos de

los Vedas; en las filosofías de Gautama el Buddha, Zoroastro y Confucio; finalmente, y de un modo preferentísimo, nos proponemos tratar de instituir una fraternidad humana en la que todos los hombres puros y virtuosos, cualquiera que sea su raza, reconozcan que ellos todos son, por igual, los efectos de la Causa Sagrada, Universal, Infinita y Eterna...” La circular añadía que “la Sociedad ha recibido gozosa a buddhistas, lamaístas, tibetanos, brahmanes, parsis, confucionistas, judíos, etc., que conviven en su seno en perfecta armonía...”

“La divergencia, pues, entre nuestros puntos de vista y los de la Arya Somaj, salta a la vista. En efecto; la regla 29 de ésta, según la traducción de Shyami, expresaba que “se recibiría y consideraría el texto de los cuatro Vedas como conteniendo todo cuanto es necesario para constituir una extraordinaria autoridad respecto a la conducta.” Sobraba, pues, en la Arya Somaj toda otra Biblia como línea autoritaria de conducta, y no veíase, por tanto, la necesaria tolerancia respecto de las gentes no védicas, cosa que la caracteriza más de sectaria que de ecléctica. Es más, que al clasificar las Shastras desde el punto de vista de su respectiva autoridad, el swami consignaba también en aquella regla que sólo serían recibidos a guisa de mera autoridad ordinaria en todo cuanto concordasen con los Vedas. Estos libros eran las Brahmanes a partir de la Shatapatka; las seis Angas o partes de los Vedas, a partir de Shiksha; los cuatro Upavedas; las seis Darshanas o escuelas de Filosofía y los 1.127 discursos acerca de los Vedas, denominados Shakhas o ramas. He aquí, pues, la definición de una secta del Hinduismo en la que el swami se ponía en contradicción con todos los pandits ortodoxos rehusando consignar en sus listas de libros inspirados muchos de los que otros sabios tienen como sagrados, tales como los Smritis, cuando el propio Código del Manú en su capítulo segundo sostiene que “los Vedas son la revelación, y los Smritis o Dharma Shastra la tradición verdadera...”

“Continuaron así las cosas hasta la llegada de H. P. B. y yo a la India, donde encontramos al swami Dayanand en Sarahanpur... Con la natural molestia de usar intérprete, alcanzamos a comprender que el swami compartía con nosotros la concepción vedantina de Dios como Parabrahma. Bajo el influjo de este error nuestro –dado que así lo declaró él más tarde–, yo di una conferencia en la Arya Somaj de Meerut, en su presencia, y en ella declaré que todo motivo de discrepancia había desaparecido entre las dos Sociedades que eran verdaderamente gemelas. Por desgracia no era así, porque entrambas

no tenían entre sí más puntos de semejanza que los que podía tener nuestra Sociedad con la Brahma-Somaj o cualquier otra secta cristiana, buddhista, etc.....

"Sobrevino la ruptura, pues, provocada: 1º Por mi descubrimiento de que el swami era un simple asceta y un pandit, pero de ningún modo un Adepto o Maestro. 2º Porque su Arya Somaj no compartía con la Saciedad Teosófica sus miras eclécticas. 3º Por la desilusión del swami al vernos opuestos ya al proyecto de fusión de Harischandra. 4º Por su indignación, expresada en términos violentos, viéndome ayudar a los buddhistas de Ceilán y a los parsis de Bombay y tratando de conocer más y más sus respectivas religiones, en tanto que él consideraba como religiones falsas... El swami era un gran hombre, sin disputa, un sabio sanscritista, dotado de extraordinaria audacia, de poderosa fuerza de voluntad y de grandes recursos, es decir; un verdadero conductor de hombres. Cuando le vimos nosotros en 1879 estaba convaleciente del cólera y su físico resultaba más fino y delicado que de ordinario. Encontréle, pues, notablemente hermoso, grande, de noble presencia y de modales encantadores, causándonos extraordinaria impresión; pero cuando le tropecé de nuevo años más tarde, había cambiado desfavorablemente. Resultaba mucho más grueso: la grasa contorneaba en anillos su cuerpo casi desnudo y su cuello mostraba una doble barbilla o papada. Parecía menos alto, por haber aumentado en anchura, y su dantesca figura había perdido, en fin, toda su expresión poética..."

Nos hemos extendido en .todos estos particulares respecto al swami Dayanand o Dyanand y su Arya Somaj, porque ellos revisten extraordinaria importancia dentro del alcance que nosotros asignamos modestamente a la obra *From the Caves and Jungles of Hindostan* de H. P. B., que comentamos. No vamos ahora a pronunciar nuestro fallo acerca de si es preferible la intransigente y severa revisión de los primitivos valores de la literatura religiosa más antigua del mundo, con exclusión de toda religión positiva ulterior –llámese ella brahmanismo, hinduismo, parsismo, zoroastrismo, buddhismo o confucionismo–, como pareció pretender la Arya Somaj, o bien es preferible el eclecticismo religioso de la Sociedad Teosófica, que admite en su seno a hombres de todas las opiniones religiosas. Este fallo sincero, aunque dificilísimo, sin duda, deberá ser formulado por el lector al final de estos comentarios, después que podamos abarcar en conjunto la repetida obra de nuestra Maestra.

Ahora nos permitiremos decir sólo, con el mayor respeto, que el coronel Olcott, hombre justo y bueno sin disputa, pudo no extrañarse tanto del desfavorable cambio físico operado

a sus ojos en el swami Dayanand, cuando debería estar acostumbrado a no juzgar por físicas apariencias –cosa tan lamentablemente frecuente en la raza anglosajona–, ya que harto habituado estaba a ser a su lado la tártara, ciclópea e imponente grosura de Blavatsky con todos sus habituales juramentos de abreviadora perentoriedad de expresión, empleados con las más fútiles ocasiones, lo que no la ha impedido ser la gran revolucionadora del siglo XIX y la erectora de esos insuperables monumentos de ciencia y de espiritualidad que se llaman *Isis sin velo, La voz del silencio* y la *Doctrina secreta*.

Semejante defecto en el modo de juzgar no es del queridísimo coronel Olcott tan sólo sino que caracteriza a la raza entera anglosajona, preocupada quizá, al modo del pueblo griego de Pericles, más de la belleza física que de la moral e intelectual, sin comprender que aunque fuera de desearla, integración de las tres, "no siendo este nuestro mundo", como dicen todos los místicos, las fuerzas o seres inferiores que en él residen parece se precian precisamente en revestir de formas antipáticas y de defectos físicos lamentabilísimos las más excelsas figuras de la ciencia y de la espiritualidad humana. Por eso, sin duda, estas fuerzas hicieron ciegos a Homero y Milton y a Bach al fin de sus días, borracho a Paracelso, sordo a Beethoven, grueso y tosco a Eliphas Levi, al swami Dayanand y a Blavatsky, enfermizo y desmedrado a Darwin y miserable a Schiller mientras que se ha complacido en tornar bellas con pérfida belleza de ondinas a mujeres al estilo de Cleopatra, que se han hecho célebres por sus crímenes. ¡Cuántas veces hemos visto en nuestros viajes por el mundo a esas *dammes bien sanglées et bicn corsetées,* a que alude Olcott con motivo de las rudezas de Blavatsky, llamar al *steward* o criado con un dejo tal de olímpica superioridad que diríase mediaba entre ambos no ya una ínfima distancia artificial, creada casi siempre más por el villano dinero que por la excelsa virtud, sino la que mediar pudiera entre Newton o Leibniz y el último salvaje! El pueblo español, que acaso ha quemado el cuerpo del hereje con la equivocada intención de salvar su alma siente, sin embargo, más íntimamente el común principio de la fraternidad humana, cosa que siempre sorprende a cuantos extranjeros nos visitan, y es el menos pecador de todos los del planeta en punto al único dogma humano de la fraternidad universal de la Humanidad, por encima de las tan inevitables diferencias de la mente –que es la Gran Ilusión– nacidas.

Otro de los extremos notables del pasaje que comentamos es el relativo a los brahmanes, a quienes el swani Dayanand acusa de "traidores enemigos del pueblo", "culpables de

cuantos males seculares agobian a la India", "idólatras, politeístas", etc., porque aunque entre ellos se suelen encontrar, de igual modo que en la Compañía de Jesús y otras órdenes monásticas cristianas, hombres sabios y santos, como el fin último de todos sus actos es el engrandecimiento de una institución, clase o casta por encima del resto de la Humanidad, han de ser clasificados, en definitiva, como secuaces de la Magia Negra con arreglo a las frases de la propia Blavatsky al comenzar el tomo tercero de su *Doctrina Secreta*. En otro pasaje también de este tomo se alude más o menos veladamente a los brahamanes y demás explotadores egoístas de la humana superstición cuando dice (sección XXVIII, pág. 224, edición española): "En la *Edad de Oro* atlante no hubo Misterios iniciáticos porque los hombres no habían producido aún el mal en aquellos días de felicidad y de pureza y porque su naturaleza más bien era divina que humana, según enseñan sabiamente todas las religiones. Pero al multiplicarse rápidamente el género humano se multiplicaron también las idiosincrasias de cuerpo y de mente con todo su cortejo de debilidades. En las mentes menos sanas y cultivadas arraigaron exageraciones naturalistas y sus consiguientes supersticiones. Nació el egoísmo al nacer deseos y pasiones hasta entonces desconocidos, merced a lo cual la Humanidad abusó de su poder y conocimiento con tal frecuencia, que al fin fue preciso limitar el número de los conocedores. Así empezó la Iniciación y así empezaron los Misterios, ocultándose sus enseñanzas en cada país bajo el Velo de las diversas religiones que fueron naciendo sucesivamente. La necesidad de encubrir la verdad para resguardarla de posibles profanaciones se dejó sentir más y más, y así el velo, tenue al principio, fue haciéndose cada vez más tupido, hasta que, por fin, se convirtió en *Misterio*. Estableciéronse éstos en todos los pueblos, permitiéndose que en las mentes profanas arraigasen creencias exotéricas, inofensivos mitos, cual rosados cuentos de niños, con su caterva de dioses secundarios, hasta que ya en la *quinta raza*, o aria, algunos sacerdotes poco escrupulosos se prevalieron de su saber en su egoísta provecho. Desde entonces las sencillas creencias de las gentes fueron objeto de tiranía y explotación religiosa; desde entonces, y también para que se salvasen del contagio las verdades primitivas, ellas fueron reservadas en absoluto a los Iniciados, tomando carta de naturaleza los Misterios y su ceremonial. "Dividamos para dominar", habían dicho aquellos astutos perversos. "Unámonos para resistir", respondieron los iniciados en los cuatro puntos cardinales del globo."

De aquí el Único dogma teosófico y masónico de la Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de razas, sexo, credo, casta o color, y la labor, por decido así, única, del masón, el teósofo y el ocultista de unir a los hombres, sintetizar las ideas, comparar y unificar las ciencias todas en suprema Poligrafía, labor diametralmente opuesta a todos los sacerdocios del mundo, que tantas guerras han ocasionado entre la inocente Humanidad, mientras ellos permanecían y permanecen necromantemente unidos. El swami Dayanand, tal y como nos lo pinta de mano maestra Blavatsky, no como alcanza a pintárnosle el noble Olcott, realizaba, pues, en la India con su Arya Somaj, verdadera labor de Iniciado, y nada tienen de extrañar, por tanto, las discrepancias que apunta este último entre la Sociedad Teosófica y dicha institución del swami, encaminada a restaurar, con un más profundo estudio de los Vedas y mejor aún del Mahabharata, la obra final de la Edad de Oro, el libro que puesto en la Balanza de la Eterna Justicia pesó más por sí solo que todos los Vedas juntos, con sus Puranas y Brahmanas posteriores.

Teósofo es el que escribe estas líneas y miembro de una de las varias Sociedades teosóficas que existen en el mundo; pero su conciencia honrada le obliga a confesar que en el problema en cuestión, la razón, a su juicio, estaba de parte del swami Dayanand, y no del queridísimo coronel Olcott; es decir, que nos parece más lógico que se bucee en el pasado primitivo de la Aryavarta o *India suprema* y *prehistórica* en busca de eso que acaso es el Jainismo y la primitiva enseñanza *Jina* (tal y como hemos empezado a exponerla en nuestro libro *De gentes del otro mundo*) que no el buscar las soluciones eclécticas, de respeto y adaptación de unas religiones a otras, que es la misión de la Sociedad Teosófica tal y como de mano maestra puntualiza Olcott.

Ello no quiere decir que no sea altísima la misión de esta última, misión por la que ella, de un golpe, se colocó en tiempos de los fundadores por encima de todas las instituciones de Occidente, sino que, como todo es relativo en este bajo mundo, en lo que sabemos de las ideas de Dayanand, ellas, tal como Blavatsky las expone, nos parecen nada inferiores a las tan elevadas de la misma Sociedad Teosófica, hasta en el extremo de la Fraternidad Universal en el que entrambas coinciden y se identifican.

Es más, el objeto fundamental de dar el presente tomo comentado a guisa de apéndice de nuestra Biblioteca de las Maravillas, es el de investigar con desapasionamiento, en el fondo de una obra de la Maestra, obra tenida por mera novela y pasatiempo, todo lo que puede hacer referencia a la primitiva Religión-Sabiduría, perdida tras los tristes velos religiosos

de brahmanes, jaínos, buddhistas, sintoístas, parsis, judíos, cristianos, etc., etc. Ello nos da una clave quizá también del por qué, cuando Olcott trató de hacer su viaje a Ceilán como primer paso de la reconciliación entre el Buddhismo del Norte y el del Sur, y en Ceilán recibió el *pansit* o iniciación buddhista, Blavatsky no lo aprobó en principio, sin duda porque con ello daba el coronel su primero y noble paso hacia esta última religión, que ya no era, sin embargo, la *Religión-Sabiduría* que había que buscar, sino una de sus brillantes facetas ulteriores y *positivas*, cosa bien diferente. No obstante, como al fin y al cabo la obra proyectada con ella era buena, aunque no óptima, la Maestra le acompañó a Ceilán, como la *persona de edad* que se aviene en un bello momento a jugar un poco con angelicales niños..., a jugar un poco, añado, a la *religión positiva*, juego bien de alabar, no obstante, sin duda, ya que de él salió más tarde esa joya literaria de Olcott el bueno, que se llama *Catecismo Buddhista.* Otro tanto ha hecho acaso Annie Besant, la presidenta actual de la Sociedad Teosófica de Adyar, respecto del Hinduísmo, y quizá el notable pensador W. Leadbeater respecto del Cristianismo, cosas excelentes y loables, a no dudarlo, pero que distan algo, todavía, a nuestro juicio, del incomprendido Libre Pensamiento de Blavatsky y de su admiración única –revelada en la obra que comentamos– hacia la perdida Religión-Sabiduría natural que no es precisamente, ni buddhismo, ni hinduísmo, ni cristianismo, ni religión concreta alguna, vieja ni nueva, ni tampoco eclecticismo[xi].

Terminaremos esta larga nota diciendo que lo que la autora refiere acerca del Rajá Ram de Babú Besbub y de sus novísimas religiones, no es sino la reproducción del lamentable hecho, tan frecuente asimismo en Norteamérica, de surgir y desaparecer ellas, como los hongos en primavera, que en eso, como en todo, el verdadero ocultista no debe andarse por las ramas ni hojas de religiones positivas, fundadas o por fundar, sino buscar, como hemos dicho, el Tronco perdido, la Raíz oculta y primitiva de donde proceden todas ellas. Son muy de notar también, hoy que tantos yogas y yoguismos andan por el mundo con un aparato científico bien distinto de su inopia efectiva, las palabras de la Maestra, acerca de la mítica escuela yoga que se dice fundada por Patanjali. "La mayor parte de sus adeptos son mendigos profesionales, vagos de solemnidad e inconmensurables embaucadores que explotan las ansias milenarias del populacho... los yoguis verdaderos evitan el mostrarse en público, no presentándose al mundo sino cuando tienen una misión especialísima que cumplir."

Preciosa es también para nuestros estudios la indicación de que “el magnetismo animal –de *magnes*, imán, y asimismo de magnus, grande, mágico– era conocido y practicado en China, desde tiempo inmemorial, bajo la denominación de *Jina* o *Gina*”, es decir, con cargo a la antiquísima religión Jaina, a la que tantas referencias llevamos hechas en nuestros libros.

(10) La preocupación parsi contra los *nassesalares* o sepultureros de las torres del Silencio, es la misma que reina en España y en otras partes respecto de ciertos oficios, tales como el de enterrador y el de verdugo, *“el maestro de las altas obras”*, como, con ironía macabra, dicen los franceses. Ello acaso sea una de tantas supervivencias parsis como hay en nuestro país, según repetidamente hemos indicado en nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*. Estos humanos y providenciales buitres, objetos de eterna repulsa por parte de una sociedad que, sin embargo, algo les debe, nos traen a la memoria, por otra parte, a aquellos extraños *becchini*, o improvisados y enmascarados sepultureros, surgidos, no se sabe dónde, en medio de los mayores horrores de la terrible peste de Florencia en 1348, que aterrorizó a Boccacio y a Petrarca, e inspiró páginas tan maravillosamente trágicas a Bulwer Litton en el libro IV de su *Rienzi*. Para todos estos autores, los *becchini* eran hombres del pueblo bajo, que, atraídos por el cebo de la ganancia, se encargaron de llevar las víctimas a los fosos exteriores de la ciudad, donde eran devoradas por los cerdos, que bien pronto caían, a su vez, fulminados por el rayo de la que se ha llamado peste bubónica. Estos siniestros, pero salvadores personajes, vestían todos una especie de sayo corto, con los brazos completamente desnudos, y llevaban unas enormes caretas que les caían hasta el pecho, dejando tan sólo tres aberturas circulares para la vista y la respiración.

Nada más racional y lógico que pensar esto acerca de los *becchini*, pero a nosotros nos ha asaltado el escrúpulo siempre de que no se trataba de meros hampones, que, seducidos por la ganancia, desafiaban así una muerte tan cierta como instantánea, sino de esas entidades extrañas, hombres de carne, o jinas sin ella, que aparecen siempre en los momentos más difíciles de la vida de los hombres y de los pueblos, a los que, con otro motivo, hemos aludido de pasada en nuestros libros. Los *Lohengrines* brillantes que surgen al fin, siempre que la Humanidad llegada al paroxismo de sus probatorios dolores, a lo Job o a lo Elsa, como ya vimos en el capítulo correspondiente a *Lohengrin*[xii], no son *luminosos* siempre, sino que, a veces, visten los luctuosos paños del dolor, de la sombra y de la muerte, siquiera sea

por aquella ley de los contrastes, o de los pares de opuestos que espantaran al joven Arjuna, cuando el Maestro Krishna le dice en el Bhagavad-Gita: "–Yo soy la virtud del bueno y la maldad del perverso.", etc. En estos contrastes de luz y de sombra, genuinamente occidentales y cabalistas, es gran maestro Bulwer Litton, como se advierte asimismo en los pasajes de mayor intensidad dramática de su *Zanoni*.

La última ceremonia mortuoria parsi de la *sas-did*, o "mirada del perro", para evitar que el alma del difunto sea presa del espíritu maligno, da un poco que pensar. Por de pronto, yo no veo repugnancia intuitiva, aunque quizá la haya filológica, en que el nombre del demonio o *druxnassu* equivalga al de *nasse*, radical de *nasse-salar* o enterrador y *drusa*, radical bustréfoda de *sudra*, en cuyo caso el demonio parsi podría ser así el más genuino y bajo de los *enterradores* del alma del muerto, a poco que el perro vigilante se descuidase, o bien a poco que se deslizase entre éste y el moribundo la *sombra*, el doble de un vivo, quien de este modo se expone muy seriamente a una posible obsesión del espíritu del muerto por más o menos tiempo. Ello parece aludir a la creencia parsi relativa a que el muerto jamás se va por su gusto de este mundo[xiii], sino compelido a ello por el Destino cruel, y así, siempre que puede, trata de quedar en doble astral, retenido en la atmósfera de la tierra, ora obsesionando al vivo que se ha descuidado y dejado atrapar, como va dicho; ora quizá metiéndose en el alma del perro que le mira "de hito en hito"; y así, si el alma del moribundo es pura, agotará sus pecados bajo el pellejo del animal, en una de las más dolorosas de las metempsicosis, y si, por el contrario, es perversa, dará lugar a todos los horrores de la hidrofobia canina, que en sentido ocultista no es sino la posesión horrible de un pobre can por una entidad humana y perversa, al pensar de aquéllos, como C. W. Leadbeater, que han hablado del *hombre-lobo* y de otros seres tales, también nombrados por Cervantes en sus misteriosa novela de Trabajos de Pérsiles y Segismunda[xiv].

En lo que antecede van lanzadas ciertas afirmaciones que no dejará pasar de buen grado el espíritu crítico del lector como no se las amplíe. ¿Es posible, se nos dirá, que tras el *becchino* hubiese, en efecto, algo más que un hombre? ¿Caben, por otro lado, también semejantes perrunas metempsicosis y es algo más que un pobre perro enfermo el perro hidrófobo?

Para nosotros, poetas, la cosa no ofrece duda. Para nosotros, críticos, la cosa, por dura de pasar que parezca, es, por lo menos, probabilísima. Empecemos por el *becchino* procediendo por analogía logarítmica, es decir, serial, como aquella analogía serial mendeleefiana que

vaticinó todas las propiedades físico-químicas del *eka-aluminio* y el *eka-boro* (galio y escandio) antes de descubrirse experimentalmente dichos cuerpos. Si entre animales inferiores, los bovinos, por ejemplo, existiese algo así como una tradición, una experiencia y una ciencia, éstas les iniciarían a los jóvenes y alocados ternerillos en una verdad, tremebunda cual la de la Mercaba: la de que todas las alegrías primaverales del florido prado en que triscan, y todas las comodidades invernales del establo que les guarecen mimosas contra las inclemencias de los elementos, acaban fatalmente para ellos, ora en la impiedad de la inyección del bacilo de Ebers, ora en la crueldad sin nombre de la plaza de toros, ora en las angustias del yugo, ora, en fin, en la fatalidad del matadero, por mano siempre de aquellos mismos hombres que tan solícitamente cuidasen antes de ellos, razón por la cual ya el asno filósofo de la fábula dijo aquello de

Si en esto acaba el ocio y el regalo,
al trabajo me atengo y a los palos.

A la vista de tamaña paradoja el buen filósofo, o *cabestro*, no sabría qué pensar; y es el caso que otro tanto, en grado analógico, acontece asimismo al *filósofo-hombre* a poco que medite acerca del verdadero *valor-hombre* a lo largo de su vida.

Esa sonrosada pastorcilla que juega y ríe en los campos franceses será más tarde la *doncella de Orleáns*, que sentirá en su pecho de virgen, no el inevitable fuego del amor, sino la llama del *acto entusiasta*, que diría Diego Ruiz, en aras del amor patrio, que le dice a su oído con voces misteriosas que debe tomar la espada contra los ingleses invasores para expulsarlos y... ser luego quemada por ellos. Esotro niño bullicioso será más tarde Nobel e inventará la dinamita, tesoro de mágicas fuerzas de progreso que el hombre aplicará, no a la lucha contra la Naturaleza rebelde para dominarla, sino a la fratricida lucha de exterminio que presenciamos atónitos... y Nobel, al morir, temeroso quizá de su obra misma, instituye sus protectores premios para que otros felices niños del mañana, cuando ya sean infelices hombres, inventen... ¡explosivos nuevos, más terribles que la dinamita misma y con igual objeto de un mayor horror!

Pero, ¿somos nosotros los autores e inventores de estas y otras cosas, o más bien otros seres y otras manos invisibles nos llevan desde lo desconocido? Si el filósofo bovino se volvería verdaderamente loco ante esa incógnita de unos hombres *que les aman y cuidan* para luego martirizarles e inmolarles en terribles hecatombes, *sin odio alguno preconcebido,* otro tanto se llega a volver loco el *filósofo-hombre* ante tamaños escarnios del destino, escarnios

que entrevistos por Jesús en la amargura del Huerto de las Olivas le hacen exclamar: "¡Padre mío, si puedes, aparta de mí este cáliz de amargura!" Y luego: "Hágase tu inescrutable Voluntad, en fin, y no la mía" Y poco después, ya en la cruz, añade lleno de desesperación: *"Eli, eli, lacma sabactani!"* (¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!)

Y esto que dice Jesús, antes lo dijeron los Eddas escandinavos, cuando Wotan persigue por Hado fatal a sus propios hijos, los welsungos rebeldes, a quienes ama sobre todas las cosas, buscando con su heroísmo sobrehumano echar las bases de un orden desconocido; y lo dijo también Esquilo al fiar la liberación final del Prometeo encadenado, al hijo amado de un padre enemigo; y lo corroboró el joven Buddha cuando apartaba horrorizado su vista del tristísimo espectáculo de la Primavera, porque toda su aparente hermosura no era sino el destrozarse sin fin de las formas: comiendo la planta los estiércoles de la destrucción, devorando el animal las bellas exuberancias vegetales y comiendo cruel el gusano a la planta, el ave al gusano, el carnicero al ave y el hombre a todos ellos hasta el día en que se le coman a él los gusanos y las plantas cerrando el ciclo...

Ciegos mentales seremos ante todo esto si no caemos en la cuenta, por triste que sea el decirlo, de que somos meros juguetes de seres superiores invisibles *–algunos más perversos que nosotros, todo lo más perverso que es el criminal comparativamente a la propia fiera–*, seres de los que venimos a tener una idea tan somera como la que pueda tener el lobo acerca de nuestros papas, reyes, museos y academias. Para estos seres, el humano rebaño y su conservación es de tanto o más interés que para nosotros serlo pueda el establo. Es más, diríase que así como nosotros sacamos de él diariamente una res para el matadero, ellos nos reparten, más o menos equitativamente, los dolores, las angustias y la muerte, *cual si se alimentasen* de ese efluvio, de ese torbellino astral de nuestras buenas o nuestras malas pasiones y dolores, excitados por ellos.

Pero si así nos atormentan parte de estos seres, justificando acaso todas nuestras titánicas rebeldías contra ellos, incluso la blasfemia que no es sino una oración abreviada y energética, otra parte de ellos también nos cuidan solícitos, quién sabe si como el hombre cuida del establo y sus reses. Desgraciadamente, sin embargo –y en esto está por medio una ley bioeléctrica al modo de los tres discos antagónicos de zinc, cobre y paño humedecido de la pila de Volta–, los más en contacto con nosotros son los dioses perversos, y los más alejados los dioses buenos, no de otro modo a como los zafios, atormentadores de los animales, suelen andar más por los establos que los filantrópicos

lores de la Protectora de Animales británica. Si seguimos así el tropo filosófico, acabaremos por caer en la cuenta de que así como no hay amo, por encopetado que sea, que no baje al establo, en los momentos supremos de necesidad, incendio, negocio, etcétera, tampoco hay dios bueno que en el momento supremo en que agotado el hombre justo entona blasfemo el consabido Tema de la Justificación, no acabe por bajar también un momento a nuestro mundo, siquiera tenga que abandonar este bajo mundo, como Lohengrin y como todos los buenos amos o Maestros de la renunciación, así que les preguntamos impíos con nuestra crítica de topos pseudocientíficos "acerca de su patria y de su nombre", Platón en ciertos pasajes habla de esto.

El que repase los momentos supremos, grandes o pequeños, de la Historia Universal o de la historia suya, no podrá menos de caer en la cuenta de que de lo Desconocido, o sea de lo que el vulgo llama tan sabia como poéticamente el *Cielo*, bajan siempre en el instante decisivo la *Protección*, en forma de "solución imprevista"... y la probabilidad del auxilio *astral* de los *becchini* en la peste de Florencia, queda demostrada, suponemos para los poetas e intuitivos... Del rebaño restante de los que aún duden tras lo dicho, no nos ocuparemos, siguiendo el aforismo latino, *"de nimis non curat lex"*.

En cuanto al otro extremo del *perro-poseso* o perro hidrófobo, no es sino un aspecto del de la metempsicosis pitagórica, dicho sea con perdón de la opinión actual de los médicos, que rechazamos, no por falsa, sino por incompleta.

Por de pronto, la ciencia oficial aunque conozca el bacilo no sabe la causa de la hidrofobia, que para unos es una especie de indigestión sufrida por el animal y que por la vía pneumogástrica le perturba todos los plexos simpáticos, especialmente ese vértica o *chacras* astral de hacia el cuerpo tiroides, y, comprimiéndole la garganta, le impide deglutir todo líquido. Para otros, como el gran naturalista alemán Brehn, la causa de la terrible enfermedad hay que buscarla en influencias del celo contrariado, en castigos sufridos por el animal, etc., etc. Pero en lo que todos están de acuerdo es en que uno de los primeros síntomas de aquella enfermedad se cifra en ese agudo y extrañísimo ladrido o aullido con que el pobre animal atacado clama, sin causa física, contra una especie de enemigo invisible, que él cree ver, sin embargo, y contra el que se abalanza enloquecido. Quien, como nosotros, ha oído una sola vez siquiera semejante *aullido astral,* no puede equivocarse jamás acerca de él, porque es tan inconfundible corno esa nota aguda infantil de la llamada *tos ferina,* o sea de la enfermedad que los franceses llaman *coqueluche*, aludiendo a la nota

típica de *canto del gallo* que es su característica, y obsérvese, de pasada, que semejante enfermedad, que rara vez deja de lesionar seriamente al organismo del pequeñuelo en el caso favorable de que no le arranque la vida, asesta su certero golpe a aquel centro o *chacra* de la garganta infantil, ni más ni menos que acontece con la hidrofobia.

Dicho aullido patológico del perro hidrófobo, no es, en el fondo, sino una agudización del lastimero aullido con que normalmente ladra el can al rayo de la luna, cual si este rayo con su vaga y misteriosa luz dibujase ante él formas etéreas y astrales que para nosotros no son, de ordinario, perceptibles. Más de un ocultista nos ha dicho que no es por esto sólo por lo que el perro normal aúlla, sino también porque en el silencio y la soledad de la noche, bajo los astrales efluvios del satélite –efluvios mágicos que tanto dicen acerca del pasado más remoto del hombre y de la Tierra–, tiene el animal un como recuerdo lúcido de posibles existencias humanas suyas, existencias cuyos crímenes, por bajo de toda medida, le han hecho retrogradar al abismo evolutivo en que yace con arreglo a aquella sentencia cabalista que dice:

> No desciendas, hijo mío,
> porque la escala del descenso tiene siete peldaños,
> por bajo de los cuales existe la *octava esfera,*
> *el circulo de la triste Necesidad*

o séase la *Ciudad del Dite* dantesca, la mansión de donde el karma inexorable, el Hado o Némesis vengadora, no permiten ya retornar en forma humana a la vida física, porque los crímenes por el hombre cometidos se han salido ya del molde humano, y para purgarlos y *olvidarlos* es inevitable una o más encarnaciones de bestias, al modo de aquella sorprendida por Pitágoras cuando decía a su amigo que acababa de dar un palo a un perro: "–¡No le pegues, que en su queja he sorprendido la voz de un amigo mío que murió!", o, en fin, al modo de aquella otra encarnación simbólicamente relatada por Apuleyo el Mausdelense, en su *Asno de oro,* sólo por haber practicado la víctima la mala Magia en Tesalia... ¿Qué sanción kármica, en efecto, no merecen todos aquellos "que pecan contra el Espíritu Santo", o séase el *Alma de la Humanidad,* provocando guerras, cometiendo atentados colectivos, y envenenando, en suma, las más altas fuentes de la Vida?...

Sí. Del mismo modo que todo criminal y todo loco furioso es un poseso, un verdadero *hombre-hidrófobo,* en el más triste alcance del vocablo, el can atacado de la espantosa enfermedad no es también sino *un poseso de entidades de lo astral.* Sólo así se explica que

cuando no tenga a nadie ni nada que morder, llegue hasta a morderse a sí mismo. Por eso la hidrofobia canina, como el crimen humano, se sale de los respectivos límites de su mundo, para entrar en otro más horrendo y en el que el perro es más que perro y el hombre más que hombre, en la senda descendente de su mal. Los sentimientos humanos se anublan para éste durante los momentos de extravío en que el crimen se consuma; las caninas afecciones todas bórranse también en los accesos rábicos, porque hombre y perro han sido arrancados a su esfera y lanzados en otra de inaudito horror ocultista...

Como hemos ido quizá demasiado lejos en el comentario relativo a las Torres del Silencio, volvamos al punto de partida, diciendo que los 365 nichos dispuestos en triple círculo en aquéllas no son sino el simbolismo de los trescientos sesenta y cinco días del año común, cual si con esta sola disposición el cadáver mismo ocupase la fecha de su sepelio, o más bien, cual si se quisiese simbolizar que a lo largo de los años de nuestra vida ilusoria de aquí abajo, los días del año no son sino nichos en los que desarrollamos nuestra existencia de *muertos-vivos*.

Nada diremos respecto de la *Armasti* parsi, o *Vaca Nutridora*, por haber tratado largamente de ella en los primeros capítulos de *De gentes del otro mundo*.

(11) Desde luego, hacemos nuestras las palabras de la Maestra que dicen "los jaínos se jactan de que el Buddhismo no es sino una mera herejía del Jainismo, habiendo sido Gautama (el fundador de aquella religión) un mero discípulo del gran *Gurú* o Maestro jaíno"; pero añadimos que para nosotros hay dos *Jainismos*: el uno, la antigua religión conocida bajo este nombre, que es la aludida y hasta ridiculizada por H. P. B. en el pasaje que anotamos, y la otra, la *Religión-Sabiduría* primitiva, a la que, caso de darle otro nombre, habríamos de llamar Jainismo también, en honor a la etimología.

Esta distinción no es, por otro lado, sino la misma que la Maestra establece a propósito de la obra de Sinett *El Buddhismo esotérico*. "*Esoteric Buddhism* –dice– es una excelente obra con un título muy desdichado, a pesar de que él no signifique en el fondo sino *La Doctrina Secreta*..., porque *Buddhismo* es el sistema religioso moral predicado por Gautama, el "Iluminado", o el *Buddha*, mientras que *Budhismo* (con una sola de) viene de la palabra *Budha* o *Vidya*, que significa Sabiduría, en *abstracto*, *Conocimiento absoluto,* de la raíz sánscrita *Budh*, o *conocer* (y de aquí *Adibhudha*, o más bien *Adibhuta*, "la Primitiva e

increada Causa de todo, o *Divinidad*"). Ella, la suprema *Fuente* de donde todo emana y adonde todo vuelve, es, pues, el *Budha* único, en abstracto, nombre escrito con una sola de, mientras que cualquier sér, por elevado que fuere, sólo alcanza a ser, en definitiva, un *Buddha* concreto (de *Buddhi*, con dos des, o sea la facultad de conocer)[xv]. En otros términos: existe un Buddhismo, una religión buddhista, como existen cien otras religiones, llamadas brahmanismo, parsismo, cristianismo y jainismo, que no son sino facetas de la Religión-Sabiduría primitiva, o *Doctrina Secreta*, tradicional, eterna y ya desaparecida entre los hombres que conocemos y de la que son meras facetas, repetimos, *las doctrinas esotéricas o superiores de estas y otras múltiples religiones que han existido en el mundo,* doctrinas que, por excelsas que ellas nos resulten, no vienen a ser sino pálidos y defectuosos reflejos de aquella Suprema Verdad o *Palabra Inefable* perdida.

Por desgracia, no podemos establecer diferencias lingüísticas entre *Jainismo* y *jainismo*, como las por la Maestra indicadas entre *Budhismo* y *buddhismo*, mientras no llamásemos, para entendernos –como deberíamos hacerlo desde ahora–, *Cainismo* a la primera, a la Única y ya dicha *Religión-Sabiduría* desaparecida de nuestros humanos alcances *de no iniciados aún,* y jainismo, a la conocida religión indostánica, que tiene, según el texto que comentamos, hospitales para hienas y tigres, mientras que deja morir de abandono quizá a nuestros más vecinos hermanos los hombres...

Proclamándonos, pues, de una vez para siempre, completos *cainistas*, *cainos*, o teósofos, que es lo mismo, pese a la mala fama que, gracias a la simbólica muerte del Abel bíblico, pueda tener la palabreja, no nos consideramos jaínos, ni buddhistas, ni hinduistas, como tampoco se considerara Blavatsky, y en tal sentido, podemos continuar tranquilamente nuestro comentario, consignando que la misteriosa raza *jina*, *caína*, *inca*, sacerdotal y real, de aquella primitiva *Religión-Sabiduría,* a la que hemos dedicado por entero *De gentes del otro mundo,* pues que aparece en el fondo de la historia de todos los países, no son sino esos seres de lo etéreo, de lo astral y de otros planos superiores que constituyen eternamente la santa tradición terrestre o *Cábala Oriental,* seres que, como Maestros no pocos de ellos, vigilan nuestros pobres pasos, dirigen a la Humanidad, encauzando sus libres iniciativas progresivas, y son, aquende y allende la tumba, aquellos seres "*resucitados y mudados a la nueva Vida*", a que alude San Pablo, porque hasta las mismas porciones secretas del *Dan* chino y tibetano, del *Dzan, Djan, Dzyan, Jana* o *Dhyana*, no resultan ser sino otros tantos nombres del perdido *Cainismo* a que aludimos.

Así se comprende que los jaínos actuales puedan conservar, sin quizá entenderla en todo su estupendo alcance, la tradición de aquellos treinta y cinco *tirtankaras caínos*, presuntos y grandes fundadores de religiones muchos de ellos, uno de los cuales, el último, fuera Gautama el Buddha[xvi], y, sin embargo, en sus costumbres, ritos y concepciones, son intermediarios entre brahmanes y buddhistas, acercándose a los primeros respecto de organización social, carencia de culto a las imágenes, etc., etc., y a los segundos en punto a la manera de considerar los Vedas, y coincidiendo con unos y otros, en fin, en muchas cosas no menos que con parsis, cristianos y demás partidarios de las diversas religiones positivas, no yéndoles a la zaga en punto a errores y aberraciones que el egoísmo sacerdotal ha ido, como siempre, infiltrando en ellos, al amparo de los inocentes y simbólicos cuentos de niños que dieron origen desde épocas remotísimas a las diversas religiones positivas, velos intencionados echados unos tras de otros a las verdades primeras para evitar que la creciente maldad de los hombres las profanase, pero acabando sus simbolismos religiosos por ser objeto de explotación sacerdotal en manos de hombres sin escrúpulos que así comerciaban con las cosas sagradas, pecando *contra el Espíritu Santo,* como suele decirse entre los cristianos. (*La Doctrina Secreta,* tomo III, sección 28, pág. 224, y *De gentes del otro mundo,* págs. 161 y siguientes).

No podemos todavía demostrarlo de modo que no deje lugar a dudas. Nos figuramos, sin embargo, que la Humanidad en la primitiva Lemuria de Lamarck, Haeckel y otros sabios positivistas, o sea lo que llama el tercer Continente la Doctrina Secreta, comenzó teniendo una sola Religión y un solo labio o lengua. Entonces la Edad de Oro o Paraíso Terrenal de las religiones positivas, reinó sobre la naciente Humanidad física que empezaba a tener sexo y mente, y todos los hombres entonces eran verdaderos caínos, incas bajo la dirección de sacerdotes-reyes o Grandes Iniciados, que no son sino muchos de los *Tirtankaras caínos* a que se refiere la Maestra. Semejante estado de cosas continuó en la Cuarta Raza o Continente de la Atlántida, pero a medida que la Humanidad fue desenvolviendo la mente empezó a decaer la espiritualidad, no de otro modo que, dentro del eterno paralelo entre la filogenia y la ontogenia, la inocente espiritualidad del niño se va anublando y cediendo el puesto a las crecientes pasiones y mentalidad del joven. Vino, en fin, el conflicto humano, ese mismo conflicto que se nos ha presentado en la juventud a cada uno de nosotros, horrenda y épica lucha entre los poderes del bien y del mal o de luz y tinieblas que sumen a

los jóvenes en esa vorágine terrible en la que se nos pierde la vida, otros salen más o menos heridos en la lucha y pocos triunfan de un modo completo.

Tal debió acontecer en los últimos tiempos de la Atlántida, porque las leyes naturales no se desmienten nunca, y si así acaece con cada joven, así debió de acaecer a aquella humanidad juvenil de los atlantes, más ricos de pasiones que nosotros y menos dueños de su fría razón. Entonces una parte cayó para siempre; otra debió quedar más o menos malparada, y otra menor triunfó por completo. La primera se hundió en la octava esfera, que dicen los ocultistas, ese Seno misterioso donde la necromancia se sepulta al fin con esos trágicos caracteres que las religiones denominan *caída de los ángeles,* aunque la tal caída tenga también otro simbolismo más alto, relacionado con la vida física[xvii]. La segunda purga desde entonces sus errores a lo largo de los ciclos de reencarnación, cuando no de metempsicosis, y de aquí que en todos nosotros haya un tanto por ciento atlante primitivo y otro ario ulterior, que respectivamente constituyen la parte buena y la mala del karma de nuestro pasado. La tercera porción aquella, o sea la de los atlantes triunfadores, hoy la constituyen los *jinas* o *caínos* de los que hemos tratado extensamente en *De gentes del otro mundo,* lo que nos dispensa de dar aquí mayor extensión al concepto de *estos hombres* de lo etéreo y de lo astral, que son especie de *devas* para unas religiones, *ángeles* para otras y *Maestros* o *Iglesia* triunfante para todas, pues que doquiera de un modo u otro se les ha tributado reverencia y han ofrecido culto: el *divino culto* ario de nuestros antepasados, culto en el que el hogar era el templo, cuando no la Naturaleza, con su Sol, con su Luna y con sus estrellas; el hombre, el sacerdote; la mujer, la sacerdotisa, y los hijos, criados y protegidos, el pueblo fiel. ¿Dónde querrá nunca la infeliz y siempre engañada Humanidad hallar templos y sacerdotes mejores que éstos, ni ideales más puros de salvación, que el trabajo honrado, el ideal hecho la vida hecha poema, entre d microcosmos del hogar y el macrocosmos de los cielos infinitos, único culto verdad que puede dignificar al hombre? ¿Qué cosa mejor para la Humanidad, sin forzosos celibatos para los que no suele estar suficientemente preparado el barro de nuestro organismo, que esa institución del hogar honrado, constituido a su tiempo con una dulce compañera para devolver a la Humanidad, en lo físico, en lo intelectual y en lo espiritual, aquello mismo que de la Humanidad se ha recibido? Y luego que el hombre que ha cumplido así, bajo la divina ley del sacrificio, uno por uno todos sus deberes, ¿qué cosa más dulce, en la vejez patriarcal y tranquila, que la de retirarse, no al desierto de los ascetismos religiosos que los brahmanes quieren ver en el

Código del Manú, sino a esotros ascetismos más íntimos del propio corazón, aguardando el momento feliz del tránsito, sin casi enfermedades, a ese mundo superior de los *jinas* o *caínos* de nuestros *pitris* o padres, que así siguen precediéndonos y guiándonos en dicho nuevo mundo, mundo inmortal del que no pocos hombres triunfadores de todas las épocas no han necesitado ya retornar a este valle hondo y obscuro de soledad y llanto, porque felizmente no contaban ya con esa tara kármica que les hiciese descender de nuevo al mundo de la carne, después del sorbo del *Leteo*, sorbo que no es sino el Velo de Isis, que, caído sobre nuestros ojos no intuitivos, nos impide ver a nuestros *jinas* queridos?... Y una vez que esto se sepa bien y se practique mejor, ¿qué será, ¡oh Muerte!, de tu misterio; qué será, ¡oh Intrusa:, de tu puñal traidor? diremos con San Pablo, cuando el Apóstol de las gentes nos promete a todos una segunda vida en cuerpo espiritual, vida en la que nos asegura que resucitaremos todos, aunque no todos seremos mudados de destino.

(12) Establece aquí la Maestra las características principales de las más famosas escuelas de Filosofía oriental: la escuela teísta o *vedantina*, cuyo nombre mismo nos dispensa de explicaciones; la escuela ateísta o *advaitia*, que, a diferencia del insostenible ateísmo contemporáneo, es más bien panteísta, pues admite la Divinidad abstracta, primordial y sin nombre de Aquello que es a la vez Raíz sin raíz de la Materia eterna y el Eterno Espíritu; la Integral Absoluta de las dos integrales de este nombre, que son las dos concepciones más altas a que el hombre puede llegar[xviii]. La escuela *advaitia* es, por decirlo así, el moderno positivismo científico elevado y dignificado al extenderle a los demás mundos o planos a que corresponden los diversos principios del hombre, ya que si nuestro organismo físico es parte de un mundo de física materia, los demás elementos nuestros, de pasión, intelectualidad, amor, etc., es lógico que pertenezcan a otros tantos planos o mundos, con arreglo al principio lógico de que “de la nada no puede hacerse nada”.

En el pasaje que comentamos se deja ver bien la diferencia que nosotros establecemos entre el *jainismo* a que se refiere H. P. B. y lo que hemos denominado *Cainismo primitivo*. Lógico parece el pensar que de este ultimo procedan las sabias ideas jaínas, tales como la de la metempsicosis, la de la compasión hacia los animales. etc.; mas, por otra parte, se advierte en el jainismo, no menos que en las demás religiones del planeta, la huella de la superstición, que, en aras “de la letra que mata y no del espíritu que vivifica”, ha podido llegar a esas exageraciones estupendas de cuidar solícitos a los animales, personas que

dejan morir de hambre a sus semejantes, a su lado mismo, y gentes que aman más a sus perros que a los hombres.

Esto sucede en no pocas partes del mundo occidental y entre cristianos, no menos que en Oriente entre jaínos, y tal vez sea el arma más terrible esgrimida contra las Sociedades protectoras de animales, tan admirables y dignas de apoyo, por otro lado, probando que nada habrá quizá más importante en la vida que la debida seriación u ordenación de deberes, y que el bien es bien dondequiera que se encuentra, y lo bueno es enemigo de lo mejor; quiero decir que muchos de los que critican a las protectoras de animales, a título de *Humanidad*, no atienden a los unos ni a los otros, y que, gracias a la compasión hacia los animales, se han dignificado las costumbres en Inglaterra y en otros países hasta un grado increíble, porque, como dice Maeterlink, aunque haya dioses, es decir, seres superiores al hombre, estos dioses no se apiadan de nosotros, ya que nosotros, verdaderos dioses respecto del mundo animal, tampoco nos apiadamos de estos últimos seres, ayudándoles en su evolución, cual nosotros quisiéramos que los dioses nos ayudasen a nosotros. Claro que con ello no vamos a incurrir en la exageración jaína de respetar por igual al animal dañino, o indiferente, que al verdaderamente útil, porque nosotros somos verdaderos directores de la evolución animal, y a los animales que nos son dañinos debemos considerarlos como verdaderos fracasos evolutivos, nacidos quizá de nuestros abandonos, a guisa de *males necesarios* que dejan de existir así que nosotros, con nuestro progreso, les esterilizamos el medio vital suyo; por ejemplo: a las moscas y otros insectos, con la limpieza; a las alimañas, con el cultivo, etc.

La leyenda de una de las existencias anteriores del Buddha, dando su cuerpo en holocausto a una tigresa hambrienta que no podía alimentar a sus cachorros, es genuinamente jaína y quiere pintar con ello cuán infinita era la compasión del Tatagata hacia todos los seres, compasión en la que siempre le han seguido los místicos de todos los tiempos.

(13) Verdaderamente que nada hay nuevo debajo del sol, pues que el Sita-Rama, y tal como aquí nos lo describe la Maestra, con sus catorce actos e innumerables cuadros de gran tramoya escénica, con sus personajes, que unos son hombres, otros dioses, gigantes, ondinas, gnomos, etc., con su contenido esencial y simbólico en cosmogénesis y

antropogénesis, no es sino un efectivo *Anillo del Nibelungo* wagneriano, trazado hace miles de años por un pueblo que en todo y por todo es nuestro precursor.

Quien. a través de las páginas de nuestro libro *Wagner, mitólogo y ocultista, El Drama musical de Wagner y los Misterios de la Antigüedad,* haya estudiado a fondo los simbolismos iniciáticos de esos doce actos dramático-musicales de *El Anillo del Nibelungo,* actos equivalentes a los catorce de *Sita-Rama,* no podrá menos de admirarse de semejante coincidencia; hasta se diría que el prólogo de este último no es sino el propio *Oro del Rhin,* con sus Aguas genesíacas, sobre las que flota el Espíritu de Dios, o sea de Brahmâ, después de la Noche Eterna que ha seguido a la apoteosis final y destructiva de otro anterior Universo, y con su *Ascua de Oro,* Horus, el Niño Narayana, o sea la primitiva Luz del Logos que surge a la vida en el seno augusto de aquellas *Insonoras Tinieblas* así que la Deidad Inefable ha pronunciado La Palabra creadora. Este Logos-Vishnú yace rutilante como Oro dormido, que diría Wagner, sobre el Divino Loto y la Serpiente Ananta, que se muerde la cola para significar el Ciclo eterno de los tiempos, y así como en los Eddas, o mejor en la intuición profética del coloso de Bayreuth, aqueste *Oro* está guardado por las ondinas, aquel otro lo está a su vez por los cuatro grandes dioses de Indra, Jama, Kuvera y Varuna... –¡Swatha! ¡Swatha! ¡Swatha!– (*hua-ta-tahua,* o *swástica*), exclama el coro celeste, con esa serie de inarticulados gritos elementales tan característicos de *Velaya*, *Hejaya Hajey,* etc., con que walkyrias y ondinas surgen siempre en la escena wagneriana.

Y las coincidencias entre el primitivo drama del *Sita-Rama* y el iniciático drama moderno continúan todo a lo largo de la acción, y Vishnú y Lakshmí reencarnan en aquel en Rama y en Sita, como, en *La Walkyria,* Wotan y Erda reencarnan en Sigmundo y Siglinda, y después en Sigfrido y Brunhilda, celeste raza eterna de welsungos o *lobeznos*, de las que nacen también, entre otros muchos dioses del Panteón universal, los dos semidioses fundadores de la Ciudad Eterna...

Para rendir el debido homenaje al simbolismo iniciático del Sita-Rama, tendríamos que ampliar las brillantes notas dadas por la Maestra, con la exposición detallada del argumento entero de la obra y concordarle luego con los demás mitos cosmogónicos y antropológicos, es decir, reproducir aquí el contenido total de nuestra citada obra, a la que, para evitar repeticiones nos permitimos remitir a los lectores.

Pero, sí debemos consignar que en torno de la dramática obra del *Sita-Rama,* que es la representación de un verdadero Misterio iniciático al modo de los que después vinieron a Occidente, se advierten los otros dos géneros troncales de la literatura universal, es a saber: la épica del *Mahabharata* y del *Ramayana*, de los que acaso deriva, y la lírica Védica o más bien la pre-védica del misterioso *Libro de Dzyan,* cuyos comentarios, como es sabido, constituyen la obra fundamental de Blavatsky, titulada *La Doctrina Secreta.* El *Sita-Rama,* en efecto, no hace sino glosar, dramatizadas, estancias como aquellas, primeras del antiquísimo libro, que dicen:

"*(Estancia 1ª).* 1. El Eterno Padre, envuelto en su siempre invisibles vestiduras, había dormitado una vez más por Siete Eternidades. –2. El Tiempo no existía, pues yacía dormido en el Seno infinito de la Duración. –La Mente universal no existía, pues no había Ah-hi (vehículo) para contenerla. –4. Las grandes Causas de la Desdicha, no existían porque no había nadie que las produjese y fuese aprehendido por ellas. –5. Sólo Tinieblas llenaban el Todo sin Límites; pues Padre, Madre e Hijo eran una vez más Uno, y el Hijo no había aún despertado para la nueva Rueda (ciclo) y su Peregrinación por ella. –6. Los siete Señores y las siete Verdades, habían dejado de ser; y el Universo, el Hijo de la Necesidad, estaba sumido en Paranishpanna (en no ser) para ser exhalado por aquello que es y, sin embargo, no es. Ninguna cosa existía entonces. –7. Las causas de la Existencia habían sido destruidas: lo Visible que fué y lo Invisible que es, permanecían en el eterno No-Ser, el Único-Ser. –8. La forma Una de Existencia, sin límites, infinita, sin causa, se extendía sola en Sueño sin Ensueños; y la Vida palpitaba inconsciente en el Espacio Universal, en toda la extensión de aquella Omnipresencia que percibe el Ojo abierto de Dagma. –9. Pero ¿dónde estaba Dagma cuando el Alaya del Universo estaba en Paramartha y la gran Rueda era Anupadaka?"

"*(Estancia 2ª).* I. ¿Dónde estaban los constructores, los brillantes Hijos del Amanecer del Manvántara?... En las Tinieblas desconocidas, en sus Ah-hi Paramshpana. Los Productores de la Forma, derivada de lo Informe, que es la Raíz del Mundo, la Devamatri y Svabhavat, reposaban en la felicidad del No-Ser. –¿Dónde estaba el Silencio? ¿En dónde los oídos para percibirlo?... No; no había Silencio ni Sonido. No había nada más que el Incesante Hálito Eterno, e Ignoto para sí mismo. –3. La hora no había sonado todavía; el Rayo no había penetrado aún dentro del Huevo; la Matripadma no se había henchido. –4. Su Corazón no se había abierto todavía para recibir el Rayo Único, y caer después, los Tres hechos Cuatro,

en el regazo de Maya. –5. Los Siete no habían nacido todavía del Luminoso Cendal. El Padre-Madre, Svabhavat, era sólo Tinieblas; y en tinieblas estaba Svabhavat. –6. Estos dos son el Germen y el Germen es Uno. El Universo estaba aún oculto en el Divino Seno y en el Pensamiento Divino…

"(*Estancia 3ª*). I. … La última Vibración de la Séptima Eternidad palpita a través del Infinito. La Madre se hincha y se ensancha de dentro a fuera como el Botón del Loto. –2. Cunde la Vibración y sus veloces Alas rozan el Universo entero y el Huevo-Germen que está latente en las Tinieblas; Tinieblas cuyo hálito se esparce sobre las dormidas Aguas de la Vida. –3. De las Tinieblas brota la Luz y la Luz emite un Rayo solitario sobre las Aguas dentro del Abismo de la Madre. El Rayo penetra el Huevo Virgen; el Rayo hace estremecer al Huevo Eterno, y el Germen no eterno se desprende y se condensa, y constituye el Huevo del Mundo. –4. Los Tres caen en los Cuatro. La Radiante Esencia viene a ser Siete interiormente y Siete exteriormente. El Luminoso Huevo, que es Tres en sí mismo, cuaja y se esparce en Coágulos, como la leche por toda la extensión de las Profundidades de la Madre; la Raíz que crece en los Abismos del Océano de Vida. –5. La Raíz permanece, la Luz permanece, los Coágulos permanecen y, sin embargo, todavía Ioeaohu (el de las Siete Vocales) es Uno. –6. La Raíz de la Vida estaba en cada Gota del Océano de la Inmortalidad y el Océano era Luz Radiante, la cual era a su vez Fuego y Calor y Movimiento. Las Tinieblas se desvanecieron, y no fueron más: desaparecieron en su Esencia misma, el Cuerpo de Fuego y Agua, del Padre y la Madre. –7. He aquí, ¡oh Lanú! (discípulo), al radiante Hijo de los Dos, la Gloria refulgente sin par, el Espacio Luminoso, Hijo del Negro Espacio, que surge de las Profundidades de las grandes Aguas Obscuras. Él es el más joven, el… Él brilla como el Sol, él es el resplandeciente Dragón de la Divina Sabiduría. El Uno es Cuatro, y los Cuatro toman para sí los Tres y su unión determina el Sapta, en quien están los Siete que vienen a ser los Tridhasa, las Huestes, las Multitudes. Contémplale levantando el Velo y desplegándolo de Oriente a Occidente. Él oculta lo de Arriba y deja ver lo de Abajo, como la Gran Ilusión (Maya): señala sus sitios a los Resplandecientes, y hace de lo Superior un Mar, de Fuego sin orillas, y del Uno Manifestado las Grandes Aguas. –8. ¿Dónde estaba el Germen? ¿Dónde estaban entonces las Tinieblas? ¿En dónde está el Espíritu de la Llama que arde en tu Lámpara, oh, Lanú? El Germen es Aquello, y Aquello es Luz: el Blanco y Resplandeciente Manifestado, Hijo del Obscuro Padre Oculto. –9. La Luz es Llama Fría, y la llama es Fuego, y el Fuego produce

Calor, que da lugar al Agua: El Agua de Vida en la Gran Madre. –10. El Padre-Madre teje una tela, cuyo extremo superior está unido al Espíritu, Luz de la Obscuridad Única, y el Inferior a la Materia, su extremidad de sombras. Esta Tela es el Universo, tramada con las dos Substancias hechas Una, que es Svabhavat. –11. Se ensancha cuando el Soplo de Fuego se extiende sobre ella, y se contrae cuando la Madre le infunde su Aliento. Los Hijos se disgregan entonces y se esparcen para volver al Seno de su Madre al final del Gran Día y ser de nuevo unos con ella. Cuando la Tela se enfría, se hace radiante. Sus Hijos se dilatan y contraen dentro de sí mismos y en sus Corazones, y abarcan el Infinito. –12. Entonces Svabhavat envía a Fohat para endurecer los Átomos. Cada uno es una parte de la Tela, reflejando al "Señor que existe por Sí Mismo", como un Espejo. Cada cual a su vez viene a ser un Mundo..."

....

Otro detalle curioso del pasaje que comentamos es el relativo al drama el *Hanumán-Natak* y a su simiesco protagonista *Hanumán* o sea el rey de los monos, compañero de *Rama* y ¡antepasado de los europeos! En diversos pasajes de *La Doctrina Secreta* se habla, en efecto, de que cuando en los Tiempos de la Lemuria o Continente Austral, las especies no se habían consolidado, hombres de aquella Tercera Raza se cruzaron con hermosos animales hembras dando lugar a la progenie de los monos, que hoy nuestra Antropología hace también antecesores del hombre. En el capítulo VI, parte 3ª de *El Tesoro de los lagos de Somiedo*, uno de los personajes diserta ampliamente sobre el particular de si el hombre, como tipo progresivo proviene del mono, o a la inversa y como tipo regresivo, el mno proviene del hombre. Una tercera solución, la brahmánica, consignada en el pasaje que comentamos, conciliaría ambas teorías, supuesto que el tipo simio procedería en un principio del hombre, al tenor de *una caída*, expresada también veladamente en la Biblia al hablar de aquellos *Hijos de Dios* que se desposaron con *las hijas de los hombres*, engendrando gigantes y acarreando por sus pecados el Diluvio o sea la inmersión de la Atlántida. Los simios sobrevivientes a la gran catástrofe, valiéndose del simbólico puente de Hanumán o de "las colas de sus huestes", pasarían a Europa, al modo como Wotan y los demás dioses pasan, desde su antigua morada, al Palacio de la Walhala construído por los gigantes o titanes, por el puente del *arco-iris*, construcción que, como tal puente, dió lugar al profundo mito de los "constructores de puentes", o Pontífices, y como tal *arco-iris*, al decir del

Génesis, fue la señal de reconciliación entre Jehovah y los hijos de Noé-Enoch o *jaínos*, una vez pasada la catástrofe del Diluvio.

Vese, pues, aquí, la raíz de todo un complicadísimo mito, con más base histórica, quizá, de lo que pudiera creerse, dado que en él juegan los conceptos más fundamentales, a saber: el evolucionismo actual, tenido por los doctos como verdad Incontrovertible; la posibilidad de regresiones o caídas en el primitivo tipo humano con esas características de obscenidad y libidinosidad sin par que todas las especies simias ofrecen; la leyenda del Diluvio y de la Atlántida; la base de la primitiva monarquía romana, cuanto de la monarquía espiritual del Catolicismo; las guerras épicas del Mahabharata, reproducidas luego por la *Ilíada* bajo pretexto del sitio de Troya y del robo de Elena –la *Sita* de los pueblos griegos– y aún más que reproducido en la catástrofe guerrera de nuestro tiempo; el pueblo *jaíno*, invisible y puro triunfador de la catástrofe, con las características todas que, apoyados en la Historia y la leyenda, le hemos asignado en el libro *De gentes del otro mundo,* y el pueblo humano pecador a quien el Velo de Adán o de Isis le impiden conocer la Palabra perdida prehistórica y ver las realidades que yacen ocultas bajo las solemnidades tradicionales de los Misterios Iniciáticos; los misterios de la Swástica o Cruz Jaína; los místicos puentes que con la palabra *brige* tanto juegan en la prehistoria de las Islas Británicas y de la Península Ibérica; las doctrinas de los *Eddas* o *Vedas* escandinavos, en las que Wagner hallase los elementos pontificios o de puentes para la trama de su *Tetralogía* y, en fin, hasta los orígenes de la tragedia griega y con ellos de todo el teatro moderno, que no es sino la degradación y especialización del teatro mitológico e iniciático que será la semilla del arte integral futuro, como hemos demostrado ya al ocuparnos de estos asuntos.

La inocente sangre del macho cabrío vertida en los misterios necromames de la Grecia histórica, no era sino la parodia vil de aquellos Misterios nocturnos de Baco o Dionisios en los que se representaban simbólicamente, para enseñanza de todos, los orígenes del Cosmos y de la Tierra; el papel del Sol, la Luna y los demás astros en la vida Universal; la formación de la Tierra, sus movimientos heliocéntricos; el origen de las almas; su caída en el Hades sublunar o sean los misterios generadores en su más elevado sentido místico; la redención del alma y su retorno a las regiones celestes de donde, por Ley de Necesidad, había caído y, en una palabra, toda la Religión-Sabiduría primitiva, tan profundamente velada a los profanos por temor a que los ignorantes la envileciesen o a que los malvados la hiciesen más y más arma de las explotaciones egoístas de las religiones positivas.

Como más adelante habla la Maestra H. P. B. de otra leyenda indostánica del origen de los pueblos europeos, cortamos aquí esta nota respecto de éstos y de sus simiescos antecesores; pero no sin consignar en cuanto a ello una frase análoga a la que se canta en el *Dies irae* eclesiástico: la de "testes David cum Sibylla", o sea la de "testes Darwin cum Hanuman et cum ejusdem symii", como ha intuido en el pasaje comentado la implacable sátira de la principesca escritora rusa.

(14) Del estudio comparado de las diversas obras de la Maestra venimos a parar a la conclusión de que mientras en los grandes libros del *Mahabharata*, *Râmâyana*, *Los Cuatro Vedas,* con sus millares de comentarios de *Puranas* y *Brahmanas* y el *Código del Manava Dharma Shastra* o del Manú, está toda la Cábala, o *tradición* de Oriente, en el *Zend Avesta* de Zoroastro y en la compilación famosa del Sha-Named, se hallan dispersos todos los restos caldeos y de cábala occidental que escaparon a las profanaciones militares de Alejandro y de los árabes, cuanto a las literarias, mucho más graves, de Beroso y del patriarca Eusebio.

La verdadera Persia ocultista, no es la geográfica actual del golfo de su nombre, sino todo el país no hindú, ni turanio o siberiano, comprendido entre la Gran India y la Mesopotamia, hasta los montes del Cáucaso, es decir, el Irán.

Las modernas investigaciones han identificado la Persia e India antiguas pon el Irán de los libros sánscritos o la Ariana de Plinio y Pomponio Mela. No fueron, pues, los persas más que una rama de la gran nación india, con la cual tuvieron por mucho tiempo comunidad de patria, religión y castas.

Griegos, cristianos y mahometanos fueron destruyendo del modo más impío aquellas sabias crónicas ocultistas de los historiadores reales, depositadas solemnemente al fin de cada reinado en Susa, Ecbatana, Babilonia y Persépolis y que constituyen ese perdido tesoro bibliográfico de los *Naskas, Vascas* o *Vascos*.

Si apurásemos con esmero la etimología de estas Crónicas de crónicas hallaríamos en ella un nexo prodigioso con el pueblo vasco-atlante, del que tan preciosa reliquia etnográfica ha quedado entre Francia y España; pero ello nos sacaría del formato de estos comentarios. Nos limitaremos, pues, a decir aquí que los pobres restos de parsis y caldeas que han sobrevivido a tamañas catástrofes hay que buscarlos de primera intención entre griegos y hebreos, Daniel, dice Cantú, da pruebas de haber conocido su religión; Esdras, Nehemías y

el autor del libro de Esther (*Isthara* o *Estrella*) nos presentan el espectáculo de aquellas Cortes fastuosas. Destituidos los autores griegos del sentimiento de la civilización oriental, desfiguraron los hechos, acaso por no comprenderlos ni abarcarlos.

Ctesias de Guido, médico de Ciro el Joven, estudió las primitivas tradiciones de la tierra de Senaar, con todo el carácter oriental del que luego trató de despojarle Aristóteles. Las tradiciones persas, dice la Maestra en el tomo segundo, comentario a la Estancia XII de Dzyan, están llenas de dos razas o naciones que algunos creen están hoy completamente extinguidas, siendo así que sólo están transformadas.

"Estas tradiciones –continúa– nos hablan constantemente de las montañas de Kaf (¿Kafaristán?) donde se abre una galería construida por él gigante Argeak, en donde se guardan las estatuas-topos de los diversos hombres antiguos. Ellas son las que llaman Suleimanes, Salomones o sabios reyes de Oriente, contando hasta 72 de este nombre, tres de los cuales se dice reinaron un milenio cada uno. Por eso en ninguna parte, excepto en la *Biblia*, se encuentra rastro alguno del supuesto rey Salomón, cuyo palacio concuerda por otro lado, con las maravillosas descripciones de los cuentos persas *(Mil y una noches),* aunque eran desconocidos de todos los viajeros paganos y hasta de Herodoto. Siamek, el hijo predilecto de Kaimurath (Adán) y primero de sus reyes, fue asesinado por su hermano el gigante... Luego vino H uschenk, el prudente y sabio. Su dinastía fue la que volvió a descubrir los metales y las piedras preciosas que habían sido escondidas por los *devs* o gigantes en las entrañas de la Tierra, así como el modo de trabajar el bronce, abrir canales y fomentar la agricultura. Como de costumbre en tales casos se atribuye también a Huschenk la obra llamada *Sabiduría Eterna,* y la construcción de las ciudades de luz, Babilonia e Ispahan, aunque en realidad fueron construidas muchas edades después[xix]. Pero así como el Delhi moderno está construído sobre las ruinas de otras seis ciudades, estas otras pueden estarlo sobre los restos de otras de inmensa antigüedad. En cuanto a su época real sólo pueden inferirse de otra leyenda. Efectivamente, en la misma tradición se atribuye a este sabio príncipe el haber hecho la guerra a los gigantes sobre *un caballo de doce patas,* nacido de los amores de un dragón o cocodrilo con una hipopótama. Semejante *caballo dodecápodo* se encontró en "la isla seca" o nuevo continente; fue necesaria mucha fuerza y astucia para apoderarse del maravilloso animal; pero tan pronto como Huschenk montó en él, derrotó a toda clase de enemigos, pues ni aún los gigantes más fieros podían

desafiar su tremendo poder. Finalmente, sin embargo, este rey de reyes fue muerto por una roca enorme que los gigantes le tiraron desde las cimas de Damavend.”

“Tahmurath es el tercer rey de Persia, el San Jorge del Irán, el caballero que siempre vencía al Dragón, y que, finalmente, le mata. Es el gran enemigo de los *deos*, que en su tiempo moraban en dichas montañas de Kaf, y que de vez en cuando atacaban a los *peris*, los antecesores remotos de los *parsis*. Las antiguas crónicas francesas de las tradiciones populares persas le llaman *Dev-bend,* o el conquistador de los gigantes. A él también se atribuye la fundación de Babilonia, Nínive, Diarbek, etc. Tahmurath o Taimurar, al igual de su abuelo Huschenk, tenía un animal de montura; pero mucho más rápida y admirable, es a saber, el ave llamada *Simorgh-Anke,* pájaro maravilloso, inteligentísimo y dotado del don de lenguas; fénix persa, que sólo se lamentaba de su gran vejez, pues que había nacido ciclos y ciclos antes de Adán o Kaimurath, y sido testigo, por tanto, de todas las revoluciones de los siglos, pues que ha visto el principio y el fin de doce ciclos, de 7.000 añs cada uno; es decir, los 840.000 años de la tercera edad o *Dviparaguya*.”

Este *caballo dodecápodo,* del que también nos habla en el siglo VI el buen monje de Cosme Indicoplesta, es otro misterio que, como la del ave *Simorgh-Anke*, y como la ya famosa *Vaca de las cinco patas,* a la que tanto se alude también en el presente libro por la Maestra, son temas mitológico-filosóficos merecedores de grandes estudios. Por otra parte, el célebre caballo de Ulises en Troya, el *Babi-eka* del Cid o el *Alcides* protohistórico español, el *Pegaso* de los griegos y tantos otros, no son sino reminiscencias de la tradición del tal caballo parsi, cuyas doce patas podían transformarse en alas. Hasta el terror instintivo que los indígenas americanos tomaron a los caballos de los primeros conquistadores españoles provenía probablemente más que de su empuje mismo, de una superstición entre ellos pareja de la del caballo de San Jorge o de Santiago y el caballo de las walkyrias nórticas.

Los antedichos libros de los Naskas guardan estrecha relación, por un lado, con los Eddas escandinavos, y, por otro, con los Vedas, hasta el punto que un estudio comparado de esos tres grandes monumentos de la antigüedad nos traerían no pocas revelaciones de la Religión-Sabiduría primitiva. Los Naskas, por otra parte, se adivinan a través del famoso libro del Shah-Namcdh, al que repetidamente hemos hecho alusiones en los dos tomos primeros de nuestra *Biblioteca de las Maravillas,* por lo que no insistiremos aquí en ellos. Basta decir que en aquella última obra de Abul Kasem Mansur Ferdusi se puntualiza, entre velos y alegorías, buena parte de la historia de los *Sasánidas* o *Iasanidas*, gentes *lunares* que

no pudieron menos de ser grandes perseguidores de dicha Religión-Sabiduría primitiva, como se indica en los párrafos que comentamos en esta nota. Ella es aquella *Religión absoluta* a que alude Daumer siguiendo a Lessing, y a la que se tornará cíclicamente, sin duda, con el progreso de los tiempos y las síntesis científicas de todas las religiones particularistas, porque, como dice Federico Schlegel y repite Cantú en su "Introducción a la Historia Universal", con la palabra, distintivo de la Humanidad frente al reino animal, fueron reveladas al hombre en el principio las verdades fundamentales, religiosas, morales y sociales. Tal *palabra perdida* se alteró primeramente en algunos hombres y después en toda la raza, y mientras que la filosofía pura debe restablecerla en cada conciencia, la filosofía de la Historia debe hacer lo mismo con toda la especie y mostrar la senda que se ha seguido o ha de seguirse para tamaña regeneración, porque como dice Mr. A. Janeigny, en el prólogo de la *India pintoresca*, el pasado de los primitivos siglos de la India, por su maravillosa excelsitud, más bien pertenece al porvenir.

(15) Como se ve, Mad. Blavatsky y sus compañeros asistieron a una verdadera representación wagneriana de una obra oriental que duró lo que durar podrían, si se representaran seguidos, los cuatro dramas de la Tetralogía de *El Anillo del Nibelungo*. Como ya en nuestra obra citada, *Wagner, mitólogo y ocultista*, hemos hablado por extenso de las influencias que las leyendas y doctrinas de Oriente han actuado sobre la obra del coloso, especialmente en *Parsifal*, no tenemos por qué puntualizarlas otra vez aquí, pero si nos permitimos rogar al lector que torne a leerlas para que compruebe una vez más el continuo paralelo que hay entre las doctrinas de Oriente y la obra del coloso musical restaurador en parte de los Misterios iniciáticos.

II

EN CAMINO HACIA KARLI

Se deslizan las primeras horas de una mañana de los últimos días de Marzo. La suave brisa acaricia las soñolientas caras de los viajeros y el perfume embriagador de las tuberosas se mezcla con el ambiente acre de la hospedería. Multitud de mujeres brahmánicas, majestuosas, esculturales y de desnudos pies, se encaminan al pozo, cual la Raquel bíblica, con sus cántaros de cobre, que refulgen como oro sobre sus cabezas. En las múltiples piscinas sagradas del camino ejecutan sus abluciones matutinas los hindúes de ambos sexos. junto a las bardas de un huerto, un ganso picotea la cabeza de una cobra y mira gozosa su agonía mientras que el cuerpo del reptil la sacude en sus convulsiones postreras. Al lado hállase un *mâli*, o jardinero desnudo, que hace su ofrenda de betel y de sal a un deforme ídolo de Shiva, para desarmar la cólera del "Dios Destructor", por la muerte de su serpiente favorita. Pasos más acá de la estación del ferrocarril contemplamos una modestísima procesión católica formada por un puñado de parias recién convertidos y algunos portugueses indígenas. En la litera, bajo un dosel, balanceábase una imagen de la Madona con un anillo en la nariz y llevando en sus brazos al santo niño con turbante rojo brahmánico y pijamas amarillas por vestido. –¡Hari, hari, devaki! (¡Gloria a la Santa Virgen!) – exclamaban los noveles conversos, incapaces de establecer, en su inconsciencia, la línea diferencial entre la Madona católica y Devakî, la madre de Krishna. Excluidos aquellos parias de todo templo brahmánico por no pertenecer a ninguna de las castas hindúes, suelen ser admitidos en las pagodas cristianas gracias a los *padris*, nombre derivado del *padre* portugués y que es aplicado indistintamente a los misioneros de toda secta europea.

Nuestros *gharis* o carretas de dos ruedas arrastradas por una pareja de bueyes, llegaron, por fin, a la estación. Los empleados indígenas quedaron con la boca abierta al apercibir unas caras de blancos cruzando la ciudad en dorados carromatos hindúes. Ignoran, sin duda, que nosotros, americanos, hemos venido a estudiar sobre el terreno mismo, no a la Europa, sino a la India.

Cuando el viajero extiende su vista por la orilla frontera al puerto de Bombay lo primero que advierte es una masa de obscuro azul alzada como una muralla entre él y el horizonte. Es Parbul, montaña de aplastada cumbre a 2.250 pies de elevación. Su falda derecha muestra dos escarpadas rocas exornadas de boscaje: la más alta de éstas, Matarán, es el objetivo de nuestro viaje y desde Bombay a Narel, que es la estación situada al pie de la roca, habremos de viajar durante cuatro horas por ferrocarril, aun cuando en línea recta no sea la distancia de más de doce millas. La vía férrea contornea, en efecto, las más deliciosas colinas, deja atrás docenas de bellísimos lagos y atraviesa por más de veinte túneles perforados en el corazón mismo de la roca.

Cinco amigos hindúes iban en nuestra compañía. Dos de ellos procedían de la casta superior, pero habían sido expulsados de su pagoda por avenirse a tratar con nosotros, extranjeros malditos. Otros dos, indígenas, con los que mantuviésemos correspondencia largos años, se incorporaron a nosotros en la estación. Los cuatro pertenecían ya a nuestra sociedad, como reformadores que aspiraban a constituir una nueva India, rivales eternos de los brahmanes, de sus castas y sus demás prejuicios, que nos acompañaban para concurrir, en unión nuestra, a la gran feria de las fiestas del templo de Karli, deteniéndose, al paso, en Matarán y Khanduli. Uno de ellos era un brahman de Poona; otro, un *moodeliar* o propietario rural de Madrás; el tercero, un zingalés de Kegalla; el cuarto, un zemindar bengalés, y el quinto, un rajput gigantesco, de mucho tiempo antes conocido nuestro: Gulab-Lal-Sing, o Gulab-Sing como solíamos llamarle. Merece especialísima mención este último porque acerca de su insigne personalidad circulaban las leyendas más extrañas. Decíase de él por muy cierto, que era un raja-yoga, un efectivo Iniciado en los misterios de la magia, la alquimia y otras ciencias ocultas hindúes. Rico e independiente, jamás se cebó en él la pública maledicencia, dado que, aunque poseía a maravilla tales ciencias y poderes, nunca hizo alarde de ellos en público, ocultando sus pasmosos conocimientos, excepto a un círculo muy reducido de amigos.

Érase Gulab-Sing, añadimos, un takur independiente del Rajistán, palabra que significa literalmente "el país de los reyes", y todos los takures, casi sin excepción, están deputados como descendientes directos de Sûrya (el Sol), por lo que se los denomina Sûrya-vansa. Arrogantes como ninguno, tienen el proverbio de que "el cieno de la tierra empañar no puede los rayos divinos del Sol". No miran con desprecio a secta alguna, excepto a los brahmanes, y honran únicamente a sus bardos, cantores de sus glorias guerreras. De ellos

ha escrito el coronel Tod que "la magnificencia y esplendores de las cortes rajaputanas en los albores de la Historia fueron sencillamente maravillosos, aun descontadas las poéticas hipérboles de sus bardos, cantores de sus hazañas. Sabido es que la India septentrional ha sido siempre una comarca riquísima, y ella fué, sin disputa, la más poderosa satrapía de Darío".

Aparte de todo esto, el país fué siempre pródigo de los más extraordinarios sucesos, que dieron tema a las historias más peregrinas. Cada ínfimo reino del Rajistán cuenta con unas Termópilas, y cada pueblecito ha dado su Leónidas. El velo de los siglos, no obstante, solapa y roba al mundo que después ha seguido, tales sucesos, que el historiador no ha legado a la admiración de los hombres. Sonmath pasaría así como una rival de Delfos: los tesoros inauditos de Hind habrían eclipsado a las fabulosas riquezas del rey de Lidia, y asimismo los ejércitos de Jerjes, al lado de los de los hermanos pandús habría remedado a un mero puñado de hombres, merecedor de figurar tan sólo en segunda línea.

Como Inglaterra ha tenido la deferencia de no desarmar a los rajaputs, cual hiciera con las demás nacionalidades de la India, Gulab-Sing vino rodeado por una verdadera cohorte de vasallos y escuderos. No hay que decir por todo esto, que el takur, gran conocedor de las antigüedades de su patria y poseedor de un inagotable arsenal de leyendas, resultó el más elevado e interesante de nuestros compañeros de viaje. (16)

–Allá, hacia el límite del horizonte, se divisa el majestuoso Bhao Mallín. Su solitaria cima fué antaño la morada de un santo eremita y hoy es visitada anualmente por millares de peregrinos, porque, al decir de las gentes, acaecen allí las más extrañas cosas. En la cresta de la montaña, a dos mil pies sobre el nivel del mar, hállase el asiento de una fortaleza, y detrás se alza otro peñasco de doscientos setenta pies con las ruinas de otra fortaleza o castillo mucho más antiguo, donde se refugió durante setenta y cinco años dicho santo. Cómo o de dónde obtenía él el alimento será siempre un misterio: créese por algunos que comía plantas silvestres; pero allí, en verdad, no existe vegetación alguna sobre la pelada mole roquera. No hay modo de escalar esta roca tajada a pico, como no sea trepando por una cuerda y apoyándose en los agujeros del talud apenas mayores que para entrar en ellos los dedos de los pies. Deputaríase, pues, la ascensión allí como reservada a monos y a acróbatas, si la devoción no proporcionase alas a los hindúes para allí subir, sin que se haya registrado, sin embargo, accidente alguno nunca. En cambio, una partida de turistas ingleses a quienes se les ocurrió la desgraciada idea de querer subir para explorar

las ruinas, fué lanzada al abismo por una racha de viento levantado de improviso. Ante tamaña catástrofe, el general Dickinson dió órdenes para que fueran inhabilitados todos los medios de acceso a la altura superior y la inferior, causa un tiempo de tantas desgracias, y hoy se encuentra desierta, sirviendo sólo de morada a águilas y tigres.

Mientras le escuchábamos embobados, yo pensaba en cómo cambian los tiempos y cuán enorme es la diferencia entre los modernos y los antiguos.

–¡Es el Kaliyuga!– exclamaban los viejos hindúes de la comitiva, con sombría desesperación, al oírme–. ¿Quién pudo nunca ir contra la negra y tenebrosa Edad?

Este fatalismo fundado en la certidumbre de que nada bueno puede ahora esperarse y que ni el propio dios Shiva auxiliarles puede contra aquélla, yace hondamente arraigado en las mentes de la generación vieja. De los jóvenes no hay que hablar, pues todos reciben su educación en colegios y universidades, donde, si bien aprenden casi de memoria a Heriberto Spencer, a Juan Stuard Mill, a Darwin y a los filósofos alemanes, pierden toda fe, tanto en su propia religión cuanto en todas las demás del mundo. Los jóvenes hindúes *educados,* son, casi sin excepción, profundos materialistas, y a veces llegan a los más increíbles límites del ateísmo. Rara vez anhelan nada mejor que el honor de "adjuntos del oficial mayor", como decimos en Rusia, o bien degeneran en parásitos y serviles aduladores de sus actuales amos, y lo que es peor aún y más repugnante, editan periódicos atiborrados de liberalismo de oropel que acaban siempre siendo órganos revolucionarios.

Mas esto es transitorio, sin duda. El presente, comparado con el misterioso y sublime pasado de la India, la grandiosa y antigua Âryâvarta, no es sino el negro fondo de un brillante cuadro: el mal inevitable en el desarrollo cíclico de todo país. La India está caduca, abrumada bajo el peso de sus glorias, destrozada e inerte; pero el fragmento más ínfimo de ella constituirá siempre un preciado tesoro para el arqueólogo como para el artista, y el curso natural de los tiempos proporcionará más de una clave perdida al psicólogo y al filósofo. El arzobispo Heber, relatando sus expediciones por el país, llegó a decir que "los antiguos hindúes edificaban sus obras como titanes y las remataban como joyeros", y al describir el Taj–Mahal de Agra, esa novena maravilla del mundo, la denomina "un poema en mármol". Añadir pudo el prelado que en la India es imposible hallar la ruina más insignificante que no nos hable con mucha mayor elocuencia que cien volúmenes acerca del glorioso pasado de la India, sus anhelos religiosos, sus creencias y sus esperanzas. (17)

País alguno de la antigüedad, ni siquiera el Egipto de los faraones, ha traducido como la India los ideales del espíritu en formas objetivas con más gráfica mano y maestría más artística. El panteísmo entero de la *Vedânta* se halla comprendido en el símbolo bisexual de la diosa Ardhanârî. Rodeada ésta por el doble triángulo o sello salomónico, denominado en la India *el signo de Vishnú*, yacen a sus pies un león, un toro y un águila. En sus manos brilla la luna llena que riela sobre las aguas de sus pies. La *Vedânta*, en efecto, ha enseñado durante millares de años lo que sólo comenzaron a enseñar algunos filósofos alemanes a fines del siglo XVIII y principios del XIX, o sea que todas las cosas del mundo objetivo, igual que este mundo mismo, son mera ilusión; pura Mâyâ, vagos fantasmas creados por nuestra imaginación, pero desprovistos de más realidad que la que tener pueda el reflejo de la luz de la luna reflejándose sobre las aguas. El mundo fenomenal, igual que nuestras ideas acerca de nuestro verdadero *Yo*, son tan sólo una reflexión, una sombra de cosas más excelsas. Por eso el sabio verdadero jamás se deja engañar por tales apariencias ilusorias. Él sabe harto bien que ningún hombre alcanzará el verdadero conocimiento, ni se identificará con su supremo Ego, sino después que sus elementos personales inferiores se sumerjan en el gran Todo, convirtiéndose así en un Brahma inmutable, universal, infinito. De aquí que miren al ciclo del nacimiento, de la vida y de la muerte como algo que es producto simplemente de la ilusión imaginativa.

En términos generales, la filosofía hindú, ramificada como lo está en multitud de enseñanzas metafísicas, posee, cuando no se aparta de los cánones ontológicos de su tradición, una lógica tan severa, tan acabada, y una psicología tan maravillosamente perfecta y refinada, que merecería figurar a la cabeza de cuantas escuelas antiguas y modernas, idealistas o positivistas se han sucedido después, y hasta eclipsarlas. El positivismo de un Lewis, que pone los pelos de punta a cualquier teólogo de Oxford, es un juego de chicos comparado con la escuela atomística de Vaisheshika, con su mundo encasillado cual tablero de ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve substancias, veinticuatro cualidades y cinco mociones. Por increíbles que parecer puedan de ser encerradas estas ideas abstractas, idealistas, panteístas o materialistas en símbolos adecuados y alegóricos, la India, no obstante, ha conseguido hacerlo, sea cualquiera su enseñanza. Todas, todas las ha encuadrado e inmortalizado en sus feos ídolos de cuádruple faz; en la complicada planta geométrica de sus templos y hasta en las extrañas líneas y manchones de color de las frentes de sus respectivos sectarios. (18)

Departíamos amigablemente acerca de todas estas cosas con nuestros buenos compañeros de viaje hindúes, cuando penetró en nuestro departamento un *padre* católico, uno de los profesores del colegio de jesuitas de San Francisco Javier, en Bombay. Incapaz de contenerse durante mucho tiempo, se mezcló, al fin, en nuestra conversación. Restregándose las manos, sonriente, dijo que sentía gran curiosidad por saber con qué clase de sofismas podrían encontrar nuestros compañeros algo que se pareciese a una explicación filosófica acerca de las cuatro caras del deforme ídolo de Shiva coronado de serpientes, que se veía a la entrada de una pagoda.

–Muy sencillo –replicó el babú bengalés–. Esas cuatro caras miran hacia los respectivos cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste, pero las cuatro no son sino un cuerpo y pertenecen a un dios.

–Pero –objetó el *padre*–, ¿podríais explicarnos antes la idea filosófica a la que responden las cuatro caras dichas y las ocho manos de vuestro Shiva?

–Con mucho gusto. Como creemos que nuestro excelso Rudra (el nombre védico asignado a esta deidad) es omnipresente, le representamos con la cara vuelta a la vez en todas direcciones. Sus ocho manos revelan su omnipotencia, y su cuerpo, a su vez, nos expresa que es Uno, no obstante hallarse en todas partes, sin que nadie pueda escapar a su mirada que todo lo ve, ni tampoco a su mano justiciera.

Iba a replicar el *padre,* pero el tren se detuvo. Acabábamos de llegar a Narel. (19)

No hace veinticinco años que la planta de un blanco holló por vez primera la cumbre del Matarán, enorme conglomerado roquizo de cristalina masa. Aunque cercano a Bombay y no muy distante tampoco de Khandala, residencia veraniega de los europeos, las enhiestas cumbres del gigante fueron tenidas por largo tiempo como inaccesibles.

Por la parte del Norte, su talud liso y casi vertical se alza a 2.450 pies sobre las aguas del río Pen, y más arriba, las innumerables rocas aisladas y colinas se pierden entre las nubes, cubiertas de espesa vegetación y surcadas por valles y gargantas. En 1854, la vía férrea atravesó uno de los contrafuertes del Matarán, y hoy llegan al pie de la última montaña, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, sólo se veía un precipicio horripilante. Desde Narel a la meseta superior sólo median ocho millas, que pueden ser recorridas a caballo o en palanquín, abierto o cerrado, según se prefiera.

Como llegábamos a Narel a las seis de la tarde, semejante expedición no parecía demasiado tentadora. La civilización ha conseguido grandes triunfos sobre aquella naturaleza inerte, pero, no obstante su poderío, aún no ha triunfado de las serpientes y los tigres. Han sido éstos desterrados, sin duda, a selvas muy lejanas; pero las serpientes de todas clases, especialmente las cobras y culebras de coral, habitantes predilectos de los árboles, abundan todavía como antaño en las frondas del Matarán, manteniendo una campaña de guerrillas con los hombres invasores. ¡Desgraciado el peatón y hasta el jinete que acierte a pasar bajo el árbol desde cuyas ramas acecha la serpiente–coral! Aunque las cobras y otros reptiles rara vez acometen al hombre, como no se las pise, esta otra clase de *guerrilleros* acechan pacientemente a sus víctimas, y tan pronto como la cabeza de un viajero pasa bajo la rama que alberga al ofidio, éste se lanza al espacio, colgando cuan largo es, y clava sus colmillos en la frente de su víctima. Este curioso hecho fué deputado como fabuloso, pero ya ha sido debidamente comprobado e incorporado a la Historia Natural del país. En casos tales los indígenas ven en la venenosa serpiente al emisario de la Muerte: al ejecutor de la voluntad de Kâli, la diosa sanguinaria esposa de Shiva. (20)

La tarde que siguió a aquel caliginoso día resultó deliciosa, invitándonos a gozar de su frescura, aun a trueque de detenernos en nuestro camino. Diríase que en medio de aquella naturaleza prodigiosa se sentía la necesidad de romper los pesados lazos que nos ligan a la tierra e identificarnos con aquella oleada de vida, como si hasta la misma muerte tuviese sus encantos en la India.

Además, a las ocho iba a salir la luna, y tres horas más de ascensión hacia aquella especie de monolito, en medio de la claridad de aquella soberbia noche tropical capaz de poner a prueba el pincel del mejor artista, valía la pena de un sacrificio, y, dicho sea de paso, entre los pocos pintores capaces de trasladar fielmente al lienzo el encanto sutil de una noche de luna en la India, la opinión pública comenzaba a señalar a nuestro propio compañero V. V. Vereshtchagin.

Después que comimos precipitadamente en la terraza de la mansión de parada, reclamamos nuestras literas, y echándonos casi sobre los ojos sus toldos, semejantes a medianos techos, continuamos nuestro viaje. Ocho *coolies,* o cargadores, apenas vestidos como con hojas de parra, tomaron en sus fuertes brazos cada una de las literas y arrancaron montaña arriba lanzando esos gritos o alaridos *sui géneris* de los que ningún hindú de su clase prescinde. Cada equipo de coolíes contaba con otros ocho individuos de relevo.

Éramos, pues, en junto, unos sesenta y cuatro, sin contar a los hindúes que nos acompañaban y a sus servidores. Un verdadero ejército capaz de espantar a cualquier extraviado tigre o leopardo del bosque y a cualquiera otra clase de animales, excepto a los monos, nuestros amantísimos y atrevidos primos por línea directa, desde Hanumân, nuestro bisabuelo común. No bien nos internamos en una espesura de junto a la montaña, estos amables parientes se incorporaron en gran número a la comitiva.

Conviene no olvidar que, gracias a las épicas proezas de aquel aliado de Râma, todo mono es sagrado en la India. El Gobierno, por su parte, imitando la primitiva sabiduría de la *East India Company,* ha prohibido terminantemente que se los moleste lo más mínimo, no sólo cuando se hallen en los bosques, que son su natural morada, sino hasta cuando asaltan los jardines de la ciudad. Así, que la banda de monos hubo de seguirnos todo el camino, charloteando como loros, saltando de rama enrama y haciéndonos muecas formidables, cual otros tantos duendes nocturnos. Otras veces, colgando de los árboles, parecían, bajo los rayos de la luna llena, cual ninfas de la selva de la mitología rusa. En ocasiones nos aguardaban en las curvas del camino, cual si trataran de mostrárnosle solícitos. En una palabra, que no nos abandonaron ni un momento. Un mono niño cayó en mi falda, y al momento su tierna madre, saltando sin miramiento alguno sobre los hombros de los coolíes, voló a recogerle, y, después de hacerme su más fea mueca, echó a correr con él.

–Los *bandras* (monos) traen la buena suerte con su presencia–observó uno de los hindúes, cual si tratara de consolarme por la pérdida de mi arrugado toldo –. Además –añadió–, el encontrarles aquí nos indica que en diez millas a la redonda no hay ni un solo tigre.

A medida que remontábamos más y más por la empinada y tortuosa senda, la selva se tornaba más sombría, más densa y más impenetrable. Alguno de sus rincones era tan tenebroso como una tumba. Al cruzar bajo los *banyans* seculares resultaba imposible distinguir los propios dedos de la mano a dos pulgadas de distancia, y era grande la extrañeza que me embargaba, pensando que cada vez iba a ser menos posible el avanzar sin un previo tanteo del camino; pero los coolíes jamás titubearon ni dieron el menor paso en falso; antes bien, cada vez parecían marchar más de prisa. Por una especie de convenio tácito, ninguno de nosotros hablaba una palabra, envueltos como nos hallábamos en aquel tupido velo de tinieblas, y sólo se oía la entrecortada respiración de los coolíes y sus rápidas cuanto cadenciosas pisadas sobre el pedregoso suelo.

Al sentirlos jadear experimentábase una como vergüenza de pertenecer a esa especie humana, una parte de la cual hace de la otra verdaderas bestias de carga, y cuenta que semejantes infelices reciben por su trabajo cuatro *annas* diarios. ¡Cuatro *annas* por caminar ocho millas cuesta arriba y otras tantas cuesta abajo, dos veces por día nada menos; en junto, 32 millas, subiendo y bajando una montaña de 1.500 pies de altura bajo un peso de doscientas libras! No obstante toda razón en contrario, tal es el salario de aquéllos, porque en la India, donde todo está regido por costumbres inveteradas, tal es el estipendio asignado a todas las labores serviles.

A medida que avanzamos, los espacios descubiertos y las explanadas y cañadas eran cada vez más frecuentes, reinando en ellos una luz que parecía de día. Millares de cigarras esparcían por aquellos ámbitos su chirrido metálico y grandes bandadas de loros se precipitaban de un lado para otro, y alguna vez, hacia el fondo de los precipicios erizados de maleza resonaba el atronador y prolongado rugido de los tigres. Los *shikaris* nos aseguraron que cuando la noche está en calma, los bramidos de estas bestias pueden ser oídos a distancia hasta de muchas millas. El panorama, a la luz de las bengalas cambiaba a cada revuelta del camino. Ríos, bosques, rocas y praderas se extendían ya a nuestros pies hasta la remota lontananza, agitándose e irisándose bajo los plateados rayos lunares cual si reflejasen en un espejo. El archifantástico conjunto aquel nos embobaba haciéndonos hasta contener el aliento. Sentíamos ya el vértigo al contemplar tamaños precipicios a la luz vacilante de la luna, y un americano, compañero nuestro, vióse precisado a desmontar de su cabalgadura temeroso de no poder resistir la atracción del abismo.

En alguna ocasión cruzaron a nuestro lado peatones solitarios, hombres y mujeres jóvenes que descendían del Matarán, camino de sus viviendas, después de un largo día de trabajo. A veces acontece que tales infelices no retornan a ellas. La Policía se limita a anunciar que la persona así desaparecida ha muerto víctima de una serpiente o de un tigre, y pronto no queda de ella ni el recuerdo. ¡Una persona de más o de menos entre los doscientos cuarenta millones de habitantes de la India no puede importar gran cosa! Pero existe en todo el Decán una extraña superstición acerca de esta misteriosa montaña todavía, en parte, inexplorada. Los indígenas aseguran que, a pesar del número considerable de víctimas como caen aquí, jamás se ha encontrado ni uno solo de sus esqueletos, porque el cadáver, destrozado por los tigres o intacto, es enterrado tan hábilmente por los monos en hoyos profundos que de ellos no queda la huella más ínfima.

Los buenos ingleses se ríen lindamente de tamaña leyenda; pero la Policía no puede negar el hecho de la referida desaparición de los cuerpos, y cuando los contrafuertes de la montaña fueron perforados para la construcción de la vía férrea, hubieron de encontrarse, en efecto, huesos dispersos con huellas de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos semejantes, a profundidades increíbles. El hecho de aparecer rotas estas cosas demostraba que ellas no habían sido enterradas por los hombres, quienes, ora merced a las ideas religiosas de los hindúes, ora por avaricia, jamás habrían consentido en romperlas, ni en enterrar plata ni oro. ¿Será posible, por tanto que, así como entre los hombres una mano lava a la otra, exista en el reino zoológico una especie animal que oculte los crímenes de otra...? (21)

Habiendo pernoctado en una posada portuguesa, hecha de bambúes y adosada como nido de águilas al talud casi vertical de la roca, nos levantamos al romper el día y después de contemplar aquellos panoramas de proverbial grandeza, hicimos nuestros preparativos para regresar a Narel. A la luz del día todo aquello era aún más espléndido que por la noche. Un volumen no bastaría para describirlo. A no ser porque el horizonte estaba cerrado por tres lados, merced a las montañas, todo el territorio del Decán habríase mostrado ante nuestros ojos. Bombay se divisaba allá abajo, que parecíamos tocarle con la mano, y su canal, que le separa de Salsetta, brillaba cual una cinta de plata. El canal, serpenteando hacia el puerto, rodeaba a Kanari y a otros islotes, semejantes a verdes guisantes en la blanca tela de sus aguas brillantes esparcidos, y se reunía y se confundía al fin con la línea deslumbradora de la costa del Océano Indico. Al otro lado vése el Konkan septentrional que termina en el Tal-Ghats; luego las cimas agudas de los picachos de Jano-Maoli, y, por último, la almenada crestería de Funell, cuya imponente silueta se perfila en el profundo azul del cielo, como en los castillos de gigantes de los cuentos de hadas. Más lejos todavía asoma Parbul, cuya meseta de su cumbre fué deputada como la morada celeste desde donde Vishnú, según la leyenda, dirigió su palabra a los mortales. Acullá, en el fondo del desfiladero que se ensancha formando pintoresco valle y donde cada roca solitaria encierra una leyenda, pueden percibirse las grisáceas y azuladas cumbres de montañas todavía más altas y extrañas. Allí está Khandala, frente a la que avanza un enorme bloque rocoso denominado *La Nariz del Duque*. Al lado contrario, en la misma cima de la sierra, se halla Karli, que, en opinión de todos los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos hindúes.

Quien ha cruzado una y otra vez los desfiladeros del Cáucaso; quien desde la cima de la Montaña de la Cruz ha visto a sus pies fulgurar el relámpago y estallar el trueno; o bien ha visitado los Alpes y el Rigi; quien, en fin, conozca bien la cordillera andina, así como los rincones de los Catskills de América, puede permitirse formular esta humilde opinión: Las Montañas caucásicas son, sin disputa, más majestuosas que los Gates de la India y su grandiosidad no puede ser empequeñecida comparándolas con éstos, pero la belleza de los Gates es de un perfil, por decirlo así, más clásico. A la vista de aquéllas se experimenta un positivo placer aunado a una impresión de temor. Siéntese uno como un verdadero pigmeo ante semejantes titanes de la Naturaleza, pero en la India, exceptuando al Himâlaya, las montañas producen una impresión diferente. Dado que las cimas más elevadas del Decán, igual que las cumbres que bordean al Indostán septentrional y las de los Gates orientales no exceden de 3.000 pies y de 7.000 sobre el nivel del mar los picos de los Gates occidentales que van desde el río Surta al cabo Comorín en la costa de Malabaar, mal puede haber parangón entre todos ellos y los patriarcas caucásicos de nevada cabeza que se denominan Elbruz o Kasbek que pasan de 18.000 pies. En cambio, el encanto de las montañas de la India estriba en sus caprichosas formas. Algunas veces, estas montañas, o picos volcánicos más bien, se encadenan unos tras otros, pero lo más frecuente es el verlos aislados, como surgidos sin causa visible para desesperación de los geólogos y en los sitios en donde menos podrían esperarse. Los valles espaciosos encuadrados por altas murallas de rocas, sobre las que cruza el ferrocarril, son muy frecuentes. Diríase que se están contemplando las esculturas a medio concluir, alzadas por algún titán: aquí un ave de ensueño, posada sobre la cabeza de un monstruo de 600 pies de altura; a su lado la silueta de un guerrero; almenados castillos feudales; nuevas alimañas, devorándose unas a otras; estatuas de rotos miembros, y caóticos montones de cien otras raras cosas, y de ello nada es debido sino a capricho de la Naturaleza, la cual ha sido no pocas veces por el Arte aprovechada para sus fortalezas. El arte hindú, en efecto, no ha de buscarse, no, en la superficie, sino en el interior de la tierra, pues fuera de ésta, rara vez construían ellos sus templos, cual si sintiesen la modestia de su colosal esfuerzo o no se atreviesen a rivalizar cara a cara con aquélla. Escogida por los hindúes, verbigracia, una roca cual la de Karli o la de Elefanta, la excavaban, según los Puranas, pacientemente durante siglos, con tan grandioso estilo que arquitectura ulterior ninguna ha podido ensoñar nada que se la iguale. Las fábulas de los cíclopes son aún más verdaderas en la India que en Egipto. (22)

La preciosa línea de Narel a Karandala recuerda otra vía férrea semejante que va desde Génova a los Apeninos. Ella atraviesa una región a 1.400 pies sobre Konkán, y en algunos sitios, mientras un carril se apoya en el agudo filo de la roca, el otro está sostenido sobre arcos y bóvedas. El viaducto de Mali-Khindi tiene una altura de 165 pies. Así nosotros hubimos de correr entre el cielo y la tierra con el abismo a entrambos lados entre mangos y plataneros. Es indudable que los ingenieros ingleses construyen de un modo maravilloso.

Salvado felizmente el paso de Bhor Ghat, llegamos a Kandala. Nuestro bungalow se alza en el mismo borde del precipicio que se oculta bajo exuberante vegetación. En aquellos insondables retiros donde todo está en flor, un botánico hallaría materia de estudio a su vida. Las palmeras que crecen cerca de la costa ya no alcanzan allí, reemplazadas por las higueras, los pipales (ficus religiosa), los mangos, los banyans y millares de otros árboles y arbustos desconocidos para los extranjeros como yo. Se ha calumniado a la flora de la India suponiéndola con frecuencia abundante, sí, en flores hermosísimas, pero desprovistas de aroma. Acaso ello pueda ser cierto en determinadas épocas, pero no acontece así cuando florecen los blancos jazmines, las tuberosas balsámicas y los dorados frangipanis o *champakas*. El mismo perfume de estos últimos llega a embriagar por su intensidad y en cuanto a su tamaño es el rey de los árboles floridos. Cientos de ellos estaban en plena florescencia, a la sazón, en Matarán y Khandala.

Sentados en la terraza hablábamos y gozábamos de aquellas perspectivas bellísimas hasta cerca de la media noche, mientras que todo en nuestro alrededor dormía en silencio.

Khandala no es sino un gran villorrio en la meseta montañosa de la serranía de Sahiadra a unos 2 000 pies sobre el nivel del mar y rodeada de los extraños picachos aislados que tantas otras veces llevábamos vistos. Uno de ellos, erguido del otro lado del abismo, remeda un colosal edificio de un solo piso, con plano techo y almenado parapeto. Se asegura por los hindúes que en cierta parte de dicha colina se abre una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores: a un verdadero palacio subterráneo, y que aun existen gentes que poseen el secreto de semejante mansión. Un Santo eremita, asceta y mago que habitara aquella cripta “durante varios siglos”, comunicó su secreto a Sivaji, el celebérrimo instructor de los ejércitos del Mahratta. Predecesor del Tanhauser de la ópera wagneriana, pasó éste siete años de su juventud en esta misteriosa mansión y en ella fué, sin duda, donde adquirió su hercúlea fuerza y su valor inaudito. (23)

Sivaji es una especie de Ilia Moorometz indostánico, aunque de época ya vecina a la nuestra, pues que fué el héroe y rey de los Mahrattas, en el siglo VII, y el fundador de un Imperio muy fugaz. A él le debe la India el haber sacudido el yugo musulmán. Con manos de infante y estatura de mujer, gozaba, sin embargo, de una fuerza prodigiosa que se atribuía a magia por sus compatriotas. Aun puede admirarse en cierto Museo su *tizona*, notable tanto por su peso y tamaño cuanto por diminuta empuñadura, apta como para un niño de diez años. Hijo de un pobre oficial del Emperador, mató, cual otro David, al Goliat musulmán, el formidable Afzul-Khan. Matólo no con honda, sino con esotra temible arma de combate de los mahrattas, denominada *vaghuakh,* que consiste en cinco largas uñas de acero, agudas como leznas y fuertes como garfios. Cálzanse esta manopla a modo de guante los combatientes y con ellas se desgarran recíprocamente las carnes como las fieras. El Decán está plagado de leyendas relativas a Sivaji, y los mismos historiadores ingleses le mencionan con respeto. A la manera de la fábula de Carlos V, una de aquellas tradiciones locales asegura que Sivaji no ha muerto, sino que vive ocultamente en una de las criptas de Sahiara, y que no bien llegue la hora por el Destino fijada -y ella está ya muy próxima, al decir de los astrólogos- reaparecerá para libertar de nuevo a su país. (24)

Astutos e instruidos los brahmanes, esos efectivos jesuitas de la India, saben aprovecharse de la general ignorancia de las masas para explotarlas, sacándolas hasta la última vaca que sirve de sostén a una familia. Véase un curioso ejemplo de semejantes procederes.

En julio de 1879 apareció en Bombay el siguiente documento misterioso, que traduzco al pie de la letra del ejemplar mahratti, pues su original había sido traducido a los 273 dialectos que se hablan en la India:

> "¡Shri!" (salutación preliminar intraducible): Sepan cuantos este escrito lean que su original, estampado en letras de oro, ha descendido de Indraloka (el cielo de Indra), cayendo, a la presencia de santos brahamanes, sobre el altar mismo del templo de Vishveshvara, que se alza en la sagrada Benarés.
>
> "Oíd, pues, y no lo olvidéis, ¡oh tribus del Indostán, Rajistán, Punjab, etcétera, etc.! El sábado, día segundo de la primera mitad del mes de Magha, 1809 de la era de Salivaban (1887), en el onceno mes de los hindúes, durante el Aswini Nakshatra (la primera de las veintisiete moradas del mes lunar), cuando el sol entre en el signo de Capricornio y la hora del día se halle cerca de la constelación de Piscis, o sea a la una y treinta y seis minutos post-meridiam, la última hora del Kali-yuga sonará, comenzando el anhelado Satya-yuga (esto es, el final del Maha-yuga, o Gran Ciclo, que encierra en sí los otros cuatro Yugas). Este Satya-yuga contará esta vez mil cien años, y durante él la vida humana normal será de veintiocho años. Los días serán más largos, pues constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y las noches serán de trece horas y doce minutos, lo que nos darán treinta y cuatro horas y un minuto en lugar de las

veinticuatro actuales. Dicho primer día del Satya-yuga será felicísimo para nosotros, pues será el día en que tornará a presentarse nuestro rey de blanca tez y áureos cabellos, quien descenderá del remoto Norte. Él será pronto el rey autónomo de la India y la terrible Mâyâ de la humana incredulidad, envuelta en cuantas herejías ella alimenta, será precipitada al Pâtâla (el abismo, los antípodas), mientras que la Mâyâ de los justos y piadosos perdurará con ellos, ayudándoles a gozar todos los dones de Mretinloka (o séase de nuestra tierra).

"Sepan todos asimismo que para la debida difusión de este divino documento, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de un número de pecados igual a cuantos son perdonados de ordinario cuando un hombre piadoso sacrifica cien vacas a un brahmán. En cuanto a los indiferentes e incrédulos, ellos serán enviados a Naraka (el infierno). Trascrito y decretado por Madlan Shriran, el siervo de Vishnú, el sábado, día séptimo de la primera mitad de Sharavan (quinto mes del año hindú), año 1801 de la Era de Shalivahan (26 de junio de 1879)".

Ignoro lo que acaeciese después con esta ignorante y perversa epístola. Probablemente fué prohibida por el Gobierno su propagación, cosa que pone harto de relieve, de un lado, la credulidad de la pobre plebe, sumida en la superstición, y de otro, el ningún escrúpulo de los pícaros brahmanes. (25)

En cuanto a la palabra Pâtâla, que literalmente significa "el lado opuesto", es muy interesante el descubrimiento hecho por el swami Dayanand Saraswati, de quien ya hice mención al principio, sobre todo desde el día que los filólogos le acepten. Dayanand trata de demostrar, en efecto, que los primitivos arios conocían y aun visitaban la América, a la que denomina Pâtâla cierto manuscrito, y que de aquélla se hizo después una especie de infierno o Hades griego. Sostiene Dayanand esta teoría fundándose en los más antiguos manuscritos, especialmente en los de las leyendas relativas a Krishna y a Arjuna, su discípulo predilecto. En la historia de este último, por cierto, se dice que era Arjuna uno de los cinco Pândavas, o descendientes de la dinastía lunar, que visitó a Pâtâla, casándose en uno de ellos con una viuda, hija del rey Nagual y llamada Illupl. Comparando ciertamente los tales nombres del padre y de la hija, nos encontramos con los detalles siguientes, que dicen mucho en favor de la hipótesis de Dayanand:

1.º *Nagual* es el nombre con que los hechiceros mexicanos, indios y demás aborígenes de América son conocidos todavía. El Nagual mexicanos, lo mismo que los Nargales asirios y caldeos, jefes de los Mago, reúne en su persona las funciones de sacerdote y de hechicero, siendo servido este último oficio por un *daimon*, que generalmente es un cocodrilo o una serpiente, y se considera que tales Naguales son los descendientes de Nagua, el rey de las serpientes. El abate Brasseur de Bourbourg les consagra una gran parte de su libro acerca

de México, y dice que los Naguales no son sino servidores del demonio, quien, a su vez, les sirve tan sólo temporalmente. Naga, es también serpiente, en sánscrito, y el *Rey de los Nâgas* desempeña importantísimo papel en la historia de Buddha, existiendo en los *Purânas* la tradición de que Arjuna fué quien introdujo el culto de las serpientes en Pâtâla. Tamañas coincidencias e identidades de nombres son tan sorprendentes, en verdad, que los hombres de ciencia deberían prestarlas más atenta consideración.

2.º Illupl, el nombre de la esposa de Arjuna, es puramente mexicano antiguo, y si rechazamos la hipótesis del swami Dayanand, nos resultará imposible por completo el explicar la existencia actual de este nombre en los manuscritos sánscritos muy anteriores a la Era Cristiana. De todas las antiguas lenguas y dialectos, sólo en las de los aborígenes mexicanos juegan las combinaciones de consonantes tales como *pl*, *tl*, etc. Abundan ellas, principalmente, entre los toltecas o náhuatl, mientras que ni en el sánscrito, ni en el griego antiguo se encuentran nunca al final de palabra. Hasta las palabras mismas de Atlas y Atlantes diríanse extrañas a la etimología de toda lengua europea. Platón no las inventó, dondequiera que las encontrase. La raíz *atl* en lengua tolteca significa *guerra* y *agua*, e inmediatamente después del descubrimiento de América, Colón tropezó con una ciudad llamada Atlán a la entrada de la bahía de Uraga. Hoy es ella una mísera aldea que los pescadores llaman Aclo. En América tan sólo es donde se pueden hallar nombres tales como Itzcoatl, Zempoaltecatl y Popocatepetl. Tratar de explicar tamañas coincidencias por meras casualidades sería demasiado. En tanto, pues, que la ciencia no demuestre nada en contrario, la hipótesis de Dayanand nos parece razonable, por aquello, al menos, de que tanto vale una hipótesis como otra. Dayanand añade que la ruta seguida por Arjuna de Asia a América, fué por Siberia y el estrecho de Bering. (26)

Con escuchar estas y otras leyendas análogas más que medió la noche, y el posadero nos envió un criado con el recado de que correríamos grave riesgo si permanecíamos demasiado tiempo en la balaustrada bajo una noche de luna. El programa de tales riesgos dividíase en tres secciones: la de las serpientes, la de las fieras y la de los dacoites. Aparte de las cobras y las *serpientes-roca*, conviene añadir que en las montañas de los alrededores pululan unas serpientes muy pequeñas, llamadas *furzen*, que son las más peligrosas de todas, porque su veneno mata con la instantaneidad del relámpago. Suele atraerlas la claridad de la luna, y tribus enteras de ellas se deslizan hacia las terrazas de las casas en busca de calor, pues en ellas se encuentran más abrigadas que en el suelo húmedo. Daba

también la feliz casualidad que el verde y embalsamado abismo de debajo de la terraza era el lugar predilecto de los tigres y leopardos que allí venían a apagar su sed en el caudaloso arroyo que corría por su fondo, y luego merodeaban al amanecer bajo las ventanas del *bungalow*. Por último, había desalmados *dacoites*, cuyas guaridas se hallaban esparcidas por montañas inaccesibles a la Policía, y que suelen hacer fuego sobre los europeos, sólo por darse el placer de enviar *ad patres* uno de los tan odiados *bellatis* o extranjeros. Tres días antes de nuestra llegada la mujer de un brahmán había sido arrebatada por un tigre y dos de los perros favoritos del comandante de la zona muertos por las serpientes. Sin aguardar más explicaciones nos apresuramos a entrar en nuestros dormitorios. Al amanecer partiríamos para Karli, distante de allí unas seis millas.

COMENTARIOS AL ARTÍCULO II

(16) Los párrafos a que se refiere esta nota son de excepcional interés y de extraño simbolismo. Los cuatro amigos hindúes que, según la narración, se incorporaron a Blavatsky y al Coronel Olcott, para visitar el celebérrimo hipogeo primitivo de Karli, eran la genuina representación de las diferentes castas de la India: un brahmán, un propietario, un comerciante y un criado bengalés, gentes librepensadoras e independientes, que por su trato con aquellos extranjeros y por su ingreso en la Sociedad Teosófica, tan contraria a todos los dogmas explotadores, habían sido expulsados por los brahmanes de su pagoda o iglesia; es decir, excomulgados. El quinto de los acompañantes, o mejor dicho, el primero en razón a su altísima categoría social y oculta, era lo que pudiéramos llamar un super-brahmán, o sea un Maestro, al modo de los del Tíbet, pues es sabido, en efecto, según diversas veces refiere Olcott en su *Historia*, que estos Mahatmas u Hombres superiores se presentaron, efectivamente, en su cuerpo físico a una y otro, especialmente en el viaje a Karli, narrado también con extremada sencillez por Olcott[xx].

A la acabada pintura que de este hombre solar o de la Religión Primitiva, de este efectivo Iniciado, nos hace la autora, podemos añadir hoy algún detalle.

Los Surya-vansha, o "descendientes directos del Sol", es decir, de los célebres *kurus*, *caurios* o *queiros* del Mahabharata, a quienes hemos visto también en todos los países del mundo, y especialmente en Roma y en España (tomos I y II de la Biblioteca de las Maravillas), son, aun hoy en los días de la dominación inglesa, los verdaderos señores del Penjab, o sea de la región vecina al Indo, o *Hindo*, que la autora describe después. Inglaterra hizo especial honor a la lealtad, la valentía y las demás superiores cualidades de estos rajás sapientísimos, no desarmándolos como a los demás pueblos de la India, acción que algunos de los más inferiores de entre ellos han sabido premiar a la metrópoli luchando a su lado contra Alemania y Turquía en el frente francés, y principalmente en la Mesopotamia, y realizando ayudas de otra índole más alta de las que no nos está permitido hablar todavía.

Las diferentes aventuras que más adelante se refieren, ponen a la debida altura al poderoso y mágico takur Gulab-Lal-Sing, cuyo sobrenombre de Sing equivale al de león, al modo de aquel famoso Avatar de *Nara-Sing*, u *Hombre-León*, antecesor de los Avatares conocidos por *Hanu-Man*, el Hombre-Mono, que diría también nuestro darwinismo; el *Ra*, el supremo héroe solar del Mahabharata, y el *Krisna-Avatar*, el último de todos hasta el día[xxi].

Como efectivo rajá, le era familiar la sublime ciencia de la *Rajayoga*, o Magia, y gracias a ella pudo realizar las hazañas que iremos viendo en diferentes pasajes de *Grutas y selvas del Indostán.* Su proverbio de que “el cieno terrestre no puede empañar el brillo del Sol” es una especie de lema nobiliario que proclama muy alto que para tales surya-vanshas no ha caído el mundo hasta el lamentabilísimo estado en que yace bajo las negruras de Kali-Yuga actual, sino que, merced al absoluto dominio que de sus pasiones tienen a causa de la Raja-Yoga, siguen viviendo en esa Edad de Oro hace tiempo desaparecida de la faz de la Tierra, edad que habrá de retornar cíclicamente a su debida sazón al mundo, en el tiempo marcado por la evolución del Maha-yuga, o gran yuga, que abarca en si, como es sabido, a los otros cuatro yugas o edades *del oro, de la plata, del cobre* y *del hierro* que se suceden en los siglos con idéntica regularidad a la de la primavera, el verano, el otoño y el invierno en cada año, al temor de la ley de Hermes de que lo grande es como lo pequeño y lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar el misterio de la *Harmonía*, el misterio de lo Uno con lo múltiple.

Como efectivos cultivadores de la Religión Solar o Sintética Sabiduría primitiva, estos *takures*, o Surya-vansha, no miran con desprecio a secta religiosa alguna, como pobres y limitadas facetas que son todas éstas de aquella esplendorosa e inefable Luz Primitiva; pero, en cambio, sienten la más santa de las indignaciones contra los brahmanes asiáticos que blasonan más de una vez de una religión que ellos mismos no sienten en su alma ni menos practican sino en la enmascarada forma de un ritualismo sin esencial contenido religioso; sienten la indignación más santa, digo, como la sentirían también contra esas instituciones monásticas europeas que hoy se dicen cristianas, siendo perfectamente anticristianas e impías en toda su conducta, bajo el conocido disfraz de lobos con pieles de oveja dispuestos a devorar al mundo.

Como hombres solares primitivos, además, los rajaputs conservan sus bardos, esos bardos *rápsodas*, o *poetas-cantores,* que, al son de sus instrumentos músicos, aún ensalzan y hacen recordar los heroísmos del pasado en luchas gigantescas contra las gentes *lunares*, o de la Edad de Plata, luchas de las que, más o menos, nos han conservado el recuerdo las leyendas y epopeyas de todos los países: en el Mahabharata y el Ramayana; en la Ilíada, la Odisea, la Eneida, los Eddas, el Mío-Cid primitivo, o *Alcide* (no el Cid ulterior de Alfonso VI), en *Las mil y una noches*, en el *Voelunga-saga* y el *Nibelungen-lied* nórticos que sirvieron de inspiración a los dramas musicales de Wagner, y en fin las perdidas leyendas que

fueron base de toda la Literatura Caballeresca del medioevo. Del Rajistán, además, salieron hombres de excepcionales méritos, cuyos consejos habrían evitado al Imperio persa el lanzarse por los lamentables derroteros de soberbia y de perdición contra los pueblos griegos, que, al cabo de pocos siglos, tuvieron como respuesta kármica la invasión de Alejandro y los horrores que a ella subsiguieron, pues conviene no olvidar que estas gentes, verdaderamente sacerdotales en la más pura y sublime acepción de la palabra, han tenido siempre por canon heroico de su vida aquellas estrofas del Bhagavad-Gita, en las que Krishna alienta a Arjuna para la lucha, por lo que no es de extrañar que cada ínfimo reino de aquella comarca haya tenido sus anónimas Termópilas, y cada pueblecito, sus Leónidas, otro *Sing*, o *león* espartano, como los referidos.

El perfecto conocimiento del pasado, que por sus anteriores existencias, sin duda, tenía el takur Gulab-Sing, le permitían además referir las inagotables leyendas de que nos habla Blavatsky, tales como las que en el texto se indican.

(17) Rindiendo el debido homenaje a la verdad, con arreglo al lema del Maha-rajá de Benarés de *satyat nasti paro dharmah* (no hay Religión más elevada que la Verdad), adoptado para el sello de la Sociedad Teosófica[xxii], debemos consignar que todo el tomo I de nuestra Biblioteca de las Maravillas, consagrado a *El tesoro de los lagos de Somiedo*, está calcado por un lacio en la tan repetida obra de Olcott y por otro en la presente que comentamos. Es, pues, por decirlo así, aquel tomo una imitación española de esta linda obra de la Maestra, aunque tan distante de la obra imitada como de los excepcionales méritos de la autora de esta última lo está nuestra insignificante pequeñez.

Quiero decir con esto que los pasajes de *Grutas y Selvas del Indostán*, tales como el que nos ocupa, tiene sus correlativos en los de nuestro *Tesoro*, relativos al Bierzo y a sus sublimes ascetas. Asi las cumbres galaico-leonesas de la Aguiliana o *Aquiana*, exactamente al Sur del castillo templario de Ponferrada, y que pronto pensamos estudiar más detenidamente en unión de nuestros queridos amigos D. José Abeijón y el doctor Navarro son los correlativos ocultistas españoles del majestuoso Bhao-Mallín del que a Madame Blavatsky habla el sabio takur; y nuestros San Genadio y Salomón, *el de los dados de madera de tejo* conservados en la catedral de León, y de la tabla de Cacabelos, son los equivalentes españoles de aquellos santos eremitas que milagrosamente vivieran antaño en dicha

cumbre indostánica, y de los que semejan pobres remedos los actuales solitarios de las *Ermitas de Córdoba* y otros muchos y muy extraños ascetas con los que algunas veces hemos tenido la suerte de tropezar en nuestras exploraciones arqueológico-ocultistas, y sobre las que hoy guardamos silencio por respeto a los propios interesados. Los célebres monjes de la Tebaida y tantos otros de la *Leyenda Áurea* cristiana, eran solitarios en un todo análogos a los indicados, aunque, desgraciadamente, muchos de ellos, como indica la Maestra, se dedicasen a la necromante tarea de buscar y destruir todo resto histórico de la Religión-primitiva que ostentase el signo iniciático de la *Tau*, de la *Svástica* o sus equivalentes, siendo después de ello y de las falsificaciones continuas o de la continua destrucción sistemática de valiosos manuscritos ocultistas, un verdadera prodigio el que aún hayan quedado tantos, sin embargo, para testimoniamos de la que fue, en días tan remotos como felices, la universal creencia de la Humanidad.

En cuanto a estas fortalezas, estos verdaderos castillos que unas veces parecen de hombres antiquísimos y otras de verdaderos jinas superhumanos, como aquellos a los que nos referimos en el capítulo de *De gentes del otro mundo,* bajo el título de *Los jinas en España,* hay no pocas cosas que decir.

Los tiempos, en efecto, se repiten en ciclo o en espiral, que Vico diría, como se repite todo en el mundo: los días, las estaciones, los años, los siglos, y a un tiempo como el medioeval en que los señores feudales habitaban sendos castillos roqueros, que física, intelectual y moralmente dominaban en toda la comarca que se atalayaba desde ellos, corresponde en la prehistoria, como habrá de esclarecerse un día, otra época verdaderamente patriarcal en la que el señor del fuerte o castillo era una especie de ente tutelar de sus vasallos, algo así como un rey divino atlante y en pequeño que velaba paternalmente por todos sus súbditos.

Claro es que con estas últimas frases no podemos, en manera alguna, referirnos a estos perversos tiranos ulteriores que establecieron fueros tan odiosos como el de *pernada* y que acabaron siendo, como en Alemania, verdaderos “señores feudales salteadores de caminos”, porque este hecho histórico indiscutible no era, valga la frase, sino *la moneda falsa*, que jamas sale a la circulación sin que antes lo haya estado la *legítima*. Dentro, pues, de ese espíritu conservador de la tierra, que de modo tan extraño mantiene en los lugares más apartados del oleaje destructor del mundo cosas, hombres, razas e instituciones ancestrales que se creerían perdidas, en esos castillos roqueros de la *Raja-putana* de que

viene hablando la Maestra, se conserva de un modo asombroso la doble tradición caballeresca de un feudalismo medioeval y de otro feudalismo prehistórico que, en el fondo, no era sino la consecuencia forzosa de la ley de castas, ley que si hoy se mantiene con más o menos pureza en la India, se sabe por la Historia que ha existido en los primeros días de Grecia, de Roma, de España y, en general, del mundo, en los tiempos más vecinos a los esplendores atlantes. Y es cosa harto natural, pues que aun en la actualidad domina la ley de castas en los pueblos que se tienen por más cultos, siquier a la casta por nacimiento haya sustituido otra *más ciega y cruel*, hija de la plutocracia –sin que pueda preguntársela jamás su origen– y que divide a los hombres en las consabidas *clase proletaria, clase media* de los comerciantes y sus similares, *clase docta* y *clase opulenta* o *aristoplutocracia*, si este pleonasmo nos es permitido.

Además, las primitivas castas del mundo, no las corrompidas castas ulteriores del artero brahmanismo que lo ha falsificado todo, son eternas y, como tales, subsisten en nuestros días, en los que no es imposible hallar verdaderos Sacerdotes del Ideal que por su ideal se han sacrificado, al estilo de todos los Cristos, genios imperecederas, cuya cruz o *tau* fue siempre su misma genialidad a lo largo de sus tristes y atormentadas vidas, en las que rara vez gustaron las dulcedumbres de la Justicia. Al lado de estos mismos y escasos *Sacerdotes* están siempre los *verdaderos chattriyas* o *Guerreros del Ideal*, es decir, sus discípulos, que, con mejor intención que talento y que suerte casi siempre, nos esforzamos por hollar con nuestras pobres plantas el ensangrentado Sendero que con sus esfuerzos y dolores nos han dejado trazado aquellos Maestros. Por bajo de esta clase hay otra, no exenta también de grandes méritos, y es la ya numerosa de los *Comerciantes* o *vhasyas*, las gentes *bien* que hoy se dice y que, en uso de un perfecto derecho, dentro de la humana imperfección, no realizan nunca sino trabajos remunerados. Clases sociales, bien respetables, sin duda, aunque no demasiado heroicas todavía, estos últimos comprenden cierta parte de nuestro profesorado –la que aun no se ha levantado a los altruistas y desinteresados estados de renunciación antedichos– y, por supuesto, todas las gentes que se mueven en la esfera de una licitud egoísta que jamás la hace caer bajo las sanciones de los Códigos. Por ser esta clase la más numerosa es por lo que la característica social de nuestra época es el fenómeno *Comercio*.

Pero aun hay por bajo de estas tres clases superiores otra de gentes para las cuales la coacción legal que los Códigos representan en lo penal como en lo civil, ya no es un freno

moral e inconsciente dentro de sus sociales virtudes, sino un mero freno material y de ocasión que le están tascando siempre. Gentes son éstas que, como verdaderos *sudras*, están, por decirlo en términos ocultistas, siempre bajo el dominio de los elementales en las mil formas de ese Proteo que se llaman estigmas hereditarios de delincuencia, alcoholismo, ineducación moral, etc., etc. Casta tan abundante, quizá, como la anterior, vive, por suerte suya, bajo el freno de aquélla, lo que la evita casi siempre el caer en verdadera delincuencia que, de otro modo los transformaría en *parias* de su delito mismo.

En la imposibilidad de dar a este comentario sociológico demasiada extensión, nos encomendamos ingenuamente a la benevolencia del lector para que no dé él, a las consideraciones que anteceden, otro alcance que el de un simbolismo no desmentido por la diaria observación, simbolismo que en nada se roza con la llamada cuestión social, ya que "ni el hábito hace al monje" ni podemos admitir como fiel expresión de estados evolutivos de las almas las posiciones diferentes que en la sociedad ocupen por efecto de complicados karmas, y aun de renunciaciones, los respectivos *cuerpos físicos*. ¿Quién no ha visto más de un Sacerdote y más de un Héroe bajo la honrada blusa obrera, y, por el contrario, más de un sudra y un paria, es decir, un verdadero criminal, cómodamente arrellanado en los cojines de su automóvil sólo porque se ha dado habilidad a burlar los Códigos de aquí abajo, olvidando que hay un único e infalible *Código del Karma* que, tarde o temprano, nos ha de dar a cada cual nuestro merecido? Digámoslo en una frase: Existen y existirán siempre *las castas* entre los hombres; pero ellas son internas o psicológico-morales, sin tener que ver poco ni mucho con las bajas realidades de este mundo material en el que tan tristes y tan fugaces años vivimos.

Admirable es, por otro lado, la pintura que la Maestra nos hace en el pasaje que comentamos, acerca de las negruras del presente Kalí-yuga, contra el que se dice no poder auxiliarlos ni el propio dios Shiva. Pero aun es una pintura más acabada del mundo en que yacemos el siguiente pasaje de *La Doctrina Secreta* en que el propio Krishna relata a Maitreya los horrores de nuestra infeliz Edad y nuestros pecados que hoy purgamos con una espantosa guerra mundial, que habrá de redimimos sin disputa. El texto del *Vishnú Purana* dice;

"Cuando los bárbaros lleguen a ser dueños de las orillas del lndo, de Chandrabhaga y Kashmira, habrá monarcas de ruin espíritu, genio violento, audaces y perversos, que harán dar muerte a las mujeres, a los niños y a los ganados, y que arrebatarán la propiedad de sus

súbditos –o según otra traducción, se dirigirán a las esposas de otros–. El poder de estos reyes será limitado..., sus vidas cortas, y sus deseos insaciables... Gentes de varios países mezclándose con ellos seguirán su ejemplo, mientras que las gentes puras serán menospreciadas, y el pueblo perecerá... La piedad y la riqueza disminuirán de día en día, hasta que el mundo se deprave por completo... Tan sólo la propiedad conferirá rango; la riqueza será el único anhelo, y la pasión animal el único lazo verdadero entre los sexos; la falsedad será el solo medio de éxito en los litigios, y las mujeres objeto de satisfacción puramente sensual... La mera exterioridad será la única manera de distinguirse en la vida; la falta de honradez y veracidad, los medios universales de subsistencia; la debilidad hará caer en serviles dependencias; la amenaza y la presunción substituirán a la sabiduría; el despilfarro será llamado virtud y el hombre rico será el único que tenga reputación de puro, el vínculo meramente material ligará a los matrimonios; ricas vestiduras, serán dignidad. Se establecerá el imperio del más fuerte y el pueblo no podrá soportar ya más cargas, refugiándose en los valles... De este modo, en la Edad Kali, la decadencia continuará constantemente, hasta que la raza humana vea de cerca el fantasma de su extinción o aniquilamiento...”

Pero tras este triste invierno de la Humanidad, en el que sin duda nos hallamos, viene la promesa de la primavera o sea de una edad mejor y más perfecta, en estotros términos:

“Cuando el fin de la Edad Kali esté próximo, descenderá sobre la Tierra *una parte* de aquel Sér Divino que existe por la virtualidad de su propia naturaleza espiritual (*Kalki-Avatara*)... dotado con las ocho facultades supremas... Él restablecerá la justicia sobre la Tierra, y las mentes de los que vivan al fin del Kali-Yuga se despertarán y serán tan diáfanas como el cristal. Los hombres así transformados, serán como *las semillas de seres humanos,* y producirán una raza que seguirá las leyes de la Edad Krita (o Edad de la Pureza), porque está escrito que cuando el Sol, la Luna, *Tishya* y Júpiter estén en una sola mansión o signo celeste, la Edad Satua o Krita volverá a reinar...[xxiii] (*Vishnu Purana*, libro IV, cap. XXIV).

Hay que convenir en que la pintura hecha de la juventud hindú por la Maestra podría aplicarse a no poca parte de esa juventud contemporánea, que o toma la religión como mero instrumento de medro, al tenor de la gazmoñería con hipócrita máscara religiosa de los que les enseñan, o son francamente ateos y positivistas, con aspiraciones sin ideales, limitadas a la consecución de un buen puesto parasitario en el Estado, sin preocuparse lo

más mínimo de esos problemas esenciales que despectivamente suelen calificar como de fantaseos o de cosas "de tejas arriba".

Volviendo al tema de los castillos roqueros del Penjab o de la Rajapu-tana, diremos que no hay región de España que no conserve por docenas restos de semejantes castillos protohistóricos, en tal abundancia decimos, que, al alzarse sobre sus ruinas, casi siempre otros nuevos castillos, hoy también en ruinas, determinaron en e medioevo, como es sabido, hasta el nombre de la región central de España, que por eso se llamó *Castiella*, *Castilla* o *la de los castillos*.

Pero hay una diferencia esencial entre estos últimos castillos y los protohistóricos, nacida, no tanto de su construcción menos ciclópea, por decirlo así, que la de aquéllos, sino de los fines a que su erección fue debida, pues mientras los medioevales respondieron principalmente a exigencias militares de la lucha contra los moros, los otros, igual en España que en el resto del mundo, respondieron acaso a exigencias militares de otra índole, a saber, la lucha contra las fieras tanto o más que contra los hombres ya que, en aquella remota edad, una selva impenetrable y llena de alimañas cubría toda la extensión de la Península Ibérica, de tal modo que Estrabón, creo, llegó a decir que una ardilla podría atravesada de parte a parte yendo de rama en rama de los árboles, sin tocar en el suelo, razón por la cual el castillo roquero aquí como en la India, era una especie de islote enhiesto, circundado de un verdadero mar de vírgenes verduras peligrosas, al modo también de las construcciones lacustres contemporáneas, efectivos castillos insulares que aseguraron la tranquilidad de los hogares ario-atlantes contra las acometidas de las fieras del período cuaternario, castillos alzados sobre sus estacas clavadas en el suelo de los lagos y aislados de la peligrosa orilla por sus puentes levadizos tal y como después nos los ha revelado la Arqueología en los lodos de los lagos suizos y en otros. Y era tal, repito, la abundancia de aquellos castillos ciclópeos o primitivos antemicenianos que, como en la región extremeña, podían verse unos a otros y comunicarse por señales luminosas, al modo de los islotes vecinos de un extenso archipiélago, pasándose insensiblemente, al mejorar los tiempos con las talas de los bosques vírgenes, a la población de altura con y sin castillos, que no de otro modo empezó, por ejemplo, la población de Asturias, por las cumbres, sin llegar a penetrar, hasta tiempos muy modernos, en el fondo de los tenebrosos barrancos al lado de las torrenteras último refugio de las alimañas hostiles.

Un estudio detenido de todos estos castillos sería de gran utilidad y algo de ello ha esbozado, aunque sea bajo el mero punto de vista militar y limitado a los castillos de la frontera hispano-portuguesa, nuestro sabio amigo D. Manuel González Simancas, cronista de los Reales Palacios españoles.

Por supuesto, que los escépticos arqueólogos del día tendrán sin duda una de sus desdeñosas sonrisas, hijas de su ignorancia docta, para este paralelo que de pasada establecemos entre los castillos hindúes a los que alude H. P. B., y las construcciones primievales, de las que aun queda algún pobre resto en casi todas las alturas que luego sirvieran de asiento a los consabidos castillos de nuestra reconquista. La Historia, sin embargo, se repite, y así se han podido excavar hasta siete Troyas una debajo de otra, y se han podido hallar en un mismo lugar los sucesivos restos del templo prehistórico; el ibero-romano, el musulmán y el cristiano, porque el hombre, pese a su instinto destructor, no puede menos de imitar a la Naturaleza, que es eminentemente conservadora o *aprovechadora* para lograr con el mínimo esfuerzo o gasto el máximo resultado. Si muchos de nuestros magnates de hoy han reedificado sus castillos medioevales, ¿por qué no han podido hacer lo mismo los cristianos de esta época con los castillos y demás edificios análogos que en épocas prehistóricas pudieron construir, a imitación de su tierra de origen, los pueblos persas e hindúes que vinieron a España según está probado por los mismos autores clásicos? En *El tesoro de los lagos de Somiedo,* hemos hablado ya de estas emigraciones, con las que todavía no han contado debidamente nuestros historiógrafos, y algo se insistirá sobre ellas en el tomo consagrado a *La Atlántida,* por lo cual cerramos aquí esta nota.

(17) Si el lector quiere convencerse de que efectivamente los antiguos "edificaban sus obras como gigantes, rematándolas corno joyeros, en verdaderos poemas. arquitectónicos", no tiene sino pasar la vista por una hermosa obra, recién publicada en Barcelona por la *Editorial Ibérica,* bajo el título de "Las Maravillas del Mundo y del hombre", obra tan admirable por sus grabados, como detestable, en general, por su cretino y falso texto. En ella pueden verse espléndidas fotografías de construcciones hipogeas, al modo de la que vamos a visitar con la Maestra, construcciones maravillosas, tales como los templos *jinas* o *jainos* del monte *Abu* o de *Diluarra* en la Rajaputana, con *celosías en piedra*, que luego vemos remedadas más en pequeño, en construcciones románicas esparcidas por diversos lugares

de Asturias, principalmente en *San Martín de Lino* o *de Lillo,* del Monte Naranco, junto a Oviedo. Vénse también en la obra otras del hipogeo de Bingy, con sus cientos de estatuas; el templo de *Badri-Das,* de Calcuta, ante el que la Alhambra misma granadina palidece; el de *Toba*, llamado de los 33.333 dioses, o más bien quizá "de los 330 millones de devas que admite el panteón indostánico como representación respectiva de los elementos de la Naturaleza y sus innumerables combinaciones; el de *Ajanta* y sus cuevas adyacentes llamadas de *Ajandra* en Hyderabad; el de *Isurumuniya*; el de *Marand*, o más bien *Martanda* (el Sol), de Cachemira, del que es fama tomaron los hebreos el modelo para el Gran Templo; el de la Fortaleza de *Gwalior*, alzado sobre la tierra llana, al sur de Agra, con emplazamiento harto curioso; el *Templo negro* o rath de *Kanarah*; el de Kailas; el gran templo jaino del monte *Abu*, en las alturas de Gujcrat; el de *Nowshera*, en los desfiladeros mismos que protegen a Cachemira; el de *Gulta*, junto a Jeypore; el de *Nuggeali*, de Mysore, en la aldea perdida de *Tiplur Taluk*, que es acaso una de las misteriosas aldeítas, archivo viviente de múltiples razas arcaicas hoy raídas del resto de la Tierra y que solapan en sus monasterios las entradas secretas de aquellas bibliotecas subterráneas, llenas de tesoros del saber arcaico que nosotros creemos perdidos, y a los que se refieren las primeras páginas de *La Doctrina Secreta;* el templo de *Visvanath*, de Khajuraho, el del valle de *Kangra* y el de *Kailas*; el castillo roquero de *Jabalpur*, en el Muddum-Mahal, prototipo de las construcciones de esta clase; los hipogeos de las *Lomas de los Rishis,* en Gaya de Malabar; el *Templo del Sol,* en Ossia; los hipogeos de *Pechaburi*, en el Siam oriental; los de *Jarrangobilly*, en Nueva-Gales del Sur; "la pagoda que se mueve con el viento", o piedra oscilante con un templito encima, que se alza aún sobre la cumbre de los montes Relasa, en Birmania, país también célebre por su templo de Sampan; las maravillas de *Nagon-Bak* y las de *Ellora, Ayanta, Danlalabad,* de *Nizán* y *Kalias;* las tumbas hipogeas de los reyes chinos de la dinastía de los *Ming* o *jins*; el hipogeo de *El Khasnet,* del desfiladero de Sik en la Arabia Pétrea, que presiente ya la proximidad de sus hermanos los hipogeos de las montañas graníticas que separan la cuenca del Mar Rojo del valle del Nilo, en especial su homónimo el templo de *El Kasné,* o del *Tesoro de Faraón*; el de los *Quinientos genios,* del Japón, y mil otros, que, aunque de diversas razas, edades y estilos, todos más o menos están alzados sobre ruinas o restos de otros más antiguos hasta llegar a los de esas religiones, que, como la jaína, la parsi, la tartesia, la rúnica o la caldea se hallan más cerca que otras posteriores de la primitiva Religión-Sabiduría de la Humanidad; siendo muy de notar la *perpetuidad transcendente de la Idea Religiosa, por encima de todo culto esotérico* en esa misma ley de

herencia que ha alzado el templo pagano sobre las ruinas del dolmen, el rath o el menhir rúnico; la iglesia cristiana sobre el templo pagano o sobre la vieja sinagoga; la mezquita mora sobre el templo cristiano y luego éste sobre aquélla, y así sucesivamente, como si la Humanidad, por encima de los egoísmos de los sacerdotes que han explotado en todo tiempo su ignorancia, presintiese esa Suprema Unidad Religiosa, que se transparenta a través de todos los velos y groserías de los cultos exotéricos, cultos necesarios sin duda a los hombres que aun se hallen en los peldaños más bajos de su evolución moral y psicológica, pero no absolutamente indispensables ya para los que han sabido sacudir su tutela[xxiv].

No podemos dar por terminada esta nota sin copiar lo que sobre el particular dice un autor a quien no se puede recusar por su ortodoxia.

César Cantú, en el libro segundo de su *Historia Universal,* dice, hablando del hipogeo de Ellora en el Decán o sea en la cordillera de granito rojo que constituye el esqueleto de la península indostánica: "Para fabricar –escribe un viajero– el Panteón y el Partenón, San Pedro, San Pablo o la abadía de Fonthill se requieren, ciertamente, ciencia y trabajo y, no obstante, concebimos cómo fueron ejecutados, continuados y terminados estos edificios; pero nadie puede imaginarse cómo una reunión de hombres, todo lo numerosa e infatigable que se quiera y todo lo provista de los medios necesarios para llevar a cabo su proyecto, pueda haber ido perforando y cincelando pacientemente por siglos con el famoso *vudz* de los indos, único acero capaz de tallar aquel pórfido durísimo, una roca natural que tiene cientos de pies de elevación, para en sus entrañas excavar así un templo de múltiples naves y columnas. No: esta obra excede a todo cuanto puede imaginarse, y el espíritu se pierde en el mundo de las maravillas porque han construído como titanes y labrado como joyeros.

"Tan inmensos hipogeos –añade Cantú– que se creerían una ficción oriental si todavía no se viesen, y en los cuales los primitivos sacerdotes meditaban entre misteriosas tinieblas o iniciaban a los neófitos, son análogos a muchos otros monumentos del Egipto y de la Etruria, con los mismos planos simbólicos, las mismas puertas cuadradas y bajas, las mismas pinturas cosmogónicas en las bóvedas y las mismas hornacinas para sus estatuas."

Semejante influencia, que ha perdurado siglos y más siglos en la Tierra, fue la que presidió a construcciones muy posteriores, tales como nuestra divina Mezquita de Córdoba.

Karnatic, Ramiseram, Karli, Ellora, Elefanta, Dumnar, Mahabalipur, Deogur, Tancore, Benarés, Jagrenat, Tripettas y los templos de Ceilán son monumentos asombrosos, sobre todo cuanto después han podido crear los hombres, y más de una vez conducen o han conducido hacia ellos, como en ciertos templos mexicanos y egipcios, verdaderos bosques de obeliscos monolíticos.

El Kalaisa (antiguo templo de Isis), es la última y más extraña de las infinitas catacumbas de Ellora y ella, según Cantú, comunica con misteriosos laberintos donde ningún viajero, por "audaz que haya sido, ha tenido valor para penetrar."

El mismo autor dice después: "Entre los templos de la isla de Salsetta –donde la montaña de Kaneri está toda llena de cavernas por pisos del mismo modo que en la cordillera líbica de Egipto–, hay uno que fue ocupado antiguamente por frailes portugueses, y corre la voz de que el abad y los monjes entraron con víveres, luces y un hilo en el laberinto que allí tiene su comienzo, pero que erraron siete días sin encontrar siquiera una claraboya, ni otra cosa que celdas y cisternas. Los brahmanes aseguran que este laberinto pasa por debajo del mar, poniendo en comunicación muchas pagadas."

"Lord Valentia –sigue diciendo Cantú– nos describe la célebre pirámide indostánica de Tanyor como el modelo más admirable de esta clase de construcciones, que se alza hasta los 61 metros de altura. La fachada principal de la pirámide está adornada de momias en actitudes simbólicas, de ocho grandes bueyes y de un rosetón a la manera de los góticos. Debajo del peristilo cuadrado, una multitud de toros forman como la comitiva a la estatua monolítica de un buey colosal, de pórfido bronceado, con 13 pies de altura y 16 de longitud. Todavía bailan los indios en torno de él en las festividades mayores, tiñéndolo de varios colores y suspendiéndole guirnaldas al cuello, y creen que todas las noches se levanta para dar la vuelta a la gran pagoda-mundo, confiada a su tutela, como Shiva da una vez al año la vuelta a la ciudad en un carro colosal tirado, también, por toros. Los musulmanes, termina, no pasan nunca por "delante de estas maravillas de la India sin disparar cañonazos contra aquellas esculturas y de este modo destruyeron en tiempos el templo de Sumnat, prodigio del Asia, en el cual 56 pilastras cubiertas de láminas de oro y piedras preciosas, sostenían la bóveda de la capilla." (*Hist. Universal,* I, II, c. XXIV).

Cantú describe asimismo muchos otros templos de la India coronados por pirámides, tales corno "el de Chalembrun, a 27 millas de Pondichery, cuya pirámide mide 112 pies de

altura. Las cuatro puertas del templo que está debajo de la pirámide están sostenidas cada una por dos pilastras monolíticas de 45 pies de altura, y cuyos dos capiteles, distantes entre sí 27 pies, están unidos por una cadena de piedra, transversal y móvil, de 29 eslabones. Caylus pretende que las pilastras y la cadena están talladas o hechas de una misma piedra monolítica que, en tal caso, debió tener 60 pies. ¡Y hay cuatro de estas piedras!" .

"Parvati, la esposa de Siva, tiene aquí también un templo espléndido. Una sala sostenida por cien columnas sirve de tabernáculo cuando la diosa es sacada pomposamente a visitar la capilla de las *alegrías sin fin,* o de la eternidad. Un verdadero bosque de columnas, esculturas sinnúmero, pórticos, láminas de oro, inscripciones, todo es de maravillosa rareza en este templo, tipo y modelo, por decirlo así de todos los templos indios, y en el cual notaron Caylus y Maurine tantas relaciones con los antiguos de Egipto. Los franceses convirtieron el Chalembrum en cuartel y el tabernáculo sirvió de salón de baile; pero, después, asediados en este templo, debieron ceder ante los ingleses que se lo devolvieron a los brahmanes. Y precisamente porque eran refugio de estos últimos, tenían alguna vez los templos tanta extensión que igualaba a la de las ciudades. Muchos de ellos han conservado, a pesar de todo, el Indostán, bastando recordar el de Jagrenat en la costa de Orixa, Bengala, inmenso cuadrado lleno de pórticos y patios, con doble fila de pilastras, que sostienen 266 arcos, rodeados de estatuas negras de extraordinaria mole, con cuatro puertas a los puntos cardinales, y alrededor bosquecillos llenos de oratorios, pirámides y piscinas sagradas. Cuéntase que la figura principal de este templo fue construida por Vishnú encarnado en carpintero. Había exigido el permanecer solo y no ser observado por nadie en su obra; pero el rey, que se la había encomendado en expiación de sus pecados, lleno de curiosidad, como la Psiquis griega, acercó la vista a un agujero de la puerta, y apenas hubo mirado, cuando desapareció el dios dejando toscamente trabajada tan sólo la obra... En todos los trabajos se conservan las formas simbólicas. El número 4 y el cuadrado son la base de la armonía; el triángulo y la pirámide tetraédrica producto del divino número 3, ha servido para elevar todos aquellos edificios hacia el cielo, y el 7 sagrado dispone las naves en tres, siete o nueve pisos cosmogónicos."

Pasma, sin embargo, el cruel fanatismo de Cantú, o dicho más claramente, indigna su habitual injusticia al modo occidental, cuando, después de describir todas estas bellezas, acaba diciendo: "Aun prescindiendo de las ideas griegas, menester es convenir que en los edificios indios jamás se encuentran la simetría ni la armonía de partes que nacen del

conocimiento de las artes figurativas y que es bárbaro y desordenado el sistema de adornos en la India, como lo es en todo lugar donde no se saben expresar los afectos internos del hombre y su exquisita belleza...” ¡Bárbaro y desordenado un estilo que pocos renglones antes acaba de proclamar como matemático, primoroso en detalles y colosal, como ninguno, en su conjunto! ¡Lugares los más maravillosos, según ha dicho por boca de infinitos autores, y donde dice no se han sabido expresar, sin embargo, los afectos internos del hombre y su exquisita belleza! ¿A qué afectos internos se refiere? ¿A los del amor? –De esculturas a esculturas preferimos aquellas imágenes, a las rara vez hermosas y siempre pequeñas esculturas de los templos cristianos, porque expresan y sintetizan mejor que éstas los simbolismos matemáticos de las ciencias y de los sentimientos.

(18) La *Ardha-nari* bisexuada hindú es equivalente a la *Nara-nari* caldeo-ofita y al *Osiris-Isis* egipcio, o sea al más alto simbolismo bisexuado de IO[xxv]. Su león, toro y águila, juntos a los pies de su figura humana ha dado lugar, dentro de la degradación que supone el simbolismo cristiano, entre otras cosas, a los emblemas de los cuatro evangelistas, caracterizados, como es sabido, por uno de aquellos cuatro seres. IO, o *Ardha-Nari,* masculino-femenina, en cierto aspecto de su complejísimo simbolismo oculto, es la caída en la generación, o sea en la vida física *(Iod-Heve),* sea el sepultado de nuestro Ego en las limitaciones o *Maya* de este aspecto el más inferior de nuestra existencia a lo largo de los ciclos de encarnación y desencarnación que constituyen el *Hilo*, hilo en el que, como perlas, se van ensartando nuestras vidas sucesivas. Semejante caída, que nos limita, mientras vivimos en este mundo *sublunar*, a meras tres *dimensiones* que un matemático diría, está representada en el mito platónico por aquellos desterrados de su “República”, que “presos en tristes mazmorras y de espaldas a la luz, toman por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de su calabozo”, y por eso dice la Maestra en los párrafos de referencia, que todas las cosas del mundo objetivo, y este mundo mismo, son mera ilusión o Maya, sin más realidad que la que pueda tener el rayo de luna que riela sobre las aguas, por ser este mundo puramente fenomenal una reflexión, proyección o *sombra* de cosas más excelsas de mundos superiores, y no se crea que esto último es una fiera imagen poética, por cuanto ya la Matemática de las mal llamadas *ene* dimensiones del espacio empieza a considerar el volumen, o sean los cuerpos físicos todos que nos rodean, como *proyecciones* de una cuarta dimensión, al modo también de la superficie que es la proyección

o *sombra* del volumen; la línea, la *sombra* o proyección límite de la superficie y el punto, en fin, la proyección ortogonal de la línea, sin que ni el punto, ni la línea, ni la superficie sean verdaderas realidades de este nuestro *mundo volumétrico* o *físico*, con la que, dado el espíritu serial y ordenado que caracteriza a la Matemática, ya no cuesta trabajo el concebir la posibilidad de un mundo superior al físico, mundo para el cual los volúmenes no sean sino proyecciones o *sombras* de sus *realidades* para nosotros invisibles, y buena prueba de esta posibilidad es la misma imaginación humana –facultad tan extraña y calumniada como todo cuanto puede hacer relación al misterioso mundo *jina*, que es, sin embargo, en opinión de la Maestra, *la genuina fuente de toda Magia*–, que nos permite penetrar en el interior de los volúmenes o salir de ellos por más herméticamente cerrados que ellos parezcan, y que el mundo imaginativo es el origen y el destino final de toda realidad física, nos lo prueban todas las obras del hombre, antes moldeadas siempre por su mente o imaginación creadora[xxvi], que por sus manos físicas y, últimamente, conservadas por su imaginación-memoria, más o menos tiempo después que aquellas obras han dejado físicamente de existir. Un detenido estudio teosófico, que no podemos hoy hacer aquí, relativo a las *Geometrías no euclídeas*, de Rienman y Lovatcheusky, nos demostraría que si la imaginación es la facultad que nos permite ver en el mundo superliminal, la *realidad* primera de ese mundo superliminal es el tiempo en el que se nos van presentando los *clichés* en serie de todos los momentos sucesivos de la vida física de los seres, desde que nacen, aquí abajo, hasta que mueren.

En cuanto a la antigua lógica hindú, a la que alude la Maestra, ella es muy superior a la que conocemos en Occidente, como copiada de la de Aristóteles, ese gran falsificador de Platón que tanto daño ha hecho a la filosofía y al mundo. Su silogismo, que consta de cinco partes, no de tres, como los nuestros, afirma, ante todo, en las dos primeras la esencia o la existencia en abstracto de aquello de que va a tratar el silogismo, y en cuanto a la clásica psicología de aquellas gentes, ya tenemos en Occidente alguna que otra traducción u obra original que lo demuestra, tal como la preciosa *Ciencia de las Emociones,* de Bhagavan-Das[xxvii], pues los orientales, siempre más lógicos que nosotros los de Occidente, antes de estudiar ninguna otra ciencia objetiva, cuidaron siempre de conocer muy bien *el instrumento psicológico empleado, la ecuación personal y sus constantes de maya, o de error,* que hoy dicen los positivistas respecto de los observadores y de sus instrumentos.

(19) En dos palabras retrata la Maestra la tristísima idiosincrasia de todo hijo de Loyola y su afán de inmiscuirse en todo, como verdaderos espías natos, para labrar, no el reino de Jesús, sino su necromante dominación sobre la Tierra. Ya en párrafos anteriores del capítulo nos ha pintado Madame BIavatsky una exigua procesión católica de parias, las únicas gentes, que, como remedio a su situación de humanas bestias, se hacen los conversos en la India, "incapaces, dice, de comprender la diferencia que pueda haber entre la Madona católica y la *Devaky*, madre del dios Krisnha. Ahora nos pinta al padre jesuíta lanzando ironías relativas al deforme ídolo de Shiva entre serpientes que ostentaba el pórtico de una pagoda y recibiendo una lección del babú bengalés, al demostrarle que los pretendidos *ídolos* en nada se diferencian de nuestras estatuas religiosas o profanas (que no siempre son bellas ni bien hechas), como no sea en su sabio simbolismo filosófico-matemático, más o menos alterado por el curso de los tiempos.

Nadie, a no ser nuestra ignorancia o nuestra mala fe europea, hacia pueblos que fueron nuestros maestros y nuestros progenitores, puede pretender que una escultura, por ejemplo, en que se presenta a un Brahma adornado con varios pares de brazos, sea otra cosa que una escultura dinámica, es decir, representativa de las diversas posiciones que tener pueda un ser de brazos, o sea escultura que en cierto modo se puede decir caleidoscópica, pues que representa en una sola pieza actitudes para cuya representación nosotros, *que nos tenemos por más sabios,* precisaríamos otras tantas esculturas distintas, contra el canon o ley de síntesis que presidir debe a todo simbolismo. El que la actual degradación del pueblo hindú lleve a muchos de sus hijos a la fetichista adoración de lo que es un mero simbolismo abstracto, gracias a la falsificación de la creencia primitiva hecha por los brahmanes, esos verdaderos jesuítas de Asia, no quiere decir que tal fuese el propósito de los escultores que la moldeasen, como el sublime afecto a la elevada personalidad de Jesús que brota de los Evangelios, no puede ser confundido con esos groseros cultos posteriores a su sangre y a sus vísceras.

(20) El sanguinario culto de Shiva y de su esposa la terrible *Kali*, la *reina* del presente Kali-yuga está más relacionado, en efecto, con el problema de las serpientes venenosas de lo que pudiera creerse a primera vista.

Desde luego es muy extraño el que todos los faquires, o sea los degradados dependientes de las pagodas brahmánicas que han fracasado en otras pruebas iniciáticas, tengan el poder de *encantar* o sugestionar a las más venenosas serpientes, que son en sus manos, mientras tal maya o encanto dura, los animales más inofensivos del mundo. El cómo y por qué de tales sugestiones de hechicería o baja Magia, es naturalmente un secreto para nosotros, pero no lo es para ningún verdadero brahmán, como tampoco lo es, por otro lado, para hombres superiores o Maestros como el takur.

En el curso de esta obra veremos algún pasaje espeluznante relativo a estas serpientes de los templos, y en cuanto al terrible culto necromante de la diosa Kali, veamos lo que sobre él dice Schuré en su obra *Los grandes iniciados*:

"*El rey de Madura.* - Al comienzo de la negra edad de Kali-yuga, la sed de oro y de poder invadió el mundo. Durante varios siglos –dicen los antiguos sabios–, Agní, el fuego celeste, que forma el cuerpo glorioso de los devas y que purifica el alma de los hombres, había esparcido sobre la tierra sus divinos efluvios; pero el soplo ardiente de Kali, la diosa del Deseo y de la Muerte, que sale como ígneo aliento de los abismos de la tierra, pesaba entonces sobre todos los corazones. La justicia había reinado con los nobles hijos de Kurú, los reyes solares que obedecen a la voz de los sabios y, vencedores, perdonaban a los vencidos, tratándolos como iguales. Pero después que los hijos del Sol fueron exterminados o arrojados de sus tronos y que sus escasos descendientes se ocultaban entre los anacoretas, la injusticia, la ambición y el odio lo dominaban todo. Variables y falsos, como el astro de las noches, cuyo símbolo adoptaron, los reyes lunares se hacían una guerra sin piedad. Uno de ellos, sin embargo, había logrado dominar a todos los otros por medio del terror y de singulares prestigios.

"En el norte de la India, a orillas de un ancho río, brillaba una ciudad poderosa. Tenía doce pagodas, diez palacios y cien puertas flanqueadas por torres. Multicolores estandartes, semejantes a serpientes aladas, flotaban sobre sus altos muros. Era la altiva Madura, inexpugnable como la fortaleza de Indra. Allí reinaba Kansa, de corazón tortuoso y de alma insaciable. El rey no toleraba a su lado más que a los esclavos; creía poseer aún más de lo que se le había sometido y cuanto poseía no le parecía nada al lado de lo que todavía le quedaba por conquistar. Todos cuantos reyes acataban el culto lunar le habían rendido vasallaje. Pero Kansa pensaba someter toda la India, desde Lanka hasta el Himavat. Para llevar a cabo tal proyecto se alió con Kalayeni, señor de los *montes Vindhios*[xxviii], el poderoso

rey de los Yavanas, los hombres de cara amarilla. Como sectario de la diosa Kali, Kalayeni se había dedicado a las tenebrosas artes de la magia negra. Se le llamaba "el amigo de los rakshasas" o demonios noctívagos, y "rey de las serpientes", porque se servía de estos animales para aterrorizar a su pueblo y a sus enemigos. En el fondo de una espesa selva, se encontraba el templo de la diosa Kali, excavado en una montaña: inmensa caverna negra, cuyo fondo era insondable y cuya entrada estaba guardada por gigantes con cabezas de animales, tallados en la roca. Allí eran llevados cuantos querían rendir homenaje a Kalayeni, para obtener de él algún poder secreto. Aparecía éste, en efecto, a la entrada del templo, en medio de una multitud de serpientes monstruosas, que se enroscaban alrededor de su cuerpo, se enderezaban al conjuro de su cetro. Obligaba así a sus tributarios a prosternarse de hinojos ante aquellos animales, cuyas cabezas entretejidas aparecían por encima de la suya[xxix], al mismo tiempo que él recitaba una fórmula misteriosa. Los que habían ejecutado así este rito y adorado a las serpientes, obtenían, se dice, inmensos favores, además del don que deseaban; pero caían irrevocablemente bajo el poder de Kalayeni, y, de lejos o de cerca, eran sus esclavos, tanto que, en cuanto trataban de desobedecerle, creían ver ante ellos al terrible hechicero rodeado por sus reptiles, y se veían cercados por sus cabezas silbantes, paralizados por sus ojos fascinadores. Kansa pidió a Kalayeni su alianza. El rey de los Yavanas le prometió el imperio de toda la tierra si se casaba con su hija.

"Altiva como un antílope y flexible como una serpiente, era la hija del rey hechicero, la hermosa Nysumba, con sus arracadas de oro y sus senos de ébano. Su cara parecía una sombría nube matizada por la luna con cárdenos reflejos; sus ojos lanzaban relámpagos y era su boca ávida, así como la pulpa de un fruto rojo con blancos piñones en su interior. Se hubiese dicho que no era sino Kali misma, la diosa del Deseo. Bien pronto ella reinó como soberana en el corazón de Kansa, y soplando sobre todas sus pasiones las convirtió en ardiente hoguera. Kansa tenía un palacio lleno de mujeres de todos colores, pero no escuchaba más que a Nysumba.

"–Tenga yo un hijo de ti –le dijo él– y será mi heredero. Entonces seré dueño de la tierra y a nadie temeré.

"Mas Nysumba no tenía hijos, y su corazón se irritaba. Envidiaba ella a las otras mujeres de Kansa, cuyos amores habían sido fecundos y hacía multiplicar a su padre los sacrificios a Kali; pero su seno continuaba estéril, cual la arena de un tórrido desierto. Entonces el rey

de Madura ordenó que se hiciese ante toda la ciudad el gran sacrificio del Fuego, invocando a todos los devas; las mujeres de Kansa y el pueblo asistieron con gran pompa. Prosternados ante el fuego, los sacerdotes invocaron con sus cantos al gran Varuna, a Indra, a los *jins* y a los *maruts*. La reina misma se aproximó y arrojó al fuego un puñado de perfumes con gesto de desafío, pronunciando una fórmula mágica en lengua desconocida. El humo se espesó, las llamas subieron en raudo torbellino, y los sacerdotes espantados, exclamaron:

"–¡Oh, reina! No son los devas, sino los rakshasas quienes han pasado por el fuego. Tu seno permanecerá estéril.

"Kansa se aproximó a su vez al fuego y dijo al sacerdote:

"–Entonces, dime: ¿de cuál de mis mujeres nacerá el dueño del mundo?

"En este momento Devaki, la hermana del rey, se aproximó a la pira. Era una virgen de corazón sencillo y puro... Su cuerpo estaba en la tierra; pero su alma parecía morar siempre en los cielos. Devaki se arrodilló humildemente, rogando a los devas que diesen un hijo a su hermano y a la hermosa Nysumba. El sacerdote miró alternativamente al fuego y a la virgen. De repente exclamó lleno de admiración:

"–¡Oh, rey de Madura! Ninguno de tus hijos será el dueño del mundo, sino que habrá de nacer del seno de esta virgen.

"Grande fue la consternación de Kansa y la cólera de Nysumba al oír tales palabras. Cuando la reina volvió a encontrarse a solas con el rey le dijo:

"–Es necesario que Devaki perezca...

"–¡Bueno! –repuso el rey–. Pero no me dejes.

"Un relámpago de triunfo fulguró en los ojos de Nysumba y una oleada de sangre enrojeció su carne negra. Levantóse de un salto y enlazó al tirano con sus brazos flexibles. Después rozándole con su pecho de ébano, del que se exhalaban embriagadores perfumes y besándole con sus labios ardientes, murmuró a su oído:

"–Ofreceremos un sacrificio a Kali, la diosa del Deseo y de la Muerte, y ella nos dará un hijo que será el dueño del mundo..."

Después relata Schuré, siguiendo a los textos puránicos, el nacimiento y la milagrosa juventud de Krishna, el hijo de la virgen Devaki, su encuentro con su Maestro, un sabio anacoreta *kurú* y, en fin, su combate con las negras serpientes, en estos términos:

"Un día oyó hablar Krishna de Kalayeni, el rey de las serpientes, y pidió medir sus fuerzas con la más pavorosa de todas ellas en presencia del hechicero. Se decía que aquel animal, adiestrado por Kalayeni, había ya devorado a centenares de hombres y que su mirada helaba de espanto el corazón de los más valientes. Del fondo del templo tenebroso de Kali, Krishna vió salir, en efecto, a la voz de Kalayeni, un largo y lívido reptil. La serpiente enderezó lentamente su grueso cuerpo, hinchó su cresta roja y en su cabeza monstruosa cubierta de escamas lucientes se encendieron sus ojos.

"–Esta serpiente –dijo Kalayeni–, es un demonio poderoso y omnisciente, cuya ciencia no revelará sino al héroe capaz de darla muerte. Te ha visto ya y estás en su poder: sólo te resta, pues, adorarla o perecer en insensata lucha contra ella,

"Ante tales palabras indignóse Krishna, armándose de todo su valor porque sentía que el dardo de ella era peor que la punta del rayo. Miró impávido a aquel monstruo y se lanzó sobre él cogiéndole por el cuello. Hombre y serpiente cayeron rodando por las escaleras del templo; pero antes de que la serpiente lograra enroscarle, Krishna le cercenó con su espada la cabeza, y desembarazándose de su cuerpo, que se retorcía aún, el joven vencedor levantó triunfalmente su cabeza en su mano izquierda[xxx]..."

Finalmente, la obra que nos ocupa relata la terrible entrevista de Krishna y la hechicera Nysumba, en estos términos que ya consignamos también al ocupamos del capítulo *Parsifal*.

"Kansa, viendo la fuerza, la destreza y la inteligencia del joven Krishna, le estimaba mucho y le confió la guardia de su reino. Nysumba, al ver al héroe del monte Merú, se estremeció en su carne con un deseo impuro y su espíritu sutil tramó un proyecto tenebroso...

"Sin que el rey lo supiera llamó a su gineceo a Krishna, el conductor del carro del rey. Como hechicera que era, poseía el arte de rejuvenecerse momentáneamente por medio de filtros poderosos. El hijo de Devaki encontró a Nysumba, la de los senos de ébano, casi desnuda, sobre un lecho de púrpura. Anillos de oro ceñían sus tobillos y sus brazos, y una

gran diadema de piedras preciosas chispeaba sobre su cabeza. A sus pies ardía un pebetero de cobre, del que se escapaba una nube de perfumes.

"–Krishna –dijo la hija del rey de las serpientes– tu frente es más tranquila que la nieve del Himanavat y tu corazón hiere como la punta del rayo. En tu inocencia resplandeces sobre todos los reyes de la tierra. Aquí nadie te ha reconocido; tú te ignoras a ti mismo. Yo sola sé quién eres; los devas han hecho de ti el dueño de los hombres; yo sola puedo hacer de ti el dueño del mundo. ¿Quieres? ...

"–Si Mahadeva habla por tu boca –respondió Krishna con grave acento–, me dirás dónde está mi madre y dónde podré encontrar al gran anciano que me habló bajo los cedros del monte Merú.

"–¿Tu madre? –dijo Nysumba con desdeñosa sonrisa–; no soy yo ciertamente quien te enseñará dónde está; en cuanto al anciano que buscas, no le conozco. ¡Insensato!, persigues sueños y no ves los tesoros de la tierra que yo te ofrezco. Hay reyes que llevan la corona y que no son reyes. Hay hijos de pastores que llevan escrita sobre su frente la realeza y que no conocen su fuerza. Tú eres fuerte, joven y bello: los corazones todos no pueden menos de estar contigo. Mata al rey durante su sueño, que yo pondré la corona sobre tu cabeza y serás el dueño del mundo. Porque yo te amo y me estás predestinado. Lo quiero, lo ordeno.

"Mientras así se expresaba, la reina se había levantado imperiosa, fascinante, terrible como una hermosa serpiente. En pie sobre su lecho, lanzó con sus ojos negros una llama tan sombría sobre los límpidos ojos de Krishna, que éste se estremeció de espanto, porque en aquella mirada todo el infierno se le apareció. Vió el abismo entero del templo de Kali, la diosa del Deseo y de la Muerte, y las serpientes que allí se retorcían con agonía eterna. Entonces los ojos del joven fulguraron repentinamente como dos dagas. Su mirada traspasó de parte a parte a la infame reina, y el héroe del monte Merú exclamó:

"–¡Soy fiel al rey que me ha tomado por defensor, pero tú, sábelo bien, morirás!

"Nysumba lanzó un penetrante grito y rodó sobre su cama mordiendo la púrpura. Toda su ficticia juventud se había desvanecido...[xxxi]"

Para tratar debidamente el tema ocultista de las serpientes a lo largo de la tradición religiosa, necesitaríamos un extenso volumen. Baste, sin embargo, para comprender todo el significativo mito que hay detrás de estos animales, símbolo unas veces de la venenosa perversidad y otras de la más alta sabiduría, tal como la de los *Nagas*, *Najas* o *Nahoas* y su

religión *ophita*, que en un tiempo se ha visto extendida por todo el mundo, porque no en vano la misma huella astral que los planetas dejan en el espacio al girar en torno del Sol sus esferas físicas y ser por él arrastrado a través del espacio con derroteros que nos son desconocidos, van demarcando una verdadera serpiente o epicicloide matemática, como no ignoran los astrónomos.

(21) No puede ser más curioso el caso de referencia, como revelador de la gran ley de armonía que, aunque no lo parezca a veces, reina en toda la Naturaleza, ley por virtud de la cual, unos seres complementan a otros, como se ve en la función clorofiliana vegetal que restituye a la atmósfera el oxígeno consumido en la función respiratoria de los animales, o mejor aún, en la función nitrificadora de las bacterias, del suelo vegetal reduciendo a sus elementos más simples los cadáveres orgánicos y nitrificando o sea fertilizando con ellos el suelo para que de él puedan volver a alimentarse los vegetales, animales y hombres en ciclo sin fin.

Dada la universalidad de esta ley, el mundo moral presenta análogos fenómenos que el mundo físico, y así los padres crean y laboran elementos que luego han de destruir los hijos para su crecimiento y su progreso, porque si la gran ley de la vida de las formas es la del parasitismo universal, la gran ley de solidaridad de las esencias es la de la renunciación o sacrificio, razón por la cual la Maestra, al comenzar el tomo III de *La Doctrina Secreta,* establece como característica diferencial entre las dos ramas diestra y siniestra de la Magia, la del sacrificio en favor de la Humanidad (Fraternidad Humana), o la del egoísmo. Por esto hay animales verdaderamente providenciales para el hombre, tales como el perro, sin el que acaso viviría todavía como troglodita, víctima, cual antaño, de las fieras; o el gato, sin el cual los roedores le arruinarían en su hacienda. Así vimos en el artículo anterior a los buitres de las Torres del Silencio oficiar de piadosos enterradores, y ahora vemos a los monos realizando una cosa parecida. Precisamente al escribir estas líneas leemos en la Prensa el estupendo caso de un peno, ya achacoso, a quien su amo llevó cierto día a las márgenes de un río con intención de ahogarle en él, pero, al realizarlo, parece lo hizo con tan mala fortuna que perdió pie y se hubiera, de seguro, ahogado a no ser porque el noble animal, con eso que han dado en llamar instinto y que es siempre algo mejor que la inteligencia mal empleada, salvó a su amo de una muerte segura, devolviéndole así bien por mal, al modo de todos los renunciadores.

En la imposibilidad de ampliar este comentario remitimos al lector a los comentarios que acerca de facultades *casi humanas* de los animales hace el gran naturalista Brenh, en su obra *La vida de los animales,* en los que refiere cosas verdaderamente maravillosas, sobre todo de los monos, cosas que les colocan, desde luego, muy por cima de los hombres perversos que, con sus pasiones desencadenadas, vienen a ponerse por bajo de aquéllos muchas veces, y díganlo sino ciertos hechos horribles que hemos presenciado durante la *Gran Guerra.*

(22) Los picachos aislados y las mesetas son característicos, como es sabido, de las formaciones terciarias que, al decir de la Maestra, fueron contemporáneas de la Atlántida, estando relacionada su formación acaso con la misma catástrofe que sepultara a ésta. Claro que al llegar a este terreno en el que no están todavía conformes la Antropología europea y la tradición de Oriente, se nos impone cierta reserva más que nada porque no podemos desarrollar en una nota –como habremos de hacerla en nuestro próximo libro sobre *La Atlántida*–, las razones que abonan los asertos de la tradición oriental. Consignemos, pues, tan solo, el hecho de que son tan extrañas las formas de tales alturas, tan curioso su típico aislamiento en la llanura castellana, por ejemplo, que un sér al estilo del Micrómegas de Voltaire, que bajase de otro planeta, creería ver en ellas las más típicas *construcciones* o *palacios* de la Tierra, razón por la cual la leyenda las reputa obra de gigantes o de *jinas*, alzada para su morada propia, cuando no para la de los mismos dioses, cual del Olimpo sagrado, alma de la institución nacional anficciónica o asamblea de los pueblos griegos, o cual el Walhala de los nórdicos, siendo de notar que todo pueblo de la antigüedad tiene una o varias de estas montañas y que no ha habido pueblo posterior que no haya seguido tamaña tradición religiosa alzando sobre ellas sus correspondientes ermitas, como si allí efectivamente residiesen sus respectivos dioses y diosas, siendo, entre los pueblos cristianos, por una supervivencia pagana que no ha podido escapar a la perspicacia de D'Annunzio en su *Triunfo de la Muerte,* más gratas y queridas semejantes alturas y ermitorios, que sus propias catedrales e iglesias, en las que no suele haber, como en aquéllas, Lourdes, Epidauros ni Asclepios curativos... ¡Cuántas veces, ante las perspectivas deliciosas de estas alturas "que parecen obras de las manos de alguien" no hemos creído ver reproducido con el realismo más perfecto, el cuadro total del *Anillo del Nibelungo* wagneriano presentándose –cual en nuestra Lora del Río, de Córdoba, por ejemplo– los gnomos, estilo Alberico, en el fondo de aquella tierra histórica de las glorias del Califato,

las aguas del río Guadalquivir, las ondinas o *hijas del Rhin,* que aquel genio diría; sobre la tierra del llano, las casas blancas y rojas de los hombres; en la abrupta ladera, los gigantes constructores y arriba, en la semiderruída ciudadela, al estilo de las de la Rajaputana, los dioses y los jinas!...

Todo esto no puede calificarse hoy de verdad... experimental, pero indiscutiblemente es muy poético, razón por la que nosotros, aleccionados por la eternidad de los cánones de la belleza, frente a las tan variables modas de las escépticas teorías de una ciencia cretina, preferimos tenerlo por muy cierto, aunque no lo veamos con nuestros ojos ordinarios, como vemos otras cosas, ya que cualquiera puede verlo, si se esfuerza de buena fe con ese tercer ojo de la intuición que al modo del *Ojo de Shiva* lo penetra todo y todo lo descubre.

(23) Concordante con la nota anterior, el texto vuelve en el párrafo correlativo a insinuarnos extrañamente la existencia y grandiosidad del mundo encantado de los *jinas*, seres humanos muchos de ellos, al decir de las tradiciones del Gaedhil irlandés acerca de los Tuatha de Danand, o *Tahua de Diana,* que no sucumbieron en la catástrofe atlante, gracias a sus virtudes ascéticas, por lo que siguen viviendo en la montaña, en el desierto o en la gruta, desde donde nos ven y compadecen, sin que nosotros podamos verlos por causa del Velo del pecado de Adán, corrido ante nuestro ojo intuitivo "de los cíclopes", al tenor de lo que referimos en nuestra obra *De gentes del otro mundo* (capítulo VIII). Por eso la entrada secreta da la altura de Khandala, al igual de infinitas otras del misterioso y subterráneo mundo de tales *jinas*, se dice conducir a un hipogeo maravilloso, retiro de Adeptos de la Sabiduría, como el gran Instructor del caudillo Sivaji, el David, el Tanhaüser o el Juanillo el Oso, de aquella región inestudiada.

(24) Del caudillo indostánico Sivaji, siguiendo la tradición de todos los héroes libertadores, se dice que no sólo no ha muerto, sino que reaparecerá en su día para retornar la libertad a su país. Su fuerza mágica, como la de todos los guerreros, nada es ni puede, sin embargo, sin la de los seres superiores que le inspiraran, ya que un patriarca de Jerusalén pudo contener a un Alejandro; Apolonio de Tyana, a un Adriano, y San Ambrosio, en Milán, a las hordas bárbaras, caminando sobre Roma. Por eso –refiere la *Historia Universal,* de Cantú– Ram-Mohu-Roy, en su "Brief remarks regarding modern encroachenents ou the

ancient rights of fcmales" Calcuta, 1822, habla de los tiempos en que los brahmanes daban las leyes al país, dejando su ejecución a los chattryas, para dedicarse a la ciencia y a la religión, hasta que después de dos mil anos se corrompieron y aceptaron empleos políticos.

Duryo-dama, al final del quinto libro del Mahabharata, habla de la lucha que mantuvieron los chattryias de Malva con los brahmanes, a quienes jamás pudieron vencer, a pesar de ser muy superiores en fuerza militar y en número. También el Ramayana refiere estas contiendas cuando Visva Mitra, radjá de los chattryias, quiso arrebatar a Vasista, jefe de los brahmanes, la ternera sagrada, es decir, el secreto supremo, cosa que jamás pudo lograr por la fuerza y sí sólo haciendo penitencia de sus pecados.

Célebres son también las 20 victorias obtenidas por Parasú-Rama sobre los guerreros, a quienes habría aniquilado a no interponerse los brahmanes, que siempre son más poderosos, para bien o para mal, las milicias de la Idea que las de la Espada material.

(25) En los pasajes de referencia no parece que está leyendo uno cosas de los brahmanes y de la India, sino de España o, en general, de Europa, y de las supersticiones del bajo pueblo creyente, supersticiones piadosas en perfecta pugna, no ya con el Evangelio, sino con el texto canónico de Encíclicas y Concilios, como esas hojitas que suelen circular entre ciertas gentes anunciando estupendas profecías o prometiendo conceder una de las tres cosas que se pidan a determinada imagen en determinado templo, hojitas de oraciones otras, que no necesitan de imprenta alguna para asegurarse la más envidiable difusión, porque para ganar las fingidas indulgencias que prometen, se precisa además que quien la reciba la copie siete veces y la reparta entre siete personas, con lo que dicho se está que llega a propagarse en progresión geométrica de razón siete, hasta que algún prelado sensato la ataja desde el Boletín de su diócesis... ¡Es tan natural la credulidad del corazón humano en todas las esferas, edades y tiempos, y tan grandes los anhelos de ensueño frente a la impura realidad, que no se diría sino que la Humanidad está eternamente en la infancia y sólo sigue a quien la engaña, no a quien la instruye, como sólo admira a los guerreros y demás autores de sus grandes males, mientras crucifica a los redentores que quieren salvarla de sus miserias!

Es, por otro lado, muy curioso el favor que goza sobre todo la Astrología, triste resto hoy de una ciencia perdida que fue gloriosa, sin duda, y que no se basó como ahora se quiere

creer, en el conocimiento *físico* de los planetas y sus movimientos, conjunciones, oposiciones, etc., sino en consideraciones transcendentes infinitamente más altas, relacionadas secretamente con los problemas de nuestra Psiquis que tiene un Sol en su corazón, un Mercurio-Hermcs en su mente y otros centros, *chacras planetas,* o como quiera llamárseles, sobre los que nada saben casi nuestras ciencias positivas.

(26) A los datos aportados en el texto acerca de la teoría de que los primitivos arios visitaron la América prehistórica, podemos añadir, entre otros, los siguientes:

1º El pueblo *Nahoa* o *Nahual*, estudiado por Alfredo Chavero en su *México a través de los siglos,* tenía unos conocimientos astronómicos y matemáticos genuinamente arios, y en los códices del *Anahuac*, tales como el *Cortesiano*, al que hemos consagrado nuestro estudio sobre *La Ciencia Hierática de los Mayas* (*Boletín de la Real Academia de la Historia,* Madrid, junio de 1911), pueden verse expresiones de coordinatoria y determinantes algebraicas, idénticas a las que conocemos hoy día.

2º El culto ario del Sol fue característico de aquellas razas, como lo demuestran millares de *piedras solares* y otros mil documentos publicados en la citada obra de Chavero, cuanto en el *Boletín del Museo Arqueológico mexicano.* También este culto ha dejado huellas entre nosotros, según demuestra la famosa piedra *Tu* (o *Tu-baa*ı, que decimos nosotros) hallada en Asturias, como las ha dejado entre todos los pueblos de la antigüedad y en especial entre los indios de América del Sur, sucesores de los Incas o Sacerdotes e Hijos del Sol, como éstos lo fueron a su vez de la primitiva civilización *tiahuanaca*, cuyos últimos supervivientes, verdaderos *Césares de la Ciudad del Sol*, lo son hoy los patagones, gigantes que tienen al lado pueblos de pigmeos, tales como los fueguinos, según ha estudiado nuestro amigo el gran explorador español D. César Luis de Montalbán, quien ha visto en Colombia otra piedra *Tu* idéntica: la piedra de *Facatatyba.*

3º Chavero asegura en la introducción de su libro que Platón usó una sola palabra de la lengua del continente perdido, y fué la de *Atlántida*, cuya radical *atl* no es, en efecto, ni griega ni latina.

4º Ranking, en sus *Indagaciones históricas sobre la conquista del Perú y Méjico,* hecha en el siglo XIII por los mogoles con elefantes (Londres, 1827), dice que Manco-Capac, fundador

de la dinastía y religión de los incas, era biznieto de Gengis-Kan, en tanto que otros, con más probabilidad, le hacen provenir de la Tartaria y del Tíbet.

Hay que cortar aquí el asunto, porque seria inacabable, aunque sugestivo.

III

EN LAS CUEVAS DE KARLI

A las cinco de la mañana ya habíamos llegado al límite de las posibilidades, no ya de todo camino carretero, sino hasta de herradura. Nuestra carreta de bueyes no pudo avanzar más, pues la última media milla había sido algo así como un mar de piedras. Nos era forzoso el abandonar nuestra empresa o bien el trepar por una pendiente abrupta de 200 pies de altura. Agotados así todos los recursos que nos sugería nuestra inventiva, contemplábamos la histórica mole frontera sin saber qué partido tomar. Cerca de la cumbre de la mole aquella, bajo las tajadas rocas, veíanse hasta una docena de negros agujeros y centenares de peregrinos trepaban hasta ellos semejantes, con sus vestidos de fiesta, a un hormiguero de colores. En aquel apurado trance nuestros fieles acompañantes hindús vinieron en nuestro socorro, y llevándose uno de ellos la palma de la mano a la boca, produjo un silbido agudo y estridente. Los ecos de la altura repitieron la señal, y momentos después varios brahmanes medio desnudos, servidores hereditarios del templo, descendían por los peñascos con agilidad de gatos monteses. Cinco minutos más tarde estaban a nuestro lado, y, ligándonos con fuertes ataduras, nos arrastraron, más que nos condujeron, a la altura, donde, exhaustos aunque sin magulladura alguna, escalamos el atrio del templo principal, oculto hasta entonces por cactos gigantescos.

El majestuoso pórtico rectangular, apoyado sobre cuatro macizos pilares, mide 52 pies de anchura y está todo él cubierto de musgo y de pinturas antiguas. Vese en él la célebre “columna del león”,así denominada por los cuatro leones de tamaño natural esculpidos en su base. Un arco colosal con gigantescas cariátides forma la entrada principal, y sobre él aparecen los relieves de tres corpulentos elefantes con sus trompas. La planta del templo es ovalada y mide 128 pies de largo por 46 de anchura. Los 42 pilares que soportan la cúpula central dejan dos naves laterales, y en el centro, detrás de un altar, se demarca una pequeña cámara destinada antaño por los antiguos sacerdotes arios al culto más secreto. Los dos pasillos laterales que conducen a este recinto aparecen como interrumpidos bruscamente, cual si revelaran la existencia de puertas que ya no existen. Según la descripción de

Fergusson, los basamentos, fustes y capiteles de los 42 pilares "son de impecable factura y representan dos elefantes arrodillados, con un dios y una diosa encima". Dicho autor añade que este *chaitya* o santuario es el más antiguo y mejor conservado de toda la India, pudiendo asignársele una data de doscientos años antes de nuestra Era, ya que Prinsep, el descifrador de la inscripción de Silastamba, asevera que el pilar del león fué costeado por Ajmitra Ukasa, hijo de Saha Ravisobhoti, rey de Ceilán, en el año veinte de su reinado, esto es, ciento sesenta y tres antes de nuestra Era. De aquí quizá el que el Dr. Stevenson señale esta fecha como la de la fundación de Karlen o Karli, construido, bajo el emperador Devobhuti, por el arquitecto Dhanu-Kâkata. Mas, ¿cómo puede afirmarse esto último frente a dichas auténticas inscripciones? El propio Fergusson, el implacable defensor de las antigüedades egipcias, cuanto crítico hostil contra las de la India, insiste, como va dicho, en que Karli pertenece al estilo de las construcciones del siglo III, antes del Cristianismo, y agrega: "La disposición de sus elementos arquitectónicos es idéntica a la arquitectura gótica en los coros y ábsides poligonales de sus catedrales".

Sobre la entrada principal del hipogeo hay una galería que recuerda el coro de aquellas catedrales. Además de dicha entrada, otras dos laterales conducen a las naves y sobre la galería se abre un ventanal único en forma de herradura para que la luz caiga directa desde él sobre la *dagopha* o altar, mientras que el bosque de columnas de las naves queda en una obscuridad creciente a medida que se alejan del altar. Así, merced a semejante disposición, el visitante que penetra por el pórtico ve el altar central resplandeciente de luz, mientras que en torno de él todo son densas tinieblas donde el profano no podía pisar. Una de las esculturas de la *daghopa*, desde la cual los "Rajas-sacerdotes" acostumbraban a pronunciar sus sentencias, se llama Dharma-Raja, de *Dharma*, el Minos hindú. Corren por encima del templo hasta dos hileras de covachas, en cada una de las cuales existen anchos peristilos formados por grandes columnas esculpidas y desde ellos se pasa a diversos corredores, muy largos a veces, y a celdas espaciosas que invariablemente aparecen como cortados u obstruidos bruscamente por un sólido muro, sin huella practicable para poder seguir más adelante. Los custodios del templo, pues, o han perdido el secreto de otras cuevas más interiores o le ocultan cuidadosamente a los europeos. (27)

Además de los *vihâras* ya descriptos, existen otros muchos esparcidos por la pendiente de la montaña, y semejantes monasterios-templos, aunque más pequeños que el primero, son,

en opinión de algunos arqueólogos, muchísimo más antiguos. Cual sea su verdadera edad nadie lo sabe, excepto algunos brahmanes que guardan silencio sobre ello. Desairadísima suele ser casi siempre la situación de los arqueólogos europeos frente a los problemas de la India. Las masas, sumidas como yacen en la más abyecta superstición, no pueden prestarles la menor ayuda, y los brahmanes instruidos, iniciados en los misterios de las bibliotecas secretas de las pagodas, hacen cuanto está en sus manos para impedir toda investigación arqueológica. Injusto sería, sin embargo, después de lo que ya ha ocurrido, el censurar a los brahmanes acerca del particular. Una amarga y secular experiencia les ha enseñado que sus únicas armas de defensa contra aquéllos son la desconfianza y la reserva, sin las cuales su historia tradicional y sus más preciados tesoros se habrían perdido irremisiblemente. Los trastornos políticos que han conmovido el país hasta en sus cimientos, las irrupciones mahometanas tan funestas, el vandalismo sin piedad de los mahometanos, cuanto de los *padres* católicos, capaces de todo con tal de hallar manuscritos y destruirlos, disculpa la conducta de los brahmanes.

A pesar de citadas tendencias destructoras guárdanse en muchos sitios de la India vastísimas bibliotecas capaces de irradiar nueva y refulgente luz no ya sobre la historia de la India, sino también sobre los más debatidos y obscuros problemas de la Historia Universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, se hallan en poder de príncipes del país y de pagodas dependientes de sus dominios, pero la mayor parte de ellas está bajo la custodia de los *jainos* –la más antigua de las sectas hindúes– y de los *takures* de la Raja–Putana, cuyos señoriales castillos se encuentran esparcidos por todo el Rajistán, cual sendos nidos de águila en las cumbres roqueras. La existencia de las célebres colecciones de Jassulmer y de Patana no es ningún secreto para el Gobierno, aunque sigan por completo fuera de su alcance. Además, los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo, hoy olvidado por completo e inteligible tan sólo para los más altos sacerdotes y sus bibliotecarios iniciados. Un grueso infolio de éstos es tan sagrado e inviolable, que pende de pesada cadena de oro en el centro del templo de Chintamani en Jassulmer y sólo es descendido al advenimiento de cada nuevo pontífice, para desempolvarle y arreglarle. Dicho libro es la obra de Somaditya Guru Acharya, Sumo Sacerdote premusulmán, bien conocido por la Historia, pues su manto sirve todavía para la iniciación de cada nuevo Alto sacerdote. El coronel James Tod, que pasara tantos años en la India granjeándose el cariño de todo el mundo, incluso de los brahmanes –la más

extraordinaria cosa que puede contarse en la historia de un angloindo–, ha escrito la única historia verdadera que hay acerca de la India y, sin embargo, jamás le fué permitido el tocar a dicho libro. Corre como muy autorizado entre los musulmanes el aserto de que hubo de serle ofrecida la iniciación en el templo aludido y él, como rabioso arqueólogo, casi se decidió a aceptar; pero como tuviese que regresar a Inglaterra a causa de su salud, dejó el mundo sin que le fuera dable tornar a su patria adoptiva, y el enigma de este nuevo volumen sibilino permanece por tal causa sin aclarar. (28)

Los *takures* de la Rajaputana que, según se cree, poseen algunas de dichas bibliotecas subterráneas, ocupan en la India una posición semejante a la de los señores feudales europeos del medioevo. Dependen nominalmente de algún príncipe del país o del Gobierno inglés, pero son independientes de hecho. Sus fortalezas erigidas en los más altos peñascos, y además de esta dificultad natural de acceso al visitante, sus dueños son más inaccesibles aún, porque en cada uno de estos castillos existen largos pasadizos subterráneos, sólo conocidos por su dueño actual y cuyo secreto éste lega a su sucesor al tiempo de su muerte. Nosotros hemos visitado dos de estos subterráneos, lo bastante dilatado uno de ellos para contener toda una aldea. No habrá tortura capaz de arrancar a sus dueños el secreto de la entrada, pero los Yoguis y Adeptos iniciados van y vienen libremente por ellos con la aquiescencia del *takur*.

Una historieta análoga corre muy autorizada respecto a las bibliotecas y pasajes subterráneos de Karli. Los arqueólogos, por su parte, son incapaces de precisar siquiera si el templo fué labrado por los buddhistas o por los brahmanes. La inmensa *daghopa* o altar que ocupa el Sancta Sanctorum del templo a la vista de los devotos, está cubierto por un techo en forma de parasol y remeda a un minarete cobijado bajo una cúpula. Estos parasoles suelen proteger a estatuas de Buddha y de los sabios chinos; pero los partidarios adoradores de Shiva, actuales poseedores del templo, aseguran, por su parte, que estas bajas construcciones no son sino *lingams* de dicho dios. Además, las estatuas de dioses de ambos sexos esculpidas en la roca impiden sostener que el templo sea de procedencia buddhista. Fergusson, a este propósito dice: "¿Qué representa en sí este memorable monumento de la antigüedad? ¿Procede de los hindúes o de los buddhistas? ¿Fueron trazados sus planos a raíz de la muerte de Sakya Sing, o pertenece acaso a otra religión todavía más antigua?"

Tal es el problema. Si obligado Fergusson por lo que patentizan las inscripciones, accede a reconocer la gran antigüedad de Karli, y asegura, por otro lado, que Elefanta es de fecha

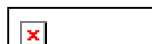
muy posterior, se creará un insoluble dilema, porque el estilo arquitectónico de uno y otro templo son enteramente el mismos y las esculturas de este último son, si se quiere, más elocuentes todavía. Atribuir, pues, Elefanta y Kanari a los buddhistas y decir, por otro lado, que ellos corresponden, respectivamente, a los siglos V y X, es caer en el mayor y más injustificable anacronismo, porque después del siglo anterior a nuestra Era, ya no quedaba en la India un solo buddhista de prestigio. Vencidos y perseguidos, en efecto, los buddhistas por los brahmanes hubieron aquéllos de emigrar hacia Ceilán y los distritos de allende el Himâlaya, y una vez muerto el rey Asoka el buddhismo fué raído del país por la teocracia de los brahmanes en breves años.

La hipótesis de Fergusson es incapaz de sufrir un análisis crítico. Elefanta y Salsetta, que están a dos y cinco millas, respectivamente, de Bombay, se encuentran plagadas de antiguos templos hindúes. ¿Es, pues, creíble que los fanáticos brahmanes, en todo el esplendor de su poder, o sea antes de las invasiones musulmanas, tolerasen que aquellos aborrecidos herejes alzasen templos en sus dominios, y especialmente en la isla de Gharipuri consagrada por las pagodas hindúes? Además, no hay precisión de ser arquitecto, ni arqueólogo, ni nada semejante para convencerse a primera vista de que templos como el de Elefanta constituyen la obra de verdaderos cíclopes y que para su erección se requirieron no años, sino siglos más bien. Mientras que en Karli todo está construido y tallado siguiendo un plan perfecto y único, en Elefanta no parece sino que millares de manos diferentes hubiesen trabajado en épocas distintas, al tenor de sus peculiares ideas y fantasías. Las tres cuevas principales de los templos están abiertas en durísima roca de pórfido, y el primer templo es un cuadrado de 130 pies de lado, con 16 pilastras y 26 gruesas columnas. Entre algunas median de 12 a 16 pies; entre otras 15 pies, 5 pulgadas, 13 pies y tres y media pulgadas, y así sucesivamente. Igual carencia de uniformidad se advierte en los pedestales, cuyo estilo varía de unos a otros.

¿Por qué, pues, no hemos de otorgar asentimiento a las explicaciones de los brahmanes, cuando nos aseguran que este último templo fué comenzado por los hijos de Pându, a raíz de la *gran guerra* del Mahâbhârata, y que a la muerte de éstos se ordenó a todo verdadero creyente que continuase la obra con arreglo a sus ideas peculiares? De este modo, dicen, se fué construyendo el templo gradualmente por espacio de tres siglos. Cuantos deseaban ver redimidos sus pecados poníanse con ardor a trabajar y fueron muchas las gentes nobiliarias y hasta los reyes que tomaron parte personal en referida labor.

Hacia la derecha del templo existe una piedra típica: un *lingam* de Shiva, en su simbolismo de Fuerza Fructificadora, cobijado bajo una capillita cuadrada de cuatro puertas. Alrededor del templete existen diversas figuras humanas de tamaño colosal. Son, según los brahmanes, estatuas que representan a los respectivos constructores reales, hindús de la más elevada alcurnia, guardianes de las puertas del Sancta Sanctorum. Cada una de estas figuras se apoya sobre un enano que representa a la casta inferior, promovido por la imaginación popular al rango de *daimon* o de *pisacha*.

El templo de Karli, por otra parte, está cuajado de nada hábiles trabajos en piedra, y los brahmanes aseguran que este sagrado recinto no se vería tan abandonado si los hombres, tanto de las generaciones pasadas, como de la actual, no fuesen realmente indignos de visitarlo. En cuanto a Kankari y algunos otros templos hipogeos, no cabe duda alguna que se deben a los buddhistas, porque en algunos de ellos se tropezaron inscripciones en perfecta conservación, cuyo estilo en nada se asemeja a las construcciones simbólicas del brahmanismo. El arzobispo Heber opina que el hipogeo de Kanari fué labrado en los siglos I o II del cristianismo; pero Elefanta es mucho más antiguo y debe ser catalogado entre los monumentos prehistóricos, como perteneciente a la época que siguió inmediatamente a la gran guerra cantada en el Mahâbhârata. Por desgracia, respecto a la fecha de esta célebre guerra no media acuerdo entre los científicos europeos, pues mientras que el sapientísimo Dr. Martín Haug la cree antidiluviana, el no menos célebre y sabio profesor Max Müller la coloca lo más cerca posible del siglo I de nuestra Era. (29)



La feria llegaba a su apoteosis, cuando, después que visitamos las celdas escalando todos los pisos, sin olvidar la ponderada "sala de los luchadores", descendimos, no por escalera alguna, de la que no hay ni rastro sino descolgados mediante maromas, cual cangilones de noria. Más de tres mil personas habían acudido de las ciudades y aldeas vecinas. Las mujeres iban adornadas con brillantes *saris* o faldas de colores, con profusión de anillos, no ya en narices, orejas y labios, sino doquiera que podía colgarse uno. Sus cabellos negrísimos, aplastados hacia atrás, brillaban por el aceite de coco y aparecían adornados

con las flores purpúreas que están consagradas a Shiva y a Bhavani, la contraparte femenina de dicho dios.

Delante del templo se alineaban multitud de tiendecitas donde podían adquirirse todos los útiles para los usuales sacrificios, tales como hierbas aromáticas, incienso, sándalo, gulab, anís y ese polvo rojo con el que los peregrinos espolvorean primero al ídolo y luego su propia faz. Faquires, bairagis, hossein, toda la cofradía mendicante, en fin, se hallaban entre la abigarrada multitud. Con sus guirnaldas entrelazadas, sus largos y despeinados cabellos, trenzados sobre la coronilla, cual verdaderos mohos, y sus barbudas caras, ofrecían cierta semejanza ridícula con monos desnudos. No pocos de ellos mostraban en sus cuerpos las heridas y cardenales inferidos al mortificarse bárbaramente. Vimos también algunos bunis encantadores de serpientes, con docenas de animales de esta especie enroscados por sus cinturas, brazos, piernas y cuello, cual modelos dignos de ser copiados por un pintor que tratara de representar la figura de una Furia masculina. Un jadugar era notable entre todos ellos. Su cabeza estaba coronada por un verdadero turbante de cobras, cuyas caperuzas y cabezas, de intenso verde obscuro, semejaban las hojas de una guirnalda. Silbaban los tales reptiles con tal furia y tal fuerza, que su ruido se oía a cien pasos, mientras que vibraban sus lenguas y brillaban de cólera sus ojuelos a la aproximación de las gentes. La frase de "picadura de una serpiente" es universal, pero ella en sí, la picadura, es por completo inofensiva.

Para que el veneno de la serpiente infeccione la sangre de la victima es preciso, no que el dardo o lengua de la serpiente pique, sino que muerda ella con sus colmillos. El colmillo de la cobra es semejante a una aguja, y comunica con la glándula del veneno. Si a la cobra se la corta esta glándula, la cobra no vive dos días; por tanto, la hipótesis de los escépticos, relativa a que el buni les amputa dicho saco glandular, es puramente gratuita. El término «silbar» no es el adecuado, tratándose de las cobras, pues que éstas no silban. El ruido que producen remeda al estertor de un moribundo, y todo el cuerpo de ella tiembla al lanzar este fuerte y pesado gruñido.

Por cierto que, a este propósito, tuvimos ocasión de presenciar un hecho bien extraño que sin comentarios transcribo, dejando a los naturalistas el cuidado de aclarar el enigma.

Ansiando, sin duda, una buena propina, el buni del turbante de cobras nos envió recado por un chicuelo que deseaba mostrarnos su poder de encantar a las serpientes. Aceptamos

gustosos, a condición, por supuesto, de establecer entre nosotros y sus discípulos lo que Disraeli llamaría "una prudente frontera científica". Escogimos un lugar aparte, a unos quince pasos del círculo mágico trazado por aquél, y sin pararme a describir las tretas y prodigios que en él vimos, consignaré tan sólo el fenómeno principal entre los que ejecutó el buni. Con ayuda de la *vaguda* o flautín de bambú hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño hipnótico, mediante una monótona melodía, original y baja, que por poco no nos duerme también a nosotros. Como quiera que sea, a todos nos acometió, sin causa aparente, un grandísimo sueño; pero fuimos sacados de aquel semiletargo por nuestro amigo Gulab-Sing, quien, cogiendo un puñado de no sé qué hierba, nos aconsejó que nos frotásemos las sienes con ella. Entonces sacó el buni de un sucio zurrón una especie de piedra redonda, parecida a un ojo de besugo o bien a un ágata con una mancha blanca en el centro, declarando que quien comprase aquella piedra podía encantar a cualquier cobra (no a las demás serpientes), porque la paralizaría y la haría dormir. Dicha piedra era el único remedio conocido contra la mordedura del referido animal, y bastaba aplicar el talismán a la herida para que se adhiriese a ella tan firmemente, que no caería de ella hasta no absorber todo el veneno, llegado cuyo momento se desprendería por sí misma, pasando todo peligro.

Sabiendo nosotros que el Gobierno daría complacido una buena recompensa a quien le proporcionase un antídoto contra el veneno de la cobra, no mostramos gran interés por poseer aquella piedra, y el buni entonces empezó a irritar a las cobras. Escogió luego una de ocho pies de largo y la puso literalmente furiosa. Rodeó ella con su cola un árbol; silbó y alzó la cabeza amenazadora. Entonces el buni, con la mayor sangre fría, dejó que le mordiese en un dedo, del cual vimos brotar todos gotas de sangre. Un grito enorme de espanto se escapó de entre la multitud; pero el buni, muy tranquilo, adhirió la piedra a la herida y la función continuó.

-¡Esto es una farsa -exclamó el coronel neoyorquino- a la serpiente le han quitado antes la glándula del veneno!

Para replicar contra semejante aserto, el buni cogió la cobra por la cabeza y, después de breve lucha, atravesó un palito en la boca del animal, de manera que no pudiese cerrarla. Luego la acercó a nosotros y nos la fué mostrando sucesivamente para que comprobásemos la falsedad de la suspicacia del Coronel. En efecto, todos pudimos apreciar que la terrible

glándula aparecía en el fondo de la boca de la cobra. Nuestro tozudo Coronel, sin embargo, insistió:

–Pero,¿cómo acreditar que la glándula tiene aun veneno?

Exasperado el buni hizo traer un gallo vivo; le ató las patas y le colocó frente a la cobra. Esta, en un principio, pareció no hacer caso de aquella su nueva víctima y siguió silbando amenazadora contra el buni, que la atormentaba e irritaba más y más. Al fin, se lanzó contra el pobre animal, quien intentó una débil defensa, aunque pronto quedó, por el terror, inmovilizado. El efecto de la mordedura fué instantáneo, y, como los hechos son hechos, aunque se trate de desvirtuarlos, diré lo que después acaeció. La serpiente estaba en el paroxismo de su furor hasta el punto de que ni un tigre se habría acercado a ella. Enroscada en un árbol, sacudía en el espació la parte delantera de su tronco, cual si pretendiese morderlo todo. Un perro que se hallaba cerca atrajo la atención del buni, quien le miraba con sus penetrantes y vidriosos ojos, al par que canturreaba no sé qué en baja voz. El can comenzó a inquietarse y, con el rabo entre piernas, trató de huir, pero, cual si sintiese una influencia misteriosa, quedó como petrificado. Luego, víctima de la sugestión del buni, fuésele acercando poco a poco con débil gruñido. En el acto me percaté de la intención del buni y sentí una inmensa compasión hacia el animal, pero el horror me tenía paralizada la lengua y no era dueña de mover un dedo. Afortunadamente la demoníaca escena fué breve. Así que el perro se halló cerca de la cobra, ésta le mordió cruel: el animalito cayó hacia atrás, se agitó su cuerpo con cortas convulsiones y murió también. Era, pues, insensato seguir dudando acerca de la eficacia del veneno.

A todo esto la extraña piedra se había desprendido del dedo del domador, quien nos mostró triunfal su dedo curado. Vimos todos, en efecto, la señal de la picadura: un punto rojo tamaño como una cabeza de alfiler. Luego, tomando el buni la piedra entre sus dedos y haciendo que sus demás serpientes se alzasen en corro sobre sus colas, nos demostró la influencia que dicha piedra ejercía sobre éstas, quienes al verla quedaban con la mirada fija en ella, como extasiadas. Cuanto más el buni acercaba la piedra a sus cabezas más se estremecían éstas, aterradas, cayendo, al fin, como hipnotizadas, una tras otra. Dirigiéndose luego al escéptico Coronel, te invitó a que experimentase por sí propio la influencia de la piedra. Pese a nuestras protestas de horror, el Coronel, sin hacernos caso, se armó con la piedra y se aproximó valerosamente a una deforme cobra. No hay para qué añadir que quedé petrificada de horror. La cobra, irguiendo su caperuza, trató de lanzarse

sobre el experimentador, pero repentinamente se detuvo y, después de breve pausa, principió a seguir con su pesado cuerpo los movimientos circulares de la mano del Coronel, y cuando éste llegó a tocar con la piedra sobre la cabeza del ofidio, la cobra se tambaleó cual si estuviese embriagada; amortiguó su intenso silbido, cayó lánguida su caperuza sobre su pescuezo, cerró los ojos inclinándose más y más, quedando, en fin, dormida, inerte como un tronco.

Respiramos, por fin. Llamamos luego aparte al hechicero y le requerimos para que nos vendiese aquella piedra–talismán, a lo que accedió en el acto pidiéndonos meras dos rupias. Recogí el talismán y aún lo conservo. El buni aseguró, y nuestros amigos hindúes lo confirmaron, que él no es sino una excrecencia huesosa de la cobra. Una cobra entre mil posee dicha excrecencia entre la mandíbula superior y el velo palatino, y no está ésta adherida al hueso, sino que flota envuelta en la piel del paladar, siendo muy fácil, pues, el cortarla, aunque con ello la cobra muere. Al decir de Bishu Nath, nuestro buni, semejante lámina o excrecencia confiere a la cobra que le posee el rango real sobre el resto de sus congéneres.

–Esta cobra real –añadió el hechicero– se parece a un brahmán, a un brahmán dwija entre shudras: todos le obedecen. También existe un sapo venenoso que está dotado asimismo de esta piedra, si bien los efectos de ella son más débiles. Para contrarrestar la acción del veneno de la cobra hay que aplicar la piedra del sapo dos minutos, a más tardar, después de la mordedura, pero la de la cobra es eficaz en cualquier momento, y su antídoto es seguro, ínterin el corazón del atacado no cese de latir.

Al despedirse el buni de nosotros, nos recomendó que guardásemos la piedra en un sitio seco y que cuidásemos de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como ocultarla durante los eclipses de sol y de luna, pues de otro modo, perdería su virtud. En los casos de mordedura por perro hidrófobo, nos dijo también que introdujésemos la piedra en un vaso con agua, dejándola en él durante la noche. Bebiendo el agua a la mañana siguiente el enfermo, cesaría todo peligro.

–¡Esto no es un hombre, sino un demonio!– exclamó el buen Coronel cuando se alejaba el buni camino del templo de Shiva, templo en el cual no logramos ser admitidos.

–¡Al contrario! –replicó el rajpunt, con significativa sonrisa–, como vos y como yo, no es sino un simple mortal y además un gran ignorante. Como todos los encantadores de

serpientes, está educado en una pagoda shivaítica. Shiva es el dios de las serpientes y los brahmanes les enseñan allí todo género de artimañas magnéticas por procedimientos empíricos, sin revelarles jamás los principios teóricos, asegurándoles tan sólo que el propio Shiva se halla siempre detrás de sus fenómenos, por manera que a éste atribuyen sus prodigios los tales bunis.

–Pero, dado que el Gobierno de la India tiene ofrecida una recompensa a quien encuentre el antídoto contra el veneno de la cobra, ¿por qué causa no la reclaman los bunis, en lugar de dejar morir a millares de personas tan tristemente?

–Jamás los brahmanes lo permitirían. Si el Gobierno se tomase la molestia de revisar con cuidado las estadísticas de las muertes originadas por las serpientes, *se advertiría que ningún hindú de la secta shivaítica ha muerto nunca por mordedura de las cobras.* Ellos dejan, si, que perezcan las gentes de otras sectas, pero salvan a todos los de la suya.

–Pero, ¿no ha advertido la facilidad con que parece haberse desprendido de su secreto, a pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no han de poder comprarlo los ingleses con idéntica facilidad?

–Porque semejante secreto es inútil por completo en manos de europeos. Los hindúes no lo ocultan, porque saben muy bien que nadie puede emplearlo sin su ayuda. La piedra sólo goza sus poderes prodigiosos cuando ha sido extraída de la cobra viva, y para poder cogerla sin matarla ha de ser ésta aletargada antes o, si preferís el término, *encantada*. ¿Y quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Aun entre los mismos hindúes no encontraréis un solo individuo en toda la India que posea este antiguo secreto, no siendo un discípulo de los brahmanes shivaitas. Sólo éstos poseen semejante monopolio, y de éstos, ni siquiera todos, sino –digámoslo de una vez– aquellos que siguen la escuela pseudo–Patanjâli, denominados ascetas Bhuta. Ahora bien, esparcidas por toda la India, no hay más que media docena de sus escuelas–pagodas, y sus sacerdotes, antes que de su secreto, se desprenderían de sus vidas.

–Hemos pagado tan sólo dos rupias por un secreto que resultó tan eficaz en manos del Coronel como en las del buni. ¿Seria difícil, acaso, el procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó a reír.

–Dentro de breves días –dijo– el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras manos inexpertas. Por eso os lo cedió en tan bajo precio, y con él probablemente estará a estas horas ofreciendo algún holocausto en los altares de su deidad. Garantizo una semana de actividad a vuestra compra. Después podéis tirarla sin escrúpulo.

No tardamos mucho tiempo en experimentar cuán profunda verdad mediaba en aquellas palabras. Al día siguiente tropezamos con una pequeñuela mordida por un escorpión verde. La niña parecía estar en las últimas convulsiones; pero tan pronto como le aplicamos la piedra pareció aliviarse, y una hora más tarde jugaba alegremente, mientras que, aun en el caso de picadura de escorpión negro común, el paciente sufre durante dos semanas. Diez días más tarde, cuando ensayamos los efectos de la piedra en un pobre coolíe que acababa de ser mordido por una cobra, ni se adhirió siquiera a la herida, y el infeliz expiró de allí a poco. No haré, pues, aquí el panegírico de la piedra, ni menos trataré de explicar sus virtudes. Me limito a narrar los hechos y dejo la suerte de este relato a la ventura. Los escépticos son muy dueños de pensar lo que gusten; pero muchas gentes podrán encontrar con facilidad en la India que testimonien acerca de nuestra exactitud.

Alguien me ha contado una anécdota relacionada con todo esto. Cuando el Dr. Sir. J. Fayrer publicó su *Thanatophidia*, obra muy conocida en Europa, acerca de las serpientes venenosas de la India, declaró categóricamente en ella su absoluta incredulidad respecto a los encantadores de serpientes del país. Quince días después de la aparición de su libro entre los angloindios, una cobra hubo de morder a su propio cocinero. Un buni que pasaba por allí se ofreció complaciente a salvarle la vida. Dadas sus seguridades, no hay por qué decir que el célebre naturalista no podía aceptar semejante oferta. No obstante, el mayor Kelly y otros oficiales le instaron para que permitiese el experimento. Convencido el doctor de que su cocinero no viviría una hora más, otorgó su consentimiento, y acaeció, como era de esperar, que antes de que transcurriese una hora el cocinero se encontró en su fogón preparando tranquilamente la comida, y se añade que el Dr. Fayrer pensó seriamente en quemar su libro.

El día se tornó terriblemente sofocante. El calor de las rocas nos quemaba los pies, a pesar de nuestro calzado de gruesas sucias. Por otra parte, la general curiosidad que despertaba nuestra presencia y el acosamiento nada atento de la multitud, se hacían insoportables. Resolvimos, pues, volver “a casa”, o sea a nuestra fresca caverna, a seiscientos pasos del

templo, donde teníamos propósito de pasar la velada y dormir, y como nuestros compañeros hindúes habían marchado a visitar la feria, partimos solos hacia allí. (30)



Al acercarnos a la entrada del templo atrajo nuestra atención la presencia de un joven de belleza ideal que se mantenía apartado de la multitud. Era un individuo de la secta sadhu, "un candidato a la santidad", al decir de uno de los de nuestra partida.

Los sadhúes difieren esencialmente de las demás sectas. jamás se muestran en público desnudos, ni se cubren de húmeda ceniza, ni se pintan signos en rostro ni frente, y, en fin, nunca adoran a los ídolos. Pertenecientes a la sección adwaita de la escuela vedantina, creen únicamente en Parabrahm o el Gran Espíritu. El joven parecía decentísimo, con su airosa túnica amarilla, especie de bata de noche desprovista de mangas. Sus cabellos eran largos y llevaba la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era, en verdad, de lo más extraordinario que darse puede, pues que, además de sus cuatro extremidades perfectamente conformadas, tenía una quinta pata que arrancaba de su morrillo. Tamaña fantasía de la Naturaleza usaba de aquella su quinta pata cual si fuera una mano y brazo, pues que daba con ella caza a las atormentadoras moscas y se rascaba la cabeza con su pezuña. Creímos al principio que se trataba de una artimaña para atraer la atención, y hasta nos sentirnos no poco hostiles hacia el bicho, como hacia su hermoso dueño; pero así que nos aproximamos, vimos que no se trataba de artilugio alguno, sino que era una jugarreta real y efectiva de la traviesa Madre Naturaleza. Supimos por el mismo joven que la vaca le había sido regalada por el maharaja Holkar, y que su leche había sido durante dos años su único alimento.

Los sadhúes son aspirantes a la Raja-Yoga y, como va dicho, pertenecen generalmente a la escuela Vedanta, esto es, son discípulos de Iniciados que han renunciado por completo al mundo, llevando una vida de perfecta castidad monástica. Una enemistad mortal media entre los sadhúes y los bunis shivaítas, que se manifiesta, por parte de aquéllos en forma de un desprecio silencioso y sin límites, y por la de los bunis por las continuas tentativas de raer a sus contrarios de sobre la faz de la tierra. Este antagonismo es tal como el que mediar pueda entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo entre Ahura-Mazda y

Ahrimán de los zoroastrianos. Multitud de gentes consideran a los sadhúes como verdaderos Magos, hijos del Sol o del Principio Divino, al paso que son tenidos los bunis como hechiceros peligrosos. Como habíamos oído estupendos relatos acerca de los primeros, ansiábamos ver alguno de los prodigios que se les atribuían, aun por ciertos ingleses, por lo cual invitamos con insistencia al joven sadhú a que visitara nuestra vihâra aquella tarde; pero el gallardo asceta rehusó severamente el hacerlo porque nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo mero ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, que rechazó con toda dignidad, y nos separamos.

Un sendero, o más bien una verdadera cornisa volando sobre el talud de una roca de 200 pies de altura, conducía del templo principal hasta nuestra vihâra, y se necesita excelentes ojos, pie seguro y cabeza firmísima para no caer en el precipicio al primer paso en falso. En ayudas no había ya qué pensar, porque, como el borde aquel no tiene más de dos pies de ancho, nadie podía ir al lado de otro. Teníamos, pues, que marchar uno a uno, sacando verdaderas fuerzas de flaqueza. Pero el valor se había ausentado de nuestro pecho con licencia ilimitada. Aun era peor que la de otro nadie la situación de nuestro americano Coronel; grueso y corto de vista, era por tales causas muy propenso al vértigo. Para animarnos nos pusimos a cantar el dúo de *Norma*, aquel que empieza "Moriam in sieme" , cogiéndonos a la vez de las manos para salvarnos de la muerte los cuatro compañeros, o morir los cuatro juntos.

Como era de temer, el Coronel nos dió un susto tremendo. Estábamos ya a la mitad del camino hacia la cueva, cuando dió un paso en falso: vaciló un momento, soltó mi mano y rodó hacia el borde de la cornisa. Nosotros tres, asidos a matas y piedras, nos hallábamos incapacitados por completo para socorrerle, y un grito unánime de horror salió de nuestros pechos, pero quedó cortado al ver que había conseguido asirse al tronco de un arbusto que crecía a pocos pasos por bajo. Sabíamos, además, que el Coronel era buen gimnasta y de mucha sangre fría ante el peligro. Sin embargo, el momento no podía ser más crítico. El débil arbusto podría ceder bajo su peso y no sabíamos qué partido tomar, cuando vimos que nuestros gritos demandando auxilio eran contestados por la repentina aparición del sadhú y de su vaca misteriosa.

Eran de ver marchando tranquilamente a unos veinte pasos por bajo de nosotros en un relieve tan ínfimo de la roca, que el pie de un niño con dificultad hubiera hallado sitio en donde posarse. Sin embargo, ambos caminaban tan tranquilos y descuidadamente como si

hallasen la más cómoda de las carreteras en lugar de aquel talud roquizo. El sadhú gritó al Coronel que se mantuviese firme y a nosotros que no nos moviésemos. Soltando al punto la cuerda con la que conducía a la vaca-fenómeno, dióla dos palmadas en el pescuezo, y con ambas manos la volvió la cabeza en dirección nuestra, gritándola al par que restallaba la lengua: -¡Chal! (anda). El animal, en el acto, con saltos de cabra montés, se acercó hacia donde estábamos y se quedó inmóvil ante nosotros, en cuanto al sadhú sus movimientos eran igualmente rápidos cual los de una cierva. Al instante llegó al arbusto; ató la cuerda en torno de la cintura del Coronel, le incorporó y luego, con un nuevo esfuerzo de su potente brazo, le subió hasta el camino. Así vióse pronto el Coronel a nuestro lado, sin haber perdido el ánimo ni un momento, pero sí, por desgracia, sus lentes de oro... La aventura que se anunciaba como tragedia acababa en sainete, pues. (31)

-¿Qué hacer ahora?- nos preguntamos -No podemos en modo alguno dejaros solo otra vez.

-De aquí a muy poco sobrevendrá la noche y estaremos perdidos -dijo Mr. Y..., el secretario del Coronel.

Efectivamente que el Sol se hundía ya en el horizonte y los segundos eran más que preciosos. En el entretanto, el sadhú había vuelto a liar la cuerda en torno del pescuezo de la vaca, y permanecía de pie, ante nosotros, sin entender, indudablemente, nuestra conversación. Su alta y fina silueta parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negra y undosa cabellera flotaba al soplo de la brisa, era lo único que mostraba que en él contemplábamos a un ser vivo y no a una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente riesgo, Miss X..., que era artista de nacimiento, exclamó:

-¡Mirad la majestad de ese purísimo perfil; observad también su gallarda apostura y lo hermoso de su silueta sobre el dorado y azul del firmamento! ¡Diríase que era el propio Adonis griego y no un mero hindú!

El Adonis puso fin a su éxtasis. Miro a Miss X... con ojos compasivos, medio sonrientes, y dijo con poderosa voz de hindú:

-Bara-Sahib no puede ir más lejos sin que ajenos ojos le ayuden. Los ojos de Sahib son sus peores enemigos. Monte el Sahib en mi vaca que ella no tropieza jamás.

-¿Yo montar en una vaca, y de cinco patas?... ¡jamás!- exclamó el infeliz Coronel con aire tan lánguido y triste que todos soltamos la carcajada.

–Preferible le será al Sahib el sentarse sobre una vaca que acostarse en una chitta– replicó el sadhú con seriedad encantadora, aludiendo a la *chitta* o pira donde son quemados los cadáveres–. ¿Por qué evocar una hora que no ha sonado aun para morir?

Convencido el buen Coronel de la completa inutilidad de su resistencia, aceptó al fin el consejo del sadhú, quien hubo de colocarle con especial cuidado a horcajadas sobre la vaca, recomendándole que se asiese de su quinta pata.

Rompió en seguida el sadhú la interrumpida marcha, y todos le seguimos como mejor pudimos. Unos minutos después estábamos ya en la terraza de nuestro vihâra, donde nos esperaban nuestros amigos hindúes, que habían regresado por distinto camino. Nos apresuramos a referirles nuestras aventuras, y cuando fuimos a dirigirnos al sadhú, advertimos con sorpresa que él y su vaca habían desaparecido.

–Es inútil que le busquéis– observó tranquilamente Gulab-Sing–. Él sabe bien que sois sincero en vuestra gratitud, querido Coronel, pero jamás os habría aceptado recompensa alguna. ¡No olvidéis que se trata de un sadhú y no de un despreciable buni!– añadió con énfasis.

Al oír expresarse así al takur Gulab-Sing vino a nuestras mientes lo que se decía de que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también a la secta de los sadhúes.

–¿Quién sabe?– murmuró el Coronel a mi oído–. Acaso tenga no poco de verdadera semejante dicho. Los Sadhú-Nânaka no debe ser confundido con los Gurú-Nânaka, uno de los jefes de los sikhs, porque los primeros son adwaítas, o creyentes en la Divinidad abstracta, a la que denominan Parabrahm, como va dicho, mientras que los últimos son monoteístas.

En la sala central del vihâra habla una estatua de Bhavani, la contraparte femenina de Shiva. Era la estatua de tamaño natural, y del cuerpo de la *Devakî* vimos brotaba el agua fresca y pura de uno de los manantiales de la montaña, que caía luego en una pila, a sus pies, entre los montones de ofrendas consagrados a la diosa, ofrendas consistentes en incienso, arroz, flores y hojas de betel. Como la sala resultaba así demasiado húmeda, preferimos pasar la noche al aire libre en la terraza, colgados –valga la frase– entre la tierra y el cielo, alumbrados por la claridad de la luna casi llena. Preparóse una cena al uso oriental sobre los manteles tendidos en el suelo y utilizando a guisa de platos las hojas de los plátanos. Los silenciosos pasos de los sirvientes, verdaderos fantasmas con turbantes de

roja o blanca muselina; las obscuras fauces de las criptas vecinas, excavadas por razas ignoradas en tiempos los más remotos en loor de una religión prehistórica, por completo desconocida, y, en fin, la profundidad sin límites del espacio esfumado por los vagos efluvios de la luna, todo contribuía a transportarnos a un extraño mundo y a épocas lejanísimas, distintas por completo de la nuestra.

Teníamos a la vista además cinco diferentes tipos de indumentaria, cinco representantes de otros tantos pueblos diferentes, sin la más remota semejanza entre si, y conocidos, sin embargo, por nuestra etnografía bajo el nombre genérico de hindúes, cual el cóndor, el águila, el halcón, el búho y el buitre son conocidos por la denominación genérica de "aves de rapiña". Es, a saber: un *rajput*, un *bengalés*, un *madrasiano*, un *singalés* y un *mahratti*, descendiente este último de una raza acerca de cuyo origen llevan discutiendo más de medio siglo los sabios de Europa, sin conseguir el llegar a un acuerdo. (32)



Los rajputs son conocidos como hindúes, y se los cree pertenecientes al gran tronco ario; pero ellos se denominan así propios Surya-vansa, esto es, descendientes de Sûrya, o el Sol, mientras que los brahmanes derivan su origen de Hindú, o la Luna, por lo que son conocidos a su vez como Indú-vansa, ya que Hindú, Chandra y Soma son, en sánscrito, otros tantos nombres de la Luna. Así, pues, si a los primeros arios que aparecieron en el prólogo de la Historia los denominamos brahmanes, estos es, las gentes que, según Max-Müller, cruzaron los Himalayas y conquistaron el país del Penjab o de los cinco ríos, entonces los rajputs no pueden considerarse como arios, y viceversa; si son ellos también arios, y además no son brahmanes (pues que todas sus genealogías y libros religiosos llamados *Purânas* demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes mismos), es indudable que aquellas tribus arias primitivas existieron efectivamente en otros países de nuestro globo además del tan famoso país del Oxus, cuna de la raza germánica, antecesora de arios y de hindúes, según supone dicho sabio y su escuela alemana.

La genealogía lunar brahmánica, según el árbol genealógico sacado por el coronel Tod de los manuscritos *puránicos* que existen en los archivos de Oodeypore, principia con Pururavas, dos mil doscientos años antes de Cristo, y mucho más tarde, por tanto, que la

de lkshvâku, el gran patriarca de Suryavansa. Rech, el cuarto hijo de Pururavas, encabeza la línea propiamente lunar, pero hasta después de la decimoquinta generación suyo no aparece Harita, fundador de la Kanshika-gotra o tribu brahmánica.

Así es que los rajputs odian mortalmente a estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada de común con los hijos de la Luna y de Krishna. Respecto de los bengalíes, al decir de su tradición histórica, no son ellos sino aborígenes, y dravidianos los madrasianos y los singaleses. De éstos se han dicho ora que son camitas, ora que semitas, ora que arios, y, últimamente, han sido dejados "a la voluntad de Dios", al agregar que en todo caso son turanios migoles. En cuanto a los maharavattis, ellos son los aborígenes del Indostán occidental, como los bengalíes lo son del oriental, pero en lo relativo a poder precisar a qué tronco pertenecen estas gentes ningún etnólogo alcanzaría a determinarlo, excepto quizá un alemán de esos que niegan con todo aplomo las propias tradiciones de los naturales, sencillamente porque no concuerden con sus sabias conclusiones. Cuando tal suceda, los antiguos manuscritos en cuestión son desfigurados y sacrificados en aras de la ficción emanada de algún oráculo favorito... Por crear ídolos en el mundo espiritual suelen ser tachadas de supersticiosas las masas ignorantes; pero, ¿no es acaso el hombre ilustrado, mil veces más incongruente que tales masas cuando se trata de sus autoridades predilectas? ¿No permite él, acaso, que media docena de laureadas cabezas hagan lo que les venga en gana con los hechos para sacar las conclusiones con arreglo a sus gustos, mientras maltrata a cuantos osan alzarse contra los dogmas de estos especialistas infalibles?

No olvidemos a este propósito el caso acaecido al propio Luis Jacolliot, quien a pesar de haber vivido durante veinte años en la India, y a pesar de conocer a fondo al país y su lengua, fué arrollado por aquel Max Müller, cuyo pie jamás hollase el suelo indostánico.

Meros niños de pecho son los pueblos más antiguos de Europa respecto de las tribus asiáticas, especialmente las de la India, y ante las gloriosas genealogías de los rajputs resultan de ayer las más antiguas noblezas europeas. Ellas constituyen al par los anales más veraces y antiguos de todos los pueblos, al decir del coronel Tod, quien hubo de estudiar durante más de cuatro lustros aquellas genealogías. Datan ellas, en efecto, de mil a dos mil doscientos años antes de Cristo, y sus frecuentes referencias a autores griegos testimonian su autenticidad. Tras larga y esmeradísima compulsa de las inscripciones epigráficas, con el texto de los *Purânas*, dicho autor formuló la conclusión de que los archivos de Oodeypore (ahora inaccesibles al público), y sin necesidad de otras fuentes de

estudio, constituyen la clave, tanto para la historia de la India en particular, como para toda la historia del mundo. Por supuesto que el coronel Tod cuida muy bien de aconsejar, a diferencia de tantos arqueólogos charlatanes que ignoran lo que es la India, que no se tome la historia de Rama, de Krishna y de los cinco hermanos Pandúes del Mahâbhârata, como meras alegorías poéticas. Antes al contrario, quien medite atentamente acerca de estas pretendidas leyendas, se convencerá de que sus *fábulas* no son sino vivos recuerdos históricos, ya que las comprueban los propios descendientes de estos héroes, sus tribus, sus ciudades antiguas y sus monedas. Nadie puede aventurarse a juzgar, en definitiva, sin haber consultado como aquél las inscripciones de las columnas de Purag, de Mevar y de Inda-Prestha, las de las rocas de Junagur, Bijoli, Aravuri y demás antiquísimos templos jainos, esparcidos por la India, y donde aparecen epigrafías numerosas en lengua hoy completamente desconocida y en comparación de la cual son meros juegos de niños los jeroglíficos egipcios.

No obstante todo esto, el profesor Max-Müller, quien, como va dicho, jamás estuvo en la India, se erigió en juez del asunto y adulteró las tablas cronológicas, a su gusto, para que Europa luego, tomándole como un oráculo, siguiese al pie de la letra sus falsas conclusiones. *¡Así se escribe la Historia en nuestros días!*

No puedo resistir a la tentación de demostrar, aunque sólo sea a mis lectores rusos, en cuán débiles bases están apoyadas las conclusiones cronológicas del venerable sanscritista alemán y cuán poca confianza merece cuando se pronuncia en contra de la antigüedad de este o del otro manuscrito. Páginas estas nuestras de índole ligera y descriptivas, no pueden tener, como tales, pretensiones de erudición, por lo que acaso lleguen a parecer incongruentes. Pero no hay que olvidar que en Rusia, igual que en otros países de Europa, la gente estima el valor de cualquier lumbrera filológica al tenor de los puntos de admiración que le prodiguen sus admiradores y que no se conoce allí por nadie el famoso *Veda-Brashya* del swani Dayanand. Hasta se ignorará acaso la existencia de tal obra, cosa afortunada por la reputación científica del profesor Max-Müller. Diré, pues, brevemente que cuando éste declara en *su Sahitya-Grantha* que los arioindos adquirieron la noción de la Divinidad muy lentamente, es evidente que intenta demostrarnos que los *Vedas* están muy lejos de contar con una antigüedad tan grande, como la que les asignan algunos de sus colegas universitarios. Después de aducir algunos razonamientos en pro de su teoría, termina con un hecho que deputa como indiscutible. Señala, en efecto, la palabra *hiranya-*

garbha de *los mantrams,* que él traduce por la palabra *oro*, y añade que, como aquella parte de los *Vedas* llamada *chanda,* apareció hace unos tres mil cien años, la otra parte consagrada a los *mantrams* no puede datar de antes de unos dos mil novecientos años. Conviene advertir que los *Vedas* están divididos en dos partes: los *chandas*, slokas o versos, y los *mantrams* de oraciones rítmicas a manera de himnos, que se emplearon además en las operaciones de la buena Magia. Ahora bien, el profesor Max-Müller analiza el mantrams de "Agnihi Poorwebhihi" tanto filosófica, como cronológicamente, y tropezando en él con la palabra *hiranya-garbha* la califica como un anacronismo. "Los antiguos no conocían el oro -dice-, y, por tanto, si el oro es mencionado en este mantram, se debe sin duda a una interpolación ulterior, relativamente moderna".

Pero en este punto comete un crasísimo error el ilustre sanscritista. El mismo swami Dayanand y otros pandits o doctores que distan mucho de ser amigos de Dayanand, sostiene que el profesor ha interpretado erróneamente aquel término. *Hiranya,* ahora ni nunca ha significado *oro* cuando va unido a la palabra *garbha,* pues entonces no debe traducirse sino por *luz divina; conocimiento místico,* de manera semejante a como los alquimistas solían emplear la frase de *oro sublimado,* en vez de la de *luz*, cuando trataban de obtener el metal puro con sus rayos. Los dos vocablos de *hiranya* y *garbha,* cuando van unidos, significan literalmente, pues, *el seno radiante,* y al ser usados en los *Vedas,* se aplican al Primer Principio, en cuyo seno yace permanentemente la luz del divino Conocimiento; la suprema Verdad, la Esencia del alma humana, purificada de todos sus pecados, al modo de como yace la pepita de oro en el seno de la tierra.

Hay que mirar siempre en los *mantrams* un doble sentido: el literal o material y el puramente abstracto o metafísico, ya que todo cuanto existe en la tierra se halla íntimamente ligado con el mundo espiritual, del que no es sino una reflexión grosera; procediendo de él y siendo en él reabsorbido. Indra, el dios del trueno, por ejemplo; Surya, el dios del Sol; Vayú, el del viento, y Agni, el del fuego, dependen todos de aquel Principio Primero, y parten, según el mantrams, del radiante seno de luz o *hiranyagarbha*. Los dioses en tal concepto no son sino los Poderes de la Naturaleza, y los Adeptos o Iniciados de la India saben bien que el dios Indra no es sino el mero sonido producido por las descargas eléctricas, o más bien la misma electricidad. Surya, a su vez, no es el dios del Sol, sino más bien el ígneo centro de nuestro sistema: la Esencia de donde proceden el fuego, la luz, el calor, etc., o sea la cosa misma, que ningún hombre de ciencia europea, desde Tyndall

hasta Schröpfer, no han podido definir todavía. Tamaña significación oculta pasó inadvertida para Max-Müller, quien, por apegarse siempre a la letra muerta, vese forzado a cortar el nudo de Gordio, que no puede desatar. ¿Cómo se le puede permitir entonces que dicte fallo acerca de la antigüedad de los Vedas, cuando tan pobremente interpreta estos antiquísimos documentos?

Tal expone, al menos, Dayanand, y a él y a su Rig-Veda Bhashya Bhoomika deben dirigirse para más amplia información. (33)

Todos, menos yo, dormían pesadamente en torno del fuego, sin cuidarse lo más mínimo del vocerío de la feria ni del prolongado rugir de los tigres del valle, ni siquiera de las oraciones salmodiadas por los peregrinos que iban y venían durante la noche, cruzando a obscuras y sin temor alguno aquel mismo sendero que tanta zozobra nos produjese a nosotros de día. Venían en grupos de dos o de tres individuos, y a veces, hasta cruzaba una mujer sin acompañante alguno. Como nosotros ocupábamos la entrada del vihâra grande, después de regruñir un tanto penetraban por una de las pequeñas cuevas laterales semejante a un templete con la estatua de Devaki-Mata, alzándose sobre un pilón. Cada peregrino se prosternaba unos instantes, colocaba su ofrenda a los pies de la diosa, humedecía su frente, mejillas y pecho con el agua de la pila, o bien se bañaba en ella, y, en fin, se retiraba sin volver la espalda, arrodillándose por última vez en la puerta y desaparecía en la obscuridad balbuceando su postrer plegaria: ¡Mata, Maha-mata! (¡Madre, madre excelsa!)

Dos de los criados de Gulab-Sing, encargados de hacer la centinela contra las fieras, se hallaban sentados en las gradas del atrio con sus clásicas lanzas y pieles de león o tigre. Como no podía conciliar el sueño, observaba con curiosidad creciente cuanto en nuestro derredor acaecía. El takur tampoco dormía, y siempre que entreabría mis ojos, abrumados por el sopor, veía destacarse, en primer término de aquel cuadro, la silueta gigante de nuestro misterioso amigo.

Hallábase el rajput sentado, según la costumbre oriental, rodeando con sus brazos sus rodillas, sobre un banco tallado en la roca a un extremo de la terraza, con la mirada fija en la diáfana atmósfera. Tan al borde se hallaba del abismo, que al más ligero movimiento podía ponerle en gran peligro. Pero la misma Bhavani, la de la estatua de granito, estaba más inmóvil que él. Era entonces tan intensa la luz de la luna que, por contraste, la negra

sombra producida por la roca que le cobijaba se hacía doblemente impenetrable y velaba su cara con la majestad de las tinieblas. De vez en cuando el fulgor del amortiguado fuego se avivaba un instante, y al reflejar sobre la silueta aquélla podía distinguir sus hieráticos perfiles bronceados, y sus brillantes ojos, tan inmóviles como el resto de su persona.

–¿En qué pensará? ¿Duerme tan sólo o se encuentra en ese extraño estado, en que toda la vida corporal parece temporalmente detenida? Precisamente nos había relatado aquella misma mañana, cómo los rajayoguis iniciados podían sumirse a voluntad en este estado... ¡O si, al menos, yo pudiera dormir!

De repente di un salto, excitada por los recuerdos de las cobras, al escuchar a mi lado mismo un largo y agudo silbido. El estridente sonido databa del propio heno sobre el que reposaba. ¡Luego se repitió una y hasta dos veces... ¡Era nuestro reloj–despertador americano que siempre viajaba conmigo! No pude menos de sentirme avergonzada de mi puerilidad.

Pero ni el silbido, ni el sonoro campanilleo del despertador, ni mi repentino movimiento que habla obligado a Miss X... a levantar su soñolienta cabeza, sacaron a Gulab–Sing de su impasibilidad sobre el borde del precipicio. Transcurrió así otra media hora. Aún se oía el lejano rumor de la fiesta y todo en derredor mío yacía silencioso y tranquilo; pero el sueño huía más cada vez de mí. A poco se levantó el viento fresco que precede al amanecer, agitando los arbustos y árboles del abismo, y mi atención se fijaba alternativamente en el grupo formado por los tres rajputs, amo y criados, que delante tenía, y, sin saber por qué, fijé la vista en los largos cabellos de los criados que flotaban al viento, aunque el sitio estaba resguardado. Al contemplar en seguida al takur, la sangre se me heló en las venas. Mientras el turbante de uno de aquellos flotaba a impulsos del viento, la cabellera del Sahib, en cambio, permanecía tan inmóvil como si estuviese pegado sobre sus espaldas. No se movía ni un solo cabello, ni un pliegue tan solo de su fino vestido de muselina.

–¿Qué significa esto? –me pregunté a mí misma llena de curiosidad–. ¿Soy víctima de una alucinación o de una realidad inexplicable y maravillosa? Cerré los ojos para no ver más; pero un instante después volví a abrirlos sobresaltada ante cierto ruido alarmante que acababa de sentir hacia las gradas de entrada. La larga y obscura silueta de una fiera aparecía contorneada sobre el pálido ambiente exterior. Vi sus medrosos perfiles, su larga cola que azotaba sus ijares, y vi también que los criados se levantaban tan veloces como

silenciosos, mirando a Gulah-Sing como para pedirle órdenes. Pero, ¿dónde estaba Gulab-Sing? En el sitio de un momento antes nadie había. Sólo se percibía el topi o turbante agitado por el viento. Me levanté de un salto, al par que un rugido ensordecedor retumbó por todo el vihâra cual un trueno. ¡Cielos, un tigre!

Antes de que la impresión tomase clara forma en mi mente, todos cuantos dormían se levantaron de un salto; los hombres empuñaron sus revólveres y carabinas, y un crujido como de ramas rotas, aunado al ruido que hiciese al caer un cuerpo pesado hacia el fondo del precipicio.

–¿Qué pasa? –dijo tranquilamente, en medio de la alarma general, la voz de Gulab-Sing, a quien veía de nuevo sentado sobre el banco de piedra–. ¿Por qué alarmarse tanto?

–¡Un tigre! ¿No era un tigre? –gritaron atropelladamente europeos e hindúes, salvo Miss X..., que temblaba como si tuviese fiebre.

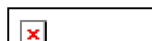
–Tigre o lo que fuera poco nos importa ya, pues lo que fuese yace exánime en el fondo del abismo– contestó bostezando el rajput.

–No sé cómo el Gobierno no hace acabar con tan horribles animales –decía sollozando la infeliz Miss X.... quien, sin duda, creía a pies juntos en la omnipotencia del Poder Ejecutivo.

–Mas, ¿cómo os habéis podido librar *del de las rayas*? –insistía, confuso el Coronel–. ¿Habéis disparado algún tiro que, sin embargo, no hemos oído?

–Vosotros, los europeos, os imagináis que un tiro es, si no el único, el mejor expediente al menos para librarse de las fieras; pero nosotros poseemos contra ellas otros medios más eficaces, a veces, que los fusiles mismos –dijo el babú Narendro-Das-Sen–. Esperad a llegar a Bengala, que allí tendréis sobrada ocasión de trabar conocimiento con los señores tigres.

Empezaba a clarear el día, y Gulab-Sing nos propuso el descender para examinar las cuevas restantes y las ruinas de una fortaleza, antes que el Sol calentase con exceso. A las tres y media nos dirigimos al valle por otro camino más practicable, sin que esta vez nos acaeciese aventura alguna. El maharatti nos abandonó sin decirnos dónde iba.



Visitamos así la derruida fortaleza de Logarh, conquistada por Sivaji a los mogoles en 1670, y los restos de la sala donde la viuda de Nana Farnavese, so pretexto de protectorado inglés fué mantenida de hecho como prisionera del general Wellesley en 1804, con una pensión de 12.000 rupias. De allí nos dirigimos a la aldea de Vargaon, aún muy rica y antaño fortificada. Allí pasaríamos las horas más calurosas del día, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, para ir después a los históricos hipogeos de Birsa y Badjab, a unas tres millas de Karli.

A cosa de las dos, cuando a pesar de nuestros enormes abanicos echábamos pestes contra el calor, apareció nuestro amigo el brahmán de Mahratta, a quien creíamos extraviado. Le acompañaban media docena de decanies, o naturales del Decan, y avanzaba con lentitud, sentado casi en las orejas del caballo, que relinchaba con poquísimas ganas de andar. Cuando llegó a la terraza y echó pie a tierra, supimos la verdadera causa de su desaparición. Atravesado en el arzón de la silla traía el cadáver de un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Aún mostraba llena de sangre su entreabierta boca. QuitáronIo de la silla y le depositaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Sería el tigre aquél que nos visitara la noche anterior? Miré a Gulab-Sing, que reposaba en un rincón sobre su manta, con la cabeza apoyada en la mano y leyendo. Frunció apenas el entrecejo, pero nada dijo. El brahmán portador del tigre permanecía silencioso también, inspeccionando no sé qué clase de preparativos como para una solemnidad, exigida por las creencias de aquellas supersticiosas gentes.

Un poco pelo cortado de la piel de todo tigre que no ha caído por baja ni cuchillo, sino por la mera *palabra* del Maestro, es considerado como el mejor de los talismanes contra toda la felina raza.

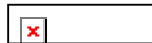
–Esta es una oportunidad rarísima –explicó el maharatti–, porque rara vez se encuentra un hombre que posea la tal palabra. Los yoguis y sâddhus no matan, generalmente, a las fieras, creyendo reprensible la destrucción de cualquier ser viviente, aunque sea la de una cobra o de un tigre, cuidando, tan sólo, de apartarse de los animales dañinos. En la India no existe, pues, más que una Fraternidad, cuyos individuos poseen todos los secretos y nada existe oculto para ellos en la Naturaleza entera. A la vista teníamos un tigre cuyo cuerpo evidenciaba que no había sido muerto por otra arma que la palabra de Gulab-Sing. Le

encontré sin dificultad entre la maleza, por bajo, exactamente, de nuestro vihâra, y de la roca desde la cual rodase el tigre ya muerto y sepan que los tigres jamás dan paso en falso. Así, pues, Gulab-Sing, yo os saludo: ¡Sois todo un raja-yogui! –terminó el orgulloso brahmán, postrándose de hinojos ante el takur.

–¡Dejaos de vanas palabras, Krishna Rao –interrumpió Gulab-Sing–, levantaos y no hagáis el papel de un mísero shûdra!

–Os obedezco, Sahib, pero perdonadme, porque confío en mi propio juicio. Ningún raja-yogui, por otra parte, ha declarado jamás sus relaciones con la Fraternidad, desde el día en que el monte Abu vino a la existencia.

Luego, el brahmán comenzó a distribuir porciones del pelo del tigre. Nadie pronunció palabra y yo miré con curiosidad a todos mis compañeros de viaje. El Coronel, presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado, con la mirada baja y extraordinariamente pálido. Su secretario, Mr. Y..., echado de espaldas, aceptó silenciosamente su porción de pelo y lo guardó en su bolsa. En cuanto a los hindúes, todos rodeaban al tigre, y el singalés trazaba misteriosos signos en la frente del animal, mientras Gulab-Sing, como si nada fuese con él, continuaba su lectura. (34)

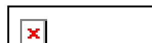


El hipogeo de Birza, a seis millas de Vargaon, aparece tallado bajo el mismo plan que el de Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre 26 columnas de 18 pies de altura, y el pórtico sobre cuatro columnas de 24 pies, con imafrontes formados por grupos de caballos, elefantes y bueyes de la más refinada belleza. La llamada *Cámara de Iniciación* es un espacioso recinto de planta oval, con columnata y 11 celdas muy hondas excavadas en la roca. Las cuevas de Bajah son las más admirables y antiguas de todas. Aun se ven en ellas inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron excavados por los jainas, más bien que por los buddhistas. Los actuales buddhistas sólo admiten a un Buddha, o sea a Gautama, príncipe de Kapilavastu, seis siglos antes de la Era Cristiana, mientras que los jainas reconocen a Buddha en cada uno de sus 34 Instructores Divinos o Tirthankaras, el último de los cuales fué el Gurú o Maestro de Gautama. Semejante diferencia entre unos y otros es muy embarazosa cuando se trata de hacer conjeturas acerca de la filiación de este o

aquel vihâra o chailya, porque conviene saber que la antigüedad de la secta Jaina se pierde en la más remota e insondable antigüedad, y, por tanto, el nombre de Buddha que aparece repetido en las inscripciones, igual puede atribuirse al último y propiamente dichos, que al primero de la serie de ellos que data, según la genealogía de Tod, de dos mil doscientos años antes de Cristo.

Una de las inscripciones de la cueva de Baira, por ejemplo, esculpida en caracteres cuneiformes dice así: "Ex voto del asceta de Nassk, al santo, al celeste y divino Buddha, sin pecado". Otra, que campea sobre una celda, añade: "Humilde ofrenda al Celestial; al bien amado cuerpo físico, fruto del Manú, aquí siempre presente". No hay que añadir que de aquí suele deducirse el carácter del hipogeo como si, en efecto, perteneciese a los brahmanes que creen en Manú. Dos más dicen: "Homenaje al purificado Saka-Saka". "Ofrenda del vehículo de Radha (la esposa de Krishna, símbolo de toda perfección), a Sugata, el que partió para siempre". Sugata es también otro de los nombres de Buddha. ¡Nueva contradicción!

En aquellos alrededores de Vargaón, fué donde los anahrattis cogieron prisionero al capitán Vaughan, a su esposa y a su hermano y los ahorcaron, después de la batalla de Khirki. (35)



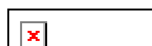
A la siguiente mañana marchamos a Chinchor, o Chinchud, como se le llama en el país. Es una miniatura del L'hassa del Tíbet, porque así como el Buddha encarna sucesivamente en cada Dalai-Lama, aquí, asimismo, Shiva, su padre celeste, le permite a su vez encarnar en el hijo mayor de determinada familia brahmánica. Hay un templo suntuoso en el cual los Sucesivos avatares de Gumpati han vivido y sido adorados durante más de doscientos años. Narremos lo que allí acaeció.

Hace unos doscientos cincuenta años que a un pobre matrimonio brahmán, el dios de la Sabiduría le prometió en sueños que encarnaría en su hijo primogénito. El muchacho que nació, en efecto, fué llamado Maroba, que es uno de los muchos títulos del Dios. Maroba, creció, se casó, y tuvo varios hijos, tras lo cual el dios le ordenó que renunciase al mundo y fuera a terminar su vida en el desierto. Allí ya, durante veintidós años, según la leyenda

cuenta, Maroba realizó infinitos milagros, aumentando su fama cada día. El asceta vivía en un rincón de la selva impenetrable que cubría a Chinchud en aquellos tiempos. Gumpati se le tornó a mostrar de nuevo y prometió seguir encarnando en su descendencia durante siete generaciones, después de lo cual sus milagros ya no tuvieron límites y la gente acabó por rendirle culto y edificarle un templo suntuoso.

Últimamente Maroba ordenó a su pueblo que le enterrasen vivo, en cuclillas y con un libro en la mano, y que no volviesen a abrir su sepultura so pena de toda su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Gumpati encarnó en su Primogénito, quien, a su vez, dió principio a una vida de portentos. Así, pues, el divino Maroba I fue reemplazado por el divino Chintamán I. Este último dios tuvo ocho esposas y ocho hijos; y las prodigiosas habilidades de Narayán I, el mayor de estos hijos, fueron tan sonadas que su fama llegó a oídos del emperador Alamgir, quien trató de comprobar el alcance de su *divinización* o poderes. Al efecto, Alamgir, a guisa de presente, le hizo enviar un pedazo de cola de una vaca envuelta en riquísimas telas. Es sabido que para un hindú el tocar tan sólo la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones; pero Narayán, al recibirla, roció el paquete con agua, y así que le desenvolvieron hallaron un precioso ramillete de syringas blancas en lugar de la impía cola. Semejante metamorfosis asombró tanto al soberano que regaló al dios Narayán I ocho aldeas. Estas riquezas pasaron después a Chintamán-Deo II, cuyo heredero fué Dharmadhar y, finalmente, a Narayán II. Este, al violar el sepulcro de Maroba atrajo la maldición sobre su cabeza, razón por la cual su hijo, el último de esta dinastía de dioses, ha de morir sin sucesión.

Cuando nosotros vimos a este último avatar de Gumpati era ya un anciano de noventa años, sentado en una especie de plataforma. Su cabeza apenas se sostenía, y sus ojos, de estúpida mirada, no nos veía ya, gracias al uso continuo del opio. Multitud de piedras preciosas brillaban en su cuello, orejas y dedos de manos y pies, y en torno suyo se amontonaban numerosas ofrendas. Para podernos acercar a semejante reliquia, que se desmoronaba, se nos había obligado a descalzarnos.



Tornamos a Bombay aquella tarde para salir dos días después a nuestro viaje al noroeste, porque teníamos que ver a Nissit, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus hipogeos y la torre de Rama, y visitar a Allabad, la antigua Prayâga, metrópoli de la dinastía lunar, que se alza en la confluencia del Ganges y del Jumna, a Benarés, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; a Cawnpur, célebre por la sangrienta venganza de Nana Sahib. Teníamos que ver asimismo los restos de la Ciudad del Sol, destruída hace seis mil años, según los cómputos de Colebrooke; a Agra y a Delhi; explorar luego el Rajistán, con sus mil castillos takures, leyendas y ruinas; a Labore, la metrópoli del Penjab, y, en fin, detenernos algún tiempo en Amritsar, en cuyo Templo de Oro, construido en el centro del *Lago de la imortalidad*, había de verificarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad: brahmanes, buddhistas, sikhs, etc., representantes de las mil y una sectas de la India, que, en mayor o menor grado, simpatizaban con la idea de la Fraternidad Humana, que constituye el lema de nuestra Sociedad Teosófica. (36)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO III

(27) La Maestra no exagera lo más mínimo acerca de cuanto dice de Karli, ni de los demás hipogeos de su clase. Karli, Elefanta, Mahabalipur, son, en cierto modo, con sus bosques de columnas, las antecesoras de nuestra Mezquita de Córdoba, y por sus arcos torales, coros y viharas, las genuinas precursoras de las catedrales góticas. Aunque casi siempre bajo tierra, y aunque no con tanta grandeza, el estilo hipogeico, degenerando hasta llegar a la simple cueva sin escultura y aprovechando, a veces, oquedades calizas naturales, puede decirse que caracteriza a toda una época prehistórica, siendo hoy ella la desesperación de los antropólogos.

Cuando se pregunta a los habitantes de las comarcas qué presentan estas cuevas iniciáticas de otros tiempos, invariablemente responden que han sido labradas por *djins, jinas* o *genios del desierto que les gobernaron durante muchos años.* El mismo templo de *Mahabali-pur,* junto a Pondichery, según César Cantú, se dice labrado por los gigantes –*jinas*–. En él estuvo Banacheren, el de los mil brazos, vencido por Krishna, quien le fue cercenando todos uno por uno con su espada, hasta dejarle los dos solos con los que le obligó a rendirle adoración. El constructor gigánteo del templo se dice que hubo de enamorarse de una ninfa celeste, a la que persiguió hasta sus mismas moradas y vió en éstas cosas tan maravillosas, que luego, al regresar de los cielos, poseedor del secreto de todas las artes y ciencias, ordenó su ciudad y templo por el modelo de lo que había visto de los dioses, tanto que la corte de Indra concibió celos contra ellos y ordenó al dios del mar que los sumergiese, detalle ya que enlaza este hecho con la catástrofe de la Atlántida.

En dicho templo –añade el mencionado historiador– se hallan acumuladas tantas estatuas colosales, templetes y palacios derruidos, que parece estamos ante una ciudad petrificada.

Siete templos monolíticos se internan en la montaña, a los cuales conduce un largo vestíbulo, en cuyas paredes se ven toda especie de animales, como el elefante de Rama y Gamesa, la tortuga de Vishnú, la mona de Rama, la ternera de Parvadi y otras de tamaño natural. Por último, se llega a los templos antiguos y allí se ven infinitas estatuas de Krishna, Vishnú, Shiva, Rama, Gamesa y de los nueve avatares de Vishnú[xxxii].

La gruta del Parnaso griego estaba consagrada a Pan y a la ninfa Corcira –sigue diciendo Cantú–, y el Laberinto lo estaba a Júpiter. Epiménides de Creta pasó cuarenta y cinco años

dentro de una caverna, y en otra recibió Minos las leyes de Zeus, las famosas leyes espartanas. El Cáucaso está todo lleno de grutas, y Reioreg describe muchas inmediatas a la ciudad de Gori, donde se hallaba situada *Uphliszieche*, o sea la ciudad de los señores, cuyas puertas, calles, templos y murallas están abiertas en la roca. Los tienen igualmente la Georgia, Cuba y Podrona, y una roca en el distrito de Badill, contiene más de mil habitaciones; el Paropamiso está todo perforado, bien para el culto, bien para usos domésticos. Hoek y Bruns vieron los subterráneos de Banián (Veteris Mediae et Persiae monumenta). Los tienen las elevadas montañas del Mahu con colores perfectamente conservados; son más frecuentes en Etiopía, India y Egipto, y no hay quien no tenga noticias de los de Roma, Etruria y el Mediterráneo.

Famosísimos son también, entre mil otros muy notables, los Sepulcros de Mesopotamia, Orfa, Licia (Pataras), Arabia, Petrea, Cirene, Malta, Cozzo, Sicilia, Etruria marítima, Morbihan, Cuesta de los Hoyos y Parral (Segovia) y otras mil que pueden verse en las obras de José Sánchez, *La Campania subterránea;* Bandini, *Cartas Fiesolanas;* Sparmann, *Viaje Cabo Buena Esperanza;* J. Barrow, *Viaje al Sur de África;* Dodwell, *Views and descriptions of Cyclopian or Pelasgia remains,* etc.

No faltan tampoco en el país de los Rishis templos mahometanos tan hermosos como los nuestros de España. Olcott, ocupándose, por ejemplo, del de Taj, en Agra, al Norte de la India, dice (cap. VI, serie 2ª): "Bernard Taylor resume su belleza en dos palabras: "es un poema en mármol". La guía nos expresa poco más o menos la misma idea. El plano del templo, dice, había sido entrevisto en una visión extática por un anciano fakir, que se la transmitió a Schah Jahan, y que éste se limitó a ejecutar[xxxiii]. Es, en efecto, una copia materializada de un templo del paraíso de Mahoma... No hay palabras adecuadas para expresar la emoción de un alma verdaderamente artista al penetrar en los jardines del Taj, por la colosal puerta roja que tiene en sí proporciones de efectivo palacio. Es aquello un sueño de blancura, que se recorta sobre un cielo de lapislázuli, y que anuncia la pureza de un mundo espiritual que el cieno de este bajo mundo material no ha alcanzado a manchar... Dejemos, pues, a los turistas futuros esta verdadera maravilla, este pensamiento cristalizado en mármol. único e indescriptible."

Anquetil describe también en términos parecidos la gruta de Elefanta, y Nieburg la dibuja en el tomo II de su *Viaje por la Arabia y países limítrofes* (Amsterdam, 1780), y un

estudio como el que ya se va haciendo de nuestros hipogeos es de excepcional interés para el asunto que nos ocupa.

Respecto de lbs subterráneos de estos templos, dice Olcott en su *Historia* (2ª serie, página 77): "Nuestro guía en Amber (Radjaputana) era un individuo corpulento, que no sabía nada acerca de nuestras aficiones. Charlatán e ignorante como tantos otros, yo saqué de su conversación algo interesante, sin embargo, y fue que existe aún, o había existido hacía poco, un Mahatma solitario que moraba lejos de la capital y que se mostraba de tarde en tarde al príncipe reinante o a alguna otra persona. Existen por la comarca subterráneos en los cuales el Maharajah guarda su secreto, pero que no está permitido a nadie visitar, a no ser en casos de extrema necesidad, tales como una rebelión popular o una catástrofe dinástica. No tuve, naturalmente, medio alguno de comprobar tales asertos, pero sí me dijo que este Mahatma dijo al príncipe que le acompañaría en cierto viaje, pero no se mostró sino en el instante de partir y apareciendo de improviso cuando el príncipe estaba ya a gran distancia de su palacio."

Por desgracia, los hipogeos españoles no son verdaderos templos como los mencionados de Asia, en cuanto a que en ellos se vean pórticos, columnatas y demás detalles de arquitectura, pero, en cambio, presentan unas extrañas pinturas primitivas a las que se han denominado *rupestres* (de *rupa*, cueva). De ellas ha dicho nuestro amigo el catedrático de Geología de la Universidad Central, D. Eduardo H. Pacheco, en el *Congreso de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias,* de Valladolid:

"Las pinturas rupestres es el asunto que más preocupa en la actualidad a todos los prehistoriadores del mundo, como puede comprobarse hojeando las revistas técnicas y de divulgación científica. Estas pinturas llenan con tal profusión a España, que hacen de nuestra Patria el Museo Mundial de esta clase de documentos, y del mismo modo que las gigantescas pirámides y templos del antiguo Egipto tienen significación tan grande para el conocimiento de los primeros tiempos, y los monumentos de Grecia para el estudio de las civilizaciones clásicas, así nuestra caverna de Altamira, nuestros frescos de Alpera, Cogul y del Tajo de Figueras, o los grabados de la cueva de la Peña, significan en prehistoria lo que los bajorrelieves y pinturas egipcias en la historia primitiva o la Acrópolis de Atenas en el arte clásico."

Según nos enseña dicho profesor, Lope de Vega en su comedia *Las Batuecas* (1597), alude a las pinturas rupestres llamadas del *Canchal de las Cabras pintas de las Hurdes;* D. Fernando López de Cárdenas estudió en el siglo XVIII las pinturas rupestres de *La Batanera,* en Fuencaliente (Sierra Morena); siguiéndole después D. Manuel Góngora y Martínez, en 1875. D. Marcelino de Suatuola exploró la caverna de Altamira (Santander); publicando en 1880 el hermosísimo conjunto de pinturas de bisontes y otros animales que ornan el techo. Después de todos estos descubrimientos, que, con la ceguera de siempre, fue considerado ¡como falso y apócrifo! por investigadores como Cartailhac, Harlé y Mortillet, llegando algún arqueólogo francés hasta a considerarlas como una impostura sacerdotal más, para desacreditar la Arqueología!...[xxxiv]

En la imposibilidad de ocupamos aquí de este problema, al que a su tiempo concederemos la debida atención en nuestra *Biblioteca de las Maravillas,* diremos sólo que después de las indicadas, se han ido descubriendo numerosas cuevas y otros lugares con pinturas rupestres, tales como –sin nombrar las extranjeras de *La Mouthe, Pair non Pair, Combarelles y Font de Gaume,* etc.– las de *La Pasiega* (Cantabria); *El Castillo de Puente Viesgo* (Alcañiz); *Calapatá* (Teruel); *Cogul* (Lérida); *Alpera* (Albacete); *Minateta* y *El Carrizuelo* (Cádiz); la *Cueva de San Román de Candamo* y otras muchas, en Asturias; la de *la Pastora*, y varias otras que pueden verse en el citado discurso del Sr. Hernández Pacheco, y en obras tales como *El Arte rupestre en España,* de Cabré; *Las pinturas prehistóricas de Peña-Tú,* por Pacheco, Cabré y Conde de la Vega de Sella; *La cueva del Penicial,* por este último; *Geología y Paleontología del terreno Mioceno de Palencia,* por Hernández Pacheco y Dantín, etc., etc.

Claro es que lo que en los templos citados de Asia son esculturas, son ya pinturas en estos hipogeos más o menos naturales, donde ha debido trabajar el hombre al dibujarlas en unas bien extrañas condiciones de obscuridad y de aislamiento que aluden bien a las claras que ellas no fueron sino templos de la Magia primitiva, ora pura como los primeros tiempos de la Atlántida, ora degenerada y envilecida mucho después con sacrificio de animales, y hasta de hombres, como aquellos mexicanos encontrados cuando la conquista, o aquellos otros de Grecia y de Roma que aún se recuerdan en las *Doce Tablas*.

Cuál sea la verdadera edad de tales hipogeos, nadie lo sabe, diremos, parafraseando a la Maestra. Huesos y otros restos de habitación o enterramientos suelen mostrarse entre el cascajo de sus suelos; pero la Antropología, dígase lo que se quiera, no tiene todavía datos bastantes para formular un juicio preciso, porque tales restos indican, no obstante su

antigüedad cuaternaria, una época en que semejantes recintos sagrados habían sido ya doblemente profanados por los incultos sucesores, cuanto por las fieras, al modo de los restos de maderas u otros objetos que nuestros sucesores hallarán un día excavando las ruinas de esotros templos cristianos que han sido profanados por las revoluciones, transformándolos en almacenes o depósitos de variada índole. Claro es que el hipogeo o gruta en cuestión es, desde luego, posterior a la formación roquera en la que aparezca tallado por el hombre o bien perforado por las mismas fuerzas de la Naturaleza; pero las edades geológicas son hoy bastante elásticas todavía en sus vagas cronologías para que pueda formarse un juicio definitivo.

Desde luego una cosa es indudable, a saber: que hay, por lo menos, dos grandes tipos de hipogeos: el *hipogeo escultórico,* estilo Karli, Elefanta y, en general, los ya mencionados de la India, obras fundamentalmente humanas, aunque alguna vez hayan aprovechado las oquedades naturales de las montañas, y el *hipogeo pictórico,* o de las pinturas llamadas hoy rupestres, donde la Naturaleza parece haber tenido en general la tarea perforadora y el hombre la de los dibujos. Considerando la pobreza en todos los órdenes de estos últimos respecto de los primeros, parecen ellos anteriores a los otros; pero habida en cuenta la frivolidad y degradación de muchas de sus pinturas –algunas hasta obscenas–, nosotros nos inclinamos a pensar lo segundo, quiero decir que los hipogeos pictóricos de nuestra patria no son sino pobres ecos de otros hipogeos perdidos, al modo de aquellos que aún conserva la India y que probablemente existieran en la época de mayor esplendor del Continente Atlante.

Materias son éstas que en el tomo que consagraremos a la Atlántida recibirán el desarrollo debido.

(28) Tan ciertas son las quejas que los brahmanes tienen acerca del proceder autoritario y presuntuoso de los hombres de nuestra ciencia de ayer para con el sagrado depósito del Antiguo Saber que algunos de aquellos conservan, que no caben términos de discreta conciliación entre su labor y la labor de teósofos como el que estas líneas escribe. Rara es la vez, en efecto, que he tenido el placer de ser oído por ellos en mi investigación orientalista, a pesar de contar, como ellos, con títulos académicos y tener, que diría la Maestra, “el triste privilegio de ser europeo por nacimiento y por educación”. No hay manera de hacer

comprender al escéptico positivismo moderno que si la Paleontología es ciencia que estudia los fósiles de seres y de cosas que fueron, hay unos prodigiosísimos e infalsificables *fósiles* encerrados en la tradición universal o cábala; en la leyenda y en el mito, "vehículos, al decir de Platón, de altísimas verdades muy dignas de ser estudiadas".

En espera, pues, de mejores tiempos, en que los escondidos monumentos de las bibliotecas subterráneas a las que alude la Maestra en el pasaje comentado, confundan con sus revelaciones estupendas a nuestros antropólogos, diremos que a la indicación que la autora hace aquí sobre ellas, se puede agregar la extensa enumeración de antiquísimos libros que ella hace también al comenzar su *Doctrina Secreta* tales libros, como el *Xifra-Dzeniouta,* el *Sefer-Yetsirah,* el *Zohar* y especialmente el *Libro de Dzyan,* a cuyo comentario consagra esta última su obra. Consultándola el lector, nos permitirá abreviar esta nota. Pero no la cerraremos sin consignar nuestra sospecha de que no pocos de estos libros primitivos –no todos, desde luego– puedan estar escritos en *pinturas rupestres* también, o sea en *jeroglíficos murales,* al modo de tantos templos egipcios y de otros países. Para lo cual tenemos el dato de que los famosos *Códices mexicanos del Anahuac* no fueron en sus orígenes sino pinturas murales o rupestres, porque para los aborígenes *mayas*, *nahoas* y *méxicas*, como para los pelasgos antecesores del mundo mediterráneo, según Cantú, los verbos pintar y escribir son uno mismo, a más de tener pruebas bien concretas de que los primitivos *tiahuanacos* y los *guanches canarios,* escribían todas sus cronologías, contabilidades del Estado, etc., etc., en enormes *quipos*, antes que los incas, quipos de los que dicho historiador habla también en alguno que otro pasaje del tomo I de su obra, y *quipo iniciático,* que no otra cosa era el famoso *Nudo de Gordio,* que Alejandro cortó al no poderle desatar, por no estar iniciado en los Misterios antiguos, como tampoco lo estuvo su maestro, el gran farraguista de Aristóteles, falsificador de Platón, símbolo de la tristísima destrucción que con su barbarie guerrera operó aquél en todo el culto iniciático de Asia Menor y de Persia.

Preciosa es, por otra parte, la indicación que, de pasada, nos hace Madame Blavatsky en el párrafo que comentamos de que "la mayor parte de dichas bibliotecas están bajo la custodia secreta de los *jainos –jainas* o *jinas–*, la más antigua de las sectas de la India, y de takures o Iniciados de la Rajaputana, cuyos castillos señoriales se encuentran repartidos por todo el Rajistán, cual sendos nidos de águila en las cumbres raqueras", pues no hay que olvidar cuanto en nuestra obra *De gentes del otro mundo* llevamos dicho respecto de los *jinas*, bien sean estos últimos atlantes de la Buena Ley que triunfaron en su evolución, como

parecen indicarlo las tradiciones allí comentadas del Gaedhil, o bien seres elementales y gentes de lo etéreo y de lo astral encargadas de aquella custodia, verdaderas entidades de las que los hombres recibieron en los comienzos de su evolución la *Religión jina* o *Jaina*, la *Religión del dios Jano-Saturno,* o primitiva, que todavía ha alcanzado a conservarse en el famoso templo vestal de Roma, Religión de la cual es mera degradación la actual religión *jina* o *jaina* de no pocas gentes en India, China y el Tíbet, todo cuanto por otro lado lo puedan ser de semejante Revelación primitiva el brahmanismo, el sinthoismo, y en especial el buddhismo, ya que Buddha está considerado por aquéllos como uno de los *35 Buddhas* (Iluminados) o *Tirtankaras jainos*.

El nombre, en fin, del grueso infolio pendiente de cadena de oro que nos da la Maestra es el de *Soma-Adytia-Suru-Acharya,* cuyos elementos fonéticos no son sino los de *Surya* (el Sol), *Soma* (la Luna) y *Aditya* (o Santuario), es decir, el Primitivo secreto de la Religión luni-solar o de las gentes de la Edad de Oro, que alguna vez ha de retornar sobre la Tierra. De aquí la autoridad suprema de que goza la obra y el esmero guardado en su conservación y consulta, de la que tan valiosos elementos tomó el coronel Tod para su *Historia de la India.*

De otro libro análogo a los anteriores nos habla el coronel Olcott en estos términos: "El Viernes Santo de este año (1885) tuve una entrevista con un brahmán telugú, poseedor del maravilloso libro de profecías denominado el *Bhima Grantham*... Como las profecías no adquieren valor sino cuando el hecho se realiza, demostrando la realidad de posibles facultades proféticas en el hombre, yo las inserté a buena cuenta en el número 8, vol. VI, del *Theosophist* (mayo de 1885), bajo el título de *Libros sibilinos de los hindúes.* Numerosos amigos del brahmán nos aseguraron, por su parte, que ellos habían visto realizarse al pie de la letra profecías relativas a sus vidas, vistas mágicamente en aquellas viejas *Ollas*...[xxxv] Tuve que vencer antes la repugnancia del astrólogo a entendérselas con un europeo como yo, y cedió, al fin, aunque no sin antes consultar al efecto el libro, para determinar el día, hora y momento favorable para la entrevista, como también el número de testigos que podían permitirse y la posición respectiva del astrólogo y el consultan te en relación con los puntos cardinales.

"A la hora convenida, todo el mundo se sentó en el suelo sobre alfombras a la indiana. El libro, una vez despojado de sus envolturas, resultó ser un manuscrito ordinario sobre hojas de palmera con caracteres trazados por punzón. Parecióme antiquísimo. Sus bordes

estaban descolorados y sus caracteres ennegrecidos por los años. Colocado ante mí en infolio, con las hojas para arriba, se me dijo que tomase con entrambas manos el cordón de registro y le hiciese pasar al acaso entre dos hojas, abriéndole luego por aquel sitio. Obedecí, y el astrólogo se puso a leer lo que estaba escrito sobre aquellas páginas y las siguientes, mientras uno de los asistentes tomaba notas. He aquí lo que se me dijo por el libro: "El consultante no es hindú, sino extranjero. Al nacer, la Luna estaba en la constelación de las Pléyades, y el signo del León, en ascensión." Seguían después algunos detalles relativos a los sacrificios que se me imputaba haber hecho por el bien público, y añadía: "Con un colega suyo ha organizado una Sociedad para la propagación de la Filosofía Esotérica. Dicho colega es una mujer dotada de grandes poderes (*sakti*), perteneciente a una gran familia y, como él, extranjera. Aunque de noble cuna, ella ha renunciado a todo, y desde hace treinta años ella trabaja constantemente con el mismo objetivo; pero su karma es tal, que ha tenido que devorar en silencio grandes disgustos y supremas angustias, siendo odiada por aquella misma raza blanca por la que tanto se ha desvelado." Luego hablaba el oráculo acerca de dos personas de raza blanca que habían sido sus amigos, pero que habían publicado más tarde verdaderas calumnias contra aquel movimiento. "Se han presentado multitud de fenómenos en esta Sociedad, y cartas por sus fundadores recibidas de sus Maestros han sido publicadas de un modo indiscreto, produciendo los "disgustos actuales." Venía en seguida la profecía de que la Sociedad me sobreviviría, y con gran sorpresa mía, pues de ello nada sabían ni el astrólogo ni los demás presentes, el libro hablaba de un encuentro privado entre mí y dos otros señores llegados la víspera, detallando el tema de la discusión y puntualizando su éxito."

" ...¿Leía, acaso, el astrólogo telugú con perfecta claridad en mi pensamiento? –termina diciendo Olcott–. ¿Se había echado sobre nuestros ojos el velo de una sugestión hipnótica? No lo sé; sólo añadiré que el astrólogo se arriesgó a darme detalles precisos, añadiendo que a la época de mi muerte da Sociedad tendría 156 ramas principales y sus miembros serían 5.000". En cuanto a mí, "debería vivir, a partir de aquel momento, veintiocho años, cinco meses, seis días y catorce horas, o sea hasta la madrugada del 9 de septiembre"[xxxvi].

(29) Las alusiones, tan repetidas respecto de los takures de la Rajaputana y sus bibliotecas subterráneas, cuya entrada solo conoce el respectivo señor feudal de cada fortaleza, nos traen a la mente mil leyendas medioevales europeas análogas y que acaso tengan una

realidad más efectiva de lo que se cree, pese al Velo de Adán, que, según la tradición del Gaedhil irlandés tenemos echado sobre los ojos, impidiéndonos ver el hermoso mundo de los *jinas*, tan superior al de los hombres.

En cuanto a la discusión cronológica en que entra la Maestra, de ella sacamos la conclusión de que, contra el parecer de Fergusson y de otros que no han podido hacerse cargo de cuán antiquísimos son algunos de estos templos de la India, el de Kanari es realmente buddhista y aun posterior, pero que el de Karli, y sobre todo el de Elefanta, son verdaderamente prehistóricos, en sus comienzos, al menos.

"Todo revela en Asia –dice Cantú– la más remota vejez. Allí es donde aparecen los antiquísimos idiomas, que bajo formas inalterables y metódicas encubren la palabra en los misterios del símbolo y del jeroglífico y sobre los cuales se conglomeran como en torno de un núcleo todos los restantes del mundo. Si se pregunta de dónde se sacó el modo de fijar la palabra, la Grecia se confesará deudora al Asia de su alfabeto que engendró todos los demás: de allí vinieron los guarismos; de allí los conocimientos astronómicos y los gérmenes de civilización ocultos en las cosmogonías; de allí las doctrinas filosóficas y religiosas que iluminaron o deslumbraron a la Humanidad, y allí veremos acudir cual a primitivo fuerte a cuantos sabios han ilustrado los tiempos.

"Si de estos instrumentos de la civilización pasamos a la civilización misma, la veremos aparecer primeramente en Asia, y desde allí difundirse por el resto del mundo. Su primera manifestación es el dominio sobre los animales. Pues bien; la mayor parte de aquellos que en el día rinden vasallaje al hombre, vagan aún montaraces por el corazón de Asia. Las montañas que a ésta atraviesan son el país originario del búfalo, el toro, la danta de los que proceden nuestros rebaños, y del antílope y la gacela de cuya unión desciende nuestra cabra. El reno salta por las cimas que limitan la Siberia por el Oriente y la cordillera de los Montes Urales. El camello vaga errante por los dilatados desiertos que median entre el Tíbet y la China; gruñe el jabalí en los bosques de encinas y hayas que sombrean la parte más templada de Asia y en cuyos añosos troncos habitan el gato montés y el chacal, antecesor de nuestro perro. El hombre llevó en pos de si estos siervos que le dulcificaron un tanto la sentencia de tener que ganarse el pan con el sudor de su frente; animales cuyas razas aumentan a medida que el viajero se va acercando al Asia, y escasean a medida que se separa de aquellas regiones: La Nueva Guinea y Nueva Zelandia no poseen más que el perro y el cerdo. La Nueva California sólo tiene a aquél, y la América en su vasto dominio

no tiene más que el guanaco y la llama. La misma Europa no cuenta como suyas propias sino 15 o 16 familias de los animales que viven más inmediatos al hombre, comprendiendo entre ellas el ratón y otros de esta especie; todas las demás las ha traído de Asia, país en donde todavía aparecen ellas en su hermosura prístina, y en parte alguna, como allí, se lanza el caballo a competir en ligereza con el viento, como en la Arabia, ni el camello presta con más conciencia servicios de consideración al hombre. Los poetas comparan a sus héroes con el asno silvestre y el doméstico: los rebaños, la cabra de Angola, el argalí y el macho cabrío silvestre no tienen rivales en ninguna otra región, y allí hace siglos que el elefante es esclavo del hombre. Y de qué importancia no fué la conquista de los animales, se advierte considerando lo que sería la agricultura sin el buey y el jumento; el desierto sin el camello; el kanschakalo sin el perro, y el árabe sin el caballo, a cuya falta se atribuye la inferioridad en que sobre estos extremos se halla el americano, y no se olvide que el hombre no ha conseguido desde aquellos primeros tiempos domesticar otros animales, por más que en el Nuevo Mundo se hayan hecho ensayos con el puma, jaguar, chischí y tapiro."

" ...En América las lianas, enlazándose de uno a otro árbol secular, parecen oponer una impenetrable barrera...; en África, los ardores del sol calcinan los desnudos arenales agitados por el simún, inutilizan los trabajos del hombre, y la Europa misma, aun en los tiempos históricos, era inculta y silvestre... con sus artificios de calor, injertos y abonos, mientras que en Asia nace espontáneamente el trigo, adquieren los racimos sin cultivo el sonrosado color, y el olivo, la higuera, el melocotonero, la caña de azúcar, el moral, el cerezo, el cafeto, naranjo, nogal, castaño y granado ofrecen sus frutos con abundancia entre los delicados perfumes del jazmín y de la rosa. Los europeos no hemos perdido aún la memoria de la época en que los aclimatamos a nuestro suelo trayéndolos de la misma tierra de la que nuestros antepasados aprendieron el modo de dividir y computar el tiempo, los nombres de los dioses y los símbolos con que poblaron el firmamento..."

"Las pirámides de Egipto han cesado de parecer las más antiguas desde que llaman nuestra atención las ruinas de Persépolis y los inmensos hipogeos de la India."

"...¡Qué hombres debían ser aquellos que levantaban o socavaban tales construcciones! Qué pueblos aquellos que merecieron oír los acentos de David, de Viasa o de Homero! ¡Qué vigor de entendimiento no necesitaron para inventar aquellos sistemas de filosofía, en los cuales siempre se encuentra, ya aplicado a la práctica, ya envuelto con el velo de

ficciones y emblemas, el germen de las hipótesis más brillantes, las metafísicas más sutiles y las teorías más ingeniosas que han inventado los sabios y los estadistas! ¿Quién podrá creer que tan estupendas maravillas sean informes y toscos ensayos de una generación que acaba de enderezarse sobre sus dos pies y de dejar sus hábitos de monos y sus selvas nativas?" (*Historia Universal*, Preliminar sobre el Asia).

"Bailly –dice poco después el mismo autor– colocó el origen de las ciencias en cierto pueblo antiquísimo del lago Balkal, a los 50 grados de latititud[xxxvii], desde donde ellas pasaron a los atlantes; de la Atlántida a los etíopes y luego a las cuatro naciones más antiguas del mundo: India, Persia, Caldea y Egipto." Después añade, como la cosa más natural del mundo: "La astronomía inda, tan ponderada por Bailly, fue reducida por Delambre a estrechísimos límites, demostrando que no supieron ni aún calcular los eclipses, ni llevar nota de las observaciones, *si bien adoptaron para los cálculos astronómicos métodos enteramente particulares y maravillosos...*" Ya vimos también que para los modernos autores de las *Maravillas del mundo y del hombre* dicen de los jaínos: "Los jaínos son un pueblo salvaje *con un gusto exquisito para la edificación*" (!). Estas cosas y otras tales, hijas de la envidia europea hacia la vieja cuna del saber, nos llevan a la paradoja de que nosotros tan civilizados, no alcanzamos ni siquiera al gusto de los salvajes, luego es menos que salvaje nuestra civilización, ¡Grandes matemáticas se precisaron para la torre de Eiffel, pero muy pocas para las pirámides de Egipto y de México! ¿Qué idea tendrán estas gentes de la justicia?

Continua, sin embargo, Cantú, desmintiéndose a sí mismo al decir: "Pero si consideramos que los indios inventaron el ajedrez, el papel de algodón y una esfera armilar enteramente diversa de la descrita por Tolomeo; si está averiguado que en uno de sus antiquísimos libros astronómicos se encuentra un sistema de Trigonometría, ciencia ignorada enteramente de griegos y árabes; si sabemos que conocieron el álgebra, que inventaron las diez cifras numéricas con su valor absoluto y relativo, invento el más maravilloso después del alfabeto, ¿qué sublime idea no debemos formar de este pueblo a quien Schelegel no vacila en llamar el más instruido e ilustrado entre los antiguos?"[xxxviii]

Y, a renglón seguido, mezclando las imposturas y degeneraciones brahmánicas a las que tan sabiamente alude la Maestra al hablar del Svami Dayanand, dice Cantú: "Pero le impidió al pueblo indio para lanzarse a andar por la vía del progreso aquel apego servil que tenía a las formas, tanto en las producciones del ingenio como en las acciones; apego que

hace que aún hoy mismo se halle su vida sometida hasta en los actos más pequeños a infinitas ceremonias, creyendo que la omisión de una sola, cuesta eternos castigos, y que el cumplirlas todas salva hasta 30 millones de almas. Aprisionados los indios en esta red, ¿qué extraño es que doblen el cuello ante cualquiera que vaya a conquistarlos? Los males, que son la dote del vencido han pesado enormemente sobre ellos destruyendo sus prendas sublimes y fomentando sus bajas cualidades que los han traído al más hondo abismo de ignorancia y de depravación. Sin embargo, hasta en sus últimos escritos se advierte un fondo de gran bondad, y en el Karma Lotcana (¿el Karma de la Lot caina?), al tratar de los deberes domésticos, dice: "Un tribunal es como la ciudad de Benarés; el juez representa a Siva, y los empleados de justicia a los diez millones de Lingas. No levantamos, pues, falsos testimonios. Cuando uno es llamado al tribunal, sus ascendientes aguardan el fallo de su veracidad o de su mentira. Los mares y los montes no pesan tanto a la tierra como el injusto y el ingrato"."

Consagremos, para terminar esta larga nota, unas líneas al Mahabharata, sacándolas, para que se dude menos de nosotros, de la repetida obra de Cantú.

"El *Ramayana* es de la misma época que el *Dharma-Sastra* (?) y canta la victoria sobre Ravana o Ramana, rey de los rajasas o demonios. Éstos habían usurpado a los dioses el don de ser invulnerables (talón de Aquiles), sin que pudiesen ser vencidos sino por un hombre (el hijo amado de un *padre* enemigo, *Prometeo*). Los buenos genios suplicaron a Vishnú que se encarnase en un hombre. *Dhasarata* y su esposa Cosa-lia no tenían hijos y se resuelven a consumar el sacrificio del caballo. Visva Mitra, el adepto llega a instruir más tarde al joven Rama. Aquí viene el episodio de *Ia-jina-data*, el hijo de los dos ciegos Ia-jina-data y Monia. Pasa el Ganges y Rama dobla el arco de Jina-ka (Yunaka). La reina Keikey, madre de Barata (la India), logra el destierro de Rama y entonces Ravana le roba a su esposa Sita (Tisia, la constelación lunar [?]. Sita es recobrada tras la prueba del fuego. En su reinado acaba la edad de plata. Visva Mitra refiere que Sagara, rey de Ayodhia, tenía dos mujeres: la una, Kesini, dió a luz a Asamania, y la otra, Sumati, a 60.000 hijos. El padre desterró a Asamania por impío y cedió el trono a Ansuman, uno de los hijos de éstos; pero cuando se disponía al sacrificio del caballo, éste fué arrebatado por una serpiente. Los 60.000 penetran hasta los infiernos en busca del caballo (véase el artificio de Ulises). Vishnú, el esposo de la Tierra, o sea *Capila*, va a devorarlos. Al lograr el caballo son abrasados. Ansumán va a buscar a sus tíos y al caballo, y quiere agua para la libación fúnebre; pero sólo el celeste

Ganza, la primogénita de Hinmalaya, podía penetrar en las tenebrosas moradas. Habría que hacer bajar a Ganza desde el cielo, pero nadie podía soportar su caída sino Siva. Ansumán ha sucedido a su abuelo, pero ni sus penitencias ni las de su hijo Drispa lo logran. A Bagirata, el nieto, se le aparece Brama. Ganza pretende arrastrarle a Siva al abismo, pero queda enredada en la cabellera del dios, hasta que Siva, movido por las súplicas de Bagirata, deja correr las aguas hasta el lago Vindú, desde donde se dividió en siete ríos. En su camino turbó los sacrificios de un Muni que se la sorbió y la arrojó por la oreja, hasta llegar al abismo *Mahahharata*. *Caunaca* (Caina-ka) estuvo en la floresta de *Naimasaa* haciendo un sacrificio de doce años. Durante él, Santi, hijo de Suta, cuenta lo que narró Vaisam-Payana (Va-isa-sama-pa-jana), como oído de la boca del primer inventor de la epopeya[xxxix].

El Rajá Bischitraviri (Vasco-kabir, el cabir vasco) era el séptimo nieto del rey Barata de Astinapura (India). Dejó dos hijos: Dritarastra, ciego, padre de Duriodana (dauro-diana o el luni-solar) y otros cinco hijos, los Kaurios o Curús. El otro hijo del rajá fue Pandú, padre a su vez de los cinco *pandavas*. Muerto Pandú subió al trono el ciego Dritarastra, que incendió las moradas de los pandús; pero salvándose éstos tuvo que compartir con ellos su reino, dándoles la mitad, con Dehli. Después, jugando al ajedrez, les ganó con fraude el reino, desterrándoles doce años. Estalló la guerra, y Vishnú, apiadado ante las quejas de la ternera Parvadi, se encarnó en Krishna (Mito de Pan y de Jesús), quien sostuvo a los pandús hasta el triunfo de Curchet, en donde murió Duriodana, que pasó a regir las danzas circulares de los astros.

(30). Después de calificar de archifantástica la aventura de referencia, puntualiza Olcott la escena de las serpientes, acaecida durante su célebre viaje por el Norte de la India, en que tantas extrañas cosas les ocurrieron (*Hist. auténtica*, 2ª serie, cap. VI), diciendo: "El espectáculo no podía ser más interesante y el hombre era por demás pintoresco. Su cabellera era negra y espesa y su barba aparecía llevada hacia las orejas, según la moda radjaputana; su delgado cuerpo estaba desnudo de cintura arriba. Tenía unas cuantas cobras en una banasta redonda y chata, y depositó una de ellas sobre el pavimento de la estancia de W... La serpiente se enroscó tranquilamente sin dar señal alguna de hostilidad, pero H. P. B. y Miss Bates se apresuraron a subirse sobre sus sillas y a recogerse las faldas. El encantador se puso a silbar un aire, no del todo desagradable, con una flauta. La cobra se

levantó bien pronto, abrió el parasol de su cabeza, vibró su dardo venenoso y se balanceó siguiendo el ritmo del instrumento. Yo acababa de leer un montón de libros, donde se decía que a estas serpientes se las había hecho inofensivas por la ablación de sus sacos o glándulas de veneno, por lo que rogué a uno de los parsis presentes que preguntase al fascinador si las suyas estaban en tal caso, a lo que él respondió que no, y cogiendo por el cuello a la serpiente le abrió el gaznate con un bastón y nos mostró los dientecillos del animal recubiertos por sus sacos de veneno en ambos lados de la boca. Además nos brindaba la mejor prueba de ello si nos prestábamos a que se le trajese un pollito. Así lo hicimos, y el encantador le cogió por entre las alas y le empujó hacia la cobra, que previamente había irritado con ademanes de amenazas. La culebra comenzó a agitarse, sacando y haciendo vibrar su lengua, hinchando su caperuza y silbando enfurecida. Cuando tuvo a su alcance al pollo, retrocedió bruscamente para asegurar su rápido golpe, que repitió otra vez, alcanzando hasta a morder la mano del domador que sujetaba la víctima. Una gotita de sangre marcó en el acto el sitio de la mordedura, y, al verlo, no pudimos contener una exclamación de horror; pero el domador tiró por tierra al pollo, abrió una cajita de metal oxidada y tomando de ella un disco huesoso le aplicó en el acto sobre la gota de sangre, y después de haber tenido inmóvil su mano durante algunos minutos, volvió a servirse de ella como si tal cosa. El disco huesoso parecía adherido a la mano como con cola, y en cuanto al infeliz pollito no intentó siquiera levantarse, y tras algunas convulsiones murió allí mismo. Resultaba evidente que la culebra era venenosa, por lo cual seguíamos observando al encantador con una secreta emoción, temiendo que sucumbiese también víctima de su temeridad. Él, no obstante, aseguraba que aquello no era nada, porque *"la piedra serpentina"* chuparía infaliblemente todo el virus. Yo, por mi parte, quedé admirado al ver el modo cómo ella se mantenía adherida a la piel, que se levantó cuando quise tirar de ella. Al cabo de algunos minutos, la piedra cayó por sí misma, y el encantador declaró que estaba salvado. Entonces nos contó una porción de historias acerca de este maravilloso disco, tamaño como un botón de chaleco, que se encuentra entre las fauces de una cobra entre ciento, emplazado entre la piel y los huesos de la mandíbula superior. Las demás cobras no cuentan con semejante apéndice, y por ello su posesión hace a la serpiente reina entre sus congéneres, recibiendo el nombre de *Cobra Rajah*. Los encantadores de serpientes abren la boca de todas sus cobras para ver si tienen semejante excrescencia, que también se encuentra en la anaconda y en una especie de sapo enorme, amarillento y venenoso hasta para el mismo elefante. ¡Cuán curioso sería todo esto si

resultase cierto! De todos modos el domador nos dió una muestra de su virtud, pues que, excitando a la cobra hasta que abrió toda su caperuza poniéndose a silbar, él tomó el disco entre los dedos y le extendió hacia la serpiente, quien, con gran sorpresa nuestra, retrocedió aterrada como si le hubiesen presentado un hierro candente. Se balanceó de derecha a izquierda y parecía aterrorizada o presa de hipnótica sugestión. El domador la acosó en términos que el animal acabó por enroscarse sobre el pavimento. Por último, tocóla la cabeza con el disco. Yo no veía en todo aquello sino el dilema de que, o la piedra tenía, efectivamente, su virtud sobre el animal y poseía, por tanto, un interés científico, o simplemente el reptil había aprendido semejante juego con su domador. Para averiguado tomé el disco de manos de éste y repetí, por mí mismo, el experimento, diciéndome: mi piel es blanca, y si la cobra está habituada a una mano negra tratará probablemente de morderme. Comencé, pues, por exasperarla al igual del encantador, aunque, como puede colegirse sin quitarla ojo, para retirar en el acto la mano así que hiciese el menor ademán de retroceder para morderme. Las señoras, desde su fortaleza, protestaban contra mi temeridad, y H. P. B. me reprendía. Sin embargo, en interés de la ciencia, no desistí. Cuando el reptil estuvo lo bastante excitado, le presenté la piedra, y quedé maravillado al ver, cual la primera vez, que su agitación decayó; sus movimientos fueron haciéndose cada vez más lentos, hasta que hizo la rosca y le toco en la cabeza el disco todopoderoso. Más tarde en el mercado adquirí la piedra por algunas rupias, y la guarde largo tiempo en mi escritorio con la esperanza de poder salvar con ella a alguien la vida; mas como no se me presentó para ello ocasión, acabé regalándosela al doctor Mennell, de Londres, que se ocupaba de venenos[xl].

En cuanto al encantador de serpientes, faltó a la cita que le di para el domingo siguiente, con gran desilusión de los amigos a quienes había convocado para presenciar sus habilidades estupendas... Por aquellos días cierto hindú me enseñó un remedio contra la ictericia, diciendo que su madre le había curado así diez veces[xli]. El remedio consiste en enhebrar una aguja y frotar suavemente la frente del enfermo de arriba a abajo con su punta, al par que recitar un mantram. Depositase la aguja en un lebrillo con agua, se pone al enfermo a dieta durante un día o dos, y tanto la aguja como el hilo se tiñen de un amarillo muy subido, al par que el enfermo se cura!... Yo no puedo indicar el *mantram*, pero creo no importará que en su lugar se diga otra cosa cualquiera "con intención magnetizadora", es decir, concentrando el pensamiento y la voluntad en la curación. Acaso

me equivoque, sin embargo, porque hay entre los hindúes gran cantidad de *mantrams* –u oraciones– para todos los menesteres de la vida y se invoca a cada diosa particular (o elemental), según el caso respectivo, cambiando el elemental según el caso. Semejantes cosas son, sin disputa, merecedoras de que alguien haga de ellas un serio y detenido estudio médico"[xlii].

Olcott hace poco después (cap. 7º), curiosas indicaciones acerca de otros procedimientos curativos hindúes.

(31) Como ya hemos consagrado a la extraña Vaca de las cinco patas y a su presentación en las diferentes religiones todo nuestro libro *De gentes del otro mundo*, juzgamos innecesario comentar el pasaje de referencia. Dado, en efecto, el relato *novelesco* de Blavatsky y el exacto o *real* de Olcott, la existencia ya de semejante ser es para nosotros indiscutible, ora sea él un ente de lo etéreo o de lo astral o bien un ente físico. Descontentadizo en demasía habría de ser el lector que no convenga con nosotros, al menos, después de leer nuestro tan extenso libro, en que la tal Vaca es uno de los temas más extraños y admirables de la universal tradición ocultista e inmediato pariente de los *bisontes* rupestres.

Este es el lugar de consignar, por tanto, los diversos particulares contados por Olcott, relativos a la expedición ocultista que ha servido de núcleo real a la perla literaria que nos ocupa, y que también nos movió a nosotros a escribir *De gentes del otro mundo*.

Para que pueda apreciarse, en efecto, lo que hay de realidad, al decir vulgar de los que no vemos en lo hiperfísico, y lo que agregó la imaginación de Blavatsky a la aventura, –aunque, como de costumbre, bien ha podido acaecerla en otros tiempos y lugares, trayéndolo aquí por exigencias narrativas–, transcribiremos gran parte del capítulo IV, serie 2ª, de la repetida *Historia auténtica*, de Olcott, titulado *Milagros a granel*, que se refiere al famoso viaje de nuestros héroes al hipogeo de Karli.

"El orden cronológico –dice Olcott– exige que nos ocupemos ahora de un viaje importante en el interior del país, viaje cuyas aventuras han crecido y se han multiplicado en 60 páginas de *Caves and jungles of Hindustan*. Hasta época relativamente reciente he recordado tales episodios, como de los más indiscutibles e interesantes de mis relaciones

con H. P. B. Para ser lo bastante fiel a la extremada sinceridad en que quiero inspirar mi relato, lo referiré con los comentarios que me sugieren mis conocimientos actuales.

"Helena Petronna Blavatsky salió de Bombay por el ferrocarril el 4 de abril de 1899 con Mooljee y conmigo para visitar las grutas de Karli. Babula, nuestra sirvienta, nos acompañaba, y he aquí todo. No había, pues, ni "brahmán de Poana, ni modeliar de Madrás, ni cingalés de Kegalla, ni zemindar bengalí, ni rajaput gigantesco" –al menos físicamente visible–[xliii].

Unos palanquines nos condujeron desde la estación de Narel hasta Materan, el principal sanatorio de Bombay. Se me había hecho entender que estábamos invitados a ir a Karli por Cierto Adepto con quien había yo estado en relación constante durante la redacción de *Isis sin Velo* y que había dado órdenes adecuadas para nuestra comodidad en el viaje. No fuí yo, pues, el menos sorprendido al encontrar en la estación de Narel a un criado hindú de excelente aspecto que se puso a nuestras órdenes y que, después, transmitió un mensaje oral en maharatte, que Mooljee tradujo como una frase de bienvenida de su Maestro y una invitación por su parte de escoger para la subida los caballos o los palanquines que estaban a nuestra disposición... Henos, pues, caminando a la luz de una luna que parecía de día, con doce conductores por cada *palkee*, hombres altos, fuertes, musculosos, muy obscuros de piel, que marcaban el paso para no imprimir molestas sacudidas a aquellos fardos humanos, quienes rimaban su marcha con una melodía dulce y lánguida que, en su novedad, nos pareció deliciosa, pero que pronto se hizo monótona e importuna. Jamás pude soñar el viajar tan poéticamente, en esta noche tropical, bajo un cielo constelado por brillantes estrellas, antes de la salida de la luna, mientras que gritaban los pájaros nocturnos y las chota-cabras silenciosas describían su vuelo espiral en busca de su alimento, caminando nosotros bajo palmeras y copas de otros árboles de aquella selva virgen, aspirando embriagados el vaho que se desprendía del suelo y los perfumes de mil plantas aromáticas, cuando atravesábamos una corriente de aire más cálida, siempre bajo la monotonía del cántico y el jadear de nuestros ágiles portadores, pero en cuanto a los innumerables monos burlones y a "los rugidos pavorosos de los tigres" y al "albergue portugués a modo de un nido de águilas entretejidos con bambús gigantescos", no hay por qué hablar en un relato fiel y serio. Lo único cierto es que aquella noche llegamos al hotel Alexandra, desde donde al amanecer del siguiente día disfrutamos unas perspectivas soberbias... A pesar de las advertencias del hostelero volvimos a descender a Narel... y el

tren luego nos llevó a Khandalla, delicioso rincón de la montaña, donde encontramos una gran carreta de bueyes que nos condujo hasta la *Hospedería*, en la que pasamos un día y dos noches. La tarde de nuestra llegada, Mooljee fue a darse un paseo por la estación para charlar un rato con el jefe de la misma, a quien conocía. Allí le aguardaba la sorpresa, pues a poco se detuvo en la estación un tren procedente de Bombay y oyó que le llamaba en alta voz.

"Era un hindú que le hacía señales desde uno de los coches, y en su cara advirtió con gran asombro que se trataba nada menos que del misterioso personaje en cuya quinta había estado pocos días antes H. P. B. El hindú le entregó un fresco ramillete de rosas, iguales a las de aquel jardín misterioso, las más bellas que en su vida viese. –Tomad, son para el coronel Olcott, a quien tendrá la bondad de entregarlas –le dijo, a tiempo que el tren partía[xliv]. Mooljee me trajo el *ramo*, relatándome lo sucedido, y una hora después yo dije a H. P. B. que desearía dar las gracias al Adepto por todas sus atenciones y que le escribiría si ella se encargaba de hacerle llegar la carta. Consintió H. P. B., y una vez escrita la epístola, la tomó y se la dió a Mooljee, diciéndole que bajase a la carretera y se la entregase. –Pero ¿a quién –interrogó él–, sino tiene dirección el sobre? –No importa –respondió H. P. B.–, tomadla, que ya veréis a su destinatario. Mooljee obedeció; salió, y volvió diez minutos después todo sofocado y dando muestras de la más profunda sorpresa: –¡Ha partido! –dijo con voz débil, entrecortada por la emoción. –Pero ¿quién? –¡La carta... él mismo la ha tomado ... ! –¿Qué decís? –Yo no lo sé, Coronel, a menos que se trate de un *pisacha*. Él ha salido como de la misma tierra o, al menos, así me ha parecido a mí; marchaba yo lentamente, mirando a uno y otro lado para descubrir qué debería hacer para cumplir el mandato de H. P. B. No había por allí árboles ni arbustos donde pudiera ocultarse, y, sin embargo, de repente, como si brotase de la tierra, un hombre surgió a pocos metros, viniendo hacia mí. ¡Era el hombre de la Quinta de las Rosas, el mismo que me había dado las flores para vos y que yo mismo había visto partir en el tren para Poona! –¡Qué absurdo –repliqué–, usted ha soñado, sin duda! –No. Jamás he estado tan despejado en toda mi vida. Él me dijo: –Tenéis una carta para mí, ¿no es cierto? La misma que tenéis en la mano. Yo no podía hablar apenas. Por fin le dije: –No lo sé, Maharajá; no tiene dirección. –Es para mí, por tanto. Tomóme entonces la carta, y me dijo: –Vuélvete, pues. Al punto me volví; pero tan pronto como yo intenté ver si aun estaba allí, había desaparecido... ¡Ni un alma sobre la carretera!... Espantado, me eché a correr; pero no

habría recorrido cincuenta metros cuando una voz me dijo al oído: –¡Nada de tonterías, amigo mío, no perdáis la cabeza que todo marcha a maravilla! Esto me infundió todavía más pavor, porque nadie había visible. He corrido entonces con toda la fuerza de mis piernas, y heme aquí. Tal fué la historia relatada por Mooljee, que la transcribo sin comentarios. A juzgar por las apariencias, decía indudablemente la verdad, porque su espanto y su emoción eran demasiado vivos para ser simulados por tan pésimo cómico. En todo caso además, una petición contenida en dicha carta tuvo su respuesta en otra del mismo Adepto que recibí más tarde en la hospedería de Blaurtpur en la Rajaputana, a más de mil millas del sitio donde le había acaecido su aventura a Mooljee, lo que es harto significativo.

"Érase una noche de luna, infinitamente más maravillosa que las que en Europa conocemos: la atmósfera estaba dulce y en calma; sentíase el placer de vivir en medio de aquel ambiente de misterio. Nos acostamos, y a las cuatro de la mañana, después del baño y el café, partimos para Karli, donde llegamos a las diez de la mañana. No entra en mi plan el describir la imponente majestad del templo tallado en la roca y de las cámaras que le rodean, pues todo ello puede leerse en las guías al uso de los turistas. Me ocuparé tan sólo de las aventuras de nuestro pequeño grupo. La aldea vecina celebraba una fiesta de Rama. Fatigado por la ascensión y por el calor, penetramos en una de las grutas y nos recostamos sobre nuestras mantas. Sacamos luego el desayuno, aunque sintiendo vergüenza de satisfacer la prosaica necesidad del estómago en un santuario donde, muchos siglos antes de nuestra era, millares de ascetas y de eremitas habían orado salmodiando los *slokas* y los *gâthas* sagrados, unidos sus esfuerzos en la aspiración común de dominar su naturaleza animal y desarrollar sus poderes espirituales. La conversación recayó naturalmente acerca del noble problema del nacimiento, progreso y decadencia de la *Brahma-Vidya* –la Ciencia Suprema– en la India y de nuestra esperanza en su renacimiento. Charlando así pasó el tiempo, y, como viésemos que eran las cinco, nuestro acompañante Mooljee y yo nos separamos de Blavatsky para instalarnos en la puerta y esperarla. No se veía asceta alguno en aquellos contornos, pero al cabo de diez minutos, llegó uno conduciendo una vaca de *cinco patas*: la extraña quinta pata del animal parecía salir como de su morrillo. Venía el asceta acompañado de un servidor; su fisonomía era dulce y bondadosa; llevaba largos sus negros cabellos, con la barba separada hacia el mentón, según el estilo rajaputano, con los extremos unidos con el cabello hacia detrás de las orejas. Su ropaje era el azafranado de su

hermandad, y sobre su inteligente frente llevaba la "barra ceniza", el *vibhutí*, que caracteriza a los adoradores de Shiva. Esperamos buenamente a que él se diese cuenta de nuestra presencia, pero viendo que no lo hacía, entablamos conversación. Entonces el asceta explicó su presencia en tales sitios, cuando él debía hallarse en el camino de Hardwar, merced a una orden de su *gurú* (maestro) recibida la víspera, que le había mandado estuviese a las cinco de aquel día en las grutas de Karli, donde hallaría a las personas que debía encontrar. Nada más se le había dicho, y pues que nosotros esperábamos, nosotros debíamos ser las personas que le había indicado su gurú, pero que él ningún encargo especial tenía para nosotros, al menos hasta aquel momento. A preguntas nuestras añadió que el gurú no le había hablado por sí propio, pero –como acabó por decir después de varias instancias y de un intervalo de silencio, durante el cual parecía escuchar a algún ser invisible– una voz había hablado a su oído, que era el modo ordinario que tenía de recibir sus órdenes de viaje."

"No pudiendo sacar nada más del silencio del asceta, le abandonamos un momento, para volver junto a Blavatsky, y habiendo comunicado a Baburas, el criado, nuestra intención de pasar la noche en la colina, éste se fue con Mooljee en busca de un abrigo conveniente. La instalación se hizo en una de las grutas talladas para dormitorios a cierta distancia del templo perforado en la roca. El viejo arquitecto que ahuecase aquel recinto, había figurado como un pequeño pórtico con dos columnas a la entrada y tallado también en la roca seis pequeñas celdas, sin puerta, que abocaban a una cámara central. A la izquierda del portal, un depósito ahuecado en la piedra recibía el agua de un manantial deliciosamente puro y fresco. Blavatsky me dijo que desde una de sus celdas, una puerta y galerías secretas conducían a otras cavernas en el corazón de la montaña, y en cuyo interior subsistía todavía una escuela de Adeptos, cuya misma existencia era completamente ignorada para el público. Añadió que si yo alcanzaba a descubrir el sitio requerido, y a operar encima, de cierta manera, no se me impediría el paso más allá, promesa que no parecía ser demasiado comprometida, dadas las dificultades del problema. Sin embargo, ensayé, y como hubiese descubierto cierto sitio sospechoso, empecé a maniobrar, cuando Blavatsky me llamó de repente. El Adepto que después me escribió en Bhurtpur me dijo que había dado con el sitio exacto y que si no se me hubiese llamado en aquel instante, hubiese llegado a invadir prematuramente su retiro. Mas, como esto no es posible de probar, por el momento, pasaremos de largo,

"Mooljee y la criada Babula habían ido a la aldea vecina a buscar provisiones, mientras que Blavatsky y yo permanecimos solos hablando y fumando en el pórtico. Ella me rogó entonces que me estuviese quieto algunos minutos y que no volviese la cara hasta que ella me lo dijese. Entonces entró rápidamente en la gruta, con intención, presumo, de realizar una operación aritmética como cabalística sobre el lecho de piedra del monje de antaño, mientras que yo continué fumando y mirando al paisaje que se extendía a mis pies como una inmensa carta geográfica, cuando, de repente, resonó en el interior de la gruta un ruido como si una pesada puerta se cerrase con violencia, y, al par, estalló como una burlona carcajada. Instintivamente me volví, pero Blavatsky había desaparecido, pues que ella no estaba en ninguna de las celdas que hube de examinar cuidadosamente sin que en mi reconocimiento pudiese advertir la menor señal de puerta alguna, ni nada visible a mis ojos, ni sensible a mi tacto, que no fuese la roca viva. Estaba ya, sin embargo, demasiado familiarizado, desde larga fecha, con las rarezas y excentricidades psicológicas de Blavatsky, para preocuparme por mucho tiempo de tamaño misterio. Así, pues, volví a mi pipa, para aguardar tranquilamente los acontecimientos. Al cabo de media hora, escuché pasos detrás de mí y fuí interpelado por Blavatsky en persona, con su voz habitual. Cuando la pregunte de dónde venía, me dijo que, teniendo algo que tratar con N. (Aquí el nombre del Adepto que, invisible, guiaba nuestra empresa), había ido a buscarle en su retiro secreto. Mientras hablaba así vi que tenía en la mano una vieja llave, llena de herrumbre, de un extraño dibujo, que había ella encontrado en uno de los pasadizos secretos y guardado sin saber por qué. No quiso dármela, sino que la arrojó al aire con toda su fuerza y yo la vi caer en un matorral allá abajo, en la pendiente. Me cuidaré muy bien de proponer explicación alguna sobre estos incidentes, dejando a cada lector que se forje la suya; pero para prevenir la objeción que surgirá en la mente de ciertos espíritus convengo en que todo puede ser explicado por sugestión hipnótica, salvo lo de la llave roñosa. El ruido de la puerta al cerrarse, la carcajada burlona, la desaparición y retorno de Blavatsky, pueden contarse con cargo a la *maya hipnótica* de que ella me hubiese hecho víctima. Pudo muy bien entonces atravesar el pórtico a mi lado, salir y entrar ante mis ojos, sin que lo hubiese advertido, teorías todas que parecerán harto pobres a cualquiera que haya sido una sola vez discípulo de cualquier adepto de la magia oriental. El taumaturgo bien al corriente de la ciencia oculta puede hacer creer que él (o, mejor dicho, su cuerpo físico) desaparece o aparece tomando una forma cualquiera; puede hacer visible su cuerpo astral y puede, en fin, darle una forma proteica. En tales casos los resultados se deben a una alucinación

magnética de todos los asistentes, simultáneamente impresionados. Semejante alucinación es tan perfecta, que el sujeto juraría por su vida ser real cuanto haya visto, siendo así que ello no es en realidad otra cosa que una imagen de su propio espíritu, producida en su conciencia por la voluntad irresistible del magnetizador. Esto, sin embargo, no es sino una teoría que resultará bien deficiente a cualquiera que ha tenido que ver como alumno con un verdadero adepto de la magia oriental.

"Cuando nuestra gente volvió, cenamos bajo el pórtico, y después del último cigarro, nos envolvimos en nuestras mantas y dormimos tranquilamente hasta el otro día. Babula, sentada junto a la puerta, alimentaba la hoguera para alejar a las fieras, pero, salvo un miserable chacal pequeño, nada vino a turbar nuestro reposo. El relato de *Caves and jungles of Hindustan,* relativo a mi caída en un precipicio, de donde fuí retirado por el sangasi y su vaca de cinco patas, es pura novela, igual que "los lejanos rugidos de los tigres elevándose por el valle" y el ataque nocturno de un enorme tigre, lanzado en el abismo por la poderosa fuerza de voluntad del Adepto, cuanto la del llanto de Miss X... personaje que jamás ha formado parte de nuestra expedición. Tales eran los agregados que H. P. B. hizo a su delicioso cuento hindú, para adaptarle a los gustos del público ruso, para quien le escribiera. No hay que fiarse tampoco de su historia relativa al encantador de serpientes como acaecido en Karli, porque él, en realidad, no acaeció sino en Girgamu, como lo referiré oportunamente.

"Nos levantamos a la mañana siguiente Mooijee y yo antes que H. P. B.; y después de bañarnos en el manantial, aquél descendió a la aldea, mientras que yo gozaba con las perspectivas del lugar. Al cabo de un momento reapareció el sangasi de la tarde anterior con su extraña bestia y con intención manifiesta de hablarme. ¿Qué hacer?, ya que ni H. P. B. ni yo sabíamos ni una palabra de los dialectos indígenas. Sin embargo, el sangasi, acercándose a mí, me hizo los signos de reconocimiento de la Sociedad y pronunció a mi oído el nombre del Adepto. Al punto me saludó gallardamente, y se fue, sin que jamás hayamos vuelto a verle.

"El día se pasó en visitar las grutas y a las cuatro y media descendimos hasta la Hospedería de Khandalla; pero antes de que dejásemos la gran caverna, H. P. B. me transmitió una orden que ella dijo haber recibido telepáticamente del Adepto, para que fuésemos a la Rajaputana. Después de la cena, y de la inevitable contemplación del panorama nocturno a la luz de la luna, regresó Mooljee con turbado aspecto diciendo que

H. P. B. había desaparecido literalmente a sus ojos mientras que le hablaba a la luz de la luna. Parecía presa Mooljee de una gran crisis nerviosa, según lo que temblaba. Le dije que se sentase y se tranquilizase en lugar de ponerse en ridículo, pues que había sido víctima simplemente de una ilusión fácil de producir, como cualquier buen magnetizador lo sabe bien, cuando se dispone de un sujeto sensible. Ella no tardó en volver, y tornando a su puesto, continuó la conversación. De allí a poco dos hindúes con blancas vestiduras cruzaron oblicuamente la pradera a unos 50 metros de nosotros. Al pasar ante nosotros, se detuvieron, y H. P. B. envió a Mooljee para que los hablase. Mientras éste así lo hacía, ella me repetía lo que decía ser su conversación y que Mooljee confirmó al instante al reunirse con nosotros. Se trataba de un mensaje para mí diciendo que la carta mía había sido recibida y leída y que su respuesta la tendría en la Rajaputana. Antes de que Mooljee tuviese tiempo de terminar su breve relato, vi a los dos mensajeros-discípulos alejarse un poco, pasar detrás de un pequeño arbusto que no era lo bastante grande ni espeso para ocultar a un hombre vestido de blanco y desaparecieron. La pradera se extendía todo en derredor del arbusto, pero ellos habían desaparecido completamente. Como era natural, seguí mi primer impulso, que fue el de correr a través de la pradera para reconocer por detrás el arbusto y ver si había huellas de algún conducto subterráneo, pero nada encontré. El suelo estaba compacto, ni una sola ramita del arbusto estaba tronchada. Había sido, pues, simplemente hipnotizado.

"Partimos para Bombay a la mañana siguiente; pero nuestras aventuras, por lo visto, no habían acabado aún… Nos acomodamos los tres en un departamento del ferrocarril, y al cabo de algún tiempo Mooljee se tendió sobre uno de los asientos, mientras que H. P. B. y yo sentados frente a frente al otro lado, nos pusimos a departir acerca de asuntos de ocultismo en general. Por fin, ella elijo: –Yo deploro que… (aquí el nombre del Adepto) me haya obligado a transmitiros verbalmente su mensaje respecto a la Rajaputana –¿por qué? –respondila. –Porque Wimbridge y Miss Bates podrán pensar que se trata de un amaño, de un pretexto para hacer con usted un delicioso viaje mientras que ellos se aburren en casa. –¡Bah!, nuestra palabra habrá de bastarles. –Sí; pero os aseguro que ellos juzgarán mal de mí a causa de esto. –Entonces –repliqué– hubiera sido mejor que él os hubiese dado una carta, cosa para él nada difícil. Sin embargo, ya no hay remedio y no debemos preocuparnos. Kandalla queda ya a una treintena de kilómetros. Ella murmuró no sé qué entre dientes y dijo al punto: –Puedo todavía ensayar. Aún no es tarde. Y diciendo esto se puso a escribir

algunas líneas sobre una hoja de su *carnet* en dos clases de caracteres; arriba en zenzar –lengua de la que se servía para todas sus comunicaciones personales con los Mahatmas– y abajo en inglés, que ella me permitió que leyese y que decía así: “Se pide a Goolab-Sing que telegrafíe a Olcott las órdenes que se le dieron ayer por mi conducto en la gruta, para que ello sea un testimonio para otros igual que para él”.

“Arrancando del *carnet* la hoja, doblóla H. P. B. en forma de triángulo; inscribió encima ciertos caracteres simbólicos, para dominar a los elementales, según ella decía, y, cogiéndola con el pulgar y el índice de la mano izquierda, se dispuso a echarla al azar por la ventanilla. En aquel momento la detuve diciéndola:

“–¿Queréis que esto constituya una palmaria prueba para mi? Permitidme entonces volver a abrir el billete y ver lo que vais a hacer–. Con su consentimiento volví a ver el interior, en seguida torné a doblar el billete y por encargo expreso suyo le seguí con la vista cuando ella le arrojó del tren. Arrebatado, en efecto, por la columna de aire desplazada por la velocidad del convoy, el papelito voló hacía un árbol solitario inmediato a la vía. Estábamos, a la sazón, a mil metros de altitud en los Ghates occidentales. No había vivienda alguna a la vista y muy pocos árboles cerca de la línea. Momentos antes de permitirle a H. P. B. que arrojase su billete, desperté a Mooljee, informándole de lo que acaecía, ambos tomamos nota de la hora y él firmó conmigo un acta en mi propio calepino, que tengo a la vista en los momentos en que escribo, para refrescar la memoria en cuanto a los detalles. El certificado, fechado en la estación, dice: “Estación de Kurjeet, G. I. P. R., 8 de abril de 1879, a las 12,45 p. m.” y está firmado por Mooljee Thackersey, como testigo.

“Mooljee y yo quisimos después bajar en Kurjeet para estirar las piernas, más H. P. B. exigió que ninguno de los dos abandonásemos el departamento hasta Bombay, pues que tenía sus motivos para ello, como algún día lo comprenderíamos, de suerte que entrambos permanecimos allí con ella. Al llegar a casa, al fin, yo tuve una diligencia que practicar, en la que emplee como una hora, y, al regresar, Miss Bates me alargó un telegrama cerrado, diciéndome que le había recibido de manos del cartero y cuyo recibo había firmado a mi nombre. He aquí el texto del telegrama en cuestión: “2 de la tarde del 8-4-1879, Kurjeet en Byculla –*Gulab-Sing a H. S. Olcott, Recibida carta. Respuesta en Radjaputana. Partan inmediatamente*”...

Nos hemos extendido tanto en la transcripción que antecede, primero, porque en ella se ve la génesis verdad de la obra que comentamos, y, segundo, porque los pretendidos fantaseos de ella, como el lector habrá visto, se quedan, como siempre, muy atrás de los hechos reales puntualmente referidos por el veracísimo Olcott. Por maravillosa que pueda parecer, en efecto, la muerte del tigre bajo la sola palabra mágica del Maestro Gulab-Sing, no menos maravillosas, aunque verdadero siempre, nos resultan las increíbles aventuras que el buen Coronel nos relata con una sencillez tal como si se tratara de la cosa más natural del mundo: un Mooljee que ve cruzar en un tren al mismo ser prodigioso a quien antes viese en la Quinta de las Rosas –quinta encantada que nunca pudo encontrar después– y quien le entrega un prodigioso ramillete idéntico a otro de marras; una carta entregada por dicho Mooljee, momentos después, al mismo viajero msterioso que a la sazón debería estar a algunas leguas de allí, y que se ıe aparece y desaparece por arte verdadero de encantamiento; una vaca de cinco patas llevada no se sabe por qué por un discípulo no menos misterioso; una desaparición inexplicable de H. P. B. en la entraña de la roca; dos otros extraños personajes que aparecen y desaparecen detrás de un zarzal: sin dejar huella alguna detrás de sí; un billete arrojado al acaso y con signos desconocidos y con respuesta telegráfica del ignoto interesado una hora después, a no pocas leguas de distancia, etc., etc. Comparando, pues, el texto novelesco de Blavatsky con el verídico relato de Olcott no podemos sino repetir una vez más nuestro aserto de que la realidad acaba por exceder siempre a la más grande de las quimeras. Por eso todo estudiante de Ocultismo que quiera entrever muchas de las posibilidades teóricas –las prácticas ya se sabe le están negadas sin Maestro– de esta Ciencia de ciencias, hará muy bien en meditar detenidamente sobre pasajes tan sugestivos como los que van transcriptos.

Más adelante (pág. 75) completa Olcott la singular aventura de la carta, del billete y del telegrama diciendo, al describir su viaje por Cawnpore, Allahabad y las ruinas de Jajmow, la capital de la raza lunar en la Rajaputana cincuenta mil años antes de Cristo: “Pasamos la noche en la Hospedería, y la tarde siguiente, estando reunidos H. P. B. y yo al interior de la *verandah*, un anciano hindú vestido de blanco dobló la esquina del edificio, me saludó, me entregó una carta y desapareció. Era la respuesta a mi epístola dirigida a Goolab-Singh desde Khandhalla y que se me había dicho en el telegrama desde Kurjeet que recibiría en la Radjaputana. Era una carta admirablemente escrita, y harto preciosa para mí, porque en ella se me recomendaba como el camino más directo para ir hacia los Maestros, el trabajar

fielmente por la Sociedad Teosófica, senda que constantemente he seguido, razón por la cual, aunque la carta hubiese sido apócrifa ella resultó para mí una verdadera bendición y un gran consuelo en los momentos difíciles."

Respecto a la intervención del Mooljee Thackersey en todas cuantas maravillosas aventuras precedieron y siguieron al viaje al hipogeo de Karli, no terminaremos esta nota sin consignar ciertas coincidencias, seguros de que nuestros lectores habrán de sentir al leernos el mismo escalofrío astral, caricia macabra del otro mundo, que nosotros hemos sentido al considerarlas.

Siempre nos ha extrañado, en efecto, el particular privilegio de que Mr. Thackersey gozó en todos cuantos fenómenos hiperfísicos caracterizaron a esta primera época de la vida de los dos fundadores en la India, tanto que le fue dado a aquél apreciar de *vissu* cosas y fenómenos que no alcanzó a presenciar el mismo coronel Olcott, no obstante su gran evolución espiritual y la predilección con que Madame Blavatsky le favorecía, tales como la visita a la mágica *Quinta de las Rosas,* de Bombay; el encuentro en la estación de Narel con el viájero misterioso, que no era sino el mismo gigantesco hindú, dueño de dicha Quinta, y el reencuentro con el mismo "surgido como de la tierra cuando era lógico pensar que se hallase ya a muchos kilómetros de distancia y recibiendo en sus manos la carta sin dirección que Olcott le había escrito".

La clave de semejante preferencia y de la posibilidad psíquica en que Thackersey se encontraba probablemente para poder ser testigo de fenómenos semejantes, más astrales que físicos, sin duda, nos la da la leyenda asturiana de *La Huestia,* o *Santa Compaña,* porque conviene no olvidar (*El tesoro de los lagos de Somiedo,* pág. 158) que no sólo se presenta esta doble procesión de fantasmas ante la visión de delirio del moribundo por quien la *Huestia* viene, sino que se asegura por muy cierto en la tierra de Don Pelayo, que así todos cuantos van a morir "andan durante un año, poco más o menos, y de un modo muy extraño en franca compañía de las *gentes del otro mundo* (desencarnados, *jinas*, etc.)", que es a los que se llama "andar en la Huestia, o con la Huestia".

Si admitimos, pues, como cierto –que para nosotros lo es, sin disputa– la realidad astral de la Santa Compaña de la Huestia, bien pudo andar asimismo en ella en Mooljee Thackersey, por cuanto su óbito se realizó como un año después de todas las aventuras de Karli, antes descritas. Olcott, en efecto, al relatar su regreso del viaje que hizo a Ceilán

(*Historia*, 2ª serie, cap. XIII, pág. 181) en julio del siguiente año, o sea de 1880, dice: "Nuestro fiel amigo el Muljí Thackersey[xlv] había muerto algunos días antes de nuestro regreso, y la Sociedad había perdido con ello a uno de sus sostenes más poderosos..." ¿Se cumpliría, acaso, en él, por tanto, la leyenda astur? No lo sabemos; pero es bien chocante que quien, al decir de ella "andaba ya, por consiguiente, en la compañía de la Huestia cuando fué a Karli", pudiese estar capacitado para presenciar la efectiva realidad de unos fenómenos para el que ni Olcott mismo, gracias a su entonces buena salud, no estaba capacitado. "¡Nadie puede ver cara a cara a Dios sin morir!" –dice la Biblia en no pocos pasajes–. "¡Nadie puede ver cara a cara a una Walkyria sin morir!" –añade la leyenda de los Eddas revivida en *El anillo del Nibelungo wagneriano*–. Y cuenta que la etimología de la palabra walkyria no es para nosotros sino la de las dos palabras de *wala* o *bala*, equivalente a la de sibila o profetisa y de *kyries*, lanza, *kurú okeiros*, gente de la lanza, es decir, gente solar o *jina* separada de nosotros, como reza la tradición del gaedhil, por el *Velo de Adán,* velo físico que si bien no se descorre sino con la muerte, puede hacerse singularmente transparente, tanto en los graves trastornos psíquicos, característicos de ciertas enfermedades, cuanto en el verdadero estado de transición de todos aquellos que van a trasponer de allí a un año los umbrales de la Eternidad, que son umbrales del Misterio, y "andan ya en la Santa Compaña", que un astur diría.

(32) Bhavani, la contraparte femenina de Shiva, recibe también el nombre de Gauri y algunos otros, simbólicos todos. La contraparte de Vishnú es Laksmy, y la de Brahmá, Sarasvati, nombres estos dos últimos que asignaron los hebreos a Abraham y a su esposa Sahara. El *lingham* que ostenta la frente de la diosa Sarasvati es un símbolo de la intuición y de su ojo, cuyo desarrollo no sólo no es el sexo, como por el símbolo pudiera creerse, sino que es precisamente antagónico o de signo contrario al sexo mismo, como hemos estudiado en *De gentes del otro mundo,* al hablar acerca de *El misterio de los jinas.* Símbolos análogos son asimismo las tres líneas horizontales de los adeptos de Shiva y las dos perpendiculares de Vishnú, las cinco referentes a la intuición o *doble vista* y sus mágicos poderes.

En cuanto a la secta monoteísta de los *Gurú-Nanakas,* que parece un anticipo del Vedantismo, y la secta panteísta o adwaita de los *Sadhú-Nanakas,* de que nos habla la Maestra, ambas tienen el apelativo genérico de *Nanakas*, o sea, a nuestro modesto juicio, de los primitivos *saccas* o sacerdotes de *Nana* o *Anait*, la Venus aria, semejante a los diferentes

personajes *venustios* de los mayas del Yucatán y aun a la *Nana* española, seguramente importada por los primeros parsis que vinieron a nuestra Península[xlvi], donde aún conserva la demopedia o folklore frases como la de "el año de *Nana* o de la *Nana*" para designar fechas lo más remotas, ignotas o indeterminadas posibles. Los primitivos sacerdotes, tanto mayas como pelasgos y etruscos, arreglaban sus cronologías religiosas secretas por el año de Venus, o sea de los nueve meses, jugando en ellos módulos de *cempohuallís* o *veintenas*, y de 52 y de 13, causa determinante, entre otras, de la superstición relativa al número 13 como nefasto, por aquello de que "los dioses de nuestros padres son nuestros demonios". Tales arreglos sacerdotales, por otra parte, como patrimonio secreto que eran de una sola clase social, y que regían, no obstante, la vida civil, dieron lugar a las primeras guerras civiles entre los patricios y los plebeyos romanos, como es sabido, porque, diga lo que quiera nuestra docta ignorancia, nada hay más práctico ni más dado a originar luchas, que las cuestiones religiosas o *celestes*.

Los problemas históricos que de aquí se derivan no caben en los límites de estas notas; pero cada vez va siendo más evidente, a medida que los investigadores europeos se van acercando a la *Sabiduría de las Edades,* que en la *Ariavarsha* primitiva o *Irán*, y en su región filial, la *Bharatavarsha* o India –la tierra del *Bharata* o *Maha-bharata*–, está perfectamente conservado el gran secreto de la prehistoria del mundo entero, no siendo su conservación de esas a las que puede aspirar la eterna Serpiente Tifón de las edades –el sacerdocio explotador y destructor, de tan diversas confesiones religiosas, esencialmente uno–, porque corre a cargo de ascetas sublimes, verdaderos rishis por su extrahumana pureza: los *gymnosofistas*, o teurgistas del Asia Central, que, según la Maestra (*Isis*, I, pág. 160), son infinitamente superiores, por sus conocimientos y ascetismo, a los hierofantes egipcios y a los magos caldeos, pues que estos últimos han vivido siempre en comunidades para su recíproco auxilio y aquéllos son al modo de los superhumanos y solitarios jinas. Gentes como los ascetas de que seguidamente nos va a hablar el bondadosísimo y veraz coronel Olcott, que apenas si en su fuerza de voluntad e indiferencia hacia el mundo pueden merecer el honor de llamarse sus discípulos.

Relatando, en efecto, Olcott su viaje por el norte de la India (*Historia Auténtica de la S. T.*, 2ª serie, cap. V), dice: "Al amanecer fuimos a las orillas del Jumma para visitar a un anciano y notabilísimo asceta llamado el Babú Surdass, discípulo del gurú Sikh Nanak, que era un testimonio vivo de a cuanto alcanzar puede una invencible obstinación. Desde

el año de 1827, es decir, desde hacía cuarenta y dos años, permanecía impasible sobre una pequeña plataforma de ladrillos, cerca del fuerte, sin nada sobre la cabeza, en toda estación, cálida, lluviosa o fría, desafiando impertérrito la intemperie, absorto siempre en su meditación religiosa. Allí había permanecido así, durante todo el tiempo de la sublevación de los cipayos, sin hacer caso alguno de los cañonazos ni de las batallas que sembraban espanto y desolaciones en tomo suyo. Estos vanos ruidos jamás alcanzaron a sacarle de su meditación eterna. El día de nuestra visita, el sol quemaba como un ascua, pero él seguía con su cabeza desnuda sin dar la menor muestra de sufrimiento. Él permanecía así, encaramado siempre e impertérrito en el mismo sitio durante todo el día, salvo que a media noche descendía a bañarse y a orar en la confluencia del Ganges con el Jumma. Penitencias tan sobrehumanas le hicieron quedar ciego, y le es necesario ser conducido hasta la orilla del agua, pero su fisonomía irradia felicidad y su sonrisa es franca y dulce. Muljé nos sirvió de intérprete cerca de él, quien nos dijo tener cien años, cosa que, sea o no verdad, importa poco para el caso, pero en lo relativo a su permanencia sobre el *gadi* de mampostería es una cosa indudable y de pública notoriedad. ¡Cuán curioso no resulta el comparar su ideal con el de esta nuestra mundana sociedad, y cuán extraño el ver a ese hombre silencioso, sentado y absorto en consideraciones religiosas durante medio siglo, mientras que las pasiones humanas hacen estragos en su derredor, sin alcanzar a turbarle en su serena tranquilidad, cual se quiebran las olas sobre peñasco solitario de la costa sin conseguir quebrantarle lo más mínimo! Su conversación estaba esmaltada de imágenes poéticas, como cuando dijo que los sabios se apoderan de los granos de verdad y se los apropian, como la ostra se apodera de una gota de agua de lluvia para convertirla en perla[xlvii]. Cuando yo intenté explicarle la verdadera manera que tienen de formarse las piedras, él me opuso que la ciencia se equivocaba y mantuvo su comparación. Con la dialéctica habitual de los shaskras, nos recordó que solamente conduciendo al espíritu y al alma a la calma absoluta es como puede percibirse la verdad, a la manera como el sol nos refleja claramente más que en las aguas sin olas. En cuanto a la adversidad y las pesadumbres no son sino experiencias que hacen revelarse lo mejor que hay en el fondo de nuestro sér, a la manera como la esencia de rosas se obtiene aplastando los pétalos d estas flores. Le preguntamos si quería dignarse el favorecernos con algunos fenómenos, pero él volvió sus ojos sin vista hacia el interrogador y respondió con tristeza que el Sabio no permite a su atención el apartarse de la busca del Espíritu, para ocuparse de tales pasatiempos de ignorantes. Cuando al asceta le place tiene la facultad de leer en el pasado y

en el porvenir, pero se negó en redondo a darnos prueba alguna de su clarividencia. Desde aquel día, siempre que he vuelto a Allahabah, me he apresurado a ofrecer mis respetos al viejo sannyasi, pero la última vez me dijeron que había muerto. Sería interesante el poder saber hasta qué punto tan larga vida de penitencia ha podido modificar su existencia en la esfera del más allá.

De Allahabah pasamos a Cawpore, y la mañana siguiente, muy temprano, visitamos a otro asceta, que vivía desnudo desde hacía cosa de un año, sobre una laguna de arena que se atraviesa en el Ganges. El asceta tenía un rostro afinado y espiritualizado, con aire de perfecta indiferencia hacia todas las cosas de este mundo. La boca de su estómago me maravilló: diríase que sus funciones digestivas no se realizaban sino muy de tarde en tarde. Él rehusó, de igual modo, el mostrarnos fenómeno alguno. Evidentemente estos buscadores hindúes de la Verdad difieren de un modo radical de nosotros los occidentales, y harían harto poco caso de los prodigios de nuestro más renombrados médiums. Nos hablaron, sin embargo, de un famoso asceta llamado Jungli Schad, a quien se atribuye el milagro de la multiplicación de los panes, muchas veces repetida, es decir, que podría multiplicar el alimento de una sola persona de modo que ciento de ellas pudiesen hacer una comida satisfactoria. Después se me ha dicho lo mismo respecto de diversos sannyasis. Los grandes magos verdaderos consideran esto como relativamente fácil de realizar, siempre que tengan a su disposición un núcleo, tal como un grano de trigo o de arroz, un fruto, un poco de agua, en torno del cual el Adepto puede condensar la materia extraída del espacio. Mas yo desearía saber si estas prodigiosas multiplicaciones del alimento son otra cosa que una mera ilusión, y en el caso de que no lo fuesen, si aquellos que las consumiesen quedarían nutridos verdaderamente. Recuerdo a este propósito que el profesor Bernheim me enseñó que podía hacer creer por sugestión a una enferma hipnotizada que ella tenía el estómago tan pronto lleno como vacío, o bien que se moría de hambre. Nuestro joven sannyasi atribuía a otros dos ascetas el poder de cambiar el agua en *ghee* (manteca clarificada), y nos aseguró que había visto hacía veinte años a otro sannyasi resucitar a un árbol caído, y que él mismo, estando ciego, había sido curado por un gurú de Muttra, la santa ciudad de Krishna. Pero esto nada tiene de maravilloso si suponemos que sólo sufría la parálisis del nervio óptico."

Hablando, finalmente, Olcott del swami Dayanand Sarasvati, al que se ha hecho referencia en anteriores notas, dice (*Historia auténtica,* 2ª serie, cap. VI): "A la mañana

siguiente el swami nos refirió varios episodios interesantes de su vida y la de otros yoguis en la selva. Él había vivido allí desnudo, salvo un *languti* o taparrabo ceñido en torno de sus lomos, durmiendo en el suelo o sobre cualquier roca, comiendo lo que buenamente podía encontrar en el bosque, hasta que su cuerpo llegó a ser insensible al frío, al calor, a los arañazos de la maleza y a las insolaciones. Jamás tuvo que sufrir ataque alguno por parte de las fieras ni de las serpientes. Cierta vez tropezó con un oso hambriento que se arrojó sobre él, pero le hizo cierto signo con la mano y el animal, sin tocarle, siguió su camino. El swami añadió haber visto cierto día sobre el monte Abú un Adepto llamado Bhavani Gihr, que podía beberse una botella entera de un veneno del cual bastaría una gota para matar a un hombre ordinario; que podía estar sin comer fácilmente hasta cuarenta días, realizando, en fin, mil otras cosas aún más extraordinarias."

(33) El pasaje de referencia, torna a ponemos frente a frente a los *rajaputs*, o *surya vansas* (hombres solares o de la Edad de Oro), y a los *brahmanes*, o *hindu-vansas* (hombres lunares o de la Edad de Plata, posteriores). Entre unos y otros ario-atlantes se riñó la Gran guerra que poéticamente nos recuerda el Mahabharata, pues que aquellos servían verdaderamente a los *Iatudhanas* (Hijos del Sol; Adeptos de la Sabiduría, *Doctrina Secreta,* II, 195), y éstos más bien a los *Parasharas* o *Rakshasas*, con sus pasiones lunares (*ib*., II, 214), porque, como dice Cantú (libro n, cap. Xl, 316), con referencia al Código del Manú (t. II, 51 y 81): "En la primera Edad de Oro o *Satua-yuga,* la Justicia, en forma de Toro, se mantiene firme sobre sus cuatro pies, reinando la verdad; los hombres, exentos de enfermedades, llenan todos sus deseos y viven cuatrocientos años. En las edades siguientes la Justicia va perdiendo un pie; las honestas utilidades se disminuyen gradualmente en una cuarta parte, y otro tanto se acorta la vida humana, hasta llegar al *Kali-yuga,* o Edad de Hierro, en la que el hombre, reducido a ser un verdadero pigmeo, ya no tiene fuerza para arrancar de la tierra la menor planta, sin el auxilio de herramientas..." "Ormuzd, añade el mismo autor (libro III, cap. III), cuando reinó en la Tierra, tradujo al Toro primitivo, que contenía todos los gérmenes de la vida orgánica; pero, al fin, bajo los nefastos humos de Ahrimán (Magia Negra), sucumbió apestado. De su costilla derecha salió luego *Cayomorts*, el primer hombre, y de su costilla izquierda *Gochorum*, "el alma del Toro", que es genio tutelar de toda la creación desde entonces[xlviii]. De la esencia vital de aquél formó Ormuzd otros seres, que fueron tronco a su vez de todos los animales puros, y de sus astas nacieron los frutales, de su

nariz, las hortalizas; de su cola, veinticinco especies de cereales, y de su sangre preciosa, el jugo de la uva que produce el vino.” En otros lugares nos habla, en fin, Cantú, del degenerado enano *Trivi-crama* y el Gigante Mahabali, al par que del Toro blanco de Shiva, que de la India pasó a Egipto, y de que “en el Mahbara, Vishnú, apiadándose de las quejas que la Madre-Tierra, en forma de ternera, le dirigía pidiendo remediase la gran maldad de los hombres, se dignó encarnarse en la persona del avatar Krishna, tan conocido.” (Cantú, libro II, cap. XVI.)

En cuanto al paso de los antiquísimos *rajaputs* desde las regiones transhimaláyicas a la India, el Código del Manú y otros muchos libros de Oriente recuerdan, dice Cantú, “un remoto cisma, seguido de la emigracición de muchas tribus arias fuera del territorio sagrado: los *javanas* IO-ANAS, que diríamos nosotros, o sean los jonios, pelasgos y helenos; los saccas, sacias o escitas; los *paradas* o partos; los *pahlavas* o pelvis, y los chinos. Todos ellos pertenecían a la casta guerrera”.

El país originario de aquellas gentes arias, según la tradición y los anales del Gran Libro (Libro de Dzyan), comentado en *La Doctrina Secreta,* aseguran, dice la Maestra (*Doctrina Secreta,* II, pág. 203), que “muchos días antes de *Ad-am* y *He-va,* en aquellos territorios del Gobbi y el Turkestán independiente donde hoy se extiende un desolado desierto, había antaño un vasto mar interior y en él una isla de singular belleza, habitada por los últimos restos de los *Hijos de la Voluntad y del Yoga* (raza no generada físicamente como la actual, sino formada por dicho procedimiento yoga llamado del *Kriya shakti*). Tal raza era de verdaderos seres superiores o *Ehohim*, quienes comunicaron a los hombres la palabra perdida, y tenían de tal modo dominados a los elementos, que indiferentemente podían morar en el interior de la tierra, que en el agua, en el aire y en el fuego. No había posibilidad humana de abordar por mar a dicha *Isla Sagrada,* y si sólo por subterráneos que secretamente conducían hasta ella.” Hoy tales regiones, al decir de introducción de *La Doctrina Secreta,* están llenas de restos de centenares de ciudades, de las que ni el nombre se recuerda, a la manera de aquella encantada ciudad egipcia de *Ishmomia*, en la que yacen ocultos innumerables manuscritos y rollos que se creen destruidos por los tres sucesivos incendios de Alejandría (*Isis sin Velo,* II, 37), y en los que más de una vez, en la silenciosa y solemne obscuridad de la noche, se han visto con terror y desde lejos vagar como tenues lucecitas a gentes jinas, ancianos consultando muy a su sabor los arcaicos mamotretos, protegidos contra la intrusión de los profanos por pavorosos elementales afrites.

En cuanto a *lkshvaku*, el primitivo gran patriarca de la dinastía de los Adeptos del Surya-vansa, ha dado nombre a la más antigua cronología hindú, que le hace datar, según Cantú, de dos millones de años fecha, o más bien, de los cuatro millones trescientos veinte mil años, que es el valor exacto de un Mahayuga. A su raza se la ha confundido después con la de los *Sumatas*, o más bien *Somatas* –de Soma, la Luna–, y se la ha hecho víctima de las más groseras calumnias por parte de poco escrupulosos sacerdotes. Todo cuanto en la nota (17) vimos respecto de la dinastía de Morias, Marú o Morú, es aplicable, pues, a los admirables *chattryas* o guerreros del *Rajaput* y a su desprecio hacia los brahmanes.

En lo referente a la justa crítica que Blavatsky hace de Max-Müller, tenemos el siguiente pasaje de Olcott, que lo confirma, y dice así: (*Hist. Auténtica,* 3ª serie, pág. 71) "Habéis hecho una gran cosa –me dijo Mr. Max-Müller, en la entrevista que con él tuve en Alemania– en contribuir con vuestros esfuerzos a despertar el renacimiento de la afición hacia el sánscrito, y todos los orientalistas han seguido con el mayor interés el desarrollo de vuestra Sociedad desde sus orígenes, pero, ¿por qué echáis a rodar esta buena reputación halagando las imaginaciones supersticiosas de los hindúes, diciéndoles que sus shastras tienen un sentido esotérico. Yo conozco perfectamente su lengua y os puedo asegurar que en ella nada hay que pueda parecerse a una *Doctrina Secreta*. –Yo le repliqué simplemente que los pandits de toda la India, que no están mimados por el occidentalismo, creían, como nosotros, en la existencia de ese sentido oculto, y que, en cuanto a los Siddhis –poderes extraños, por encima de lo conocido–, conocía yo, personalmente, hombres que los poseían y les había visto ejercitarlos, produciendo verdaderas maravillas. –Entonces hablmeos de otra cosa –me dijo mi sabio huésped–. Cambiamos entonces de conversación, y, desde aquel día, hasta el de su muerte, atacó duramente a nuestras personas y a nuestro movimiento todo cuanto le plugo a su fantasía."

Respecto a la interpretación espiritual que da la Maestra a la palabra hiranya-gharba, no hay que decir sino que ella salva el pretendido anacronismo que quiso ver Max-Müller en los Vedas, puesto que los sabios en que se inspiraron estos libros, como verdaderos alquimistas, en el más alto de los sentidos, podían fabricar toda clase de oro, el espiritual y el físico, ya que hasta al mismo Cantú no ha podido menos que extrañarle el que los hindúes de aquellos remotos tiempos no tuviesen minas de oro, y, sin embargo, le empleasen tan profusamente en todos sus adornos, hasta cubrir, como antes vimos, con láminas de oro, las torres de muchos de sus templos.

(34) En los párrafos de referencia, nos hace la Maestra la pintura de un verdadero Adepto, como sin duda lo era Gulab-Sing; un poseedor, por tanto, de la verdadera *Palabra Sagrada perdida,* que, al decir de aquélla, no era tal palabra, sino un *Mantran* o *Sonido*, semejante a aquel de Lemminkainen, el *Dragón Blanco* o Adepto del poema nórtico del *Kalevala* –literalmente la *Ur-wala* o la Vieja y primitiva Pitonisa, que diría Wagner en *El Ocaso de los Dioses*– cuando con él redujo a polvo el *muro-serpiente*, es decir, el palacio de la Mala Magia.

(35) En otro lugar de *La Doctrina Secreta,* se rectifica un tanto la Maestra, hablando, no de 24, sino de 35 Tirthankaras jainos, uno de ellos Melchisedec o *Melchi-sadac,* el sacerdote de los *melchas* (bárbaros occidentales) y el Ministro del Altísimo, a quien se nombra en diversos pasajes de la Biblia. (Véanse sobre ello los Comentarios del tomo II de *La Doctrina Secreta,* a la Estancia XII de Dzyan, bajo el título de *Los Buddhas de Confesión*).

(36) Pocos rincones verdaderamente clásicos de tradición dejan de contar entre sus ruinas una capital con el nombre de *La Ciudad del Sol,* nombre después tomado por los místicos, desde San Agustín hasta Campanella. Así, sabemos que en el Alto Egipto existieron ciudades como *Dióspolis*, que, con su templo central y las siete filiales, igualmente que con sus murallas, de diferentes colores, constituía un verdadero simbolismo del Sol y de su sistema planetario. Otro tanto debió ocurrir con la *Heliópolis* o Baalbeck del Alto Líbano, en las fuentes del Jordán, el Orontes y el Lita, y no lejos de *Biblos*, la ciudad de la famosa biblioteca, antecesora de la de Alejandría, Sidón y Tiro, las dos ciudades sagradas fenicias; Damasco y Palmira, tan célebres en la Historia; Trípoli, o la *ciudad de las tres ciudades*, etc. También se nos habla de la *Ciudad de las Puertas de Oro,* capitalidad de la Atlántida, cual de una verdadera *Ciudad del Sol,* y de este mismo nombre se conserva la tradición tiahuanaca de los patagones, con cargo seguramente a la Lemuria.

La *Maroba* de referencia nos recuerda el extraño nombre de *Isoba* asignado, no se sabe por qué, a cierta aldeíta leonesa, cerca del Puerto de Pajares, de quien cuenta la leyenda que fué víctima de una gran catástrofe, cuyo recuerdo se ha conservado adulteradísimo en el dicho popular de:

¡Húndase Isoba,
menos la casa del cura
y la de la pecadora!

IV

GLORIAS QUE FUERON

Benarés Prayâga–hoy Allabad–, Nassik, Hurdwar, Bhadrinath y Matura, eran los lugares sagrados de la India prehistórica que sucesivamente íbamos a recorrer, pero no visitándolos al modo de los turistas, esto es, a vista de pájaro, con una guía barata en fa mano y un *cicerone* que fatigue nuestras piernas y abrume nuestro cerebro. Sabíamos muy bien que estos antiguos lugares rebosan de tradiciones que se hallan cubiertas por la mala hierba de la fantasía popular, como las ruinas de un antiguo castillo se cubren de hiedra, sepultándose bajo el follaje de estas plantas parásitas hasta el punto de que es casi imposible para el arqueólogo el formarse idea de la arquitectura del edificio, antaño perfecto, y los meros montones informes de escombros que le desfiguran, como lo es para nosotros el separar entre el caos de las leyendas, el trigo de la verdad de la cizaña ulterior. Ni guías, ni *cicerones* podían sernos útiles, pues para lo único que podían servirnos era para señalarnos aquellos sitios donde se alzara antaño una fortaleza, un templo, una selva sagrada o una ciudad famosa, y repetirnos luego las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. La verdad, sin desnaturalizar, la historia auténtica de cada, lugar de importancia, nos era preciso el buscarla por nosotros mismos, mediante nuestro propio esfuerzo. (37)

La India moderna no es hoy ni una pálida sombra de lo que fué, no ya en la época anticristiana, sino ni siquiera en el Indostán de los días de Akbar, Aurunzeb y Shah–Jehan. Las vecindades de las poblaciones arrasadas por las guerras y las aniquiladas aldeas aparecen sembradas de guijarros rojizos y redondos, como lágrimas sangrientas petrificadas. Al aproximarse a la poterna de alguna fortaleza antigua no se tiene que pisar por entre guijas naturales, sino sobre los dispersos fragmentos de granito antiguo, bajo cuyas sedimentaciones yacen muchas veces las ruinas de una tercera ciudad todavía más antigua. Los musulmanes construían de ordinario sus ciudades sobre los restos de las que habían tomado por asalto, y las han asignado denominaciones modernas. Los nombres de estas últimas ciudades suelen mencionarse en las leyendas, mientras que los de sus

ciudades antecesoras habían ya desparecido de la memoria de las gentes aun antes de la invasión musulmana. ¿Llegará un día en que sean sacados a luz tamaños secretos de los siglos?

Sabiendo de antemano todas estas cosas, resolvimos armarnos de paciencia, aunque nos fuera preciso dedicar años enteros a explorar idénticos sitios, para tener una mejor información histórica y hechos menos desfigurados que los esclarecidos por nuestros antecesores que se habrían tenido que conformar con una escogida colección de ingenuas mentiras escapadas de labios de algún semisalvaje aterrorizado, o de algún brahmán más deseoso de desfigurar la verdad que de hablar nada. En cuanto atañía a nosotros, la cosa variaba, porque estábamos ayudados por toda una agrupación de hindúes ilustrados, profundamente interesados en el asunto. Habíasenos prometido, además, la revelación de algunos secretos y la traducción exacta de crónicas antiguas, salvadas de la destrucción por verdadero milagro.

La historia de la India se borró, tiempo hace, de la memoria de sus hijos, y es aún un misterio para sus conquistadores, aunque indudablemente exista en manuscritos que se ocultan con cuidado a los europeos. Tal se ha demostrado, a juzgar por algunas palabras harto significativas pronunciadas por brahmanes en las raras veces de amistosas expansiones. Así cuenta el coronel Tod, tantas veces citado, que hubo de decírselo un Mahant, jefe de cierta antiquísima pagoda-monasterio:

–Sahib, perdéis el tiempo en vanas investigaciones. Es cierto que la India *bellati,* o de los extranjeros, la tenéis a la vista; pero jamás alcanzaréis a conocer a la India *gupta* u oculta. Nosotros, guardianes celosos de sus misterios, antes de revelar los secretos de ésta, nos cortaríamos la lengua.

Tod consiguió, no obstante, averiguar no poco. Jamás inglés alguno fué mejor mirado por los naturales que este antiguo y esforzado amigo del Maharana de Oodeypur, quien siempre se mostró bondadoso y justiciero con ellos, hasta con el más humilde. Su obra, escrita con anterioridad al poderoso desarrollo de la etnología, es todavía un monumento en lo que al Rajistán se refiere. Pese a la modesta opinión que el autor tuvo siempre de ella, pues la calificaba de simple acopio de materiales para la labor de historiadores futuros, hállanse en el libro multitud de cosas en las que no soñó jamás funcionario civil alguno de la metrópoli.

Dejemos a nuestros amigos que se sonrían con incredulidad; perdonemos también a nuestros enemigos en que desprecien nuestra pretensión de "penetrar en los misterios del mundo de la Aryavarth", según las frases de cierto crítico. Por contraria que nos sea la opinión de los críticos, y aun en el caso de que no resulten más dignos de asenso nuestros asertos que los de Fergusson, Wilson, Wheeler y demás arqueólogos y sanscritistas que se han ocupado de la India, no por eso los creo indemostrables, aunque se nos suele decir que a guisa de insensatos chiquillos, emprendemos una labor frente a la que retrocedieran aterrados docenas de historiadores y filólogos ayudados espléndidamente por el dinero y la influencia del Gobierno, mientras que nosotros nos empeñamos en una tarea que ha resultado superior a las fuerzas de toda una sociedad, como la Sociedad Real Asiática. (38)

Pasé. No pocos recuerdan, sin embargo, que no hace muchos años, un pobre húngaro, casi un mendigo, se dirigió a pie al Tíbet atravesando países tan desconocidos como peligrosos, impulsado tan sólo por el ardiente anhelo de hacer luz acerca de los orígenes de su nación. Su viaje dió por resultado el descubrimiento de una verdadera mina de tesoros literarios; y la Filología, que se habla debatido en las verdaderas tinieblas cimerianas de un laberinto etimológico, y que estaba a punto de lanzar al mundo científico una de las más peregrinas teorías, tropezó repentinamente con el verdadero hilo de Ariadna, pues que dicha ciencia descubrió, por fin, que la lengua sánscrita, si no *el antepasado,* es –usando la expresión de Max-Müller– el *hermano mayor* de todas las lenguas clásicas. Gracias al celo y pericia de Alejandro Csoma de Körös, el Tíbet nos entregó una lengua que nos era totalmente desconocida. Él la asimiló, en gran parte, analizándola; y de sus traducciones han surgido las demostraciones siguientes: primera, que los originales del *Zend-Avesta,* las Sagradas Escrituras de los adoradores del Sol, la *Tripitaka* buddhista y el *Aytareya-Brahmana* fueron escritos todos en la primitiva lengua sánscrita; segunda, que las lenguas zenda, nepalesa y sánscrito-brahmánica moderna, no son, más o menos, sino formas dialectales de la primera; tercera, que el antiguo sánscrito es el origen de todas la lenguas indoeuropeas menos antiguas, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; cuarta, que las tres principales religiones paganas, zoroastrismo, brahmanismo y buddismo, no son sino meras herejías de las puras enseñanzas monoteístas de los *Vedas,* cosa que no por eso les priva de su carácter de verdaderas religiones antiguas, no de pretendidas falsificaciones modernas.

El resultado de todo esto es notorio: Un infeliz viajero, sin dinero ni protección alguna, consiguió ser admitido en las lamiserías del Tíbet y que allí le diesen a conocer la literatura

sagrada de las solitarias gentes que por aquellos lugares habitan, sin duda porque a mogoles y tibetanos los trató como a verdaderos hermanos suyos, no como a una raza inferior, proeza, ¡ay!, reservada tan sólo a los llamados hombres científicos. Uno siente vergüenza hasta de la Humanidad y de la ciencia cuando recuerda que aquel hombre singular, que trajo la semilla para una tan óptima cosecha, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y obscurecido. De regreso de su viaje al Tíbet, llegó a Calcuta sin un céntimo en el bolsillo, y sólo empezó a ser conocido su nombre y a pronunciarse con veneración citando agonizaba en uno de los lugares más miserables de Calcuta. Muy enfermo ya, quiso volver al Tíbet, y salió de nuevo a pie a través de la región de Sikkhim; pero sucumbió en el camino, y fué enterrado en Darhjeeling.

Nuestra pretensión, además, sabemos bien que es imposible encuadrarla en el formato y condiciones de meros artículos periodísticos, y por ello aspiramos no más que a poner la primera piedra de un edificio cuya sucesiva construcción está encomendada a las generaciones futuras. El combatir con fruto las falsas teorías acumuladas por dos generaciones de orientalistas, precisaría medio siglo de asidua labor, porque para reemplazar dichas teorías por otras nuevas necesitamos aducir nuevos hechos en su contra, fundados, no ya en cronologías y testimonios adulterados de brahmanes embusteros, cual acaeciese por desgracia con Luis Jacolliot y con el teniente Willord, sino en pruebas abrumadoras que han de suministrar inscripciones no descifradas aún. La clave de éstas no la poseen los europeos, pues, según antes he dicho, yace atesorada en manuscritos tan viejos como las inscripciones mismas, y que se hallan fuera del alcance de las gentes; aun dado caso que se confirmasen nuestras esperanzas y obtuviésemos dicha clave, otra nueva dificultad se alzaría ante nosotros; es, a saber, la de que tendríamos que emprender, página tras página, una refutación sistemática de los numerosos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Real Sociedad Asiática. Tamaña labor sólo podría ser llevada a cabo por una docena de sanscritistas incansables tras ímprobo esfuerzo, y estos sanscritistas son más raros en la India que los elefantes blancos. Gracias a donaciones particulares, se han abierto, sin embargo, ya dos escuelas libres de sánscrito y de pali; una en Bombay, por la Sociedad Teosófica, y otra en Benarés, bajo la presidencia del sabio Rama-Mishra-Shastri. En el año actual 1882, la Sociedad Teosófica cuenta ya con catorce escuelas entre las de Ceylán y las de la India. (39)

Con las cabezas llenas de tan interesantes pensamientos, nuestra comitiva, compuesta por un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupamos todo un departamento del gran ferrocarril Peninsular de la India, camino de Nassik, una de las ciudades más antiguas del país, como ya dije, y la más sagrada de todas a los ojos de los moradores de la Presidencia Occidental. Nassik proviene de la palabra sánscrita nassika o *nariz*. Una leyenda épica asegura que en aquel sitio, Lakshman, el hermano mayor del divino rey Rama, cortó las narices a la gigantona Sarpnaka, hermana de aquel Ravana que robase a Sita, la Elena troyana de los hindúes.

El tren se detiene a unas seis millas de la ciudad, por manera que fué preciso acabar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas llamados *ekkas* y tirados por bueyes. Era la una de la mañana; pero no obstante la obscuridad de la hora, los dorados cuernos de los bueyes estaban cubiertos por guirnaldas de flores, y en sus patas llevaban sonoras campanillas metálicas. Teníamos que recorrer grandes hondonadas llenas de maleza, donde, según se apresuraron a decirnos nuestros conductores, campan por sus respetos los tigres y otros solitarios cuadrúpedos. No tuvimos, sin embargo, ocasión propicia para trabar conocimiento con los tigres; pero si pudimos gozar del concierto que nos diera una familia entera de hambrientos chacales que seguían nuestros pasos coreándolos con salvajes aullidos. Estos animales son muy molestos; pero tan cobardes, que aun siendo suficientes ellos para devorarnos, no sólo a nosotros, sino hasta a los bueyes de cuernos dorados, ninguno se atrevió a aproximársenos. Cada vez que el largo látigo que empleábamos contra las serpientes caía sobre el lomo de uno de ellos, la borda entera huía produciendo una algarabía imposible. Los conductores, por su parte, no perdonaron ni una sola de sus supersticiosas precauciones contra los tigres, así que cantaban mantrams en coro, esparcían betel en el sendero en honor de los Rajás del bosque, y al final de cada canción hacían arrodillarse a los bueyes e inclinar sus testuces en homenaje a los dioses mayores. Con estas ceremonias, el ekka, que es como una cáscara de nuez, amenazaba derribarnos sobre los bueyes. De tan agradable manera hicimos nuestro recorrido de cinco horas bajo un cielo negrísimo, y llegamos a las seis de la mañana a nuestro alojamiento.

El carácter sagrado de Nassik, no se debe, empero, al mutilado tronco de la giganta, sino a su situación a orillas del río Godavari y muy cerca ya de sus fuentes, río, denominado Ganga (o Ganges) por sus naturales, sin que sepamos la razón. La ciudad debe probablemente a este nombre mágico sus magníficos e innumerables templos y el ser

residencia de la selecta clase de brahmanes que habitan en las orillas del río. Hay peregrinaciones dos veces por año y en ellas el número de peregrinos suele exceder mucho a los treinta y cinco mil habitantes de la población. Las casas de los brahmanes acomodados, que se alzan a derecha e izquierda del camino desde el centro de la ciudad al río, son tan pintorescas como sucias, y todo un bosque de estrechas pagodas de forma piramidal orlan las márgenes del río, pagodas alzadas sobre las ruinas de los templos que destruyese antaño el fanatismo musulmán. La leyenda nos enseña que aquéllas provienen de las cenizas de la cola de Hanumân, el dios-mono, cuando el perverso Râvana se la untó cruel con betún y le prendió fuego. Hanumân, al verse ya perdido, dió un salto por los aires, retornando a Nassik su patria querida.

De aquel noble adorno trasero del dios-mono, así quemado durante el viaje por los aires, no quedaron más que cenizas, pero de cada sacratísimo átomo de ellas, al caer al suelo, hubo de surgir un templo... Diríase, en efecto, al contemplar desde la altura las innumerables pagodas, que ellas habían sido esparcidas a puñados desde el cielo. No ya las orillas del río y sus alrededores, sino los más pequeños islotes; la roca más ínfima que aflora en las aguas, tiene su templete, sin que haya uno de ellos que no tenga su peculiar leyenda, con tantas versiones como brahmanes la refieren, en espera del óbolo correspondiente.

Los brahmanes de Nassik, como los de toda la India, están divididos en dos sectas: la una que adora a Vishnú, y la otra a Shiva, y entre ambos existe una guerra secular. Aunque la comarca del Godovari haya sido cuna de Hanumân y teatro de las primeras proezas de Rama, que fué una de las encarnaciones del Vishnú, hay en ella tantos o más templos de Shiva que de este último. Las pagodas shivaíticas están construidas con negro basalto, mas como el negro es el color distintivo de los vaishnavas o adoradores de Vishnú, como recuerdo de la quemada cola de Hanumân, surge de ello la manzana de la discordia, por sostener éstos que los shivaitas no tienen derecho a emplear en sus pagodas piedras con tal color. Infinitos fueron, por tanto, los pleitos que tuvieron que fallar los ingleses, desde el primer día de su dominación entre las dos sectas rivales y, gracias a esta fatídica cola, toda sentencia era apelada de un tribunal para otro, como si ella fuese por sí sola el verdadero *deus ex machina* de los brahmanes de Nassik, y hanse emborronado a propósito de tan ruidoso apéndice más resmas de papel que en la querella celebérrima acerca del ganso sagrado entre el Ivan Ivanitch y el Ivan Nikiphoritch rusos, y se ha derramado más tinta y

más bilis que todo ha existido en Mirgorod desde la creación del universo. El puerco que con tantísimo acierto decidiese la famosa querella de Gogol, habría sido una inapreciable dicha para Nassik, al acabar con su eterna disputa. Además, si el tal puerco viniese de Rusia, nada podría hacer, pues tan luego como llegase sería detenido como espía ruso.

En Nassik se muestra al viajero el baño de Rama y las cenizas de los brahmanes verdaderamente piadosos, son aquí traídas de los lugares más remotos para ser arrojados en el Godavari y que se mezclen eternamente con las aguas del sagrado Ganges. En cierto antiguo manuscrito de uno de los generales de Rama, que sin saber por qué no es mencionado en el *Râmâyana*, señala al río Godavari como frontera separadora de Ayodya o Ude, el imperio de Rama y de Lanka o Ceilán, el imperio de Râvana. Allí fué, en efecto, según canta el *Ramayana*, el lugar preciso donde Rama, cazador, levantó un hermoso antílope, cuya piel trató de regalar a Sita, su esposa; pero al perseguir al ágil cuadrúpedo, violó la frontera y penetró indebidamente en el territorio de su vecino.

No cabe duda alguna que Rama, Râvana y hasta el mismo Hanumân, promovido por alguna razón misteriosa a la categoría de simio, son personajes auténticos que en algún tiempo tuvieron existencia real. Desde hace unos cincuenta años se viene sospechando vagamente que los brahmanes atesoran sobre ello inapreciables manuscritos, uno de los cuales se ocupa de la época prehistórica en que los arios invadieron por vez primera el país y comenzaron una inacabable lucha con los obscuros aborígenes de la India del Sur, pero jamás el fanatismo indhú ha permitido al Gobierno inglés el comprobar tan interesantes particulares.

Lo más notable de Nassik son sus célebres hipogeos a cinco millas de la población, y me hallaba bien distante de pensar, al partir para dicho sitio, en que una *cola*, y no la de Hanumân, había de representar un salvador papel evitándome, si no la muerte, al menos unas serias contusiones. Veamos lo acaecido.

Para escalar la elevada montaña alquilamos elefantes; la mejor pareja de ellos que había en el país, pues su dueño, nos aseguró que el propio Príncipe de Gales había cabalgado en sus lomos, encontrándolos excelentes. El alquiler de ellos, durante todo el día, sería de dos rupias por elefante. Bien pronto nuestros compañeros hindúes, habituados desde niños a tales cabalgaduras, saltaron con agilidad sobre sus lomos cubriéndolos como moscas, sin preferir éste ni aquel sido de su dorso, sosteniéndose no tanto por cuerdas, cuanto por los

dedos de sus manos y pies, y ofreciendo un espectáculo de perfecta comodidad. A nosotros los europeos se nos reservó la elefanta por ser más mansa. Los degenerados y jóvenes elefantes que suelen exhibirse en los circos da Europa no son ni la sombra del colosal tamaño de aquellas nobles bestias. Sobre el lomo de la elefanta nos habían puesto dos bancos pequeños con asientos en declive, y el conductor o *mahout* se situó entre las dos oreja del animal, mientras que nosotros considerábamos con tanta extrañeza como desconfianza los *comodísimos* asientos que se nos habían preparado. Cuando el conductor ordenó a la elefanta que se arrodillase para que montásemos, confieso ingenuamente que se me puso "carne de gallina". Nuestra elefanta respondía al poético nombre de *Chanchuli Peri*, o el *Hada solicita*, y era, en verdad, el más obediente y alegre individuo de los de su especie. Cogidos unos con otros, dimos la señal de marcha, y el conductor aguijoneó al animal en su oreja derecha, haciéndole levantarse por sus patas delanteras, con cuyo movimiento dimos un bandazo hacia atrás, que al punto fué seguido por otro hacia adelante al alzarse la elefanta de sus patas traseras. Ello no fué sino el comienzo de nuestras desventuras, pues a los primeros pasos de Peri bazuqueábamos y rodamos en todas direcciones como fragmentos palpitantes de jalea.

El viaje paró así en seco, y recogidos con precipitación del suelo, fuimos vueltos a colocar en nuestros asientos respectivos, en cuya tarea Peri al cogernos demostró la habilidad de su trompa, y la caravana siguió su itinerario. El solo pensamiento de que teníamos que recorrer así nada menos que cinco millas nos acobardaba en tales términos, que a poco no renunciamos a la excursión; pero, al fin, rechazamos indignados la propuesta de ser atados en nuestros asientos, como indicaban nuestros camaradas hindúes riendo a carcajadas... Pronto me arrepentí, sin embargo, de aquel alarde de vanidad frente a tan extemporáneo y fantástico medio de locomoción. El caballo que llevaba nuestras maletas, trotando al lado de Peri, no parecía sino ínfimo jumentillo, y a cada vigorosa zancada de Peri veíamonos forzados a realizar las mayores proezas acrobáticas, bazuqueados de aquí para allá con la agitada marcha. Semejante ejercicio, hecho bajo el sol más abrasador que darse puede, nos ponía en un estado de cuerpo y espíritu como entre el mareo y la pesadilla. Para remate de nuestros goces, remontábamos un angustioso sendero tallado sobre un profundo barranco, cuando la elefanta tropezó, haciéndome perder el equilibrio, y como iba en el sitio de honor, o sea en la parte posterior, caí al suelo como una masa inerte. Habríame despeñado en el barranco un momento después, a no ser por el instinto y la maravillosa destreza del

animal, quien, al verme en tierra, me sujetó con su cola arrodillándose con todo cuidado. La cola resultaba, sin embargo, algo la débil para el peso de mi cuerpo, y lastimada la pobre y generosa bestia comenzó a lanzar plañideros gemidos, hasta que el conductor vino en nuestro auxilio.

Presenciamos entonces una escena que nos patentizó cuán grande es la bajeza, la grosera astucia y la avaricia cobarde de un paria, de un *proscrito* como aquel.

Púsose a examinar con cuidado la cola de la elefanta, y cuando se disponía a ya a tornar a subir a su puesto, tuve la mala ocurrencia de condolerme de ella. Operóse rápido cambio entonces en la conducta del hindú. Arrojáse de repente al suelo y se comenzó a golpear como un endemoniado, lanzando horribles imprecaciones y gemidos, repitiendo constantemente que Mam-Sahib, o sea yo, había causado la pérdida de la cola a su amada Peri, quien quedaba ya inutilizada hasta el punto de que su *esposo*, el orgulloso elefante Airavati, el descendiente directo del propio elefante de Indra, renunciaría de allí para siempre a su mutilada compañera, por lo cual valía más que ésta hubiese muerto. A los consuelos que te prodigaban nuestros compañeros, el proscrito sólo contestaba con lágrimas y alaridos. Vano fué que le persuadiésemos de que el "soberbio Airavati" no se mostraría quejoso ante tamaña desgracia, pues que frotaba cariñosmente su trompa sobre el cuello de Peri y ésta no parecía sentir ya lo más mínimo del accidente. Todo resultó inútil, hasta que nuestro Narayán perdió ya la paciencia y, hombre dotado de hercúleas fuerzas, acudió a un curioso expediente, que fué a tirar a distancia una rupia y asir con la otra del vestido de muselina del *mahout* lanzándole tras la moneda. Éste, sin reparar en su nariz, que sangraba bajo el golpe sufrido, se abalanzó sobre la moneda de plata cual bestia salvaje sobre su presa. Postróse luego una y varias veces en el polvo haciendo interminables *salaams* o zalemas, transformando su dolor, como por encanto, en la más loca alegría. Dió otro tirón a la cola de la elefanta y declaró gozoso que estaba ella sana por completo, gracias a las oraciones del sahib, para demostración de lo cual se colgó de la cola hasta que se le hizo tornar a su puesto.

–Pero, ¿es posible que una miserable rupia haya operado tamaño mi]agro? –nos preguntábamos asombrados.

–Es natural vuestra extrañeza –respondieron nuestros hindúes–. No necesitamos declararos la vergüenza, el asco que sentimos ante tamaña bajeza y avaricia. Pero no

olvidéis que este miserable, que tiene mujer e hijos sin duda, sirve a su amo por doce meras rupias al año, y que en lugar de ellas más de una vez no recibe sino una paliza. Considerad, además, que toda su raza viene soportando desde hace siglos la embrutecedora tiranía de los brahmanes y de los musulmanes fanáticos, quienes consideran a un hindú al nivel del reptil más inmundo, y, que aun hoy los ingleses no los miran mucho mejor, razón por la cual antes sentiréis compasión que desprecio frente a semejantes caricaturas de verdaderos hombres.

La *caricatura* aquella, en efecto, se consideró dichosa y sin sentir conciencia alguna de la humillación sufrida. Aposentado sobre el espacioso testuz de la elefanta, narrábala su inesperada riqueza y la recordaba su divino origen, ordenándola que con su trompa saludase agradecida a los *sahibs*. Peri, que estaba de muy buen humor merced al regalo que le había hecho de toda una caña de azúcar, elevó su trompa y nos lanzó juguetones resoplidos en nuestros propios rostros. (40)



Entrando en el hipogeo de Nassik, dimos al olvido la raquítica India actual, su miseria cotidiana y sus humillaciones, tornando a la antigua grande y desconocida India.

Las cuevas principales de Nassik fueron abiertas en la montaña denominada Pandú-Sena, y están dotadas de tradiciones que aluden a los mismos cinco, ¿míticos?, hermanos constructores de todos los hipogeos de su clase. Los arqueólogos deputan unánimemente a este hipogeo como más importante y grandioso que todos, los de Elefanta y de Karli juntos, y, sin embargo, salvo el doctor Wilson, demasiado precipitado en sus juicios, ningún arqueólogo se ha atrevido a resolver de plano acerca de la época a que pertenece, ni siquiera acerca de cuál de las tres grandes religiones de la antigüedad profesaron sus enigmáticos constructores.

Quienes allí tallasen las cuevas no eran ni de la misma época ni de igual creencia. Lo primero que salta a la vista es la rusticidad de la obra primitiva, sus proporciones ciclópeas y lo deteriorados que están los relieves de los sólidos muros, mientras que las esculturas de la cueva principal del segundo piso están primorosamente talladas y en excelente conservación. Ello revela que entre el comienzo y el final de las obras hubieron de mediar

bastantes siglos. ¿Cuántos fueron éstos? La inscripción sánscrita que aparece. en el pedestal de uno de aquellos colosos de piedra, fija en el año 453, antes de nuestra Era, la fecha de la edificación. Barth, Stevensos, Gibson, Reeves y otros sabios occidentales, desprovistos de los prejuicios que pudieran abrigar acerca del particular los *pandits* o doctores indígenas, deducen, de la conjunción planetaria que reza en la inscripción dicha que semejante fecha de construcción igual pudo ser la citada de 453 que la de 1784, y aun la de 2640, antes de Cristo, cosa esta última imposible, dado que Buddha y los monasterios buddhistas se mencionan en ella.

"¡Al Perfecto, al Altísimo! –rezan las frases más salientes de dicha inscripción–. El hijo del rey Kshaparota, señor de la tribu de los Kshatriyas y Gobernador de Dinik; el protector, brillante como la aurora, ha sacrificado aquí cien mil vacas de las que pastan a orillas del río Bansa; y como constructor, ha hecho aquí, en esta santa mansión, lugar donde toda pasión cesa, su ofrenda de oro. Ningún sitio del mundo es más risueño y deleitoso que este de junto al río, ni en Gaya, la ciudad sagrada; ni en la excelsa montaña de Dashatura; ni en Prabhâsa, donde millares de brahmanes se congregan; ni en la ciudad de Patisraya, el monasterio buddhista; ni siquiera en el edificio construido por Depanakara a orillas del mar. Este es el lugar donde son otorgados los dones más preciosos y que tan saludable resulta para los ascetas. Una segura barca fué también instalada por aquel que estableció los pasajes diarios y gratuitos de una a otra orilla. Él construyó asimismo la hospedería, la fuente pública, el león de oro en el peligroso paso de esta puerta de Govardhana, el otro león del vado del río y el de Ramartirtha. El ansioso rebaño, aquí halla siempre almacenado, por la munificencia del generoso donante, más de cien clases de henos y miles de raíces de la montaña. Esta segunda cueva excavada fué por orden de la misma generosa persona en la luminosa montaña del Govardhana, *cuando el Sol*, *Rahú y Shukra estaban juntos en la plenitud de su camino*. Indra, Yama y Lakhsmî, después de colmarlos de bendiciones, tornaron a sus carros triunfales por el ámbito del firmamento, gracias a los mantrams sagrados. Luego que ellos hubieron así partido, cayó un fuerte aguacero... etc".

Rahú y *Kehetti* son las estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del dragón; *Shukra,* es Venus, y *Lakhsmî, Indra* y *Yama* representan, respectivamente, a las constelaciones zodiacales de Virgo, Acuario y Tauro, que están consagradas a estas tres deidades entre las doce del Zodíaco.

Las primeras cuevas aparecen excavadas en un cerrete cónico y a unos 280 pies de la base de éste. En la más principal de entre ellas hay tres estatuas de Buddha, y en las laterales un lingham y dos ídolos jainos. En la cueva de más arriba vese la efigie de Dhasma-Rajá o Indhostira, el mayor de los hermanos pandús, cuyo templo se ve también entre Pent y Nassík. Hállase por allí asimismo una enorme estatua de Buddha reclinada en el suelo, y otra del mismo tamaño rodeada de columnas con capiteles, figurando diversos animales. No lejos hay un verdadero laberinto de vihâras para los ermitaños buddhistas. Vense, pues, mezclados en dicho sitio todas las épocas, sectas y estilos, cual los árboles de cien distintas clases en la espesura de una selva virgen.

No deja de ser harto extraña la circunstancia de que todos los hipogeos de la India se hallen cobijados por cónicas rocas y montañas, cual si sus constructores hubiesen buscado de intento a semejantes pirámides naturales. Semejante peculiaridad, que ya tuve ocasión de observar en Karli, es exclusiva de la India. ¿Se trata, pues, de una mera coincidencia, u obedece ello a una exigencia arquitectónica del remoto pasado aquel? Y en tal supuesto, ¿quiénes son los originales y quiénes los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto, o esotros arquitectos de los hipogeos indostánicos? Lo mismo en los hipogeos que en las cuevas, todo aparece sometido a la más rigurosa exactitud geométrica. En entrambos casos las entradas se abren en la base, pero siempre a cierta altura sobre el exterior. Por otra parte, nadie ignora que no es la Naturaleza la que copia del arte, sino que el arte trata siempre de reproducir esta o la otra forma dalas que nos muestra la Naturaleza, y si expresadas semejanzas entre los respectivos simbolismos de la India y el Egipto no son sino meras coincidencias casuales, hay que reconocer que son ellas demasiado chocantes por lo extraordinarias. Es indudable que el Egipto ha tomado infinitas cosas de la India y que los pocos hechos que acerca de los remotos Faraones ha podido descubrir nuestra ciencia, lejos de contradecir tal teoría proclaman que la India fué la cuna de la egipcia raza. Allá en la remota antigüedad Kalluka-Bhatta escribió, en efecto: "Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la estirpe de Soma-Vansha, tras cinco días de sangrienta batalla, Manú-Vena, el heredero de tantos reyes gloriosos, fué abandonado por los brahmanes y tuvo que emigrar con sus gentes, atravesando la Arya y la Barria para llegar, al fin, a las orillas de Masra ..." Conviene no olvidar que Arya es la Persia o el Irán, y que Barria es el más antiguo nombre de la Arabia, mientras que Masra es uno de los primitivos nombres del Cairo, desfigurado, por los musulmanes en el de Misro o Musr.

Kalluka-Bhatta es un cronista antiguo, y los sanscritistas que discuten acerca de la época en que escribiese, creen que ésta fluctúa entre el año 2000 antes de nuestra Era y el reinado de Akbar, que fué contemporáneo de Juan el Temerario y de Isabel de Inglaterra. Ante tamaña incertidumbre de opiniones, pudiera rechazarse el testimonio de Kalluka-Bhatta; pero aun en el peor caso, tenemos en nuestro favor la opinión de un autor moderno que ha estudiado durante toda su vida el Egipto en Egipto, no sin salir en su vida de Berlín o de Londres, como tantos otros, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papirus más antiguos. Se trata de Henry Brugsch Bey, cuando dice:

> " ... Lo, repito, mi convicción firmísima es la de que los egipcios vinieron de Asia mucho antes del período llamado histórico y después de atravesar la península del Sinaí, ese puente de todas las naciones, encontraron su nueva patria en las orillas del sagrado Nilo".

Otra inscripción en cierta roca de Hamemat, añade que Sankara, el postrer Faraón de la undécima dinastía, "fué enviado a Punt para traer en su buque gomas aromáticas de las que se recogen por los príncipes del país rojo". Comentándola, por su parte, Brugsch Bey, nos enseña que "con el nombre de Punt designaban los habitantes de Chemi a un remoto país, rodeado por un gran océano, con valles y montañas numerosas y con gran riqueza en ébano y otras maderas raras, piedras y metales preciosos y poblado de fieras, jirafas y enormes monos". El nombre del mono en Egipto era *kaff* o *kaffi,* que es el hebreo *koff* y el sanscritánico *kapi*.

Punt, a los ojos de los antiguos egipcios, era una tierra sagrada, ya que *Punt* o *Pa-nuter* era la tierra original de los dioses, quienes la abandonaron bajo la jefatura de *A-mon* -¿el Manú-Vena de Kalluka-Bhatta?- y de Hor y Hater, que después se aposentaron en la tierra Chemi, o sea en el Egipto.

Hanumân, el dios mono del Mahâbhârata, tiene un gran aire de familia con los cinocéfalos egipcios, y es idéntico también el emblema de Osiris y de Shiva. ¡Vivir para ver!, que dice el proverbio.

Nuestro regreso resultó muy agradable, porque ya nos habíamos habituado a los movimientos de la elefanta Peri y nos sentíamos sobre ella hasta unos jinetes de primera fuerza. Sin embargo, en toda una semana más tarde no nos permitieron movernos las agujetas. (41)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO IV

(37) Entre los lugares sagrados de la India que menciona la Maestra al comenzar este artículo, figura el extraño nombre de Matura, que es para nosotros una preciosa indicación, por cuanto Matura o Madura es un nombre genuinamente vasco y gaedhélico, es decir, que figura de un modo preeminente en la prehistoria mítica tanto de Irlanda como de España, desde donde le llevaron a la verde Erin las emigraciones galaicas.

En *De gentes del otro mundo,* capítulo VII, consagrado a *La raza jina de los Tuatha de Danand,* hemos consignado, en efecto, la legendaria historia de estas gentes arias de la Buena Ley, que arrojados de *Tara* y otras ciudades atlantes de la Irlanda primitiva por los Fir-Bolgs, o rifeños occidentales perversos, pasaron a Tebas, el país de sus mayores, donde se perfeccionaron en toda clase de artes mágicas; de Tebas subieron en increíbles periplos a Escandinavia, donde fundaron las cuatro ciudades simbólicas de *Moirfias, Arias, Semias* y *Flinias*, y de allí, en fin, a guisa de verdaderos judíos-errantes, retornaron a Irlanda al cabo de los siglos y, envueltos durante tres días por una niebla mágica, dieron a los malvados Fir-Bolgs la terrible batalla de *Matura* o *Maytura*. Por su parte, nuestro querido prologuista vasco, D. Fernando de la Quadra Salcedo, comenta el pasaje diciendo, con cargo al Códice Nobiliario del conde Pedro Barcelos, hijo del rey-trovador D. Dionis de Portugal, códice de 1350, que es el punto de partida del Estado vizcaíno, lo siguiente: "En dicho Nobiliario, donde la leyenda de la Vaca va involucrada constantemente, se dice que había en las Asturias cierto conde Don Mohino, que, vejando aquella tierra, la obligó a pagar cada año una vaca, un buey y un caballo blanco, y después se narra cómo el conde fue vencido por el señor vizcaíno en la batalla de Arrigorriaga, Peñas Bermejas o *Padura*, mas, como en Irlanda y otros países existe la batalla de *Madura*, quizá el nombre de Padura sea una versión mal interpretada de los ciclos caballerescos irlandés u osiánico, y este Don From el *Formo Orionis* de los Fir-Bolgs de que nos habla el capítulo relativo a dichos Tuatha, no pudiendo, de todos modos negarse en buena crítica la existencia de una batalla de liberación, y la mejor prueba de ello son las consecuencias históricas a partir del siglo en que dicha batalla se coloca y el encadenamiento documental de sucesos que sólo pueden reconocer como causa una de la especie de la indicada."

Esto nos pone al borde de una larga disertación histórica impropia del formato de estas notas; pero no abandonaremos el tema de Madura sin dejar consignada nuestra sospecha de

que la Gran Guerra cantada en el Mahabharata y su probable batalla de Madura también –la consignase o no el autor erudito de la versión que ha llegado hasta nosotros–, tiene un vigoroso eco en la leyenda universal de Occidente, cosa nada de extrañar habido en cuenta que semejante pleito de vida o muerte entre las dos razas solar y lunar, a la manera de la Gran Guerra en nuestros días, debió afectar a todos los pueblos de la tierra, solares también los unos y lunares los otros, como hemos demostrado por nuestra parte en lo relativo a Asturias, por ejemplo, y no sería difícil demostrarlo también en Grecia, máxime estudiando el mítico contenido primitivo subyacente en los cantos bárdicos que sirvieron a Homero para componer su *Iliada*. Por supuesto, que en semejantes leyendas, relativas al Mahabharata y a la Ariavartha, todos los nombres toponímicos estarán, como es natural, cambiados, y aunque la Matura occidental pueda ser la misma que la sagrada *Matura* indostánica citada por Blavatsky, Krishna, por ejemplo, no es sino el Hércules ógmico, como puntualizamos en nuestro citado libro; o bien, el Quetzalcoatl maya; el Odín escandinavo, etc., etc. Razón sobrada, pues, tiene la Maestra para afirmar que tales arcaicos lugares rebasan de tradiciones gloriosas, a quienes la mala hierba de la fantasía colectiva ha recubierto y sepultado como la hiedra a los derruidos monumentos atlantes.

(38) Hace unos cuantos años pudimos quizá tachar de exagerada la aserción de la Maestra relativa a los horrores de las guerras prehistóricas que pasaran "como un verdadero trastorno geológico" por el suelo, antes fertilísimo de la hoy desierta altiplanicie del Gobbi y sus análogos. Hoy, después de la gran guerra, lo encontramos perfectamente lógico y probable. Véanse unas muestras:

L. Mora, hablando de estos estragos, dice en un periódico:

"En primer término, los proyectiles explosivos de los cañones han producido el efecto de una revolución geológica, algo así como un terremoto.

"La consecuencia de estos efectos es, por lo pronto, la inutilidad de la reconstrucción de muchos pueblos de vida agrícola. Los situados en terrenos laborables de poco fondo, y cuya existencia dependía de la recolección de cereales, legumbres, frutas y vino, puede decirse que han quedado borrados del mapa de Francia para muchísimos años. Los proyectiles se han llevado la tierra laborable, llegando hasta el terreno calcáreo, que han dejado al descubierto. La nivelación de los hoyos sería una labor ímproba, y su resultado no

compensaría el esfuerzo. De modo que en los montículos de tierra de esos espacios tendrán que plantarse arboledas, las que más se den en la región, para que la acción del tiempo vaya formando la tierra vegetal.

"En otras regiones donde la tierra laborable era blanda y tenía profundidades de cinco a seis metros, podrán ser nivelados los hoyos, y entonces continuará la producción anterior. Esta obra en muchos puntos, en todos los de un sector donde es posible, lo están llevando a cabo los ingleses, que han destinado 500 hombres por Cuerpo de ejército no sólo para allanar el terreno, sino para sembrar cereales y patatas, que contribuyan al abastecimiento de Francia."

El escritor D. Fabián Vidal, añade, refiriéndose a *Flandes* y al célebre parque de Heerentage, maravilla de Bélgica:

"Ese parque, visto del lado germano, está a la izquierda (Sud) de la calzada de Menin. Ahora bien. Digo parque, por decir algo. Ya no hay ni parque ni calzada. He aquí cómo a primeros de diciembre describía estos trágicos lugares el corresponsal de guerra de *La Gaceta de Voss*, en Bélgica, Max Osborn:

"Este ancho distrito no es más que un campo único de muerte y destrucción, un desierto aterrador y lúgubre. Praderas, extensiones cubiertas de césped, macizos de flores, arboledas, senderos, fuentes, todo ha sido destruido, arrasado sin misericordia. Del castillo mismo no queda ni rastro. Nadie sabe hoy dónde se alzaba. Desapareció y le olvidaron. El camino que atravesaba el parque en línea recta está borrado por completo y nadie puede reconocer su antiguo trazado. El suelo resistente de su amplia calzada fue agujereado y deshecho como los terrenos de derecha e izquierda.

"Sólo se ve arcilla semilíquida, barro moreno, hasta donde alcanza la vista del espectador. Y en medio, los hoyos de proyectiles se juntan a los hoyos de proyectiles. Están llenos de agua sucia y asquerosa, que, en ocasiones, por reflejos del sol o de los cañonazos, toman un color rojo obscuro, como si estuviese teñida de sangre. Los soldados que defienden esta posición están metidos en barro hasta las rodillas. ¡Y qué posición! No hay ni trincheras, ni zapas, ni abrigos, ni protecciones. Todo ha sido acribillado y despedazado. En el fondo de un refugio de cemento demolido flotan, desde hace varios días, en el agua estancada, los cuerpos de tres soldados y un suboficial. Olores horribles salen del agujero y todo lo envenenan. Pero es imposible ir a buscar los cadáveres.

"Dos troncos de árboles cortados a la altura de un hombre hacen conocer que hubo allí bellos olmos y acacias esbeltas, y así mismo también donde está el cementerio de un regimiento de Estrasburgo. No queda nada, ni una cruz, ni una piedra, ni un montículo, ni un ornamento. Féretros, inscripciones, esqueletos, armas, todo fue molido como en un mortero colosal, mezclado al barro y a la arcilla. Al Oeste del parque había una larga fila de estanques artificiales. Se han transformado en un largo pantano, en una especie de lago incierto y cambiante.

"En el suelo atormentado, los obuses británicos siguen silbando. Abren continuamente nuevos cráteres. A cada explosión salta el fango a cientos de metros. Buscan los proyectiles algo que destruir todavía y como no hallan nada, hieren en el caos con salvaje violencia.

"Así ha sido la guerra en el frente occidental. Jamás se pidió tanto a la resistencia humana. Enloquecidos, los ojos fuera de las órbitas, los hombres aguardan la muerte que golpea implacable en torno suyo.

"¡Cómo no recordarán, en esas horas espantosamente interminables, las dulzuras de la vida civil, que consideraban, probablemente, factores de aburrimiento y monotonía!...

"¡Y para eso se ha nacido y se ha luchado! ¡Y para eso se amó y se estudió y se procuró el desarrollo de la personalidad propia! ¡Y para eso se constituyó hogar y se perpetuó el nombre!..."

Y el genial cronista Gómez Carrillo, en una de sus infinitas "Visiones macabras" de la horrible guerra, nos describe, entre otros mil cuadros de espanto superhumano, lo que fueron ayer y lo que ahora son los más hermosos pueblos franceses y belgas después que sobre ellos han pasado los horrores del invasor teutón. Hablando, por ejemplo, de Noyon, dice:

"Antes de llegar a Noyon, nuestro automóvil se detiene al pie de una colina coronada por un castillo en ruinas. El paisaje sonríe, con sus frondas autumnales, y del fondo de la espesura escápase una lenta melopea, entrecortada por breves gritos. Se nota que la vida y el trabajo renacen en esta campiña fértil que no ha sido talada por las tropas.

–Vamos a ver un espectáculo interesante –nos dice nuestro guía.

¿Es acaso el *chateau* en el cual el príncipe Eittel tuvo su corte durante dos años?... ¿Es una de las viviendas históricas de Francia que conservan las huellas de la invasión?... Un

amplio sendero sube hacia los torreones de piedra, entre manzanos cargados de fruta. Pero no seguimos ese camino, sino otro más estrecho y más corto, al cabo del cual nos hallamos ante una tapia almenada.

–El cementerio...

Los pobres cementerios se han convertido así en fortalezas deleznables... En los cementerios los muros ostentan troneras, paternas y rastrillos improvisados... No se cita una batalla en la que el cementerio haya dejado de desempeñar un papel estratégico considerable... Y todos comenzamos a temer una conferencia técnica sobre alguna acción local, cuando, de pronto, al penetrar por una brecha, en el recinto del camposanto, experimentamos una extraña sensación de sorpresa y de angustia. ¿Qué desorden es el que ahí reina?... ¿Qué traza de hienas son las que ahí se notan?... ¿Qué vendaval es el que por ahí ha pasado?... Las cruces, las estelas, las lápidas. Todo yace en montones, fuera de su sitio. Mas no es eso lo que nos deja espantados, sino algo que en un principio apenas podemos explicarnos, que adivinamos mejor que vemos, que es macabro y enternecedor a la vez.

Alguien interroga:

–¿Huesos? ...

Nuestro guía contesta:

–Huesos...

De casi todas las tumbas, en efecto, manos profanadoras han sacado los humildes féretros y han dispersado sobre la tierra sagrada los despojos de las tumbas. Lentamente, para no poner los pies sobre los restos humanos, pasamos entre los hoyos siniestros, preguntándonos si es posible que este trabajo macabro haya sido llevado a cabo sin motivo, por el puro gusto de destruir y de profanar. La idea de que tal vez no fueron los hombres, sino las granadas, las que así se encarnizaron contra la pobre necrópolis, acude un instante a nuestra mente. Pero a medida que avanzamos, tenemos, por fuerza, que darnos cuenta de que el cementerio fue, durante algún tiempo, un campamento de tropas. Junto a las tapias se descubren aun los abrigos, los hornillos, los puestos de reposo. He aquí una cama de hierro... He aquí una mesa... He aquí una cocina de campaña ... Tener que vivir en semejante sitio es triste, sin duda; y tal vez sentiríamos algo de lástima al pensar en los que acamparon bajo estos cipreses, a no ser por los detalles horribles que nos demuestran la

manera que tuvieron de vivir. Todas las tumbas están abiertas... Por todas partes se encuentran calaveras, jirones de sudarios, fragmentos de féretros...

–Vean ustedes –murmura nuestro guía.

En un ángulo, cuatro lápidas sirven para sostener una plataforma de hierro, que probablemente soportó el peso de un cañón. Y eso no es nada. Eso es explicable en la guerra. Eso tal vez cualquier pueblo lo haría. Pero, en otro lugar, vemos un sepulcro que ha sido convertido en letrina, y en el cual hay una tabla que dice: "Abtitt".

Poco a poco, una gran tristeza, una profunda y dolorosa congoja se apodera de nuestras almas. Sin hablar, sin atrevernos a comentar lo que vemos, sin preguntarnos nada, marchamos paso a paso por en medio de los restos de lo que hasta hace algunos años fue un camposanto y que hoy es un osario profanado.

El recuerdo de los ritos macabros de la Edad Media germánica acude a mi memoria. Con orgullo, los profesores de Heidelberg han resucitado últimamente, para dar, sin duda, a sus discípulos lecciones de impasibilidad ante la muerte, el viejo ceremonial gótico de la agonía y del entierro. "En aquellos tiempos de hierro, en que la existencia no tenía ningún valor –dice el doctor Troels Lund–, las lágrimas mortuorias se redudan a una etiqueta rigurosamente observada." Para acostumbrarse en vida a la idea del más allá, los ricos señores preparaban, desde su mocedad, no una tumba, que es cosa lejana, sino un féretro, que ocupaba, en el dormitorio, un lugar vecino al de la cama. En el siglo XIV, el mueble más lujoso de las casas linajudas era el féretro del barón, un féretro siempre negro; pero tan adornado, tan dorado, tan labrado, que parecía un relicario de iglesia. En los festines, la "carroza celeste", como la llaman los poetas medioevales, colocábase junto a los toneles de vino, no para recordar, como en las abadías meridionales, que la muerte es nuestra eterna compañera, sino para hacer ver la poca importancia que los hombres fuertes deben dar a la idea de morir. "Las enfermedades –dice un lied– no son sino las mensajeras de la dama de la guadaña." Este principio hacía casi innecesaria la ciencia de los médicos. ¿Para qué luchar contra lo inevitable?... En cuanto el señor caía postrado por alguna dolencia grave, su familia daba principio a los ritos supremos. El único deber ineludible del agonizante consistía en no expirar antes del fin de las ceremonias, y por eso, en los casos en que el cuerpo comenzaba a enfriarse a destiempo, se le sentaba en una butaca y se le ponía al lado del fuego. La familia y la servidumbre cantaban para distraerlo, sin dar importancia a las

muecas y a los lamentos del que agonizaba. Era preciso que "su gracia" esperase al señor cura "para oír el nombre de Dios" y para repetir la fórmula postrera. "Habla", gritábale el clérigo. Y si ya era tarde, si ya no tenía fuerzas para murmurar las preces, el "hombre de iglesia" lo sacudía rudamente, cogiéndolo por las orejas y amenazándolo con las llamas del infierno. Luego era la viuda la que exigía que "su amo" le indicara el nombre de la persona con la cual debía unirse para no sufrir de viudez. Muy a menudo, esta escena revestía un carácter dramático. "Ya sé –decía la esposa– que tú no me ordenas que escoja a Fulano." "No –respondía el agonizante–, no, ese no; ese es el que comete adulterio contigo; ese no." Pero ella insistía a gritos, hasta que, rendido o muerto, el esposo no podía ya contestar. Una vez estos asuntos íntimos arreglados, el cadáver era colocado en su féretro donde se pudría esperando el festín fúnebre. Los viejos poemas germánicos hablan de estas fiestas, a las cuales asistía el muerto con un entusiasmo macabro. Durante un día entero, los deudos y los amigos comían y bebían a la salud del alma que acababa de salir del mundo, y, al fin de la fiesta, colocábanse a los pies del difunto "clavos muy agudos", para que no pudiera levantarse y volver a turbar la paz de su viuda. No hay una sola lágrima en las crónicas mortuorias de la Edad Media alemana. No hay más que jarros de vino, canciones, risas...

Todo eso, cuando lo leemos en los libros de los historiadores germanos, nos sorprende como un rito remoto y pagano, del cual ya no queda sino el recuerdo. Pero aquí, en medio de estos cementerios profanados, en los cuales las botellas vacías se confunden con los huesos desenterrados, se nos figura ver resucitar el alma feudal y despiadada de los pueblos del Norte. Para nosotros, lanzados en el respeto supersticioso de la muerte, un cadáver es más sagrado que un hombre vivo. La voz de Antígona, gimiendo ante el cuerpo insepulto de su hermano, luchando contra la tiranía para obtener una tumba, invocando la protección de los dioses para lograr un puñado de tierra, suena siempre en nuestros oídos, dándonos una eterna lección de piedad suprema. Los mismos héroes a quienes la muerte no les inspira temor ninguno, tiemblan ante la idea de no obtener, en la tumba, el reposo supremo. "Por tus padres –dice Héctor, agonizando, a Aquiles, furioso–, por tus padres, te suplico que no dejes mi cuerpo en el campo para que los perros le devoren." Y la virgen tumular, ante Creón, exclama: "Las más crueles amenazas me parecen menos crueles que la vista de mi hermano sin sepultura." Toda la poesía de los pueblos mediterráneos está embalsamada por el incienso que se quema ante las tumbas, por las flores que adornan las necrópolis, por las lágrimas que humedecen los féretros. La teoría del nacionalismo,

fundada en el amor de nuestra tierra y de nuestros muertos, es un símbolo de civilización generosa. Al pie de una estela funeraria, hasta los seres menos sensibles experimentan una vaga impresión de misticismo. "Cuando una de nuestras granadas destruye algunas cruces en un cementerio –escribe el capitán Bernard–, nuestros peludos se emocionan." Los alemanes, en cambio, parecen complacerse en la destrucción y en la profanación de los camposantos franceses. Los *rapports* oficiales de las Comisiones americanas que han visitado estas regiones de Noyon y de San Quintín, señalan con asombro los espectáculos que han contemplado en Cartigny, en Peronne, en Hervilly, en Dompierre, en Ponsoy, en Manancourt, en otras muchas aldeas. "Cosa increíble –dice uno de esos *rapports*–; en Manancourt, las tropas prusianas abrieron el mausoleo de la noble familia de Rohan e instalaron en él una cocina de campaña." Increíble, en efecto... Pero, ¿no hay, en ese lúgubre capricho, algo como una redivivencia de los antiguos ritos germánicos que asociaban los festines a la muerte? " Comiendo y bebiendo junto a los huesos de un príncipe francés, los soldados de von Hertchtritz han resucitado, sin saberlo, una de las ceremonias de su historia medioeval."

Y si queréis, en fin, tener una pálida idea de lo que es y lo que puede en su locura heroica esa fiera humana, ese arcángel caído que se llama Hombre, completad estos cuadros de horrores terrestres, con este otro bajo las aguas. Así podréis colegir hasta qué punto pueden ser históricos los heroísmos del Mahabharata y de la *Ilíada*. Se titula la página *La muerte del submarino,* y dice:

"Una flotilla de cañoneros y submarinos franceses, británicos e italianos, atacó a una flotilla austriaca que logró deslizarse furtivamente de las Bocas de Cattaro, en la orilla oriental del Adriático, y bombardeó el puerto de Durazzo. En el encuentro fue hundido un destroyer austriaco. Al día siguiente los franceses recogieron a algunos náufragos, tripulantes de otro destroyer austriaco, el *Lika*, que se hundió a consecuencia de un choque con una mina. Estos náufragos declararon que, al atacar a la flotilla austriaca, los fuegos de los aliados pusieron en peligro la vida de los sobrevivientes de un submarino francés destruido por los austriacos.

No se sabía entonces cuál era este submarino perdido; pero, como transcurriese el tiempo y no se tuviera noticias del *Monje*, se supuso que era éste el buque hundido por el enemigo. Esta creencia se confirmó dos meses más tarde, cuando la señora Roland Morillot, esposa del teniente Morillot, comandante del submarino *Monje*, recibió una carta firmada "La

tripulación del *Monje*", enviada desde el campamento de prisioneros de Deutsch Gabel (Bohemia), en la que se le decía:

"Aunque separados por la distancia, unimos nuestro dolor al suyo para llorar la memoria de aquel que, a pesar de todo, será siempre nuestro capitán. Derribado por un golpe del destino, cuando la victoria sonreía, el comandante Morillot murió como un héroe, después de haber hecho lo imposible para salvar al buque y a la tripulación."

Pasaron meses. Últimamente el jefe electricista Joffry y el contramaestre Mahe, ambos del *Monje*, llegaron a Francia, merced a un gran canje de prisioneros hecho con Austria. Ellos relatan así lo sucedido:

"El *Monje* pertenecía a la clase de submarinos provistos de un aparato de vapor para recargar los acumuladores de sumersión. Se hallaba explorando a la vanguardia del resto de la flotilla y se había acercado a las Bocas del Cattaro la noche en que salió la flotilla austriaca. A las 2,15 a. m. el comandante Morillot divisó las luces de los buques austriacos. No pudo precisar cuántos eran ni a qué distancia se encontraban. Se sumergió a 20 pies, dejando a la superficie de las aguas el periscopio de noche. De pronto vió acercarse rápidamente una gran mole negra y, mientras daba la orden de disparar un torpedo, el buque hasta entonces invisible pasó sobre el *Monje* a una velocidad de 30 nudos. Su quilla alcanzó al submarino. El choque fue terrible. El submarino dió casi una vuelta completa. La torre de vigilancia fue barrida y el agua penetró por el rumbo abierto en la coraza.

Los tripulantes fueron arrojados violentamente contra las paredes de los compartimentos en que se encontraban. La popa bajó, a la vez que se elevaba la proa, y el submarino comenzó a hundirse con una inclinación de 30 a 40 grados. Gases insoportables se desprendían de los tanques de ácido sulfúrico inundados por el agua del mar. Las luces se apagaron. El *Monje* se sumergía, sin gobierno, en la más profunda obscuridad."

El espíritu de los tripulantes está a la altura de esos trágicos momentos. He aquí lo que relata el electricista Joffry:

"Agarrado a la mesa del periscopio, el comandante, sin desconcertarse ordena que se vacíen los tanques de sumersión. Varias veces repite la orden. Pero el aire comprimido no tiene suficiente potencia para expeler el agua, y continuamos hundiéndonos. El casco cruje y amenaza estallar, especialmente en la popa, que en razón del ángulo en que se encuentra el buque, está 60 pies más abajo y soporta una presión de dos atmósferas más que la proa.

Se queja el corazón de acero del *Monje*... Debemos tener, por lo menos, 180 o 200 pies de agua sobre nosotros. Creyendo que es el fin, cantamos la *Marsellesa*...”

El contramaestre Mahe dice que las baterías eléctricas sufrieron un corto circuito al producirse la irrupción del agua. Las turbinas cesaron de funcionar en el momento en que las luces se apagaron. “No vemos nada –agrega–, pero oímos todo, y cada ruido resuena como un tañido fúnebre: ronco borbollón del agua que invade, caídas de hombres y de cosas, preguntas ansiosamente murmuradas, siniestros crujidos del casco bajo la terrible y creciente presión. Olor a quemado y emanaciones de clorina, presagios de la asfixia, saturan la obscuridad y empuñan nuestras gargantas.”

De pronto frente a la muerte se levanta una canción: al corazón de acero del *Monje*, responde el corazón mejor templado de los marinos franceses. Se rajan las corazas, pero los corazones humanos están serenos y descendiendo a la muerte entonan las voces redentoras de la *Marsellesa*...

Se consigue, al fin, dar luz a una lámpara por un breve instante. Se revela la extrema gravedad de la situación: las manecillas de los manómetros están en su punto máximo, lo que indica que el submarino ha llegado a la profundidad mayor que le está permitida.

La mano del comandante Morillot está sobre la palanca que gobierna las descargas de lastre; pero vacila antes de aprovechar de este recurso supremo. Si se descarga el lastre, el submarino subirá a la superficie, pero no podrá volver a sumergirse y será capturado... Mira a sus hombres y todos permanecen inmóviles: están dispuestos al sacrificio.

Finalmente, los maquinistas consiguen hacer funcionar las turbinas. Los crujidos disminuyen y luego cesan. El enseña Apell enciende un fósforo y observa el manómetro: se aparta un poco del máximo (135 pies).

–¡Valor! –grita–. Estamos subiendo.

Alguien corre a los periscopios. Uno ha sido barrido de la cubierta, el otro está inutilizado.

Se sigue ascendiendo. De pronto una sacudida y en seguida otra. Cuatro cañonazos acaban de estallar sobre el submarino. Están en la superficie y los austriacos hacen fuego contra el *Monje*.

Hay que hundirse de nuevo, suceda lo que suceda. El comandante da la orden, pero inmediatamente estalla un proyectil en la cámara del periscopio y abre un gran agujero en el casco. Ya nada puede salvar al submarino. El capitán deja caer el lastre. Desde que el buque está perdido, dará a sus compañeros una oportunidad para salvarse. Después de cerrar las válvulas de agua, ordena a los marinos que abran la escotilla de proa y salgan por ella.

–Por aquí, muchachos –dice a algunos que se dirigen en dirección contraria–; salten a la cubierta para indicar que el *Monje* se hunde y el enemigo suspenda el fuego.

Un reflector austriaco ilumina la cubierta del submarino agonizante. El fuego enemigo cesa.

–¡Subimos cantando la *Marsellesa* –declaró Joffry–, y al grito de ¡Viva Francia! saltamos al mar... Sentimos la sacudida de una explosión terrible. Restos flotantes de la cubierta nos ayudaron a mantenernos a flote. Doce de nosotros montamos sobre un portalón flotante y nadamos así durante media hora. Los contramaestres Morel y Goulard perecieron. Al fin nos recogieron algunos botes de los destroyers enemigos.

¿Y Morillot? Se hundió con el *Monje*. Joffry dice: "No subió al puente. Permaneció en su puesto. Se quedó tranquilo mirando el manómetro que revelaba el hundimiento gradual del buque."

Mahe agrega: "El capitán nos dijo: "Nuestro pobre *Monje* está perdido; pero ustedes tienen todavía tiempo. Vayan por aquí muchachos." Abrió la puerta y agregó: "*Au revoir* y valor, hijos míos." No me atreví a decirle que subiera con nosotros porque vi su resolución de morir con su buque..."

En cuanto a los demás extremos del pasaje que comentamos, relativos a las glorias y recuerdos del pasado que atesora la India, diremos sólo que igual acontece en nuestro país.

En España, región tan antigua que se dice ha formado parte hasta de los dos continentes sumergidos de la Atlántida y la Lemuria, hay ruinas por excavar y misterios arqueológicos por averiguar, análogos a los mismos de la India y del Egipto, dado que estos dos países y Persia tuvieron en nuestra prehistoria aún no esclarecida. Dígalo si no el lector imparcial que haya pasado la vista por nuestra modesta obra *El tesoro de los lagos de Somiedo*, y que allí haya visto, tomadas de las más puras fuentes bibliográficas de Asturias, datos bien extraños acerca de prehistóricos parsis, indos, egipcios y vaqueiros o buddhistas que

vivieron días gloriosos en dicho suelo dando ese imborrable sello de grandeza oriental al carácter español, pese a todos sus ulteriores pecados y caídas. Y si Asturias es una porción tan pequeña del suelo peninsular, y ¿que no decir del resto del territorio que mira a los tres mundos de Europa, África y América?

(39) Esa región de antiquísima historia y de misterio que se llama el Tíbet y que es geográficamente, como hemos demostrado[xlix], la verdadera cima y centro de irradiación de la orografía del mundo, atrae a todo verdadero pensador con encanto irresistible, como atrajo, antes de Alejandro Csoma de Körös, a esos viajeros célebres de la Edad media que se llamaron Rubruquis, el capitán Clavijo, Marco Polo, etc.

El gran Humbolt, después de su maravillosa y gigantesca expedición por toda América, con la que echó las bases de prehistoria americana y de media docena más de ciencias, no creyó poder doblar su gallarda cabeza ante la guadaña de *La Intrusa,* sin antes ir al Tíbet también, según tímidamente se suele indicar en sus biografías. En cuanto a nuestra Maestra, es sabido que tres o cuatro veces también intentó penetrar en el Tíbet, por el Nepal y por otros sitios inaccesibles; inaccesibles se dice merced a las *mayas* o ilusionismos astrales cruzados de unos a otros por diversos monasterios buddhistas emplazados allende los puertos de la montaña por donde la región tiene fácil acceso contra lo que nos creemos los hombres. Después de una larga y misteriosa estancia de la Maestra en Tiflis, donde, además, tuvo mortal enfermedad, logró, se nos dice por ella misma, penetrar en aquel *recinto sagrado tibetano* por el único sitio relativamente accesible, que es la llamada puerta de la *Zungaria*, al occidente del Turquestán independiente y del vasto desierto del Gobbi.

Por todo esto, y aunque la nota pueda resultar excesivamente larga, copiemos lo que, acerca de la misteriosa región del *Dalai-Lama,* nos enseña el antiquísimo poema chino del *Li-Sao,* verdadera descripción simbólica y en verso, de aquellas regiones encantadas, y que se dice datar del siglo III antes de Jesucristo, aunque su verdadera fecha sea acaso más antigua.

El Marqués D'Hervey de Saint-Denys tradujo del chino y publicó en 1870[l], con un comentario, seguido del texto original, el célebre poema titulado *El Li-Sao,* composición elegíaca del más alto valor histórico y ocultista.

El citado Marqués, después de un “estudio preliminar”, nos da la biografía del autor de *El Li-Sao,* extractándola de las *Memorias históricas* de *Tse-Ma-Thsien* y nos dice que *Kiu-yuen* o *Ping* era de la familia real de Tson y consejero del rey Hoal-wang. Docto, prudente, habilísimo gobernante en los tiempos más difíciles, dirigía los negocios todos del reino, tanto interiores como exteriores, y poseía la entera confianza de su soberano, pero sus émulos se dieron trazas para hacerle caer del favor imperial.

Afligidísimo Kiu-youen ante tamaña injusticia; incapaz de apelar a la adulación ni a la intriga y viendo la imposibilidad de volver a traer al soberano a la senda recta, se retiró de la corte. En su destierro voluntario escribió el *Li-Sao,* nombre chino equivalente a los de threno, lamentación o elegía.

Al retirarse así de la Corte Kiu-youen, el justo, llovieron, como era natural, sobre el reino de Tson desgracias sin cuento. Después de una guerra horrible, el rey fue vencido y hecho prisionero, igual que su primogénito, por su enemigo el rey de *Tsin*. El poeta, constituido en víctima propiciatoria de tamaños desastres, vagó largos años por las riberas del *Mi-lo,* y después de escribir su poema, se precipitó en las ondas, hallando en ellas la muerte. Al igual que su maestro Pong-hien, se ahogó abrazado a una piedra, dice la leyenda.

El sabio murió, pues, el quinto día de la quinta luna del año, abrazando una gruesa piedra entre sus brazos, piedra que para los comentaristas no era sino un lastre que Kiu-youen asió para irse a fondo, pero que para nosotros no puede ser sino un símbolo de su heroica muerte, abrazado siempre con la piedra iniciática de sus altas ideas, la piedra cúbica o de los hierofantes que se dice en Ocultismo[li]. Su muerte determinó una consternación general en el reino, y las calamidades que después cayeron sobre éste hicieron sagrada la memoria de Kiu-youen, y como sagrado fue tenido desde entonces su libro al ordenar el emperador que se incluyese entre los libros canónicos y se comentase después todo lo profusamente que vemos, pues no hay biblioteca clásica china que no le coloque en lugar preferente.

Las estrofas del *Li-Sao* son 32, con un epílogo, y suelen considerarse divididas en 14 períodos o capítulos. En ellas Kiu-youen no se cansa de evocar los santos recuerdos y enseñanzas de la remota antigüedad, edad de oro en la que reyes divinos regían con paternal solicitud las nueve regiones del Celeste Imperio, edad a la que siguieron los tiempos de *Tching-tang,* de Wu-wang y de Huan-kung[lii], verdaderas personificaciones regias de todo lo que es justo.

Con estas citas solas el *Li-Sao* es ya para nosotros un poema ocultista. Los nombres mismos de Wu-wang y de Huan-kung nos lo revelan, en efecto, porque Huan-kung, aspirando la *ache* es, ni más ni menos, que nuestro *Juan* o el latino *Io-agnes,* o los arioindos de *Dzyan*, *Kohan*, *Jain*, etcétera, etc., según extensamente se demuestra en la Introducción de la obra monumental de H. P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta,* y se comenta en nuestro libro *De gentes del otro mundo,* al ocuparnos de los *janos*, *jinas* o *jainos* primitivos, jinas que, por otra parte, tienen oculta relación con el famoso reino de *Tsin* que, con sus incursiones en el reino de *Tsou* o *Tsú* al que pertenecía el poeta o séase el reino de los hombres, acarreó las innumerables desgracias que éste lamenta en su elegía. Wu-wang, es, a su vez, ese famoso Wen-wang al que se refiere la lindísima anécdota musical que nos relata P. Cesari, en su *La Historia de la Música en la antigüedad,* del que luego habla el poema[liii].

Si cupiese todavía duda acerca de nuestro aserto, quedaría desvanecida por el propio Kiu-youen en los primeros versos de su poema, cuando dice que Ti-kao-yang fué su antepasado, y Pe-yug fue su padre.

Como dice muy bien el marqués de Hervey, *Ti* es el nombre genérico de todos los emperadores chinos; pero dado que el chino se escribe de arriba a abajo, como el mogol y otras lenguas primitivas, la sílaba vertical *Ti*, lo mismo puede leerse *Ti* de izquierda a derecha en ario, que *It* de derecha a izquierda en semita. Tomándole, pues, en esta segunda forma, tropezamos sorprendidos con el famoso nombre mágico de *It*, del que tan extensamente nos hemos ocupado en el capítulo X de nuestra obra *De gentes del otro mundo,* al tratar de esclarecer algo del terrible misterio de los *jinas*, y del que nos enseña Blavatsky que, cuando las luchas terribles entre los adeptos de las dos Magias, la blanca y la negra, traían asolado al mundo, los pueblos clamaron: –*¡It!* (*Doctrina Secreta,* t. II, pág. 371 de la edición española.) Al conjuro de tal palabra mágica, del mismo fondo del mar surgió un libertador de pueblos, y después que la paz reinó en todo el ámbito de la Tierra, él y sus sucesores se llamaron *It* o *Ti*, y este nombre perduró así para todos los reyes divinos, no siendo, por tanto, de extrañar que el primer abolengo de todo rey chino, como el de los demás hombres divinos del resto del mundo sea el de esos superhombres primitivos de los que el Melquisedec nórtico, el Narada y el Asuramaya atlantes, el Ra ario, el Hermes egipcio, el Orfeo griego, el Hércules ógmico. el Quetzalcoatl nahoa, el Krishna indostánico, el Odín rúnico, etc., etc., son los prototipos.

Los apelativos de *Kas* y de *Yang* son nombres muy posteriores que datan, según el comentarista Herbey, de unos veinticinco siglos antes de nuestra Era, o sea de las primeras invasiones celtas en Europa y también quizá de los poemas arios del Mahabharata y el Ramayana. En los primeros tiempos, o de la Edad de Oro, la unión de un príncipe sabio y un sabio ministro consejero, entraba siempre en las leyes del Destino.

El poema empieza dando la genealogía de su autor Kiu-ping-youen. como testimonio del valor de sus palabras y dice que al nacer él, el *Che-ti* estaba sobre el primer cuadrante de los cielos. Por las muestras, el *Che-ti* es la estrella *Arcturo* o bien toda su constelación de *El Boyero*, vecina a la *Osa Mayor* y enlazada mitológicamente con ésta que para los chinos es el *boisseau* francés o sea la fanega española. El sobrenombre que recibió del poeta equivale al de el justo por excelencia y sobre esta cualidad innata cifró su conducta entera a lo largo de su vida, consagrándose a la Botánica –ciencia de tantos iniciados– o más bien al cultivo de las virtudes representadas respectivamente por el perfume de diversas plantas, según supone y detalla el comentarista francés que nos guía en estas líneas.

Semejantes prácticas de las virtudes representadas por otras tantas plantas simbólicas, consuela en sus penas al sabio cantor frente a la torpeza e inconstancia de su rey; las envidias y concupiscencias de sus malos consejeros y el embrutecimiento del pueblo, que de tan inconsciente modo camina hacia su ruina definitiva. Él, mientras todo se desmorona a su alrededor por no haber querido aceptar sus consejos salvadores, se esfuerza en seguir la senda trazada por los antiguos Maestros, al par que, como Jesús a la vista de Jerusalén, derrama lágrimas amargas, por el triste porvenir que todos aquellos se acarrean por sus culpas "tornando la espalda al compás y a la escuadra" –dice– en extraño simbolismo pitagórico-masónico, equivalente al de la justicia y la rectitud que él había jurado seguir durante toda su vida.

El poeta se muestra en estas inspiradísimas estrofas como un efectivo profeta chino, y sus threnos jeremíacos recuerdan a no pocos salmos de David, el rey-profeta hebreo; pero, a diferencia de éste, no se limita a meras lamentaciones, sino que teniendo su mirada dolorosa por todo el ámbito del horizonte, se decide a visitar las cuatro partes del universo inculto *"para adquirir virtudes y conocimientos nuevos, separándose de la vulgaridad de los hombres y para confiarse bajo la dirección de un hombre santo, a quien abrirle de par en par las puertas del corazón afligido y buscar cerca de él el mundo de la suprema verdad."*

Antes de emprender tal viaje, el poeta echa una especie de ojeada retrospectiva al país que va a dejar, quizá para siempre, y nos habla de Yu, o *IO*, fundador de la dinastía de los *Hía*, especie de Hércules chino, célebre por sus trabajos de canalizaciones y desecación de pantanos que permitieron hacer del país nueve regiones florecientes. Después nos habla de los sucesores de Yu: de Ki, de Y, de Yao y de Kie, cuatro razas o reyes perversos[liv] y de sus sucesores Tang, Yu y Wen-wang, tres grandes príncipes que honraron a los sabios y les confiaron el poder, sin que jamás se apartasen de la línea recta.

Al mismo tiempo consigna el poeta estas enseñanzas de lo que en Ocultismo se llama Ley del Karma o de la Justicia distributiva:

"El cielo no tiene –¡oh emperador!– preferencias ni favoritismos. Él juzga los méritos y pecados de los pueblos y elige los instrumentos para sus todopoderosas justicias, haciendo que los sabios triunfen siempre al fin. Por eso, bien miremos hacia el pasado, bien hacia el porvenir, la terrible *Ley de la Necesidad*, que premia y castiga, se encarga de enseñarnos con sus lecciones duras. ¿Qué hay, pues, que buscar, sino la Justicia? ¿Qué hay que practicar, sino la humana Fraternidad... ? Varias veces he desafiado la muerte por ser fiel a mis principios, sin que jamás haya tenido ocasión de arrepentirme de ello. Contra todo y contra todos, me he mantenido siempre leal y sincero, a pesar de que Niu-su, que me amaba con absoluta ternura, me reconvenía siempre diciéndome: "–Kuen, que tú tienes siempre en los labios, fue muy testarudo, y ello le perdió, acabando prematuramente sus días en las desiertas soledades de Yu. ¿Por qué, pues, esa rectitud tan excesiva y ese culto tan exagerado de ti mismo? ¿Por qué, solo entre todos, practicas la moderación perfecta, mientras que las *malas hierbas* se apoderan de Palacio? ¿Acaso te conviene el separarte de los demás hombres, que son tus semejantes?" El mismo celo, en efecto, que hoy yo muestro –sigue diciendo el poeta– ha valido los suplicios más crueles a los sabios que han sido mis precursores en el Sendero. Por eso, encadenado al mal, mi desolada voz se pierde en el vacío deplorando haber nacido en un siglo tan infeliz y haciendo que mis lágrimas lleguen hasta a mojar la fimbra de mi vestido."

Al terminar su elegía, el poeta cuenta que se sintió iluminado repentinamente en su interior, comprendiendo que, a pesar de todos los males que lamentaba, su doctrina era la verdadera y había que seguirla hasta el fin. Al par se sintió investido de la facultad de cabalgar sobre el lomo de los dragones blancos y sobre las alas del Ave Celeste. Ésta le arrebató bien pronto entre fragores de tempestad hacia los cielos

"Por la mañana –dice el bardo chino– yo estaba en *Tsangú*, tumba del emperador Chun, el fundador de la más antigua dinastía, y por la tarde llegué a los pensiles de Huen-pú. Yo hubiera deseado detenerme un instante ante las puertas azules y maravillosas de aquella morada de los dioses inmortales, pero el sol declinaba con rapidez hacia su ocaso, y entonces rogué a Hi y Ha, los dos más sabios astrónomos, que detuviesen la marcha del tiempo, mientras que yo permanecía extático sobre el monte *Yen-tse*."

Comentando estas estancias, el sabio Marqués D'Hervey dice que *Huen-pu* significa literalmente *jardín colgante,* como los célebres de Babilonia, o sea *pensil*, y añade: "Esta región es una morada de inmortales que la leyenda sitúa sobre el monte o cordillera de *Kuen- lun*, altas montañas de la comarca del Tíbet, cuya posición geográfica se aprecia muy diferentemente por los chinos según las épocas. Quienes logran penetrar allí –añade la tradición– se transforman en inmortales y adquieren dominio sobre todos los elementos, como si fueran espíritus. El Kuen-lun es, pues, para los chinos una especie de Olimpo, habitado por seres sobrenaturales, a quienes se les asignan tres cumbres o etapas: la mas baja es el *Pan-tong,* o región de los pinos y árboles *tong*; la segunda, que un comentarista considera como la falda occidental de la montaña sagrada, se nombra *Huen-pu*, y es donde el poeta hace su primera parada, y la tercera es el *Tseng-chen* o *Tien-ting,* la ciudad celeste donde pronto veremos llegar a *Kiu-youen*."

"¡Cuán largas rutas y qué enormes distancias! –sigue diciendo el poeta–. Mis dragones conductores se han abrevado en las aguas del lago *Hien*, y sus guías lo han atado a las ramas del árbol *Fusang*, y yo he tomado una rama del árbol *jo* para oponerla al sol, y delante de mí, a guisa de precursor, corría con su carro el conductor de la Luna[lv]. El genio de los vientos me seguía, forzando su vuelo; me daban compañía las aves celestes, y el dios de la tempestad me encarecía el que me mostrase circunspecto para no caer víctima de alguna imprudencia."

Nos es forzoso renunciar al detalle de las estrofas que a éstas subsiguen, y en las que se notan huellas evidentes del desorden introducido en ellas por el tiempo, o por comentaristas posteriores, nada respetuosos e inteligentes. Nos limitaremos, pues, a decir respecto de aquéllos que en ellas hay un como vago anticipo del cielo del Corán; una colección de huríes efectivas, no siempre virtuosas, de las que se aleja el poeta, para seguir haciendo comentarios morales acerca de las miserias de su lejana patria, comentarios de un

valor tan grande para todos los tiempos y países, que no podemos menos de reproducirlos. Los principales dicen así:

"Turbulento y turbador es el mundo siempre. Jamás alcanza a discernir entre lo que es justo y lo que es injusto. Complácese siempre en dejar el mérito en la sombra y hacer que triunfen los hombres envidiosos. Yo detesto por igual su perfidia y su ligereza. Incierto en mis pasos como el perro y astuto como la zorra, yo hubiera podido desposarme con la mentira. El mundo yace gustoso en sus tinieblas, sus ojos, ciegos, no quieren ver la luz, ¿cómo ha de saber apreciar las piedras preciosas del mérito en todo su verdadero valor? Los hombres del siglo recogen el cieno y quieren atrapar el humo y sacrifican sus méritos interiores para seguir la corriente del siglo, afeminándose y corrompiéndose."

Entre todos estos pasajes del poema, el vate evoca a los magos y a los espíritus mediante determinadas hierbas mágicas que especifica; por fin, se dirige de nuevo hacia los montes de Kuen-lun entre nubes y misterios, atravesando las "arenas movibles" del desierto de Gobbi o de *Cha-mo* para encontrar allí al Maestro *Pong-hien,* de quien el comentarista D'Hervey dice en una nota que fue un sabio y fiel ministro de los reyes antiguos, y como quiera que el último de ellos desoyó sus consejos, no quiso sobrevivir a tanta afrenta, y abrazado a una piedra se arrojó en las ondas del río.

La frase final del poema es, en efecto, la siguiente: "Pues que no existe en el mundo un príncipe capaz de gobernar con arreglo a la justicia, o sea *perfecto acuerdo con la regla y el compás*..., yo marcho a reunirme con el Maestro *Pong-hien.* ¡Su retiro será el mío para siempre!" Frases que en realidad lo mismo pueden interpretarse en el sentido literal en que suelen tomadas todos los comentaristas del poema, que en otro sentido más alto y más ocultista, de convivir lejos del mundo y de sus hombres, al lado sólo de los superhombres que son sus Maestros, allá en las lejanías de la Cordillera de *Kuen-lun,* donde antes vimos ir, más o menos físicamente, al poeta inmortal en alas de sus anhelos, en pro de una justicia cuyo reino no es de este mundo, sin duda, al menos en aquellos tiempos, ni tampoco, ¡ay!, en los tristes tiempos que hoy corremos.

Una cosa, sin embargo, es notoria en el poema, y como tal no ha podido escapar a la perspicacia de su comentador el Marqués D'Hervey, y es la expresada en la nota a la estrofa LIII con estas palabras:

"Los mismos dioses o espíritus celestes a quienes tampoco halla justos el poeta, se muestran envidiosos del verdadero mérito de los hombres. Inaccesibles como los reyes de la Tierra, los señores del cielo son engañados como ellos por quienes no debieran introducir sino a los verdaderamente sabios en sus consejos. El poeta, pues, ve fallidas siempre y en todo lugar sus ilusiones y esperanzas y permanece un momento inmóvil como hombre que no sabe adonde dirigirse. El justo no por eso se descorazona, sin embargo, y por tal causa, el pensamiento dominante en el poema, la idea que más quiere hacer resaltar en él es la de que nunca ha retrocedido ante esfuerzo alguno, por sobrehumano que sea, para ofrecer sus servicios a su patria y conjurar los grandes males de su siglo. Así, después de haber recorrido inútilmente las regiones más lejanas, intentando estérilmente penetrar hasta en los mismos cielos, desciende de nuevo sobre los montes de *Kuen-lun,* siempre con la esperanza de ser más afortunado en sus peregrinaciones.

Al así dirigirse el poeta a la misteriosa región tibetana de las cordilleras de *Kuen-lun,* no hacía sino seguir las huellas de sabios predecesores suyos, tales como el emperador Hoang-ti, adepto cuyos poderes mágicos le permitieron el poder caminar sobre las aguas del inmenso río Hoang-go y remontarle en todo su curso hasta sus mismas fuentes en las alturas del Tíbet, en el propio lago Ku-ku-noor de repetidas montañas."

Este pasaje es para nosotros toda una revelación ocultista. *Hoang-go,* en efecto, equivale a río *del pájaro Hoang;* pero conviene saber que los chinos, como todos los demás pueblos antiguos, tienen un *Ave-Fénix* misteriosa, especie de cigüeña o ibis sagrado nacido en las montañas de *Tan* (o más bien de *Tau*) con los cinco colores y las cinco notas fundamentales, y cuando vuela todas las demás aves le cortejan solícitas porque presagia siempre la Paz. Su cabeza es como de gallo, su cuello de serpiente y de pez su cola. El ave en cuestión es masculina (*Fong*) y femenina (*Hoang*); es decir, hermafrodita, y por eso además de su doble nombre andrógino de *Fong-hoang,* tiene otro nombre jeroglífico que es el de Y, nombre o letra que, por su tronco, es una, y por sus ramas, andrógina. Pero este nombre extraño de Y nos revela, a su vez, que el tal pájaro es todo un simbolismo de la Magia, tanto en su unidad fundamental primitiva cuanto de su división en Blanca y Negra (Senderos de la Derecha y de la Izquierda), según nos enseña Blavatsky en el t. III de *La Doctrina Secreta,* pág. 93, de la edición española.

Después de estas consideraciones se comprende bien que el poeta nos describa en el *Li-Sao* todo el proceso de su iniciación, que puede resumirse así, con sólo recorrer las estrofas del poema:

Ti, es decir *It*, la Magia pos-atlántica es el origen, y Pe o *Pi* (pitar, pitri) el padre del poeta. Este último viene a nacer al nacer también *Che-ti,* la estrella *Arctus* del Boyero en los cielos, o, como si dijésemos, es de su nacimiento un Gautama, un Buddha, un conductor de la *Vaca Sagrada*[lvi].

Por eso no dice que nació, sino que *descendió a este mundo*... Teniendo en cuenta este nacimiento, mi padre, desde el principio me dió un hermoso nombre: el de *Tching-tse* (rectitud perfecta), y un apelativo: el de *Lin-kun* (el justo por excelencia), merced a lo cual tenía en mí –dice el poeta– perfecciones innatas, que yo he aumentado después cultivando mis naturales capacidades (Estrofas I y II)[lvii].

Para desarrollar estas últimas reúne el poeta la planta *li* de las aguas, la hierba *tchi* de los valles profundos y la flor *Ian* del otoño, "para hacerse *un cinturón*", es decir, "*para ceñir sus lomos*", al modo de cíngulo de castidad ascética, o sea para sujetar sus pasiones. (Estrofa III). Para el traductor D'Hervey el *li* es "planta acuática que se mantiene *luchando contra la corriente*", es decir, el loto simbólico indostánico con su raíz en la tierra, su tallo en las aguas y sus flores en la atmósfera. Para el mismo, el *tchi* es planta solitaria de los valles profundos..., los valles que se dice en cierta institución iniciática, "el *valle hondo y obscuro*", que ha cantado en su oda *A la Ascensión del Señor,* el místico Fr. Luis de León. *El lan otoñal,* en fin, es el símbolo del Hombre puro que, aunque florece tarde, tiene un intenso perfume de santidad.

"Activa como el torrente que corre incesantemente hacia un objeto sin alcanzarle jamás", pinta su vida el poeta, temiendo siempre no cumplir con su misión en la Tierra, razón por la cual cogía el *mu-lan* de la montaña de *Pi*, por la mañana, y el *so-mu* de los islotes, por la tarde (Estrofa IV). Como el *mu-lan,* según D'Hervey, es una especie de árbol de la canela, que puede ser despojado de su corteza sin morir, y el *so-mu* es una planta perenne, o que no pierde las hojas ni aun en invierno, la estrofa no quiere sino revelarnos la firmeza que, contra todos los rigores de la vida, deben tener el justo, según aquella frase del divino Beethoven en sus *Pensamientos*, de "*Valor en las circunstancias más adversas,* ha sido mi divisa."

La estrofa V es una elegía, estilo Job, acerca de la brevedad de la vida, razón por la cual en las estrofas VI y VII encarece la necesidad que tenemos de aprovechar la edad de la fuerza para salir de tan falso terreno, cambiar de conducta y seguir la senda de los antiguos reyes divinos, que reunieron en sí todos los perfumes, es decir, todas las 32 perfecciones. La VIII ensalza las virtudes de estos últimos, y, en fin, las estrofas IX a XVII van detallando el triste estado de los hombres y de su mundano reino de dolor, descripción que toma vuelos de elegía en las estrofas siguientes hasta la XXIII, que dice textualmente, como si escribiese para nuestros propios días:

"¿Cuál es el colmo del arte y del talento en los tiempos en que hoy vivimos? Volver la espalda a la escuadra y al compás, haciéndolo todo lo más irregular y desordenado posible; no seguir jamás la traza de la línea recta, sino caminar siempre por senderos tortuosos, poniéndose todo el mundo de acuerdo para emplear los más bajos medios y hacerlos adoptar cual una ley."

El poeta, en cambio, insiste (XXVI) en vivir y morir en rectitud o en justicia, tornando a la antigua vía (XXVII) y volviendo a tomar sus primeros vestidos (XXVIII), adornada de lotos o nenúfares (XXIX) y muy alta la cabeza (XXX), deleitándose únicamente en la virtud (XXXII), hasta llegar a ponerse bajo las órdenes directas de un Maestro a quien abrirle de par en par el afligido corazón buscando la Verdad bajo su dirección sabia (XXXVI). Las estrofas siguientes hacen la triste historia de otros días hasta que el poeta en la XLVI recibe la iluminación y monta sobre el pájaro mágico de Y de la imaginación, transportándose como en doble astral a mejores regiones, donde residen los inmortales (XLVII) y donde no ejerce ya su influjo el tiempo (XLVIII), pues que en él corre triunfante el maravilloso *Wang-chu* el rey *Chu*, o el Dios-*Soma* indostánico, conductor del carro planetario de la Luna, el dios de la bebida mágica del Sacrificio, equivalente al Plutón grecorromano o a la Hécate terrible, con lo cual se viene en consecuencia de que el viaje *astral* de nuestro héroe tiene sus puntos de contacto con la bajada de tantos otros iniciados a los Infiernos y con las peripecias en ellos de *Psiquis*, del Dante y demas poetas, justificando una vez más el dicho de Confucio, cinco siglos antes de nuestra Era, cuando proclamaba: "No he nacido con ciencia infusa, pero amo a la antigüedad, y su estudio asiduo ha sido la base de todos mis conocimientos."

Semejante visión astral o estática del poeta desarrolla, pues, diversas escenas, hasta permitirle explorar todo el ámbito de la Tierra y del Cielo, o sea la vasta extensión de las

nueve regiones celestes y las nueve terrestres (LXVI), hasta encontrar una esposa adecuada a la elevación de sus miras, con quien llegar a la gloria de la *Unión* o *Yoga*.

El comentarista Marqués D'Hervey, al que seguimos, interpreta estos sublimes pasajes con gran estrechez de criterio, falto de las luces del Ocultismo cuanto influido por el prejuicio histórico de que el poema en cuestión –que él se atreve a calificar de mediocre, porque no alcanza a penetrar en todo su gran fondo de simbolismo– se limita tan sólo a las lamentaciones de un consejero sabio al verse desairado por su príncipe. En su error llega a la puerilidad violentísima de asegurar cuántas veces el poeta anhela unirse con aquella *esposa*, que se trata sólo de representar los deseos ¡de encontrar un príncipe digno de sus consejos!, forzada opinión que en modo alguno podemos compartir, porque semejantes anhelos de perfecto tinte amoroso, no representan sino el ansia mística, el fervor de la *yoga*, o, en suma, los deseos inefables del alma humana de unirse al Yo superior o Espíritu divino, libertándose así de cuantas cadenas le sujetaran antes al mundo de la carne y de los renacimientos. "¿Cuántos hombres hay –dice refiriéndose sin duda a este Yo Supremo del Hombre, a esta verdadera *Joya en el Loto*–, cuántos hombres hay capaces de apreciar la hermosura de esta piedra preciosa en su justo valor?... (LXIX).

"Variable y astuto como el perro y desconfiado como la zorra[lviii]", el poeta apela siguiendo el oráculo de Ling-fen a lo que podríamos llamar *la Magia ceremonial,* estilo Jámblico, para evocar al espíritu del gran mago *Vu-hien*, uno de los semidioses de la primitiva dinastía de *Chang*, quien, envuelto en gloriosa cohorte de otros espíritus, baja hasta él y le dice: "Esfuérzate en subir y bajar, buscando siempre el perfecto acuerdo de la regla y del compás, y de igual modo que *Tang* y *Yu* pusieron toda su gloria en buscar la unión y la lograron uniéndose con *Tche* y con *Kien*".

El semidiós, así evocado, le hace una pintura de la época, le da consejos de suprema rectitud (LXXII a LXXXII), y después de ellos el poeta decide continuar sus pesquisas y esfuerzos, sin dejar un solo rincón del mundo para buscar a su esposa (LXXXIII) y se dirige de nuevo hacia los montes de *Kuen-lun,* ponderando las enormes dificultades de su sendero (LXXXIX), hasta que en la última estrofa (XCII) su carro se quiebra sin que pueda ir más lejos, pero sin que por ello desista, no obstante, de encontrar a su Maestro y Guía, el sabio *Pong-hien,* el de los sacrificios en el río *Hoango*, que en aquellos altos montes tiene su nacimiento, según cantaron los poetas todos de la época de *Tang*, anteriores al gran incendio acaecido dos siglos antes de nuestra Era, y del que, contra lo que se supuso

durante varios siglos, se salvaron multitud de joyas inestimables, como la del *Li-Sao,* que nos ocupa, y como aquella otra inédita, también de *Kiu-yo-uen,* según el Marqués D'Hervey, que lleva el místico y significativo nombre de *La conquista de los Cielos,* o *Thien yuen.*

Este último libro, en efecto, al decir de dicho marqués, nos habla, entre otras cosas, de las varias puertas o desfiladeros de entrada a la región tibetana, siendo la principal la del NO., para recibir el viento que viene del *Putcheu* y que, según el *Diccionario geográfico de Kang-hi,* es la parte más septentrional de la cordillera de *Kuen-lun.*

La última parte del poema del *Li-Sao*, es, sin duda, la más obscura, por constituir un verdadero curso de antigua geografía china respecto del Macizo Central asiático y especialmente del Tíbet, cuando *Kiu-yo-uen,* después de visitar el *mundo astral* (cielo e infierno dantescos, que los poetas dirían), y después de recibir las revelaciones de aquel semidiós de *Ling-fen,* se decide para buscar a su esposa, es decir, a su Yo Superior, penetrar de nuevo y ya físicamente (como antes lo había hecho en lo astral) en el vasto territorio de las montañas de *Kuen-lun.*

Para apreciar el alcance geográfico y ocultista de semejante resolución del discípulo de Pong-hien, es preciso que nos detengamos un momento a estudiar la topografía de aquel Macizo Central, que es el núcleo y la base de todo el antiguo Continente.

Se trata, como es sabido, de una extensión muy poco conocida, de tierras casi inaccesibles, que ocupan muy poco menos que la extensión total de Europa desde los Urales hasta España, y desde Noruega a Turquía, extensión en la que podemos considerar tres regiones distintas que son la Mongolia (o, mejor dicho, la Mogolia), el Turkestán chino y el Tíbet. Describamos con separación estas tres regiones inmensas, cada una de las cuales es mayor que los Imperios de Alemania y Austria-Hungría juntos.

La Mogolia, tan célebre en la Historia por las razas que de ella han salido para invadir la China y fundar luego vastísimos Imperios hacia el Norte y el Occidente, se halla situada al NE. de las otras regiones del Macizo, separada de la verdadera China por los montes *King-Gan* de la Manchuria, y de la Siberia por un inextricable laberinto de altísimas montañas, entre las que descuellan los montes de Jablonoi y de Sayanks a uno y otro lado del lago Baikal, que es el lago de montaña más grande del mundo, pues que mide una longitud poco menor que la del Golfo Pérsico.

El centro de las montañas meridionales al lago Baikal, es el país misteriosísimo de los *Kalkas* o *Khalkhas*, donde acaso nació ese alfabeto numérico o kalcidio hoy perdido y que tuvo íntima conexión con la lengua sagrada e iniciática del *zenzar*, padre del sánscrito, si acaso no fue el zenzar mismo. De este alfabeto, nos permiten asegurar nuestros estudios de prehistoria que hay también restos en ciertas regiones mediterráneas; entre los maya-quithés, nahoas y muiscas de México, y entre los primitivos pueblos del *Ti-Huan Aco* o *Ti-Huan-Asco*, antecesores del Imperio inca y hoy representados por la raza patagona[lix]. Las montañas de *Kalkas* o *Saganiana* (de hasta 3.500 metros de altura) pasan hacia el Sur a colinas, y en seguida a estepas bastantes semejantes a las de nuestras dos altiplanicies castellanas, para acabar en un desierto inmenso, el de *Cha-mo* o *Gobbi*, que ocupa casi la mitad de la región mogola, pues que en su mayor longitud, de NE. a SO., no mide menos de 500 leguas, y en sus arenas yacen sepultada cientos de ciudades un tiempo gloriosas y de las cuales no queda ya ni el nombre, según la maravillosa descripción que de ellas hace H. P. Blavatsky en la introducción de su *Doctrina Secreta*, y algún raro templo colosal como los vecinos a Urga, la ciudad pontificia y real de los kalkas, rodeado de sublimes anfiteatros de montañas, aún no profanadas por nuestros irrespetuosos turismos occidentales[lx].

Merced al laberinto ininterrumpido de montañas que cerca al país mogol, éste puede decirse que sólo tiene dos accesos o *puertas* medianamente practicables. Una es la meridional del *Hoang-ho*, por donde, según su poema penetró Hiu-youen, y la otra la occidental de la Dzungaria, que es por donde han salido en la Historia las diferentes invasiones húngaras, mogoles y tártaras, camino de Occidente, y por donde únicamente tras de dos o tres intentos frustrados de penetración por el Nepal y otros sitios, lograron llegar a ciertas regiones del Tíbet viajeros tan intrépidos como Rubrukis, Klaproth, Marco Palo, Estanislao de Görres y madame Blavatsky.

Esta región zúngara, zíngara o gitana del *Macizo Central*, cae ya al Norte del Turkestán chino, segunda de las tres regiones que vamos describiendo, pero de la que está separada por los altísimos montes de *Thian-Chan* o *Celestes* (de hasta 7.300 metros). El Turkestán dicho es, pues, una segunda Mogolia de Occidente, separada por el solitaria río Tarín del desierto de *Takla-Makan,* igualmente extenso que el Gobbi, del que en nada se diferencia, constituyendo entre ambos una región desolada, antiguo lecho de un mar interior del Macizo y que midió de longitud bastante más de las mil leguas. Al oeste de dicho

Turkestán se alza la alta meseta de Pamir, broche de todas las alineaciones montañosas del antiguo continente, según hemos demostrado en diferentes sitios[lxi].

El Sur del Turkestán chino está formado por cordilleras las más poderosas del Globo, o sean de O. a E. la del *Indo-Ku*, la de *Kara-Korun* y la de *Kuen-lun* que con sus ramificaciones paralelas (que en grande recuerdan el paralelismo de nuestras cordilleras principales) vienen a determinar hacia el Este la comarca del lago *Ku-ku-noor,* tan celebrado en el viaje de nuestro poeta, no siendo, sin embargo, sino uno del millar o más de divinos lagos de montaña que salpican doquiera atado el Macizo Central, lagos verdaderamente celestes que por su extensión, por su aislamiento, por su perdida historia y por su altura, no tienen igual en el resto del mundo, ni aun en los imponderables lagos alpinos de Suiza, entre alturas medias mayores aún que las del Himalaya, pues que alcanzan en el *Dapsang* de la Cachemira oriental hasta alturas de más de 8.600 metros.

Esta serie de cordilleras centrales del mundo recorren toda la parte septentrional del Tíbet, separándole por el Norte de los mismos desiertos del Turkestán y la Mogolia (ya tan aislados antes de suyo), mientras que por el oeste, sur y este se encargan de aislarle respectivamente tanto y más las series de cordilleras que constituyen los Himalayas, y los laberintos montañosos de la Birmania y del *Yun-king,* que hacen completamente imposible los unos el acceso de China al golfo de Bengala y los otros el de la China al Tíbet, como no sea a lo largo de los ríos –al modo del emperador magno *Chun*, cuyos poderes, o cuyos "espíritus bienhechores" le permitían caminar por encima de sus aguas, como acaso caminó también nuestro poeta penetrando a lo largo del río *Hoang-ho,* río Amarillo o *de Oro*– por el gran portillo que dejan para el paso de las aguas de este río que es uno de los mayores del mundo. Dicho portillo está formado por la dicha cordillera de *Yu-king* y su continuación con la cordillera del King-Gan, que, como ya vimos, separa la Mogolia de la China propiamente dicha.

Después de la descripción que hemos hecho acerca del Macizo Central asiático, se comprende la importancia asignada al *Kuen-lun* en el poema del *Li-Sao*, cadena de cerca de un millar de leguas, contando desde el *Indo-Ku,* el Imaus escíticus de Kieper y de los autores antiguos, hasta el lago de *Ku-ku-noor* en el *Emodus sericus*, de dichos autores, montes de *O-neu-ta* de otros viajeros, que de este modo se aproximaban inconscientemente a nombres genuinamente americanos, como si la debatida región oriental del *Fu-sang* chino, o sea América, estuviese ligada en la toponimia con Asia, merced a la colonización que del

Patala o América se dice en ciertos libros orientales que hizo Arjuna después de la gran lucha guerrera del Mahabharata entre los *caurios* o *kurus lunisolares* y los *lunares pandús.*

Las alineaciones montañosas de este a oeste del excelso Kuen-lun que por el norte separa al Tíbet de las regiones desiertas del Tarín, son, sin disputa, las alturas más notables del mundo, por su posición central y por su elevación, y el lugar, por tanto, más sagrado, más augusto, para que haya podido cumplirse en todo tiempo el notable aserto de Blavatsky, de que "la Naturaleza tiene rincones extraños para sus Elegidos, y muy lejos de los países que se dicen civilizados es donde el hombre puede adorar aún a la Divinidad, como sus padres lo hacían", es decir, cultivar la Religión-Sabiduría primitiva, por encima de esas meras facetas de aquella *Religión única de la Naturaleza y del Espíritu,* que después se han llamado brahmanismo, parsismo, buddhismo, sintoísmo, cristianismo y mahometismo, religiones sacerdotales tan inferiores todas a ese divino *Culto Primitivo* y sin Nombre del hogar ario, en el que el padre era el sacerdote y la madre la sacerdotisa y en el que los Cielos mismos hablaban con los hombres, sin egoístas sacerdotes intermediarios, gentes interpuestas después, al modo de las *Aves* del simbólico poema de Aristófanes, entre los hombres y los dioses, para comerciar egoístas con los unos y con los otros.

(40) La anécdota de Nassik o Nassika es histórica en lo substancial y está referida por el coronel Olcott en su *Historia* (serie II). En cuanto a la palabra sánscrita *nassika* o nariz, es curioso el notar que con ella se corresponde, como tantas otras, la palabra latina *nasica* y con igual significado. Así vemos figurar en la historia al Scipión llamado *Nassika*, por lo colosal de sus narices, como el gran Marco Tulio Cicerón se le denominó Cicero, de *cicer*, el garbanzo de su nariz.

(41) El pasaje de referencia vuelve al eterno problema de las cuevas iniciáticas, problema al que tantas páginas hemos consagrado en *De gentes del otro mundo.* A las numerosas allí citadas pueden hoy agregarse las famosas *Cuevas del Silencio,* verdaderos cenobios antiguos hacia las poéticas fuentes del Oza, el Cúa y el Burbia, ríos del Bierzo, es decir, de la Tebaida leonesa, equivalentes a las *Siete cuevas míticas de Pacaritambo,* de *Chicomotzoc*, de *Aztlán*, de los *chalchas, culhuas, tlahuicas, tlascaltecas, xuchimilcas* y *ocopitas*, de quienes nos

hablan los antiguos historiadores de México, como Motolinia y el Padre Durán, y los modernos citados por Alfredo Chavero en su *México a través de los siglos*.

V

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Si se nos pusiera en el duro trance de quedar ciegos o de quedar sordos, de cada diez personas, nueve preferirían la sordera a la ceguera, y quien haya tenido la dicha de contemplar extasiado cualquiera de esos mil rincones fantásticos que atesora la India, esos sus palacios de mármol y esos cual los de los cuentos de hadas, aun añadiría a la sordera la parálisis de entre ambas piernas más bien que carecer de la dicha que supone el contemplar semejantes maravillas.

Cuéntase de Saadi, el gran poeta, que se quejaba amargamente contra la indiferencia con que sus amigos le escuchaban ponderar la hermosura de su amada: "–¡Si tuvieseis la dicha de haber conocido como yo su belleza prodigiosa, entonces si que alcanzaríais a comprender mis versos!".

Hago mías, pues, respecto de mi India, las ponderaciones del enamorado poeta, pero temo al par que mis constantes himnos al sublime país lleguen a fastidiar a mis lectores tanto y más que lo que aquel vate fatigaba a sus amigos. Mas, ¿qué puede hacer el pobre cronista, cuando a diario descubre nuevos y más peregrinos encantos en semejante país? Hasta las más negras tintas de sus cuadros, esos aspectos inmorales, abyectos, que a veces nos horrorizan en la India, están saturados de una poesía selvática y de una originalidad como no es dable hallar en parte alguna. Frecuente es, por demás, el que un europeo, novel en aquellas cosas, sienta repugnancia ante muchas de las características de su vida diaria, pero hay que confesar que ellas nos suelen fascinar u ora nos emocionan cual espectros de pesadilla. Nosotros, no hay que decir que en nuestros viajes, lejos de las vías férreas y de todos los demás elementos de la civilización europea, hubimos de pasar también por nuestras pruebas correspondientes, porque esta nuestra civilización sienta a la vieja India como un sombrero de moda a una persona medio desnuda, verdadera "hija del Sol", de los tiempos de Pizarro.

Vagamos todo aquel día a través de selvas y de ríos, ínfimas aldeas y derruidas fortalezas, viajando en toda clase de vehículos, caballos, palanquines, carros de bueyes y de elefantes, por los caminos que median entre las comarcas de Nassik y de Jubblepore. Llegada la noche, acampábamos donde ella nos sorprendía, convenciéndonos de que el hombre puede soportar los más duros y peligrosos climas, por la mera fuerza de la costumbre. Asombraba a cualquiera, por ejemplo, el ver a nuestro babú bengalés caminar a caballo millas y más millas bajo los abrasadores rayos del sol, con su cabeza sin otro abrigo que su espesa cabellera, en medio del día, cuando nosotros, gente blanca, estábamos a punto de caer desmayados, a pesar de los *topis*, de grueso corcho, de los turbantes de muselina y de otras defensas utilizadas también por nuestros otros acompañantes indígenas. Decididamente, el sol carecía de toda fuerza al caer sobre el duro cráneo de un bengalés, quienes le recubren sólo en las ocasiones solemnes de bodas u otras festividades. Sus turbantes, en todo otro caso son tan inútiles, como las flores en los cabellos de las damas europeas. (42)

Los babúes bengaleses nacen candidatos a burócratas. Los juzgados, ferrocarriles, correos y telégrafos están siempre invadidos por ellos. Envueltos en sus togas viriles de muselina blanca, con la pierna desnuda hasta la rodilla y descubierta la cabeza, se pavonean, vanidosos, por los andenes de las estaciones o a la entrada de las oficinas, mirando con olímpicos desdenes a los maharattis, siempre pagados de sus pendientes, sortijas y dijes. A diferencia de otros hindúes, no se pintan las frentes con las señales de su secta y sólo alguna rara vez se les ve con costosos collares al cuello. Pese a sus muelles hábitos de vida, los maharattis constituyen la tribu más valiente de toda la India, según tienen acreditado en sus seculares luchas; pero Bengala, en cambio, no ha producido un solo guerrero de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes. No hay ni un bengalés en todo el ejército colonial, hecho extraño que me resistí a creer hasta que no lo vi confirmado por el testimonio de muchos oficiales ingleses y por aquellos mismos. A pesar de ello, no son nada cobardes. Es cierto que las gentes pudientes de su raza viven una vida regalona; pero sus *zemindras* o aldeanos son gentes esforzadas, sin disputa. Desarmados hoy todos por el Gobierno británico, saben afrontar, sin embargo, al tigre armados con una simple maza, con idéntica sangre fría que si se defendiesen con fusiles o espadas.

Cruzamos durante aquellos días multitud de solitarias selvas y senderos abandonados, donde jamás hollara la planta de europeo alguno. Gulab-Sing se hallaba lejos de nosotros; pero nos acompañaba uno de sus más fieles domésticos, y la excelente acogida que se nos

deparaba doquiera no era debida sino a la magia de su nombre. Así, aunque los míseros aldeanos cerrasen sus puertas aterrados, al columbrarnos, los brahmanes, en cambio, se deshacían en obsequios con nosotros.

Los panoramas de las proximidades de Kandesh, en el camino de Talhner a Mhau, son en extremo pintorescos. En ellos, sin embargo, tiene tanta parte el arte como la naturaleza, especialmente gracias a los cementerios musulmanes. En la actualidad todos están más o menos abandonados y ruinosos, merced al crecimiento de la población hindú y a haber desaparecido ya los señores feudales musulmanes, amos en un tiempo de la India entera. Hoy el musulmán tiene que soportar en el país más humillaciones que los propios hindúes, pero han dejado ellos tras de sí bastantes recuerdos, el principal el de los cementerios. La fidelidad y respeto de los musulmanes hacia sus muertos es uno de los rasgos más conmovedores de su carácter. Su amor hacia los que se han marchado es siempre más expresivo que el que sintieran hacia ellos en vida, y se concentra casi por entero en sus moradas mortuorias. Todo lo que tiene de carnal y grosero el paraíso mahometano, otro tanto tienen de poéticos sus cementerios. Pasarse pueden muy gratas horas en esos jardines deliciosos, orlados de blanquísimos mausoleos cubiertos de rosas y jazmines que remedan ser sus turbantes con avenidas de místicos cipreses, Con mucha frecuencia nos solíamos detener en ellos para comer y dormir. Inmediato a Talhner alzase un extraño cementerio. Vese en él, entre múltiples y bien conservados sepulcros, el regio de la familia de Kiladar, ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818. Otros cuatro mausoleos eran singularmente notables, en especial uno, el más célebre de toda la India: un blanquísimo monumento octogonal de mármol con esculturas como no las tiene el propio Père Lachaisse, de París. La inscripción parsi de su zócalo reza que en él se gastaron cien mil rupias. De día, su nítida blancura se destaca gallarda en el purísimo azul del firmamento. De noche, a los argentados rayos de la luna de la India, es aún más fantástico y grandioso. Diríase que su cumbre está nevada y sus gallardas líneas, destacándose sobre el fondo obscuro del ramaje, remeda una aparición nocturna en la mortuoria mansión.

Al lado de dichos cementerios musulmanes están los ghâts indostánicos, emplazados generalmente junto a las márgenes de los ríos. Hay, en efecto, algo de grandioso en el ritual de la incineración de los cadáveres y el curioso que la presencia no puede menos de sentirse impresionado ante la profunda filosofía que se desprende de semejante costumbre. Al cabo de una hora de incineración no queda del finado sino mísero, puñado de ceniza que

el brahmán oficiante esparce al punto a los vientos sobre el río. Así resultan en breve devueltas a los cuatro elementos las cenizas de aquel conjunto corpóreo que antaño vivió, experimentó amores y odios, placeres y dolores; devueltas, digo, a la *Tierra*, que le nutrió durante tanto tiempo; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar sus restos mortales para que, libre y purificado el espíritu, pueda remontar hacia más excelsos mundos, existencia *post-mortem* en la que cada pecado es un obstáculo terrible hacia el *Moksha*, o cielo, mansión de la suprema dicha. Es devuelta, en fin, la ceniza de aquel cuerpo al *Aire*, que respiraba y le mantenía, y al *Agua*, que habiéndole lavado en tiempos física y moralmente, transformado ya en polvo, recibíale ahora en su seno.

El calificativo de *puras*, refiriéndose a las aguas del río, sólo puede entenderse dentro del sentido metafórico del mantram porque, de ordinario, los ríos de la India, sin excluir al sacratísimo Ganges, son terriblemente sucios, en especial a su paso por aldeas y ciudades. En sus aguas unos doscientos millones de personas se limpian diariamente de la transpiración de sus tropicales sudores y de otras infinitas porquerías. Además, los cadáveres de los que no merecen el honor de ser incinerados son arrojados a los ríos, y su número es realmente enorme, pues comprende a todos los shûdras, parias y demás proscriptos, amén de los mismos niños brahmanes de menos de tres años.

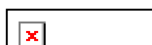
Sólo los nobles y los ricos son enterrados con pompa. Para ellos únicamente se encienden las piras de madera de sándalo después de puesto el sol; para ellos se cantan los mantrams y se invoca a los dioses. Pero los shudras no deben escuchar de ningún modo las divinas palabras dictadas por los cuatro Rishis a Veda-Vyasa, el sabio de la Alyavasta, desde el principio del mundo. No hay piras ni oraciones para ellos, y así como durante su vida no pudo el shûdra ni aproximarse menos de siete pasos a la pagoda, después de su muerte jamás puede ser parangonado con aquellos brahmanes "dos veces nacidos".

Arden las piras y sus llamaradas se extienden como serpientes de fuego a lo largo de la ribera. Extrañas siluetas de obscuro contorno agítanse silenciosamente entre las llamas. Ora alzan ellas sus brazos al cielo como si rezasen, ora añaden combustible a la hoguera hurgándola con largas horquillas de hierro. Las llamas decaen poco a poco, serpenteando saturadas de grasa humana derretida y lanzando a la altura una lluvia de chispas que se pierden instantáneamente en nubes de densas humaredas.

Tal acontece en la orilla derecha del río. En la izquierda, por el contrario, el panorama es muy otro. Cuando, al llegar las primeras horas matutinas; cuando los rojos fuegos se han extinguido, disipado las negras humaredas saturadas de malos olores de carne quemada, gracias al viento fresco de la mañana, y las figuras macilentas de los faquires se han retirado; en una palabra, cuando en la orilla derecha se restablece la quietud y el silencio, hasta su siguiente despertar a la noche inmediata, procesiones harto diferentes de aquéllas comienzan a aparecer por la orilla izquierda. Son masas de hombres y mujeres hindúes formando las más tristes y silenciosas comitivas, que sosegadamente se acercan al río, como que ni lloran, ni tienen rito alguno que ejecutar. Detrás de todos caminan dos hombres, conduciendo un objeto largo y delgado envuelto en un harapo rojo. Es el cadáver de uno de aquellos desgraciados, a quien cogiéndole por cabeza y pies bien pronto lanzan a las amarillentas y sucias aguas del río. El choque es tan violento, que el rojo pingajo se despliega, dejando ver el rostro de una joven pintado de verde obscuro, y que en el acto se sumerge en las ondas sagradas. Seguidamente se adelanta otro grupo formado por un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de éstas, que es una pequeña y delgada rapaza de diez años, solloza amargamente. es la madre de un niño mudo de nacimiento, cuyo cuerpo van a arrojar al río. Su débil lamento resuena tristemente en la orilla, y sus temblorosos brazos carecen de fuerzas para alzar al pequeño cadáver, que más que de un niño parece de un negruzco gatito. El viejo trata de consolarla, y cogiendo el cuerpo de la criatura se introduce con él en las aguas y lo lanza al río. Tras él entran también las dos mujeres y se sumergen siete veces para purificarse por haber tocado a un cadáver y tornan a sus tugurios chorreando. Bandadas de buitres, cuervos y otras aves de rapiña se agolpan río abajo para devorar los cadáveres. En ocasiones, un esqueleto a medio mondar tropieza remansado entre las cañas, y allí permanece semanas enteras, hasta que un proscrito, cuya misión es la de ocuparse de menester tan repugnante, lo advierte, y cogiéndole por los ijares con su largo gancho lo devuelve a las aguas del río.

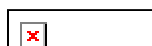
Abandonemos ya estos tristes parajes, donde, a pesar de la temprana hora, el calor se hace irresistible. Demos un adiós al acuático cementerio de los desheredados, cuyo espectáculo es insoportable por lo desgarrador y repugnante a ojos de europeos, y dejemos libre vuelo a nuestra imaginación para que ella nos traslade a los apacibles camposantos de las aldeas, donde no hay mausoleos de mármol coronados de turbantes, ni piras de madera de sándalo, ni ningún sucio río como mansión de reposo; pero donde las humildes cruces

de madera, en cambio, se pierden entre los abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros queridos difuntos bajo la verde hierba! Si es cierto que ninguno de ellos alcanzó quizá a ver estas gigantescas palmeras, estas pagodas y palacios suntuosos recubiertos de oro, lirios del valle y tímidas violetas perfumadas orlan sus sepulturas, y en los sauces que sobre ellos tienden sus ramas llorosas gorjean los ruiseñores en las noches de primavera. Aquí, ni en las propias arboledas, ni en mi propio corazón, ningún ruiseñor canta para mí.... (43)



A lo largo de este muro de rojizas piedras llegamos a una célebre fortaleza, siempre antaño empapada en sangre y hoy inofensiva y medio derruida, como tantos y tantos castillos de la India. Bandadas de vistosos loros, asustados por nuestros pasos, surgen de los huecos del viejo muro, y sus alas resplandecen al sol como voladoras esmeraldas. Estamos en Chandvad, territorio de funestos recuerdos para los ingleses, por cuanto en él, durante la sublevación Lepoy, los bhils salieron de sus escondites y cayeron cual un alud, degollándolos.

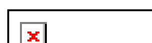
El *Tatva*, antigua Geografía de India en tiempos del rey Azoka, o sea del 250 al 300 de nuestra Era, nos enseña que el territorio maharatti se extiende hasta las propias murallas de Chandor a Chandvad, y que la comarca de Kandesh comienza allende el río, mas los ingleses se ríen de *Tatva* y de cualquier autoridad por el estilo, y nos quieren hacer creer que Kandesh comienza sólo al pie de las colinas de Chandor.



Doce millas al SE. de Chandvad existe una verdadera cosmópolis de hipogeos, conocidos por la denominación de Enkay-Tenkay. Como siempre, la entrada de ellos está a cien pies de la base, y es piramidal la forma de la colina. La descripción adecuada de tales hipogeos se sale de los límites de estos artículos periodísticos, y sólo diré que todas sus estatuas, esculturas e ídolos son atribuidos a ascetas buddhistas de los primeros siglos subsiguientes

a la muerte del Maestro. Gustosa suscribiría semejante aserto; mas como de costumbre, los señores arqueólogos tienen que tropezar con una dificultad más insuperable aún que las que de ordinario les ofrezcan los demás templos del país.

En efecto, en estos hipogeos hay más ídolos tenidos como del Buddha que en parte alguna. Ellos cubren la entrada principal; aparecen alineados en compactas filas a lo largo de los voladizos; ocupan las paredes de las celdas; vigilan todas las entradas a guisa de guardianes monstruosos y hasta hay dos de ellos asentados en el estanque principal, donde el agua de los surtidores no ha operado el más ínfimo desgaste en sus moles de granito. Algunos de tales supuestos Buddhas están vestidos y exornados con pagodas piramidales en la cabeza; otros están desnudos; ora vense unos en pie, ora sentados, y los hay de todos tamaños, desde los más colosales, hasta los más minúsculos. Todo esto podría pasar, no obstante, si no mediase el hecho histórico incontrovertible de que la reforma de Gautama o de Siddhartha-Buddha, consistió esencialmente en sus predicaciones contra la idolatría brahmánica que quiso extirpar de raíz, y aquella su doctrina, por tanto, permaneció pura de idolatría de toda clase durante siglos, hasta que los lamas del Tíbet, chinos, birmanos y siameses, la desfiguraron y adulteraron con herejías, y todo el mundo sabe, en fin, que perseguida por los brahmanes victoriosos, fué expulsada de la India, refugiándose en la isla de Ceilán, donde aún florece cual el áloe legendario que sólo da flores, se dice, una sola vez en su vida, antes de morir sus raíces agotadas por la vigorosa exuberancia de aquella prodigiosa floración, y que las semillas que después se desarrollan en dichas flores no producen sino tallos nocivos. Además, aunque prescindiésemos de todo esto, hay algo en la fisonomía, en el *tipo* de todos estos pretendidos Buddhas de Enkay-Tenkay, porque todos ellos, desde el más chico hasta el mayor, son *negros* como el ébano, de achatadas narices; gruesos labios; pelo crespo, y un ángulo facial de 45 grados tan sólo, sin que ellos tengan la más remota semejanza con sus negrísimas facies con los Buddhas tibetanos y siameses auténticos, de facciones absolutamente mogolas y de pelo perfectamente laso y fino. Semejante tipo africano notorio, no puede menos de desconcertar a referidos arqueólogos, quienes cortan a su modo el nudo gordiano, no haciendo la menor mención de tales hipogeos, más erizados de dificultades técnicas o históricas que el propio Nassik, dificultades tan difíciles de vencer cual la de los persas en las Termópilas. (44)



En Maleganva y Chikalval visitamos un templo jaino extraordinariamente notable. En sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno, y sus enormes sillares cuadrados estaban con tal maestría adosados unos a otros que ni la más fina hoja de cuchillo puede penetrar por sus junturas. El interior del templo es suntuosísimo.

Al regreso, sin detenernos en Thalner, seguimos en derechura hacia Ghara, donde nos fué preciso alquilar elefantes de nuevo, para recorrer las espléndidas ruinas de Mandú, la ciudad inexpugnable antaño, a 20 millas al NO. de aquel sitio. A ella llegarnos pronto y sin contratiempos, y menciono este lugar, porque después presencié en sus alrededores una interesante escena brujesca del "culto del demonio".

Mandú se alza en la cúspide de los Montes Vindhya, a 2.000 pies sobre el nivel del mar. Malcolm enseña que esta ciudad se edificó el año 313 de nuestra Era, y que fué durante siglos la metrópoli de los rajás hindúes de Dhara. El historiador Ferishatah señala a Mandú como la residencia del primer rey de Malva, el Dilivan-Khan-Ghuri, hacia 1387-1405. La ciudad fué tomada luego por Bahadur-Shah, rey de Gujérate en 1526; pero Akbar en 1570 recuperóla, según reza la célebre piedra de mármol de sobre la entrada.

Los indígenas denominan a esta población *la ciudad muerta*, y, en efecto, ante su pavorosa soledad sentimos la misma sensación desolada que se experimenta la primera vez que se visita Pompeya. Todo acusa en Mandú, que fué una de las ciudades más soberbias de la India; sus murallas de 37 millas de contorno; sus calles de millas enteras, exornadas un tiempo de palacios espléndidos, cuyas columnas y otros dispersos restos yacen a montones por el suelo; estanques desecados; escaleras hechas pedazos; obscuros y frescos subterráneos, en cuyos recintos lujosas damas pasarían las horas más calurosas del día; fuentes sin agua, patios vacíos e innumerables; anchas plataformas de mármol y arcos derruidos de pórticos gigantescos. Todo ello aparece cubierto de maleza, donde tienen sus guaridas las fieras. Sobre aquel desastre total surgen aquí y allí algún paredón bien conservado, pero con sus ventanales vacíos, guarnecidos de hiedra; ojos sin vista que parecen mirar con prevención la profana presencia de los visitantes, y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el corazón de la muerta urbe, un verdadero bosque de cipreses, en el lugar donde antaño pululasen tantos seres humanos y tantas humanas pasiones.

Todavía en 1570 era denominada *Shadiabad*, "la mansión de la dicha", aquella ciudad hoy muerta. Adolfo Acuaviva, Antero de Moncerotti y otros misioneros franciscanos que fueron en Embajada a Goa en dicho año, para recabar ciertos privilegios del Gobierno mogol la describen varias veces como una de las ciudades más grandes del mundo, cuyas magníficas vías y frondosas avenidas eclipsaban a las cortes más pomposas de la India. Es verdaderamente increíble el que en tan corto lapso de tiempo no haya quedado de la opulenta ciudad piedra sobre piedra, sin que entre sus escombros encontrásemos casi lugar despejado para nuestra tienda, hasta que nos vimos precisados a instalarla en la única casa que quedara en aceptable estado todavía, o sea en la plataforma de granito que se elevara unos 25 pies sobre la plaza de la mezquita-catedral de Yami-Masjid. La escalinata, de costosos mármoles, era espaciosa, cual todos los edificios de la población, y no estaba mal conservada, pero de la cubierta del templo no quedaban ni rastros y hubimos de pernoctar a cielo descubierto.

En derredor de este edificio corre un peristilo formado por varias filas de gruesas columnas, que, de lejos, recuerda a la Acrópolis de Atenas, aunque no tan delicada ni proporcionada como ella, y desde la escalinata se veía el mausoleo de Gushanga-Guri, rey de Malva, cuando la metrópoli estaba en el apogeo de su grandeza. Este mausoleo es un edificio de mármol blanco, ciclópeo y bellísimo, con pórtico de columnas maravillosamente esculpidas y un peristilo que daba antes acceso al palacio real, y que en la actualidad no es sino un profundo barranco, lleno de fragmentos de sillares y cubierto por verdes cactus. En el interior del mausoleo campean en letras de oro, algunas *suras* del Corán y el sarcófago del sultán aún se contempla hacia el centro. No lejos de aquellos lugares estuvo el palacio de Baz-Bahadur, que hoy no es ya sino un informe montón de tierra en el que crecen grandes árboles.

Empleamos todo el día en la contemplación de todas estas tristes grandezas perdidas, y volvimos a nuestro albergue poco antes de ocultarse el sol, extenuados por la sed y por el hambre y llevando triunfalmente en nuestros bastones tres gruesas serpientes que matamos a nuestro regreso. El té y la cena nos aguardaban por fortuna, y al llegar tuvimos la sorpresa de encontrarnos con tres inesperados visitantes que eran: el *patel* de la aldea vecina, funcionario entre cuestor y juez, y dos *zemindares* o propietarios que habían venido a ofrecernos sus respetos y a invitarnos, en unión de nuestros amigos hindúes, algunos de los cuales conocían, para que honrásemos sus viviendas. Al oír de nuestros labios que nos

proponíamos hacer noche allí, en la ciudad muerta, se quedaron estupefactos, asegurando que era una peligrosa empresa de locos, porque dos horas más tarde, hienas, tigres y otras fieras saldrían a bandadas de detrás de los muros derruidos. Eso, sin mencionar centenares de molestísimos gatos monteses y chacales, quienes, por lo menos, devorarían a nuestra recua de elefantes. Así, pues, teníamos que abandonar aquellas ruinas lo antes posible y seguir con ellos hasta la aldea vecina, donde podríamos llegar antes de media hora, y donde todo estaba dispuesto para recibirnos, incluso nuestro babú, impaciente ya ante nuestra tardanza.

Por lo visto, nuestro cauto amigo, el babú de la siempre descubierta cabeza, se había marchado hacía tiempo sin consultarnos, camino de la aldea, donde tenía amigos, sin duda; pero la tarde estaba tan suave y nos sentíamos tan a placer en aquellos lugares, que la idea de desbaratar así nuestros planes nos contrariaba. Por otro lado, no dejaba de parecernos imposible el que aquellas desiertas ruinas, donde durante el día sólo hablamos encontrado algunas serpientes, estuviesen llenas de fieras, como nos decían. Nos sonreímos, pues, ante la alarma de nuestros visitantes y les dimos las gracias sin querer aceptar sus ofertas generosas.

–No –exclamó alarmadísimo el corpulento *patel*–, no os atreveréis de ningún modo a pernoctar aquí. Además, en caso de accidente, yo sería responsable ante el Gobierno... ¿Es posible que os sea agradable la perspectiva de una noche de angustia, luchando con los chacales o con cosa peor? Os figuráis no estar rodeados de fieras, porque ellas no se muestran antes de anochecer, pero, si no me queréis creer, fiaos, al menos, del instinto de vuestros elefantes, que, tan valientes, sin duda, como vosotros, son por lo que se ve bastante más razonables. ¡Miradles!

Miramos efectivamente, y advertimos al punto que nuestros graves y filosóficos elefantes comenzaban a observar una conducta harto extraña. Con sus trompas en alto semejaban otras tantas interrogaciones, al par que resoplaban y pateaban con muestras de grandísima inquietud. Un minuto más tarde, uno de ellos rompió la fuerte maroma con que estaba atado a un tronco de columna, dió una rápida vuelta y se puso a palpar vientos. Era, pues, indudable que advertía un peligro cercano. El Coronel le miró a través de sus lentes y silbó de un modo significativo.

–Bien. ¿Qué vamos, por tanto, a hacer si nos toca rechazar un asalto de tigre? –dijo.

–¿Qué hacer, en efecto –pensé–, si no está aquí para protegernos, como antaño, el takur Gulab–Lal Sing?

Interin, nuestros camaradas hindúes yacían cómodamente sentados sobre sus tapices, a la manera oriental, masticando tranquilos hojas de betel. Al pedirles su opinión se limitaron a decirnos que no querían mezclarse en nuestras resoluciones y que harían lo que gustásemos, pero en lo que se refiere al elemento europeo no hay que decir que se sentían ya horrorizados; así que, cinco minutos después, nos encaramábamos en nuestros elefantes y un cuarto de hora más tarde, cuando el sol se ocultaba tras una montaña y caía casi de repente esa densa obscuridad que subsigue al cortísimo crepúsculo de las comarcas tropicales, pasábamos por la puerta de Akbar y descendíamos al valle. Pero no estaríamos a un cuarto de milla de nuestro abandonado campamento, cuando en el seno del matorral de cipreses resonaron los agudos aullidos de los chacales, seguido de un poderoso rugido que nos era ya harto conocido. No podía dudarse: los tigres, chasqueados con nuestra fuga, hacían estremecer aquellos ámbitos, y un sudor frío, de muerte, asomó a nuestras frentes, mientras que nuestro elefante, atropellando por todo, se lanzó a trote largo. Estábamos ya, sin embargo, fuera de peligro, en nuestro *howdah* fuerte como una ciudadela.

–¡Hemos escapado de buena –observó el Coronel, mirando desde la ventana del nuevo alojamiento a una veintena de servidores del Patel encendiendo a toda prisa sus antorchas para recibirnos. (45)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO V

(42) La Naturaleza, siempre sabia y previsora, nos adapta al medio, que hoy se dice, haciendo que el hombre pueda, a fuerza de constancia, lograr hasta lo imposible. Por eso la Maestra ha dicho: "siembra un pensamiento, y recogerás una acción; siembra una acción, y recogerás un hábito; siembra un hábito, y recogerás un carácter"; y esto es, sin duda, uno de los grandes secretos de la Magia.

El babú bengalés de quien la autora nos habla, y su resistencia a los agentes naturales, nos trae a la memoria la descripción que cierto día nos hizo nuestro amigo Don César Luis de Montalbán, gran viajero por todos los países de la *América tenebrosa*, desde el cabo de Hornos hasta la península de Alaska, respecto de cierto negrito del interior del Congo, a quien él viera en Mendoza de los Andes (Argentina) prestarse solícito, por unos miserables centavos, a recibir del donante un palo en la cabeza. Nuestro amigo parece ser que hizo el ensayo, y al ver que en él no había "ni trampa, ni cartón", como suele decirse, estudió médicamente el caso y vió con asombro que el pelo del mozalbete era cilíndrico en vez de cónico y con francas tendencia a enmarañarse y entretejerse a guisa de fieltro moderador de los golpes. Además notó por el borde del frontal que le daba sobre los ojos, que dicho hueso era de mucho mayor grueso que en los demás hombres, como si las células interiores de los lóbulos anteriores cerebrales y las membranas que les recubren, se hubiesen, por decirlo así, fosilizado, merced a una ley de la herencia recibida, sin duda, de sus mayores, quienes, allá en el interior de África, llegan a luchar sin a armas y a meros topetazos, cual los toros o los carneros, seres a los que les aproxima su cretinismo –que no alcanza a permitirles más lenguaje que el de la vida de nutrición– y su carencia de celo sexual, fuera de la época de primavera.

(43) Hasta en eso del antiguo esplendor musulmán son análogas la India y España Además, en punto a enterramientos, todos los pueblos, muy influidos de semitismo, tienen la misma característica de boato y ostentación insuperables para la que llaman "la morada eterna", cual si materialistas y mundanos de suyo, pese a cuanto en contrario se diga, mantienen así la ficción de una como continuidad física de la vida, dando lugar a aquel terrible símil evangélico de "sepulcros blanqueados", con el que Jesús fustigara a los hipócritas fariseos. Por eso, aunque sería impío no alabar esa poesía *post mortem* del

semitismo hacia los restos de los seres amados que fueron, ella nos acusa, doquiera, incluso en nuestras ciudades modernas, una como falta de otra fe más alta que conmemore con fundaciones bienhechoras como las que hoy ya empiezan a hacerse en los Estados Unidos (Observatorios astronómicos de Lick y de Yerkes; fundaciones de Carnegie, etc.), la memoria del muerto, en lugar de cubrir con costosos mármoles, la podredumbre miserable de sus despojos que son *pulvis, cineris et nihil,* según el epitafio de nuestro cardenal Portocarrero, epitafio bien distinto de los sensibleros que suelen leerse, tales como los de: "¡Adiós para siempre!", puesto por quien se figura como no hubiese de morir nunca, ignorante de que al muerto va a seguir quizá a los pocos años o días... "¡Tú siempre fiel!", alusivo a una triste continuidad de relación amorosa-sexual, que es casi un pecado ante la santidad de la muerte en cuyo seno, según el divino dicho evangélico (parábola del marido de las siete mujeres), "no viviremos como hombres y mujeres, sino como ángeles del cielo", o las lápidas, en fin, de los *ene* renglones vanos, que allí son un sarcasmo, a veces, con todos los "excelentísimos", "ilustrísimos" y demás apelativos nobiliarios que el sumergido en la nada llevase ufano en vida... Compadezcamos, pues, ese sello de total ausencia de espiritualidad que a los cementerios grandes caracteriza, y soñemos con una espiritualidad la más excelsa, en la que tornemos como míseras gotitas de agua al Seno del inmenso Piélago del que, al nacer, vinimos, y admiremos una vez más el profundo Ocultismo que entrañan las prácticas arias de la purificadora incineración que, en homenaje a la *Ley de Orden* (ley que es asimismo la pitagórica de la Armonía de las Esferas), va devolviendo, piadosa, el polvo a la tierra, el agua, al Agua, y el fuego, al Fuego; al tenor de los transcendentes versos del clásico latino, que nos revelan roda el misterio post mortem del hombre, diciendo:

Terra tegit carnem,
tumulus circunvolat umbra,
Orcus habet manes,
Spiritus astra petit.

"La tierra teje el organismo de nuestra carne: en torno del sepulcro revolotea nuestra *Sombra* –el doble etéreo–; el *Orco* –el abismo recibe nuestra mente, mientras que nuestro divino Espíritu retorna a las moradas de la Vía Láctea", de donde al nacer vinimos, según canta también de un modo simbólico el hermosísimo *Sueño de Escipión,* que vale por todo un curso de la más honda filosofía...[lxii]

(44) En los párrafos que comentamos, la Maestra pone el dedo en la llaga, es, a saber, en la enorme mixtificación histórica que supone el hablar de "ídolos del Buddha, siendo así que Sidahartha *Sakya-Muni* predicó eternamente contra las idolatrías brahmánicas, y atribuir tales ídolos o esculturas a los discípulos de *La Luz del Asia*, cuando estos verdaderos cristianos primitivos", seis siglos anteriores al propio Jesús, se hallaron por tales y por otros motivos en perpetua lucha con el sacerdocio brahamánico, lucha que recuerda no poco a los terribles cismas de arrianos, nestorianos, maniqueos, gnósticos, etc., todos *iconoclastas*, o sea contrarios a que se rindiese culto a las imágenes, contra los *iconódulos*, que, apoyándose en el favor imperial, consiguieron dar al naciente Cristianismo su actual forma nicena, constantinopolitana e imperialista.

Por otra parte, semejantes supuestos Buddhas son negros, de crespo pelaje, narices chatas, cerrado ángulo facial y demás detalles, que aluden más bien, como dice la Maestra, a tiempos prehistóricos que a tiempos posteriores y genuinamente buddhistas, porque –digámoslo de una vez– hay dos Buddhas, como hay dos Cristos, es, a saber, los dos respectivos personajes históricos conocidos con tales nombres y el *Cristo en el hombre*, el *Cristo* o el *Buddha místicos* e *inefables*, de los que han hablado, por sentidos en su interior purificado los místicos de las dos religiones correspondientes. Por eso es infantil el achacar al Buddha histórico las imágenes aludidas, siendo, como son ellas, antiquísimas esculturas simbólicas análogas a tantas otras como se encuentran en la prehistoria de América, representativas todas de ese Mercurio-Buddha a quien la leyenda Purámica hace hijo de Soma o la Luna, es decir, prototipo de la misteriosa raza *jina*, razón por la cual los mismos partidarios de la vieja religión *jaína* –hoy tan envilecida como las demás– nos hablan nada menos que de treinta y cinco tirtankaras o *Buddhas jaínos,* según en otros lugares llevamos dicho. Soma, por otra parte, nos enseña Blavatsky que es (*La Doctrina Secreta,* II, pág. 41) el Regente o Espíritu que preside a la Luna física (o *Indu*, que es el nombre indú de esta última), como es fama enseñó a *Garga*, astrónomo el más antiguo de la India, la serpiente Shesha o Ananta, es decir, la cíclica doctrina de la Eternidad, en el esotericismo brahmánico. Ante la adulteración y envilecimiento de tamaños simbolismos augustos, bien debería la triste Humanidad de nuestros días cantar con nuestro poeta Campoamor:

¡Infeliz del que en la tierra
sus ilusiones perdió

y está además, como yo,
con sus recuerdos en guerra!

(45) La construcción del templo *jaíno* al que alude la Maestra tiene las características de las decantadas construcciones ciclópeas y demás primevales, a las que llamamos *micenianas* por denominadas de alguna manera, y que han hecho célebres las murallas de Tarragona y de algunos otros muchos puntos de nuestra Península. Como sobre ello pensamos hacer extenso estudio aparte relacionándolo con la historia de la Atlántida, nada más diremos hoy sobre ello aquí.

En cuanto a "la ciudad muerta", que el texto describe a maravilla, no nos queda sino repetir que "toda tierra de glorias es siempre un sepulcro" ... Nosotros, en efecto, querríamos tener dotes de poeta para cantar la epopeya entera de la Humanidad a lo largo de sus ciudades pasadas y futuras, ciudades venidas de lo astral y hacia lo astral retornadas, ciudades-símbolos a las que va unida siempre una página viva de la historia humana: la *Hastina pura* de Rama, la Jajmow de Krishna, la Nínive de Nino, la Babilonia de Semíramis, la Persépolis de los Magos, las mil otras *ciudades muertas* egipcias, las Damasco, Palmira, Baalbek, Tiro y demás que ya ni nombre tienen, en la Siria, como otras tampoco ya le tienen en los dos Turkestanes, ni en Kalkas, ni en el Penjab, ni el resto de Asia. Nuestras *Troyas* de Numancia, Tarragona, Gades, Méridas y Andújar, etc., etc., ciudades que un día estuvieron todas "en el mundo de la idea", es decir, en la mente de sus gloriosos fundadores; después bajaron al "mundo astral" de la pasión febril que las alzó a todas para perpetua memoria de ostentación, hijo y orgullo físico, y físicamente vivieron más o menos siglos sobre la tierra esperando siempre la tea del criminal, o la catapulta del conquistador, o el invisible ataque del microbio patógeno que las redujese a ruinas, ruinas físicas que son después astrales recuerdos de dolor y de elegía...:

Estos, Fabio, ¡oh, dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron un tiempo Itálica famosa...

y acaban por no ser ni recuerdos, ni dolores, ni casi polvo, viviendo sólo en la austera mente de algún sabio arqueólogo, o acaso no más en esos recuerdos akásicos de la *luz astral*, o *memoria de la Tierra*, en que se dicen estar fotografiados todos los sucesos grandes y pequeños desde que el mundo es mundo...

VI

HOSPITALIDAD BRAHMÁNICA

Al cabo de una hora larga echamos pie a tierra en la entrada de un gran *bugalow*, donde nos dió la bienvenida la rutilante fisonomía de nuestro bengalés, el de la desnuda cabeza. Una vez que, fuera de todo peligro, nos vimos reunidos en la terraza, nos dió cuenta de que había trazado aquel plan de su pretendida evasión, porque de antemano conocía nuestra "terquedad americana".

–Vamos, pues, a lavarnos las manos para cenar. ¿No deseaba usted –añadió dirigiéndose a mí –participar de una comida puramente hindú? Me aquí la ocasión, puesto que nuestro huésped es brahmán y son ustedes los primeros europeos que pisan en esta parte de su casa, donde mora su familia.

¿Cómo puede un europeo concebir un país en el que las acciones más nimias de la vida diaria estén sujetas todas a un rito religioso y que no puedan ellas ser ejecutadas sino al tenor de un minucioso y rutinario programa?

Pues tal país es la India. En ésta los momentos más solemnes de la vida, tales como el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, la paternidad, la vejez, la muerte, y además, los menesteres más corrientes de la vida, tales como las abluciones matinales, el vestirse, el comer y *lo que después sigue*, desde el primer vagido de la criatura hasta que ella lanza el último suspiro, tiene precisión de ser ejecutado con arreglo al más estricto ritual brahmánico, bajo pena de ser expulsado de la casa sacerdotal. Son los brahmanes a la manera de los músicos de una orquesta en la que cada instrumento representase a una de tantas sectas diferentes como hay en el país. Podrán tales instrumentos variar en timbre o en naturaleza, pero todos obedecen ciegamente a una sola batuta. Esta batuta es la Ley o *Código del Manú*, seguida por todos los brahmanes, cualquiera que sea el modo que tenga su secta respectiva de interpretar los libros sagrados, y por más hostiles que sean entre si al enaltecer sus particulares deidades.

Es, pues, dicho *Código* el punto central al que convergen tordos ellos, cual si tuviese una sola mente; ¡y desdichado de aquel que con la más pequeña nota discordante interrumpa el sinfónico acorde! porque los ancianos consejeros vitalicios de la casta y las subcastas, que existen en número indefinido, son unos gobernantes, más que severos, inexorables. Contra el fallo de éstos no hay apelación, y la expulsión de un individuo de la casta brahmánica es una verdadera calamidad de funestísimas consecuencias. Ante la estrecha solidaridad de la casta, el excomulgado es mirado peor que un leproso cuyo mero contacto es mortal. Tamaña solidaridad sólo puede compararse a la que media entre los discípulos de Loyola. Si los individuos de dos castas diferentes, por muy unidos que estén por respeto o amistad, ni pueden casarse entre sí, ni comer juntos, ni aceptar recíprocamente ni un vaso de agua u ofrecerse un *hukah,* ¿cuáles no serán las restricciones impuestas respecto a la persona excomulgada? El desgraciado debe morir para todo el mundo, incluso para los de su misma familia; y su padre, esposa o hijos están estrictamente obligados a volverle la espalda, so pena de ser excomulgados a su vez. Ni aun esperanza de casarse pueden tener sus hijos o hijas, por inocentes que se encuentren en el pecado de su padre.

El hindú debe desaparecer en absoluto desde el instante en que sobre él cae la excomunión. No puede beber en el pozo de la familia ni recibir alimento de su padre ni de su madre. Ninguno de la casta puede venderle alimentos ni condimentárselos, y ha de perecer de hambre o adquirirlos de las gentes proscriptas o de los europeos, aumentando así su nefasta contaminación. Cuando llegó a su apogeo el poder brahmánico hasta se alentaba contra el excomulgado a quien quisiera engañarle, robarle o matarle, como gentes fuera de la ley. Hoy día está el excomulgado garantido al menos contra este riesgo, pero todavía el cuerpo del que así muere impenitente no puede ser quemado en la pira, ni en sus funerales se pueden entonar los *mantrams* purificadores, y será simplemente echado al río o dejado podrir entre la maleza cual una bestia.

Semejante fuerza pasiva de la excomunión la hace aún más formidable, y ni la educación europea ni la influencia inglesa ha podido contrariarla. Sólo existe un remedio para el triste excomulgado, es a saber: el dar muestras de un sincero arrepentimiento y someterse a todo género de humillaciones, incluso a la pérdida total de sus bienes. Conozco a varios jóvenes brahmanes quienes, a raíz de haber terminado con toda brillantez sus estudios académicos en la metrópoli, al tornar entre los suyos les ha sido preciso el someterse a los más humillantes ritos de purificación, tal como el afeitarse medio bigote y una ceja; arrastrarse

por el polvo en torno de las pagodas y permanecer agarrado durante largas horas a la cola de una vaca sagrada, comiendo finalmente el excremento de dicha vaca, ceremonia denominada de la *Pancha-Gavya,* o sea la de la alimentación con los cinco productos del animal: leche, nata, manteca, orina y excremento. El hecho de cruzar las negras aguas del mar o *Kalapani* constituye uno de los más nefandos crímenes, y quien lo realiza queda manchado para siempre con sólo poner los pies a bordo del barco de los *bellatis* o extranjeros. Un amigo nuestro, doctorado en Derecho, por poco no pierde el juicio el sufrir tamañas *purificaciones*, y cuando nosotros tratamos de hacerle notar a él, materialista furibundo, la necedad de tales prácticas, nos respondió contristado:

–¡Qué he de hacer! Tengo una niña de seis y otra de cinco años, y si en todo el año que viene no encuentro marido para la mayor, quedará, por vieja, sin casarse, y si doy lugar a que se me excomulgue de mi casta, mis dos pobres hijas quedarán deshonradas y condenadas a la infelicidad por el resto de sus días. Además, ante tal infamia cayendo sobre mi, mi anciana madre moriría de dolor. (46)

–¿Por qué no rompe usted entonces todo lazo con el Brahmanismo? –continuamos diciendo al abogado–. ¿Por qué no se liga con la creciente masa de los culpables del mismo pecado, o marcha con su familia a fundar una colonia y entra a formar parte de la civilización europea?

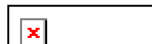
No era tan fácil, como parecía, el seguir estos consejos. Cierto mariscal de Napoleón, es fama que tuvo treinta y dos razones poderosas para no asaltar una fortaleza: la primera, el que carecía de pólvora y balas, siendo innecesario, por consiguiente, el pararse a enumerar las treinta y una razones restantes. A la manera del mariscal, la primera razón de todo hindú para no hacerse europeo, es la de que con ello *no mejoraría un punto su situación.* Aunque alcanzase a ser un nuevo Tyndall, o un político capaz de eclipsar a Disraeli o a Bismarck, se encontraría, por decirlo así, como el sepulcro de Mahoma. ¡Suspendido en el aire, entre el cielo y la tierra!

Desde luego, sería injusto culpar de tales obstáculos a la política inglesa, que hace siempre resistencia a dar fuerzas a gentes que ser pueden mañana sus enemigos. El Gobierno no es, pues, responsable, porque semejante estado de opinión es culpa del ambiente indostánico; cuanto al innato desprecio arraigado en el angloindo hacia las gentes del país, a quienes considera como a razas inferiores. No hay que añadir, en efecto, que estas falsas ideas de

superioridad o inferioridad de raza, que se manifiesta a la menor provocación, juega un papel más importante aún de lo que se cree en la propia Inglaterra, y los indígenas de la India, brahmanes inclusive, no merecen, no, semejante desprecio que abre un verdadero abismo entre gobernantes y gobernados, abismo que se agiganta más y más y que no podrá hacerse desaparecer en largos siglos.

Insisto sobre el particular para que el lector se forme clara idea del problema, y no *se* extrañe de que el infeliz hindú prefiera una humillación transitoria con los sufrimientos físicos y morales de la *purificación,* a las consecuencias fatales de un desprecio total y de por vida. De estos problemas discutimos con los brahmanes durante las dos horas que precedieron a la cena. (47)

Comer con extranjeros y gentes de otras castas, es cosa harto peligrosa, pues, y una grave falta, sin duda, contra los preceptos sagrados del Manú. En aquella ocasión estaba, sin embargo, disculpada, primero por. que el gigantesco Patel, nuestro anfitrión, era jefe de la tribu y nadie podría excomulgarle; segundo, porque antes habla tomado todas las precauciones prescriptas para que nuestra presencia no le contaminase. Librepensador, a su manera, y gran amigo de Gulab-Lal-Sing, aprovechaba además la ocasión para hacer patente a nuestros ojos, cuán hábiles supercherías y estrategias pueden permitir a un brahmán listo el eludir impunemente aquella rígida ley, sin apartarse por eso de su letra muerta. Por otro lado, nuestro huésped deseaba obtener un diploma de miembro de nuestra Sociedad, ya que el cuestor de su distrito estaba afiliado a ella. Al menos tales fueron las disculpas que nos explicó nuestro *babú,* cuando le hicimos presente nuestro asombro. Nos dispusimos, por tanto, a sacar el mayor partido posible de tamaña oportunidad, y dimos las gracias a la Providencia, que nos la deparaba.



Los hindúes sólo hacen dos comidas diarias: una a las diez de la mañana, y otra a las nueve de la noche. A deshora no se permite nunca el comer, ni aun a los niños, y sería grandísimo pecado el hacerlo sin los previos exorcismos prescriptos. Entre ambas comidas van acompañadas de los más complicados ritualismos, y aunque hace años que millares de

hindúes educados han cesado de creer en la eficacia de tan perniciosas costumbres, no por eso dejan a diario de practicarlas.

Nuestro anfitrión Sham-Rao-Bahunathji estaba orgullosísimo de pertenecer a la linajuda casta de Patarah Prabbus. Prabbu significa *señor*, y dicha casta desciende de los Kshatriyas, siendo su fundador, hacia el año 700 de nuestra Era, el gran Ashvapati, descendiente directo de Rama y de Prithu, regentes de la India, al decir de las genealogías locales, durante los dos yugos denominados el Treta yuga y el Dvapara yuga, de lo cual no hace pocos siglos que digamos. La casta de los Patarah Prabhus es la única de las brahmánicas que tiene que ejecutar ciertos ritos de puro origen védico, conocidos por "ritos Kshastriya", lo cual no impide que sean *Patanes* o *caídos*, en lugar de *Patares*, por culpa del rey Ashvapati, quien cierto día que estaba distribuyendo dones entre los anacoretas, se olvidó desgraciadamente de dar al gran Bhrigu su parte correspondiente. Ofendido el vidente profeta, le pronosticó que su posteridad perecería y su reino con ella. El rey se arrojó en tierra, implorando, desesperado, el perdón del profeta; pero ya era tarde, porque la maldición ya había surtido instantáneamente su efecto, y todo lo que pudo hacerse para remediar el daño fué la solemne promesa de que la descendencia del rey no desaparecería de la tierra. Pronto se vieron los *Patares* destronados y desposeídos de todo su esplendor, teniendo desde entonces que "vivir de su pluma", a la órdenes de los gobernantes que se han ido sucediendo, y que cambiar su nombre de *patares* por el de *patanes,* al par que llevan una vida más humilde que muchos de sus antiguos súbditos. Por fortuna, para nuestro amable huésped, algunos de sus antepasados se hicieron brahmanes, *pasando a través de la vaca de oro*.

Según luego supimos, aquella expresión de "vivir de la pluma" alude al hecho cierto de que los *patanes* desempeñan todos los empleos menudos del Gobierno en la Presidencia de Bombay, y constituyen unos peligrosos rivales de los *babúes* bengaleses, desde que se implantó la dominación inglesa. En Bombay, los *patanes* empleados llegan a la respetable cifra de cinco mil, y aunque de tez más obscura que la de los brahmanes del Konkan, son más hermosos y gallardos. (48)

Merece especial mención la costumbre aludida de "pasar por la vaca de oro", porque, merced a ella, no sólo los Kshatriyas, sino hasta los envilecidos shudras pueden convertirse en una especie de brahmanes de segunda clase. Es un derecho de los brahmanes auténticos el de poder conceder semejante merced a cambio de algunos centenares o millares de vacas.

Hecho el regalo, se construye una especie de vaca de oro puro, que es consagrada mediante ciertas ceremonias místicas. El candidato, con sólo pasar tres veces arrastrándose a través del hueco cuerpo de la vaca, queda *ipso-facto* transformado en un brahmán. Así adquirieron su investidura brahmánica el actual Mahârâja de Fravanka y hasta el gran rajá de Benarés, según la información que de esto y de la leyenda de los *Patares* nos hizo nuestro bondadoso huésped, quien desapareció luego con toda la gente de nuestra comitiva, diciéndonos que nos preparásemos para la cena. (49)

Quedamos, pues, solas Miss X... y yo, y nos pusimos a curiosear, la casa todo, acompañadas por el *babú*, que era todo un bengalés a la moderna en punto a los preparativos de la comida, explicándonos muchas cosas que de otro modo no habríamos comprendido.

Los hermanos Prabhu viven siempre bajo el mismo techo, pero tienen habitaciones separadas y servidores propios. Las de nuestro huésped eran muy espaciosas; otros *bungalows* menores estaban ocupados por sus hermanos y había, en fin, un edificio principal con los departamentos para los forasteros, el comedor, un salón, una capillita con diversos ídolos y varias otras estancias. El piso bajo tenía una terraza con arcos que conducían a una gran pieza con columnas de madera, adornadas por preciosas esculturas que habían pertenecido antaño a un palacio de la *Ciudad Muerta*. El detenido examen que de ellas hice me confirmó en semejante hipótesis, porque no mostraban la menor traza del gusto actual hindú: no representaban dioses, ni animales, ni monstruos fabulosos, sino. meros arabescos y gallardas hojas de flores y plantas que, hoy no son conocidas. Aunque las columnas estaban muy próximas entro sí, los relieves les impedían formar un muro continuo, por manera que. la ventilación era un tanto excesiva, así que durante el tiempo que allí duró la comida, por aquellos huecos penetraban pequeños sopletes, despertando nuestros viejos reumatismos y dolores de muelas, apaciblemente dormidos desde que llegáramos a la India. El frontis estaba cuajado de herraduras de caballo, a guisa de preservativos contra el mal de ojo y los malos espíritus, y al pie de la ancha escalera tropezamos con una especie de cunita pendiente de cadenas. A primera vista creí que allí yacía dormido un hindú, y me iba a retirar discretamente cuando en el durmiente reconocí a mi viejo amigo Hanumân, el dios-mono, y me atreví a examinarle. ¡El pobre ídolo sólo poseía cabeza y cuerpo, pues el resto no era sino un envoltorio de harapos! (50).

A la izquierda de la terraza había otras muchas habitaciones, cada una con su destino especial. La mayor era la denominada vatan, y estaba consagrada sólo al bello sexo. Aunque la mujer brahmánica no está perpetuamente sepultada bajo su velo como la musulmana, se mantiene casi siempre apartada de los hombres. Ellas cocinan, pero no comen con éstos. A las damas de más edad, se las tiene en la familia en gran respeto, y los maridos muestran a veces cierta tímida cortesía hacia sus esposas, pero la mujer no tiene derecho a hablar al marido delante de extraños, ni siquiera de próximos parientes, tales como sus hermanas o su madre.

La viuda hindú es realmente la criatura más desgraciada del mundo entero. Tan pronto como el marido fallece ha de rasurarse la cabeza y las cejas; ha de prescindir de todos sus adornos, tales como pendientes, zarcillos de nariz, anillos y pulseras de manos y pies, etc., pues ha de hacerse la cuenta de que ella ha muerto también. Ni el más abyecto proscrito se atrevería a casarse con ella, y por su más insignificante contacto el brahmán se considera impurificado. Se le asignan los trabajos más sucios de la casa y no deben comer con las mujeres casadas ni con los niños. Todo, en fin, está dicho de ellas con añadir que aunque el *Satî* o cremación de la viuda en la propia pira del marido muerto está ya abolida hace tiempo, casi todas las viudas preferirían el *Satî* a la vida de miserias a que les obligan sus hábiles tiranos los brahmanes. (51)

Después del examen de la capilla familiar, atestada de ídolos, flores, ricos pebeteros ardiendo, lámparas colgando del techo y hierbas aromáticas cubriendo el pavimento, nos decidimos a comer. No era bastante, por lo visto, con que nos hubiésemos lavado cuidadosamente, sino que se nos exigió que nos descalzásemos, sorpresa harto desagradable, aunque el participar de una cena brahmánica bien valiese la pena de hacerlo. Estábamos lejos, sin embargo, de sospechar que nos aguardaba otra extraña sorpresa.

Al penetrar en el comedor nos quedamos estupefactos: ¡Dos de nuestros acompañantes europeos aparecían vestidos, o por mejor decir, *desvestidos*, exactamente como si fuesen hindúes. Por decoro, tenían puesto una especie de coletillo, pero estaban descalzos, y en sus cinturas llevaban liados blanquísimos *dhutis* formando una especie de faldellín, representando una mezcla de tipos hindúes y mozos de las casas de baños de Constantinopla. Presentaban, pues, una tan cómica apariencia que, con gran turbación de los caballeros y escándalo de las damas, no pude contenerme y solté una sonora carcajada. Miss X... se puso muy colorada y acabó por acompañarme también en mi risa nerviosa.

Todo hindú, viejo o joven, tiene que ejecutar, un cuarto de hora antes de comer, su oración o *puja* ante los dioses, y aunque no cambia sus vestidos, como se acostumbra en Europa, se quita la escasa ropa que le cubre durante el día, toma un baño en el estanque familiar y se suelta el pelo, o si se trata de un mahratti o un natural del Dekan, le junta en un solo mechón pendiente de su afeitada cabeza. Gravísimo pecado sería el de cubrirse la cabeza o el cuerpo durante el banquete. En fin, tras envolverse cintura y piernas en el *dhuti* de blanca seda, torna a saludar a sus ídolos y se instala en el comedor. (52)

Tengo que hacer aquí una digresión. Un *mantram* del libro X, sloka 23, dice que la seda goza de la virtualidad de repeler a los malos espíritus que pululan en los flúidos magnéticos de la atmósfera, y no puedo menos de pensar si el tal versículo no entrañará otro significado más profundo. Nos es ciertamente difícil el prescindir de nuestra teoría favorita que considera a todas las costumbres y usos del viejo paganismo como otras tantas supersticiones despreciables, sin que ello obste para que muchas de ellas se hayan abierto paso entre los sabios, quienes han acabado por comprobar que ellas responden a los más admirables principios científicos. Aunque la idea, pues resulte hoy poco sostenible, ¿quién sabe si al prescribir los antiguos el uso de la seda se debe a que conocían la acción beneficiosa de la electricidad actuando sobre los órganos digestivos? Cuantos han estudiado la antigua filosofía de la India con el sano propósito de penetrar en el sentido oculto de sus aforismos, se han encontrado con la sorpresa de que la electricidad y sus efectos eran conocidos de algunos filósofos, como, por ejemplo, Patañjali. Aunque Hipócrates es considerado en Europa como el *padre de la Medicina,* Characa y Sushruta habían ya formulado mucho antes los principios fundamentales de aquella escuela. En cuanto a la fuerza expansiva del vapor de agua, el templo de Vishnú, en Bhadrinath, posee una piedra que acredita de un modo evidente que Surya-Sidhanta la conoció y calculó. Los antiguos hindúes fueron asimismo los primeros que midieron la velocidad de la luz y sus leyes de reflexión, etc. La llamada Tabla de Pitágoras y su célebre teorema respecto al cuadrado de la hipotenusa pueden aun verse, con cargo a época mucho más remota, en los antiguos libros de Iyotisha. Todo esto induce a pensar que los antiguos arios, al establecer el hábito de vestir de seda durante los banquetes, tenían sobre el particular una idea bastante más seria y científica que la de "ahuyentar a los malos espíritus". (53)

Al entrar en el comedor nos dimos cabal cuenta de las inauditas precauciones tomadas por los hindúes, para no ser contaminados por nuestra compañía en la mesa. El enlosado

pavimento se había dividido en dos mitades mediante una línea trazada con tiza, que llevaba no sé qué especie de signos cabalísticos en sus extremos. Quedaba así separada una zona para la familia y amigos del anfitrión pertenecientes a la misma casta, y la otra se reservaba para nosotros. Había, además, un tercer cuadrado en nuestra respectiva zona para los hindúes de casta distinta. El mobiliario y servicio de los dos espacios era enteramente igual, y junto a los dos lados estaban tendidas estrechas alfombras cubiertas por asientos bajos y almohadones. Delante de cada comensal aparecía otro rectángulo trazado congreda sobre el pavimento, dividido en pequeños cuadrados cual tablero de ajedrez para marcar los sitios de platos y fuentes. Consistían aquéllos en fuertes hojas de *butea frondosa* y éstas en varias hojas cosidas con espinas, y las salseras eran otras hojas rebordeadas. Todos los manjares aparecían servidos cada uno en su casillero correspondiente, y pudimos así contar has 48 platos, substancias en su mayoría desconocidas para nosotros, pero muy gratas al paladar algunas de ellas. Por supuesto, la comida era absolutamente vegetariana, sin asomo de carne, aves, pescado, ni huevos. Veíanse allí *chutneys,* especie de pepinillos conservados en vinagre y miel; *panchamrits,* mezcla de bayas de pampello, tamarindos, leche de coco, miel de caña y aceite, *kushmer,* hecho de harina, rábanos y miel; picantes pickles y otras muchas especies, todo ello coronando verdaderas pirámides de arroz, y otra montaña de *chapatis,* semejantes a doradas tortas. Estaba el servicio de cada comensal alineado en cuatro largas filas de a 12 platos por fila, y entre éstas lucían trozos de maderas aromáticas a modo de candelillas de iglesia. Nuestra sección estaba espléndidamente iluminada por velas encarnadas y verdes sobre candelabros de fantásticas formas a modo de tronco de árbol con una cobra de siete cabezas, o luces, enroscada en él. Como el viento se filtraba que era un gusto entre las columnas, según dijimos, las luces experimentaban una oscilación continua, produciendo macabras sombras, y nuestros dos amigos que, envueltos en sus ligeras muselinas, estornudaban con frecuencia, destacaban sus dos blancas formas oscilantes cual máscaras de carnaval, sobre la relativa obscuridad de la zona reservada a los comensales hindúes.

Unos tras otros fueron penetrando los parientes y amigos del anfitrión, desnudos todos de cintura arriba, descalzos, reatado en su cuerpo el triple cordón brahmánico, con los cabellos sueltos y envueltos en sus dhutis de seda blanca. Cada sahib iba seguido por su criado, llevando su copa, jarro de plata o de oro y una toalla. Saludaron al anfitrión y luego a nosotros, juntando las palmas de las manos y llevándolas sucesivamente a la frente, al

pecho y al suelo, al par que nos decían todos: *ram-ram, namaste* (yo te saludo). Después ocuparon silenciosamente sus puestos respectivos, y aquellos cumplimientos trajeron a mi mente el recuerdo de aquel saludo primitivo que consistía en pronunciar dos veces el nombre de alguno de sus antecesores.

Nos sentamos todos: los hindúes tranquila y solemnemente cual si se dispusiesen para una ceremonia mística, y nosotros extraordinariamente cohibidos ante el temor de incurrir en alguna falta grave. Media docena de *nautches* o bayaderas de la pagoda vecina entonaban un monótono himno celebrando la gloria de los dioses. Coreados por aquellos cánticos principiamos a satisfacer nuestro apetito, siguiendo las instrucciones del *babú* de que comiésemos sólo con la mano derecha, cosa algo difícil de practicar por nuestra prisa y nuestro apetito; pero absolutamente indispensable, porque si hubiéramos tocado no más al arroz con la mano izquierda, legiones enteras de râkshasas o demonios habrían venido *ipso-facto* a participar del banquete también, cosa que, además, habría hecho salir más que de prisa del comedor a todos los hindúes. Para no transgredir, pues, semejante precepto metí mi mano izquierda en el bolsillo, teniendo en ella mi pañuelo durante todo el tiempo que duró la comida, comida en la que es preciso consignar que no hubo ni rastro de cucharas, tenedores ni cuchillos. (54)

Al cántico, que sólo duró meros dos minutos, siguió un silencio de muerte. Como era lunes y día de ayuno, semejante silencio tenía que ser observado con más rigor que nunca, y todo aquel que se ve forzado a interrumpirle por cualquier accidente imprevisto se apresura a introducir en el agua el dedo medio de su mano izquierda, colocada hasta entonces tras la espalda, humedeciéndose en seguida los párpados. Un brahmán realmente piadoso no puede, sin embargo, conformarse con tan ligera fórmula purificadora, sino que, después que ha hablado, sale del comedor, se baña todo el cuerpo y luego se abstiene de comer durante el resto del día.

Aproveché el imponente silencio para mejor darme cuenta de la escena; pero siempre que mi mirada tropezaba con la del Coronel o la de Mr. Y... me era casi imposible conservar mi seriedad, pues me acometía una hilaridad loca al verlos tan tiesa y cómicamente sentados, manejándose con la mayor torpeza. La luenga barba del uno aparecía sembrada de granos de arroz, cual plateada escarcha, y azafrán molido las mejillas del otro. Ayudada por mi insana curiosidad, pude combatir mi risa, y seguí observando las extrañas maneras de comer que tenían los hindúes. Sentado cada cual sobre sus piernas cruzadas, tomaba el

jarrón de agua que el criado le servía, y después de llenar su vaso, se echaba una poca en la palma de la mano derecha. Después hacía una aspersión lenta y cuidadosa sobre un plato aparte que estaba destinado a los dioses, con toda clase de manjares. Al par recitaba un *mantram* védico. En seguida, llenando la diestra de arroz, pronunciaba otros cuantos *mantrams*, y después de haber depositado a la derecha de su plato cinco puñaditos de arroz, se volvía a lavar las manos para evitar el mal de ojo; al instante volvía a aspergiar, y derramando unas gotas en la palma de la mano, las sorbía lentamente. Comía al punto seis puñados de arroz, unos tras otros, siempre mascullando oraciones, y humedecía sus ojos con el dedo del medio de su izquierda, hecho lo cual tornaba a situar esta mano tras la espalda y principiaba a comer con la otra. En estas ceremonias apenas empleaban algunos minutos, no obstante realizarlo con toda solemnidad.

Comían nuestros hindúes con el tronco inclinado sobre el plato, lanzando el bocado en alto y atrapándole tan hábilmente con la boca que ni un solo grano de arroz se llegaba a perder ni se derramaba una simple gota de agua. El bueno del Coronel, deseoso de rendir homenaje al anfitrión, trató de imitarle en todas estas maniobras, pero fuéle, ¡ay!, imposible el mantener el tronco en tan inclinada postura; perdió el equilibrio; estuvo a punto de caer de bruces sobre la comida, y se le escaparon los lentes, yendo a sumergirse en un plato de leche agria y ajos. Semejante fracaso obligó al bizarro americano a ser más cauto en sus intentos de *hinduizarse* de allí en adelante.

Terminó la comida con arroz mezclado con azúcar; guisantes espolvoreados con pimienta; aceite, ajos y granos de granada, manjar este último que ha de comerse muy rápidamente, mirando cada cual con ansiedad a su vecino, temiendo atrozmente ser el último en concluir, porque supone ello pésimo presagio. Cada cual, en fin, toma un sorbo de agua, murmurando nuevos *mantrams* y cuidando de tragarla de golpe, y si alguno se atraganta, es prueba clara de que un *bhuta* o espíritu malo se ha posesionado de su garganta, y el paciente tiene que velar por su seguridad haciéndose purificar en la pagoda. (55)

Los desgraciados hindúes están atormentadísimos por esos *bhutas,* que no son sino las almas de quienes han muerto envueltos en el torbellino de deseos y de rastreras pasiones no satisfechos. Tales espíritus, al decir de unánimes asertos, pululan siempre en torno de los vivos valiéndose del cuerpo y órganos de éstos para satisfacer sus impuras ansias. Por eso son temidos y malditos en toda la India: no se escatima medio alguno para protegerse

contra ellos, cosa bien contraria a las conclusiones que acerca de los fenómenos mediumnímicos sostienen los espiritistas de Occidente.

> "Un espíritu bueno –dice el hindú– no siente atraída su alma hacia la tierra; se alegra de haber muerto, pues que así camina a unirse con Brahma, gozando la eterna felicidad del *svarga* o cielo, en compañía de los *gandharvas* o músicos celestes, cuyos cánticos le saturan de felicidad infinita y le purifican preparándole para una nueva encarnación en más perfecto cuerpo que el que antes tuviese".

El hindú sostiene que el Espíritu o *Âtmâ* es una mera chispa del Parabrahm o Gran Todo y jamás puede alcanzarle el castigo de culpas en las que El no participó. *Manas*, la inteligencia y *Jiva*, la vida animal, son entre ambas meras ilusiones materiales. Ellos son los que pecan y por eso sufren y trasmigran de uno en otro cuerpo hasta que se depuran. Por eso el Espíritu se limita a cobijar aquellas trasmigraciones terrestres y cuando el *Ego* ha alcanzado el estado definitivo de pureza, se torna uno con Âtmâ, sumergiéndose gradualmente en Parabrahm. Esto, por desgracia, no acontece con las almas perversas, y el alma que no logra emanciparse de sus deseos y atracciones terrestres antes de la muerte del cuerpo, es arrastrada por sus pecados, y en lugar de reencarnarse en nueva forma con arreglo a la ley de la metempsicosis, permanece sin cuerpo, errabunda por la tierra transformada en su *bhuta* y ocasionando indecibles sufrimientos a sus parientes. Por tal motivo nada teme más el hindú que caer en esa tristísima condición después de la muerte.

–¡Preferible es encarnar en el cuerpo de un tigre, perro, león y hasta en el de un halcón de patas amarillas, que convertirse en un *bhuta* –me dijo cierta vez un viejo hindú–, porque cada animal posee su cuerpo propio con derecho a usar de él con arreglo a las leyes del mismo mientras que el *bhuta* es un *dakoita,* ladrón y bandido en acecho siempre para disfrutar de lo que no le pertenece; estado de espantosa infelicidad que le hace vivir en verdadero infierno. ¿Cómo concebir que haya en el Occidente espiritistas que incautamente se dejen engañar por ellos? ¿Es posible tal locura en ingleses y americanos respetables?

El buen hombre no quería darnos crédito cuando le asegurábamos que había gentes entre los nuestros que gustaban de tratar con semejantes gentes y de atraerlos a sus hogares. (56)

Terminada la cena, los hombres volvieron al estanque familiar para purificarse y vestirse.

A estas horas de la noche vístense los hindúes una especie de camisa estrecha llamada *malmala,* turbante blanco y sandalias de madera con cuerdas metidas por entre los dedos de

los pies. Déjanse este calzado a la puerta al tornar a la sala y se reclinan sobre tapices y almohadones colocados en derredor, para masticar betel, fumar *hukahs* y *cheruts,* oír lecturas sagradas y disfrutar del espectáculo coreográfico de las nautches o danzarinas de las pagodas. Aquella noche, sin duda en honor nuestro, todos se vistieron suntuosamente, llevando algunos de ellos *darias* de riquísimo raso rayado; hermosos pendientes de oro; collares cuajados de diamantes y esmeraldas; relojes y cadenas de oro y transparentes bandas brahmánicas con bordados del mismo metal. Los gruesos dedos y la oreja derecha de nuestro anfitrión estaban rutilantes de diamantes.

Las mujeres que nos habían servido la comida desaparecieron, volviendo al largo rato lujosamente ataviadas y entonces fué cuando nos las presentaron solemnemente. Eran ellas cinco: la esposa del dueño de la casa, de veinticinco a veintiséis años; otras dos más jóvenes, una con niño de pecho y de la que, con gran extrañeza por nuestra parte, supimos que era la hija casada de aquél; luego la anciana madre y otra niña de siete años, cuñada suya. Por manera que la señora de la casa era ya abuela, y su cuñada que iría a casarse de allí a dos o tres años, podría llegar a ser madre antes de los doce.

Todas las señoras estaban descalzas, con sortijas en los dedos de manos y pies, y todas, salvo la anciana, lucían guirnaldas de flores en sus cuellos y en sus negros cabellos. Sus estrechos corpiños, llenos de bordados, eran tan cortos que entre ellos y el *sari* había una gran zona descotada. Las bronceadas cinturas de estas mujeres escultóricas quedaban así al descubierto, mientras que sus hermosos brazos y tobillos desaparecían ocultos por numerosos brazaletes, que con sus cascabeles producían un argentino tintineo. La infantil cuñada, verdadera muñeca automática, apenas si podía moverse bajo el peso de sus adornos y joyas, mientras que la joven abuela, señora de la casa, ostentaba un macizo anillo en su nariz izquierda que le llegaba hasta la barbilla, una bellísima nariz desfigurada bajo el peso de la alhaja, según pudimos observar cuando se le quitó para tomar más cómodamente el té.

Llegó, finalmente, la danza de las nautches. Dos de ellas eran lindísimas y su baile consistía en múltiples y expresivos movimientos de la cabeza, de los ojos y hasta de las orejas, en suma, de cintura para arriba. En cuanto a sus piernas, o es que no se movían nada o que lo hacían con tal ligereza que ellas se esfumaban cual si envueltas en niebla estuviesen.



Tras aquel tan accidentado día, dormí el sueño de los justos. Cuando se lleva, en efecto, durmiendo durante muchas noches bajo una tienda de campaña, es una verdadera delicia el poderlo hacer en una verdadera cama, aunque sea colgante. Tamaño placer se habría aumentado extraordinariamente, si hubiese sabido que dormía nada menos que en el lecho de un dios, mas esta última particularidad sólo me fué revelada al día siguiente, cuando, al bajar por la escalera, divisé al ilustre *general Hanumân*, el mono-dios que yacía acurrucado bajo la escalera y muy triste sin su cama colgante que... ¡había sido la mía la noche antes!

Decididamente los hindúes del siglo XIX son una raza degenerada, execrable e impía... Aquella cama-cuna de Hanumân, y un viejo y derrengado canapé eran, por lo visto, los únicos muebles de la casa que podían hacer las veces de lechos para los forasteros.

Inútil es añadir que ninguno de los dos caballeros pasaron bien la noche, que hubieron de dormir en un torreón vacío que antaño fuera altar de una derruida pagoda situada detrás del edificio principal, donde les había llevado el dueño de la casa con la buena intención de protegerles contra los chacales, que solían campar por sus respetos en toda la planta baja, penetrando por las arcadas sin puertas. Estos animales, sin embargo, no causaron gran molestia a nuestros dos compañeros, salvo el nocturno concierto que les dieron con sus aullidos; pero tanto Mr. Y... como el Coronel, tuvieron que habérselas toda la noche con un *vampiro*, especie de zorra voladora, de tamaño desusado, que, según supimos demasiado tarde por nuestro huésped, era también un espíritu. Revoloteando dentro de la torre durante toda la noche, sin hacer ruido, acababa posándose alternativamente sobre entrambos durmientes, haciéndoles estremecerse bajo el repugnante contacto de sus alas vizcosas y frías, con la sana intención de darse una buena panzada chupando sangre europea. Diez veces le despertó así, sin que pudieran expulsarle del recinto, y tan luego como tornaban a querer dormirse, volvía a posarse en sus piernas, hombros y cabeza, hasta que exasperado Mr. Y... le cogió y le retorció el pescuezo.

Y fué lo bueno del caso que bien ajenos entrambos de la gravedad del pecado que con ello habían cometido, a la mañana siguiente contaron a su huésped el trágico fin del *murciélago alevoso*, con lo cual atrajeron instantáneamente toda una tempestad sobre sus cabezas. El

patio se llenó de gente que, triste y cabizbaja, se agolpaba a la entrada del torreón. La anciana madre del amo se mesaba furiosamente los cabellos, lanzando agudas exclamaciones en todos los dialectos de la India. ¿Qué ocurría?–No acertábamos a explicárnoslo y cuando, al fin, averiguamos la causa de ello quedamos estupefactos.

Merced a ciertas extrañas y misteriosas señales, sólo conocidas por aquella brahmánica familia, se había venido, en consecuencia, que, al dejar su cuerpo, el alma del hermano mayor de nuestro huésped había conseguido encarnar en aquel murciélago vampiro, hecho que nos fué revelado como fuera de toda duda. Así, pues, desde hacía nueve años, el finado Patarah Prabhu continuaba viviendo bajo aquella nueva forma al tenor de la ley de la metempsicosis. Durante el día dormitaba colgado de una pata y cabeza abajo, en un añoso tronco frontero al torreón; pero durante la noche se dedicaba a dar fiera caza a cuantos insectos pululaban por aquel retirado rincón y en semejante estado, consagrado por igual a comer, dormir y redimirse de sus culpas, el buen murciélago iba purificándose de los pecados que bajo la forma de Patarah Prabhu había cometido. Ahora, ¡horror!, su abandonado cuerpo de quiróptero yacía inerte en el polvo, a la entrada misma de su torreón favorito y con la membrana de sus alas medio roída por las ratas, mientras que la pobre anciana de su madre enloquecía de pena, lanzando a través de sus lágrimas miradas acusadoras contra Mr. Y..., quien, en su nuevo aspecto de asesino sin entrañas, parecía mostrar en su actitud una tranquilidad repulsiva.

El asunto empezaba a ponerse serio. El lado cómico que pudiera mostrar la cosa en un principio desaparecía ante la sinceridad e intensidad de tamañas lamentaciones. Como descendientes y consanguíneos del dueño de la casa, le estaban a éste lo bastante subordinados para permitirse el pegar contra nosotros, pero sus semblantes nada tenían de tranquilizadores. El sacerdote astrólogo de la familia colocóse, *shastras* en mano, al lado de la anciana, dispuesto a practicar la ceremonia de la purificación, empezando por cubrir solemnemente el cadáver del bicho con blanco pañizuelo para ocultar los mortales despojos que se hallaban completamente cubiertos por las hormigas. Miss Y... hacía lo posible por permanecer indiferente ante todo aquello; pero la imprudente Miss X.... con su habitual falta de tino, la emprendió contra el astrólogo, anatematizando en voz alta la indignación que aquellas supersticiones propias de una raza inferior le producían. Pudo tener en cuenta, al menos, que nuestro huésped conocía el inglés perfectamente y no la escuchaba que

digamos con grandes muestras de simpatía. Sonrió desdeñosamente, sin dignarse contestarla, y saludando respetuosamente al Coronel, le invitó a que le siguiese.

–¡Va a echarnos en el acto de la casa! –pensé.

Mis temores no se confirmaron, por fortuna. En aquella época de mi recorrido por la India distaba aún mucho de alcanzar a penetrar en los más íntimos pliegues metafísicos de un corazón hindú.

Comenzó Sham Rao por endilgarnos un elocuentísimo prólogo, haciéndonos presente que él era un hombre culto que gozaba de cuantas ventajas proporciona la educación europea, y que, debido a ello, distaba mucho de estar convencido de que su difunto hermano morase efectivamente en el cuerpo de aquel quiróptero. A juicio suyo, Darwin y otros grandes naturalistas occidentales, a lo que él colegía, parecían creer en la transmigración de las almas en sentido inverso de los hindúes, es a saber: que si su madre hubiera concebido un niño hacia el momento de la muerte del vampiro, semejante niño habría podido sacar un parecido indudable con semejante animal, por hallarse tan cerca aquélla de los elementos vitales de éste en vías de disgregación...

–¿Acaso no es ésta la interpretación más fidedigna de la escuela darwinista? –acabó Sham Rao preguntando.

Respondímosle con toda modestia que, como habíamos viajado incesantemente durante el año anterior, nos sentíamos algo remontados, por no haber tornado nota de las más recientes conclusiones de la ciencia moderna.

–¡Pero yo las he seguido al día! –replicó Sham Rao con cierto énfasis–. Espero, por tanto, que se me permita agregar que he penetrado debidamente en el desenvolvimiento operado por los estudios más recientes. Acabo de estudiar, por cierto, la magnífica *Antropogénesis,* de Hæckel, y he meditado hondamente acerca de todas sus científicas y lógicas explicaciones, acerca de cómo el hombre desciende de formas animales mediante dicha transmigración... ¿Y qué es, en suma, la serie evolutiva darwiniana sino la humana transmigración de los hindúes antiguos y modernos, o bien la metempsicosis de los griegos?

Nos era imposible el objetar nada a semejantes razonamientos, y hasta nos aventuramos a observar que la teoría de Hæckel y la de nuestro huésped se parecían de una manera sorprendente.

–¡Exacto! –exclamó Sham Rao, con aire de triunfo–, y ello demuestra que nuestras ideas no son tan ignorantes y supersticiosas como suponen los enemigos de la Ley del Manú. Nuestro Manú se anticipó así muchos siglos a Darwin y a Hæckel. ¡Vedlo! Hæckel nos describe todo el proceso evolutivo del ser humano a través de una serie de plasmas cada vez más complicados, desde la mónera gelatinosa que pasa a ser amibo, ascidia, amphioxus, sin cerebro ni corazón todavía, y que transmigrando luego en lamprea, se transforma, por fin, en un amniótico vertebrado, un marsupial, un pre–mamífero... Vosotros, en vuestra cultura, no ignoráis que el vampiro pertenece a los vertebrados, y, por tanto, no podéis contradecir tal aserto.

Imposibilitados estábamos, en efecto, de contradecirle.

–Esto sentado, dignaos seguirme en mi argumentación.

Seguímosle, pues, atentos, aunque sin columbrar dónde iba a parar aquel inteligentísimo brahmán.

–*El Origen de las Especies,* de Darwin –continuó Sham Rao–, restablece palabra tras palabra las enseñanzas palingenésicas de nuestro Manú. Puedo demostrároslo, texto en mano. Nuestro divino legislador, en efecto, enseña que "El Gran Parabrahm hizo aparecer al hombre en el Universo después de evolucionar a lo largo de la serie animal y surgió, pues, del lodo o *ilus* de la mar profunda. Convirtióse así el gusano en serpiente; la serpiente, en pez; el pez, en mamífero, etcétera". ¿No es ésta, acaso, la idea matriz de la teoría darwinista, al sostener que el informe protoplasma de los mares laurentino y siluriano– el "lodo marítimo" del Manú, me atrevo a decir– se transformó gradualmente en el mono antropoide, y, por fin, en el ser humano?

No pudimos menos de asentir a tales palabras.

–Sin embargo de todo mi respeto por Darwin y Hæckel, su gran continuador, no puedo aceptar sus conclusiones definitivas, en especial las del último –continuó Sham Rao–. Este irritable y bilioso alemán coincide en su embriología con la doctrina de nuestro Manú y demás antecesores, pero olvida por completo la evolución respectiva del alma humana, la cual, según nuestras creencias tradicionales está concordada con la evolución de la materia. El hijo de Svayambhuva, el Nacido por Sí Mismo, nos enseña "que todo lo creado en un nuevo ciclo evolutivo, adquiere cada vez cualidades nuevas que se agregan a las ya adquiridas en las precedentes metempsicosis; y la Chispa Divina que a todo ser informa se

hace más y más brillante a medida que se aproxima a la humana categoría y después entra en un cielo de transmigraciones conscientes una vez que se ha convertido en un Brama. ¿Alcanzáis, por ventura, a comprender todo lo que esto significa? Pues significa que desde semejante momento sus palingénesis evolutivas ya no dependen de las ciegas leyes generales, sino que hasta la menor de sus acciones lleva aparejada su premio o su castigo. De aquí que ya entonces comience a depender de la libérrima voluntad del hombre el seguir consciente a lo largo del Sendero que conduce hasta la eterna dicha o el Moksha, ascendiendo de uno en otro loka hasta llegar al Brahmaloka, o bien retroceder en el Sendero a causa de sus pecados, y no ignoráis tampoco que el alma humana de tipo medio, tiene que ascender de uno en otro loka, sin cambiar de forma humana, aunque creciendo por grados y perfeccionándose. Determinadas sectas nuestras entienden que cada uno de estos lokas son otros tantos astros. Los espíritus que ya se han libertado de los terrestres vínculos son los Devas o Pitris a los que rendimos culto. ¿Acaso vuestros cabalistas medioevales no denominaban *Espiritus Planetarios* a dichos Pitris? En cambio, en el triste caso de un gran pecador, tendrá necesidad de tornar su ascensión a lo largo de aquellas formas animales por las que antes había pasado inconscientemente. Darwin y Hæcke], pues, olvidaron o ignoraron esta segunda parte de su teoría, lo cual no significa que quepa argumento científico alguno contra semejante doctrina de nuestros antepasados.

– Ciertamente que ellos no han penetrado en tales profundidades.

–Entonces – exclamó Sham Rao, cambiando su sereno tono anterior por otro de terrible reconvención–, ¿por qué, conociendo yo, como acabáis de ver, las ideas más modernas de vuestra ciencia de Occidente, y creyendo como veis en lo que enseñan sus más autorizados paladines, por qué, repito, os habéis de figurar, como Miss X.... que pertenezco a una tribu de gentes ignorantes y supersticiosas? ¿Ni qué justicia es esa vuestra de calificar de supersticiones teorías nuestras que son perfectamente científicas y en tratarnos de raza inferior degenerada?

Al pronunciar estas últimas palabras las lágrimas pugnaban por brotar de sus brillantes ojos. Confundidos por sus aplastantes argumentos, no sabíamos ya qué responderle.

–Yo no afirmo tampoco que nuestras creencias populares sean dogmas infalibles, sino meras teorías, y trabajo cuanto me es dable para conciliar entre sí las dos ciencias antigua y moderna. En uso de un perfecto derecho formulo una hipótesis y nada más, cual lo hacen

Darwin y Hæckel. Además, si no he sospechado mal, Miss X... es espiritista, y creerá, por tanto, en los *bhutas*. Si, pues, admite que un *bhuta* puede posesionarse del cuerpo de un médium, ¿por qué se atreve a negar que un *bhuta*, y mejor aún, un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago vampiro?

Tamaños razonamientos eran irrebatibles, abrumadores, y para eludir semejante delicadísima cuestión metafísica, tratamos de disculpar del mejor modo posible la inconveniencia de Miss X...

–La intención de Miss X... nunca fué la de ofenderos lo más mínimo, querido señor –dijimos a nuestro huésped–, pues no hizo sino repetir una calumnia que es muy corriente entre los occidentales, y no se habría permitido semejante ligereza si hubiera meditado un punto en tamaño problema.

Fuése así tranquilizando poco a poco Sham Rao, y tornó a su proverbial jovialidad, pero no pudo menos de añadir nuevos asertos a su larga prédica, y comenzaba ya a revelar ciertos rasgos de carácter de su hermano el muerto, que se mostraban atávicamente en los hábitos del vampiro, cuando Mr. Y... lo echó todo a rodar gritando a voz en cuello.

–¡Se ha vuelto loca la pobre vieja! No sólo continúa lanzándonos todo género de maldiciones, sino que añade que el asesinato del asqueroso bicho no es sino el primer contratiempo de una serie de desgracias que vos, Sham Rao, habéis acarreado sobre vuestra familia por haber profanado vuestra santidad brahmánica dándonos albergue en vuestro hogar. ¡Enviad, pues, Coronel, por nuestros elefantes, antes que esta multitud irritada caiga como fieras sobre nosotros!

–¡Por favor, señores! –exclamó en tono suplicante nuestro huésped–. ¡Sed un poco más considerados, porque aunque se trata de una anciana supersticiosa, esta anciana es mi madre! Aconsejadme, por tanto, ya que sois personas educadas e inteligentes, qué es lo que haríais en mi lugar.

–¿Que qué haría? –alegó con pésimo acuerdo Mr. Y... exasperado por lo violento de nuestra situación–. Pues cogería mi pistola y acabaría a tiros con cuantos murciélagos pululan por estos alrededores, aunque no fuera sino por libertar a vuestros difuntos de los asquerosos cuerpos de semejantes bichos, y después rompería la cabeza al farsante brahmán inventor de esta broma estúpida. ¡Eso es todo lo que yo haría, señor mío!...

No hay que añadir que el desgraciado descendiente de Rama, puesto en tamaño aprieto no tuvo a bien el seguir el consejo y permaneció indeciso acerca de la resolución que debía tomar: ora la de arrojarnos violando las sagradas leyes de la hospitalidad, ora la de seguir faltando, ya abiertamente, a los preceptos brahmánicos, manteniéndonos bajo su techo. Entonces el ingenioso *babú* vino en nuestro auxilio. Noticioso de que nuestra excitación frente al tumulto iba creciendo por momentos y que nos preparábamos a dejar inmediatamente la casa de Sham Rao, nos persuadió de que debíamos quedarnos aunque no fuese más que una hora, porque otra cosa sería un gravísimo ultraje para éste, que estaba inocente de lo acaecido, mientras que él se encargaba de tranquilizar a la vieja majadera mediante un notable plan que había urdido.

–Id entretanto –nos dijo –a visitar las ruinas de aquel antiguo castillo que se alzó antaño no lejos de aquí.

Obedecimos de pésima gana, picada nuestra curiosidad por conocer cuál sería la traza ideada por el *babú*. Nuestro negro humor nos hacía caminar muy lentamente. El flemático Narayan, siempre bondadoso, trataba de distraernos dando inocentes bromas a Miss X... acerca de sus queridos espíritus. Al mirar una vez hacia atrás, vimos que el *babú* se había unido al sacerdote de la tribu aquella, y que, a juzgar por sus ademanes, ambos discutían acaloradamente. La rapada cabeza del brahmán se movía de un lado a otro; su amarillo manto flotaba con rápidos movimientos y sus brazos se alzaban hacia el cielo, cual si pusiese a los propios dioses por testigos de la sinceridad de sus palabras.

– ¡Mil dólares apuesto a que todos los buenos planes del *babú* se estrellarán ante la terquedad de semejante fanático!–dijo con firmeza el Coronel, mientras encendía su pipa.

No habíamos andado, sin embargo, cien pasos, cuando vimos que el *babú* corría hacia nosotros haciéndonos señas para que nos detuviésemos.

–¡Todo ha quedado arreglado del modo mejor del mundo! –gritó así que estuvo algo cerca–. Es más, hasta os debe estar agradecidísima toda esta familia, porque vosotros, al matar al murciélago no habéis hecho otra cosa que proteger y salvar al *bhuta* del difunto...

Mientras así decía el buen *babú,* se echaba al suelo sin poder contener la risa que le dominaba, y que bien pronto se hizo contagiosa para todos, aun antes de averiguar qué era lo que había ocurrido.

–¿Qué os parece, amigos míos? –decía el *babú* sin poder contenerse en su hilaridad–. ¡Y todo por míseras diez rupias!... ¡Ja, ja, ja! Yo empecé ofreciéndole tan sólo cinco, pero no quería... ¡Se trataba de un gravísimo asunto sagrado!.. –decía el muy pícaro–. ¡Pero ante la perspectiva de atrapar las diez rupias ya no pudo resistirse!

El *babú* acabó de referirnos la historieta. Toda la metempsicosis de aquella buena gente no depende sino de la imaginación e inventiva de los *Gurus* o directores espirituales de la familia, quienes por sus buenos oficios suelen cobrarles de ciento a ciento cincuenta rupias anuales. Cada nuevo rito no es sino un nuevo ingreso en el bolsón sin fondo de la familia sacerdotal brahmánica, que es insaciable en sus codicias, pero los acontecimientos felices se pagan más que los desgraciados, y no ignorando esto el pícaro *babú* pidió al brahmán sin más rodeos que practicase un falso *samâdhi,* esto es, que fingiese haber tenido una inspiración celeste, y anunciase a la desolada madre, que la terminante voluntad de su hijo era la única causante de todo lo acaecido, siendo él y no nadie quien había precipitado así el fin de su vida en el cuerpo del vampiro por estar ya cansado de aquella etapa palingenésica y desear la muerte como medio de ascender en la escala animal; que era por tanto mucho más feliz, y que estaba profundamente agradecido al sahib que, al retorcerle el pescuezo, le había libertado de aquel abyecto cuerpo.

Conviene añadir que al ojo siempre avizor de nuestro *babú,* no había pasado inadvertido el detalle de cierta vaca del *Gurú* estaba para dar a luz un ternerillo que poder vender luego a Sham Rao, y semejante circunstancia era un triunfo de baraja más en manos del *babú* por cuanto exigió también del *Gurú* que anunciase además, al tenor del supuesto samâdhi, que el espíritu aquel, así libertado, proyectaba habitar en el futuro cuerpo de la cría que en breve iba a dar a luz la vaca aquella, con lo que no hay por qué añadir que la pobre vieja se apresuraría a comprar al Gurú el terneril cuerpo de aquella nueva encarnación de su amado primogénito, y que el fausto suceso se celebraría con nuevas fiestas y ritos, que traerían, como es natural, nuevas rupias a aquel director espiritual de la familia.

El pícaro *Gurú* no daba su brazo a torcer; antes bien juraba por lo más sagrado que el cuerpo del murciélago estaba realmente habitado por el hermano de Sham Rao. El *babú* que sabía bien dónde le apretaba el zapato, dió a entender claramente al *Gurú* que él no ignoraba que los *shastras* excluían la posibilidad de semejantes transmigraciones y éste, alarmado entonces, empezó a batirse en retirada hasta que, bajo secreto absoluto, aceptó las diez rupias.

Sham Rao salió a nuestro encuentro radiante de alegría, pero sea porque temiese que nos riésemos de él, bien porque acertase a explicarse tamaña nueva metamorfosis por medio de las ciencias positivas y en particular por Hæckel, es lo cierto que no intentó averiguar la causa de aquel cambio tan repentino. Sólo nos notició, con cierto embarazo, que su madre, debido a ciertas misteriosas conjeturas suyas, había desechado sus escrúpulos acerca del destino de su primogénito y cambió de conversación al punto. (57)



Para disipar hasta la última nubecilla de la tormenta pasada, nos invitó Sham Rao a sentarnos un rato en la terraza frente a la espaciosa entrada de la capilla de sus ídolos, mientras se celebraba la oración familiar. Eran las nueve de la mañana, hora precisa de la oración matinal. Sham Rao se fué hacia el estanque para prepararse y *vestirse*, o sea desnudarse más bien, pues de allí a un poco tornó llevando por toda vestidura un dhuti idéntico al que vistiese durante la cena. Con la cabeza descubierta se encaminó en derechura a la capilla y en aquel momento empezó a repicar ruidosamente la campana que pendía del techo y que no cesó mientras duraron los rezos. El *babú* nos explicó que un chicuelo la tocaba desde arriba.

Penetró Sham Rao en la capilla adelantando el pie derecho muy solemnemente; luego se acercó al altar y se sentó en un pequeño taburete cruzando las piernas. En el testero central, sobre el altarcito de terciopelo rojo, que parecía un tocador de señora, veíanse multitud de ídolos, de oro, plata, bronce y mármol, según sus respectivos méritos o jerarquía: así, Shiva o Mahadeva era de oro; Ganesha o Gunpati, de plata; Vishnú de un negro canto rodado de las riberas del río Gandaki que corre por el Nepal. En esta apariencia Vishnú recibe el nombre andrógino de *Narayán-Lakshmî*. Otros muchos dioses, para nosotros desconocidos, llamados *Chakras* eran otras tantas conchas marinas talladas de una u otra forma, tales como *Sûrya* el dios-sol; los *Kuladevas* y *otros* dioses domésticos, colocados en segunda línea. Una cúpula de madera de sándalo esculpida cobijaba al altar y a sus ídolos, y durante la noche los dioses y sus ofrendas quedaban cubiertos por un enorme fanal. Diversas pinturas sagradas, representando los episodios más salientes de la vida de los dioses mayores adornaban las paredes.

Murmurando continuos rezos, Sham Rao llenó de ceniza su mano izquierda; cubrióla un momento con la derecha; luego agregó no sé qué a la ceniza estregándose las manos, y con el pulgar de su diestra trazó en su cara con la mezcla aquella, primero una línea de la nariz para arriba, y luego otras dos horizontales desde la frente a las sienes izquierda y derecha. Después de pintarrajeada así su faz, embadurnó con la mezcla su garganta, hombros, brazos, espalda, cabeza y orejas. Dirigióse en seguida hacia un rincón donde había una enorme fuente de bronce con agua y allí se sumergió tres veces seguidas de pies a cabeza con su dhuti, con lo que surgió de la pila chorreando agua cual un delfín, y con ello y con retorcer su única trenza de pelo y recogerla sobre su afeitada coronilla terminó felizmente la primera parte de su complicadísima tarea.

Comenzó la segunda parte con *mantrams* y meditaciones religiosas, los cuales deben ser repetidos tres veces al día por la gente realmente piadosa: al salir el sol, al mediodía y a la puesta del sol. Sham Rao pronunció en alta voz los nombres de los veinticuatro dioses, siendo acompañado cada nombre de una sonora campanada. Seguidamente cerró sus ojos; se ataponó los oídos con algodón; comprimió con dos dedos de su izquierda la ventana de la nariz del mismo lado, al par que inyectaba aire en sus pulmones por la ventana derecha, que a su vez comprimió también. Después pegó los labios paralizando por completo la respiración, posición en la cual todo piadoso hindú debe repetir cierto versículo denominado Gayati, cuyas sagradas palabras hindú alguno osaría pronunciar en alta voz, pues hasta cuando las recita mentalmente cuida por todos los medios el no inhalar aire impuro en sus pulmones. No me es dable revelar este *mantram* por habérseme dado bajo palabra de reserva absoluta, pero sí me es permitido citar de él algunas frases sueltas, como aquellas que dicen:

> "¡Om... ! Tierra..., Cielo... Que la divina Luz de... (aquí un inefable nombre que jamás deberá ser pronunciado) me cobije y ampare. Que tú, ¡oh Sol!; tú, ¡Uno-Único!, me proteja, aunque indigno... Por eso yo cierro mis ojos, oídos y demás sentidos y dejo de respirar para verte, oírte y respirarte a ti solo. Arroja, pues, luz sobre nuestras mentes, ¡oh tú ... !" (Aquí otra vez el impronunciable Nombre).

Semejante oración brahmánica coincide de un modo harto extraño con la célebre oración que Descartes inserta en la Meditación tercera de su libro acerca de *L´existence de Dieu,* donde, si mi recuerdo no es infiel, se consignan frases como estas:

> "Ahora que, cerrados mis ojos, tapados mis oídos y paralizados todos mis demás sentidos, no me atrae nada externo, moraré tan sólo en el pensamiento de Dios; meditaré en Su Cualidad y me extasiaré y me abismaré en el seno de esta su maravillosa Radiación".

Tras este mantram, Sham Rao recitó otros muchos, teniendo siempre cogido con dos dedos su sagrado cíngulo brahmánico.

Al cabo de un buen rato dió comienzo nuestro amigo a la larga ceremonia de "lavar a los dioses". En efecto, tornándolos del altar sucesivamente al tenor de sus categorías respectivas, los introdujo primero en la gran pila donde él se acababa de bañar y luego en otra pilita de bronce que estaba en el altar, y que contenía una mixtura formada por leche, cuajo, manteca, azúcar y miel, baño que, como se ve, no parecía de verdadera limpieza. Pero pronto tuvimos el consuelo de advertir que eran sometidos los dioses a un tercer baño en la primera pila y secados al fin con un paño limpio.

Colocados, pues, los dioses en sus puestos respectivos, trazó el hindú sobre ellos los signos de su secta con una sortija de su mano izquierda, utilizando para ello pintura blanca de sándalo para el lingham, y roja para Gumpati y Sûrya. Rociólos luego con aceites aromáticos y los cubrió con flores frescas, concluyendo la ceremonia con la acción de "despertar a los dioses", práctica consistente en ir tocando repetidamente una campanilla bajo las narices mismas de los ídolos, quienes acaso suponía el brahmán que se habían quedado dormidos durante la enojosa ceremonia aquella.

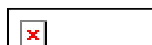
Observando entonces, o figurándoselo, que a veces es lo mismo, que ya los dioses estaban bien despiertos, comenzó a ofrecerles sus cotidianas oblaciones, encendiendo el incienso de los pebeteros y restallando de tiempo en tiempo los dedos, con gran admiración nuestra, como para que "mirasen" los ídolos. Llena ya la cámara por las nubes de incienso y los vapores del alcanfor ardiendo, esparció más flores sobre el altar y se sentó un rato en su taburete mascullando sus postreras oraciones, acabando por colocar las manos sobre la llama de los cirios y restregarse el rostro con ellas: dió tres vueltas en torno del altar y arrodillándose otras tantas retiróse de espaldas hacia la puerta.

Momentos antes de que Sham Rao terminara sus prácticas matinales entraron en la capilla todas las señoras de la casa, cada una con su sillón de mano, sobre los que se sentaron en línea, rezando con sus rosarios.

Importantísimo es el papel que desempeñan los rosarios, no sólo en la India, sino en todos los países buddhistas; y cada dios así como tiene su flor favorita, tiene su materia predilecta para construir sus respectivo rosarios. Por eso los faquires aparecen literalmente cubiertos de ellos. Al rosario se le denomina *mala* y consta de 108 cuentas, y los hindúes

verdaderamente piadosos no se limitan a ir pasando sus cuentas una a una durante su oración, sino que tienen ocultas sus manos en un saquito llamado *go-muhta*, que significa literalmente "la boca de la sagrada vaca".

Dejando que las mujeres terminasen sus oraciones seguimos a Sham Rao al establo donde tenía su vaca. La vaca es adorada por todo hindú por simbolizar a la Madre-Tierra, o sea la Naturaleza. Sentóse, pues, nuestro amigo al lado de la vaca y, ordeñándola, lavóla las patas, primero con la leche de ella y después con agua. Dió seguidamente al sagrado animal arroz y azúcar; la espolvoreó el testuz con polvos de sándalo; ciñó a su cuerpo y patas delanteras guirnaldas de flores; quemó incienso bajo su mismo hocico y agitó ante ella un perfumador incensario. Dió en seguida tres vueltas en torno de la vaca y se sentó un momento. Hay hindúes piadosos que dan hasta 108 vueltas alrededor de la vaca, rosario en mano y pasando una cuerda a cada vuelta; pero nuestro amigo tenía, como ya hemos visto, cierta tendencia a librepensador y era además demasiado admirador de Haeckel. Así que hubo descansado, llenó de agua una copa, puso dentro de ella el extremo de la cola de la vaca, y se la bebió. Finalmente, practicó su adoración al Sol y a la sagrada hierba *tulsi*, y no pudiendo atraer al propio dios Surya haciéndole descender de su celeste trono, contentóse con tomar un buche de agua, mientras se sostenía sobre una sola pierna, y le arrojó luego hacia el luminar del día. No hay para qué añadir que el buche de agua no alcanzó al astro, pero, en cambio, nos roció a los circunstantes inadvertidamente.



Ignoramos el por qué el *Basilicum regium* o hierba tulsi es así adorada por los brahmanes; pero es lo cierto que hacia fines de Septiembre presenciamos una vez el extraño rito de los desposorios de esta planta nada menos que con el dios Vishnú, no obstante estar considerada aquélla como la prometida de Krishna en su calidad acaso de ser. una de las últimas encarnaciones de este dios. Para semejantes desposorios se traza un círculo mágico en el jardín, colocando la planta en medio, mientras que un brahmán trae de la pagoda vecina un ídolo del dios. Comienza la ceremonia sosteniendo un matrimonio un rico chal entre la planta y el dios, cual si tendiese un pudoroso velo entre uno y otra. El brahmán recita sus oraciones, mientras que pandillas de jóvenes solteras, adoradoras las más

fervientes de la planta tulsi, esparcen arroz y azafrán sobre ella y el ídolo, Terminada la ceremonia regálase el chal al brahmán, el ídolo es colocado a la sombra de su novia, al par que palmotea enloquecida la multitud, gritando y saltando al son de los *tamtames*, disparando cohetes y otros fuegos de artificio y ofreciéndose mutuamente trozos de caña de azúcar, en medio de una estruendosa fiesta que dura hasta el amanecer del otro día. (58)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO VI

(46) Varias veces hemos notado las grandes analogías que entre la India y España existen, pero acaso ningún pasaje de la obra que comentamos lo acredita más que el de referencia. Cuando efectivamente uno lee en él, que en la India las acciones más nimias de la vida diaria están sujetas a una oración previa o a un rito; que la excomunión brahmánica es la peor de las muertes civiles y coloca al desdichado fuera de toda ley; que quien en ella incurre "por tratar con extranjeros" ha de someterse a las mayores humillaciones expiatorias, etc., etc., no parece sino que está viendo a la Roma medioeval, la sede del terrible y Sacro Romano Imperio de los Gregorios VII; los Borgias, o del moderno e iracundo Pío IX, el infalible, y no puede menos de admirar la ley natural que, a través de los tiempos más distantes, produce con iguales causas, idénticos efectos. Repárese sino la Historia de España contemporánea, a partir de instaurarse en nuestro país la Inquisición por los Reyes Católicos; de declararse por Felipe II leyes del reino los decretos del Concilio de Trento, y de arraigar, en fin, en ellos, la *Mínima Compañía de Jesús*, y dicha Historia nos ofrecerá a montones los casos más horribles de excomunión integral, peor aun que la brahmánica, con pérdida hasta de la vida misma del excomulgado, después de sufrir los mayores tormentos morales y físicos, no sólo él sino toda su infeliz familia.

Aun hoy mismo en que una constitución la menos liberal casi del mundo, garantiza una como hipócrita sombra de tolerancia religiosa, los fenómenos de sorda excomunión se repiten, haciendo a la víctima la conspiración del silencio; llamándola loca; impidiéndola astutamente el acceso a todo cargo público con intrigas de camarillas como aquellas que hicieron célebres los últimos días de Isabel II, la de los tristes destinos, y, en una palabra, *quemándole el alma*, ya que no la puedan como antaño quemar el cuerpo...

Como de estas miserias, que mantienen a nuestra patria en condiciones de manifiesta inferioridad respecto de las demás naciones, no vamos a hacer aquí capítulo, pondremos punto y aparte en ellas, remitiendo al lector para mayor ilustración, no sólo a la abundantísima bibliografía de los verdaderos liberales españoles –que siempre los ha habido– sino a obras como la del Padre Miguel Mir, que, por ser *hijo de Loyola* y cristiano reconocido, tiene a nuestros ojos un preferente valor, contra lo que los mismos liberales piensan, ya que no han hecho traducir semejante obra a las principales lenguas.

No desperdiciaremos tampoco la ocasión que aquí se nos presenta de dar la voz de alarma acerca de la maquiavélica tendencia del *boxerismo*, que en España, lo mismo que en Francia antes de la guerra, y que en el Japón, en China y en otros países, no es sino la máscara artera de la Magia Negra, aquella Magia que, en la misma Atlántida, según la Maestra expresa en diferentes pasajes, formuló la sentencia de "Dividamos para vencer"[lxiii]; porque, en efecto, interesadas siempre las teocracias en dominar como soberanas y únicas sobre todos los poderes de la Tierra, fomentan siempre con especial esmero todo cuanto pueda dividir y nacer esclavos a los hombres, reduciendo si fuere posible hasta la aniquilación todas sus tendencias expansivas, que al fin y al cabo le han de llevar hasta hacer efectivo en la vida el grande, el único dogma de la Fraternidad Humana sin distinción de raza, sexo, credo, casta o color, proclamado por la Teosofía. Así vemos a aquellos negros poderes interesados siempre en mantener a la mujer en condiciones de triste inferioridad respecto del hombre, en perpetuar la lucha de razas con su falsa distinción de *razas superiores* e *inferiores*, y con ella perpetuar también los estragos de la guerra en la que el hombre, guiado por un criminal conocimiento sin espiritualidad, se pone muy por bajo de los irracionales mismos. Vemos también a dichos negros poderes fomentar doquiera el odio con sus mal entendidos patriotismos, armas terribles de dos filos, ya que tan bendito es el amor *casto* y *secreto* al país donde se ha nacido, como maldito y funesto resulta cuando, a título de él, despreciamos y hostilizamos a las patrias de otros hombres, patrias igualmente santas en buena justicia distributiva.

Quien dude de nuestros asertos que se tome la molestia de comparar entre sí los periódicos y revistas publicadas el mismo día en diversos países por los elementos nacionalistas o reaccionarios respectivos de cada uno[lxiv].

Perteneciendo desde luego a gentes que se dicen religiosas, o sea partidarias del "amaos los unos a los otros", que fue el supremo mandamiento de Jesús, podría esperarse no ver en ellos sino frases de amor, de espiritualidad y de fraternal consorcio de todos los hombres como hijos que somos de un mismo Padre Celeste... Pero, ¡ay!, no es así, y "por los frutos los conoceremos", que dijo el Maestro Galileo, no respiran sino odio de un país hacia otro; no presentan más frases que las del léxico de la lucha, la muerte y el tormento; no se leen en sus columnas sino frases de *sangre, batalla, exterminio, desconfianza, crimen* y mil otras animadoras de todas las pasiones antifraternales más morbosas, como si sus inspiradores quisiesen hacer verdad aquella fábula de la astuta *gata* de Samaniego que habitando hacia

la mitad del tronco del árbol a cuyo pie moraba la jabalina y en cuya copa tenía el águila sus hijuelos, se dió trazas a malquistar a la una con la otra para de ambas hacer presas condiciones... ¡Toda una guerra casi planetaria le ha costado a la Humanidad de nuestros días el aprender por dolorosa experiencia, este terrible escollo que a su tiempo en no pocas páginas de *Isis* y de la *Doctrina Secreta* señaló certeramente la Maestra!

En contraste de lo que son los brahmanes de hoy, en su mayor parte, leed lo que ser pudieron los brahmanes primitivos, los regidos por el divino *Código del Manú:*

"Prescribe el Código del Manú –dice Arturo Capdevila en su preciosa obrita *Dharma*– otras ceremonias, de modo tal que en cada día de la vida un buen padre de familia rinde homenaje, en los diversos holocaustos, a todos los seres y a todas las cosas de la creación. No hay, pues, divinidad que no reciba la adoración de su fe. "Que eche arroz cocido en la puerta, diciendo: ¡Honor a las divinidades de los vientos!; en el agua, diciendo: ¡Honor a las divinidades del agua!; en el mortero, diciendo: ¡Honor a las divinidades del bosque! No olvidará en la oración cotidiana ni al amigo ni al enemigo, ni a la flor ni al pájaro... He aquí un modo de solidaridad universal que desconoce nuestro siglo.

"Grave deber, severamente legislado, es el de la hospitalidad (*Slokas*, 100, 101 y 112). Asiento, agua y comida tendrá todo dueño de casa para sus huéspedes. La persona del caminante que llega de noche a una morada hindú, a pedir amparo, parece que estuviere ungida por los dioses. Toda casa de rico o de pobre es la casa de todos los menesterosos. Por aquellos tiempos del Ramayana no había caridad de toma y daca, ni había inventado el egoísmo del hombre posadas, ni mesones, ni ventas... El alojamiento no se vende, se da. La caridad no se estipula, se hace. No se libran de esta obligación nobilísima ni aquellos amos pobres que apenas se sustentan del grano espigado. Hay una sloka que dice una verdad inconcusa ahora mismo: "Hierba, un lugar en el suelo, agua y buenas palabras son cuatro cosas que nunca faltan en la casa de los hombres de bien." Y no se crea que esta obligación caritativa rija sólo para con los huéspedes ilustres, (brahmanes, o chatriyas). Sea vaisya o sea shudra el venido, bien venido "ha de ser, y con benevolencia deberá ser tratado". ¿Creería el pueblo hindú, como creyó el pueblo griego, según nos lo cuenta Homero, que los dioses a veces toman la figura humana, para ir de puerta en puerta averiguando por sí mismos, qué poco o qué mucho de bondad hay por la tierra? Creyese lo que creyese, la hospitalidad era un dogma de la religión y de la ley; pues, para honra de la raza, la caridad no se ha inventado hace veinte siglos, como piensan algunos."

(47) Si antes hemos criticado a *nuestros brahamanes*, como Blavatsky a los suyos, ahora nos resta decir dos palabras acerca de nuestros propios pueblos cultos, y la manera tan poco abnegada y tutelar con que han tratado a los pueblos que hoy les son inferiores por ley cíclica, no obstante que no ignoran cuán grande era la cultura de éstos, cuando los pueblos que hoy se dicen civilizados yacían en la barbarie de las cavernas.

Sí, digámoslo de una vez, no hay razas superiores ni inferiores, porque la Fraternidad Universal no permite que unas razas esclavicen a las otras, ya que, como decían los primitivos cristianos a los romanos que los perseguían, "no debemos llamar a nadie esclavo, sino tan sólo *compañero de esclavitud*", que harta esclavitud es la de este mundo, y nuestra pobre filosofía, al pensar de Chamfort (1741-1794), como nuestra medicina "tiene muchas drogas, poquísimos buenos remedios y casi ningún específico", pues el específico único contra los estados actuales de inferioridad de los pueblos que duermen, no es sino el sacrificio que, velando amoroso por ellos, deben realizar los jóvenes pueblos que ahora estén despiertos, para pagarles así a aquéllos la herencia que les dejaron y sin la cual nada serían hoy tampoco. Además que la Historia toda, según hemos querido demostrar en nuestras *Conferencias teosóficas de América del Sur* (tomo II, página 323), no es sino una espiritual caída, y hay, valga la frase, *una cuarta dimensión* en Sociología que nos demuestra que si bien la Humanidad progresa, o, más bien, oscila, es mi hecho indiscutible que las naciones; como las casas y como todo envejecen y se pervierten, siendo los primeros días de cada una los más gloriosos y puros.

(48) Entre no pocas analogías curiosas de palabras hindúes con otras genuinamente españolas figura la de *patán* y *patanes*, que si allí, según la Maestra, significa ciertos *chattriyas* caídos, entre nosotros viene a significar, poco más o menos lo mismo, pues que se llaman patanes a las gentes vulgares o de poca cultura, siendo muy frecuente el que semejantes patanes resulten verdaderos caídos, también caídos de una extraña cultura popular que más de una vez ha asombrado por su agudeza a no pocos hombres cultos. La filiación sanscritánica de ésta y otras palabras españolas nada tiene de extraña, por una parte merced a que las invasiones orientales prehistóricas en nuestra Península muy bien pudieron influir en nuestro *sermo vulgar* latino, y por otra que entre el latín y el sánscrito

media estrecho parentesco, que no es secreto alguno para los filólogos. Además hay un tercer elemento por estudiar y es el que nuestro lenguaje *caló* o gitano, tan oriental de suyo, simboliza.

(49) La ceremonia expiatoria y de adopción brahmánica de "pasar por la Vaca de Oro", no es en el fondo sino la misma fórmula grecorromana de adopción que parece empleó con el niño Hércules la diosa Juno; y también la que al tenor de nuestro *Fuero Viejo de Castilla* emplearon: la reina Doña Sancha y otras con los hIJOS que adoptaran, ceremonia consistente en "hacerles pasar bajo sus faldas", simulando así que los daban a luz.

(50) La misma preocupación brahmánica respecto al poder talismánico de la herradura del caballo rige todavía entre nosotros y acaso es una supervivencia relativa al famoso caballo ario, cuyo sacrificio era el más solemne de los primitivos mogoles, y también al Caballo Dodecápodo parsi, del que ya hablamos en notas anteriores, como homólogo primieval de la *Vaca aria de las Cinco Patas.* En cuanto al mono cuyo ídolo reposando en su cunita, vieran los huéspedes de aquel brahmán, no es otro que el famoso compañero de Rama en sus luchas contra los hombres lunares perversos.

(51) En los párrafos de referencia salta una nueva analogía entre nosotros y los hindúes, referente a la triste condición en que quedan las viudas en los pueblos más atrasados de España. En nuestra misma región extremeña nos hemos escandalizado, más de una vez, de la horrible brutalidad de los llamados lutos, brutalidad que obliga a las familias a no salir de la casa –cerrada casi a piedra y lodo– durante los primeros meses que siguen a la desgracia; a no poder gozar del divino placer de la música y de los espectáculos serios durante meses y más meses, prohibición que veja a los hijos hasta durante tres años, sin hablar tampoco de la obligación social ineludible que durante todo este tiempo tienen ellos de vestir de negro. Y si esto acontece con los hijos, ¿qué decir de las viudas? Aldeas hay todavía donde éstas son criticadas del modo más acerbo si no conservan semejante luto –*luto de ropa, que no de corazón* no pocas veces– durante el resto de su vida, como se las critica si tienen el atrevimiento de volver a viajar, a concurrir a alguna reunión pública, que no sea la iglesia, y ¡hasta a levantar los ojos del suelo!...

Con semejantes ridiculeces, cuyo origen está sin duda en una superstición de religiosa impiedad contra la que ya hemos tronado en notas anteriores, se llega a verdaderos horrores en punto a transgresiones higiénicas, cual si hubiese un notorio interés en tan absurdas rutinas, de que la enfermedad y los misoneísmos se apoderen de las pobres viudas y quemándolas la sangre, ya que no las pueden llevar a la pira como entre los hindúes, las hagan desdichadas y *esclavas* durante el resto de sus días...

(52) *Puja*, es el nombre de la oración brahmánica, y puja se denomina en pueblos como el nuestro de Logrosán y otros al *pujilato* que se entabla entre los fervientes devotos de tal o cual imagen para tener el honor de entrarla sobre sus hombros en su santuario respectivo. Tales pujas no son sino oblaciones u ofrendas en metálico de dichos devotos y que en ellas triunfa el que mayor oferta hace, con gran placer de nuestros *brahmanes católicos,* que así ven crecer el tesoro consagrado al culto, y no hay que decir si la escena de la puja resulta o no edificante para los espíritus sinceramente religiosos que con ella ven siempre triunfar la ostentosa vanidad del rico sobre la sencilla fe del pobre. Ocasión hubo, en efecto, en que vi dar en mi pueblo hasta dos mil pesetas por cargar con un solo brazo de las andas de la Virgen del Consuelo.

(53) No acertamos a comprender cómo puede la seda gozar para los brahmanes de la virtualidad de alejar a los malos espíritus, siendo así que más bien es de efectiva acción excitadora de la sensualidad en los vestidos de la mujer. Que ello está relacionado con la electricidad vital sí que no nos cabe duda.

En cuanto a que los antiguos conociesen cosas como la electricidad, la fuerza expansiva del vapor de agua, etc., no tenemos por qué hablar, después de haber consagrado a probarlo la Maestra todo el primer tomo de *Isis sin Velo*, y de haberlo corroborado también Annie Besant en su excelente libro sobre *La Sabiduría Antigua.* Por ello no haremos consideraciones, limitándonos a decir que el alcance filosófico del llamado teorema de Pitágoras está muy lejos de hallarse esclarecido.

(54) El lector verá cierta conexión entre el banquete hindú que nos describe el texto y los primitivos banquetes grecorromanos de los que tan excelentes descripciones poéticas nos

han dejado Homero y Virgilio. En las minuciosas precauciones tomadas por los brahmanes que para huir de la contaminación con los demás, se ve, por otra parte, todo el discutible cuadro de nuestra moderna higiene, en punto a la cual nadie ha llegado quizá a tantas exageraciones como los ingleses, cuando la verdadera higiene es la *Higiene Integral,* que atiende, no sólo a la limpieza del cuerpo, sino a la de la mente y a la del espíritu, con harta razón práctica, ya que los microbios patógenos, a quienes hoy se tienen por productores de las enfermedades, son verdaderos *macrobios* para las substancias químico-terapéuticas que los matan o *envenenan*, y estas substancias, a su vez, se hallan sometidas en un todo a las fuerzas de la física, las cuales, en fin, pueden ser influenciadas por la humana voluntad otro tanto que por la *vis medicatrix* o acción defensiva inconsciente de nuestro propio organismo, razón por la cual puede vivir, por ejemplo, el bacilo de Eber en nuestra lengua sin causar la pulmonía, y el de Kock sin causar la tisis.

(55) ¡Cuán hermoso resultaría un estudio médico-filosófico acerca de las mil y una rutinas practicadas por los brahmanes, según el texto que comentamos y según se ve en todos sus códigos religiosos! Toda nuestra farmacopea popular quedaría al punto esclarecida. Los *dioses*, a que ellas se refieren, no son sino los poderes de los elementos a quienes los cabalistas dieron el nombre de gnomos, ondinas, sílfides, salamandras, etc., y cuyos himnos o *mantrams* se encuentran principalmente en el Atarva-Veda. La gran sabiduría terapeuta de los hierofantes egipcios, que ha llegado desnaturalizadísima, hasta nuestras supersticiones populares, no se basaba en otros principios, sino que suponía un conocimiento más perfecto que el que hoy tenemos acerca del proceder íntimo de las leyes de la Naturaleza. Cuvier, en su *Revolution du Globe*, dice: “no es muy seguro, después de todo, que los agentes o fuerzas naturales, no sean más bien *agentes espirituales*”, y ya en nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur* (t. II, cap. I), hemos hablado de la biología de las nubes, de las formas bio-eléctricas y bio-químicas, cuanto de aquellos seres, admitidos por la literatura universal, aunque ordinariamente no nos sean visibles, sin duda por tener el mismo índice de refracción que el medio en que habitan. Para el gran Goethe, en fin, nuestra Mónada suprema o espiritual preside a infinidad de mónadas inferiores animales en nuestro organismo, y los *buthas* y *rakshasas* de los párrafos que comentamos, no son sino los elementales que presiden a cuantas substancias ingerimos en nuestro organismo. Así se explica que, al asimilarnos las moléculas de alcohol incorporemos a

nuestra alma, por decirlo así, los peligrosos elementales o espíritus del alcoholismo, los cuales, como tienen también su inteligencia y su voluntad, aunque perversas, más de una vez nos llevan dóciles a cometer crímenes en los que sin ellos seguramente no habríamos incurrido.

El triple cordón brahmánico que los comensales llevaban nos recuerda el de San Francisco, como el mojarse los dedos de éstos en agua no es sino la toma de nuestra agua bendita, y como la manera de saludar de ellos juntando las palmas de las manos y llevándolas a la frente, al pecho y hacia abajo, no es sino uno de los modos que tiene el sacerdote de volverse hacia el público durante la misa. En cuanto a las *nautches* o bayaderas de las pagadas, de las que también se ocupa extensamente Luis Jacolliot, no son sino verdaderas sacerdotisas brahmánicas, al estilo de las druidesas, las vestal es y tantas otras, dando origen a un culto que, como todos, empezó ideal y puro, para acabar más de una vez en orgía, cual las damas sagradas semíticas, en las que el rey David mismo bailaba desnudo, dice la Maestra, una danza fálica en torno del Arca de la Alianza, que siempre estas danzas sagradas, símbolos más de una vez del movimiento del Sol y de los planetas, han sido uno de los principales ornamentos de los templos.

(56) En los párrafos de referencia, la Maestra arremete duramente contra la creencia espiritista de que los seres que se manifiestan en las sesiones mediumnísticas, son los espíritus de los muertos, porque, como dice en *Isis*, ningún espíritu bueno, salvo rarísimas excepciones, puede volver a la tierra una vez muerto, ni afectar forma fantasmática, siendo el Amor y el santo recuerdo de él, el Único medio que eternamente nos puede mantener en mística e inefable comunicación con ellos. Como en el capítulo *Los Invisibles* de nuestro libro *De gentes del otro mundo,* hemos tratado extensamente de estas ideas de la Maestra, ideas en las que está de acuerdo con todas las religiones, nos limitaremos aquí a notar cuán claras alusiones se hacen a la metempsicosis.

No hay tanta distancia, en verdad, entre las pasiones animales y las humanas, ni tanta diferencia en lo orgánico entre unos y otros seres, para que la metempsicosis, más bien que la mera reencarnación, no sea posible. Tenemos, en efecto, en favor de ella el testimonio de la antigüedad: frases enteras de Pitágoras, como aquella del perro en cuyo ladrido había conocido la voz de un su amigo ya muerto; la idea de que todo es serial y sin soluciones de

continuidad en la Naturaleza, razón por la cual, si ha sido posible la evolución progresiva del animal al hombre, también lo será la regresión o caída desde aquél, tanto más que psicológicamente mirados los animales, no parecen sino cristalizaciones, ¡ay!, atenuadas de las insaciables pasiones del hombre tales como la degenerada lascivia del mono, heredera de la del consabido *viejo verde*; la necromante actitud uraña del murciélago fatídico; la crueldad del tigre; la traición del gato; la adulación del perro; la terca barbarie del toro; la grosería egoísta del encenagado cerdo...

Diríase, además, que muchos desgraciados hombres no necesitan siquiera a esperar a que la muerte les lleve a una más o menos probable metempsicosis, por cuanto en una vida que no merece ya el nombre de vida, están padeciendo, por sus pasiones, una efectiva y tangible metempsicosis: la cerdosa del usurero; la taurina del pendenciero; la simiesca del libidinoso; la repugnante de la hiena humana; la criminal del perro de presa logrero, haciendo dolorosa verdad humana una vez más aquella ley física de que "se gana en intensidad lo que se ahorra en distancia"; quiero decir, que son tanto más cerdos, perros, hienas, etc., cuanto que no han tenido siquiera que esperar a la metempsicosis *post mortem*, logrando el triunfo de conquistarlo por sus puños en esta misma vida...[lxv]"

(57) Consecuente la Maestra con las ideas de metempsicosis indicadas en nuestra nota anterior, consagra la más cómica y satírica escena del capítulo VI a hablarnos del *murciélago vampiro*, en el que, al parecer, había encarnado el *espíritu* del hermano mayor del brahmán que les hospedaba a los viajeros, ni, más ni menos que en el consabido pasaje evangélico los espíritus inmundos que atormentaban a un infeliz endemoniado fueron expulsados por Jesús ordenándoles pasasen a meterse en el cuerpo de unos cerdos.

El pasaje que comentamos es una de las más formidables sátiras rabelesianas de la siempre terrible H. P. B.

Por de pronto, pone al descubierto cuán grande es la ignorancia de la India, como de tantos otros pueblos piadosos que no hay para qué nombrar, en punto a supersticiones religiosas, y cuán grande es la codicia con que el personal eclesiástico de aquélla como de éstos se prevale de ello, codicia que halla buenamente bulas de compensación y razones para todo, ¡hasta para lo más ilógico! Viendo, en efecto, el arreglo piadoso que negocia el pícaro babú con el sacerdote de la tribu aquella, nos vienen a las mientes épocas como

aquella que precedió a la Reforma luterana en Europa, en que con todo y con todos se comerciaba a título de indulgencias[lxvi].

El latigazo en cuestión se extiende al espiritismo de Occidente, y sobre él, en honor de nuestros nobles amigos espiritistas, no habremos de insistir. El golpe más tremendo, sin embargo, de la festiva escena anterior lo guarda la Maestra para el darwinismo; con ideas que conviene puntualizar y que en boca de un brahmán como Sham Rao tienen más valor aún. La autora, por boca de éste, se burla primero de la cultura europea materialista, haciendo resaltar que “el darwinismo admite la transmigración de las almas en sentido inverso que los hindúes, ya que un mono puede, por evolución, ascender a niño, análogamente a como un niño puede caer en mono o en murciélago”. Por eso antes ha constituido un motivo de *gran orgullo* para la autora el dormir nada menos que en la cama de un mono religioso; casi un progenitor…

Después la autora hace resaltar cuán poca originalidad tiene semejante teoría, dado que en la palingenesia establecida por el Manava-Dharma-Shastra o *Código del Manú* se habla de la cadena evolutiva desde el cieno globerino de los mares, como se ha hablado después en la Cábala occidental, al tenor de aquel célebre aforismo de que “el átomo se transforma en mineral; el mineral en planta; la planta en animal y el animal en hombre”, pero añade también completando al darwinismo que luego “el hombre se transforma en un espíritu y el espíritu en un dios”[lxvii], y, por fin, da el golpe de muerte a estas ideas diciendo que “desde el momento en que el hombre entra como tal, en el ciclo de las transmigraciones conscientes, sus palingenesis no dependen ya de ciegas leyes evolutivas, sino que hasta la menor de sus acciones lleva kármicamente aparejado su premio o su castigo”, haciéndole elevarse por grados hacia el mundo superhumano de los genios, héroes y dioses o descender hacia el mundo subhumano de los *bhutas* con arreglo a la fatídica advertencia ocultista que nos dice: “No desciendas, hijo mío, que la escala de descenso tiene también siete peldaños, al final de los cuales se cae en el ciclo de la terrible Necesidad”, ciclo que no es, acaso, sino una expiatoria existencia animal o astral semejante a la de los pobres animales, o bien una caída aun peor en la *Ciudad del Dite*, dantesco, donde hay que renunciar ya a toda esperanza redentora en largos evones de siglos. ¿Qué más caída, en efecto, que la que supone la Magia Negra, de esos destructores impíos de pueblos y multitudes, que desencadenan por ambición las guerras y otras mil calamidades, sobre el mundo? La metempsicosis animal podrá, pues, ser o no cierta (nosotros mismos no

tenemos seguridad acerca del problema), podrá estar o no consignada efectivamente en el Código del Manú, pero convengamos en que ese estado de inteligente y sentimental inconsciencia en el que hasta cierto punto dormita el alma del animal, acaso podría ser un como lenitivo, impiadoso sorbo de agua del Leteo, para los atroces remordimientos de ciertos criminales espantosos que han sido los azotes de la pobre Humanidad, verdaderos *bhutas* indostánicos para quienes el olvidar puede constituir el único consuelo...

Pero si semejante metempsicosis animal fuera cierta, la más extraña, la más triste, la más horrible sería la del murciélago, ese sér fatídico que, por su esqueleto, sus mamas, sus órganos reproductores, etc., es un sér humano en miniatura; que por sus alas es un *ave* fatídica que no es ave, eterno prototipo pictórico de todos los arcángeles caídos, y que por su modo especial de vivir yace en obscuridades siempre, ora en las externas de la noche, ora en las internas de la ruina o de la gruta. De aquí el papel que a semejante pariente del hombre, que diría un darwinista, se le ha asignado en todas las consejas y leyendas.

Hay en nuestra patria, por cierto, una de estas últimas –aludida también en el prólogo– que bien merece un especial examen, por lo muy relacionada que está con los más hondos problemas de Ocultismo. Me refiero a la linda obrita de D. Manuel Fernández y González que lleva por título *Historia de los siete murciélagos,* donde el fecundo y maravilloso escritor ha glosado una leyenda ocultista árabe de esas que vemos reproducidas fragmentariamente en los clásicos *pliegos de cordel,* y que, con verdad o sin ella, atribuye aquél "al poeta andaluz Noeman D'zyn-Dun-el-Aziz-el-Ferag, que residió mucho tiempo en Granada, después de peregrinar por extrañas tierras, dejando en pos de sí el celeste perfume y la imponderable suavidad de sus versos".

Permítasenos, pues, que investiguemos la parte simbólica, esotérica u oculta de semejante joya literaria, cuya edición, en 89, hecha en 1861 por la Librería Madrileña de Leocadio López es fama que fue vendida al peso como papel viejo, porque el mundo de literatos frívolos e indoctos en cosas ocultistas no supo avalorar su precioso contenido, o acaso porque la exuberancia de encapsuladas leyendas destruyeron, a ojos vulgares, la externa armonía del conjunto.

Entre los personajes astral es o etéreos, ordinariamente invisibles, que parecen vivir en este mundo y rodear al hombre interviniendo más de una vez en sus destinos, figuran las hadas griegas, las xanas astures, walkyrias nórticas o coránicas y divinas huríes. De ellas

hay millares de leyendas en todos los países. Ellas, además, en los tiempos modernos, hasta han entrado, por decirlo así, en el gabinete del físico, pues que ningún hombre culto ignora hoy los experimentos mediumnísticos del sabio operador inglés William Crookes, miembro de la Real Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, descubridor del talio, del radiómetro y del estado radiante, quien, en su obra sobre *Medida de la fuerza psíquica* nos relata sus investigaciones con la pobre médium Miss Florencia Cook, a quien obsesionaba cruel e hipócrita una de estas hadas, que así propia se asignaba el nombre de Katie King; un hada tan divina, tan locamente hermosa que, como dijo el sabio al estudiarla, su belleza superhumana hacía que "hasta el aire mismo fuese más transparente ante sus ojos".

Pues bien, todo el argumento de la *Historia de los siete murciélago,* gira en torno de tres hadas o huríes al modo de la Katie King de Crookes, y encierra, digámoslo de una vez, uno de los más terribles misterios del sexo y del no sexo, o sea de los llamados ensueños eróticos, tan incomparablemente bellos mientras se desarrollan, como temibles y patológicos nos resultan ellos una vez que, al despertar y estrecharse los límites de nuestras facultades todas, nos encontramos víctimas de algo muy triste, muy inexplicable y en el que el hada cruel, más bella que mujer alguna, ha desaparecido...

Pero antes de meternos en la exuberante fronda de *La historia de los siete murciélagos,* cuya alma son tres hadas que se ligan con los hombres, precisamos prevenir al lector con la transcripción a guisa de prólogo, de ciertas enseñanzas que la Maestra Blavatsky nos da, especialmente en el primer tomo de su *Isis sin Velo,* acerca de estos peligrosísimos y sugestionadores asuntos que a tantos incautos han costado la pérdida de su razón, de su felicidad y de su vida. Aunque las hemos transcrito en otra parte, séanos permitido el repetirlas previamente para mejor comprensión de la *Historia de los siete murciélagos.*

"La nomenclatura aplicada a los seres invisibles o intangibles conocidos bajo el nombre genérico de *espíritus* –dice aquélla en su artículo acerca de los elementales cabalísticos[lxviii]–, no tiene fin ni aun para la propia Iglesia Católica. La cronología de los muchos nombres simbólicos aplicados a estos habitantes, buenos o malos, de las esferas, constituye tema para un amplio estudio. Abrid la Historia de la Creación en cualquiera de los Puranas y hallaréis a estas criaturas divinas y semidivinas cual un producto variadísimo de las tres creaciones llamadas *prakrita, vaikrita* y *urdhwasrota*, o sea primaria, secundaria y terciaria[lxix]. Los mismo sucede con las relaciones egipcias, caldeas, griegas, fenicias o

cualesquiera otras. Los antiguos paganos y en especial los neoplatónicos de Alejandría, distinguían perfectamente sus diferentes órdenes, pero ninguno bajo el punto de vista sectario de las Iglesias Cristianas y menos del infantil y peligroso Espiritismo.

"Libro muy raro, en verdad, es el del viejo Conde de Gabalis, inmortal izado por el abate Willars...[lxx]. No existe diferencia alguna entre los "espíritus" de las sesiones espiritistas y las sílfides y ondinas de aquel satírico francés. Hay algo que suena de una manera siniestra en los joviales sarcasmos de su autor, cual si presintiese la llegada del acelerado karma de su asesinato, que acaeció en 1675, cinco años después de la publicación de su obra... Estos misterios de la Cábala son cosas demasiado peligrosas para ser tratadas en burla: *Verbum sat sapientia.*

"Los teósofos creen en los espíritus tanto como los espiritistas; pero saben que son ellos tan diferentes en sus variedades innúmeras, como las tribus aladas del aire; hay en ellos halcones sanguinarios y murciélagos vampiros... Semejante sátira de Gabalis está llena, pues, de hechos eminentemente ocultos y reales, infinitamente más reales de lo que buenamente pueden figurarse los escépticos y los espiritistas. Un solo hecho basta para nuestro aserto: la Magia Blanca difiere muy poco de las prácticas de la funesta hechicería, excepción hecha de los resultados o efectos, consistiendo toda su disparidad esencial *en si es buena o es mala la intención.* Muchas de las reglas y condiciones preliminares para entrar en sociedades de Adeptos, tanto del *Sendero de la Derecha* como del *Sendero Siniestro,* son idénticos también en multitud de cosas. Por eso Gabalis dice el autor del libro: "Los sabios jamás os admitirán en su sociedad si antes a renunciáis a toda relación carnal con las mujeres. Esta es la condición *sine qua non* para los ocultistas y practicas, ya sean rosacruces europeos o yoguis indos, pero lo es también para los *duppas* y *shadús* del Bután y de la India; para los vudus y nargales de la Nueva Orleans y de México, pero estos funestos sistemas necromantes tienen una terrible cláusula adicional y es la de que el candidato entablará, en sustitución de las mujeres, relaciones carnales con los *djins, elementales, daimones,* o llámeseles como quiera, seres doblemente adecuados como íncubos y súcubos, para oficiar de hembra con el varón y de varón con la hembra[lxxi].

"No pretendo con esto –sigue diciendo Gabalis a sus discípulos– sino enseñaras los principios de la antigua Cábala, porque habéis de saber que los habitantes de los cuatro elementos (gnomos, ondinas, sílfides y salamandras) viven largas edades, pero no son inmortales sus almas como las nuestras y tienen al fin que disolverse en la nada.

"Nuestros padres los filósofos –continúa el *soidisant* rosacruz–, aquellos que "hablaban a Dios cara a cara", se quejaron ante él respecto de la desgracia de semejantes gentes, y el Señor, en su misericordia, les reveló que no era imposible en absoluto para ellos el encontrar un medio a tamaño mal, pues así corno el hombre, al contraer alianza con Dios se había hecho partícipe de su divinidad, las criaturas elementales aquellas, al contraer alianza con el hombre, podrían hacerse también copartícipes de la inmortalidad que a este último le está prometida. Así, pues, una ninfa o una sílfide se llega a hacer inmortal y puede alcanzar al fin la dicha a que nosotros aspiramos cuando tiene la fortuna de casarse con un gran hombre, con un sabio, y un gnomo o un silfo cesa de ser tal desde el momento en que se casa con una de nuestras hijas."

Y después de haber largado este hermoso ejemplo de hechicería práctica, el sabio termina su prédica de esta manera:

"¡No, no! Nuestros sabios no han cometido nunca el error de atribuir la caída de los primeros ángeles a su amor por las mujeres, como tampoco creen que hayan puesto a los hombres bajo el poder del diablo... Nada hubo, en efecto, de criminal en todo ello; es que eran simplemente silfos que trataban de hacerse inmortales. Sus inocentes pretensiones, lejos de escandalizar a los filósofos, nos han parecido tan justas, que todos nosotros, de común acuerdo, estamos resueltos a renunciar por completo a las mueres para entregarnos a la inmortalización de sílfides y ninfas."

"Y así desgraciadamente –añade llena de indignación Blavatsky– gentes que se alaban de tener respectivamente por *maridos* o *esposas* a tales espíritus. Conocemos personalmente a muchos de dichos médiums, hombres y mujeres, *y no son los médiums de Holanda los que se atreverán a negar este hecho,* dado cierto suceso acaecido recientemente entre sus correligionarios, muchos de los cuales a duras penas escaparon de la locura y de la muerte haciéndose teósofos, y librándose, gracias a nuestros consejos, de sus funestos *consortes* de ambos sexos. ¿Se nos osará decir por los espiritistas que los fantasma de *madame de Sevigné* o de *Delfina* son los espíritus reales y efectivos de estas difuntas señoras, y que la última sentía "gran afinidad espiritual" por un médium canadiense viejo, sucio e idiota, hasta ser "su feliz esposo", como él se alababa públicamente de decir, siendo el resultado de esta unión un rebaño de hijos espirituales engendrados con este santo espíritu? ¿Y quién, por otra parte, es el consorte nocturno de una señora *médium* de Nueva York, bien conocida?... Que el lector piense muy seriamente sobre todo esto y que lea después *El conde de Gabalis,*

especialmente el apéndice latino, para aquilatar la supuesta fantasía de la obra en cuestión[lxxii]. Considerando, pues, el testimonio de la antigüedad respecto de estos asuntos, o sea de la naturaleza extremadamente variada y a menudo peligrosa de todos estos *genios, daimones, dioses, lares* y *elementarios*, todos confundidos ahora en montón bajo el nombre de "espíritus", no podemos menos de reconocer en todo esto algo que soporta victoriosamente la prueba de la *experiencia universal*. Los teósofos dan tan sólo el producto de una experiencia que procede de la más remota antigüedad. Los espiritistas sostienen sus propias opiniones nacidas hace cuarenta años y basadas en su entusiasmo perenne y en su emocionalismo, pero que se pregunte a cualquier testigo imparcial y de buena fe que presencie hechos como los de los "espíritus" en América y que no sea ni teósofo ni espiritista, cuál puede ser la diferencia entre la novia vampira de que se dice libró Apolonio de Tiana a un joven amigo suyo, a quien el súcubo nocturno estaba matando lentamente, y las esposas y esposos espíritus de los médiums. "Ninguna, seguramente", será la unánime respuesta. Aquellos que, en efecto, no se estremezcan ante la horrenda resurrección de la demonología y hechicería de la Edad Media, puede darse cuenta del por qué, entre los numerosos enemigos de la Teosofía que desgarra el velo de los misterios del "Mundo de los Espíritus" y quita la máscara a los *espíritus* disfrazados con nombres eminentes, ningunos son tan mordaces e implacables con ella como los espiritistas... *Monstrum horrendam informe cui lumem ademptum,* es el epíteto más a propósito que puede aplicarse a la mayoría de las *Lilis* y las *Joes* del mundo de los espíritus. No queremos con esto sostener en modo alguno que no existan otros espíritus que los de los elementales, elementarios, dioses y genios de los reinos invisibles, o que no hay ningún espíritu santo y elevado que se comunique con los mortales, pues esto no es así. Lo que los ocultistas y cabalistas han dicho siempre es que los Espíritus elevados o santos no visitan ninguna promiscua sesión espiritista, ni se casan con mujeres ni con hombres."

Dichos elementales o *elementarios*, son los *mahashan* o espíritus inferiores, hechiceros y maléficos, que practican la mala magia en todo su terrible vigor; verdaderos *haruts* o *maruts* del *akasha* inferior, cuya creencia es universal entre los mahometanos y judíos, pues que los tahundistas hablan de ellos como seres poderosos que dicen al candidato a la iniciación antes de desencadenar en su pecho todas las pasiones: "¡Guárdate, nosotros somos la tentación que puede convertirte en un infiel!" Ellos, en efecto, enseñan el modo de sembrar

la desunión entre marido y mujer, aniquilando los hogares, a la manera de aquellos comercios nefastos ya indicados al hablar del conde de Gabalis.

La prodigiosa imaginación del gran Fernández y González no hizo, suponemos por todos los indicios, sino glosar una leyenda árabe, o una serie de leyendas, tales como la de *El Caballero sin cabeza; La Oreja del Diablo; Juanillo el Oso; El Toro Blanco Encantado,* y otras que aún corren en *pliegos de cordel*, razón por la cual *La historia de los siete murciélagos* tiene un inapreciable valor sintético, parte de su preciosa factura. Además, en muchos pasajes se transparenta la conexión del mito semito árabe con las leyendas nórticas de los Eddas que sirvieran de apoyo a todos los argumentos wagnerianos, siendo las huríes, walkyrias, sus perseguidores como Aben-Zohayz, verdaderos Hunding, del *Anillo del Nibelungo*; Djeonar y Noemí, Sigmundo y Siglinda; Aben-al-Malek y Fayzuly; Sigfreelo y Brunhilda; Qindry, Betsabé, ete., ete., con escenas típicas de *El Oro del Rhin,* como aquella de Djeonar, viejo y feo, con las tres *princesa-murciélagos,* y del *Parsifal*, como en las diversas seducciones de estas hadas perversas.

La lectura, sin embargo, de la obra de Fernández y González es un tanto penosa, debido a la *encapsulación* de unas leyendas en otras, hasta el punto de que para desentrañar el contenido ocultista del conjunto hay que hacer algo así como un previo árbol genealógico. Con él a la vista, podemos sintetizar el frondoso argumento de la obra –verdadera selva virgen de la imaginación– del modo siguiente:

Las hadas han unido más de una vez su destino con los hombres, complicándoles la vida. Así Eblis, el genio del mal sedujo a un hada sublime –Nurminasoh, *Luz del Alba, la hija del amanecer del Manvántara* y de ella tuvo al réprobo Aben-al-Nurwadhallá, el *Hijo de la Luz y de las Tinieblas*– y de él descendió la estirpe de los Abu-Djeonar, emires de Egipto. El hada Fayzuly caía también bajo el funesto encanto de la persecución del réprobo Aben-Zohayz, y el hada Rhadhyah había de esperar ochocientos ochenta años nada menos, para desposarse con el destronado Boabdil y tener de él un hijo, el valeroso Aben-al-Malek, verdadero Sigfredo o Parsifal de la leyenda árabe, educado por el ascético moravito Abu-Kalek, especie de Guznernancio[lxxiii].

En las montañas del Hed jar –comienza diciendo la obra– había una estéril garganta con una obscura gruta, lugares que hacía siglos no habían sido pisados por sér humano desde el

día en que Aben-Zohayr, retirándose de la primera, dió su alma a Eblis, el ángel del mal, el día mismo en que la primera había dicho:

–He visto mi porvenir, hermana mía; me amará el hijo de una hurí y de un rey, pero antes tendré que combatir con el mal espíritu, que me entregará a un mal encantador; mi amado me salvará y vendrá conmigo a nuestros alcázares del aire y a nuestros jardines de los lagos.

–Y yo –dijo Rhadhyah– amaré a un creyente, que será rey y perderá su reino e irá a morir al Mogreb; yo le seguiré al Edén, pero faltan aún ochocientos ochenta años.

–Novecientos esperaré yo a mi amado –contestó Fayzuly.

Evocado el genio del mal, resucitó el caballo del guerrero, éste, después de caer la maldición de Alah sobre aquellos lugares, emprendió vertiginosa carrera tras la hurí... carrera que duró, como veremos, nada menos que ochocientos ochenta años...

Vinieron días tras días, y pasaron ochocientos ochenta y siete años sobre el lugar maldito sin que hombre, fiera ni pájaro pisase su suelo ni cruzase por su aire. Al cabo de ellos, una tarde llegó el anciano guerrero almorabide Abu-Kalek, que se dirigía en peregrinación a la Meca. Bebió del agua de la fuente aquella y se sintió transformado en un hombre nuevo, con todo el vigor de la Juventud. Quiso salir de aquel recinto rocoso, pero doquiera le cerraban el paso los taludes. En esto cruzó por los aires una golondrina, disparó una flecha el almorabide contra ella y la derribó herida a sus pies. De la pechuga blanca de la golondrina pendía una pequeña llave de esmeralda sujeta por collar de rubíes. Con ella, ya en la gruta, el guerrero de Alah abrió la entrada secreta a un maravilloso recinto, no sin antes vencer al monstruo que la guardaba. Allí vió a un niño en su cuna, velado su sueño por la hurí Rhadhyah y por un hermoso mancebo, Boaddil, el último rey moro de Granada.

Éste contó al guerrero toda la triste historia de la perdición de su reino, y le eligió por maestro de su hijo, a quien, cuando alcanzase los catorce años, le entregaría las armas de su padre y el cíngulo de su madre Rhadhyah. Desde aquel momento, al cabo de tantos siglos, el valle se había tornado fértil gracias a la presencia del justo Abu-Kalek.

Los genios, en el acto, alzaron un palacio allí al lado para el niño –la Alhambra de los Genios–, pero su instructor se contentó con el ascetismo de la gruta hasta que el príncipe creció y tuvo que lanzarse por el mundo. A su regreso, el príncipe venía transformado. ¡Se

había enamorada de una hurí! Entonces el almorabide le entregó las armas y el caballo resucitado de su padre, y se durmió en el Señor.

Antes de que sucediesen todas estas cosas, Mohamed-ben-Al-Hamar, señor de Arjona, había sido elevado al trono de Granada. Cierto día en que perseguía a una gacela[lxxiv], se metió por una gruta adelante hasta pasa! el temible puente de Sirat (Tarsis), más agudo que filo de navaja. Allí, en una misteriosa torre, tropezó con un anciano, que le hizo ver en lo futuro. Veamos cuál fué el sueño o visión de Alhamar.

El wali Abu-Isaac entró a altas horas de la noche en una hospedería del Albaicín, junto a la *Casa del Gallo*. Allí encontró a los valíes de Málaga, Comares y Guadix. A poco, entró también Juzef, el hijo segundo del rey, y les comprometió a los tres en la conspiración que preparaba para usurpar el trono futuro a su hermano Mohamed. Luego les llevó consigo a la casa del judío Absalón, quien, en secreta y prodigiosa estancia, mantenía encadenada a la hermosísima Betsabé, la ambiciosa africana que, deseosa de ser sultana, estimulaba los perversos proyectos del joven Juzef.

Muchos años hacía que en el Cairvan, antigua capital del Mogreb, existía un fuerte castillo, en el que el valí tenía como esclava a la hermosa Wahdah, a quien de niña había comprado a su padre por un caballo. La joven Wahdah hacía vida selvática, feliz e independiente hasta el día en que, a punto de sucumbir bajo las garras de una fiera, se vió salvada por un gallardo joven, a quien desde entonces amó sin que se enterase el valí. Al fin, éste sorprendió el secreto, e indignado la vendió como esclava al judío Absalón, quien la trajo a Sevilla, donde el rey Alhamar, que ayudaba a los cristianos en el cerco de la ciudad, se prendó de ella, y arrebatándosela al judío, la llevó a su harem de la *Casa del Gallo,* teniendo de ella a su segundo hijo Juzef.

La terrible africana Wahdah sembró desde el primer momento la ambición en el pecho de su hijo, y para moverle más y más a que usurpase el trono futuro a Mohamed, el primogénito, le hizo secretamente conocer a la hermosa Betsabé, a quien el judío retenía encadenada.

Ésta no cesaba de pedir al sultán Juzef que la hiciese sultana, aunque para ello tuviesen que perecer su padre y su hermano.

–¡Betsabé –exclamó el príncipe–, pídeme mi envilecimiento, mi libertad, mi sangre, pero no me entregues a Satanás!

–¿Me darás, pues, tu sangre?

–Sí –contestó el príncipe.

Entonces Betsabé sacó un puñal diminuto, que clavó en la garganta del joven. Una gotita de sangre tiñó el blanco cuello del príncipe, sangre que Betsabé chupó.

–¡Cuánto te amo, y qué felices seremos si el castillo no se levanta sobre la colina! –exclamó la joven, después de aquel terrible acto de vampirismo.

–¿Qué castillo? –replicó extrañado el joven.

–El castillo de la Alhambra.

–Nada veo en la colina.

–Y nada hay en ella todavía; pero si antes de un año en ella se alzase el mágico edificio, asombro de las edades, yo sería...

–¿Qué? –preguntó Juzef temblando.

–¡Seré un asqueroso murciélago!

El príncipe echó a reír; pero la joven rasgó su túnica mostrando al príncipe cómo en la espalda la nacían dos diminutas alas de murciélago, y le pidió a su amado que rompiera el sortilegio que la encadenaba a porvenir tan horroroso haciendo caer tales apéndices de su ebúrnea espalda.

–¿Me aceptas, pues, por esposa, sea cualquiera mi ser, mujer o hada, ángel o demonio? –terminó diciendo.

–Sí – contestó el príncipe.

Entonces las alas de murciélago cayeron de la espalda de la joven, alas que el príncipe quemó en un pebetero. Entre la ceniza halló entonces una sortija con el sello de Salomón. Betsabé tomó la sortija y con ella evocó a sus otras tres hermanas, quienes penetraron en la estancia en forma de murciélagos, transformándolas al punto en tres hermosas mujeres, encargadas a su vez de enamorar y perder a los tres valíes, que habían de acompañar en sus locos propósitos usurpadores al príncipe Juzef.

–¿Qué queréis mejor –las dijo Betsabé–, los alcázares de vuestros padres o las tinieblas de la torre de los siete suelos?

–¡El alcázar de nuestros padres! –respondieron las tres a una.

–Pues bien; es necesario luchar, y enamorando a los tres valíes, obligados a que hagan perecer a Alhamar, el hombre consagrado por el destino para edificar la torre de los Siete Suelos[lxxv] de la futura Alhambra. Mi príncipe reinará así y vosotras seréis libres.

Y dicho esto, las dotó en el acto, con la magia del anillo, de tres cortes como tres reinas, y despedidas, las faltó tiempo para vengarse de Absalón, su anterior tirano, a quien, el poder del anillo, encadenó de igual modo: que antes lo había estado ella, concediéndole sólo la vida, a cambio de que le proporcionase al judío un pomo de veneno.

Al día siguiente se celebraba en la plaza de Bib-Rambla una gran fiesta para la proclamación de Mohamed. Primero se celebró un concurso de bellezas. Nadie creía que el premio podría disputársele a la sultana Wahdah, pero sucesivamente se fueron presentando las tres princesas-murciélagos, recién desencantadas, asombrando a los circunstantes. A todas, sin embargo, eclipsó la diabólica hermosura de Betsabé.

La sultana Wahdah, creyó morir de envidia y se retiró de la fiesta. Sola en su retrete recurrió a la tablilla mágica de sus antepasados, para leer en el porvenir, pero sólo vió en ella reflejarse siete horribles murciélagos que le hacían muecas. El poder de éstos era, pues, superior al suyo sin duda, y parecían anunciarle la ruina de su poder y el de su sultán. Entonces fue a visitar al judío Absalón, por una galería secreta.

La sultana encontró al judío encadenado como le había dejado Betsabé y sumido en una especie de sueño hipnótico, narrando esta historia estupenda acerca de los antepasados de Betsabé, la mujer de la pasión extrasexual más funesta y antihumana.

"–Esa mujer –decía– no tiene padre ni madre, ni sus días están contados; ni mujer la ha acercado a su pecho, ni tumba alguna se cerrad sobre ella, pues es la hija de los conjuros; el espíritu de Eblis el arcángel tentador que inspira los amores impuros y las venganzas crueles... esa mujer, en fin, es el destino de una raza que acerca al horizonte de los mares de la muerte el sol de su existencia. Pero esa raza dejará sobre el horizonte del pasado reflejos de su grandeza, que mirarán con respeto los que vengan con el porvenir... Esa raza será raza de mártires, y sus espíritus, purificados con el sufrimiento, subirán como un perfume, allí donde todo es eterno, donde todo es hermoso, donde el espíritu de Dios vuela, llenando cuanto él está de felicidad infinita... Esa raza es una raza de justos.

Allí, en las alturas, por donde nace el Nilo, en una región que es un paraíso, rebosa de un lago el río Azul. El mismo día del nacimiento de Al-Hawar un pobre juglar llegaba a la confluencia de este río con el Nilo[lxxvi]. Allí tropezó con una barca, y subiéndose en ella se dejó arrastrar por la corriente, con la velocidad de una flecha, hasta desembocar en un lago junto a una isla de granito rojo sobre la que ardía una hoguera. Allí encontró un terrible antro, donde un hechicero preparaba entre horrores sus misteriosos filtros. Al verle entrar le dijo:

–¡Acércate, Djeouar! Eras ambicioso, te rebelastes contra el califa de Damasco. No pudiendo dominar a los fuertes; no creyendo en el poder de la ayuda de los débiles, aborreciste a los primeros y despreciaste a los segundos; el aborrecimiento y el desprecio para con tus semejantes te hicieron egoísta, y el egoísmo te hizo cruel y, lleno de indolencia, te hiciste juglar. El que hubiera podido ser califa, se hizo ladrón al fin.

–¿Ves el licor que hierve en esa vasija? –añadió–. Encierra el bien y el mal, y en su llama puedes ver a la esposa del Wazir Aben-Sal-Chem. Si tú quieres; la felicidad de éstos desaparecerá, y serán como tu, que tienes ya seco el corazón. Todo a condición de que, pues vaya morir, ocupes mi lugar y seas el rey de la creación; poseerás el bien y el mal; te obedecerán los espíritus invisibles, los ángeles del Edén y las sombras del abismo.

Aceptado el pacto por Djeouar, el hechicero murió en sus brazos dándole la palabra mágica. Terribles luego, derramando sobre él unas gotas del brebaje, le incineró hasta que quedó del hechicero, por todo resto, su rnarfilina calavera, que Djeouar guardó en un saco... Cuando volvió en sí creyó haber soñado, pues se encontró otra vez en la confluencia de los ríos, de donde la barca había partido.

Pero no, no había soñado. Sus dedos tropezaron con la calavera, y el poder mágico de ésta bien pronto le sirvió para contener al mismo *simou* que estalló a poco. Además, gracias al talismán, se vió en el acto rodeado, como un sultán, de un poderoso ejército y a las puertas de la corte de Aben-Sal-Chern, que le hospedó espléndidamente en su palacio y le presentó a su esposa, por la que sentía grandes celos. ¡Aquella mujer era la madre de Whadah, Djeouar era el hermano de Absalón y el visir Aben-Sal-Chem el enemigo de la raza!

Aben-Sal-Chem, conociendo los poderes de Djeouar, le preguntó qué opinión formaba de su esposa.

Y éste le contestó:

–Si tienes valor de venir a la ribera oriental del lago, al otro lado de la ciudad, hoya media noche, allí te revelaré tu presente y tu porvenir. Irás, pues, a la ensenada que penetra entre dos montañas, y al final, bajo unos precipicios, encontrarás una cabaña abandonada, donde te esperaré.

–¡Pero aquél es un lugar maldito! –objeto el visir palideciendo–. Allí se cometió hace treinta años un asesinato, y está desde entonces inhabitado hasta por los animales. Sin embargo, si el Destino manda que sólo puedas hablar allí, no faltaré.

Retirándose Djeouar a su aposento, pidió a la calavera que le trasladase al retiro de Noemí, y así que se vió a su lado, Djeouar la recordó que era la tercera vez que llegaba a ella para confesarla su amor. Pero la hermosa no recordaba, en aquel viejo, al joven a quien antes conoció y con quien, contra su voluntad, estaba escrito que se ligaría a su destino.

–¿Acaso anida la golondrina en otra palmera que en aquella donde debe...? No; mi destino era amarte –le dice Djeouar–, aunque tú me rechaces horrorizada la primera vez que antaño escalé tus jardines en las márgenes del lago, y la segunda, cuando, sentenciado a morir por causa de este mismo amor, un poder superior me libertó de mi mazmorra.

–Pues bien, sea –contestó Noemí–. Antes de verte amaba a todo, a mi esposo, a los astros, a las flores. Hoy no sé por qué soy todo saña y odio, pues, doquiera escucho palabras de maldición. ¡Iré esta noche, pues, donde me citas!

A primera hora de la noche se fue Djeouar al brujesco retiro de la cita. Allí, tomando la calavera mágica, evocó a su dueño para que surgiese, como fuera treinta años hacía. Del fondo de la huesa se levantó entonces un joven jefe árabe, que le dijo:

–¿Quién te trae aquí, hijo, ante la tumba de tu padre que aquí yace? ¿Por qué emplazas aquí a tu enemigo?

–La sangre pide sangre –contestó temblando Djeouar–, y la tuya reclama la de tu asesino Aben-Sal-Chem.

–¡La venganza! –exclamó entristecido el árabe–. ¡Siempre la que se llama justicia humana pretendiendo anteponerse a la justicia de Dios! ¡Lo que está escrito se cumplirá en el día que sólo sabe Dios!

–Hijo mío –replicó el anciano–, la justicia de Dios es incomprensible. Yo había sido ambicioso y cruel y me castigó Dios haciendo que tú nacieras de mí, y entregando a mi esposa en manos de mi enemigo. ¿Que quieres, pues, de mí?

–¡Quiero derramar aquí la sangre de tu asesino!

– ...Porque mi asesino posee una mujer hermosa a quien amas... porque mi asesino te ha perseguido y encarcelado, y quieres engañarte a ti propio, creyendo acto de justicia lo que es un sacrilegio y un crimen. ¡Vuélveme al reposo de mi tumba!

–¡Oh! ¿No quieres su sangre? Pues la tendrás; él perecerá aquí y ella será mi esclava...

–¡Te engañas, miserable impío –gritó el árabe–, porque Dios no permitirá que la impureza una al hermano con la hermana, porque Noemí es la hermana de Djeouar!

El juglar lanzó upa insolente carcajada.

–Lo sabes porque ese talismán te permite leer en el presente y el pasado, pero no en el porvenir, para el cual yo te maldigo.

En esto llegó la barca con el visir.

–No te esperaba –le dijo Djeouar–. ¡Amas demasiado a Noemí!

–¡Lo sabes! –exclamó aterrorizado el visir–. Aquí le vi ante mí, desarmado, con la espada rota y luchando con los míos... Tras él se agrupaban aterrorizados una hermosa esposa y dos niños. El anciano emir, por defenderlos, vendió cara su vida.

–Sí, lo sé, y sé también que esa mujer no te ama, pues que yo mismo soy su amante y la verás bien pronto aparecer.

Se cumplió así al punto. Al ver el visir que su esposa concurría a la cita de Djeouar, cayó desvanecido. Djeouar, invocando a los genios, hizo construir un palacio encantado bajo el lago y en él encerró al valí.

–Hubo un tiempo en la tierra de Egipto –dijo el juglar Djeouar, sentando a su lado a la recién venida– un valiente emir. Niño, le habían vendido sus padres como esclavo; hombre, le habían traicionado sus amigos. En los recuerdo de su pasado se alzaba un perverso, el egipcio *Kelbnamir*: el que le había comprado, el que siempre se le había atravesado cruel en el camino de su fortuna. Ambos se encontraron un día. El combate de sus ejércitos, el árabe y el egipcio, enrojeció las aguas del Nilo. El enemigo y su valí Aben-

Sal-Chem, huyeron vencidos, pero entre las esclavas abandonadas por el egipcio en su alcázar de Dembea, había una hechicera persa... ¡Era tu madre!

–Mi madre... no, nunca la conocí –replicó Noemi–. ¿Cuántos años han pasado desde que el emir conoció a la esclava?

–Treinta y dos.

–¡Yo sólo cuento doce años!... ¿Qué ha sido de mis hermanos?

–¡Sólo Dios sabe dónde están! Tal vez murieron con su padre. Pero la hora de la venganza ha sonado, y Aben-Sal-Chem, el asesino de tu padre y el verdugo de tu madre, ha caído.

–¡Aben-Sal-Chem, ha sido el enemigo de mi padre! ¿Y aquí han muerto mis hermanos? Eso no puede ser. Y tú lo sabes, ¿quién, pues, eres tú? ¿Qué fue de tu padre?

–Murió como tu madre, Noemi. Murió asesinado, como ella murió de vergüenza y desesperación. El emir amó a la esclava Sayaradur, y la hizo su esposa y ésta amó al emir...

Cierta ardiente tarde Abu Djeouar cabalgaba por las márgenes del Barh-el-Azrah (el río azul), cazando. Cuando creyó tropezar en la maleza con una fiera, tropezó con Aben-Sal-Chem. Éste, rechazando, como enemigo suyo que era, el agua que el emir le dió viéndole muerto de sed, le enseño el cubil de la leona, y cuando ésta iba a destrozar a Aben-Sal-Chem, el emir le salvó también, pero a pesar de ello, con el tiempo cayó bajo la celada de Aben-Sal-Chem, como va dicho... El padre, pues, de Noemi, no era sino el asesino del esposo de su madre... que se había unido a Sayaradur muchos años después, cuando ésta, dormida en el palacio en que la tenía confinada su tirano, creía unirse con su esposo muerto... y se unía con Kelbnamir, quien había dado su alma a Eblis para conseguirlo... Kelb-namir amaneció muerto sin una herida, golpe ni señal de veneno. Le sucedió Aben-Sal-Ken. La hija que nació fue Noemi.

¿Cómo había logrado perpetrar aquel crimen Kelb-namir? Del modo más horrible, a saber que desesperado de no lograr su objeto, había evocado a Eblis, y se le había aparecido una mujer como no es posible hallar otra sobre la tierra, quien le dijo:

–Yo soy Betsabé, el hada de los amores impuros. Yo soy la que, encerrada en la forma de vampiro, halago el sueño de los amores insensatos y protejo a los que arden en su fuego.

Yo soy muy hermosa, te amo, y te daré el amor de Sayaradur si tú me das tu eternidad. ¡Decídete!

Tres vampiros giraban rápidamente en torno de su cabeza, describiendo una negra y fatídica aureola, y un perfume suavísimo, emanado de ellos, hacía languidecer al muslín.

–¡Una noche con Sayaradur, y tu eternidad conmigo! –tomó a decir la voz dulcísima al oído del árabe.

–¡Sí! –murmuró éste al fin, cayendo fascinado entre los brazos del hada, mientras que ella sacaba un diminuto puñal de oro, hiriéndole con él. Aplicando sus labios a la herida, devoró así la sangre del árabe. El pacto había terminado.

Después de este relato Djeouar quiso unirse a Noemi, pero ésta, horrorizada, le rechazó. El juglar, para vengarse, la encerró en el alcázar, mientras que Djeouar, valido de su poder mágico, se hacía proclamar señor en Dember, la antigua corte de Abu-Djeouar, su padre, el asesinado por Kelb-namir. Pero Djeouar era desgraciado en todos sus amores, pues le separaba de Noemi un poder superior contra el que su talismán era inútil. Desesperado quiso buscar un amor ultra terrestre, logrando el amor de una hurí.

Entonces recordó la aparición misteriosa de Kelb-namir; entonces soñó ser feliz con las hadas convertidas en vampiros, y en pos siempre de su insensato deseo, asió la calavera y la conjuró.

Los cuatro vampiros vinieron a posarse a los pies de Djeouar y fijaron en él con ansiedad sus pequeños ojos sangrientos.

–¡Dejad esas impuras formas, y mostraos ante mí cual habéis sido! Cuatro hermosas doncellas aparecieron en vez de los murciélagos y se rieron al verle viejo y repugnante, pues contra ellas no valía su talismán.

–Pues bien, ese hombre nos ama –dijo Betsabé– y cree engañarnos con la apariencia que le ha prestado el poder del cráneo de nuestro padre. Alegrémonos, hermanas mías; se acerca el momento de nuestra liberación. Matemos a este hombre y apoderémonos de su talismán.

Djeouar se vió acometido por aquellas cuatro hermosísimas criaturas, pero tuvo tiempo de contenerlas con el mismo poder que las había combocado. El libro del porvenir se abrió ante él por este siniestro y fatídico pasaje:

"En las tierras de occidente hay un monte denominando a un pueblo; en la parte oriental del monte hay un abismo, y sobre el abismo se elevará una torre; hijos del Islam acrecerán el pueblo y un nieto de reyes elevará un castillo sobre la colina y sobre el abismo. Así está escrito, y tú, juglar, y vosotras, hadas condenadas, dormiréis en su obscuridad y con vosotras los que fueron vuestros amantes. Pero si logréis fascinar al hombre que ha de edificar el castillo, si logréis exterminarlo antes que ponga mano en él, volveréis a vuestros jardines de los lagos y a vuestros alcázares del aire."

Y Djeouar, consultando su talismán, supo: "La ciudad es Granada; el monte, la *Colina Roja*; el castillo, la Alhambra y el nieto de reyes Mohamed Aben Alhamar, el de Aragón. Si la torre se levanta, las cuatro hadas y sus amantes dormirán en ella por toda la eternidad convertidos en murciélagos, y tú estarás en ella hasta que se rompa el encanto. Tu salvación o tu condenación son un misterio insondable del destino."

Volvióse Djeouar hacia las hadas, lleno de rabia, y las conjuró para que tornasen a su anterior estado. Al punto retornaron las tres a ser murciélagos; sólo quedó Betsabé, en cuyas espaldas nacieron dos alas negras pequeñísimas.

–¡Te desprecio! –le replicó el hada Betsabé; pero ante un conjuro de Djeouar, quedó aprisionada por cadena de oro.

Al querer crear por el talismán seres a su antojo, Djeouar se vió retornado al pie de la palmera, en la confluencia de los dos ríos. Pero no había soñado, pues, que a su lado yacía encadenada Betsabé.

Con ella, como juglar, recorrió el mundo. Ella, al fin, le enseñó su verdadero origen.

–Un día –le dijo– Eblis estaba muy triste tratando de ser igual a Dios. "Yo, decía, soy poderoso, pero mi poder es estéril. Puedo amargar los días del hombre y hacer que en la balanza de su juicio pese más el mal que el bien; pero no puedo crear, estoy solo y necesito un sér que sufra conmigo." Eblis, pues, evocó un hombre, pero el hombre no apareció. Entonces dijo: "Tenderé mis alas y llegaré a las puertas del quinto cielo, donde están las hadas, y engañaré a la más pura y hermosa." Y batió sus negras alas, pasó como saeta por junto a la luna, se cernió sobre el sol y llegó a las puertas del quinto cielo.

–¿Quién eres? –preguntó una dulce voz.

–Soy un arcángel que ha caído del séptimo cielo –contestó Eblis–. Mis alas se han quemado al pasar junto al sol. ¿Y tú, quién eres?

–Yo soy *Nurminash-Shoh* (la luz del alba) y estoy esperando que pase la sombra para ir a alumbrar al mundo.

–Pues bien; sal, yo iré contigo.

Eblis cayó luego sobre ella como el halcón sobre la paloma... De su unión nació Aben-al-Nurwaddllá (el hijo de la luz y de las tinieblas). Desde entonces, el hada que no pudo retornar al quinto cielo, vuela alrededor del mundo y dejando caer sobre él su llanto, precediendo al sol. Aben-al-Nurwaddllá fue un réprobo y pocos justos ha habido en su generación, de la cual, los últimos restos son su hermano Absalón y Djeouar.

Éste era una hechura de Eblis, pero, arrepentido, restituyó a su lugar de la confluencia de los dos ríos la calavera del padre de las hadas aquéllas, a cambio de lo cual le concedería eterna juventud. Al par trajo un gran libro y se encaminó al alcázar de Aben-Sal-Chem para leer el horóscopo de la niña que había nacido de Noemi. Era Wahdah, que significa *Amor*. Primero sería esclava, luego sultana.

Mientras se leía el horóscopo, el alquicel de Djeouar, tendido en el suelo, los arrebató por los aires llevándolos al Mogreb.

....

–¿Quién está conmigo? –murmuró despertando Absalón–. ¡Ah, eres tú, Wahdall, mi sobrina, la hija de Noemí, la nieta de Kelb-namir, la esposa del sultán, la última mujer de la raza maldita!

Djeouar finalmente entregó a su hermano Absalón el amuleto de la tablilla de ébano para que protegiese a la recién nacida Wahdah y señalando a Betsabé, que dormía aún. "He aquí, dijo a Absalón, un sér sujeto al poder de un encanto y es necesario que permanezca así hasta que el rey que ha de ser esposo de Wahdah levante la torre sobre el abismo. ¡Ay de nosotros si el encanto se rompe!" –dijo, y anudando el hilo añadió: Entonces Djeouar sacó de la alfombra mágica a Betsabé, puso la cadena de oro que la aprisionaba en mis manos y envolviéndose en aquélla, tornó con tu madre a Cairván. Él, entregado a la desesperación, amaba a Noemi, pero un poder superior le apartaba de ella, hasta que murió, nombrándome por la primera vez a su esposo y a su hija. Tu padre, al despertar del letargo

se encontró solo contigo. El odio con que te había mirado por tu parecido con Djeouar acreció y te vendió por un caballo. El caballo fue entregado a Aben-Sal-Chem, que partió para Túnez, donde murió. Lo demás ya lo sabes. Un día encontraste a Djeouar en el bosque perseguido por una pantera y le amaste porque así estaba escrito. Tu amor le mató y te hizo mi esclava. Lo demás no lo ignoras. Casaste con Alhamar y eres sultana. Pero entre tú y el rey se ha levantado Betsabé, que es la muerte y la condenación. Si el hada condenada fascina al rey, la torre no se levantará, y tú y los tuyos caeréis bajo el poder de Eblis. Has perdido tu talismán, devorado por el fuego, y con él el amor de Alhamar. La sola esperanza estriba en que vayas a la Colina Roja y bajes a la sima, donde vela el espíritu de Djeouar.

Diciendo esto, Absalón murió.

Entonces estalló la sedición contra el rey y el príncipe Mohamet. Betsabé, acompañada de las otras tres princesas extranjeras, permanecía impasible, mirando fatídicamente a Alhamar.

Wahdah se lanzó en la pelea diciendo al caballero de lo verde:

–A mí, príncipe Jusef.

El Príncipe se lanzó a unirse con su madre, pero hubiera sucumbido sin el anillo mágico. Los valíes habían sido vencidos. El rey, entusiasmado, abrazó a su hijo e incauto le dió la mano de Betsabé. Wahdah pretendió interponerse, pero el rey la detuvo. La sultana entonces se refugió en la Casa del Gallo, mientras que Juzef se desposaba con Betsabé.

El genio hizo, por segunda vez, que se desplegase ante Alhamar la visión de lo futuro. Vió a la sultana Wahdah entrando sola en la sima de la Colina Roja, en cuyo seno se oía el galopar siniestro de un caballo. Allí, en una deslumbradora estancia, vió a una hermosísima mujer en cuyo derredor corría a rienda suelta el caballo sin que su jinete pudiese cerrar el círculo y llegar hasta ella. Vió además un anciano leyendo en un gran libro azul. Era Djeouar.

–¿Qué quiere de mí la hija de mi hermana? –dijo–. Aquella mujer que ves dormida es una hurí encantada por causa de ese árabe que, empujado por una mano invisible, corre en torno suyo sin poder jamás llegar hasta ella. Así lleva corriendo seiscientos setenta y dos años y correrá eternamente, porque está condenado. Yo también espero aquí mi salvación o condenación según se alce o no sobre este infierno una *Torre de siete suelos*, pues aunque

se alzase sólo estaremos en presencia de Alah cuando transcurran doscientos treinta y ocho años.

–¿Y qué he de hacer? –preguntó Wahdah.

–Buscar en tu alcázar, en el sitio donde guardabas el talismán perdido, una tela azul con caracteres mágicos; es la alfombra del trono de Salomón que puede evocar hasta a los muertos. Llama a Betsabé y arráncala la sortija con el sello de Salomón y ya con ella evoca a los genios para que edifiquen la Alhambra (la *Al-gars-al-hamza*, o *El Castillo Rojo*).

En tanto que esto pasaba, yacían en su lecho Betsabé y su esposo Juzef. Aquélla le revelaba a éste de qué modo le había salvado de la muerte y le había hecho triunfar, gracias a la magia.

–Yo quería ser sultana, dijo, y para ello era preciso que muriese tu padre cuando alanceaba al toro en la fiesta de Bib-Rambla, pero tú te interpusiste y tuve que salvarte. Igual pasó luego cuando la sublevación de los valíes.

Después, la arpía, le exigió que tomase el frasco de veneno y le echase en la fuente de las abluciones de su padre. El hijo se resistió, pero era tan ciego el amor que le inspiraba Betsabé, que lo realizó al fin.

–¡Ya es tarde para ti! –murmuró triunfante Betsabé, viendo salir de la torre a Wahdah. Muy pronto el tósigo penetrará en las venas de tu sultán amado y no se alzará la torre. ¡Oh, yo volveré a mi eternidad, a mis jardines y a mis alcázares!

En esto el conjuro de la alfombra surtió su efecto y Betsabé se vió forzada a aparecer ante Wahdah, quien la arrancó el anillo, diciendo al punto:

–¡Genios, edificad el castillo de la Alambra!

En el acto se alzó la *Torre de los siete suelos*. La alborada disipó la niebla y Wahdah vió ante sí, con asombro, sobre la cumbre de la *Colina Roja*, un fuerte castillo. Cuatro murciélagos pasaron entonces por el ajimez de Wahdah. ¡Eran Betsabé y sus tres hermanas! Wahdah fue a buscar al rey. Éste, maravillado a la vista del palacio, exclamó:

–¿Qué torres son aquéllas? ¿Qué alminar es aquel que se eleva hasta las nubes? ¿De quién es aquel alcázar cuyas cúpulas de oro lanzan rayos de fuego heridas por el sol de la mañana?[lxxvii].

Wahdah le informó de todo.

El sultán, asombrado del prodigio, se posesionó del castillo, y al entrar llamóle la atención, esculpida sobre la clave del arco exterior, una llave, y en el inferior, de la misma manera, una mano pugnando por alcanzarla. El rey oró pidiendo al Señor le explicase aquel simbolismo:

–Cuando esta mano descienda hasta tocar esta llave –le reveló el anciano de la Torre–, los espíritus condenados que encierra la Torre de los siete suelos tenderán sus alas sobre Granada, sembrando la muerte y la desolación, y los hijos del Islán serán raídos de esta tierra.

El rey dió el joyel de su toca al sabio, y desde aquel día hasta el de su muerte habitó en el castillo y en él fué enterrado.

....

El genio del porvenir le murmuró también al rey al oído:

–He aquí ahora tu página funesta. Se sublevarán contra ti los valíes, serás asesinado por tu hijo, pero este alcázar llevará tu nombre y una mujer elegida por Alah entre sus huríes, morará contigo por toda la eternidad. ¿Qué castigo pides a Alah para el parricida?

–¡Perdón para mi hijo!

–Justo entre los justos, tu hijo será contigo en el Edén cuando el príncipe Aben-al-Malek rompa el encanto de la hurí que duerme en la Torre de los siete suelos.

Al abrir los ojos Alhamar se encontró al pie del sauce donde se había dormido, cazando, sin recordar nada de su visión. Bajó a su alcázar, y de allí en adelante todo sucedió según su sueño, porque así estaba escrito. Desaparecieron sin saberse cómo, el príncipe Juzef y los tres rebeldes valíes, y sucedió al rey su primogénito Mohamet II y otros diecinueve reyes hasta Boabdil.

....

Quince años habían transcurrido desde la caída de Granada en poder de los cristianos que lo profanaron todo. Sin embargo, no pudieron entrar en la Torre de los siete suelos, porque la defendía el terror, pues aunque se abría con inauditos esfuerzos la puerta de hierro pequeña que cierra el suelo primero, se oye un ruido sordo como el galopar de lejano

caballo, y vuela en el silencio de aquellas sombras un gigantesco murciélago que lanza gritos semejantes a los de una mujer enloquecida, a cuyo grito de desesperación contestan más abajo otros seis gritos horrorosos, y una corriente de muerte apaga las antorchas, al par que las miasmas que suben hacen perder los sentidos al imprudente visitante, que tiene que salir al punto si no quiere perder la vida.

Al obscurecer del mismo día en que finaban los quince años después de la conquista, penetraba a caballo en el recinto el príncipe Aben-al-Malek, el que había partido aquella madrugada del Hedjar obedeciendo a su destino y a la voz del anciano morabita Aben-Kalek.

Renunciamos a hacer la historia del príncipe Aben-al-Malek en la torre, por ser la consabida de *La Oreja del Diablo,* que el lector puede ver en el tomo I de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur.* Baste decir que bajando por sucesivos suelos fue venciendo las tentaciones de Betsabé y de las tres hermanas-murciélagos y a los tres valíes, sus amantes; o sea a la molicie, la codicia, el dolor, la enfermedad, la injuria, la lujuria y la soberbia. Al final de todas estas pruebas en los sucesivos subterráneos, tuvo el príncipe que luchar contra Aben-al-Malek, libre ya del encanto que le sujetaba a correr en vano tras su amada, el hada Fayzuly es a saber la presencia de Djeouar leyendo en su libro. El condenado Aben-Zohayr hubiera vencido si no se hubiera interpuesto generoso, Juzef, el hijo de Alhamar (que también habría sido condenado por haben envenenado a su padre, si éste no le hubiera perdonado al morir). Juzef, salvando a un inocente, pagó así con su vida el crimen cometido, y el príncipe Aben-al-Malek, que a no ser por esto habría sido destrozado por Aben-Zohyr, arrancó de su prisión de tantos siglos, a su amada el hada Fayzuly, seguidos de cerca los dos amantes por el caballo sin cabeza de Aben-Zohayr, hasta que al dar la última campanada de las doce de la noche, el maldito, muerto su descabezado caballo, se vió de nuevo en el fondo de la torre corriendo en torno del diván donde había estado encantada novecientos años Fayzuly y donde ya no queda sino el libro de Djeouar, pues tanto éste como el príncipe Juzef, habían desaparecido. El maldito no puede salir con su caballo sin cabeza sino mientras dan las campanadas de las doce en la noche de San Juan.

¡Tal es la historia compuesta por el poeta Noemán-Dzin-Nun-el-Azis el Jeray, cuyo nombre sea bendito!, termina diciendo el gran novelista Don Manuel Fernández y González, de cuya citada obra hemos extractado todo lo transcripto.

(58) Leyendo la tan complicada ceremonia realizada por el piadoso brahmán Sham Rao, se acuerda uno de las también complicadísimas de otros cultos y se pregunta si entre semejante hojarasca de ritos cuyo sentido esotérico se ha perdido, no yacen joyas de inestimable valor. La hermosísima ceremonia católica de los oficios del Sábado santo, son buena prueba de ello con sus luces y fuegos apagados; sus pilas sin agua y sus altares sin ornamentos. El simbolismo continúa con el encender del nuevo fuego, mediante pedernal y eslabón, cosa que, según Alexandre Bertrand, en sus *Druides et Druidisme,* se reputó siempre como acto de magia siniestra; el bendecir y fijar los cinco clavos de incienso en el cirio pascual en símbolo de la pentalfa o *rosa del Pensamiento,* que ha de comunicar la luz al cirio, antes de ser él sumergido ardiendo en la pila bautismal, con ceremonias que luego han de recordar las primeras escenas de *El oro del Rhin,* wagneriano; el encender con el Fuego sagrado las tres luces representativas de la cristiana Trimurti; el invocar a todos los seres del cielo, en ese verdadero canto védico que se llama la Letanía; el yacer por el suelo durante ella, y como dormido, el sacerdote, y el leerse, por el subdiácono, las más genesíacas profecías, al hombre y al mundo relativas, etcétera, etc., hasta llegar así, con preciosos detalles que aquí omitimos, a entonar el ¡Gloria in excelsis! de la Misa...

Quien, en efecto, lea las ceremonias que, sin duda, Sham Rao practicó, verá en ellas algo así como la prehistoria de las canónicas *Rúbricas* de los demás cultos. El repique de las campanas; la meditación sobre el taburete; el bañado de los ídolos; el tomar de la ceniza; los *mantrams* y demás jaculatorias; el pronunciado *in menti* de ciertas sílabas sagradas taumatúrgicas; el encendido de los pebeteros y de los cirios; el rezado del rosario o *mala*, que de allí y de los yoguis brahmánicos le hubo de tomar probablemente Santo Domingo; el saquito de la *gomuhka*, o "boca de la Vaca"; todo, en fin cuanto integrara a la complicada ceremonia del honrado brahmán, nos trae a la memoria cosas nuestras, muy nuestras y muy cristianas, que tienen en aquéllas su obligado precedente.

Y ya que otra vez hemos hablado de la consabida *Vaca* brahmánica, que empieza ya a tomar carta de naturaleza en nuestra literatura tras la publicación de *De gentes del otro mundo,* no perderemos la ocasión de consignar que las 108 vueltas dadas por el oficiante en torno de ellas, llevando esmeradamente el cómputo con las 108 cuentas de su *mala* o rosario, es un perfecto número simbólico, que nos recuerda los ciento ocho mil años del llamado *ciclo astronómico de desplazamiento del perihelio*, que es el mayor de los que conoce

nuestra ciencia de Occidente, y *también la cuarta parte exacta* del ciclo abstracto del 4, el 3 y el 2 (o sea 432), del que con tanto encomio habla la Maestra al ocuparse de los enormes ciclos de miles y millones de años que abarcan las cronologías hindúes[lxxviii].

Los desposorios, en fin, entre el alto dios y la planta humildísima del *basilicum regium,* de que nos habla finamente el texto, tiene hondo significado ocultista, ya que, dentro de la ley de razón inversa que parece ligar a lo espiritual y lo físico en los seres, el átomo, que es el primer eslabón de la gran cadena o el primer peldaño de la mística Escala de Jacob, es más bien el *Dios-átomo,* cuyos elementos espirituales, apenas si han empezado a diferenciarse en el Seno Abstracto de la Inefable y Emanadora Divinidad, mientras que dichos elementos van descendiendo, por decirlo así, a medio da que la planta evoluciona y asciende. Un mayor descenso del Divino Rayo, constituye la parte transcendente del animal –y de aquí los animales-dioses simbólicos del Egipto y de otros países– hasta llegar a cobijar al hombre, y, en inefable abrazo, celebrar esos místicos desposorios con la humana Mente, a los que hace directa alusión el mito de todos los países con leyendas como la de Eras y Psiquis, pudiendo decirse entonces que el hombre ha llegado a la perfección, o sea, que, igualados los dos términos de aquella razón inversa, se tiene el hombre-prototipo, el Adepto, que dice la literatura teosófica, o *l'homme carrè,* que, con gran acierto matemático se dice en la lengua francesa.

VII

UN ANTRO BRUJESCO

Durante el resto de nuestra estancia en casa de Sham Rao, éste se sintió el hombre más complaciente del mundo, haciendo todo lo imaginable en nuestro obsequio, no queriendo dejarnos partir sin que visitásemos la cosa más célebre de aquella comarca: el antro de una bruja *o jadú–wâlâ*, famosa en muchas leguas a la redonda. La hechicera, según se nos dijo, estaba a la sazón bajo la influencia nada menos que de siete diosas hermanas que se posesionaban de su cuerpo por turno, pronunciando oráculos por los labios de la vieja. Sham Rao nos estimuló a que la viésemos aunque fuese sólo por mero interés científico.

Llegada la noche nos dispusimos para la excursión a la caverna de aquella pitonisa indostánica que distaba cinco millas de allí, por un camino suave a través de una espesa selva. Como ya estábamos bien curados de espanto, despedimos los elefantes que nos habían conducido desde la *ciudad muerta,* tomando un par de nuevos *behemoths* propiedad de un rajá vecino, fuertes y de confianza absoluta. Empleados ellos otras muchas veces en la caza de los tigres reales, nada temían ya de las fieras. ¡Marchemos pues! (59)

La rojiza llama de nuestras antorchas cegaba nuestros ojos en la tenebrosa obscuridad del bosque. Hay algo de indescriptiblemente fascinador y solemne en estas augustas travesías por las vírgenes selvas de aquellos rincones indostánicos. Diríase que todo dormita en torno nuestro, y sólo rompe el silencio nocturno el monótono y pesado caminar de los elefantes cual el martilleo de una de las fraguas de Vulcano. De vez en cuando, sin embargo, se escuchan vagas voces y escalofriantes murmullos en el sombrío ámbito de la maleza.

–Es el viento, que entona su misteriosa canción entre las ruinas de otros días. ¡Maravilloso fenómeno acústico! –observó uno de la partida.

–*¡Bhuta; bhuta!* –exclamaban espantados los superticiosos portadores de las antorchas, al par que, girando rápidamente sobre una pierna y castañeteando los dedos, las blandían como si trataran de espantar con ellas a los elementales malignos.

Piérdese luego en la lontananza el quejumbroso lamento, y retornan a sonar en el bosque las suaves cadencias de su invisible vida nocturna. Ora es el chirrido metálico de los grillos, ora el leve susurrar de las hojas o el vago zumbido de algún insecto. Todo cesa de repente por unos momentos, y luego torna a principiar aumentando gradualmente. ¡Cuán vigorosa vida no palpita en la débil hoja; en la mísera yerbecilla, en el seno de la selva del trópico, mientras que miriadas de luciérnagas, cual estrellas caídas en el suelo, fosforecen misteriosas!

Pasada la parte llana de selva, viene un profundo valle, en el más intrincado lugar de aquellas espesuras, donde aun de día las sombras son tan negras como la noche. A juzgar por los derruidos contrafuertes del Mandú que se yergue sobre nuestras cabezas, nos hallamos en el talud de los Montes Vindhyos y a dos mil pies de altura. Levántase repentinamente un frío viento que está a punto de apagarnos las antorchas y que, colérico y oprimido entre aquel laberinto de rocas y malezas, sacude las ramas de las syringas en flor, cual si fuese a desgajarlas, para despeñarse después hacia el profundo valle rugiendo, silbando, chillando como si todos los demonios del bosque le hubiesen desencadenado.

–¡Hemos llegado! – exclamó Sam Rao desmontando–. Henos ya en la aldea. De aquí nuestros animales no pueden pasar adelante.

–¿Qué aldea decís? Os habéis equivocado sin duda alguna, porque no se divisan más que árboles por todas partes–replicamos.

–Es que todo está demasiado obscuro para advertirla. Son tan míseras sus chozas y yacen tan escondidas entre la maleza, que a duras penas se pueden encontrar ni aun de día. Además, en las casas no tienen encendida luz alguna por miedo a los espíritus errantes.

–Y vuestra hechicera, ¿dónde hallarla? ¿Acaso ha de celebrarse la función en una obscuridad cimeriana?

Sham Rao, al oírnos expresar de aquel modo, tendió una temerosa mirada en torno suyo, y con voz trémula por la emoción, repuso:

–¡No llaméis a la hechicera! Os lo ruego. Pudiera oíros... De aquí a adonde ella mora no hay media milla y no deis lugar a que tan corta distancia os haga variar de propósitos. Caballo ni elefante alguno podría llegar hasta allí. Caminemos, pues, que allí encontraremos bastante luz...

Semejante perspectiva no nos resultaba demasiado agradable que digamos. Caminar durante el resto de aquella obscura noche indostánica; arrastrarse por entre cactos y maleza; internarse más y más en aquella cavernosa espesura llena de animales salvajes, era ya demasiado para los nervios de Miss X..., y la pobre mujer declaró que no daría un paso más, sino que se quedaría a dormir en el howdha aquel sobre el lomo de su elefante. También Narayán era opuesto a semejante *viaje de placer;* desde el comienzo, y paladinamente proclamó que aquella mujer era la única con sentido común en la partida.

–Sin duda que nada perderéis con ello –le dijo–, y mi gusto sería que os imitasen todos.

–Por qué tal cosa? –replicó Sham Rao con visibles muestras de contrariedad viendo en peligro de fracasar la expedición por él trazada–. ¿Qué daños nos pueden sobrevenir por ello? No insistiré en deciros que la "encarnación de los dioses" que ella practica es un rarísimo espectáculo para ojos europeos. Además, la Kangalina lleva una vida ascética; es una santa profetisa y su bendición no puede causar a nadie daño alguno. Yo si insisto en que la visitemos es por puro patriotismo.

–Sahib–opuso Narayán –, si todo vuestro patriotismo consiste en mostrar a los extranjeros la peor de nuestras llagas, ¿por qué no habéis mejor hecho venir y desfilar ante nuestros huéspedes a todos los leprosos del distrito? No carecéis de facultades para hacerlo, ya que tenéis la investidura de *patel*.

Narayán estaba desconocido. Él, que de ordinario mostraba un carácter dulce y bondadoso tan indiferente a todo lo exterior, parecía fuera de sí aquella vez y nosotros tratamos de evitar semejante querella entre dos dignos hindúes. Por su parte, el Coronel, oficiando de amigable componedor, observó que era ya demasiado tarde para perder el tiempo en discusiones, y como además, sin ser un convencido en aquello de "la encarnación de los dioses", sí lo estaba de que existían endemoniados hasta en Oriente, deseaba investigar acerca de los fenómenos psíquicos aprovechando para ello cuantas ocasiones se le presentasen.

La caravana que formamos no era para descripta, y nuestros amigos europeos y americanos se habrían admirado ante la procesión aquella, remontando a lo largo del dificultoso sendero de la montaña. Teníamos que ir de dos en dos por lo estrecho de los peligrosos pasos, y éramos hasta treinta, incluyendo en ellos los criados portadores de antorchas. El Coronel se puso a la cabeza de aquella heteróclita hueste con no sé qué suerte de añoranza de sus pasadas y gloriosas campañas contra los sudistas en la guerra de secesión norteamericana. Dió órdenes de que se cargasen carabinas y revólveres; destacó tres porta antorchas como vanguardia y nos alineó por parejas. Nada podíamos temer de los tigres, comandados como íbamos por tan bizarro jefe, y rompiendo marcha emprendió nuestro destacamento la penosa ascensión hacia el antro de la hechicera.

Sin embargo de toda aquella sabia organización, había que ver el lastimoso estado en que llegamos a la caverna de la pitonisa de Mandú. Mi vestido, igual que los guardapolvos del Coronel y de Mr. Y... quedaron hechos trizas. Cada espina de cacto del sendero había abierto en ellos su correspondiente siete, y en la enmarañada cabellera del babú bullía una plaga de cigarrones y gusanos de luz a ella atraídos sin duda por el olor del aceite de coco. El corpulento Sham Rao resoplaba como un émbolo de vapor. Tan sólo Narayán aparecía el mismo de siempre cual escultórico Hércules de bronce, con maza y todo. Tras una revuelta del pedregal de la altura nos encontramos de improviso en una llanada o meseta, donde, al par que quedaban deslumbrados nuestros ojos, resonó en nuestros oídos una extraña melodía que no parecía cosa de este mundo. Un nuevo y estrecho valle se nos presentaba más adelante, cuya embocadura aparecía tapada por espesas malezas. Podríamos haber pasado junto a él sin sospechar siquiera su existencia. En el fondo de aquella garganta divisamos por fin la morada de la Kangalina.

El brujesco antro no era sino las ruinas de un antiquísimo templo hindú en pasable estado de conservación y que, según todas las apariencias, debía haber sido alzado muchos siglos antes que la propia “ciudad muerta”, puesto que en la época de ésta le estaba ya prohibido a los *paganos* tener lugares propios para su culto y el templo se hallaba no lejos de la muralla de la ciudad, precisamente debajo. Una masa inextricable de malezas cubrían sus antiguos altares y las dos cúpulas de las pagodas laterales se habían caído ya por completo. Las ramas de todos los árboles inmediatos aparecían cubiertas por trapajos de colores chillones; pedazos de cintas, pequeñas vasijas y cien otros abigarrados talismanes, en los que la superstición popular todavía creía hallar no poco de sagrado. ¡Y razón sobrada tenían en

ello aquellas gentes infelices! ¿Acaso no era harto sagrado el suelo en que arraigaba aquella maleza y no estaba su savia saturada con el incienso y las emanaciones de los santos anacoretas que allí vivieron antaño?

El instruido, pero pícaro y supersticioso Sham Rao, se limitaba a contestar a nuestras preguntas formulándonos a su vez otras por su parte.

El templo central, empero, con sus rojos sillares graníticos perduraba desafiando los rigores del tiempo y, según más tarde se nos dijo, un profundo túnel se abría detrás de su poterna herméticamente cerrada. Lo que después de ella hubiera nadie podrá saberlo. Sham Rao afirmaba, no obstante, que ningún hombre de las tres generaciones había logrado nunca cruzar la entrada que cerraba la gruesa cancela, y nadie había sondado en lo que él se conocía, el pavoroso subterráneo. Tal era, pues, el refugio de la Kangalina que allí moraba perfectamente aislada de todo trato humano, y las gentes más ancianas juraban que jamás la habían visto salir de su redro. Afirmaban además algunos que la hechicera contaba con trescientos años por lo menos de edad; otros añadían que cierto viejo había revelado en el lecho de muerte a su hijo, que la tal era nada menos que *su propio tio*, tío más que fabuloso, que se retiró a la caverna por los días en que la "ciudad muerta" aun contaba con algunos centenares de habitantes. El eremita aquel, preocupado tan sólo en abrirse el camino que había de conducirle hacia la Moksha o cielo, no tenía relación alguna con el resto del mundo y nadie sabía a ciencia cierta cómo vivía ni lo que comía. Cuando tiempos más tarde los *bellati* o extranjeros profanaron con su mera presencia la montaña sagrada aquella, el viejo ermitaño transformóse de repente en ermitaña, quien continúa con la mismísima vida y hábitos que aquél, hablando con su propia voz varonil y muy a menudo en su propio nombre, con la sola diferencia de que recibe ya ofrendas y adoraciones, cosa que jamás hizo su antecesor. (60)

Habíamos llegado demasiado pronto, y la pitonisa aún no se había mostrado ante la multitud que pululaba por la explanada del templo, formando un conjunto tal selvático como pintoresco en torno de una enorme hoguera encendida en el centro. Aquellos agrestes seres casi desnudos parecían otros tantos gnomos negros, sobre todo cuando alimentaban el fuego echando ramas enteras de árboles en honor de las siete diosas hermanas que allí tenían su reino. Con monótona lentitud danzaban todos, ora sobre una pierna, ora sobre la otra, bajo la cadencia de una soñolienta frase musical, la misma siempre, que repetían en coro con acompañamiento de tamboriles y támtanes del país. El

angustioso sonsonete de estos instrumentos mezclábase con los ecos del bosque y con los gemidos histérico–epilépticos de dos jovencitas que yacían tiradas sobre un montón de hojas al lado del fuego. Las infelices criaturas habían sido traídas allí por sus madres con la esperanza de merecer la compasión de las diosas, quienes las libertarían sin duda de los malos espíritus obsesores. Entre ambas madres, que eran aún jóvenes, sentadas sobre sus talones, contemplaban embobadas las llamas. Persona alguna, ni antes ni después, se fijó en nosotros, cual si fuéramos unos seres invisibles.

–¡Mirad! –exclamó misteriosamente Sham Rao –ya presiente la multitud la aproximación de las diosas. Llena está la atmósfera de sus sagradas emanaciones. Y mientras así decía, contemplaba cariñoso a los indígenas aquellos, a quienes Hæckel, su maestro amado, habría podido tomar sin esfuerzo por "el eslabón perdido" en la progenie que se iniciara con su célebre *bathybius hæckelii*.

–Pero, ¡si es que se hallan sencillamente bajo la letal influencia de opio! –replicó el irreverente librepensador del babú.

Efectivamente que los espectadores, de automatizados movimientos, parecían sonámbulos despiertos, y diríase que los actores tenían el baile de sanvito. Uno de éstos, mero esqueleto de luenga barba blanca y gran estatura, apartándose del círculo, comenzó una vertiginosa danza con los brazos en cruz y rechinando sus dientes de lobo viejo. Daba espanto sólo el mirarle, pero pronto cayó inerte sobre el suelo y fué brutalmente echado a un lado por lo pies de la inconsciente multitud de los endemoniados y locos danzarines.

Con ser harto horrible todo esto, aún nos aguardan mayores horrores que contemplar.

Para hacer más corto el tiempo de espera hasta la aparición de la *prima donna* de aquella *compañía de ópera del bosque*, nos sentamos sobre un viejo tronco dispuestos a aburrir con preguntas a nuestro bondadoso Sham Rao, pero no bien me había sentado, cuando retrocedí presa de un asombro y un horror indescriptibles.

Acababa de percibir la calavera de un deforme animal, un monstruo sin filiación posible en mis reminiscencias zoológicas.

La tal calavera, en efecto, era muchísimo mayor que la del elefante, a juzgar por sus colmillos que descendían hasta mis pies a modo de gigantesca sanguijuela. ¡Pero el elefante –me decía a mí misma– carece de cornamenta, mientras que este monstruo tiene hasta cuatro cuernos, dos que salen de su plana frente, extendiéndose e inclinándose hacia atrás,

mientras que la ancha base de los otros dos disminuye gradualmente de grueso hasta llegar a la mitad y con candiles para decorar a una docena de alces. Además, en sus vacías órbitas estaban estirados, en lugar de ojos, fragmentos o parches de piel de rinoceronte cuyo transparente color de ámbar parecía darlos vida. Unas lamparitas colocadas detrás aumentaban los horrores de tan endemoniado *bicho*.

–¿Que diantre puede ser este animal? –nos preguntamos picados de vivísima curiosidad, sin que ninguno de nosotros conociésemos nada parecido. Hasta el Coronel estaba alborotado.

–Es un *Sivatherium* observó Narayán–. ¿Es posible que no conozcáis aún en vuestros museos semejante animal fósil? Sus restos son bastante comunes en el Himâlaya y se le ha denominado así por estar dedicado al dios Siva.

–¡Oh maldita hechicera! –añadió el babú– pocos días usarás de tal reliquia, así que se entere de este antediluviano fósil el colector del distrito.

En torno del pelado cráneo del bicho había montones de blancas flores, que si no eran antediluvianas también, al menos nos eran asimismo desconocidas, especie de enormes rosas de blancos pétalos, cubiertos por el inevitable polvo rojo de sándalo propio de toda ceremonia hindú. Grupos de cocos y grandes bandejas de arroz exornadas con cirios rojos y verdes se veían mas lejos, y en el centro del pórtico oscilaba un verdadero *botafumeiro* orlado de candelabros, en el que arrojaba por almorzadas las substancias olorosas un monago vestido de blanco.

–La gente que se reúne hoy aquí para tributar culto a la Kangalina –nos dijo Sham Rao– no pertenece ni a su secta ni a otra alguna, porque son tribus montañesas de tantas como hay medio perdidas en los últimos rincones de la India, que viven en pequeñas comunidades, sin pertenecer realmente a los pueblos hindúes, ni creen en sus dioses, siendo unos meros adoradores del diablo. Sin embargo, a diferencia de los del Tranvacore meridional o *shanaras*, no inmolan víctimas ni construyen templos a sus *bhutas*, y creen que desde muchos siglos les odia, per. sigue y atormenta la diosa Kali, esposa de Siva, que les envía los espíritus más perversos para hacerlos eternamente desdichados. En las demás cosas coinciden con las creencias de los shanaras. Dios para ellos es una palabra vacía de sentido y hasta tienen a Siva como a uno de tantos espíritus vulgares, guardando todo su culto para las almas de los muertos. Añaden que estas almas, por santas y justas que hayan

sido durante su vida, se transforman, después de morir, en seres de la perversidad más supina, que cifran toda su dicha en atormentar a los vivos y dañarles en sus bienes y en sus ganados. En cambio, los que fueran perversos aquí abajo, se transforman después de la muerte en fantasmas de corazón muy débil, destrozado a la continua por los más crueles dolores por no haber sido más perversos todavía. Contra lo que podía presumirse, tales gentes de creencias diabólicas y salvajes, son, sin embargo, los seres más bondadosos y compasivos de todos los pueblos de la montaña, dentro de sus infantiles ansias de ser aquí muy buenos para poder ser allá, en la otra vida, lo más malvados que darse pueda.

Y al decir esto, Sham Rao se rió de su propia agudeza, con tan buenas ganas, que su hilaridad llegó a parecernos hasta ofensiva a la santidad de los lugares aquellos.

–El año pasado –continuó Sham Rao–, tuve que pasar unos días en Tinevelli, en compañía de un shanar amigo, y pude presenciar una de aquellas ceremonias demoníacas a las que antes he aludido. Jamás europeo alguno ha tenido la oportunidad de ser testigo presencial de semejante culto diabólico, digan lo que quieran los misioneros, quienes lo saben sólo por las referencias de algunos shanares conversos. Es mi dicho amigo un hombre muy rico, con quien, por tal causa acaso, los demonios se ensañan con preferencia. Le contagian con plagas sus ganados; le arrasan sus siembras y cafetales, y persiguen a su numerosa parentela con locuras, insolaciones y, sobre todo epilepsias, instalándose, sin posibilidad de ser echados, en todo el ámbito de sus vastas tierras de labor, bosques, edificios, establos y hasta ruinas. No sabiendo ya mi amigo qué partido tomar, pobló todas sus posesiones de pirámides de mampostería estucada y pidió con fervientes oraciones a los demonios que imprimiesen sus retratos en ellas para poderlos reconocer y adorar, distinta y separadamente, a cada uno en su pilastra. ¿Y sabéis qué aconteció luego? Pues que al otro día se encontraban las pirámides cubiertas de trazos y dibujos representativos de cuantos habían muerto en las inmediaciones. Así le fué dable al rico aquel reconocer a no pocos de entre ellos, por haberlos tratado personalmente en vida. Hasta el retrato de su finado padre fué por él identificado en una de las construcciones...

–¿Y quedó el hombre así satisfecho? –preguntamos.

–¡Oh! ¿quién lo duda?... ¡Satisfechísimo porque esto le permitía escoger con acierto las cosas adaptadas a los diversos gustos de cada demonio, entre ellos el de su difunto padre, cuyo carácter irascible, que si en vida a poco si no le rompe de niño ambas piernas con una

palanca por castigarle, allí, en la región de los muertos no podía ya ser demasiado temible. Otro retrato con el que tropezó en la mejor de las pirámides, no pudo menos de sorprenderle grandemente, poniéndole en grave aprieto, porque él y la comarca entera pudieron identificarle como correspondiendo a cierto capitán Pole, un inglés que en vida había sido el más perfecto de los hombres.

–¿De veras? ¿Es posible, acaso, que esta peregrina tribu preste adoración también al capitán Pole?

–¡Por supuesto!... Era el capitán un hombre tan excelente, y un oficial tan pundoroso, que, después de su muerte, no podía menos de ser elevado al grado supremo entre los demonios shanaras. Aún existe la casa de Pekovil, consagrada a su memoria, no lejos de Pekovil Bhadrakali, otorgada recientemente a una señora alemana quien, habiéndose distinguido en vida por lo caritativa, yace ahora transformada en una peligrosísima diablesa.

–Decidme, pues, algo de las ceremonias o ritos de esta gente –seguí interrogando llena de curiosidad.

–Ellos no consisten sino en danzar, cantar e inmolar animales, pues los shanaras aun conservan su régimen de castas y comen de toda clase de carnes. Previamente convocado el pueblo por sus sacerdotes, se congrega en un sitio de los alrededores de Pekovil y allí, con redoble ensordecedor de tambores y demás instrumentos de ruido, inmolan aves, carneros y cabritos. Cuando llegó el turno de rendir honores al capitán Pole, no se contentaron con menos que con matar un buey en homenaje al gusto peculiar de su país. En tales ceremonias, el sacerdote oficiante se presenta cubierto de *bangles*, armado de báculo cuajado de sonoras campanillas y orlado por su cuello con guirnaldas de flores blancas y rojas, amén de una horrible hopalanda pintarrajeada con los más monstruosos diablos que os podéis imaginar. Bramaban los sonoros cuernos; redoblaban sin cesar los tambores y ¡se me olvidaba deciros! chillaba también cierta especie de violín cuyo secreto sólo es conocido por los sacerdotes shanaras. Su arco es el arco común de bambú, pero respecto de sus cuerdas se dice que están hechas con venas humanas trenzadas... Digo, pues, que cuando el capitán Pole se posesionó del cuerpo del oficiante, éste dió un espantoso salto, se abalanzó sobre el buey, le mordió como una fiera, atracóse de su sangre palpitante al par que el animal moría, y después de ahíto, dió comienzo a su macabra danza... Pero, ¡cielos!, ¡que

espectáculo más horripilante el del brujesco baile!... Ya sabéis, ¿no es verdad?, que yo disto mucho de ser un hombre supersticioso; pues bien...

Sham Rao quedó parado un momento al par que parecía interrogarnos con la mirada. Por mi parte, al oír sus revelaciones, celebraba infinito que la supersticiosa Mis X... se encontrase dormida en su *howdah* a más de media milla de distancia.

–El sacerdote, digo –continuó Sham Rao visiblemente emocionado–, daba vueltas y más vueltas en vertiginoso torbellino, cual si poseído estuviese por todos los demonios de Naraka. La multitud hipnotizada profería un continuado aullido y al compás de sus gritos, el sacerdote comenzó a infligirse profundísimas heridas en todo su cuerpo con el ensangrentado cuchillo sacrificador. El contemplarle hecho una furia del abismo; al viento su flotante cabellera; con la boca cubierta de epilépticos espumarajos y bañado todo en sangre del sacrificado buey, mezclado con la que a torrentes manaba de sus propias heridas, era un espectáculo tal, que ya no le podía soportar un punto más sin caer desmayado... Me sentía preso de una alucinación verdaderamente infernal, y todo comenzaba a dar vueltas a mi alrededor, cuando...

Al llegar a este punto de su escalofriante narración Sham Rao, se detuvo estupefacto: ¡la Kangalina se hallaba ante nosotros! (61)

Tan repentina había sido su aparición, que todos nos quedamos como paralizados. Embebidos en la narración de Sham Rao nos fué imposible el saber de dónde ni cómo había surgido la hechicera, y no nos habría sorprendido más si hubiese brotado de las entrañas de la tierra. Narayán lanzóla una mirada intensísima con aquellos sus grandes ojos negros, y el babú chascó su lengua, lleno de confusiones.

Un esqueleto de mujer de siete pies largos de altura, recubierto por una piel obscura, con una angelical cabecita de niño muerto aposentada sobre sus huesosos hombros de vieja, y con dos ojos demoníacos, tan horriblemente hundidos al par que con mirada tan de fuego, que embotaba nuestros cerebros y paralizaba nuestro corazón, helando la sangre en las venas.

Aunque trato de pintar aquí tan sólo mis impresiones personales, me es casi imposible dar una débil idea de la intensísima emoción sufrida por mí ante aquel espectro diabólico. El Coronel y Mr. Y... palidecieron, hipnotizados bajo su penetrante mirada, y este último hizo ademán de querer huir.

Semejante impresión no era para soportada mucho tiempo, y se desvaneció tan luego como la hechicera lanzó su fulgurante mirada sobre las cabezas de la multitud puesta de hinojos ante ella. Procedimos entonces a darnos mejor cuenta de aquel fantasmón espantoso. ¿Cuál sería su verdadera edad: doscientos, trescientos años acaso? Lo mismo podía tener un milenio, a juzgar por su momificado aspecto de cadáver galvanizado. Diríase que venía arrugándose más y más desde el principio del mundo y que ni los años, ni las dolencias, ni los elementos, tenían ya acción alguna sobre esta viva estampa de la muerte ante la que, después de tocarla con su helado dedo, el tiempo mismo se habla detenido impotente. Ni una cana se veía, sin embargo, en su negrísima cabellera de ébano, y sus largas guedejas de azabache tenían cierto contraluz verdoso y metálico, cayendo pesadamente hasta sus rodillas... Un repugnante recuerdo –triste me es decirlo– se vino entonces a mi imaginación: representéme el pelo y las largas uñas de esos cadáveres a quienes siguen creciendo dentro de la tumba, y procedí a contemplar las manos espantosas de aquella bruja maldita.

Esta permanecía tan inmóvil como una estatua, como un satánico y negro ídolo, sosteniendo en una mano una bandeja con alcanfor ardiendo y en la otra un puñado de arroz. No levantaba un momento los ojos de sobre la prosternada y consternada multitud. Parecía indiferente por completo hasta para las pálidas llamas de alcanfor que lamían casi las mejillas de su espectral cabeza, y su cuello, rugoso como una seta y más delgado que un espárrago, estaba exornado por triple fila de medallones y una gran serpiente de oro. Un harapo de muselina anaranjada mal cubría las deformaciones de su cuerpo grotesco, que nada parecía tener de humano casi. (62)

Bajo el magnético efluvio de la hechicera, se irguieron repentinamente las epilépticas chiquillas, lanzando un angustioso y prolongado aullido de animales heridos de muerte, y bien pronto fueron seguidas por el viejo aquel que, extenuado por su frenético baile macabro, yacía inerte sobre el suelo.

Todo el cuerpo de la maldita vibró convulsivamente y en medio de su agitación infernal erguida sobre la punta de sus pies, dió comienzo a sus invocaciones pavorosas.

–¡Ved! ¡La diosa primera de las siete comienza ya a posesionarse de ella! –balbució Sham Rao sin tratar de enjugarse siquiera los goterones de sudor frío que brotaban de su frente–. ¡Miradla!

Vano consejo, pues que no podíamos mirar otra cosa alguna.

Los movimientos de la hechicera eran al principio muy lentos, desiguales y poco convulsivos; luego fueron poco a poco más intensos e irregulares, hasta que, al fin, siguiendo siempre el creciente ritmo de los sonoros tambores, inclinó su cuerpo hacia adelante. Sin caerse, y retorciéndose cual una serpiente, comenzó una loca danza, girando macabramente en torno de la hoguera. La hojuela arrebatada por raudo torbellino no gira más de prisa que giraba ella. Los desnudos pies huesosos de la fiera bruja diríase que no tocaban casi en la tierra, y sus largas guedejas, erizadas como por influjo de una corriente eléctrica, azotaban en el giro de la danza a los espectadores más próximos que de rodillas tendían sus brazos suplicantes hacia aquélla. Cada guedeja era como una serpiente, y aquel que se sentía tocado por una de ellas, caía en tierra trastornado de felicidad, dando gracias a voz en cuello y considerándose de allí en adelante bendito, porque no era, no, un cabello humano el que le habla tocado, sino la misma diosa aquella que así le consagraba.

Las decrépitas piernas de la hechicera continuaban y centuplicaban su raudo girar, tanto, que ni el tamborilero podía ya seguirla con su redoble. Entonces, superando a la velocidad del ritmo mismo del tamboril, volaba literalmente, precipitándose adelante. Extasiadas sus yertas pupilas en la contemplación de algo invisible para los demás mortales, lanzaba un fuego infernal que quemaba hasta la medula al adorador que en ella mantuviese fija su mirada. A cada mirada, la bruja arrojaba algunos granos de arroz, y sin embargo, el puñado parecía inagotable cual si fuese el Cuerno de la Abundancia o el saco sin fondo del príncipe Fortunato. (63)

Súbito se detuvo como herida por un rayo.

Aunque la frenética danza en torno de la hoguera había durado unos doce minutos, no se adivinaba huella alguna de fatiga en aquella faz cadavérica. Detúvose únicamente, por lo que se vió, el momento preciso para que aquella diosa que la poseía a la sazón, pudiese ceder su turno a la siguiente, que ya llegaba. Tan luego, pues, como la hechicera se hubo sentido libre de la obsesora saltó como un gamo por encima de la hoguera y se lanzó en el hondo del estanque de junto al pórtico, para que allí dentro se posesionase a su vez de ella

la segunda de las diosas hermanas. Al salir cogió de manos del monago un segundo plato de alcanfor ardiendo y tornó a su danza vertiginosa, como si nada hubiera sucedido.

El Coronel, que estaba reloj en mano, pudo apreciar que la segunda danza, no menos dislocada que la primera, había durado catorce minutos, después de lo cual la hechicera se sumergió dos veces más en la piscina en honor de aquella diosa segunda, y así, al final de cada nueva obsesión, fué aumentando el número de sus zambullidas. Hacía, pues, hora y media que comenzara el jaleo, y durante todo este tiempo la vieja no se detuvo jamás sino los breves segundos que permaneció bajo el agua.

–¡Esto no es una mujer, sino un vivo demonio! –exclamó maravillado el Coronel al ver que por sexta vez se sumergía.

–¡Que me maten si yo lo sé tampoco! –gruñó Mr. Y... mesándose nerviosamente las barbas–. Lo único que sé es que un grano de ese arroz maldito se me ha atravesado cual una espina en la garganta.

–¡Callad, voto a Dios! –imploró Sham Rao–. ¡Vais a echarlo todo a rodar con vuestra irreverencia!

Entonces contemplé unos momentos la faz de Narayán y me perdí en un dédalo de conjeturas. Sus nobles facciones, siempre serenas y firmes, parecían a la sazón alteradas por intensísimo sufrimiento silencioso. Temblaban sus labios y se habían dilatado sus pupilas cual si hubiesen recibido la acción de la belladona. Parecía como que se trataba de mirar allende la multitud para apartarse con honda repugnancia de la escena que ante él se desarrollaba.

–¿Qué le ocurrirá? –pensé, sin poder interrogarle, porque la vieja estaba de nuevo en plena carrera, cual si intentase dar caza a su propia sombra. Con la séptima y última carrera de la séptima diosa el programa se alteró un tanto, porque ya no era sino una ininterrumpida sucesión de saltos de tigre sobre este o aquel adorador, deteniéndose pavorosa ante él y tocándole en la frente con el dedo, en medio de una carcajada epiléptica o de una macabra torsión con su propia sombra lanzada en el más dislocado de los juegos, cual horrible y desesperada caricatura de la danza de Dinorah. Finalmente se enderezó y estiró cuanto pudo; lanzóse frenética hacia el pórtico, y hecha en seguida un ovillo junto al botafumeiro, comenzó a darse fieras calabazadas contra el durísimo granito de la escalinata. De otro salto llegóse junto a nosotros, frente a la calavera del monstruoso

sivaterio; Se arrodilló y se golpeó en el suelo, sonando su testuz cual un barril vacío al chocar contra las piedras. No bien retrocedimos de un salto, espantados, cuando ya pudimos verla encaramada sobre la calavera y de pie entre sus cuatro cuernos.

Sólo Narayán había continuado impasible, mirando de poder a poder a los ojos de la espantosa vieja.

–¿Qué es esto? ¿Quién habla ahora con profundo tono varonil? –nos preguntamos llenos de asombro, al ver que los labios de la hechicera se movían, saliendo de su pecho frases veloces y secas con un acento cavernoso como brotado de las entrañas de la tierra.

–¡Callad! –exclamó Sham Rao–. ¡La Pitonisa va a pronunciar su anhelada profecía!

–Pero ¿quién? ¿La vieja?–interrogó escépticamente Mr. Y...–¿Acaso es una voz de mujer la que estamos oyendo ahora?... Esta maldita tiene, sin duda, un compadre auxiliar... ¡No el tío de antaño, sino otro más astuto y verdadero!

Sham Rao saltó asustado ante tan ofensiva e impía suposición y dirigió una suplicante mirada a quien tal decía.

–¡Desgraciados, desgraciados, desgraciados de vosotros los impuros hijos de Jaya y Vijaya! –clamaba la tonante voz–. ¡Vosotros los malditos por ochenta mil sabios, incrédulos profanadores que os reunís frente a la gran entrada del templo de Siva, y no prestáis el debido homenaje a la diosa Kali! ¡Vosotros, los que renegáis de sus siete hermanas divinas, tragones insaciables de carne; buitres de patas amarillas; amigos de los que tiranizan nuestra patria y que no se avergüenzan de comer a la mesa con los *bellati*...!"

–Parece que esta Pitonisa no predice sino lo pasado y que alude directamente a vos, amigo Sham Rao –dijo filosóficamente Mr. Y... con las manos metidas en los bolsillos.

–¡Y a nosotros también! –añadió el Coronel, visiblemente inquieto con todo aquello.

En cuanto al desdichado Sham Rao, nada decía, rompiendo en un sudor frío de muerte, y tratando de asegurarnos de que nada de aquello iba por nosotros, y añadió al fin:

–¡No es de vosotros, sino de mí, de quien habla el oráculo, porque estoy al servicio del Gobierno inglés! ¡Oh, y qué inexorable ... !

–¡Asuras! ¡Raksharas! –continuó la pavorosa voz–. ¿Cómo osáis mostraros siquiera aquí? ¿Cómo os atrevéis a profanar este lugar sagrado con botas hechas de piel de la vaca sagrada?... Sed, pues, malditos por toda una eternidad...

Tamaña maldición no estaba destinada a ser redondeada, porque en el momento mismo en que cala con todo su peso sobre nosotros, Narayán, como una tromba, cayó sobre el sivaterio, poniendo todo patas arriba: pila, vieja, cuernos y calavera. Un segundo después salía danzando por los aires la vieja hechicera, en dirección del pórtico, y algo así como la confusa silueta de un corpulento y afeitado brahmán surgió de debajo del sivaterio y desapareció en el acto, cual un relámpago, por una trampa abierta bajo el monstruo.

Mr. Y... triunfaba, pues, en sus malévolas suposiciones, y no ya el tío asceta antecesor de la hechicera en su vivienda, ni ninguna de las siete hermanas-diosas, ni otra cosa que un verdadero *tio* vividor aparecía allí bajo, puesto en evidencia un segundo al ser cogido in fraganti mientras practicaba sus fraudes religiosos y supercherías...

. . . .

–¡Oh, Narayán, Narayán, y cuán desordenadamente gira el mundo todo en nuestro derredor!...–pensé–. Ahora sí que comienzo a comprender que todas las cosas de aquí abajo son mera ilusión, maya y verdura de las eras... Casi me estoy trocando en un efectivo vedantino, pues dudo que pueda hallarse nada más real y al par más fugaz e ilusorio que la dichosa hechicera huyendo de la quema y el estrago que se la venía encima.

. . . .

A nuestro regreso donde dejáramos nuestras cabalgaduras, preguntónos Miss X... que acababa de despertar, qué era lo que significaba el confuso ruido que había creído sentir entre sueños, así como de pasos que se alejaban y que no eran sin duda otra cosa que los de la abigarrada multitud. Recibió la explicación que le dimos con infantil sonrisa de chicuela condescendiente, dió un par de bostezos y torné a quedar dormida.

Al amanecer del siguiente día, dimos con verdadera pena el abrazo de despedida al bondadosísimo e incauto Sham Rao, a quien habla dejado pasmado la victoria de las ideas de Narayán y la vergonzosa derrota de las Siete Hermanas, quienes, al mero golpe de un simple mortal nada crédulo de sus supercherías, habían abandonado cobardemente el campo y a su hechicera. Sólo lamentaba en su proverbial lealtad el haber chasqueado así involuntariamente a nosotros, sus amigos europeos. Dejámosle, pues, en sus confusiones y

dudas, con vivos afectos a su larga familia, y tomando de nuevo nuestros elefantes, nos encaminamos en derechura hacia la carretera que conduce a Jubbulpore.

COMENTARIOS AL ARTÍCULO VII

(59) Ante todo es bien curioso el nombre de *jadú-wala* asignado en aquella lengua del país a la hechicera que los viajeros iban a visitar. *Jado*, en efecto, ha designado siempre a toda hechicería o Magia Negra, y la palabra en lenguas semitas ha derivado del *iod, falo,* u órgano masculino (*linghan*) y ha dado lugar a cultos aborrecibles, a los que la misma Biblia alude en aquellas frases de "No penetres, hijo mío, en el misterio de su *Sod*" (o Iod). El *Jado*, en fin, que con cambio de masoras da lugar a diversas palabras soeces de la misma lengua castellana, es también el *Khado*, los maléficos e ignorantes seres a los que alude la Estancia X del libro de Dzyan comentada en el tomo II de *La Doctrina Secreta*. En cuanto a la otra palabra de *wala*, ella no es sino la misma *vala* o profetisa druídica y nórtica que aparece tantas veces en los *Eddas* y de ellos ha pasado a la escena primera de *El Ocaso de los Dioses*, de Wagner, con idéntica significación[lxxix].

El incidente que, por otra, parte, nos refiere la Maestra en el presente artículo, tuvo su base real. El coronel Olcott, en efecto, nos dice con su seriedad acostumbrada:

"Poco tiempo después de nuestra instalación en Girgaum (barrio hindú de Bombay) acaeció un suceso que H. P. B. ha inmortalizado en sus deliciosas *Caves and jungles of Hindustan*. Cuando dé yo aquí el relato puro y sencillo de los hechos, el lector podrá admirar hasta qué punto el esplendor de la riquísima imaginación de aquélla los ha transformado hasta hacerlos imposibles de ser reconocidos, y cómo de un suceso vulgar ha sabido sacar un pasaje novelesco en alto grado interesante. Cierta tarde, el continuo redoble de un tamboril atrajo mi atención. El repique del tambor no se daba un instante de reposo, marcando, más bien que un acompasado aire, una como monotonía de ahogados suspiros. El criado, a quien envié para averiguar la causa de aquello, dijo que era un tam-tam que, en la casa vecina, anunciaba que el cuerpo de una "femme sage" iba a ser posesionado por una *diosa* para poder responder a cuantas preguntas se la hicieran. Excitada nuestra curiosidad ante el anuncio de una ceremonia tan extraordinaria, di el brazo a H. P. B. y fuimos a la casa de la hechicera. Allí, en una habitación sórdida de quince a veinte pies cuadrados, en pie, a lo largo de las paredes, había treinta o cuarenta hindúes de bajas castas, y en el centro, acurrucada sobre el suelo, se hallaba una mujer de aspecto selvático, suelta su cabellera, balanceándose de un lado a otro e imprimiendo a su cabeza un movimiento circular que proyectaba horizontalmente sus largas trenzas de

ébano, como látigos de serpientes. En esto un joven entró por la puerta interior trayendo en un azafate redondo astillas de alcanfor encendidas, unos puñados de un polvo rojo y varias hojas de lustroso verdor. El joven colocó el plato bajo la nariz de la sibila que aspiraba la humareda del alcanfor y los perfumes con transportes de éxtasis. De repente la hechicera dió un salto, arrebató el azafate de cobre balanceándole de derecha a izquierda haciéndole girar sobre su cabeza, y con paso leve, que seguía el ritmo del tam-tam, recorrió toda la estancia mirándose en el fondo de los ojos de los aterrorizados hindúes. Después de haber dado así unas cuantas vueltas, se abalanzó hacia una mujer de la concurrencia y poniéndole el azafate le dijo algo en lengua mahratti, que nosotros, naturalmente, no pudimos comprender, pero que parecía referirse a un asunto privado relativo a ella, porque el efecto fue instantáneo: la mujer retrocedió espantada; tendió sus manos juntas hacia la pitonisa y pareció emocionada profundamente. El mismo juego se repitió con otros varios espectadores, después de lo cual la hechicera, girando y paseándose por toda la sala, salmodió una especie de *mantram* y se lanzó por la puerta trasera, para volver a los pocos instantes con la cabellera chorreando. Se tiró por tierra con las mismas contorsiones de antes, recibió de nuevo la bandeja de alcanfor encendido y comenzó a precipitarse otra vez sobre las gentes, diciéndoles cuanto querían saber. Su voz, sin embargo, parecía algo cambiada y menos convulsivos sus movimientos. Se nos dijo que era debido a que la hechicera estaba poseída por otra diosa desde que había sumergido su cabeza en un lebrillo con agua preparado en la cámara próxima. Cansados de aquella farsa nos retiramos y esto es todo. Tómese ahora *Caves and jungles of Hindustan* (capítulo de *El Antro de una hechicera*) y se verá el partido que H. P. B. ha sacado de todo ello... Es necesario tener genio e inventiva para crear estas maravillas, y así acontece con el resto del libro, donde hay unos pocos hechos reales sirviendo de núcleo a las concepciones más brillantes de la imaginación, a la manera de la modesta lámpara de aceite de la locomotora que los reflectores transforman en verdadero sol caminando veloz a lo largo de los rieles." (*Histhoire Authentique de la S. T.*, 2ª serie, pág. 41).

H. P. B. amplía, como verdadera yoguina que era, el principio ocultista, por ella cien veces repetido, de que la imaginación creadora, junta con la fuerza de voluntad, es la clave de la Magia[lxxx]. La misteriosa hija de "la Jorge Sand rusa", no hacía con ello sino seguir las huellas de su maravillosa madre. Además, dados sus considerables viajes, bien pudo decir, como antaño Marco Polo y en nuestros días Luis Jacolliot: "Nosotros hemos presenciado

cosas que no nos atrevemos a relatar, por temor a que nuestros lectores se nos rían y duden de nuestra razón o de nuestra buena fe, no obstante ser ciertas todas ellas."

En cuanto a las apariciones de espectros brujescos, más o menos análoga a los famosos de la granja de los Eddy, refiere Olcott (*Historia*, 1, 321): "Una tarde la condesa de Pashkoff nos contó una aventura que le había acaecido en el Líbano con H. P. B.... El relato es tan fantástico, que Mr. Curtis le pidió permiso para publicarle, y obtenido, apareció al otro día en el diario de éste. Como constituye un bello ejemplo de la teoría relativa a la existencia en el Akasa (*Luz Astral*) de las imágenes latentes de los acontecimientos terrestres y de la posibilidad de evocarlos, citaré el caso, en parte, dejando a la hermosa narradora la responsabilidad de los hechos citados:

" ...Viajaba cierto día –dice– entre Baalbek y el río Orontes, cuando tropecé con una caravana del desierto. Era la de Mme. Blavatsky. Acampamos juntos. Cerca de la aldea de El Marsum, entre el Líbano y el Ante-Líbano, había un gran monumento, con inscripciones que nadie había podido descifrar, y como yo sabía qué cosas tan extraordinarias podía obtener Mme. Blavatsky de los espíritus, la rogué que tratase de averiguar lo que era, en efecto, dicho monumento. Para ello nos fue preciso esperar a que anocheciera. Ella entonces trazó un círculo y nos hizo entrar en él. Encendimos una hoguera echando en sus ascuas gran cantidad de incienso. Seguidamente ella recitó numerosas fórmulas mágicas. Tornóse a echar más incienso, y al punto se nos mostró, señalando con el dedo, el espectro mismo del monumento sobre el cual se veía un gran globo de fuego de nítida coloración. Un sicomoro que estaba al lado, despedía a su vez multitud de pequeñas llamitas. Los chacales pululaban en torno nuestro entre las sombras. Volvió a echarse incienso y entonces Mme. Blavasky ordenó al espíritu de aquel a quien había sido consagrado el monumento, que apareciese. Súbito una vaporosa niebla se alzó del suelo y flotó a la luz de la luna. Otra vez más se echó incienso y la nube acabó por tomar las vagas formas de un anciano barbudo, con voz cavernosa, como si hablase desde muy lejos a través de la nube. La aparición nos dijo que el monumento en cuestión había sido el altar de un templo desaparecido muchos siglos hacía y que estaba consagrado a una divinidad tiempos ha olvidada en el mundo. –¿Y quién sois vos? –interrogóle Mme. Blavatsky. –Yo soy Hiero, uno de los sacerdotes de dicho templo –respondió el espectro. Entonces Mme. Blavatsky le ordenó que nos mostrase el templo tal y como él había antaño existido. El anciano se inclinó, y durante unos instantes gozamos del panorama

maravilloso de un templo y de una gran ciudad cubriendo la llanura en toda la extensión que abarcaba nuestra vista."" (New-York Wold, 21 de abril de 1878.)

(60) La redacción del final de este párrafo es un tanto confusa. Claro es que para nosotros no puede significar el hecho que relata otra cosa que 10 que ocurre siempre en todo cuanto se degrada. A un santo y puro asceta, pues, sucedió en los mismos sitios una repugnante hechicera, para prevalerse de sus prestigios, cosa, después de todo, tan frecuente en la vida donde cuanto hay de más puro acaba por degradarse miserablemente.

(61) La escena de la danza y de los accidentes listero-epilépticos de las jovencitas, parecen un traslado de las consabidas danzas de negros en los que tan gran papel juega la hechicería. Nuestro amigo, el, sacerdote don Matías Usero, nos ha referido escenas por el estilo y de la más perfecta necromancia entre ciertas tribus negras y selváticas de Haití; otros viajeros han hecho otro tanto respecto del África Ecuatorial, y la prehistoria empieza a sospechar que algo por el estilo eran, sin duda, las danzas de los últimos druídas después de sus sacrificios necromantes en el dolmen.

Aunque en la escena de referencia no se hace alusión alguna a sacrificio humano, ni siquiera a derramamiento de sangre, ya que hemos mentado a los druídas y a sus dólmenes, el lector nos agradecerá seguramente que demos aquí una curiosa nota acerca de supervivencias ancestrales relativas a estas gentes, supervivencias milagrosamente conservadas en nuestros días entre ciertas tribus de América.

Nuestro amigo D. César Luis de Montalbán, gran viajero que ha recorrido las regiones más selváticas de América desde el cabo de Hornos hasta Alaska, nos ha relatado con vivos colores un sacrificio humano entre los caribes de la península de la Guajira, cerca de Santa Marta de Colombia, frente al desconocido archipiélago de San Blas.

"–Entré en el país –dice– sabiendo que me jugaba la vida en la aventura, pero valido de mi conocimiento de varias lenguas indígenas, y, sobre todo, del *quichua*, que, como es sabido, constituyó en tiempo del Imperio inca un a modo de idioma comercial común a toda América del Sur, sin perjuicio de la lengua especial de cada comarca.

"Con arreglo a la táctica seguida siempre por los astutos indios para conocer la verdadera índole y propósito de quien se arriesga a visitarlos, me salieron al paso unas pandillas de chicos, a quienes obsequié con juguetes y baratijas, con los que quedaron tan contentos como sus mismos padres, que, emboscadas, me espiaban sin duda. Luego vi alguna que otra mujer sola y hermosa, nuevo lazo que a mi natural respeto hacia ella, me tendían aquellos pícaros. De allí a poco, y viendo que iba en son de paz, aquellos *pirios*, me condujeron a la presencia del *pistaco*, sacerdote o brujo, jefe supremo de la tribu. En su choza, más *suntuosa* desde luego que todas las otras, recibí hospitalidad nocturna, a cambio de algún secreto, valioso sin duda para su explotaciones sacerdotales, como el de cierta, tintas simpáticas invisibles y las píldoras de quinina, o "píldoras blancas", como ellos decían, etc., etc. Sabiendo sus terribles desconfianzas, no me consideré seguro, sin embargo, hasta tanto que al día siguiente me vi honrado con el privilegio de sentarme sobre asiento de tronco de caoba, lo que equivalía a la concesión de un puesto en su consejo."

Y después de darme mil datos curiosos acerca de extraños conocimientos de tales gentes que acusan una cultura atlante, hoy perdida, pasó a relatarme el sacrificio humano que tuvo la suerte de presenciar en una de aquellas rancherías caribes de los *pirios*.

Se trataba, como siempre, de un sacrificio voluntario de hombres que, poseídos de inmenso fervor místico y anhelantes de unirse, al tenor de las enseñanzas atlantes de los pistacos, con el propio *Pachacamac*, el espíritu del Sol, y de habitar en sus moradas, se prestan a ser inmolados sobre el dolmen, como víctimas propiciatorias, ni más ni menos que antaño nuestros antecesores los druídas[lxxxi], y celebrando tal fiesta, como entre éstos, en la última y en la primera luna de cada año, o sea en marzo y abril, fecha asignada por cierto en el cómputo cristiano, para conmemorar la pasión y muerte de Jesús, cosa que se presta a serias consideraciones, que hoy omitiremos aquí.

Es más, hasta en Oriente hay restos de semejante superstición necromante, como lo demuestra el mismo historiador César Cantú, al decimos, en el tomo 1 de su obra:

"El placer que la diosa Kali experimenta por la ofrenda de la sangre de un pez o una tortuga dura un mes, y tres de la sangre del cocodrilo.

Con la sangre de las nueve especies de animales feroces la diosa queda satisfecha durante nueve meses, y durante todo este tiempo sigue siendo propicia a quien se la ofrece.

La sangre del toro salvaje y la del guanaco le causan un año de placer, y la del jabalí y del antílope doce años.

La sangre del terrible *sárabha*, el de los nueve yatis de altura, la dejan satisfecha por espacio de veinticinco años, y la del búfalo, rinoceronte o tigre, por cien años.

La sangre del león, la del reno y la de las especies humanas le producen un placer que dura hasta mil años, y el sacrificio de tres hombres le satisface por cien mil años. La carne de éstos, ofrecida separadamente, causa a la diosa un placer de igual duración que la ofrenda de su sangre.

Al ofrecer el sacrificio, el sacrificador debe añadir: ¡Ilrang, llrang!, ¡Kali! ¡Kali!, diosa de los terribles dientes: ¡Corta, destroza, come toda malignidad. Taja sin piedad con este hacha, bebe el torrente de inocente sangre, sáciate, si es que saciarte puedes!"

...Por todo esto, los estadistas, los consejeros áulicos y los vendedores de licores, precisan ofrecer sacrificios humanos para obtener prosperidad y riquezas."

A lo que Mr. Buchanan agrega: "Los brahmanes fueron introduciendo por grados sus supersticiones, basadas aparentemente en ideas preexistentes en el país, y acabando por establecer sólidamente su odioso sistema de castas... Hízose así formidable gracias al pobre pueblo que ignoraba sus pretensiones de poderes sobrenaturales y su nunca igualada hipocresía." (Asiatic Resarches, VI, págs. 204 a 208, 1798.)

Al comentar todo esto nuestro compatriota José Brunet y Bellet en su obra El Ajedrez, investigaciones sobre su origen (1890), añade: "Los sacrificios humanos y la embriaguez son completamente opuestos a la antigua religión de la India, que era la buddhista, religión destruída por los brahmanes al establecer la suya. Véanse, en prueba de ello, los cinco mandamientos y los diez pecados que consignaba aquella antigua religión:

"1º No matarás, en ningún caso, animal alguno, antes bien respetarás las vidas de todos ellos, desde el más infinito insecto hasta el hombre.

2º No robarás ni estafarás.

3º No violarás a la esposa o a la concubina de otro.

4º No mentirás.

5º No beberás vino ni otra bebida que pueda embriagarte; no tomarás opio ni otras drogas venenosas...", etc."

El mismo sir Guillermo Jones, en su discurso ante la Sociedad de Investigaciones Asiáticas (1889), añade: "Si alguien quiere formarse una idea exacta de la religión y de la literatura india, debe empezar por olvidar cuanto se ha escrito sobre la materia, así por los antiguos como por los modernos, antes de la publicación del Gita" (*Asiatic Resarches*, I, pág. 433), y en cuanto a cómo se considera por los literatos modernos la sublime religión del Buddha, no hay sino leer lo que sigue, debido a la pluma de uno de los más conocidos inmortales de la Academia francesa. Dice así:

"Sin creer, ni muchos menos, que Europa esté próxima a abrazar la doctrina del Nirvana, preciso es confesar que el buddhismo, ya más conocido, ejerce sobre los espíritus libres y curiosos un singular atractivo, y que la gracia de Sakya-Muni obra fácilmente sobre los corazones menos prevenidos.

"Es maravilloso, en realidad, que esta fuente de moral que brotó al pie del Himalaya antes de nacer el genio helénico, haya conservado hasta ahora su fecunda pureza, su deliciosa frescura, y que el sabio de Kapilavastu sea todavía pana nuestra vieja y paciente Humanidad, el mejor de los consejeros v el consuelo más dulce.

"El buddhismo casi no es una religión. No tiene ni cosmogonía, ni dioses, ni culto, propiamente hablando. Es una moral, y la más hermosa de todas, es una filosofía que se armoniza con las especulaciones más atrevidas del espíritu moderno. El buddhismo ha conquistado el Tíbet, la Birmania, Nepal, Siam, el Cambodge, el Annam, la China y el Japón, sin verter ni una gota de sangre. En la India no ha podido sostenerse más que en Ceylán, pero todavía cuenta cuatrocientos millones de fieles en Asia. En Europa, desde hace sesenta años, su suerte no es menos extraordinaria. Apenas conocido, ha inspirado al mayor filósofo de la moderna Alemania una doctrina cuya ingeniosa solidez ya no se discute. Se sabe, en efecto, que la teoría de la voluntad fue edificada por Schopenahuer sobre las bases de la filosofía búddhica. El gran pesimista no lo negaba, y además tenía en su modesta alcoba un Buddha de oro.

"Los progresos de la gramática comparada y de la ciencia de las religiones, nos han hecho adelantar mucho en el conocimiento del buddhismo. También es preciso reconocer que en estos últimos años, el grupo de los teosofistas, cuyas opiniones son tan singulares, ha

contribuido a difundir en Francia y en Inglaterra los preceptos de Sakya-Muni. Durante este tiempo, en Ceylán, el gran sacerdote de la Iglesia del Sur, Sumangala, dispensaba a la ciencia europea la acogida más favorable. Este anciano de rostro de bronce claro, vestido majestuosamente con su ropa amarilla, leía los libros de Herbert Spencer, al masticar el betel. El buddhismo, por benevolencia universal, estima la ciencia, y Sumangala colocó con verdadero placer a Darwin y Littré entre sus santos, al ver que de la misma manera que los ascetas de la jungle[lxxxii], han demostrado bondad de corazón, buena voluntad y desprecio de los bienes de este mundo.

"Después de esto, justo es reconocer que la Iglesia del Sur, que dirige Sumangala, es más racionalista que la Iglesia del Norte cuya residencia apostólica está en el Tíbet. Pero hay que confesar que examinando detenidamente las dos comuniones, resultan ambas un tanto desagradables a consecuencia de prácticas mezquinas y de groseras supersticiones; sin embargo, no viendo más que el espíritu, el buddhismo es completamente un tesoro de sabiduría, amor y piedad.

"El primero de mayo de 1890, al mismo tiempo que una agitación, felizmente contenida pero que revela por su universalidad un poder nuevo con el que es preciso contar, cuando levantaba al sol de la primavera el polvo de las ciudades, el azar me conducía a las tranquilas salas del museo Guimet, y allí, solitario, en medio de los dioses del Asia, en la sombra y en el silencio del estudio, pensaba yo en las duras necesidades de la vida, en la ley del trabajo, en el sufrimiento de vivir. Deteniéndome ante una imagen de ese sabio antiguo, cuya voz oyen todavía más de cuatrocientos millones de hombres, le rogué, lo confieso, como a un dios, y le pregunté ese secreto de vivir bien que los Gobiernos y los pueblos buscan en vano.

"Y me parece que el dulce asceta, eternamente joven, sentado con las piernas cruzadas sobre el loto de pureza, con la mano derecha levantada como para enseñar, me respondió con estas dos palabras: Piedad y Resignación. Toda su historia, real o legendaria, pero siempre hermosa, hablaba por él, y decía:

" "Hijo de un rey, criado en magníficos palacios y en jardines floridos en los que varios pavos reales, bajo cristalinas fuentes, desplegaban sobre el césped su ojoso abanico, y en donde las altas murallas me ocultaban las miserias de este mundo, la tristeza se apoderó de mi corazón a causa de un pensamiento que se había fijado en mi mente. Y cuando mis

mujeres, bañadas de perfumes, bailaban, tocando a la vez instrumentos de música, mi harén se cambiaba a mis ojos en un osario, y yo decía: He aquí que estoy en un cementerio.

" "Después, habiendo salido cuatro veces de mis jardines, encontré un viejo y me sentí acometido de su decrepitud; encontré un enfermo, y sufrí su enfermedad; encontré un cadáver, y me vino la muerte. Yo encontré un asceta y comprendiendo que poseía la paz interior, resolví conquistada siguiendo su ejemplo. Una noche, cuando todo dormitaba en el palacio, dirigí mi última mirada a mi mujer y a mi hijo, que estaban dormidos, y montando en mi caballo blanco huí a la jungle para meditar sobre el sufrimiento humano, en sus causas y en los medios de evitarlo.

" "Interrogué acerca de esto a dos famosos solitarios, y me contestaron que por las torturas del cuerpo puede el hombre adquirir la sabiduría. Pero conocí que no eran sabios, porque después de un largo ayuno, estaba yo de tal manera extenuado que los pastores del monte Gaya decían al verme: –¡Oh! el hermoso ermitaño: su color es negro, su color es azul; tiene el color del pescado madjura–. Mis pupilas brillaban en las profundas órbitas de mis ojos como el reflejo de dos estrellas en el fondo de un pozo, y estuve a punto de expirar sin haber adquirido los conocimientos que yo había ido a buscar. Así es que, habiendo descendido a las orillas del lago Nairandjaná, tomé la sopa de miel y de leche que me ofreció una joven. Ya fortalecido, me senté a la tarde al pie del árbol Bodhi y allí pasé la noche entregado a la meditación. Al romper el día, mi inteligencia se abrió como la blanca flor del loto y comprendí que todas nuestras miserias vienen del deseo que nos engaña sobre la verdadera naturaleza de las cosas, y que si poseyéramos el conocimiento del universo nos parecería que nada es deseable, y que así todos nuestros males acabarían.

" "A partir de este día, empleé mi vida en matar en mí el deseo y enseñar a los hombres a matarlo en sus corazones. Yo enseñaba la igualdad y la sencillez y decía: No son ni los cabellos trenzados, ni las riquezas, ni el nacimiento los que hacen al brahmán. Aquel en quien se encuentren la verdad y la justicia, ese es el verdadero brahmán.

" "Yo decía más: No tengáis orgullo, no tengáis arrogancia; sed dulces. Las pasiones, que son los ejércitos de la muerte, destruidlas como un elefante derriba una choza de cañas. No se harta uno poseyendo todos los objetos del deseo, de la misma manera que no se apaga la sed con todo el agua del mar. Lo que harta al alma es la sabiduría. No tengáis odio, orgullo ni hipocresía. Sed tolerantes con los intolerantes, dulces con los violentos, desprendidos

con los que todo lo codician. No hagáis mal a nadie. Haced siempre lo que quisierais que otros os hiciesen.

" "Esto es lo que enseñé a los pobres y a los ricos durante cuarenta y cinco años, después de los cuales se me concedió el bienaventurado reposo que disfruto para siempre."

"Y el ídolo dorado, con el dedo erguido, sonriente, con sus hermosos ojos abiertos, se calló.

"¡Ay!, si Sakya Muni existió, como yo creo, fue el mejor de los hombres. "¡Era un santo!" –exclamó Marco Polo al oír su historia–. Sí, era un santo y un sabio. Pero su sabiduría no está hecha para las activas razas de Europa, para esas familias humanas que tan fuertemente poseen la vida. El remedio soberano que él ofrece al mal universal no conviene a nuestro temperamento. Él invita al desprendimiento y nosotros queremos obrar; enseña a suprimir el deseo, y el deseo es en nosotros más fuerte que la vida. En fin, como recompensa a nuestros esfuerzos, nos promete el nirvana el reposo absoluto, y la sola idea de este reposo nos causa horror. Sakya-Muni no ha venido para nosotros y no nos salvará. Él es el amigo, el consejero de los mejores y de los más sabios. Da a aquellos que saben entenderlo graves y grandes lecciones, y si no nos ayuda a resolver la cuestión social, por lo menos el bálsamo de su palabra puede curar más de una llaga oculta, dulcificar más de un dolor íntimo.

"Antes de dejar el museo Guimet, obtuve permiso para entrar en la hermosa rotonda en donde están los libros. Allí hojeé algunas obras, entre ellas la Historia de las religiones, de M. L. Milloué, el sabio colaborador de M. Guimet, y la Historia de la literatura indostánica, de Juan Labor, pseudónimo con que se oculta un poeta sabio y filósofo. Leí entre varias leyendas búddhicas una historia admirable, cuya narración me permitiréis, no tal cual está escrita, desgraciadamente, sino tal como yo he podido retenerla. Esta historia me embarga por completo y es absolutamente preciso que os lo refiera."

Por supuesto, añadimos nosotros con la Maestra H. P. B., que la verdadera Teosofía, o "Sabiduría de los dioses", de los superhombres, aun está por encima del buddhismo, como de todas las demás religiones, cuya doctrina sintetiza, acercándose así a la Primitiva Ciencia-Religión, perdida.

Terminaremos esta larga nota con un pasaje buddhista de Las mil y una noches, con la Historia de la cortesana Vasavadatta y del comerciante Upagupta:

"Había en Mathura, en el Bengala, una cortesana de gran belleza, llamada Vasavadatta, la cual, habiendo visto un día en la ciudad al joven Upagupta, hijo de un rico comerciante, concibió por él un ardiente amor. Entonces ella se valió de su criada para decirle que tendría un gran placer en recibirlo en su casa. Pero Upagupta no fue. Él era casto, dulce y muy piadoso; poseía la ciencia, observaba la ley y vivía según Buddha. Por eso despreció el amor de tan hermosa mujer.

"Después de transcurrido algún tiempo, Vasavadatta cometió un crimen, y en castigo fué condenada a que se le cortaran las manos, los pies, las orejas y la nariz. Conducida a un cementerio se ejecutó la sentencia, y Vasavadatta quedó en el mismo sitio en donde había sufrido la pena, pero aún con vida.

"Su criada, que la quería y estaba a su lado, ahuyentaba las moscas con un abanico para que la ajusticiada pudiese morir tranquila, mientras cumplía estos piadosos cuidados, vió a un hombre que se aproximaba, no como curioso, sino con recogimiento, demostrando mucho interés en su visita. Un niño le acompañaba tapándole la cabeza con un quitasol. La criada, al reconocer al joven Upagupta, reunió apresuradamente los esparcidos miembros de su ama y los ocultó bajo el manto. Al acercarse el hijo del comerciante a Vasavadatta, se detuvo y contempló en silencio a aquella cuya belleza brillaba hacía poco en la ciudad como una perla. La cortesana, al ver a aquel que ella amaba, le dijo con voz expirante:

"–¡Upagupta, Upagupta!, cuando mi cuerpo, adornado de joyas y de ligeras telas, era dulce como la flor del loto, te esperé en vano. Cuando yo inspiraba el deseo, no quisiste verme. ¡Upaguta, Upaguta!, ¿por qué vienes ahora que mi carne sangrienta y mutilada no es más que un objeto de repugnancia y de espanto?

"Upagupta respondió con deliciosa dulzura:

"–Hermana mía Vasavadatta, en los rápidos días en que tú parecías hermosa, mis sentidos no se dejaron engañar por vanas apariencias. Entonces yo te veía ya con la mirada de la meditación tal como tú apareces hoy. Yo sabía que tu cuerpo no era más que un vaso de corrupción. En verdad te digo que para quien ve y quien sabe, tú no has perdido nada. No tengas ningún pesar. No llores las sombras de la alegría y de la voluptuosidad que huyen de ti; deja que se disipe el mal sueño de la vida. Considera que todos los placeres de la tierra son como el reflejo de la luna en el agua. Tu mal procede de haber deseado mucho; no desees ya nada; sé dulce contigo misma y valdrás más que los dioses. ¡Oh!, no desees ya

vivir; se vive porque se quiere, y tú bien ves que la vida es mala. Yo te amo, hermana Vasavadatta, y te aconsejo que te conformes con el reposo.

"La cortesana oyó estas palabras, y conociendo que eran verdaderas, murió sin deseos, dejando santamente este mundo ilusorio."

Volviendo al interrumpido relato de nuestro compatriota Sr. Montalbán, diremos que éste nos refirió, con gran lujo de detalles, cómo la víctima es encerrada en un recinto sagrado, donde sólo pueden visitarle ya el pistaco que ha de inmolarle y comisiones diferentes de guerreros, que le pintan con vivos colores las felices cacerías que de allí a poco va a realizar en los dilatados campos del Dios-Sol, amén de mujeres que le describen con sugestión mágica la hermosura de las huríes de cuyas caricias va a gozar sin tasa ni cansancio en aquellas esferas[lxxxiii]. El sacerdote, en fin, le habla durante interminables sesiones de todo cuanto puede herir y avasallar a su imaginación, fanatizada y llevada al paroxismo por continuas libaciones de chicha, licor equivalente a nuestro aguardiente de uva o de caña, en un estómago anormalizado que no recibe alimento más que una vez al día en el momento de salir el Sol, alimento que consiste sólo en carne asada de gamo o cervatillo virgen[lxxxiv].

Entretanto, los quince días del plazo fijado para el cruento sacrificio trascurren fatales, y su cuenta es llevada por la tribu entera dado que cada individuo se come al amanecer uno de los quince granos de maíz que le han sido entregados para llevar la cuenta dicha, procedimiento de contabilidad, por cierto, que yo he visto emplear muchas veces por los colegiales de uno y otro sexo –mediante muñecos recortados en papel– para saber los días que faltan hasta el señalado para tal o cual vacación o anhelada fiesta, supervivencia ancestral que es muy de ser tenida en cuenta.

Llega, por fin, el terrible día, a cuyo amanecer sale del bohío la víctima, que camina por su propio pie, como si fuese a una fiesta en lugar de a un sacrificio, presa sin duda de esa sugestión hipnótica con la que todos los irresponsables realizan las más estupendas hazañas, que le han sido sugeridas. Lleva al cuello un corbatín de oro; el pistaco le acompaña y la multitud enloquecida le sigue...

Llegados ya al dolmen fatídico, la víctima se encarama y se acuesta sobre la piedra cobertera de las tres que forman semejante monumento druídico, y allí espera tranquilamente el paso del astro-dios por el meridiano, que es el momento elegido como

más favorable para que su alma pueda dirigirse en derechura hacia el gran Pachacamac que el Sol preside, bien ajeno, sin duda, al crimen piadoso que hombres ignorantes, guiados por sacerdotes perversos, van a perpetuar en honor suyo…

El pistaco, que no pierde un momento de ;;ista su horrible cometido. se encarama por fin sobre el dolmen[lxxxv], y en el momento preciso, arranca brutalmente con su hacha de silex el corazón de la víctima o bien le traspasa con un buído punzón de cobre o piedra las dos yugulares, de la que al punto brotan dos torrentes de sangre generosa, en la que, el sacerdote primero, y después la multitud, se apresuran a empapar trapos y otras cosas parecidas que se conservan como talismán precioso contra una multitud de cosas, al par que en una hoguera próxima se consumen los objetos que el año anterior fueron empapados en la sangre de la precedente víctima[lxxxvi], hoguera cuyas cenizas, arrojadas por el pistaco cara a la tormenta, son tenidas por el mejor preservativo contra sus estragos.

Finalmente, la multitud piadosamente edificada con semejante enormidad a título religioso, heredada, sin duda, de aquellos perversos atlantes que necesitaron para ser raídos de que todo un Diluvio los hundiese en lo profundo, desfila silenciosa, despidiéndose del dolmen, donde queda exánime, durante diez días, el cuerpo del infeliz sacrificado que es incinerado al cabo de dicho plazo con solemnidades análogas, en las que no hay por qué insistir…

La creencia en los espíritus de los antiguos mejicanos, en fin, sólo se mantenía a fuerza de sangre. Copiamos en efecto de la Revista de Estudios Psíquicos, de Valparaíso, por D. Francisco de R. Echevarría:

"Conocida es la costumbre que tenían los antiguos mejicanos de inmolar cada año millares de seres humanos sobre las aras de sus templos. Autorizadas opiniones de los historiadores de la conquista calculan en veinte mil el número de víctimas humanas sacrificadas en un año, tan sólo en el gran templo de México dedicado a las divinidades solares Huitzilopoctli y Tezcatlipoca.

"La razón de tanta sangre vertida hay que buscarla en la costumbre de los sacrificios sangrientos de las antiguas religiones semitas. El culto de Jehová hebreo pedía constantemente sacrificios de animales, a veces de víctimas humanas y la sangre de los enemigos del pueblo escogido.

"En honor de la divinidad fenicia, Baal Moloch, se sacrificaban cada año centenares de niños que eran quemados en el interior de un gigantesco simulacro del dios construído de metal. En la tragedia de Eurípides vemos los manes de Aquiles pedir el sacrificio de Polixena.

"En la Roma antigua fueron frecuentes estos sacrificios, y en las Galias, en medio de los colegios de sabios druidas, se inmolaban continuamente sobre los dólmenes sagrados, que todavía admira el viajante en la Bretaña, prisioneros de guerra y víctimas voluntarias.

"Es porque todos estos cultos, como el culto de los mejicanos, eran cultos de los muertos, cultos cuyo objeto principal era el de ponerse en relación con los manes de los desaparecidos.

"El estudio de la ciencia oculta nos enseña las propiedades mágicas de la sangre. La sangre es el vehículo de la fuerza vital del Prana teosófico, que llena la naturaleza entera y que nosotros absorbemos juntamente con el oxígeno al respirar para fijarlo sobre los glóbulos de la sangre.

"Los seres poco evolucionados que mueren violentamente, experimentan un sufrimiento indecible al encontrarse privados de su envoltura carnal y buscan por todos los medios posibles el prolongar su vida fluídico-etérea de desencarnados.

"Uno de los medios, es tratando de posesionarse del cuerpo de un vivo, y habitar allí juntamente con el alma del individuo; este caso, que es muy raro, ocasiona la llamada vulgarmente posesión demoníaca y varios géneros de locura o de fenómenos de doble personalidad." Otras veces, la entidad desencarnada absorbe la vitalidad de los vivos o de las personas recién muertas, dando origen así a los fenómenos de antaño tan temidos del vampirismo, pero lo más frecuente es que trate de asimilarse la vitalidad de la sangre de los animales degollados en los mataderos o de la sangre vertida de los humanos. Una vez algo vivificada esta entidad, puede manifestarse bajo una forma aparente de fantasma y pedir más sangre para continuar su vida ficticia. Los antiguos mejicanos decían que la sangre era el alimento de los dioses, y que éstos continuamente les pedían nuevas víctimas que ellos se apresuraban a procurarles.

"Fácil es imaginarse las monstruosas sesiones en que estas divinidades informes se les aparecían en los centros secretos de sus santuarios piramidales, divinidades siempre ávidas de sangre y de muerte. Todas las entidades de los nuevos sacrificios, arrebatados

violentamente de la vida, pasaban a su vez a formar parte de la legión de las sombras para pedir nueva sangre y nuevas víctimas.

"Podemos estar seguros que toda religión en cuyo culto entra el derramamiento de sangre, sea de los salvajes de África o de América o la del llamado pomposamente pueblo escogido, no es sino una religión de las sombras, una religión que tiene por objeto atraerse los favores o la comunicación con las entidades inferiores del plano Astral. El cristianismo substituyó el sacrificio sangriento por el sacrificio místico de la Eucaristía; la ceremonia de magia divina reemplazó a la ceremonia de magia diabólica[lxxxvii]. Los antiguos mejicanos creían en las apariciones de fantasmas y trataban de deducir presagios de estos encuentros de apariciones.

"Cuando durante la noche tenían alguna aparición, creían que era el fantasma de Tezcatlipoca, la divinidad solar inferior, el sol de abajo, el astro de las sombras. Era un signo de muy mal augurio para el que esto le acontecía; debía morir o ser tomado cautivo en la guerra. Si el que veía el fantasma era valeroso, debía marchar derecho hacia la aparición y pedirle espinas de maguey, las que aseguraban a su poseedor una buena fortuna. Sucedía a los tímidos o pusilánimes que veían estas apariciones el perder el uso de la palabra a causa del terror inspirado por el fantasma.

"Creían también en ciertos fantasmas sin pies ni cabeza, que rodaban por el suelo lanzando gemidos. Había otros que decían aparecían en los sitios apartados; a veces tenían la forma de una mujerzuela enana que llamaban cuitlapanton o centlapachton; éstas auguraban una muerte inmediata o un gran infortunio. Otros eran de talla pequeña y andaban como los patos cuando se les quería tomar. Desaparecían para aparecer en seguida en otro lugar. Los más curiosos consistían en una especie de cabeza de muerto que se presentaba de repente a la vista de una o varias personas, los seguía por detrás, a veces los golpeaba, pero nunca se dejaba tomar. Veían también durante la noche como espectro: era un muerto tendido, amortajado y gimiendo, pero este espectro, como los demás, en el momento que se le iba a tocar desaparecía.

"Todas estas apariciones eran atribuidas a Tezcatlipoca como también le atribuían el transformarse en coyotl, una especie de lobo; bajo esta forma se aparecían corriendo por los campos como los loupsgarous de los paisanos de Europa o viniendo a interceptar el camino de los viajeros para impedirles el continuar adelante. Este era presagio de que un peligro

proveniente de ladrones les acechaba en el camino o que alguna otra desgracia les vendría si continuaban el viaje.

"Como se ve por esta enumeración, sacada de la obra del Padre Sahún[lxxxviii], uno de los más autorizados escritores de la conquista, los antiguos mejicanos, como todos los pueblos de la tierra, creían en la aparición de fantasmas y de desencarnados, no como producto de una imaginación desequilibrada, sino como resultado de la observación de la vida y de la experiencia adquirida con los macabros misterios de sus santuarios."

(62) En otro de los trabajos de H. P. Blavatsky –el titulado El Campo Luminoso– se nos pinta un ente de esta especie, sirviendo de terafin o de médium a un derviche en Constantinopla, y por virtud del cual la autora dice que alcanzó a averiguar el paradero de su perro favorito, extraviado en un barrio extremo de Constantinopla. "Era la criatura más extraordinaria que en mi vida he visto y de sexo femenino, pero sería imposible decir si se trataba de una mujer o de una niña. Era una enana de aspecto horrible, con una cabeza enorme, los hombros como los de un granadero y una cintura en proporción, todo sostenido por dos piernas cortas y arqueadas, como las de una araña, incapaces de sostener el peso de su cuerpo monstruoso. Tenía una fisonomía burlona, parecida a la cara de un sátiro. Sobre la frente ostentaba una media luna roja. Se quitó las babuchas amarillas de sus pies desnudos descubriendo como una belleza adicional un sexto dedo en cada uno de sus deformes pies...

Con esta enana el derviche realizó una operación mágica, semejante a la anteriormente descripta, y que dió por resultado el que la narradora pudiese leer en el panorama del espejo encantado la visión entera del lugar donde se encontraba el perro perdido y otros interesantísimos particulares de la joven que me acompañara en la repetida ceremonia mágica."

(Philadelphia, revista teosófica, t. II, pág. 120).

(63) La autora, que tan magistralmente nos describe todas estas cosas de mala magia mil veces presenciadas por ella en sus viajes por los más pavorosos rincones del mundo, tiene una escalofriante escena también de esta clase en su lindísimo cuentecito ruso titulado La Cueva de los Ecos[lxxxix], Cuento historia más bien, al parecer acaecida en una quinta

aristocrática de cierta lejana población de la Siberia, donde habitaban el solterón Sr. Izvertzoff y su joven sobrino. Ambos se habían enamorado de la bella institutriz alemana que aquél había traído para su otra sobrina, y el Sr. Izvertzoff había ya hecho todos los preparativos para casarse con la alemana, cuando el sobrino, viendo que se le escapaba así a un tiempo su amor y la herencia del tío, dió traidora muerte a éste, echando su cadáver en el lago subterráneo de la cueva vecina. La justicia siguió una falsa pista, y culpó del crimen al criado de confianza del viejo, que fue condenado a prisión perpetua, mientras que el sobrino veía realizado su doble ideal de amor y codicia. Del matrimonio de éste, en efecto, con la bella alemana, nació más tarde un hijo, una criatura elementaría, brujesca, al modo de la antes descripta en la obra que comentamos, que no parecía sino la reencarnación del asesinado tío en el deforme cuerpo de aquella anormal criaturita. Pasaron los años, hasta que cierto día llegó a la localidad un samano o hechicero juglar que, invitado por las gentes de ésta para dar una representación de sus prodigios en la explanada de la cueva e informado del crimen años atrás cometido, en vez de sus habituales juglerías se dispuso a dar una representación mágica con arreglo a los más estrictos cánones necromantes de su raza y país. Tomó su medium, de cuyas venas extrajo alguna sangre, rociándole con ella, y realizó otras cuantas operaciones de hechicería, entre ellas la del redoble creciente del tamborcito que llevaba y la de hacer venir, no se sabe cómo, al niño en cuestión, sacándole mágicamente de la cuna en que dormía.

La escena que se desarrolló de allí a pocos momentos no es para ser descripta, y los lectores harían bien en leerla en la traducción que de La Cueva de los Ecos trae el tomo I, pág. 19, de la revista Sophia (1893), baste decir que despertados, por la magia de la ceremonia, los invisibles seres moradores de la cueva, a la pregunta del hechicero no sólo respondieron que el viejo Izvertzoff había sido asesinado, sino que, dando lugar al desdoblamiento astral del deforme niño, se vió por todos aparecer claramente la sombra de la víctima quien, haciendo enloquecer de terror al sobrino asesino, le arrastró con él con seducción irresistible hasta hacerle caer en las aguas del lago, ahogándose en ellas como él antes había hecho con el pobre tío…

VIII

EL DIVINO GUERRERO

El programa de nuestro instructivo viaje iba realizándose en todas sus partes, y ahora sentíamos los más vivos anhelos por visitar uno de esos *Status in statu* de la Anglo-India; pero... ¡siempre el consabido *pero*...!

Como nos habíamos separado de la carretera de Jubbulpore a varias millas de Nassik y para volver a tomarla retrocedimos hasta Akbarpur para continuar por inseguros caminos vecinales hasta Vanevad, donde tomamos el ramal de Iloikar de la *Red peninsular de los ferrocarriles de la India.*

Teníamos, pues, muy cerca las célebres cuevas de Bagh, distantes cincuenta millas al este de Mandu y vacilábamos entre renunciar a ellas o retornar al Nerbudda. Nuestro fiel babú tenía en toda aquella comarca allende Kandesh multitud de amigos, cual en la India entera, ya que compañero tan solícito había recorrido varias veces el Indostán en todas direcciones, a la manera de como los judíos lo realizan en Rusia. Un nuevo compañero se incorporó también a nuestra caravana.

Era un *sannyâsi*, portador de una carta de nuestro swami Dayanad, en que nos noticiaba que el cólera hacía verdaderos estragos en Hardwar y que debíamos aplazar, por tanto, el poderle conocer personalmente en el mes de Mayo, bien en Dehra-Dun en las estribaciones del Himâlaya, bien en Saharampur, lugar de turismo por su delicioso emplazamiento.

Trájonos también el sannyâsi, de parte del swami, un enorme ramo de flores extraordinarias y de especie aún no conocida en Europa, flores que sólo crecían en ciertos valles del Himâlaya, y que poseen la maravillosa virtud de variar de coloración, según la hora del día, y de no parecer muertas aun cuando estén marchitas. El nombre latino de la planta aquélla es el de *Hibiscum mutabile*. Durante la noche no son sino un apretado capullo

de verdes sépalos, pero así que amanece, las flores se entreabren y parecen grandes rosas blancas. A las doce del día comienzan a enrojecer y durante la tarde lucen con un rojo purpúreo como la peonía. Dícese que estas flores está consagradas al dios Sûrya o el Sol y a los asuras, ángeles caídos de la mitología hindú. Se cuenta asimismo que aquella deidad se enamoró de una asura al comienzo de la creación, y que desde aquel instante no cesa de dirigir, con sus rayos, ardientes mensajes de amor a la flor en la que la deidad se oculta. El amor de Sûrya, sin embargo, jamás obtiene correspondencia por parte de la hermosísima virgen asura por haber hecho voto de perpetuo celibato en los altares de la diosa de la Pureza, patrona de todas cuantas hermandades ascéticas existen en el mundo. Bajo los encendidos dardos del enamorado dios, ella se sonroja pudorosa y de aquí su purpúreo color vespertino... Los del país llaman a esta planta la casta o *lajjalú*. (64)

Pasamos aquella noche bajo una corpulenta higuera junto a un arroyo, y el sannyâsi nos dió una agradabilísima velada narrándonos sus viajes y aventuras; las pretéritas maravillas de su país natal, en otros tiempos tan glorioso, y las heroicas hazañas del león del Penjab, el viejo Runjit-Suig.

Conviene no olvidar que entre estos interesantes monjes–peregrinos se encuentran con frecuencia los seres más extraños y misteriosos. No pocos de ellos son instruidísimos; leen y hablan a la perfección el sánscrito; conocen la Historia y la Ciencia contemporánea y permanecen no obstante fieles siempre a las concepciones filosóficas tradicionales de su país. No suelen usar por toda vestimenta, sino una pieza de muselina en torno de su cintura y muslos, para obedecer los reglamentos policíacos de las ciudades donde residen los europeos, y hacen desde los quince años hasta su muerte, que les suele sobrevenir en edad muy provecta, una vida enteramente nómada y libre de trabas. Ni se preocupan nunca del día de mañana, cual las aves del cielo, y los lirios campestres del Evangelio de San Mateo, ni tocan jamás moneda alguna con sus manos, contentándose a lo sumo con un puñado de arroz que nadie les niega. Todos sus bienes terrenales y su equipo entero es una calabacita con agua; un rosario; un vaso de hojalata y un bordón para el camino. Lo mismo los sannyâsis que los swamis suelen ser Sikhs del Penjab y fervientes monoteístas. Desprecian a los idólatras con los que no tratan jamás aunque de ellos reciban de ordinario nombres de príncipes y homenaje de dioses. (65)

Nuestro amigo había nacido en Amritsar del Punjab y había sido educado en el *Templo de Oro* a orillas del *Amrita–Saras* o “Lago de la Inmortalidad”. Dicho templo es la residencia

del gran Gurú o instructor de todos los sikhs, quien nunca sale del recinto del templo, siendo su principal ocupación el estudio del Adigrantha, que es la mejor joya de literatura sagrada de la admirable y belicosa secta. Los sikhs le respetan y veneran tanto o más que a su Dalai-Lama los tibetanos, y del mismo modo que los lamas creen, en general, que el Dalai-Lama es una reencarnación del Buddha, los sikhs afirman que su Maha-Gurú de Amritsar es la encarnación de Nanak, el fundador de su secta. No obstante, jamás se oirá decir a ningún sikh que Nanak sea ninguna deidad, sino un profeta inspirado por el espíritu del Dios único. (66)

Nuestro sannyâsi no era ninguno de aquellos desnudos monjes nómadas a los que antes nos referíamos, sino un verdadero akaIi, o sea uno de los 60 sacerdotes-guerreros adscriptos al Templo de Oro en servicio de Dios y para defender el templo contra las depredaciones musulmanas. Su nombre era Ram-Rungit-Das, y su prestancia gallarda estaba en perfecto paralelismo con su pomposo título de *El guerrero de Dios,* bajo una mezcla de fornido centurión de las legiones romanas antiguas y de pacífico y místico Ministro del Altar.

Llegó a nuestro lado Ram-Runjit-Das caballero en un magnifico potro, servido por otro sikh, discípulo suyo sin duda, a juzgar por la respetuosa distancia a que marchaba detrás. Nuestros hindúes, en cuanto le columbraron en lontananza, comprendieron que se trataba de un akali por su espléndida túnica azul. Era ésta sin mangas, como las que vemos en las estatuas de los legionarios romanos. Llevaba el akali turbante cónico, también azul. Sus hercúleos brazos ostentaban gruesos brazaletes protectores, de acero y colgaba un escudo de su espalda. Su cintura estaba asimismo protegida por un anillado cinturón de acero. Los rivales de los sikhs aseguran que los cinturones sagrados de estos guerreros son, en sus manos, más temibles que otra cualquier arma.

Los sikhs constituyen la secta más belicosa y caballeresca de todo el Punjab. *Sikh* significa discípulo. Fundada ella por Nanak, noble y opulento brahmán, en el siglo XV, se extendió tan rápidamente su doctrina entre los guerreros del Norte, que ya alcanzaba un contingente de cien mil hombres al morir su fundador y hoy domina en el Punjab con sus tendencias belicosas, aunadas con el natural misticismo de las gentes aquellas. Sus dogmas son desconocidos casi por completo para los europeos, y sus enseñanzas, religión y ritos son secretos. Acerca de esta singular teocracia se sabe que rechazan la ley de castas; que son apasionados monoteístas y que, al igual de los europeos, no tienen restricciones en la

alimentación, entierran a sus muertos, cosa que, salvo entre los musulmanes, es una excepción en la India. "Adoran solamente al verdadero Dios", según les enseña el segundo libro del Adigrantha, que les exige asimismo rechazar toda superstición; tributar homenaje a los muertos, pues que ellos pueden guiarnos hacia una vida justa, y ganar su vida con las armas en la mano. Al tenor del precepto de Govinda, uno de los más excelsos *gurus* de los sikhs, se dejan crecer el pelo y jamás se afeitan para no poder ser confundidos con los musulmanes ni con otras gentes de la India. (67)

Los sikhs ganaron muchas batallas contra hindúes y musulmanes. Su jefe, el célebre Runjit-Sing, después de haberse erigido en autócrata de Alto Punjab, concertó, a principios del siglo XIX, un tratado con lord Aucklán, por el cual su Estado fué declarado independiente. La muerte del "viejo león" se señaló por espantosas discordias intestinas, y como su hijo el maha-rajá Dhulip-Sing se reveló como absolutamente incapaz, se convirtieron los sikhs bajo su cetro en una plebe indisciplinada y rebelde. La tentativa de éste de conquistar toda la India tuvo un resultado desastroso. Perseguido por sus propios soldados, Dhulip-Sing se entregó a los ingleses, quienes le desterraron a Escocia, y de allí a poco los sikhs formaron entre los demás súbditos británicos.

Aun subsiste en nuestros días un denso núcleo de la grandiosa y antiquísima secta sikh, a modo de fermento de protesta y resistencia. Esta nueva organización de los *Kuks* data de hace unos treinta años –esto se escribe en 1879– fundada por Balaka-Rama, con gentes de Attok, en el Punjab, en la izquierda del Indo, donde este río comienza ya a ser navegable. Balaka-Rama se propuso el doble programa de restablecer en su pureza originaria la doctrina sikh y en organizar una especie de fraternidad secreta, preparada para todo. La constituyen unos setenta mil hombres que están juramentados para no revelar sus secretos y prestar ciega obediencia a sus jefes. Aunque en la ciudad de Attok son ellos pocos, por ser pequeña, se nos asegura que los kuks actuales viven esparcidos por toda la India, en organización tan vasta y perfecta, que es imposible conocerlos, ni saber los nombres de quienes les dirigen.

Nuestro akali nos obsequió durante la velada con una botellita de agua del *Lago de la Inmortalidad,* afirmando que una mera gota de esta agua bastaba para curar cualquiera afección de la vista. El agua de este célebre lago, a pesar de los miles de personas que en ella se bañan, es de una pureza absoluta merced a los múltiples veneros que en su fondo brotan.

Cuando visitamos el lago más tarde, pudimos apreciar, en efecto, que su diafanidad permite ver las pedrezuelas del fondo, a más de 150 yardas de profundidad. Shurita Saras es el rincón más encantador de toda la India septentrional y la reflexión de su Templo de Oro en el lago es de un efecto el más fascinador que darse puede. (68)

Contábamos aún con siete semanas disponibles, y vacilábamos entre continuar explorando la Residencia de Bombay, o las provincias del Noroeste y el Ragistán. ¿Por dónde optar? Ante lo interesante de todos estos países permanecíamos perplejos, pero lo que más nos atraía de todo era aquella Hyderabad que los viajeros dicen que es un trasunto fiel de *Las mil y una noches,* por lo cual decidimos emprender el camino hacia Nizam, ansioso de conocer la famosa *Ciudad Leonina* alzada por Mohamed Kali-Kutb-Shah el magnífico, cuando, hastiado del mundo, cansado por los excesos, le parecía ya poco aquella Golconda, tan célebre por sus fantásticos castillos y paradisíacos jardines. Todavía están en pie en Hyderabad algunos monumentos testigos de sus glorias pretéritas, y cómo serían antaño éstas cuando Mir-Abu-Talib, tesorero real, consigna que Mohamed-Kali-Kutb-Shah empleó al comenzar su reinado el equivalente de 2.800.000 libras esterlinas en el ornato de la ciudad, sin contar salarios de los obreros, pues que trabajaron gratis. Fuera de dichos monumentos, la ciudad resulta hoy un montón de escombros, a pesar de lo cual todavía se la designa bajo el título de "el Versalles de la India".

Pero ni su calidad actual de Residencia Británica, ni todo lo demás, significa nada ante sus pasados esplendores, y recuerdo que cierto autor inglés, en su *Historia de Hyderabad* dice acerca de esto: "Mientras el Residente daba audiencia a los caballeros, su esposa acogía a las damas en otro palacio no menos suntuoso de allí cerca, denominado de Rang-Mahal. Entrambos palacios fueron construidos por el coronel Kirkpatrik, postrer ministro de la corte de Nizam, quien, al casarse con una princesa del país, alzó esta mansión para su uso personal. Al tenor de las costumbres orientales, los jardines están cerrados por altos murallones, y en el centro, una gran fuente de mosaicos representa múltiples escenas del Râmâyana. Terrazas, pabellones, galerías, todo está profuso y costosamente adornado al uso oriental con maravillosas incrustaciones, dibujos, pinturas, dorados, marfiles y mármoles y una de las cosas más sugestivas de las recepciones de los consortes Kirkpatrik, eran las nautches o bailarinas que se mostraban espléndidamente adornadas gracias a la munificencia presidencia], refulgentes como soles por su joyería que representaba en algunas un efectivo de más de 30.000 libras esterlinas".

Mas, ¡ay!, que los gloriosos días de la East India Company pasaron definitivamente y no existe en la actualidad Residente inglés ni Príncipe indígena capaz de soportar tamañas prodigalidades. La India, "la más preciada joya de la corona británica", está completamente exhausta, como el montón de oro gastado por el alquimista en buscar precisamente la piedra filosofal. Los angloindios, además de tener arruinada la comarca, cometen los mayores desaciertos en dos puntos, por lo menos, de su actual sistema de gobierno. Primero en la educación occidental que pretenden dar a las clases elevadas del país, y segundo en la protección que dispensan al culto idólatra. Merced a aquél, entre la juventud brahmánica se van suplantando, por un escéptico ateísmo, los sentimientos religiosos tradicionales de la India, sentimientos que, falsos y todo, tenían la ventaja positiva de su sinceridad. Mediante lo segundo, halagan a la masa ignorante, de la que nada hay que temer nunca. Si existiese la posibilidad más remota de despertar los sentimientos patrióticos de la masa, hace tiempo que los ingleses hubieran sido exterminados de la India. La población rural carece, es verdad, de armas, pero la muchedumbre, exasperada, encontraría armas en los millares de ídolos de piedra y de bronce que anualmente envía Birmingham a la India. El verdadero peligro donde está es en las clases elevadas, y es necesario que se convenza Inglaterra de que cuanto mejor educación les suministren, mayor ha de ser el esmero que empleen en evitar que se abran de nuevo antiguas heridas de esas que en todo buen hindú existen, sin enconarlas con agravios nuevos. El hindú está, y con razón, orgulloso del pasado de su patria y el recuerdo de sus viejas glorias es la única compensación que gozan frente a su presente miserable. La educación inglesa que reciben sólo puede encaminarles a la conclusión de que cuando la India estaba en la apoteosis de sus glorias, Europa yacía en la Edad de Piedra y sus tinieblas. Cierto que el parangón entre su pasado y su presente no puede ser más triste; pero ello no impide a los angloindios para que hieran sin piedad los sentimientos del verdadero hindú. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que el colegio de Chahar-Minar, el edificio quizá más notable de Hyderabad, construido sobre las ruinas de otro más antiguo todavía, estaba en todo su esplendor, Alzado en la encrucijada de cuatro grandes vías, sus cuatro arcos se elevan a tal altura que los camellos cargados y los elefantes, con sus torres, pasan aún hoy cómodamente bajo ellos. Cada piso del colegio construido sobre estos arcos estaba destinado antaño a una enseñanza diferente. Mas, ¡ay!, pasaron ya los buenos tiempos en que la India estudiaba Filosofía y Astronomía bajo la dirección de sabios maestros, y los ingleses, en cambio, han transformado en almacén el edificio. La sala antes destinada a estudiar Astronomía y que

estaba llena de extraños aparatos medioevales, sirve en la actualidad de depósito de opio, y la sala de Filosofía, está atiborrada de cajones de botellas de ron, champagne, y otros licores, que están prohibidos, tanto por el Corán, como por el *Código del Manú*. (69)

Ilusionados por aquellas narraciones sobre Hyderabad resolvimos salir para ella al día siguiente, pero nuestro *ciceroni* y sus acompañantes destruyeron nuestros planes con una sola palabra: el calor. Durante la estación estival, en efecto, sube el termómetro a 98 grados Fahrenheit a la sombra y el agua del Indo adquiere la temperatura de nuestra sangre. En el Alto Sindh, que por su aridez y sequedad es un segundo desierto de Sahara, la temperatura a la sombra es hasta de 130 grados Fahrenheit. No es de extrañarse, pues, que los misioneros no tengan éxito allí, pues las descripciones más elocuentes del infierno del Dante no podrían sino refrigerar a los pobladores que viven tan perfectamente con semejante clima. (70)

Viendo así lo improcedente de tal viaje en aquella época y que, por el contrario, nos era fácil el llegar a las cuevas de Bagh, se decidió en la asamblea general que desistiésemos de todo plan y viajásemos a mero capricho.

Despedimos los elefantes, y al otro día, poco antes de ponerse el sol, llegamos a la confluencia de los ríos Vagrey y Girna, ríos pequeños, pero famosísimos en los fastos de la mitología hindú y que no corren durante el verano. Al otro lado están las cavernas de Bagh, con sus cuatro bocanas envueltas en las brumas del crepúsculo.

Pretendimos atravesar en seguida en una harca, pero tanto los amigos hindúes como los barqueros se opusieron terminantemente. Aquéllos decían que era, peligrosísimo el visitar dichas cuevas, aun durante el día, porque todos aquellos sitios están infestados de tigres y otras fieras, las cuales, según colijo, no son sino los babús bengaleses que pululan por todos los ámbitos de la India y nos era preciso, antes de aventurarnos en las cuevas, enviar una vanguardia de exploradores con hachones y shikaris armados. Los barqueros, por su parte, alegaban otros motivos, protestando con gran calor, pues aseguraban que nadie osaría acercarse a tales cuevas después de anochecido, como no fuese un necio bellati capaz de creer que el Girna y el Vagrey eran ríos ordinarios y no los divinos consorter Shiva y Parvati. Esto en primer lugar, que en cuanto a los tigres de Bagh no son en nada iguales a los demás tigres, sino los humildes y sumisos servidores de los *sadhúes,* ascetas maravillosos que residen o frecuentan las cuevas desde tiempo inmemorial y que se dignan

a veces tomar la forma y apariencias de tigres. Así, pues, ni los dioses, ni los sadhúes ascetas, ni los tigres encantados o verdaderos consienten que se les interrumpa en su sueño nocturno.

¿Qué oponer a todo esto? Nada. Lanzamos, pues, una triste mirada hacia las cuevas y nos volvimos a nuestros antediluvianos carretones. El babú y Narayán indicaron que deberíamos pernoctar en casa de cierto camarada del primero, vecino de cierta ciudad distante no más de tres millas y que ostenta el mismo nombre que las cuevas, por lo que, contrariados, tuvimos que acceder.

La topografía de los múltiples territorios hindúes es una de las cosas más sorprendentes e incomprensibles de la India. El mapa político de este país es, en efecto, un positivo rompecabezas, en el que se ha quitado un pedazo de territorio para añadirle a otro. Así, el territorio que ayer pertenecía a tal o cual rajá o takur, hoy está incorporado a otro distinto. Esto es lo que acontecía al territorio del rajalato de Amjir o de Malva. Caminábamos hacia la pequeña ciudad de Bagh, que hoy también pertenece a Malva, población que, a su vez, según los archivos, forma parte del territorio independiente de Ilolkar y, sin embargo, el rajalato de Amjir no pertenece a Tukuji-Rao-Ilolkar, sino al hijo de aquel rajá independiente de Amjir que fué ahorcado *por error,* según se nos dijo, en 1857. La ciudad y cuevas de Bagh pertenecen, pues, sin saberse por qué títulos, al Maha-rajá Sindya de Gwalior, quien tampoco las disfruta hoy, sino que las donó, con sus nueve mil rupias de renta, a unos parientes pobres suyos. Estos, a su vez, tampoco gozan de su feudo, por cuanto cierto rajaput-takur se las tiene usurpadas.

Bagh esta emplazada en el camino de Malva a Gujerat, junto al célebre desfiladero de Oodeypur, perteneciente por tanto, al Maha-rajá de Oodeypur. Se alza sobre una colina contorneada de bosques, y aunque su propiedad esté en litigio y se halle como *vere-nullius*, una pequeña ciudadela, con un bazar en su centro, son de la exclusiva propiedad de cierto *dhani,* jefe de la tribu de Bhimalah, hombre que no era otro sino el consabido camarada de nuestro babú: “un célebre salteador de caminos”, según nos asegurara éste.

-¿Cómo tiene usted la osadía entonces de llevarnos a casa de todo un señor bandido? -opusimos con gran temor.

-Nada teman -replicó el babú-, mi amigo sólo es un ladrón salteador de caminos en el sentido político. En los demás sentidos es un caballero y un hombre encantador, aparte de

que, sin su protección, pereceríamos de hambre, pues que el bazar con todo lo que encierra es exclusivamente suyo.

A pesar de las seguridades que nos daba el buen babú, no pudimos menos de alegrarnos, al llegar a sus dominios, cuando nos dijeron que se encontraba ausente, por lo que nos haría los honores un pariente suyo. Todo el extenso jardín fué puesto a nuestro albedrío y antes de que hubiésemos alzado nuestras tiendas vimos llegar por todos lados gentes con provisiones. Descargados de sus fardos y alzado el campamento, cada cual puso sobre sus hombros un poco de betel y de azúcar como ofrenda "a los Bhûtas extranjeros" que imaginan nos acompañan siempre a los europeos dondequiera que vayamos. Nuestros hindúes nos advirtieron muy serios que no nos burlásemos de semejante ceremonia, porque podrían tener malas consecuencias nuestras burlas entre las gentes aquellas y en tan apartado lugar. (71)

Sin duda tenían harta razón, porque estábamos en esa India central nido de supersticiones y cercados por gentes de los *bhils*, tribus las más salvajes, intrépidas, turbulentas y supersticiosas de todo el Indostán, extendidas por el territorio que se halla entre Jamas, al occidente de la Ciudad Muerta, y toda la cordillera de los Montes Vindya.

Opinan los orientalistas que el nombre de *bhils* viene de la raíz sánscrita *bhid*, que significa *separar*, y Sir J. Malcohn supone, en consecuencia, que aquellos *bhils* no son sino gentes que se apartaron de la fe brahmánica siendo excomulgados por ello. Esto tiene visos de probabilidad, pero las tradiciones de la tribu enseñan cosa diferente, y sin duda, en este problema, como en tantos otros, es preciso penetrar a través de las espesas malezas de la fantasía, antes de lograr descubrir la verdadera genealogía de tan extraña tribu.

El pariente del *dhani, que* pasó la velada con nosotros, nos informó de que los bhils descienden de uno de los hijos de Shiva o Maha-deva y de una divina mujer que tenía blanco el rostro y los ojos azules, mujer a la que encontró en una remota selva del otro lado del Kalapani o "negras aguas" del Océano. Esta feliz pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales, tan hermoso como malvado, mató al buey favorito de su abuelo Maha-deva, siendo desterrado, en castigo, por su padre al desierto de Jodpur. Confinado así en el más recóndito rincón del Sur, se casó, y sus descendientes tardaron muy poco en exterminar a todos los habitantes de la comarca aquella, pudiendo así esparcirse dichos descendientes por toda la cordillera Viadya en el límite Oeste de Malva y Kandesh, y más tarde sobre la

región salvaje y deshabitada de las riberas de los ríos Maha, Narmada y Tapti. Todos ellos heredaron, sí, la hermosura de sus antepasados; sus azules ojos y su nívea tez, pero también heredaron su carácter pendenciero y su innata tendencia al crimen.

–Somos, pues, bandoleros –nos decía con toda llaneza el pariente del camarada del babú– pero no podemos evitarlo porque tal es el mandamiento que hemos recibido de nuestro divino antepasado el gran Maha–Deva–Shiva, quien, al enviar a su netezuelo al desierto para que purgase sus pecados y de ellos se arrepintiera, le dijo: "¡Vete, miserable asesino del buey Nardi; tu hermano y mi hijo! ¡Vete a vivir la vida del desterrado; del maldito y del bandido para que sirvas de escarmiento a tus hermanos todos! ..." Tales fueron las palabras del Mahadeva, ¿cómo desoír sus mandatos? Los actos más ínfimos de nuestra existencia están regulados por nuestros *bhamyas* (sacerdotes), que son los descendientes directos de Nadir Sing el primer *bhil*, hijo de nuestro desterrado antecesor, y el gran dios nos habla por mediación de ellos.

¿No es bien curioso que el sagrado buey Apis de los egipcios sea venerado tanto por los sectarios de Zoroastro como por los hindúes? El buey Nardí, emblema de la vida en la Naturaleza, es hijo del padre creador, o por mejor decir su Hálito. Ammiano Marcelino dice que existe cierto libro con la *edad exacta* de Apis, y añade que ella es el hilo del misterio cosmogónico y de todos los cálculos cíclicos. Los brahmanes ven asimismo en el buey Nardí el símbolo de la continuidad de la vida en nuestro globo.

Los *bhamyas*, mediadores entre Shiva y los bhils, tienen autoridad tan omnímoda, que con la más mínima palabra puede determinar la comisión de los crímenes más horrendos, por lo que la tribu ha limitado un tanto su soberanía mediante un consejo municipal denominado *tarví* y trata también de poner freno a las ardientes fantasías de los *dhanis*, sus señores... bandidos. No obstante todo esto, la palabra de los *bhils* es sagrada y su hospitalidad no conoce límites.

Aunque los anales históricos de los príncipes de Jodpur y Oodeypur, confirmen la leyenda de la emigración bhil desde su desierto originario, nadie sabe bien cómo ella aconteció. Para el coronel Tod es incuestionable que los bhils, los merases, los goands y demás tribus de las selvas de Nerbuda son aborígenes del país, cosa que no resuelve la incógnita de por qué los bhils tienen casi blanca la tez y azules las pupilas, mientras que el resto de las tribus montañesas presentan un tipo casi africano. El hecho de que todos estos

aborígenes se llamen a sí propios *bhûmaputra* y *vanaputra*, o sea hijos de la tierra e hijos de la selva, mientras que los rajaputs, sus primeros conquistadores, dicen ser *sûrya-vansa* y los brahmanes *indu-putras,* esto es descendientes del Sol y de la Luna, no lo prueba todo. Se nos figura, pues, que en el caso actual su aspecto físico confirmando a la leyenda, es de un valor más grande que el dato filológico y que el Dr. Clark, en sus *Viajes por la Escandinavia,* tiene razón cuando afirma que los primitivos ascendientes de cualquier raza se pueden descubrir mejor analizando sus antiguas supersticiones que mediante el examen científico de su lengua, porque las dichas supersticiones datan de la raíz misma de cada pueblo, mientras que la lengua está sujeta a toda clase de cambios.

Por desgracia, todo nuestro saber acerca de la historia de los bhils se reduce a la dicha tradición y a unos cuantos poemas de sus bardos que se denominan *bhattas.* Estos bardos, aunque viven en el Rajistán, visitan anualmente a los bhils, para que se no se interrumpa el hilo tradicional de las de sus compatriotas. Aquellos himnos de los bardos, o *bhattas,* datan de tiempo inmemorial, y en ellos se encierra su historia que se va continuando con otros cantos por las generaciones que han de seguir. Los más antiguos de ellos señalan a las tierras que están más allá del Kalapani, es decir, un país claramente europeo, como cuna de los bhils. Algunos orientalistas, y en especial el coronel Tod, han tratado de probar que los rajaputs, conquistadores de los bhils, eran gentes recién llegadas de su patria escítica y que los bhils son los verdaderos aborígenes; para probar lo cual presenta estos rasgos comunes a entrambos pueblos rajaput y escita: 1.º El culto a la espada, lanza, escudo y caballo. 2.º El culto y sacrificios al Sol (el cual, en lo que alcanzan mis conocimientos, nunca fué adorado por los escitas). 3.º La pasión del juego (que, por otra parte, es tan fuerte o más entre chinos y japoneses). 4.º La costumbre de beber sangre en los cráneos de los enemigos (práctica frecuente entre algunos aborígenes de América), etc., etc.

No voy a entrar aquí en una discusión etnológica. Además, es bien sabido el giro que suelen dar los hombres de ciencia cuando tratan de probar alguna de sus teorías favoritas, y basta recordar cuán confusa y embrollada está la historia de los antiguos escitas para abstenerse de sacar de ella ninguna conclusión positiva. Numerosísimas han sido las tribus incluidas en el tronco escítico, y es imposible el desconocer la identidad de costumbres entre los rajaputs y los antiguos escandinavos adoradores de Odín, cuyas tierras hace más de quinientos años antes de Cristo que fueron ocupadas por los escitas. Mas semejante analogía autorizaría por igual a los rajaputs para afirmar que nosotros somos una colonia

de *suryavansas* establecida en Occidente, como para que afirmemos nosotros que los rajaputs son descendientes de los escitas que emigraron hacia el Oriente Los escitas de Herodoto y los escitas de Ptolomeo y otros clásicos, son dos nacionalidades completamente diferentes, porque bajo ese nombre de Escitia incluye Herodoto los países comprendidos entre las bocas del Danubio y el mar de Azoff, según Niebuhz, y desde las bocas del Don, según Rawlinson; mientras que la de Ptolomeo es una comarca exclusivamente asiática entre el río Volga y la Serika o la China. Además, la Escitia estaba partida en dos regiones por las derivaciones occidentales de los Himalayas denominadas de *Imaus* por los escritores romanos; la Escitia *intra Imaum* y la Escitia *extra Imaum*. Dada esta indeterminación, de igual manera puede llamarse a los rajaputs los escitas del Asia, que a los escitas los rajaputs de Europa, y Pinkerton asegura que no sería tan grande el desprecio que los europeos sienten hacia los tártaros si supieran cuán ínfimo es nuestro parentesco con ellos, pues, según él, nuestros antepasados datan del Norte de Asia; nuestras costumbres, leyes y género de vida fueron iguales que las suyas y, en una palabra, no somos, en realidad, sino una colonia tártara. Los cimbrios, celtas y galos que invadieron el Norte de Europa son diferentes nombres de una misma gente cuyo origen fué la Tartaria. ¿Qué fueron los godos, suevos, vándalos, alanos, hunos y francos, sino enjambres humanos salidos de la misma colmena? Los anales legendarios suecos señalan a Kashgar como su cuna. La semejanza entre la lengua sajona y la de los tártaros kipchak, es sorprendente, y el celta que se habla todavía en Bretaña y el país de Gales es la prueba más elocuente de que sus habitantes descienden del gran tronco de los tártaros.

Digan, en efecto, lo que quieran Pinkerton y otros, es notorio que los actuales rajaputs guerreros de ningún modo responden en sus rasgos a los caracteres que Hipócrates asignara a los escitas. Dice el padre de la Medicina que la constitución de éstos es “gruesa, achaparrada y tosca, y sus articulaciones blandas y débiles, de escasos cabellos y todos muy semejantes entre sí”. Nadie que haya admirado la gallarda estatura de los atléticos guerreros del Rajistán, con su poderosa cabellera y su barba poblada podrán ser identificados nunca como sucesores de aquellos a quienes Hipócrates pintó. Además, los escitas enterraban sus muertos, cosa que los rajaputs no han hecho jamás a juzgar por los testimonios de sus manuscritos más antiguos. Los escitas eran pueblos nómadas, de quien Hesiodo decía que “viven en carros con toldos y se alimentan con leche de yeguas”. Los rajaputs, en cambio, desde tiempo inmemorial han sido sedentarios, con ciudades propias y

contando con una historia de varios cientos de años, por lo menos, anteriores a Cristo, es decir, a la época de Herodoto también: celebran el Ashvamedha o sacrificio del caballo, pero desprecian a todo mogol, y no prueban la leche de yegua. Herodoto añade que los escitas, a quienes él denomina *skoloti*, odiaban tanto al extranjero que no permitían que ninguno se estableciese en su territorio, mientras, que los rajaputs son uno de los pueblos más hospitalarios del planeta. En tiempo de las campañas de Darío, 516 antes de Cristo, los escitas aún ocupaban su territorio clásico de las bocas del Danubio, y por dicha época los rajaputs eran ya conocidos en la India y tenían su reino propio. En cuanto al Ashvamedha que sirve de fundamento a la teoría del coronel Tod, conviene no olvidar tampoco que, tanto en el *Rig- Veda*, como en el *Aitareya-Brahmana* se menciona la costumbre de inmolar caballos en honor del Sol, y Martín Haug supone que este último libro existe probablemente desde 2000 a 2400 años antes de Cristo.



De todos modos, la digresión que he hecho desde el camarada del babú hasta los escitas y rajaputs antediluvianos lleva trazas de ser interminable. Pido, pues, perdón a los lectores, y reanudo el roto hilo de mi cuento. (72)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO VIII

(64) El ramo de flores extraordinarias que trajo a los viajeros el sannyasi de parte del swami Dayanand, no es sino un recuerdo novelesco de aquellos dos enormes ramilletes de rosas espléndidas que el Adepto de la quinta de las rosas, de Bombay, dio al moljee Thakersey para Olcott, como ya hemos visto en el relato de éste, al comentar nosotros los artículos primeros de esta obra. En cuanto al hibiscum mutabile, nuestro sabio botánico Cabanilles en sus Icones, nos describe extensamente esta hermosa planta de la gran familia de las Malváceas, familia tan extensa que Mr. Brown la considera más bien una gran tribu o clase, con las esterculiáceas, clenáceas y liliáceas. El caballero Linneo en su clásica Botánica (tomo V, pág. 302, de la edición española de D. Antonio Palau y Verdera, segundo catedrático en el Real Jardín Botánico de esta corte, 1788) nos habla hasta de treinta y siete especies distintas de hibiscos, tales como el del Brasil, el de Siria, el de Surate, el de Sabdarifa, el de Ceilán, el de Etiopía, el de Virginia, la Malva-rosa de Cuba y de la China, con sus hojas angulosas pentalobuladas y en forma de corazón, con cinco nervios en los lóbulos del cáliz, y corola, blanca por la madrugada; de color encarnado pálido, hacia el mediodía, y rosada al anochecer. Es un poderoso emoliente, y su fibra textil muy estimada en Cayena. (Brehn, Historia Natural, parte Botánica, por el Dr. J. M. Montserrat, tomo VIII, pág. 144). Esta curiosa planta, verdadera apoteosis del cinco o la pentalfa, es, según Lineo (V., 303), la Rosa Mocheutos (rosa-mosqueta), de Plinio, o sea una flor pariente muy inmediata de la célebre Ketmia indostánica, con hojas como las del tilo, y flores a veces de la blancura y forma de la azucena –como planta simbólica también del Cristianismo en equivalencia al Loto sagrado–. y de la flor horarius, flor que señala las horas o Hina pariti, la flor por decirlo así de los Jinas, en cuyo misterioso concepto acaso la cita la Maestra (Linneo, V., 307, 9), y también la flor almizclara (Ketmia egyptiaca) cuya semilla huele a almizcle.

(65) Los sannyasis del texto, son verdaderos peregrinos bohemios en el más alto sentido de la palabra. También el cristianismo medioeval y aún el moderno ha tenido gentes de esta clase, como aquellos visitantes del Santo Sepulcro, antes y después de las Cruzadas, o como aquellos penitentes que acompañan a Tannhauser en su viaje a Roma, o, en fin, como los infinitos visitantes del sepulcro de Santiago de Compostela, un tiempo

protegidos desde el Bierzo, por los Caballeros Templarios[xc]. La vida nómada y libre de trabas de referidos sikhs, semeja mucho –en lo bueno, no en lo malo– a la que suele llevar en todo el ámbito casi de la Tierra esa extraña raza de los gitanos o bohemios. El asturiano J. Tineo Rebolledo, en su notable libro sobre la lengua gitana[xci] nos da, en efecto, interesantísimos datos acerca de este pueblo errante y proscripto, demostrándonos que el caló o lengua gitana deriva extrañamente de algunos de los numerosos dialectos índicos, hijos, a su vez, del zendo y del sánscrito[xcii], como lo han reconocido, entre otros, Ludolf, Richardson, Grellmán, Marsden y Mezzofanti, habiendo Jorge Borrow traducido en 1837 al caló el propio Evangelio de San Lucas. Palabras o docenas de esta lengua son familiares ya al teósofo, habituado a los términos sánscritos de nuestros libros, tales como los de camelo (enamoramiento, pasión y engaño) que no es sino el sánscrito kama-loka, o el caballeresco Kameloc del ciclo legendario del rey Arthus; chipi-calli, “lengua gitana, lengua de casa”, porque chipi es gitana en caló y calli es morada, vivienda y aun raza, en lenguas mexicanas, Adonay (Manuel) y el Señor, como sustituto de la impronunciable palabra de Jehovah; Antruejo (carnestolendas, igual entre gitanos que entre asturianos y otros); Bajina (algo que merece adoración o respeto); cala-bea (falsedad, mentira); calisén (muerte); Cam o Can (el Sol); canguelo (miedo); ciba, acaso seiba (maravilla, y de aquí el Árbol de la Seiba, mexicano); jin (número); jina (matemática, cuenta, cábala); jinar (numerar); jindama (cobardía); jinobla (fábula, cuento); jinimar (apaciguar): jinjilar (perdonar), y otras mil, en las que juegan de un modo harto extraño la radical jin típica del mundo de los jinas (tomo II de esta nuestra Biblioteca de las Maravillas), es decir, de los superhombres, el mundo superior o de las Matemáticas, que añadir podríamos.

(66) Vuelve a aparecer aquí el Nanak parsi, al que ya hicimos referencia en notas anteriores, razón por la cual nada tenemos que añadir.

(67) Kali ya hemos visto diferentes veces que es equivalente a todo cuanto significa dolor, pecado, negrura, caída y de aquí Kali-yuga (edad negra); Kala-yoni (la terrible diosa del Deseo y de la Muerte, en lengua sánscrita); Cala-bea (mentira, engaño); Cala-fresa (el hígado, el órgano de lo astral, “el paño de las lágrimas que no lloran los ojos”, en lengua gitana); kalinas o ka-jinas (hechiceras; pitonisas en todos los dialectos arábigos)[xciii]. La

partícula privativa a antepuesta, pues, a dicha palabra para designar al pueblo sikhs o de los a-kalíes es, por sí, 10 bastante expresiva para simbolizar los altos idealismos de este pueblo nobilísimo y para justificar por sí los elogios que tributa la Maestra a aquel divino guerrero del Das, o caballero Ram-Rungit. En tales gentes, además, se ven aún los más firmes rasgos característicos de una vieja raigambre aria, como lo prueba también el nombre de Govinda, uno de sus más excelsos gurús o Maestros, acaso Krishna mismo, por cuanto en el Bhagavad-Gita, cuando Arjuna ve ante sí los dos bandos contrarios próximos a venir a las manos, exclama desolado, dirigiéndose al celeste Krishna: "–¡Govinda, no quiero pelear!".

(68) La sociedad secreta de los sikhs a la que alude la Maestra, acaso constituyó en otro tiempo el gran núcleo de resistencia de la sangrienta revolución de los cipayos contra Inglaterra, y, desde luego, recuerda a las medioevales de los "Hermanos de la Pureza" o secuaces del Viejo de la Montaña, probable origen secreto de la institución de los Templarios[xciv] y que aun hoy existe entre los nómadas africanos del gran desierto.

En la obra Las Maravillas del Mundo y del Hombre, anteriormente citada, puede ver el lector hermosas fotografías del Lago de la Inmortalidad y de otros mil lugares prodigiosos, algunos citados también por la Maestra en la obra que comentamos.

(69) Tras la terrible lección recibida por Inglaterra, como por el resto del mundo con la pasada guerra, es seguro que los deseos de la Maestra se han de ver coronados por el éxito, y que la India despertará para ser una gran nación ligada por vínculos de amor y no de ciego vasallaje a la metrópoli. Ya se ha hablado, en efecto, de la futura BRECANCIA o federación mundial de Inglaterra con sus colonias, cada una de las cuales está representada por su letra inicial en dicho nombre simbólico.

La misma presidenta actual de la Sociedad Teosófica, Mme. Annie Besant, ha hecho grandes trabajos en este sentido con sus libros, sus conferencias y su protección al Hinduismo, religión hacia la que siente análoga simpatía que la que Olcott experimentase hacia el Buddhismo, y no pocos teósofos actuales hacia el propio Cristianismo, dentro del carácter que éstas y las demás religiones tienen de meras facetas de la perdida Religión-Sabiduría primitiva, que nos empezó a ser evidenciada por Blavatsky.

(70) La festiva sátira de la Maestra nos recuerda a aquel astuto canónigo que en pleno invierno y con los campos cubiertos de nieve y hielo habló en Hurgas al cónclave provincial acerca del Infierno y sus tormentos como de una región horriblemente fría. Amonestado luego por el prelado, respondió éste:

–¡Excelentísimo y Reverendísimo Padre, en días tales como el de hoy, un infierno con llamas habría sido codiciado hasta por los más piadosos!

El Hela o infierno escandinavo y rúnico, fue siempre considerado, en efecto, como una región de álgida, es decir, de frigidísima temperatura...

(71) En los textos de referencia tenemos una vez más ante los ojos los encantos, astrales y los terrores hiperfísicos que parecen proteger ciertos lugares elegidos, como tantas veces llevamos visto en el curso de esta obra y en la nuestra sobre los jinas. El mismo caos geográfico-político que, según la Maestra, impera en la región, para así aislarla indirectamente del mundo, nos recuerda aquel pasaje del Zanoni de Bullwer-Litton, en el que el Adepto Mejnour logra hacerse con un retirado y solitario castillo para sus meditaciones extrahumanas en el corazón mismo de aquella campiña romana infestada por bandidos, con los cuales el sabio pacta, transformándolos mágicamente en los más celosos y seguros defensores del mundo.

Viendo, por otro lado, al territorio de Malva al que pertenecía Bagh, surgen en nuestra mente no sé qué clase de concomitancias entre palabra tan genuinamente castellana como la de malva, y aquellas hermosas flores malváceas del hibiscum mutabili de la que hablamos anteriormente; más como la correlación puede parecer por el momento un tanto violenta para los piadosos oídos de los filólogos occidentales, y nosotros hoy no contamos con más datos para apoyar semejante correlación, tenemos que hacer punto aquí, aunque peguemos el hilo sobre ello otro día, con más copia de documentos.

(72) En los interesantísimos pasajes de referencia, la Maestra levanta una punta del gran velo etnográfico que encubre a la prehistoria de los escitas, para aquélla divididos en dos ramas poderosas, cuyas características diferenciales apunta: los raja-puts y los bhils,

diferencias que no son sino las que median entre los escitas de Heródoto y los escitas de Ptolomeo. Para nosotros, después de los estudios que hemos hecho en De gentes del otro Mundo acerca de la Vaca Sagrada o sea del Buey Apis o Buey Nardi, emblema de la vida en la Naturaleza y de la tierra misma cuanto de la propia Religión-Sabiduría primitiva, no cabe duda de que la nota diferencial entre ambos pueblos está en ese mismo Buey-Vaca o Bos, bos, griego origen de cuantas toponimias europeas hemos apuntado en la referida obra.

Como quiera que, por otra parte, no podemos hacer de esta nota un curso de prehistoria eurásica –cosa que vendrá después cuando tratemos de la Atlántida– nos limitaremos a consignar aquí que en el seno del primitivo pueblo ario-atlante de hacia los montes Imaus, el Turquestán independiente y aun el Tíbet, se debió operar en tiempos anteriores a la gran catástrofe un terrible cisma entre los atlantes de la Buena Ley, simbÓlicos adoradores de la Vaca o Culto Primitivo del Dios sin Nombre, y las gentes que, por ser contrarias en su degeneración idolátrica a semejante culto primitivo de Jano y Vesta, o sea del Sol, la Luna y la Tierra (caldeos o kasdin, etc.), llegaron simbólica y efectivamente a sacrificar a la Vaca como ya vimos acaeció con los pueblos todos que después se llamaron semíticos. El origen mismo del pecado de estas gentes está expresado en el Génesis, al hablar de aquellos "hijos de Dios que vieron eran hermosas las hijas de los hombres" –o sea que encontraron la divina mujer-símbolo de los ojos azules y pálido rostro, que el hijo del Maha-deva halló en la remota selva europea "del otro lado de las negras aguas del Kalapani"–, y cuya numerosa descendencia, por ser ellos pueblos muy sensuales, se extendió bien pronto por toda la cordillera Vindya, al oeste de Malva y de Kandesh. Al heredar ellos la hermosura de sus antepasados, sus azules ojos y su nívea tez, heredaron también su carácter pendenciero y su innata tendencia al crimen. Así vemos, por eso, al vástago greco-asiático que de tal tronco derivó, después, empeñado en perpetua guerra civil, con la que se llena la Historia toda de espartanos, atenienses, dóricos, lócridos, eólicos y demás pueblo de la Anatolia y el Peloponeso, verdadera rama mediterránea de los escitas occidentales, enlazada con la de los otros escitas occidentales o ruso-germánicos hasta por el vínculo religioso de Delos[xcv]. Por eso también vemos a los pueblos hebreos –parientes más inmediatos de los griegos que lo que suele creerse– basar su historia bíblica en el fratricidio de Caín sobre Abel, y al pueblo romano basar la suya en el fratricidio de Rómulo sobre Remo. El carácter depredador de unos y otros se ve claro en todas sus empresas guerreras,

llegando el pueblo romano, como uno de los más típicos vástagos del gran tronco bihl, hasta a gloriarse de que los primeros pobladores de la Ciudad-Eterna, así fundada, fueran una gavilla de malhechores, que comenzaron su vida civil de pueblo troyano acogido fraternalmente en la Italia del dios Jano o Saturno, cometiendo el tan celebrado robo de las sabinas; robo, por otra parte, que acaso data del mismo simbolismo tradicional que el de la Helena en que se inspiró la Iliada y el de la Sita que fue base del Ramayana, con cuyos detalles volvemos a caer en el gran cisma separador de las dos Edades del oro y de la plata, o bien a la de la plata y el cobre al que tantas veces nos hemos referido.

Y era tan preclaro timbre de honor esta tendencia bhil o propensión al robo, que, en Roma, además de la tradicional forma matrimonial de la confarreacio, o comida en común de la Torta, Hostia o Pan sagrado del hogar ario, vino la coemptio con formas a veces de verdadera violencia, o de compra al menos; formas de violencia, repetimos, que más a las claras se ve en los desposorios de los germanos –el otro vástago nórtico de Teut– a los que siempre precedía el rapto de la mujer por el hombre, supervivencia que se halla en el fondo de toda la demopedia europea, en la que, si no siempre se sigue robando a la mujer, se la compra por lo menos, como fórmula de compensación que aún se conserva en la costumbre de las arras, la dote y demás contratos matrimoniales previos, fórmulas éstas consideradas como las más bajas entre las ocho o nueve especies distintas de matrimonio reconocidas por el antiguo Manava Dharma Shastra, o Código del Manú[xcvi].

Si además bhid significa separar, por bhils o verdaderos separados pueden reputarse a los mal llamados semitas, arios que han degenerado bajo las influencias necromantes de los últimos tiempos; bhil es también el pueblo gitano del que antes hemos hablado, y verdaderos bhils fueron no pocos indo-arios aborígenes al falsificar la dicha Religión primitiva con los errores brahmánicos tantas veces apuntados en la obra que comentamos.

El contar los bhils, como nuestros aborígenes, como verdaderos bardos; el hablar de ellos siempre de su ascendencia más allá del Kalapani u Océano; su culto hacia la espada, la lanza, escudo y caballo, cosas tan eminentemente nórticas, escitas y occidentales de Europa; su enorme pasión por el juego, que fue una de las mayores características de los atlantes que cayeron; ciertas costumbres salvajes y guerreras; su espíritu violento, pendenciero y poco aprensivo en puntos de ética colectiva; su costumbre, tan poco aria, de enterrar a sus muertos; sus odios hacia el extranjero, no obstante su carácter hospitalario; su eterna tendencia invasora; su criterio de patriarcalismo absorbente de la personalidad de

la mujer; mil otras características euro-escíticas del gran tronco de los bhils, nos demuestran que la Maestra nos ha dado, así como al descuido, en la digresión de referencia, un verdadero hilo de Ariadna para la etnografía y la prehistoria, hilo que algún día seguiremos cual él se merece, sin duda.

IX

CEREMONIAS NUPCIALES

Todos los shikaris de la población salieron muy de mañana al otro día en dirección de las cuevas de Bagh, para limpiarlas de tigres, tanto encantados como efectivos; y como tardasen en regresar, el anciano bhil que hacía cerca de nosotros las veces del dhani ausente, nos invitó a que asistiésemos a la ceremonia de unos desposorios puramente brahmánicos. No hay para qué añadir que aceptamos gustosos. Los esponsales y el matrimonio no han cambiado de ceremonias en la India desde hace más de dos mil años en que siguen celebrándose con arreglo a los preceptos del Manú, sin la variación más ínfima, cristalizadas de tal modo, que quien, como nosotros, viese un casamiento hindú en 1879, podía hacerse la ilusión de estar en la antigua Âryâvarta de hace muchos siglos.

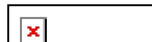


Unos días antes de salir de Bombay habíamos leído en un pequeño diario local dos anuncios matrimoniales: uno de cierta joven brahmán y otro de una hija de un adorador del fuego, o sea de un parsi. El primero decía, poco más o menos: "La familia de Bimbay Mavlancar, etc. etc., va a celebrar un fausto acontecimiento. Dicho ilustre miembro de nuestra comunidad, a diferencia de otros menos afortunados brahmanes de su casta, ha tenido la suerte de hallar marido para su hija en una opulenta familia gujérate de igual casta. La pequeña Rama-bai tiene ya cinco años y su futuro, siete. La boda, que promete ser espléndida, se verificará dentro de dos meses".

El segundo anuncio aludía a un hecho consumado ya. De él se ocupaba un periódico parsi, quien clamaba abogando por la abolición "de ciertas anticuadas y repugnantes costumbres", y, en especial, la de los matrimonios prematuros, ridiculizando con tal propósito a cierto diario gujérate que describía con pomposa frase una boda que se acababa

de celebrar en Poona. El novio, que contaba seis años escasos, ¡abrazaba cariñosamente a su novia de dos años y medio! A las preguntas previas, que son de rigor en tales casos, de: “¿Aceptáis por esposa legal, oh hija de Zaratustha, a...” y de: “¿Queréis, vos, ser su marido, oh hijo de Zoroastro?”, respondieron de modo tan confuso, que el Mobed tuvo que dirigírselas a sus respectivos padres. “Todo se cumplió como era de esperar –continuaba el periódico–. Sacóse al novio de la mano para la ceremonia, y la novia, que era llevada en brazos de la niñera, saludó a la concurrencia, no con sonrisas, sino con gritos y sollozos tremendos, sin pensar que existiese esa cosa que llaman pañuelo, y recordando, tan sólo, con nostalgia su biberón, pidiendo leche repetidas veces, medio ahogada por la congoja, cuanto abrumada por el peso de los diamantes de la familia. Esto acaeció con uno de tantos desposorios parsis, mostrando con la exactitud de un barómetro el rápido progreso adquirido por nuestra nación”.

Semejante relato nos hizo soltar la carcajada, aun cuando temiésemos que fuese él un tanto exagerado. Hemos conocido, efectivamente, maridos de diez años de edad, pero ignorábamos pudiesen existir novias todavía en la lactancia.

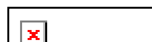


Los brahmanes tienen sus buenos motivos para ser fervientes defensores del antiguo precepto que prohíbe a todos, excepto a los brahmanes sacerdotales, el estudio del sánscrito y la lectura de los *Vedas*. Por cometer semejante delito, más de un shûdra y aún hasta nobles vaishyas fueron decapitados en tiempos antiguos. La clave para explicarnos tamaño rigor estriba en el hecho de que los *Vedas* no permiten casarse a la mujer antes de los quince o veinte años, ni al hombre antes de los veinticinco o treinta. Ansiosos siempre los brahmanes por acaparar dinero, tratan constantemente de torcer y desfigurar la literatura sagrada antigua, y para que no se descubra su treta, prohíben a las demás castas su estudio. Entre muchas de “estas criminales supercherías brahmánicas”, usando la expresión del swami Dayanand, merece mención especial cierto texto de los libros usados por los brahmanes que vuelve del revés lo estatuido en los *Vedas* acerca del particular y es el relativo al *Kudva Kunbis,* o época de casamiento para la clase agricultora de todo la India Central. El *Kudva Kunbis* se celebra cada doce años, y es una época donde los señores

brahmanes hacen bien su Agosto. Todas las madres están obligadas entonces a solicitar oráculos de la diosa Mâtâ o la Gran Madre, por supuesto mediante los brahmanes, sus legítimos portavoces. Mâtâ es la diosa que preside a las cuatro clases de casamientos indostánicos: el de los adultos; el de los jovencitos; el de los niños y ¡el de los seres humanos que están todavía por nacer!

Se comprende bien que este último matrimonio es el más peregrino, y el que determina emociones tan fuertes casi como las del juego, pues que en tal caso las ceremonias matrimoniales se verifican entre las dos madres de los futuros cónyuges, dando lugar a graciosos incidentes con semejantes parodias de matrimonios. Un verdadero brahmán jamás consentirá, sin embargo, que alteren su seriedad y dignidad, las jugarretas del Destino y, en cuanto a la gregaria población que es su víctima, no duda jamás acerca de la infalibilidad de estos “elegidos de los dioses”. Así que los casos de oposición abierta a las instituciones brahmánicas son rarísimos, y es tal el respeto y el miedo que la masa ignorante demuestra hacia los brahmanes, tales su sinceridad y su inconsciencia, que un observador superficial no puede menos de sentir risa, sin dejar de respetarlos y de compadecerlos.

Y, dado el caso de que los consortes, así desposados, resulten al nacer con el mismo sexo, ello no por eso habrá de constituir para el brahmán motivo alguno de descrédito, porque saldrá bien pronto del aprieto diciendo que con ello no se ha hecho sino evidenciar la voluntad de la diosa Mâtâ, al mostrar así su terminante deseo de que los dos recién nacidos se traten, según el caso, como hermanas o hermanos cariñosos, y si tales parejas llegan a la edad juvenil, habrán de ser reconocidos como herederos indistintos de entre ambas madres. Conviene no olvidar también que en dicho caso el brahmán procede a la solemne ruptura de los lazos matrimoniales por orden de la diosa, cobrando de nuevo, naturalmente, por hacerlo, y el asunto queda así terminado a completa satisfacción de todos. Dado, en fin, el caso de que los tales hijos nazcan con sexo opuesto, no hay por qué decir que su matrimonio es indisoluble aunque uno o ambos nazcan defectuosos, idiotas o enclenques. (73)



Ya que he tocado a la constitución de la familia hindú, mencionaré algunos otros rasgos característicos.

El hindú no tiene derecho a permanecer soltero. Las excepciones únicas a este precepto son: la del niño que desde su infancia es destinado por sus padres a la vida monástica, y la del que es consagrado a la Trimûrti antes de nacer. El precepto obedece a la necesidad que tiene todo hindú de contar con un sucesor que se encargue a su muerte de ejecutar todas las ceremonias prescriptas por la ley para que el muerto pueda entrar en el *Swarga* o Cielo. Por eso están obligados a adoptar a los hijos de otro, los propios brahmachâryas, casta cuyos miembros hacen todos el voto de castidad y son los únicos célibes de toda la India, no obstante participar de la vida mundana. Los restantes hindúes han de someterse a la ley matrimonial hasta los cuarenta años, edad en la que tienen derecho a renunciar al mundo y sus pompas, para buscar su salvación, llevando una vida ascética en un bosque o lugar apartado. Aunque algún hindú tenga la desdicha de nacer defectuoso, no por eso se exime de la ley, y ha de buscar en su misma casta una mujer que sea defectuosa también, procurando observar la ley de las compensaciones, buscándose el ciego para la lisiada, el imbécil para la histérica, etc., etc., y dado caso que el hombre en cuestión, a pesar de ser defectuoso, desee una esposa sana, puede hacerlo aviniéndose a bajar un peldaño en su casta social, escogiendo una mujer de casta un grado inferior a la suya, pero en tal caso los parientes y asociados del esposo no darán acogida en su casta a la advenediza, bajo ningún pretexto. Todo ello, por de contado, son arreglos y componendas que sólo puede acordar el *gurú* o brahmán, director espiritual de la familia, bajo la inspiración de los dioses.

Lo dicho es lo relativo al hombre. Respecto de la mujer ocurre de manera muy distinta.

En la India puede decirse que únicamente son libres y felices las *nautches*, o bayaderas consagradas a los dioses y que habitan en los templos. Su ocupación es hereditaria, y, contra lo que pudiera creerse, son vestales e hijas de vestales. El criterio de moralidad hindú es distinto, casi hasta contrario al nuestro de Occidente. Aunque nadie sea más severo y exacto en orden al honor y la pureza femenina que los brahmanes, éstos resultan en el problema infinitamente más astutos que los propios augures romanos. Se dice, en efecto, de Rhea Sylvia, madre de Remo y Rómulo, que fué enterrada viva por los austeros romanos, no obstante ser el propio dios Marte el causante de su desgracia. Tanto Numa Pompilio como Tiberio, cuidaron muy celosamente de que la conducta de sus vestales sacerdotisas fuese nominal, ya que no efectiva. Pero las vestales del Ganges y del Indo

entienden el problema de muy diferente modo que sus congéneres de las orillas del Tíber. La intimidad universalmente admitida de las nautches o vestales con los dioses, las purifica de todo pecado, haciéndolas irreprochables e impecables a los ojos de todos. Una joven nautche no puede pecar a despecho del enjambre de "músicos celestes" o *ghandhavas*, que tanto abundan en todas las pagodas bajo la forma de lindas niñas vestales y sus hermanitos. Matrona romana alguna fué tan respetada como lo están estas lindísimas criaturas, y es ciertamente admirable la veneración profunda que a estas felices "prometidas de los dioses" profesan los cándidos habitantes de la India Central, que conservan aún intacta la fe en los sacerdotes brahmánicos.

Las nautches todas saben leer y escribir, recibiendo la más elevada educación que es dable en la India. Escriben correctamente el sánscrito y estudian la buena literatura de la India antigua, con sus seis escuelas filosóficas; pero a lo que mayor importancia asignan es a la música, el canto y la danza. Amén de estas "hijas de los dioses", sacerdotisas de las pagodas, hay también nautchos públicas, al modo de las alemeas egipcias, tan al alcance de los dioses como de los simples mortales, pero en su mayoría son gentes también de cierta cultura.

El destino de la mujer honesta en la India es, en cambio, harto diferente, hasta un extremo irritante de crueldad y de injusticia inconcebibles. La vida de la mujer honrada y buena, que posea además una ardiente y sólida piedad, no es sino una interminable cadena de fatalidades y desgracias, tanto mayores cuanto más elevada sea la posición social de su familia. Es tal el horror que la mujer casada tiene de parecerse en lo más mínimo a las bailarinas profesionales, que es imposible persuadirlas de que aprendan nada de lo que se enseña a aquéllas. La mujer brahmánica que sea rica, consume su vida en la más desmoralizadora ociosidad, y si es pobre, su existencia terrestre se cifra tan sólo en el rutinario cumplimiento de ritos automáticos embrutecedores. Para ella no hay pasado ni futuro, sino un tedioso presente del cual la es imposible escapar. Esto, si todo marcha a pedir de boca y si tristes eventualidades no caen sobre su familia.

Por de pronto, entre las mujeres brahmánicas, si el matrimonio no es de su libre elección, menos lo es de afectó, estando limitada al corto radio de la casta a que su padre y madre pertenezcan. El encontrar asimismo un enlace adecuado para la joven, ocasiona enormes dificultades y cuantiosos dispendios, porque la mujer de casta superior en la India, no es comprada por su marido, como en otros países antiguos, sino que ella es la que, por decirlo

así, tiene que comprarle. Por eso el nacimiento de una niña es motivo de tristeza más que de alegría, especialmente cuando no son ricos sus padres, y es *de todo punto preciso* que se case, a lo más tardar, así que tenga siete u ocho años, pues una jovencita de diez años es ya toda una solterona en la India, un motivo de carga y de descrédito para sus padres y el blanco de las burlas de sus compañeras más afortunadas.

Una de las más nobles medidas de los ingleses y que han tenido espléndidos resultados en la India, ha sido la disminución, ya que no la extinción, de los infanticidios, que hasta hace poco eran el pan de cada día, porque se hallaba muy extendida por el país la práctica de que los padres matasen a las pequeñuelas, sobre todo en la comarca del Sindh, que acaso fueron las primeras gentes que implantaron semejante procedimiento y que hoy se consagran a ejercer el más miserable bandolerismo. El matrimonio obligatorio de las niñas en edades tan tiernas, es una invención relativamente moderna, de las que sólo son responsables sus padres, quienes prefieren ver muertas a sus hijas, que sin casarse. Nada de esto conocieron los primitivos arios puros, entre los cuales la mujer gozaba de idénticos derechos que el hombre, según enseña toda la antigua literatura brahmánica; su opinión era tenida en cuenta por los estadistas y gozaba de omnímoda libertad para permanecer soltera o para casarse. En los anales de la Âryâvarta desempeñan importante papel muchos nombres de mujeres consagradas por la posteridad como eminentes poetisas, astrónomas, filósofas y hasta jurisconsultas.

Mas, con la invasión de los persas en el siglo VII y, después con la de los fanáticos y destructores musulmanes, aquello cambió enteramente: la mujer se transformó en una esclava, complaciéndose los brahmanes en humillarla hasta la abyección. Por eso es aún más desconsoladora la situación de la mujer hindú en las poblaciones que en las aldeas. (74)



Las ceremonias nupciales son complicadísimas, y se reparten en tres grupos, a saber: ritos preliminares del matrimonio; ritos para la ceremonia, y los que han de seguir a la celebración de aquél. El grupo primero comprende: las proclamas; el cotejo de horóscopos; la inmolación de un macho cabrío; el señalamiento del día propicio según los astros; la

erección del altar; la compra de los vasos sagrados para el hogar; las invitaciones para la boda; los sacrificios a los dioses domésticos; los regalos mutuos, etc., todo ello, no hay que decir, sujeto a los más enmarañados y costosos ritos. Al efecto, tan luego como una niña cuenta los cuatro años de edad, los padres hacen venir al *gurú* o director espiritual de la familia, a quien entregan el horóscopo de ella, hecho por el astrólogo de la casta –puesto que es elevadísimo–. El *gurú* recorre las gentes del lugar en busca de alguien que tenga un hijo en edad adecuada. Cuando ya le ha encontrado, el padre del chico, depositando el horóscopo de aquélla sobre el altar, responde: "–Accedo al *panighrana* que me proponéis. ¡Ayúdenos, pues, el dios Rudra!"

El *gurú* pregunta entonces cuándo debe celebrarse el matrimonio, después de lo cual se despide.

Pocos días más tarde, el padre del chico entrega al astrólogo entrambos horóscopos, y si éste los halla concordantes o propicios para el enlace que se proyecta, podrá procederse a la celebración, pero de ninguna manera si su inescrutable opinión fuese contraria, pues nada se volvería a hablar del asunto entonces. Dado por el astrólogo el dictamen favorable, el convenio queda otorgado en el acto. El astrólogo ofrece al padre un coco y un puñado de azúcar, después de lo cual nada puede ser alterado, so pena de que la *vendetta* pública caiga sobre todos de generación en generación. En seguida se inmola el macho cabrío, con lo que los consortes quedan ya desposados irrevocablemente, fijándose el día para la ceremonia pública de la boda.

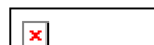
Merece especial mención esto del sacrificio del cabrito.

Un chico de la familia lleva a varias señoras casadas, ancianas de veinte a veinticinco años, la invitación para que presencien la adoración de los dioses lares y penates. Cada familia tiene su diosa doméstica peculiar, cosa nada imposible, dado que el número de dioses del panteón hindú llega a 330 millones. La víspera se ha traído al macho cabrío a la casa, y toda la familia duerme alrededor de él. La capilla para la ceremonia es el salón principal del piso bajo. Su suelo está alfombrado por gruesa capa de excrementos de vaca, y en el centro de la estancia se ha trazado con tiza un cuadro en el que se coloca alto pedestal con la estatua de la diosa. Trae el patriarca de la familia, al fin, el macho, y asiéndole por los cuernos, le obliga a saludar a la diosa, inclinándole la cabeza. Entonces jóvenes y "viejas" rompen a cantar himnos nupciales, mientras ligan las patas del animal, echan

sobre su testuz polvos rojos de sándalo y colocan bajo su hocico un incensario con objeto de expulsar de él los malos espíritus. Cumplidos estos ritualismos, el elemento femenino cesa en su ministerio, volviendo a oficiar de nuevo el patriarca, quien arteramente coloca una porción de arroz ante el hocico del macho, y en el momento mismo en que el infeliz, guiado por su hambre e instinto, quiere empezar a comerlo, el viejo le cercena la cabeza de un tajo; baña a la diosa con la humeante sangre, que mediante una vasija mantiene suspendida sobre el ídolo con su mano derecha. Tornan las mujeres a sus coros, y con esto quedan terminados los ritos esponsalicios.

Las ceremonias ante los astrólogos y el mutuo cambio de regalos son excesivamente prolijos para que nos detengamos en ellos. Baste decir que el astrólogo representa el doble papel de augur y de notario. Después de invocar a Ganesha, el dios con cabeza de elefante, redacta el contrato matrimonial al dorso de entrambos horóscopos, y lo sella con su sello, terminando la ceremonia con una bendición general a todos los asistentes.

Todas las expresadas ceremonias habían sido ya ejecutadas hacía ya tiempo por la familia a cuya fiesta estábamos invitados en Bagh. Siendo sagrados todos estos ritos, es seguro que no nos habrían permitido, como extranjeros, el presenciarlos. Otros idénticos presenciamos más tarde en Benarés, gracias a la intercesión del babú. (75)



Cuando llegamos al lugar de la ceremonia de Bagh, la festividad estaba en su apogeo. No contaba el novio arriba de los catorce años, y frisaba la novia en los diez. Un enorme anillo macizo de oro, salpicado de pedrería, colgaba de las naricitas de ésta, haciéndola bajar la cabeza con su peso, mientras miraba de una manera furtiva y cómicamente lastimosa a los circunstantes. El novio, muchacho sanote y robusto, vestido de telas orladas por oro y con un sombrero verdaderamente histórico cuajado de representaciones del dios Indra, llegaba al frente de la lucida cabalgata, seguido de toda su parentela.

El altar presentaba un sorprendente aspecto, pues era de yeso y ladrillos, con una altura rigurosamente determinada por el triple de la longitud del brazo de la novia, medida desde el hombro a la uña del dedo medio. Dos verdaderas pirámides formadas por 46 potes traceados de verde, rojo y amarillo, que son los tres colores de la Trimûrti, se alzaban sobre

el altar a entrambos lados del "dios de los matrimonios", rodeado por multitud de casaditas muy atareadas en moler jengibre. Cuando el jengibre quedó así reducido a fino polvo, todas a una se arrojaron sobre el novio, le arrancaron del caballo, y después de desnudarlo, le dieron una buena frotación con jengibre humedecido. Así que el sol hubo secado el embadurnado cuerpo del novio, unas cuantas casadas le tornaron a vestir, mientras que otras entonaban himnos nupciales y las demás derramaban sobre su cabeza pomos de agua impregnada de hojas de loto, delicado homenaje, sin duda, a los dioses acuáticos.

También nos informamos de que toda la noche anterior la habían pasado aquellas gentes consagradas por entero al culto de diversos espíritus, ritos que, iniciados ya semanas hacía, habían terminado, y muy apresuradamente, por cierto, durante la pasada noche. Consistían tales ritos en invocaciones a Ganesha, el dios de los matrimonios; a los dioses de los cuatro elementos de fuego, agua, aire y tierra; a la diosa de las viruelas y otras mil dolencias; a los espíritus planetarios y a los de los antepasados; a toda la incontable cohorte de buenos y de malos espíritus, penates, lares, etc. etc. De improviso, una estruendosa música nos dejó medio sordos... ¡Qué espantosa sinfonía, ¡oh!, cielos! Tam-tams hindúes, tamborinos tibetanos, caramillos cingaleses, trompetas chinas y gongos burmeses desarrollaron una verdadera tromba sonora, que de tal modo lastimaron nuestros tímpanos, haciéndonos concebir un satánico odio hacia la Humanidad y sus funestas invenciones.

–¡De todos los ruidos, el de la música es el más desagradable! –me dije, parafraseando a Napoleón, ante aquel insoportable estrépito.

Por fortuna, pronto cesó tamaño suplicio, sustituido por corales, tan originales como gratos, cantados por brahmanes y nautches. Como la boda era de las de rumbo, las "vestales" no podían faltar. Sobrevino en seguida un instante de silencio, de cuchicheos casi imperceptibles, y una de éstas, muchacha alta, gallarda y cuyos ojos le cogían media cara, fué recorriendo uno tras otro junto a todos los invitados, y pasándoles la mano por los rostros de ellos los fué sellando con polvos de sándalo y azafrán, También llegó a nosotros, avanzando imperceptible con sus pies desnudos sobre el empolvado pavimento, y antes de que nos percatásemos de sus propósitos ya nos había tiznado al Coronel, a Miss X... y a mí, determinando en ésta el más ruidoso estornudo y haciéndola que se pusiese a frotarse durante diez minutos para quitárselos, mientras protestaba de un modo tan inútil como ruidoso.

El muljí y el babú presentaron sus mejillas a la linda mano, llena de zafrán, con sonrisa de condescendiente benevolencia; pero el irreductible Narayán, con tal rapidez apartóse de la vestal en el preciso instante en que ésta, envolviéndole en ardientes miradas y alzada sobre la punta e sus diminutos pies para alcanzarle, perdía el equilibrio y le llenaba de polvos toda la espalda, mientras él se alejaba regruñendo. También surcó la frente de la vestal, así desairada, un fruncimiento de cólera; pero reprimiéndose al instante, se dirigió hacia Ram-Runjit-Das con deslumbradoras sonrisas. Todavía fué menos afortunada con este último, porque, sintiéndose herido al par en su pudor y en su monoteísmo, "el Guerrero de Dios" repelió a la vestal con movimiento tan brusco, que a poco más no tira las pirámides de tiestos alzadas sobre el altar. Un prolongado murmullo de reprobación y protesta se propagó por la concurrencia, y cuando temíamos ver llegado el momento de la expulsión más vergonzosa, por culpa del guerrero de Sikh, los tambores redoblaron de nuevo y la comitiva se puso en movimiento. Batían marcha los trompeteros y tamborileros, encaramados sobre un gran carretón dorado de arriba abajo y tirado por mansos bueyes exornados con guirnaldas. Tras ellos iba una banda de flautistas, y seguidamente un tercer pelotón de músicos a caballo golpeando fieramente enormes gongos. Detrás iba el cortejo nupcial, formado por los parientes de los cónyuges, alineados en doble hilera, caballeros en sendos potros ricamente engalanados con plumas, flores y jaeces valiosos. A continuación iba todo un regimiento de bhils en pleno... desarme, ya que el Gobierno inglés no les permite otras armas que los arcos y las flechas. Diríase que todos éstos llevaban dolor de muelas a juzgar por el extraño sistema de colocarse los picos de sus níveos *pagris*. Seguían luego los sacerdotes brahmanes, llevando aromáticos cirios en sus manos y rodeados por el inquieto enjambre de las nautches, que iban haciendo piruetas y monadas durante todo el recorrido, y tras ellas los brahmanes de estado seglar los *dwipas* o "dos veces nacidos". El novio caracoleaba sobre un magnífico alazán y a sus dos lados dos parejas de guerreros, armados con sendas colas de vaca a guisa de mosquiteros, y otra pareja más con abanicos de plata. Completaba tan interesante grupo un brahmán desnudo, caballero sobre un asno, sosteniendo por encima de la cabeza del muchacho un enorme quitasol de seda roja. Detrás iba otra carreta cargada con un ciento de cañas de bambú, atadas con una cuerda roja, y un millar de nueces de coco. El dios que vela sobre los matrimonios seguía en melancólico aislamiento sobre el ancho lomo de un elefante, cuyo mahout le guiaba con guirnaldas de flores. Nuestras ínfimas personalidades caminaban con toda modestia justamente detrás de la cola del elefante...

Durante el recorrido se sucedían unos a otros los ritos, que amenazaban ser interminables. Ante cada árbol, matorral, pagoda o estanque sagrado, se hizo alto y se entonó un himno: el último, por cierto, ante una vaca sagrada. Todo esto de tal modo que, habiendo salido un poco antes de las seis de la mañana, eran ya las cuatro de la tarde cuando tornábamos a la casa de la novia, completamente extenuados, sobre todo Miss X..., a la que la faltaba bien poco para quedarse dormida sobre un pie como las grullas. El cascarrabias del sikh hacía ya rato que marchara en compañía de Mr. Y... y del muljí, a quien el Coronel había puesto el mote de "el general mudo". Nuestro respetable presidente sudaba a mares, y hasta el impasible Narayán menudeaba en sus bostezos y pedía auxilio a su abanico. El babú, en cambio, tan asombroso como siempre, tras haber caminado nueve horas bajo aquel sol de justicia y con la cabeza descubierta, parecía más fresco que nunca, sin que la más pequeña gota de sudor apareciese en su rostro moreno y lustroso. Enseñándonos su dentadura blanquísima a cada sonrisa, se burlaba de nosotros recitando pasajes de las *Bodas de Diamante,* de Steadman.

Ardiendo era deseos, sin embargo, de presenciar la ceremonia postrera, por virtud de la cual la mujer queda separada para siempre del mundo exterior, sacamos fuerzas de flaqueza, concentrando en aquélla toda nuestra atención.

Traídos ante el altar los novios, el brahmán oficiante les ligó sus manos con tallos de kus-kus y les ordenó dieran tres vueltas en torno del altar. Seguidamente el brahmán les desató y murmuró un *mantram:* el novio cogió en brazos a su diminuta consorte y con ella a cuestas dió otras tres vueltas en torno del ara. Tres vueltas más aún dió luego el novio solo, seguido por la novia a guisa de esclava sumisa, y terminadas las nueve vueltas colocaron a la novia en un sitial alto, junto a la entrada; trajo el novio una palangana con agua; se descalzó y después de lavarse los pies se los enjugó con la nudosa cabellera suelta de ella, costumbre que se nos dijo databa de las épocas más remotas. La madre del novio tornó asiento entonces a la diestra de éste; la novia, al punto, se arrodilló ante ella, y as! que verificó idéntica operación de secarse los pies con los cabellos de su nuera, se retiró a casa. La madre de la novia, saliendo después de entre la muchedumbre, repitió a su vez la ceremonia del lavatorio, pero sin secarse los pies con los cabellos de su hija a guisa de toalla. Hecho todo esto, la joven pareja quedaba casada. Resonó una vez más la estrepitosa música, y medio sordos y molidos nos restituimos a nuestro alojamiento. (76)



Al regresar a la tienda sorprendimos a nuestro akali en la mejor de su perorata predicada en honor del "general mudo" y de Mr. Y... para darles a conocer las ventajas de la religión sikh, sobre la de "los adoradores del demonio", como él denominaba a la gente brahmánica.

Habíamos visto ya demasiadas cosas en aquel día y era además ya tarde para pensar en ir a las cuevas. Nos sentamos, pues, a descansar, oyendo al par las sabias palabras del "guerrero de Dios", en las que tenía mucha razón, sin duda, porque ni el propio Satanás, en sus momentos más perversos, podría haber inventado nada más cruel e injusto que los refinamientos de tortura establecidos por esos "dos veces nacidos" para con el sexo débil. La viuda queda irremisiblemente condenada a una verdadera muerte civil aunque su desgracia la sobrevenga a los dos o tres años de edad. Los brahmanes no dan importancia ni al hecho de que no se haya consumado el matrimonio, y consideran obligada a la mujer tan luego como se realiza la ya dicha inmolación del macho cabrío. El hombre, en cambio, no sólo puede tener varias esposas legítimas a un tiempo, sino que la ley le obliga a contraer nuevas nupcias si la esposa muere, aunque, en honor de la verdad debo añadir que, salvo algún vicioso rajá, no sé de hindú alguno que, aprovechando semejante ley, tenga más de una esposa.

En toda la India ortodoxa reina en nuestros días gran movimiento en favor de las segundas nupcias para las viudas. El movimiento le iniciaron en Bombay algunos reformadores rivales de los brahmanes. El muljí Taker Sing y otros, plantearon este problema hará unos diez años, pero hasta hoy sólo tres o cuatro hombres han tenido el atrevimiento de casarse con viudas. El movimiento de reforma es fuerte y tenaz, manteniéndose en secreto todavía.

Ínterin las cosas no cambien radicalmente, la suerte toda de las infelices viudas está en manos de los brahmanes. Tan pronto como ha ardido en la pira el cadáver de su esposo, la viuda habrá de raparse la cabeza hasta el fin de sus días; ha de arrojar en aquélla, después de hechos pedazos, todos sus collares, pendientes, anillos y brazaletes, y durante el resto de su vida no podrá vestir sino de blanco, si fuese veinticinco o más años menor que su difunto, y de rojo en el caso de menor diferencia de edad. Todo trato humano, incluso la visita a los templos y asistencia a sus ceremonias, la está prohibido y carece ya de todo

derecho para dirigir la palabra a sus parientes ni comer con ellos, sino que ha de dormir, comer y trabajar aislada, por ser impuro su contacto durante siete años. El hombre que, al salir a sus negocios por la mañana, tropiece con una viuda, deja de hacer lo que proyectaba, porque se considera de pésimo agüero semejante encuentro.

Antaño no ocurría nada de esto, sino cuando alguna viuda rica rehuía el ser quemada con el cadáver de su marido; mas desde que se demostró que los brahmanes habían falsificado los Vedas con la criminal intención de alzarse con los bienes de las viudas, exigen éstos el cumplimiento íntegro del precepto, transformando así en regla general lo que antes era mera ,excepción de ella. Impotentes frente a la ley inglesa, se vengan tiranizando y explotando a las desvalidas viudas a quienes el Destino privó de sus naturales protectores.

Digno es de ser conocido, por tanto, el modo cómo el profesor Wilson demostró la falsificación cometida por los brahmanes en los *Vedas* para justificar la nefasta práctica de que las viudas se quemasen juntamente con el cadáver de sus esposos. Durante los largos siglos que estuvo en vigor tan infame costumbre, los brahmanes apelaban para tratar de justificarla a cierto texto védico, interpretado por el *Código del Manú*, y cuando la *East India Company* trató de suprimir la *suttee* o sacrificio de las viudas en la pira funeraria, toda la India, desde el Himâlaya al cabo Comorín, se alzó en airada protesta, bajo la sugestión y órdenes de los brahmanes, quienes se escudaban tras el solemne ofrecimiento hecho por aquella de "no mezclarse en los asuntos religiosos de la nación". Nunca estuvo la India más "a dos dedos" de la revolución que entonces, y los ingleses, viendo la tempestad que se venía encima, renunciaron a sus propósitos redentores. Entonces el profesor Wilson, el mejor sanscritista de su tiempo, no creyó, perdida la batalla y emprendió con ardor la busca y compulsa de los más antiguos manuscritos, llegando gradualmente a convencerse de que el precepto invocado por los brahmanes para defender la *suttee* no estaba, por de pronto, en los Vedas, y aunque aparecía, sí, en el Código del Manú, había que traducirle al modo como lo hicieron T. Colebrooke y otros orientalistas, pero tratar de convencer de su error a las fanatizadas gentes era, echar agua a la mar. Tomó, pues, Wilson a su cargo el comparar entrambas escrituras sagradas y he aquí el fruto que obtuvo de sus arduas investigaciones:

El *Rig- Veda* ordena al brahmán que haga situarse a la viuda al lado del cadáver y, después de practicar tales y cuales ritos, ha de acompañarle hasta junto a la pira funeraria, cantando el verso llamado del Grhya-Sutra, que dice:

> "Mujer: ¡levántate! ¡Vuelve al mundo de los vivos, puesto que ya reposa tu marido durmiendo el sueño de los muertos! ¡Despierta, pues, de nuevo, que bastante tiempo has sido ya la fiel esposa de aquel que te hizo la madre de sus hijos!..."

Todos los que presenciaban la cremación del difunto tenían que frotarse los ojos con colirio, mientras los brahmanes les endilgaban este otro verso:

> "Aproximaos, casadas, con vuestros maridos respectivos, trayendo en vuestras manos manteca y glú y ataviadas con vuestras galas mejores, ALCANCEN LAS MADRES EL PRIMER SENO".

Los brahmanes, con la más sutil perfidia, tergiversaron la penúltima línea del verso, del modo más traidor; aquella que, en sánscrito, decía:

> "Arohantu janayo yonim agre...

Como *yonim agre* significa literalmente "el primer seno", los brahmanes cambiaron tan sólo una letra de la palabra *agre*, que quiere decir "primero", "primordial", en aquella lengua, escribiendo en su lugar *agneh,* que significa "del fuego", con lo que ya se creyeron autorizados para enviar a las viudas todas al *yonim agneh,* o sea, al "seno del fuego", y, por tanto, a la pira. Imposible es hallar un ejemplo más diabólico de impostura por toda la faz de la Tierra.

Los *Vedas* no autorizaron nunca la cremación de las infelices viudas; antes bien, existe un texto en el Taittiriya-Aranyaka, del *Chatur Veda,* donde se recomienda al hermano del muerto, o a su discípulo y, en su defecto, a todo amigo leal del mismo, que diga a la viuda mientras se prende fuego a la pira: "¡Levántate, mujer! ¡No yazgas por más tiempo junto al cadáver del que fué tu esposo!... ¡Vuelve al mundo de los vivos y cásate de nuevo con aquel que, asiéndote de la mano, quiera compartir su suerte con la tuya!"

Semejante pasaje indica bien a las claras que durante el período védico fueron legales las segundas nupcias. Además, en otros pasajes que nos mostró el swani Narayán, se disponía "que las viudas están obligadas a conservar las cenizas de sus maridos y cumplir ciertos ritos funerarios en su honor durante algunos meses después de la muerte de éste".

No obstante el escándalo producido por las estupendas revelaciones de Wilson y de ser así desenmascarados los brahmanes respecto de los *Vedas* y del *Código del Manú*, es tal el arraigo de la vieja superstición de la *suttee,* que todavía algunas mujeres, siempre que pueden escapar a la ley, se arrojan voluntariamente en la pira de sus maridos. Hace apenas

dos años que las cuatro viudas de Yung Bahadur se obstinaron en ser quemadas. Verdad que allí no pudo intervenir el Gobierno británico, por ser territorio exento. (77)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO IX

(73) Para que se vea cuán lejos están los primitivos preceptos del Código del Manú de sancionar tamaños abusos explotadores de los brahmanes, copiaremos unos párrafos de la ya citada obra Dharma del Dr. Arturo Capdevila. "Interesantísimo es –dice– el libro III del Manava Dhanna Shastra que trata del casamiento y de los deberes del jefe de la familia. Después de haber cumplido el novicio las reglas precedentes, y luego de haber profundizado siquiera una rama del Veda, se hace sacerdote, y por lo tanto, puede ser jefe de familia y contraer matrimonio[xcvii], "con tal que la esposa no descienda de uno de sus abuelos maternos o paternos". Será preciso asimismo que la elegida no tenga "los ojos rubios"[xcviii] ni miembros anormales. Su nombre no ha de ser áspero ni su cuerpo en exceso velludo. "La elegida deberá ser hermosa, de nombre dulce de pronunciar y con el andar de los cisnes..." así se regocijan los manes y así la obligación fúnebre es más grata al corazón de los antepasados...

Luego Capdevila habla de las ocho clases posibles de matrimonio. Nosotros nos permitimos alterar el párrafo de referencia en esta forma serial de la mayor a la menor pureza del mismo, observando de antemano que la ley del Manú se hace cargo así de toda unión de hombre y mujer, desde la más laudable hasta la más ilícita, llamándolas, sin embargo, matrimonio a todas: 1º, el de los *gandharvas*, o músicos celestes, que es la unión por puro amor y en virtud del mutuo consentimiento, como acaso fueron las uniones primitivas en una época paradisíaca o de la *Edad de Oro*, en la que era sagrada, eterna e inviolable la mera palabra de los hombres[xcix]; 2º, el de los *pradjapatis* o primeros seres del mundo, padres de todas las criaturas, matrimonio en el cual el padre entrega a su hija simplemente al yerno diciéndole: "Id y cumplid ambos con vuestro deber", fórmula harto mejor, más integral y pura que la que el semitismo del Génesis pone en boca del terrible Jehovah, el dios de la mera y carnal generación, cuando, después de separar en hombre y mujer al primitivo Adán andrógino, les dice: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra", sin alusión alguna a más altos ideales matrimoniales, como si la vida consistiese sólo en la grosera materialidad de nacer, crecer, reproducirse y morir, según vemos en los animales. Viene después el matrimonio, religioso ya, y como tal, posterior y propio de una edad en que al mero consentimiento hay necesidad de agregarle, para evitar abusos, el yugo de una fórmula religiosa, cuya trasgresión lleve aparejado el condigno castigo, o sea, 3º, *el*

matrimonio de Brahmá, que es cuando un padre adereza y viste a su hija con sus mejores galas y, desvinculándola de su anterior hogar paterno y de su culto, la entrega a un hombre sabio y virtuoso para con él crear un culto nuevo; 4º, el *matrimonio sacerdotal* o de los dioses, en el que ya se ve el modelo posteriormente seguido, y al que se alude en el párrafo antes transcripto, o sea el desposorio de la mujer con el *novicio celebrante,* en medio de la necesaria ceremonia religiosa exterior que no existiera probablemente en los tiempos primitivos; 5º, el de los *rishis*, fórmula muy ulterior de matrimonios, de carácter ya francamente védico, por cuanto en él el padre entrega a su hija conforme al texto escriturario de la ley, *después de haber recibido del novio una vaca* y un toro, más que como base la ulterior riqueza pecuaria del futuro hogar, como simbolismo de la *Sagrada Vaca primitiva,* tantas veces aludida antes y también ahora en el curso del artículo que comentamos. La ya evidente degradación brahmánica de los tiempos posteriores exigió al fin que ambos animales fuesen sacrificados en una ceremonia religiosa, de lamentable sabor semítico, como las inmolaciones ante el *Arca Santa de la Alianza,* símbolo fálico o de la generación, como puede verse en el Deuteronomio[c]; 6º, el *matrimonio de los asuras*, los *no-dioses* o *gentes caídas*, en los que ya intervienen, manchando la prístina idealidad matrimonial, la dote, los regalos a los padres y a la doncella, y hasta la grosera fórmula, en fin, de la *coemptio* o compra romana y de los demás países de los *bhils*, los *mlechas* o los europeos; 7º, el que pudiéramos llamar *matrimonio puramente animal* o de los *rakshasas*, gentes malévolas, alocadas, demoníacas, que violan las santas fórmulas anteriores, apelando a la fuerza bruta que suponen el engaño, la falsa palabra, el estupro, el rapto y tantas otras formas animales de la violencia pasional; 8º, *el matrimonio o unión que pudiéramos llamar de magia negra*, es decir, el de los *pisachas* o *vampiros*, y en los cuales el hombre abusa el criminalmente de la mujer mientras ella está hipnotizada, dormida, delirante o ebria.

La ley del Manú –dice Capdevila– no acepta sino las cuatro formas matrimoniales de Brahmá, de los dioses, de los rixis y de los pradjapatis. En la ceremonia los esposos que sean de la misma casta se darán *la mano*[ci]. "*La deductio in domum* y *la confarreacio*, de la que tanto se ha ocupado Ihering en su *Prehistoria de los pueblos indoeuropeos*, tienen asimismo sus equivalentes en la India. También se celebraban nupcias en Roma por *coemptio* y por *usus* y ejemplos de estas fórmulas son, en la India, las bodas de los *gandharvas* y los *asuras*, respectivamente. La legislación hindú prohíbe de un modo terminante la unión en

primeras nupcias con mujer de otra casta. Conocida es asimismo la prohibición, existente en Roma hasta los tiempos del tribuna Canuleius, de casarse fuera de la propia clase. Así, un patricio, no podía unirse en matrimonio legal a una plebeya. Un brahmán, aparte de su legítima esposa brahmina, estaba facultado para tener mujeres de castas inferiores. En Roma ocurre algo parecido con el concubinato y el contubernio."

Después de leer pasajes tan admirables de una ley como la del Código del Manú, que fué dada ya para gentes lunares o caídas, tan inferiores, por supuesto, a las desconocidas gentes solares del Mahabharata, y de compararlos con los pasajes que comentamos de la Maestra, se queda uno espantado ante los horrores a que conduce siempre la maldad sacerdotal con máscara religiosa, horrores de los cuales el menor es, sin duda, su desaforada codicia... Lobos con piel de cordero que ha dicho de tan divino modo el Evangelio, abusan así de la gregaria ignorancia de las multitudes, a quienes tratan de perpetuar, además, en su estado de ceguera, prohibiéndoles aquéllos, los brahmanes, la lectura de los Vedas, no siendo sacerdotes ni guerreros, y a éstos, los católicos, como en Trento, la lectura de las Escrituras en lengua vulgar... Así no es de extrañar que dentro de la Edad Moderna, viésemos a segundones hijos de reyes, hechos a los cinco o diez años nada menos que cardenales-arzobispos primados de Toledo, y aun hoy veamos profesar en órdenes religiosas de uno y otro sexo a gentes que no han cumplido la plenitud de edad civil y política que les capacite legalmente para actos tan decisivos e irremediables de su vida. Como siempre, el brahmanismo va más allá que nadie en punto a enormidades y abusos, pues que en honor de la diosa *Mata*, hemos visto que considera legales los matrimonios de los todavía por nacer, atrocidad que deja en mantillas a los consabidos *matrimonios de Estado*, de reyes y príncipes... Por otra parte, los distingas teológicos de aquéllos, dejan también bien atrás a nuestros famosos distingos escolásticos que han permitido en todo tiempo a truhanes desaprensivos y de imaginación fecunda encontrar sombras de razones para los mayores absurdos, tales como los castigos inquisitoriales, las flagelaciones individuales y colectivas, las tiranías de todo género, etcétera, etc....

(74) "La India, pueblo admirable a fuer de tal, a veces nos desconcierta –dice Capdevila–. Su concepto de la vida y su práctica de la existencia coinciden en grandeza. Vive para la vida y para la muerte; encara la doble faz del problema monstruoso; mide los dos profundos abismos de la luz y de sombra. Su fórmula de ecuación sería ésta: *India = Grecia*

+ *Jerusalén*. Mientras el hombre trepa y repecha la colina de la propia existencia, se instruye –ya lo hemos visto– en la ciencia del noviciado, dulce ejercicio en que la lectura del Veda se hace con placer, al amparo benévolo de los maestros. Viene después el matrimonio, el amor, el triunfo de los deseos puros, la legítima posesión de los mejores trofeos; se es amo de casa; se es sacerdote en el culto doméstico; se engendran hijos; se vive para la vida. Son el noviciado y el matrimonio dos sucesivas etapas de sonrisa y de amor, de honores y de gloria. Pero un día los cabellos se emblanquecen, los hijos han retoñado nietos y eso quiere decir que empieza el descenso de la colina. Desde este punto ya, el hombre se torna del lacio de la muerte. Nada tiene que hacer ya en el festín; debe dejar su sitio a otro y retirarse a un bosque, con el mayor recogimiento, dueño absoluto de sus sentidos. Tal es la regla de los anacoretas impuesta por Manú. La gimnasia espiritual que el retirado se impone, tiene rigidez desoladora. La esposa ha muerto para él. Si le acompaña al bosque le servirá a lo sumo cual simple perro amigo. Él, cumpliendo la regla de los anacoretas, dejará crecer la barba en tanto que se críen a su gusto las uñas y los cabellos; vestirá piel de gacela o de corteza vegetal; comerá frutos silvestres y granos puros; y toda su vivienda consistirá en el hueco natural de algún árbol compasivo. Pero todavía hay más: el anacoreta es aún un hombre; conserva un poco de corazón, guarda afectos todavía, le es permitido el recuerdo de sus tiempos de triunfo. Pero cabe un grado mayor de perfección: el ascetismo. Esto es ya el puro vivir interior, la meditación perenne del Veda, la anulación total de los sentidos, el estado de éxtasis espiritual, el estar sobre todas las cosas, más allá de las formas, en el seno frío del Dios Brahma: es la muerte misma, la tumba misma, la nada misma."

Aunque los últimos conceptos del gran pensador argentino se resienten, a nuestro juicio, de la falsa idea que aun se tiene en Occidente acerca del *Nirvana*[cii], no cabe duda de que la pintura de la vida brahmánica del Manú, vida tan distinta de la de los que actualmente profanan semejante nombre, está hecha de mano maestra.

En cuanto a la mujer brahmánica del Código del Manú, es efectivamente la mujer ideal del medioevo. "Sea niña, joven o adulta, la mujer no debe hacer nada a su arbitrio", establece la sloka 147; pero Capdevila, al comentar a ésta nos dice: "Se argüirá acaso de excesivo el rigor de la India con sus mujeres, pero ella, a su vez, podría contra-argüir en su descargo, que la era más próspera de los pueblos ha coincidido siempre con esta especie de sumisión humillada de la hembra, que en el fondo, no es más que una sublime forma de la

abnegación. La Roma de Marciano vale menos que la Roma de Rómulo, (Ahrens, *Enciclopedia jurídica,* t. II, 90; Fustel de Coulanges, *La Ciudad Antigua,* pág. 118). Sólo cuando la mujer ha hecho de la fidelidad su religión y del marido su ídolo, ha amamantado héroes. Sólo cuando el hombre ha sabido cuidar a la mujer, ha engendrado progenie duradera, del mismo modo que sólo obtiene buena cosecha el labriego que cuida de su campo con esmero."

Estos pasajes por un lado, y las alusiones de los párrafos de la Maestra que comentamos acerca de las *nautches*, nos traen conjuntamente al debatido problema del feminismo, problema que mal podríamos abarcar en estas breves notas.

No dejaremos, sin embargo, semejante ocasión, sin consignar de pasada nuestro criterio teosófico sobre este punto, puesto aún con más actualidad sobre el tapete, tras el decisivo auxilio que la mujer ha prestado en las naciones beligerantes, salvando las respectivas naciones comprometidas con la terrible guerra. Nadie ignora que el objeto fundamental, único, por decirlo así, de la Sociedad Teosófica es el de crear un núcleo para la Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, sexo, credo, casta o color. Por consecuencia, ante el verdadero teósofo es enteramente igual la mujer que el hombre, porque ambos se integran en una unidad superior de concepto, de concepto humano por excelencia.

El eterno semitismo[ciii], tan contrario a este concepto supremo primitivo, sale en seguida al paso con el consabido argumento de que ante la ley de la Naturaleza el sexo es una característica básica y trascendental que hace a la mujer radicalmente distinta del hombre, para adaptarla al cumplimiento de la gran misión maternal que ella está llamada a cumplir en la familia. En favor de semejante tesis, que parece incontrovertible, alega el semitismo argumentos perfectamente arios, al parecer, sacados del propio Código de Manú, tan favorable siempre al patriarcalismo y a la subordinada condición de la mujer en la familia.

Sin embargo, hay no poco que oponer a todo esto. Por de pronto el Manava Dharma Shastra, por ario que sea o parezca, no deja de ser un código de gentes lunares, es decir, de gentes inclinadas ya hacia la tendencia semítica del patriarcalismo, posterior a la tendencia atlante y prehistórica del matriarcalismo, que es un semitismo a la inversa, del cual aún quedan rastros egipcios en nuestras costumbres al decir en la conversación: "–Nuestra señora, vuestra señora[civ].–"La Naturaleza, aunque efectivamente depare hoy a la mujer

para su altísima función maternal, también enseña por labios de la moderna Biología que el sexo y todos los órganos con el sexo relacionados, tales como los estambres y pistilos de la flor, son meras formas parásitas en la fisiología de los seres que las reciben en un determinado período de su evolución, formas parásitas que traen tras sí no pocas veces la ulterior muerte de la planta, y en el animal y el hombre, la entrada en el tremebundo mar de todas las pasiones que le anticipan la muerte mis pronto de lo que parece ser el término natural de la verdadera duración de su vida respectiva. Además, las notas diferenciales, que dirían los escolásticos, suponen un "género próximo" superior y conector, que es común, o sea que da al hombre como a la mujer una idéntica característica, una misma y humana investidura, ya que ni las almas ni los espíritus tienen sexo, como harto lo indicó el Maestro Jesús al decir que en la otra vida no viviríamos como hombres o mujeres, "sino como ángeles del ciclo"[cv], añadiendo, cuando se le pidieron más explicaciones sobre este esencial problema: "–Si cuando os hablé de cosas de la tierra no me entendisteis, ¿cómo vais a entenderme ahora que os hablo de las cosas del cielo?" Velada alusión acaso a ese procedimiento de reproducción por *Kriyasakti*, o sea por la Voluntad y la mística meditación o *Yoga* que hoy genera sin sexo tantas cosas en el mundo, tales como un cuadro, una escultura, un libro, etc., primitivo procedimiento de continuidad en los seres, diferentes veces indicado en la Maestra y sobre el que no queremos hablar más para no dar el gusto a algún *sabio* de reirse de nosotros y de lo que no entiende.

Como toda acción fuera de la línea del fiel o de la justicia igualitaria o ley de la *tau* entre los dos sexos, va seguida siempre de una *reacción* contraria y proporcionada, todo pueblo enamorado de un duro patriarcalismo semítico, como los brahmanes, suele caer, en castigo, bajo ese tiránico dominio del matriarcalismo primitivo atlante simbolizado en esa pléyade de mujeres tan *espirituales* como pecadoras, llamadas aquí *nautches*, allá *hetairas*, odaliscas o cortesanas, acullá druidesas, vestales más o menos auténticas, y en general carne del placer y del vicio, verdaderas *Kalayonis* indostánicas a cuyos pies de ídolos insaciables de homenajes y de sangre, vienen a morir tantas reputaciones falsas, tantas personalidades tiránicas, tantas fortunas mal adquiridas, oficiando de kármicas reguladoras de todas cuantas perturbaciones sociales, son debidas al proteo del crimen. Y en semejantes criaturas, víctimas de un error social, viene a refugiarse casi siempre, ¡oh sarcasmo!, toda esa intelectualidad, cultura y espíritu que de la mujer y del hogar desterraron un brutal y

egoísta patriarcalismo, patriarcalismo del que fue modelo la famosa discusión teológico-bizantina de si la mujer tenía o no tenía alma, como el hombre!...[cvi]

Y no hablemos de la segunda parte que suele tener doquiera el cruel patriarcalismo, con las terribles transgresiones higiénicas y enfermedades en las que cae la mujer por el excesivo aislamiento sedentario de los hogares sobre todo los pueblerinos, ni de la hostilidad que entre sí suelen mantener por carencia de trato social, unas mujeres con otras, sobre todo en las aldeas, donde, faltas de todo recurso de sociabilidad, transforman en lugares de exhibición, charla y vida mundana la augusta santidad de los templos para caer, al fin, víctimas de las consabidas explotaciones farisaicas, con máscara del más hipócrita pietismo, contra el que han tronado siempre los santos y los reformadores de la Iglesia en todos los tiempos.

(75) Las prolijas ceremonias nupciales que indica la Maestra acusan sin duda una gran cultura perdida que, al desaparecer las claves, nos resultan hoy mero ritualismo. No pocas de tales prolijidades quedan aun en nuestras tan brahmánicas costumbres, conservadas unas en nuestras propias ceremonias, sobre todo en las aldeas, llevadas las otras a terrenos, al parecer extraños a las nupcias.

Una de estas últimas es la inmolación del macho cabrío, que pasó a la tragedia griega, como es sabido, ya que este defectuoso género dramático que tiene la crueldad de plantear problemas para luego no resolverlos, tuvo su origen en las ceremonias necromantes en que se inmolaba a dicho animal, sustituto, tantas veces, de la *Vaca Sagrada* y de las famosas hecatombes o sacrificio de los cien bueyes, con las que, como buenos semitas en el sentido que venimos asignando a la palabra, los griegos celebran 'sus fiestas mayores. Pruebas de tal conexión las tenemos en que el salón donde se verifica el sacrificio cabrío, está cubierto por excrementos de vaca, y la cola de este último animal sirve como de abanico a la nupcial pareja.

(76) El jengibre con el que es espolvoreada la concurrencia es otra supervivencia atlante, hermana de la del negro *ulli* o *hule* sacerdotal con el que, según Chavero, se embijaban los sacerdotes mayas para sus ceremonias necromantes. El color negro de éste recordaba a la

raza lemuriana, como el rojo a la atlante, según puede verse más o menos veladamente en la obra del argentino Basaldúa, *La raza roja atlante en la prehistoria universal*.

En cuanto a las tres primeras vueltas al altar que da el contrayente con su novia en los brazos, no es sino un símbolo del rapto nupcial antes aludido, mientras que las otras tres que después da el novio, con ésta ya detrás al modo de un perro fiel que sigue a su amo, es una buena prueba del carácter patriarcal y tiránico sobre la mujer, que vamos viendo en todas estas costumbres semítico-brahmánicas, tan contrarias al respeto y a la verdadera igualdad entre los sexos, como lo son asimismo las del humillante lavado que la mujer hace seguidamente de los pies del marido y de la suegra, secándolos luego con su cabellera, como se dice hiciera la Magdalena con Jesús, y en *Parsifal* lo practica Kundry con este último. La tradición asturiana conserva excelentes supervivencias de estas cosas tocantes a la inferioridad de la mujer en cantares como éste:

Con el sí que dió la niña
en la puerta de la iglesia,
con el sí que dió la niña
entró suelta y salió presa.

(77) Este odio brahmánico hacia las segundas nupcias también le heredó el Cristianismo, pues nadie ignora las discusiones a que dieron lugar en los primeros tiempos de la Iglesia las segundas nupcias, como si el lazo matrimonial que no es, en verdad, sino la santificación de la triste necesidad del sexo, perdurase en un mundo hiperfísico donde ya no se vive con sexo, sino "como ángeles en el cielo".

Aterra, verdaderamente, por otro lado, la horrible impostura brahmánica nacida del simple cambio de dos o tres letras en un texto. La historia de las religiones, está llena, en verdad, de crímenes semejantes, que no puntualizaremos por estar en la mente de todos. Pasa, en efecto, en las ideas troncales o matrices de la vida, lo que con las gotas de agua que caen en las cumbres: la menor desviación de ellas, en su caída, a uno u otro lado, puede llevadas a ríos y a mares distintos; ideas, en fin, que, en nuestro símil, pueden mantener a la Humanidad en el espinoso y estrecho sendero de subida hacia su liberación o sumirla en los abismos de la Magia Negra, con instituciones como la Inquisición, la tiranía religiosa, los falsos cultos a título religioso y tantas otras aberraciones que han sembrado el mundo de espantos, de desolaciones y de guerras…

X

LAS CAVERNAS DE BAGH

A las cuatro de la mañana atravesarnos el Vagrey y el Girna, o séase los dioses–ríos Shiva y Pârvatî, dicho sea al uso del país. Estos divinos consortes, al ejemplo quizá de tantos mortales, ya estaban regañando, a pesar de lo temprano de la hora, y tan alborotados, que al chocar repetidas veces con el lecho del río, por poco no nos sumergen en las aguas y nos hace sentir el frío abrazo del dios y de su no menos irritada consorte.

Al modo de los demás hipogeos de la India, las cavernas de Bagh están talladas en el talud de la roca, cual si se hubiese hecho gala con ello de cuánto es capaz la tenacidad del hombre. Dado que la altura de los hipogeos no impide, a los tigres efectivos ni a los encantados, el meterse en ellos, diríase que sus arquitectos–ascetas no se propusieron más fin que el de exasperar a los infelices mortales que contemplasen las para ellos casi inaccesibles moradas. Para remontar hasta allí, empezamos subiendo setenta y dos escalones tallados en la roca, recubiertos de musgo y de plantas espinosas, y desgastados por los infinitos peregrinos que durante tantos siglos visitaron aquellos lugares. Las desigualdades de los peldaños, el agua de la roca que exudaba por ellos, nos hizo casi renegar de nuestros tan molestos gustos arqueológicos. No obstante, el babú, descalzándose de sus sandalias, echó a correr espinos arriba, cual si en lugar de pies hubiese tenido pezuña de cabra, al par que se burlaba de "la debilidad de los europeos", con lo que se hacía nuestra ascensión aun más penosa.

Pero, ¡qué recompensados no nos sentimos luego que llegamos a la cima! Larga hilera de obscuras bocanas cuadradas de unos seis pies de lado se desarrollaba ante nuestros ojos, y, una vez dentro, quedamos sobrecogidos ante la sombría grandiosidad del solitario templo. Tras la cuadrada plataforma de la entrada se alzaba un pórtico cuyas rotas cornisas colgaban, amenazadoras, sobre nuestras cabezas. En las dos cámaras laterales se velan, respectivamente, la imagen de Ganesha y otra desmochada imposible de identificar. Encendidas las antorchas, penetramos resueltamente más adentro.

Un frío y húmedo hálito de tumba nos envolvía; el eco de nuestras palabras se prolongaba más y más por el ámbito de aquellas profundidades, hasta transformarlas en extraños aullidos. Estremecidos, comenzamos entonces a comunicarnos en voz baja nuestras impresiones, mientras que los porta antorchas se prosternaban exclamando ¡Devi!..., ¡Devi!, al comenzar su ferviente *pujâ*, en honor de la invisible diosa de las cuevas, en medio de las airadas protestas del *guerrero de Dios* y de Narayán.

Como el templo no recibe más luz que la de la puerta de entrada, dos terceras partes de él parecen, en su negrura, las fauces de un abismo. La nave central es espaciosísima, pues mide 84 pies de largo por 16 de altura. Veinticuatro pilastras a 6 por lado sostienen la techumbre, pilares absolutamente indispensables, porque sin ellos las bóvedas se hundirían bajo el peso del bloque montañoso que es mucho mayor que los de Karli y de Elefanta. El estilo arquitectónico de las pilastras corresponde a tres distintas épocas, por lo menos. Unas están estriadas y pasan insensiblemente desde la forma cilíndrica a la de prismas de 16, de 8 y de 4 caras. Otras carecían de todo adorno hasta el tercio de su base, y luego se van cubriendo gradualmente de labores hasta florecer en la altura con una exuberancia de tallados primorosa, que recuerda un tanto el orden corintio. Otros pilares, en fin, tienen base cuadrada y zócalo cilíndrico. El conjunto es de lo más grandioso y nunca visto, y Mr. Y..., arquitecto de profesión, no vaciló en asegurar que nada tan hermoso había admirado en su vida, y que no acertaba a explicarse qué clase de instrumentos habrían empleado sus tallistas para lograr tales maravillas de filigrana.

La tradición atribuye el hipogeo de Bagh, cual sus congéneres todos de la India, a los hermanos Pandúes, y aunque su origen remonta a los tiempos más antiguos, los arqueólogos europeos se obstinan en atribuirlos a los buddhistas. Contra semejantes afirmaciones gratuitas de los sabios europeos, protesta toda la paleografía hindú. Para probar el error de éstos al creer buddhistas tales templos, no tengo que esforzarme lo más mínimo. Baste decir que, aunque insistan en que los buddhistas andando los tiempos se convirtieron de nuevo en adoradores de ídolos, su aserto está desmentido por la Historia. Los brahmanes, en efecto, comenzaron por perseguir de muerte y desterrar a los buddhistas, precisamente porque éstos iban en contra de la idolatría de su época, y hasta las escasísimas comunidades buddhistas que perduraron en el país y abandonaron las puras enseñanzas de Gautama Siddhârtha, tenidas por impías, no por eso se incorporaron al brahmanismo, sino que se fueron fundiendo gradualmente con los jainos. Resulta, pues,

más lógico el suponer que si tropezamos con alguna estatua de Buddha entre los centenares de ídolos brahmánicos, ello se debe sólo a que la masa de los medio convertidos al buddhismo añadieron un nuevo "dios Buda" a los demás dioses brahmánicos; opinión más razonable y lógica que no la de que los buddhistas efectivos, pocos siglos antes y después de la Era cristiana se atrevieran, en abierta pugna con el espíritu del reformador Gautama, a llenar sus templos de ídolos. Las estatuas de Buddha se distinguen al primer golpe de vista de la multitud de los dioses brahmánicos, porque su actitud es siempre la misma, con la palma de su diestra en actitud de bendecir con dos dedos. Nosotros llevamos visitadas las *vihâras* más famosas de estos mal llamados templos buddhistas, y jamás hemos tropezado con una estatua de Buddha que no datase de época posterior a la construcción del templo, y desconfiando de nuestro propio criterio, en todo caso pedimos su opinión a Mr. Y..., quien, según ya dije, es un arquitecto muy práctico. Siempre observó éste que mientras los ídolos brahmánicos concuerdan en estilo y conjunto con las pilastras y las demás ornamentaciones de los hipogeos, el de Buddha se despega materialmente de todo el ambiente arquitectónico de éstos. De entre las 30 6 40 cuevas de Ellora, pictóricas de ídolos, solamente la denominada *Templo de las Tres Lokas,* no encierra sino esculturas de Buddha y de Ananda, su discípulo favorito. Por eso es la única vihâra también genuinamente buddhista.

No pocos arqueólogos rusos disentirán de mi anterior opinión y me tratarán de ignorante y vanidosa. Para rechazar tamañas inculpaciones, aunque se apoyen ellas en autoridades como la de Fergusson, añadiré que este arquitecto excelente, cuanto mediano arqueólogo, se atrevió a decir "que todos los hipogeos de Kanari fueron construidos del siglo V al X", teoría que fué universalmente aceptada, hasta que el Dr. Bird halló cierta lámina de bronce en un *tope* de Kanara, donde en puro y clarísimo sánscrito se consignaba que el *tope* había sido erigido para conmemorar *el viejo templo,* a principios del año 245 de Sanwat, o Era astronómica hindú, fecha que, según Prinsep y el Dr. Stevenson, equivale al año 189 de la Era cristiana.

Resuelto quedaba, pues, que el *tope* no se había erigido en el segundo siglo de la Era cristiana, ni en el V ni menos en el X, que decía Fergusson, y que el templo por él recordado era ya *un viejo templo* en aquella fecha. No por ello se rindió a partido Fergusson, y afirmó con el mayor aplomo que "la edad de las ruinas no puede fijarse, a base de las

inscripciones, sino mediante ciertos cánones y reglas arquitectónicas", ¡descubiertas, por supuesto, por él mismo!... *Fiat hipothesis, ruat coelum...* (78)

Tornemos a nuestro relato.

Fronteriza con la entrada, se abre otra puerta que conduce a una estancia ovalada, con pilares exagonales y ornamentaciones que albergan esculturas en mediano estado de conservación. Son diosas de diez pies de altura, y dioses de nueve pies. Mas dentro hay una segunda sala con un altar exagonal regular, de tres pies de lado y cobijado por una cúpula tallada en la viva roca. A semejante sitio está prohibida la entrada a todo aquel que no esté iniciado en los misterios de aquel verdadero *adytum*. En torno de dicha segunda estancia se abren 20 celdas monásticas.

Nos encontrábamos absortos en el examen del altar de la antecámara de esta segunda estancia, y no nos dimos cuenta por ello de la ausencia de nuestro Coronel, hasta que le oímos gritar desde lejos:

–¡He hallado un pasadizo secreto!... ¡Venid, pronto, para que veamos dónde él conduce!

El Coronel, antorcha en mano y a gran distancia de nosotros, pugnaba vivamente por ir más allá. Sin embargo, cada cual se mostraba rehacio a obedecer, y por todos se encargó de responder el babú, gritándole a voz en cuello:

–Tened cuidado, Coronel... ¡Ese pasadizo conduce directamente a la madriguera de los tigres encantados! ¡Mucho ojo, pues!

Pero nuestro presidente, una vez lanzado en la senda de los descubrimientos, era imposible de refrenar y *volens nolens*, tuvimos que seguirle. En verdad, que había realizado todo un descubrimiento, pues que el cuadro más inesperado se presentó a nuestra vista al penetrar en la celda. Dos de los porta antorchas, rígidos cual verdaderas cariátides, nos hacían ver, como a cinco pies del suelo, dos piernas colgando, vestidas de blancos pantalones; lo restante del cuerpo del Coronel dejaba de verse por completo, y a no ser por el sacudir y el forcejear de dichas piernas para pasar, podría imaginarse que la cruel diosa de aquellos lugares le había partido por gala en dos, evaporándole de cintura arriba e incrustándole en la pared a guisa de trofeo, el resto.

–¿Qué le ocurre? ¿Dónde se mete? –le clamábamos, presa de grandísima inquietud.

Por toda respuesta, las piernas aquellas se agitaron de un modo más enérgico hasta que, al fin, desaparecieron por completo, agujero adentro, y entonces comenzamos a escuchar de nuevo la voz de nuestro amigo, cual si saliese a lo largo de un tubo. La voz seguía diciéndonos:

–¡Una habitación...; una celda secreta ... ; una hilera entera de habitaciones!...

Y un momento después, añadía:

–¡Mi antorcha se ha apagado! ¡Traedme otra antorcha y cerillas!

Aquello era menos fácil de hacer que de decir. Los porta antorchas, enloquecidos de terror, se negaban a entrar, y mientras Miss X... dirigía tristes miradas, ora al hollín del muro de subida, ora a su lindo traje de viaje, Mr. Y.... por su parte, en lugar de auxiliar a su jefe, se sentó tranquilamente sobre un tronco de pilastra y se puso a echar un cigarro, no lejos de aquéllos.

A poco advertimos en el muro algunos como escalones verticales, y en el suelo una gran piedra de traza tan extraña que nos asaltó la idea de que se trataba de algo de significación extraordinaria. El babú fué el primero en advertir semejante cosa, y dijo que para él resultaba indudable que aquella piedra ocultaba la entrada al "pasadizo secreto". Nos agolpamos todos para examinarla con mayor detenimiento, y nos convencimos de que no parecía aquélla sino la continuación de la roca viva del pavimento, a pesar de lo cual un ojo experto no dejaba de notar huellas de labor humana, como correspondería a una losa movible y hasta con bisagra. Venía a medir el hueco por donde entrara el Coronel tres pies de longitud por apenas dos de anchura. (79)

El ágil "guerrero de Dios" fué el primero en seguir las huellas del Coronel, agujero adentro. Como era de tanta estatura, al subirse sobre un trozo de pilastra, el agujero en cuestión casi le llegaba al pecho, por lo cual, le resultó facilísimo el paso hacia el piso superior. El babú, delgado y ágil, cual un simio, se le incorporó en seguida de un brinco, y entre él y el akali, tirando de mí hacia arriba, mientras que Narayán me empujaba desde abajo, lograron hacerme pasar también, a pesar de que la estrechez del agujero hubo de resultarme molestísima y de arañarme manos y cuerpo. Proclamo aquí en honor de aquellos hércules de Narayán y Ram-Rungit-Das, que, con su ayuda, pese a mi delicado organismo, me sentiría capaz de subir a los picos del Himâlaya. Miss X... subió tras de mí,

escoltada por el muljí; pero Mr. Y... prefirió no pasar de allí, y continuó chupando su tagarnina.

Medía la celda secreta de allá arriba unos doce pies de lado y, correspondiéndose verticalmente con el agujero inferior por donde habíamos entrado, vimos que se abría otro en el techo, pero esta vez sin lograr descubrir otra losa giratoria como la pasada. La estancia aquella estaba completamente vacía, si no se tienen en consideración las deformes arañas, tamañas como cangrejos, que la infestaban y que se sintieron locas de terror al verse sorprendidas en su retiro por nuestra inesperada visita. Así que corrían de aquí allá sin tino, cayendo sobre nuestras cabezas o metiéndose bajo nuestros pies, deslumbradas por la luz de las antorchas. Miss X..., nerviosa y excitada con aquellos bichos, los mataba a docenas, no sin protestas por parte de los cuatro hindúes. Ante las reconvenciones de éstos la vieja solterona replicó:

–Yo os tenía, muljí, por un gran reformador; pero veo con lástima que no sois vos menos supersticioso que cualquier idólatra.

–¡Soy, ante todo y sobre todo, un hindú! –le contestó el interpelado–. Usted no ignora que el hindú considera como un pecado ante la Naturaleza y ante su conciencia el matar a un animal, aunque sea venenoso, que se declare en fuga ante la presencia del hombre, y las arañas, por otro lado, son absolutamente inofensivas.

–Acaso dice eso, porque se figura usted que, a su muerte, su alma transmigrará yendo a ocupar el cuerpo de uno de estos negros insectos –opuso Miss X... llena de sorda cólera.

–No digo tanto –contestó con gran sarcasmo el muljí–; pero sí añado que si todas las señoritas inglesas son tan poco amables como lo es usted, preferiría al papel de inglés el de una araña negra.

Tan aguda y oportuna respuesta viniendo de un personaje tan silencioso y prudente como el taciturno muljí, nos cayó muy en gracia y soltamos a coro la carcajada. Miss X.... con gran sorpresa nuestra, tomó, al vernos de aquel modo, el prudente partido de sepultar en su pecho su sorda irritación, y so pretexto de que comenzaba a sentir mareo, bajó para unirse con Mr. Y...

Había llegado a sernos tan odiosa, por su carácter, a todos los de la caravana, que ni uno solo la instó para disuadirla de su propósito. (80)

Después trepamos por el segundo boquete, pero esta vez ya bajo la dirección de Narayán, quien acabó por revelarnos que semejantes lugares no eran nuevos para él, agregando que habitación tras habitación podía así llegarse hasta la cima de la montaña. Ya allí –continuó diciendo–, tuercen repentinamente y, descendiendo de un modo gradual, dan a un verdadero palacio subterráneo, que algunas veces sirve de morada a ciertos seres. Los raja-yoguis que desean alejarse del mundo por determinado tiempo pasando algunos días en el seno de la augusta soledad del tal palacio, se refugian en esta morada subterránea.

Al oír aquello el Coronel, lanzó de soslayo una mirada de cierta desconfianza ante las palabras de Narayán; pero no supo oponer nada a ellas

En cuanto a los demás hindúes, acogieron aquellas revelaciones con respetuoso silencio.

La siguiente celda era idéntica a la anterior, y como dimos pronto con el agujero correspondiente de su bóveda, alcanzamos fácilmente la otra pieza de por cima, y en ella nos sentamos un instante para tomar aliento. A poco, comencé a advertir que mi respiración se iba poniendo cada vez más penosa; pero no hice mención de ello a mis compañeros, quienes parecían tan serenos, atribuyéndolo al cansancio determinado por mi ascensión. El paso a la cuarta celda se hallaba casi obstruido por tierra y cascotes, y poniéndose mis compañeros a desembarazarle, en menos de veinte minutos pudimos vernos encaramados en aquella mansión.

Narayán había dicho verdad. Las estancias aquellas se sucedían verticalmente de tal modo que el techo de cada una no era sino el suelo de la siguiente. Aquella cuarta celda parecía estar ruinosa, y dos trozos de pilastra que yacían uno sobre otro, constituían un excelente escalón para ascender a la celda quinta. El Coronel, sin embargo, nos hizo hacer alto en ella diciendo que moderásemos nuestra ansiedad, pues había llegado el momento de echar "el cigarro del buen consejo".

–Si Narayán no se equivoca –añadió–, es indudable que hasta mañana a estas horas no terminaríamos nuestra subida.

–No me equivoco en modo alguno –replicó Narayán, con el tono más solemne y categórico–. Mas, después de mi última visita a estos lugares, he tenido noticias de que algunos de los pasadizos de comunicación estaban obstruidos por los derrumbamientos, y que, si no recuerdo mal, nos resultará imposible subir más allá del piso vecino.

–En tal caso no debemos tratar de ir más lejos, porque si las ruinas han obstruido dichos conductos, podría resultarnos peligroso el forzarlos.

–Nunca se me ha dicho que semejante obstrucción sea obra de los agentes naturales, sino de *Ellos*...

–Pero, ¿quiénes son *Ellos*? exclamó intrigadísimo el Coronel ¿Acaso los tigres encantados

–¡Coronel! –replicó el hindú haciendo un supremo esfuerzo–, hablo muy en serio, y haría usted muy mal en tomar a broma mis manifestaciones.

–Compañero querido –rectificó el Coronel–: jamás ha sido mi propósito el decir ni hacer nada que pueda molestarle lo más mínimo. Me he limitado a preguntarle, porque no adivino a quién pueda usted referirse al decir tan misteriosamente *Ellos*.

–Me refiero a los miembros de la fraternidad... A los raja-yoguis, que muchos de ellos viven retirados aquí.

Al pronunciar Narayán estas palabras, advertimos a la dudosa luz de las medio consumidas teas, que sus labios temblaban y su faz tomaba una palidez cadavérica.

El Coronel tosió; limpió durante un rato sus lentes de oro, y en el ámbito de aquel recóndito lugar reino durante un rato el más solemne silencio.

–Mi queridísimo Narayán– dijo, al fin, el Coronel–. No puede, ni pasarme por las mientes, que pretenda usted abusar de nuestra credulidad lo más mínimo; pero tampoco puedo resignarme a creer lo que usted con tanto aplomo asevera, pues que ni a usted ni a ninguna criatura viviente le es posible habitar en un sitio donde el aire falte. Porque, os lo aseguro, acabo de observar que en estos recintos mismos no hay un solo murciélago, lo cual me demuestra que el aire está extraordinariamente enrarecido. ¡Mirad si no cuán pobremente alumbran nuestras teas! Si, pues, remontamos otro par de habitaciones como éstas, acabaremos por asfixiarnos.

–Pues no obstante todo ello, insisto en que digo la verdad pura y simplemente –continuó Narayán–. Las cuevas superiores están habitadas por *Ellos*. ¡Si, por *Ellos!*... ¡Los he visto yo, por mis propios ojos!

Ante tamaña firmeza, el Coronel quedóse pensativo, contemplando el techo, mientras que nosotros permanecimos silenciosos, respirando penosamente:

–¡Vámonos inmediatamente de aquí!– exclamó repentinamente el akali–. Mi nariz comienza a sangrar...

En aquel mismo instante sentí que me desvanecía y que me desplomaba redonda. Seguidamente me invadió una indescriptible sensación de paz y de calma, no obstante el tremendo latir de mis sienes. Sin saber cómo, me daba yo misma cuenta perfecta de que estaba desmayada y de que bien pronto moriría si no me sacaban afuera donde pudiese respirar aire puro. Me era imposible ni mover un dedo, ni articular el más débil sonido, y, no obstante, mi alma sentíase serena, llena de plácido sentimiento de reposo, en medio de la postración casi absoluta de mis sentidos, entre los cuales sólo el oído no me abandonó, por cuanto escuchaba con cristalizada atención el *insonoro silencio mortal* que se cernía en torno mío... ¿Es esto la muerte? –parecía preguntarme a mí misma.

Súbito experimenté la sensación de como si me echasen aire poderosas alas...

–¡Amables alas!; ¡Dulces y cariñosas alas! –fueron las palabras que dieron en pasar y repasar por mi embotado cerebro, con el isocronismo de un péndulo, al par que parecía reírme y poner en duda aquellas mis propias palabras...

Seguidamente experimenté la impresión cual si me sintiese alzada del suelo y como si en seguida me precipitase en el más pavoroso abismo, entre fragores de horrísona tempestad. De repente sentíme detenida en mi caída por una fuerte y poderosa voz que, más que oírla parecía *sentirla* en mi propio corazón: un algo que me salvaba del abismo: una voz amiga, en fin, que tantas otras veces había tenido la dicha de oír...

Quién me sacó desvanecida a lo largo de aquellos angustiosos pasadizos ni de qué forma, es cosa que permanecerá por siempre envuelto para mí en el misterio más profundo. Sólo sé, sí, que recuperé el conocimiento allá abajo, en la terraza, bajo el suavísimo soplo de una brisa fresca y tan de improviso como de improviso me había desmayado en el mefítico ambiente de la celda. La primera cosa en la que se posó mi extraviada vista fué en una poderosa figura vestida de blanco y cuya poblada barba negra como cuervo rajaput, se inclinaba ansiosamente sobre mi inanimado cuerpo. Bien pronto conocí, llena de regocijo, a nuestro sublime amigo el Takur Gulab–Lal–Sing, quien, habiéndonos dado su palabra de que se uniría a nosotros en las provincias del noroeste, aparecía repentinamente allí, en las cavernas de Bagh, cual caído de las nubes o brotado de las entrañas de la tierra.

Las exclamaciones de asombro ante tan peregrina aparición de nuestro excelso amigo cesaron, sin embargo, pronto, así como las naturales preguntas del caso, merced a mi estado de debilidad y a la lastimosa situación en que yacían también mis otros compañeros. La espantadiza Miss X... aproximaba a mi embotada nariz un frasco de sales volátiles. "El guerrero de Dios", cubierto de sangre, no parecía sino que acababa de llegar de una gran batalla contra los afghanes, y más allá yacía el pobre muljí con una espantosa jaqueca. Por fortuna, el Coronel y Narayán sólo habían experimentado un ligero vértigo, y en cuanto al babú ni el propio ácido carbónico fué capaz de hacer mella en su maravilloso organismo bengalés. Dijo encontrarse perfectamente y con un hambre espantosa.

Tras el jaleo de tantas emociones y explicaciones mutuas acerca de lo acaecido, traté de reconstituir la escena toda de cuanto me había ocurrido en la cueva. Narayán me dijo que había caído desvanecida, y que él, con sus hercúleas fuerzas, me arrastró apresuradamente pasadizo abajo, mientras que en la celda obstruida de más arriba había resonado vibrante la voz poderosa de Gulab-Sing, gritando:

–¿Tumhare iba aneka kya kana ka? (¿Qué es lo que venís a buscar aquí?)

Y antes de que yo pudiese volver de mi espanto frente a semejante prodigio, el takur, deslizándose con gran presteza y no sé cómo, hasta donde nos encontrábamos, nos ordenó que hiciésemos pasar a la *bai* o *hermana* adonde él estaba. Semejante embutido de mi grueso y pesado cuerpo por la estrechura, y la descripción del procedimiento para ello seguido me hizo prorrumpir en una carcajada, sintiendo únicamente el no haber podido darme cuenta. Pasada así cual un tronco inerte, diéronse todos prisa a incorporarse al takur, más éste, obrando por sí, sin ajena ayuda, pero no sin dejarnos perplejos acerca del modo como lo efectuaba, cada vez que descendíamos penosísimamente de una a otra celda, ya Gulab-Sing había alcanzado la siguiente de más abajo, llevando a cuestas y solo mi pesada mole de carne. El Coronel, con su idiosincrasia de eterno observador de las menores nimiedades, jamás acertó a explicarse qué procedimiento pudo emplear el takur para deslizarse con mi cuerpo a cuestas a través de aquellos angustiosos agujeros.

–¡Es muy singular todo esto! –decía debatiéndose en un caos de confusiones–. No cabe en cabeza humana, por un lado que haya lanzado el inerte cuerpo pasadizo abajo sin estar antes preparado abajo para recibirle, pues que en tal caso a estas horas no tendría nuestra

amiga un hueso sano, pero aun resulta más inconcebible el que, sí antes bajó Gulab-Sing para recibirla, hallase medio al mismo tiempo de empujarla desde arriba.

Semejante problema siguió largo rato dando inútiles vueltas en la mente de nuestro Coronel, hasta que se convenció de que era para él absolutamente insoluble, al modo de aquel otro de si fué antes el primer huevo o la gallina primera.

Gulab-Sing, por su parte, acosado por mil preguntas análogas, se evadía de ellas, diciendo no recordar con exactitud lo que en tan angustiosos momentos había acaecido, pues que sólo se preocupó de sacarme lo antes posible al exterior para que no muriese, y que como todos los compañeros se hallaban también presentes, acaso pudieron darse mejor cuenta que él mismo, supuesto que su única preocupación instintiva era la de aprovechar los instantes para evitar un desenlace funesto.

Todas estas cuestiones se suscitaron después en el transcurso del día, ya que durante los momentos subsiguientes a mi salvamento nadie se preocupó de otra cosa que del hecho concreto, increíble, del que el takur pudiese hallarse del modo más imposible por lo absurdo en aquel sitio preciso donde respirar no podría, y asimismo de dónde ni por dónde podría haber venido hasta allí sin ser visto. Sólo sabían, pues, que me habían encontrado tendida cuan larga era en la terraza, sobre una alfombra, con el takur atareado en hacerme volver de mi desvanecimiento y a Miss X..., con los ojos desmesuradamente abiertos, espantada ante la presencia de éste, cual si fuese uno de los fantasmas materializados "de que nos hablan los espiritistas".

Convencidos quedamos con las sencillas palabras del takur. Se encontraba en Hardwar cuando el querido swami Dayanand nos escribió proponiendo fuésemos a su encuentro. Llegado a Kandua por el tren de Indore, visitó a Holkar, y al saber allí que nos hallábamos tan cerca, decidió incorporarse antes a nuestra comitiva. Llegando la tarde anterior a Bagh e informado de que proyectábamos venir a las cuevas aquella mañana, se nos adelantó y se puso sencillamente a esperarnos dentro.

–He aquí, pues, todo el misterio –terminó Gulab-Sing. –¡Todo el misterio! –murmuró el Coronel entre dientes.

–Sabíais de antemano, pues, que íbamos a descubrir las recónditas celdas, o que..

–No. No lo sabía –contestó el takur–. Simplemente se me ocurrió subir hasta ellas porque hacía ya mucho tiempo que no las visitaba, y como invertí en su examen demasiado

tiempo, se me hizo tarde para salir a esperarles a la entrada del hipogeo como pensé en un principio.

–Probablemente el takur–sahib estaría disfrutando del fresco ambiente de las celdas – insinuó el pícaro babú enseñando, al sonreír, sus dos blancas hileras de dientes.

Nuestro presidente no pudo contener una exclamación de asombro.

–¡Exacto! –rugió–. Mentira parece que no se me haya ocurrido eso antes... Ya sabéis la imposibilidad de respirar que hay por cima de la celda en que se verificó nuestro encuentro... Por otra parte, ¿cómo os las arreglasteis para penetrar en la quinta celda estando obstruida toda comunicación con la precedente hasta donde llegamos nosotros.

–Otros pasadizos laterales conducen hasta ella también. Conozco todos los escapes de comunicación entre estas cuevas y puedo, como cada cual, elegir el camino que más me plazca –contestó Gulab–Sing al par que creí advertir que cambiaba con Narayán una mirada de inteligencia. (81) –Pero, señores, es ya la hora de almorzar. El almuerzo nos espera en la cueva cuyo fresco ambiente nos ha de ser de gran provecho a todos.

En nuestro descenso, 20 ó 30 escalones hacia abajo de la terraza, hallamos otra cueva; mas el takur, temiendo nuevos percances, nos prohibió que entrásemos en ella, así que, bajando unos 200 peldaños en dirección a la base de la montaña, volvimos a subir un corto repecho y llegamos a lo que el babú denominaba pomposamente nuestro comedor. Dado mi carácter de *invalida mimosa* fuí conducida hasta allí en una sillita de manos que jamás olvido en mis excursiones.

Aquel otro templo era mucho menos tenebroso que el primero. A pesar de las indelebles huellas de decadencia que muestra, sus frescos están mejor conservados que los de aquél, y en los muros, techo, pilares destrozados y estancias a él contiguas, alumbradas por troneras en la viva roca, todavía se advierten restos de un poderoso estucado, que presta a la roca todas las apariencias del mármol y cuyo secreto sólo conocen hoy los habitantes de Madrás. (82)

Cuatro sirvientes del takur, que ya nos eran conocidos del viaje anterior, salieron a recibirnos, saludándonos respetuosamente. Los manteles y alfombras estaban extendidos, y servido el almuerzo. Toda huella de la anterior intoxicación había desaparecido de nuestros cerebros, y nos recostamos para comer con el mejor de los apetitos. La conversación recayó muy pronto acerca del hardwalí Mela, a quien nuestro amigo, tan

inesperadamente aparecido, había dejado hacía cinco días. Tan interesantísimas fueron las cosas que de él nos refirió Gulab-Sing, que me prometo ocuparme de relatarlas extensamente en la primera ocasión.

Pocas semanas después visitamos a Hardwar, y jamás olvidaré el pintoresco aspecto que desde el primer momento nos presentó, cual viva imagen del Paraíso.

Cada doce años, en aquel que denominan año de *Kumbha* los hindúes, entra el planeta Júpiter en la constelación de Acuario, determinando el momento más propicio para comenzar la feria y fiesta religiosa, según el día previamente fijado por los astrólogos de las pagodas. La festividad atrae a dicho lugar representantes de todas las sectas religiosas, desde príncipes y maha-rajás hasta el último faquir; los primeros, para continuar sus siempre interminables controversias religiosas, y los segundos, para zambullirse allí, en las propias fuentes del sagrado Ganges, en la hora propicia marcada por el curso de los astros.

Ganges es un nombre de río inventado por los europeos, pues los naturales le denominan *Gangâ,* asignándole, por tanto, sexo femenino. La Gangâ, pues, como debiera decirse, es sacrosanta para todo hindú, porque es la primera entre las diosas que alimentan la región, hija predilecta del anciano Himavat (los Himalayas), de cuyas mismas entrañas recónditas mana para la salvación del pueblo. De aquí la adoración rendida al río en el país y el carácter sacratísimo de la ciudad de Hardwar, alzada sobre sus fuentes mismas.

Hardwar equivale a "La Puerta del Dios-Sol" o de *Hari-dvâra,* y también Gangâdvâra o puerta del *Gangâ*. Aun cuenta con otro tercer nombre que es de *Kapela*, o mejor dicho *Kapila*, en honor de aquel asceta que virio a buscar su salvación en aquel sitio dejando eterna memoria de sus prodigios.

La ciudad ocupa el centro de un florido valle-paraiso al pie de la vertiente meridional del monte Sivalik, entre dos serranías. En el valle aquel, a 1.024 pies sobre el nivel del mar, pugnan a porfía la vegetación de la montaña con la tropical de la llanura, creando el rincón más maravilloso de toda la India. La ciudad, por su parte, es un ramillete de palacios con fantásticos torreones; antiguas *vihâras*, rudas fortalezas que, pintadas de colores como están, parecen desde lejos juguetes; pagodas con terrazas-miradores y colgantes balconcillos, todo ello envuelto entre rosales, dalias, áloes, cactos en flor y mil otros árboles, plantas y arbustos que amenazan sepultarlo todo bajo su florido manto de verduras. Los cimientos graníticos de no pocos edificios parecen brotar del río mismo de

tal modo, que le rodean las aguas de éste durante cuatro meses, y tras la alegre aglomeración de casitas y palacios escalonados ladera arriba, destácanse soberbios templos, más blancos que la nieve. Algunos son bajos, con gruesos muros; amplias naves laterales y áureas cúpulas. Otros terminan en punta sus altos alminares, y tan extraña es su arquitectura, que nada semejante a ellos puede encontrarse por el mundo. Diríase que los propios genios de la montaña los habían construido en sus misteriosas regiones del ensueño y los habían depositado blandamente luego, por mágicas artes, desde sus níveas mansiones de la altura sobre aquellas faldas de la montaña, para que ésta, cual madre cariñosa, pudiera contemplar, tras ellas, su propia imagen reflejada en las sagradas ondas del río nacido de su purísima entraña. (83)

En aquellos sitios todavía no ha sido manchado el río por los pecados y suciedades de sus infinitos adoradores. El helado abrazo de sus aguas divinas los deja purificado en su paso hacia el mar a través de la abrasada llanura del Indostán, y solamente 348 millas más abajo, al cruzar por la comarca de Campore, empiezan a tornarse densas y obscuras sus aguas, para remedar, ya cerca de Benarés la santa, una especie de puré de guisantes con pimienta.

–¿Por qué, pues, el Ganges está puro y transparente en los lugares poco poblados, mientras que en Benarés, especialmente al caer la tarde, parece una fangosa masa?

–¡Ah, señores! –respondió tristemente. No está sucio el gran río por las inmundicias de nuestros cuerpos, como ustedes piensan, sino por la negrura de nuestros pecados que, con sus aguas, lavan los devas (dioses)...y el oprobio de sus hijos. Tristes y sombríos son los sentimientos de éstos, cuando tratan en vano de disimular sus sufrimientos, ahogar sus penas, sus humillaciones, su desesperación y su oprobio, viéndose desamparados. Tal ha sido su destino durante muchas de las pasadas centurias. Por eso las aguas del río se han transformado en ondas de negra bilis. Malditas y envenenadas están las dichas aguas, pero no por causas físicas. Ellas que son nuestra primitiva Madre, habrán de hacernos resurgir, sin embargo, algún día, de la degradación en que yacemos en esta Edad Negra. (84)

La triste y poética elegía de aquel hombre nos hizo sentir hacia él profunda simpatía. Pero, a pesar de ella, nos era imposible admitir la posibilidad de que afectar pudiera a las límpidas aguas del Ganges el dolor de sus hijos. En Hardwar las aguas del Ganges son de intensa coloración azul marino y ellas cursan murmurando alegremente y entonan un himno a las maravillas sin cuento que contemplan por sus caminos del Himâlaya. El

hermoso río es el más grande y más puro de los dioses ante los ojos de los hindúes; recibiendo de ellos, en Hardwar por ejemplo, honores divinos. En el Harica-Paira, o *escalón de Vishnú,* cerca de Mela, se celebra en cierto mes, cada doce años, una peregrinación muy famosa. El peregrino que consiga entonces sumergirse el primero en el río, y en el día, hora y momento señalado, no sólo expía sus pecados todos, sino que, a más, se libra de todos sus sufrimientos corporales. El celoso interés de cada peregrino en sumergirse antes que nadie es tal, que, aglomerándose todos hacia el estrecho tablón destinado para arrojarse al agua, no había peregrinación que no costase unos cientos de vidas, razón por la cual, en 1819, la "The East India Company" mandó que aquel antiguo artificio fuese destruido y se construyera en su lugar un paso de acceso de cien pies de ancho, con sesenta peldaños, hasta la ribera.

Al tenor de los cómputos brahmánicos, el mes en que las aguas del Ganges son más saludables es el llamado Chaitra, del 12 de marzo al 10 de abril. Pero lo peor del caso es que las aguas están en el *sumum* de su bondad solamente en el primer momento de cierta hora propicia, indicada por los brahmanes, la cual, en ocasiones, coincide con la media noche y es fácil de imaginar, por tanto, lo que acontece, cuando tal instante llega, entre una muchedumbre compacta que excede de dos millones de almas. Más de cuatrocientas personas perecieron aplastadas en 1819,y aun después de construída la nueva escalinata no ha dejado de acarrear en su sagrada onda el *Ganga* glorioso, mutilados cadáveres de sus adoradores. Nadie siente piedad hacia los abogados, quienes son envidiados, por el contrario, pues que imaginan que todo aquel que reciba la muerte durante el baño purificador puede estar seguro de ir derecho al Swarga, o sea al cielo. Las dos fraternidades rivales de *sannyasis* y *bairagis* tuvieron, en 1760, una descomunal batalla en el sagrado día de *Purbi,* es decir, en el último día de aquella festividad religiosa. Los *bairagis* fueron vencidos, y degollados nada menos que diez y ocho mil creyentes.

-En 1796 -decía con jactancia nuestro belicoso amigo el *akali*- los peregrinos del *Punjab,* que eran todos *sikhs,* deseando castigar la insolencia de los *hossains*, inmolaron a unos quinientos de estos paganos. Mi propio abuelo tomó parte en la pelea.

Posteriormente hemos tenido ocasión de comprobar estos asertos en toda su exactitud consultando la *Gaceta de India y el God's Narrior*.

En 1879, sin embargo, nadie fué ahogado ni aplastado; pero, en cambio, estalló una tremenda epidemia colérica. Vimonos, pues, altamente disgustados con tamaño contratiempo y, a pesar de nuestra impaciencia por ver a Hardwar, tuvimos que mantenernos a distancia, Impotentes para admirar por nuestros propios ojos las lejanas cimas del Himavat, hubimos de contentarnos con lo que acerca de él pudimos oír a otras personas conversando largamente con ellas mientras nos desayunábamos en el exterior de la cueva.

Nuestra conversación fué aun más importante que grata, en espera de partir con Ram-Runjit-Das, que iba camino de Bombay. El digno *sikh,* que partía para Europa, después de estrechar nuestra mano entre las suyas, alzó sereno su diestra y nos bendijo, según costumbre de todos los secuaces de Nânaka, pero cuando se aproximó al takur para despedirse de él, el aspecto de este último cambió tan intensamente que todos hubimos de apercibirnos de ello. El takur estaba sentado en tierra, apoyado en una montura que le servía de cojinete. El akali no hizo el más leve ademán de bendecirle ni de darle la mano. La fiera expresión de la cara del takur, tornóse en rara confusión y en humildad suplicante que contrastaba grandemente con su tono de suficiencia y su habitual prestancia. El gallardo sikh arrodillóse delante del takur, y en lugar del consabido, "¡Namaste!", (¡Yo te saludo!), murmuró reverente, cual si se dirigiese al propio Gurú del *Golden-Lake* o "Lago de Oro": "-Soy vuestro siervo Sadhu-Sahib... ¡Otorgadme, pues, vuestra bendición clemente!

Nos asaltó a todos ante aquella escena cierto malestar y disgusto, cual si nos hubiésemos hecho culpables de alguna indiscreción, pero la faz del misterioso rajput permaneció tan tranquila e impasible como de costumbre. El rajput, antes de aquella escena, había permanecido contemplando el río, y poco a poco fué tornando sus ojos hacia el akali, que yacía de hinojos ante él. Tocó entonces la cabeza del sikh con su dedo índice y fuego se levantó, como queriendo indicarnos que se hacía tarde y había llegado la hora de partir. (85)

Volvimos a nuestro carruaje y caminamos muy despacio, merced a la profunda capa de arena que cubría aquellos parajes, y el takur nos siguió a caballo durante toda la travesía, contándonos las épicas leyendas de Hardwar y de Rajistán; las hazañas de Hari-Kulas, el heroico príncipe de raza solar, pues que *Hari* significa *sol* y *Kula* linaje o familia. Algunos

de los actuales príncipes rajputanos pertenecen a esta dinastía, y el Maharanas de Oodeypur está singularmente orgulloso de semejante abolengo astronómico.

El dicho nombre de Hari-Kula ha inducido a varios orientalistas a formular la hipótesis de que un miembro de esta familia solar emigró a Egipto en la remotísima época de las primeras dinastías faraónicas y de los aborígenes griegos, llevando consigo su propio nombre y tradiciones, que pronto dieron lugar a las leyendas de su mitológico Hércules. Se cree, en efecto, que los antiguos egipcios adoraban la efigie de este semidios bajo el nombre de *Hari-Mukh,* o sea "el sol en el horizonte". En la cadena de montañas que limita por el norte a Kashmir, hay una enhiesta y enorme cima, a trece mil pies sobre el nivel del mar, que semeja una cabeza humana y lleva el nombre de *Hari-Mukh*. Este nombre, asimismo, está incluido en el más antiguo de los Puranas. Además, la tradición popular considera dicha cabeza de piedra del Himâlaya, como la propia imagen del sol en el ocaso.

¿Es posible, por tanto, que todas estas coincidencias sean puramente casuales? ¿Por qué, pues, no las prestan la debida atención nuestros orientalistas? Tan rico terreno brindado a futuras investigaciones bien merecería que, por lo menos, se tratase de comprobar el hecho de que ambos países, el Egipto y la India, tuvieron también su *vaca sagrada*, sintiendo los antiguos egipcios, igual que los modernos hindúes, el mismo horror religioso a dar muerte a ciertos animales. (86)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO X

(78) Vuelve a empeñarse aquí la Maestra en una disquisición semejante a la que ya vimos respecto de las cuevas de Karli, contra esos arqueólogos positivistas, estilo Fergusson, que han sentado el famoso axioma de que "la edad de las ruinas no puede fijarse por las inscripciones sino mediante ciertos cánones arquitectónicos, inventados, por supuesto, por ellos mismos", a la manera de aquel imitador del rugido del león, quien llevado ante la jaula de la fiera para que se convenciera de que no imitaba todo lo bien que él creía aquel rugido, acabó diciendo con el mayor aplomo: –¡No es eso, no es eso!

Hoy día, ya que tanto se ha escrito sobre el Buddha y su doctrina, en Occidente, ya no puede ser objeto de discusión, en efecto, que el Buddhismo, como el Cristianismo primitivo, no tuvo imágenes religiosas, sino que adoraban a la Suprema Causa "meramente en espíritu y en verdad". Las esculturas del *Bagh* son, pues, brahmánicas, tanto las de Buddha como todas las otras. El mismo nombre de *kan-ari* acusa una antiguas influencia atlante o camita, la del dios Anubis, con cabeza de perro, y de aquí el *canis*, canis latino, o sea nuestro perro o can.

Sucede, por cierto, en las etimologías una cosa muy extraña, y es que las cosas más diferentes en apariencia, tienen a veces una etimología común, en la que ha entrado la imaginación y la asociación de ideas de un modo tal, que, una vez perdido tal hilo, no hay manera de dar con la verdadera causa de aquella conexión etimológica. ¿Quién puede, por ejemplo, encontrar un origen etimológico común a nuestras dos palabras *perro* y *canario*? A primera vista nada etimológico o común se encuentra entre los respectivos nombres castellanos del más fiel entre los animales y el más amarillo de los pájaros, y, sin embargo, la cadena etimológica ha llamado primero *can* (de *canis canis*) al perro, acaso por su relación con el pueblo egipcio el país de kan kana, que tuvo *dioses* con cabeza de perro o que tantos favores debió al perro mismo. Después, en la Edad Media, los descubridores del archipiélago atlante de las siete islas, las denominaron Islas Canarias o de los canes, "por los muchos perros salvajes que encontraron en ellas". (Maltebum, *Geografía Universal*). Como más tarde, en fin, se hallaron y se domesticaron en la isla los bellísimos pájaros amarillos consabidos, estos recibieron en España el nombre de *canarios*, merced a su procedencia.

El nombre, pues, del templo de *kanari* puede muy bien aludir a gentes cainitas o camitas primitivas, hermanas de las gentes egipcias, y amigas por tanto de abrir hipogeos, que fueron labrando y ensanchando durante numerosas generaciones pueblos ulteriores, más brahmanes idolátricos, que verdaderos y perseguidos buddhistas.

(79) La escena de referencia, aunque imaginaria, en cuanto se refiere a las cuevas de Bagh, es real en gran parte respecto a las de Karli. El lector que nos haya seguido en estos comentarios recordará los pasajes que al tratar de dicho hipogeo de Karli tomamos del fidedigno relato del coronel Olcott, en su *Historia*, referentes a la llegada de él y la Maestra a los *viharas* o celdas buddhistas de aquella cripta. Recordará también la indicación que H. P. B. hizo a aquél de que en uno de los seis *viharas* había oculto cierto resorte que, si sobre él se maniobraba convenientemente, dejaría en descubierto un estrecho pasadizo, pasadizo que, seguido, llevaría –como imaginariamente les empezó a llevar en Bagh– hasta el de otro modo inaccesible retiro de los Maestros. Se recordará, en fin, que Olcott comenzó a investigar con la flemática y tozuda minuciosidad que le era característica, por ver si encontraba el tal resorte secreto, hasta llegar un momento en que fue llamado con gran premura al exterior por H. P. B. temerosa, sin duda, ésta, como después le dijo, de que acabase por *dar en el hito* y por penetrar prematuramente en el recinto secreto de aquellos Maestros, como poco después lo verificó la Maestra misma, desapareciendo tras la en apariencia compacta roca, con gran sorpresa del bueno del Coronel, a pesar de lo familiarizado que él estaba con "las extravagancias" de la heroína.

Las circunstancias todas del preciosísimo relato novelesco de las grutas del Bagh y las no menos admirables del verídico relato de Olcott nos han chocado tanto, desde el día en que por primera vez las leímos, que a la meditación e investigación sobre tamaños problemas en los que la realidad y el ensueño se abrazan y confunden, hemos tenido la suerte de consagrar los dos primeros tomos de esta Biblioteca de las Maravillas, tomos en los que el lector perspicaz habrá advertido que no pocas cosas que parecerían originales en nosotros, no son sino copias y glosas de lo que nos han transmitido aquellos dos nobles cofundadores de la Sociedad Teosófica. Las imaginarias aventuras nuestras con Don Antonín de Miranda en la cueva de Sequeiros y en las criptas de los lagos de Somiedo están calcadas, como puede verse, en aquellos otros relatos, de igual modo que todo lo relativo a la *Vaca de las Cinco patas* a *la Piedra Cúbica* y a los jinas del tomo *De gentes del otro mundo,* no son sino

curiosos temas de meditación ocultista, basados por entero en los pasajes citados de nuestros dos maestros. Decimos todo esto, porque así nos evitamos el dar a las notas de este capítulo proporciones descomunales, ya que, a bien decir, entrambos tomos pueden considerarse como meros capítulos de comentarios a la visita imaginaria de aquellos fundadores a las cuevas del Bagh y a la visita real que en efecto hicieron a esotras cuevas notabilísimas de Karli. Acaso, sin embargo, ciertas escenas que tenemos por imaginarias en el Bagh, no sean sino el levantado de la punta del velo de otras de índole verdaderamente oculta, acaecidas a ella en una de tantas exploraciones suyas por las regiones más despobladas e inaccesibles de las cinco partes del mundo.

(80) Miss X... es un personaje novelesco en el que la Maestra nos ha dado el más perfecto cuadro de la mujer histérica y devocionalista emotiva que tan frecuente es por desgracia, en todas las religiones y escuelas. Realmente se ensaña con tamaño personaje-símbolo, en el que parece haber tenido por modelo a una mujer real, a Mlle. Pauline Liébert, a la que Olcott consagra unos donosísimos párrafos en el capítulo XII, serie primera de su *Historia*, mujer que se creía bajo la protección espiritual de ¡Napoleón!; persona excéntrica y anormal, al decir del Coronel, gran calumniadora más tarde de H. P. Blavatsky y modelo de la credulidad más infantil, sobre la que la Maestra más de una vez descargó el látigo de su sátira, tan acerada siempre para todos los supersticiosos y débiles de espíritu; mujer, en fin, para quien, como sanción contra su sensiblería, realizó ésta un curioso fenómeno mágico que relata puntualmente el Coronel en dicho capítulo.

(81) La disposición por pisos sucesivos de las celdas del Bagh tan sugestiva y misteriosamente descritas, nos recuerdan la disposición no menos extraña de las cuevas que hace pocos años se han descubierto en Toledo, en la llamada *Casa del Greco,* casa donde parece habitó ese excepcional maestro de la pintura clásica española, que pintó siempre con *colores astrales,* con lívidos azules, grises, y violetas de misterio, y cuyos retratos nobilísimos, insuperables, están considerados por el Arte pictórico como lo más grande que puede salir de la humana paleta. Dichas covachas extrañas arrancan del que fue jardín de aquella casa y, mediante rampas que parecen más bien despeñadero, van bajando de estancia en estancia, descendiendo, se dice por tradición en Toledo, hasta el nivelo quizá

bajo el nivel del río Tajo. Cuéntase también que semejantes cuevas, de las cuales hay hoy excavadas tres o cuatro, fueron el sitio iniciático hebreo en los siglos de las más crueles persecuciones religiosas contra los israelitas españoles que siempre, desde los días de la Corte visigótica, sino antes, tuvieron a la imperial ciudad por verdadera capitalidad de todas sus gentes en Occidente.

Renuncio a describir semejantes criptas, de las cuales tan a la ligera se suele hablar en las guías al uso de turistas, pero estoy seguro de que llegará un día en que los escombros que obturan el paso de la cuarta a la quinta y sucesivas cuevas, serán removidos por alguien digno de ello, y que ellas, a la manera de la quinta cueva de Bagh descrita por la Maestra, darán paso a otros recintos dignos de los retiros aludidos en la obra que comentamos. Si ellas no le diesen, le darán, sin duda, otras cuevas no menos misteriosas de este tan viejo territorio peninsular, tales como la *Gruta de las Maravillas* de Aracena (Huelva), y sus hoy desconocidas galerías estalactíticas que es fama ponían en comunicación secreta el célebre castillo templario de esta ciudad inquisitorial en el siglo XVI con las no menos célebres de la *Peña de Alajar,* distantes de allí unos 15 kilómetros hacia el Oeste, peña llena de recuerdos relativos a aquel incomprendido y místico escritor y comentador de la Biblia Políglota, cuanto de esos inestudiados portentos que se llamaron *Humanae salutis monumenta, Narurae Historiae,* y de cien otras obras, cuya sola enumeración ocupa 16 páginas en cuarto del índice bibliográfico que, con motivo de *La Historia del Rey dé los reyes, y Señor de señores,* del P. José de Sigüenza, le consagra nuestro cultísimo amigo el agustino P. Luis Villalba Muñoz[cvii].

Y no hablemos tampoco de esos abismos de interrogaciones de todo género que se llaman Cuevas de Altamira, de la Pastora, de Artá y Manacor, de San Román de Candamo, etc., etc., porque, a bien decir –aunque ello sea cosa que hoy no podemos probar, ni hace tampoco falta–, las cuevas todas del mundo, están enlazadas por una vastísima red de subterráneos que encierran, por cima y por bajo de los mares, el planeta entero, según poéticamente nos enseña un *gnomo* fantástico en nuestro libro *El tesoro de los lagos de Somiedo,* plagio infiel de las bellezas auténticas de la obra que comentamos, y según es fácil también de colegir tras las docena y cientos de millas que brindan ya a nuestra tímida investigación científica, cuevas inacabables tales como la de Kentutky, en Norteamérica, y las de Nueva Gales, del Sur, en otros comentarios anteriores aludidas.

Es para nosotros tan sagrado el tema; tan grande nuestra ignorancia en los problemas *jinas* que esta red de cuevas solapa, y tan inasequible al secreto mágico que detrás de todo ello deja en penumbra la Maestra en el pasaje aludido, que por fuerza hemos de hacer punto aquí, en espera de un mundo mejor *post-bellum*, que se haga digno por su modestia y sus demás virtudes de que se levante un poco más, en honor suyo, la punta del Velo que oculta a nuestros ojos tan sacrosantas cosas, Velo que tanto chocara al bueno del coronel Olcott, como se ve en los párrafos del relato que nos ocupa, y en tantos otros del mismo Coronel consignados en su *Historia auténtica*.

(82) Los estucados de este segundo templo o gruta indostánica nos traen a la memoria a aquellos otros que acaso han servido de base para las pinturas rupestres que tan a mal traer trae las mentes de nuestros novísimos arqueólogos, empeñados en esclarecer, por vías meramente positivistas y escépticas, un problema magno, tras el que está nada menos que la historia y la religión del pueblo atlante en sus necromantes postrimerías y la de los períodos anteglaciarios y postglaciarios que franquean el paso a la llamada *Edad Cuaternaria* por los geólogos.

(83) Dase al *Ganges* nombre femenino, como a todo río y a todo cuanto esté relacionado con el prototipo femenino de IO, la *Luna* o *Las Aguas*, de igual modo que se hacen masculinos en todas las lenguas sabias los nombres de los montes, salvo el latino de Alpes, por no sé qué clase de incomprendida razón quizá relacionada también con el hundimiento de la Atlántida.

En cuanto al nombre de Kapela, o más bien *Kapila*, que es uno de los asignados según la Maestra a la poética *Ciudad del Sol* o de *Hardwar*, él no es sino la variación por *temura* (o coordinación silábica ocultista) del sagrado nombre de los *Li-pi-ka* o "registradores del Karma", que se dice en los libros de Oriente, y del no menos inefable nombre de *Ka-li-pi*, del que ya tuvimos ocasión de hablar al copiar de *La Doctrina Secreta* aquella notabilísima profecía de *Krishna* a Maitreya acerca de los horrores del Kali-yuga, y de los augustos Seres que desde *Ka-li-pi* vigilan la evolución de la Humanidad, prontos siempre a enviar "una parte de sí mismos", a este bajo mundo para impedir en el momento supremo que los horrores de esta ciega familia humana no acabe de perder por completo el sentimiento

religioso, cayendo en la animalidad[cviii]. La poética frase de la Maestra acerca de que los propios genios de la montaña parecían haber construído en sus regiones de ensueño y de misterio, el modelo astral de dicha ciudad, depositándole luego por mágicas artes desde sus mansiones celestes hasta dejarle caer blandamente en el más bello valle de las faldas del Himavat, nos recuerdan otras varias leyendas galaico-asturianas semejantes al modo de aquella que hizo bajar de los cielos y pendientes de cadenas de oro sostenidas por ángeles, la primitiva fábrica del Monasterio de Corias, en una de las regiones más llenas de misterio de toda España.

Las cavernas de Bagh, no sólo tienen algo semejante entre nosotros y en los demás países del mundo, con las famosas salidas secretas de castillos y fortalezas medioevales o prehistóricas, sino que muchos otros rincones rupestres de España repiten las "cuevas por pisos", características de aquella construcción visigótica de la Casa del Greco o "cuevas de Manuel de Leví". Una de las más típicas que citarse pueden está en Sepúlveda, la célebre ciudad segoviana del Fuero Municipal. Nuestro amigo don César Luis de Montalbán nos ha dado oralmente los detalles siguientes sobre ella: "En los sótanos de las actuales Casas Consistoriales de Sepúlveda –dice aquel gran viajero– se abren unos pasajes subterráneos llamados *Las Trampas*, que se prolongan como cosa de dos kilómetros en línea recta para enlazarse con las llamadas *Cuevas Lóbregas* en el interior de uno de los contrafuertes del río Castilla, afluente del Duratón. Sobre las aguas de este río, a un centenar o más de metros de altura, se abre una cavidad pequeña llamada *La Cueva de la Maltrana*, desde donde se atalaya la subida del talud y el río, de tal modo que un ataque proveniente de aquella parte podría ser previsto a tiempo, como acaso ha sucedido más de una vez en la revuelta historia castellana, dando tiempo a sus defensores de correrse por unos contrafuertes inmediatos y empozarse en las sucesivas *Cuevas Lóbregas*. Estas últimas son trasunto del de las repetidas del Bagh, por cuanto allí se tropieza también con un verdadero hipogeo rectangular, hundido a trechos, con 14 pilastras o columnas cuadrangulares del más primitivo sabor *jina*, y tras el que se encuentra un *adytia* o recinto interior más pequeño y después una como rotonda con *seis viharas* o lechos monacales semejantes a los que Olcott nos describe con cargo a su visita a Karli. Este nombre es bien curioso por recordamos el nombre de la terrible *Fiera Maltrana*, especie de *Fiera corrupia*, o *Bestia* bramadora de las leyendas caballerescas, que anda por esos mundos en horripilantes pliegos de cordel; terror de chicos y de niñeras, por su antropofagia y sus estragos inauditos. Acaso no se llamó

Maltrana, sino *Mantrana*, la fiera del "mantram". Por aquellos sitios de la dicha cueva hay también una bella fuente o manantial que fue utilizado quizá para las abluciones, y cuyas aguas se sepultan para ir a reaparecer unos 24 o 25 kilómetros más allá hacia las grutas de *Jiriego*, según aquél comprobó echando en ellas pajitas de diversos colores, pajitas que al cabo de veintiséis horas han reaparecido por este último sitio.

(84) "Nuestros pecados y sólo nuestros pecados son los que manchan y profanan nuestros sagrados ríos", dice poéticamente, ante el Ganges, aquel buen hijo de la *Hindúvhansa,* e igual podemos decir nosotros al ver de añil y negro teñidas las antes diáfanas aguas de los más bellos ríos de España, merced a codiciosos y al par despilfarradores lavados del carbón de las minas. ¿Cómo si no fuésemos, en efecto, unos grandes pecadores, unos tristes siervos de los siete pecados capitales, habríamos de ver indiferentes que, a título de esta nueva industria, a la que bien se la pudiera dar otra forma, se envenenan las linfas de ríos soberbios, tales como el Nalón en Asturias, cuyas aguas daban antes una riqueza tal de pesca que se creería fabulosa?[cix]. Sí todo cuanto rodea al hombre no es sino el espejo en que se refleja el hombre mismo, y por eso nuestros tristes días van viendo caer más y más nuestra felicidad y nuestra verdadera riqueza, a medida que nos despeñamos raudos por la pendiente que conduce de la espiritualidad a la materialidad y a la animalidad, bajo la triste máscara de una cultura que no es, a veces, sino la más grande de las inculturas...

(85) En los párrafos de referencia la autora nos da la escena de una sencilla despedida entre el Maestro y el Discípulo, y tal escena, como tantas otras, si hemos de creer al verídico Olcott, eran habituales durante su estancia en la India a los dos fundadores de la Sociedad Teosófica. Asunto tan delicado para nuestra ignorancia como el relativo a semejantes relaciones, no es para tratarlo aquí, máxime cuando el lector puede encontrar escenas semejantes a lo largo de toda la *Historia auténtica,* y enseñanzas de alto misticismo sobre la materia en obras como la de *A los pies del Maestro, Zanoni* y otras muchas harto conocidas por los teósofos.

(86) El final del artículo que comentamos da una curiosísima nota acerca del carácter oriental, como tantos otros simbolismos occidentales del mito atlante y greco-egipcio de *Hércules*, *Alcide* o nuestro prehistórico *Cid*, el *Quetzalcoatl* mexicano, el *Pacacamac* inca y tantos otros. De los dos Hércules, el libio y el griego hemos hallado no pocas alusiones en libros relativos a Asturias. En cuanto al *Hércules* occidental o el *Hércules* ógmico, la obra de Rolt-Brash *The ogams inscribed monuments in the Britih Island,* se expresa de él en términos de gran alabanza y están ligados con los fabulosos periplos de los *Tuatha de Danand,* pueblo al que hemos consagrado tan especial atención en el capítulo VII de *De gentes del otro mundo*[cx].

XI

UNA ISLA MISTERIOSA

Caminaba nuestra comitiva, al declinar la tarde, bao los árboles de una selva virgen, y al llegar, poco después, a un extenso lago abandonamos los carruajes. La ribera del lago estaba llena de cañaverales, pero no unos cañaverales como los de Europa, sino más bien como aquellos otros que encontraría acaso Gulliver en sus viajes por Brobdingnag. Aquellos ámbitos estaban absolutamente desiertos; sin embargo, alcanzamos a ver un esquife amarrado en la orilla, y como teníamos hora y media de día aún, nos sentamos tranquilamente sobre unos desmoronados pedruscos para disfrutar de panorama tan espléndido, mientras que los sirvientes del takur trasladaban nuestros equipajes hasta la barcaza, Míster Y..., encantado con el paisaje, sacó sus trebejos, disponiéndose a pintarlo.

–No se apresure tanto a copiar este paisaje –interrumpió donde el panorama es aún más encantador. Además podemos pasar allí la noche y la mañana próximas.

–De ningún modo –replicó Mr. Y.. abriendo su caja de colores–. Temo que antes de una hora me falte la luz y que mañana tengamos que partir demasiado pronto.

–¡Oh, no! No es necesario partir tan temprano. Hasta la entrada de la tarde podremos permanecer todavía en la isla, pues desde aquí hasta la estación de ferrocarril más próxima sólo hay tres horas de camino, y el tren no sale para Jubbulpore hasta las ocho de la noche. Sepa usted –añadió el takur con su acostumbrada e indefinible sonrisa– que pienso obsequiarle hoy con un concierto, pues esta misma noche ya usted a ser testigo de un fenómeno natural, típico de esta isla, fenómeno cuya extrañeza no acertaría a ponderarle.

Al oír estas frases todos prestamos oído atento, presas de viva curiosidad.

–¿Conoce usted lo bastante esa isla para considerarla digna efectivamente de nuestra visita? –preguntó el Coronel–. ¿Por qué no pasar mejor la noche aquí, donde reina tan deliciosa frescura y donde...?

–¿Donde la selva oculta un verdadero enjambre de juguetones leopardos y donde los cañaverales albergan con toda comodidad múltiples especies de serpientes, iba usted a añadir, mi querido Coronel? –interrumpió el babú, haciendo una cómica mueca–. Sin duda admirará usted y habrá de alegrarle compañía semejante... ¡Mire! ¡Ahí está a nuestra vista toda una ilustre familia: padres, hijos, parientes y hasta la suegra!

Miss X... miró en la dirección indicada al par por el babú, y lanzó un penetrante grito que despertó todos los dormidos ecos de la selva. A tres pasos, en efecto, de ella veíanse hasta cantidad de cuarenta serpientes, grandes y pequeñas, quienes se solazaban dando saltos, irguiéndose sobre sus colas, entrelazándose y presentando ante nuestros espantados ojos un paradisíaco ejemplo de completa inocencia y de satisfacción primitiva. A Miss X... la fué imposible permanecer allí más tiempo, y partió como una flecha a refugiarse en el carruaje, desde donde siguió mostrándonos su pálida y aterrada faz. El takur, que se había instalado cómodamente al lado de Mr. Y... para vigilar los progresos de su pintura, dejó su asiento y púsose a mirar con atención al peligroso grupo fumando tranquilamente su *gargari* o rajput–narghile, diciendo:

–Si sigue usted chillando diez minutos más logrará atraer en torno nuestro a cuantos animales feroces pululan por el bosque. Sigan, les ruego, tranquilos todos, pues de ellos nada tienen que temer si no excitan a ningún animal. Lo más probable es que hasta huyan.

Al mismo tiempo que esto decía, el takur trazó en el aire con su pipa una especie de arco en dirección del grupo de serpientes. Una bomba que hubiese estallado en medio de ellas no las habría producido más atroz efecto. Toda aquella masa viviente de ofidios miró por un momento, atolondrada, desapareciendo instantáneamente entre las cañas al par que silbaban pavorosas, armando formidable estrépito por entre la hojarasca.

–¡Esto es puro mesmerismo! –exclamó el Coronel, para quien no había pasado inadvertido ni un gesto solo del takur–. ¿Qué es lo que ha hecho y dónde ha podido aprender tamaña ciencia, Gulab–Sing?

–Nada de mesmerismo ni de ciencia, Coronel –replicó con viveza el interpelado–. Nada sino que el grupo de reptiles hubo de asustarse ante el rápido movimiento de mi pipa. Lo que he hecho, repito, nada tiene que ver con la novísima y sugestiva palabra “mesmerismo” con la que ustedes los europeos pretenden abarcar aquellos fenómenos que

nosotros los hindúes llamamos *vashikarana vidyâ:* el arte de encantar a personas y a animales por el mero poder de la voluntad.

–De todos modos, no me niegue que usted ha estudiado tal ciencia y que posee sus secretos.

–Desde luego que no lo niego. Todos los hindúes de mi secta están entregados al estudio de los misterios de la Fisiología y la Psicología, entre otros mil secretos que nos han legado nuestros antecesores, pero, le repito, lo que ha ocurrido nada tiene que ver con esto; y yo, mi querido Coronel –añadió con plácida sonrisa–, estoy verdaderamente avergonzado, porque es indudable que, después de cuantas fantasías acerca de mí y a mis espaldas ha tenido a bien contarle Narayán, es indudable que se siente usted inclinado a mirar todos mis actos, aun los más sencillos, bajo el prisma de un alto misticismo.

Al par que así decía, el takur miré a Narayán, sentado a sus pies con una sonrisa mezclada de reproche y de ternura. El gigantesco dekantiano bajó humildemente los ojos y continuó en silencio.

–Está usted en lo cierto –contestó distraídamente Mr. Y... mientras se ocupaba en sus aperos de dibujo–: Narayán ve en usted, algo semejante a su dios Shiva, casi a Parabrahman. ¿Quién puede dudarlo, ya que él nos aseveró con todo aplomo, cuando estábamos en Nassik, que los raja-yoguis (usted entre ellos, aunque yo no acierte a definir qué sea un raja-yogui) pueden sugestionar a cualquiera, haciéndole ver, en determinado momento, no lo que tiene ante su vista, sino aquello otro que sólo existe en la imaginación del yogui. A este fenómeno se le llama *maya*, si no recuerdo mal... Mas todo esto nos lleva demasiado lejos.

–Por supuesto que su propia incredulidad le llevó a sonreírse ante la actitud de Narayán –insinuó el takur, mientras sondaba con su mirada las profundidades verde-obscuras del lago.

–En parte, sí, y en parte, no –replicó Mr. Y..., embebecido ya en la tarea de su cuadro y sumido en el momento más interesante de su pintura–. Confesar debo que en tales cuestiones soy demasiadamente escéptico.

–Y yo –dijo el Coronel–, yo, que conozco a fondo a Míster Y..., puedo añadir, por mi parte, que cuando le acontece alguno de esos fenómenos puramente personales y que no

tienen réplica, preferiría, como el doctor Carpenter, antes dudar de sus propios ojos que creer en aquello mismo que esté viendo.

–Tal vez exagera usted –respondió Mr. Y...–; pero convengo en que hay algo de verdad en lo que afirma. Acaso porque no me haya visto en trances adecuados, me acontece eso. Si yo llegara a ver algo que no existiese, o que existiese sólo para mí, lógicamente estaba obligado a ponerlo en duda. Sin embargo, por reales que semejantes visiones fuesen, antes de dar asenso a la materialidad o realidad de una alucinación, siento que me vería forzado a dudar de mis propios sentidos y hasta de mi salud misma. Además, todo esto es obscuro y complejo, y si yo tratase de admitir la creencia en la realidad de una cosa que yo únicamente viese, ello implicaría también la admisión de alguna otra entidad, interrumpiendo y dominando al par mis nervios ópticos y mi cerebro.

–Gentes hay, sin embargo, que no dudan ya, porque han tenido pruebas auténticas, de que semejantes fenómenos existen realmente– observó el takur en cariñoso tono protector que mostraba bien a las claras que no tenía el menor interés en insistir en el asunto.

No obstante, sus observaciones aumentaban la excitación de Mr. Y...

–¿Que hay gentes que no dudan? –replicó éste–. Bien; pero, ¿qué prueba ello? A su lado hay otro número igual de gentes que creen en la materialización de los espíritus; mas yo creo que usted tendrá la bondad de no incluirme entre ellos.

–¿No cree usted en el magnetismo animal?

–Creo en él, hasta cierto punto. Una persona, por ejemplo, que sufra una enfermedad contagiosa, puede, sin duda, influenciar a otra sana, poniéndola enferma a su vez. Por tanto, puedo suponer, asimismo, que otra, pletórica de vida, puede afectar saludablemente a la persona enferma, curándola. No obstante, entre la influencia mesmérica y el contagio fisiológico media un abismo, y no me siento inclinado a cruzar tamaño abismo por el camino de la fe ciega. Posible es que haya momentos de transmisión de pensamiento en casos como los de trance, epilepsia y sonambulismo. No lo niego de un modo absoluto; pero tengo acerca de ello numerosas dudas. Los *médiums* y clarividentes constituyen, por regla general, un grupo de enfermos, y yo le apuesto a usted lo que quiera a que un hombre sano, en perfectas condiciones de normalidad, no puede ser influenciado por la prestidigitación de un mesmerista. ¡Me gustaría, le aseguro, tropezar con un raja-yogui capaz de inducirme a obedecerle!

–Creo, querido compañero, que no debería usted hablar tan temerariamente...

–¿Que no debería? No teme usted en consideración lo que es pura jactancia por mi parte. Sólo, sí, le garantizo el fracaso de quien conmigo lo intentase, ya que muchos y renombrados mesmerizadores europeos han probado su habilidad conmigo, sin que hayan obtenido el resultado más ínfimo, y por eso desafío a cualquiera a que repita la prueba, seguro de su fracaso. Aparte de esto, ¿cómo un indo raja-yogui habría de lograr éxito allí donde los más expertos mesmerizadores occidentales no lograsen nada?... Yo no sé hasta qué punto...

Míster Y... iba excitándose por momentos, hasta que el takur, comprendiéndolo, abandonó el tema y habló de otros asuntos. Yo, por mi parte, me siento inclinada a volver sobre el particular, formulando algunas explicaciones complementarias.

Ninguno de los de nuestra caravana, exceptuando a Miss X.... podía ser tachado de espiritista, y menos que nadie Mr. Y... jamás nosotros, como teosofistas, habíamos tenido la humorada de creer en las almas desencarnadas, aunque admitiéramos, por otra parte, la posibilidad de muchos de los fenómenos mediumnísticos que explicamos por causas bien distintas de las que creen los partidarios del espiritismo. Rechazamos, en efecto y desde luego, la presencia real y la intervención de los espíritus en los denominados fenómenos de los espiritistas, pero creemos firmemente en el *Espiritu viviente del Hombre,* en su omnipotencia y en sus naturales, aunque hoy latentes capacidades. También sostenemos que cuando el espíritu está encarnado en este mundo, su divina Chispa puede yacer como ahogada si no está lo debidamente atendida por una conducta virtuosa y si la vida que el hombre haga le lleva a condiciones desfavorables e inadecuadas, como acontecer suele, por desgracia. Los seres humanos pueden, creemos, por otra parte, llegar a desenvolver sus poderes espirituales latentes, y por tanto, que, si esto sucede, ningún fenómeno, por estupendo que sea, habrá ya de resultarles imposible a sus voluntades así emancipadas, con las que les sería dable el producir hechos y cosas que a los ojos de los no iniciados podría resultar más maravilloso que las propias formas materializadas de los espiritistas. Si una adecuada preparación o gimnasia puede decuplicar en los atletas el vigor muscular corriente, ¿por qué otra adecuada gimnasia moral semejante no ha de poder agigantar el vigor ético? Contamos con sobradas razones, además, para afirmar que el secreto de esta adecuada soltura y maestría, no obstante ser desconocida y hasta negada por fisiólogos y

psicólogos europeos, es conocidísima en ciertos lugares de la India, donde su posesión y monopolio es hereditario entre muy contados individuos.

Míster Y… era novicio en nuestra Sociedad y por ello miraba con desconfianza tamaños fenómenos, atribuyéndolos a mesmerismo. Alumno del Real Instituto de Arquitectos británicos, salió de este Centro, no sólo con medalla de oro, sino también con un terrible fondo de escepticismo que le hacía desconfiar por sistema de cuanto no fuesen *puras matemáticas*, tanto que no había prodigio capaz de arrancarle de su escepticismo, tratando de convencerle respecto a la existencia de cosas que para él no podían ser sino meras fábulas y logogrifos.

Volvamos, pues, a nuestro relato. (87)

El babú y el muljí nos dejaron para ayudar a los sirvientes al traslado de los equipajes a la barcaza, mientras que el resto de la partida había permanecido quieto y silencioso. El Coronel, muellemente tendido en la arena, se entretenía tirando al agua piedrecitas. Narayán, sentado e inmóvil, con sus manos rodeando sus rodillas, yacía sumergido, como de costumbre, en la muda contemplación de su maestro Gulab-Sing, mientras que el señor Y… seguía pintando febrilmente y levantando de cuando en cuando su cabeza para echar ojeadas sobre la orilla frontera, al par que fruncía el ceño, presa como de viva preocupación. El takur continuaba fumando tranquilo, y yo, desde mi silla de mano, contemplaba distraídamente cuanto me rodeaba, hasta que mi mirada hubo de posarse en los ojos de Gulab-Sing, en los que al punto quedé presa por arte mágica.

–¿Quién es y qué es este enigmático hindú?–me preguntaba intrigada y confusa–. ¿Qué hombre es éste cuyo ser se oculta tras personalidades tan distintas: la una exterior, con la que se relaciona con los extraños, con el mundo en general, y la otra interna, espiritual, nobilísima, que sólo revela a unos cuantos elegidos e íntimos amigos? Pero, aún estos mismos, ¿saben a cerca de su verdadera naturaleza mucho más que el resto de las gentes? ¿Y qué es lo que de él saben, por ventura?… Ellos, en verdad, ven en él tan sólo un hindú que difiere muy poco de los demás indígenas educados, salvo en su completo desprecio hacia los convencionalismos sociales que rigen en la India desde remotos tiempos, cuanto de los que después ha introducido en la India la civilización occidental… ¡Esto es todo, a menos que añadamos que su personalidad es conocida en la India central como la de un hombre adinerado; un takur o jefe de tribu, –un Rajâ, entre los cientos de rajâs, sus

similares! Además, es un leal amigo nuestro que nos deparó protección durante nuestro viaje y se ha prestado siempre a servirnos de generoso intermediario para con los desconfiados e incomunicativos hindúes. Nosotros, en verdad, no sabemos acerca de él sino lo que dicho queda. Cierto que sobre su verdadera naturaleza yo sé bastante más que los demás; pero lo poco que en resumen sé de él es tan inusitado, tan extraño, que más podría tomarse por fantasía que por realidad y he jurado guardar silencio acerca de ello.

Hace ya largo tiempo, más de veintisiete años, encontré a Gulab-Sing en Inglaterra, en casa de un extranjero adonde había ido en compañía de cierto príncipe destronado. Nuestras relaciones entonces se limitaron a dos meras conversaciones, cuya gravedad, extrañeza y altura, me produjeron la más honda impresión, pero cuyo contenido, igual que tantas otras cosas, yacen en el olvido del Leteo. Siete años hace Gulab-Sing me escribió a América, recordándome nuestra conversación de antaño y asimismo cierta promesa que le hice. Ahora volvíamos a encontrarnos en la India, su país natal, y aseguro que, a pesar del largo tiempo transcurrido, no había cambiado su aspecto lo más mínimo. Yo era por entonces muy joven, y mi aspecto físico concordaba con mi edad cuando le viese la primera vez en Inglaterra, pero después los años han hecho de mí una vieja. En cambio, hace, repito, veintisiete años, él representaba ser un hombre como de unos treinta, y hoy, como si el tiempo fuese impotente contra él, parece no tener sino la misma edad. En Inglaterra, su notable belleza, especialmente su elevada estatura, así como el haberse negado a ser presentado a la reina -honor que muchos altos hindúes han solicitado, haciendo aún un viaje exclusivamente para ello-, atrajeron sobre él la atención del público y de la Prensa. Los periodistas de aquel tiempo en que la influencia de Byron era grande todavía, llegaron a ocuparse del “selvático rajaput”, sin dar tregua a sus plumas, llamándole “el *rajâ-misántropo*” y “el *Príncipe Jalma-Samsón*”, e inventando fábulas acerca de él todo el tiempo que permaneció en Inglaterra. Esto, no hay que decir que producía en mí curiosidad devoradora y que absorbía mis pensamientos de tal modo, que llegaba hasta olvidarme de cuanto me rodeaba, haciéndome mirar a Gulab-Sing con igual veneración que Narayán.

Contemplaba yo, en efecto, aquel notabilísimo rostro de Gulab-Sing con mezcla de miedo y de entusiasta admiración. Agolpábanse al par en mi mente los recuerdos de la inexplicable muerte del tigre de Karli; mi milagrosa salvación en la cripta de Bagh, pocas horas hacía, y mil otros incidentes demasiado numerosos para ser al detalle relatados.

Desde que se nos había aparecido tan extrañamente aquella mañana, ¡qué de ideas maravillosas y cuántos misteriosos sucesos y enigmas no evocaba en nuestra memoria su gallarda presencia! El círculo mágico de mi inquieto pensamiento dilatábase con ello más y más, hasta perderse en un dédalo de cavilaciones y dilatarse hasta lo indefinible... –¿Qué significa todo esto? –exclamaba en mi interior, tratando de recobrar el dominio de mi mente y de dar forma concreta a mis meditaciones–. ¿Quién es este ser que viese yo hace tantos años con la plena lozanía de la juventud y que hoy torno a ver tan alegre y tan lleno de vida como antaño, pero más austero y aún más incomprensible? ¿Será, acaso, un hermano menor, un hijo, quizá, de aquel que vi?– me decía en mi soliloquio, tratando, en vano, de aquietar mis dudas–. ¡No! –acababa siempre por decirme–. Es él en persona; es su cara misma, con la cicatriz de siempre en su sien izquierda, que yo le viese hace veintisiete años, pero sin una arruga en esas sus admirables facciones clásicas; sin una cana en esa su abundante y negrísima cabellera de azabache, y con su inveterada expresión de la más perfecta, la más inconmovible tranquilidad de viviente estatua de bronce, en los momentos de silencio. ¡Sublime expresión, maravilloso rostro de esfinge ...!

–¡La comparación no es muy brillante, que digamos, mi buena amiga! –exclamó el takur, interrumpiendo mis contemplaciones, y su voz, al dirigirme la palabra vibraba jovial y cariñosa, mientras que un estremecimiento nervioso cabrilleaba por todo mi cuerpo, sonrojándome como una colegiala. –La comparación es tan inexacta, digo, que peca contra el rigor histórico nada menos que en dos puntos importantísimos, a saber: primero, que la Esfinge es un león, aunque yo león sea por mi sobrenombre de *Sing*, segundo, que la Esfinge es mujer, al mismo tiempo que león alado, y el Rajaput Sinhas jamás tuvo nada de afeminado. Además, la Esfinge hija fué de la Quimera o Echidna, la cual ni era hermosa ni era buena. Por todo esto, repito, bien pudiera usted haber escogido una comparación más agradable para mi amor propio y de alguna mayor exactitud!

Quedéme suspensa de las palabras de Gulab-Sing, mientras que éste daba rienda suelta a su buen humor, sin lograr sacarme de mi asombro.

–¿Me permite usted que le dé un consejo? –continuó, ya más en serio, Gulab-Sing–. El día que este mi enigma se solucione, el rajaput-esfinge no buscará, no, la muerte en las ondas del mar, pero, ¡créame!, tampoco beneficiará grandemente al Edipo ruso. Ya sabe usted, pues, todo cuanto hoy puede saber. Lo demás déjelo tranquilamente a su propio sino.

Y mientras así decía, Gulab-Sing se levantó porque el babú y el muljí nos habían avisado de que la barca que había de pasarnos a la isla estaba ya dispuesta y nos hacían señales para que nos apresuráramos al embarque. (88)

–¡Déjenme un momento, no más, para que pueda terminar mi cuadro! ¡Sólo le faltan los dos o tres últimos toques! –dijo Mr. Y...

–¡Permítanos antes que veamos su trabajo! –insistieron el Coronel y Miss X... cuando ésta hubo abandonado su refugio en el coche, llegando a nosotros somnolienta aún.

Míster Y... dió unos toques más a su cuadro y se levantó para recoger sus lápices y pinceles. Mientras, nos acercamos para ver el cuadro, todavía reciente, y abrimos espantados los ojos. ¡Con el más inaudito asombro advertimos, en efecto, que en el tal cuadro no tenía lago alguno, ni riberas cuajadas de árboles, ni en fin, las aterciopeladas neblinas vespertinas que habían ido cayendo sobre la distante isla. En lugar de todo esto veíamos tan sólo una encantadora mansión; densos grupos de esbeltas palmeras irguiéndose sobre los acantilados calizos de una playa marítima y en la cima de los acantilados una casa de campo con aspecto de verdadero castillo, con balconadas y azoteas; un elefante parado a su entrada, y sobre las espumosas olas una barquilla indígena.

–Pero, ¿qué paisaje es éste? –inquirió atónito el Coronel–. No valía, en verdad, la pena el habernos estado todos aquí al sol, detenidos, para que usted nos pintase tan fantástico cuadro como éste, sacado de su propia imaginación.

–¿Qué es lo que dice usted? –exclamó algo amostazado Mr. Y...¿De veras no reconoce usted al lago en mi cuadro? ¿Está usted ciego o dormido?

En esto, todos habíamos rodeado al Coronel, quien tenía el cuadro en sus manos. Narayán al verle hubo de quedarse petrificado, presa de asombro indescriptible y lanzando una exclamación:

–¡Conozco bien todos estos sitios reproducidos aquí! –dijo al fin. Esto es Dayri-Bol: la casa de campo del Takur-Sahib. La reconozco perfectamente porque viví en ella el año pasado unos dos meses, mientras que el hambre asolaba al país.

Fuí la primera en darme cabal cuenta de lo que ocurría, pero algo superior a mi voluntad me impidió hablar por el momento.

Por fin, Mr. Y... terminó de recoger sus trebejos y se incorporó a la comitiva con su habitual negligencia, pero mostrando en su fisonomía evidentes trazas de preocupación. Le molestaba, sin duda, aquella nuestra persistencia de ver todos un mar allí donde él no había querido trasladar al cuadro sino el ángulo de un lago; pero al reparar la postrera vez en su malhadado boceto, su expresión cambió súbitamente. Su rostro se tornó tan pálido y su aspecto tan lastimosamente preocupado que era una pena el mirarle. Volvía por un lado y por otro la cartulina, y dirigiéndose como un loco a su carpeta de dibujos la vació por completo, esparciéndose por la arena infinidad de bocetos y papeles. Viendo, al fin, que no hallaba lo que buscaba, fijóse otra vez en su marina, y, anonadado, acabó por taparse la cara con las manos, como no dando crédito a sus propios ojos.

Todos permanecimos silenciosos, cambiando miradas de asombro recíproco y de compasión, sin cuidarnos del takur, que estaba en la barca y que nos llamaba, en vano, para que nos incorporásemos con él.

–Vamos por partes, Míster Y...–prorrumpió tímidamente el bondadoso Coronel, cual si se dirigiese a un niño enfermo–: ¿Está usted seguro de haber pintado por su propia mano esta vista?

Míster Y... no respondió. Parecía querer reflexionar y tomar fuerzas. Al cabo de un rato, respondió con voz ronca, velada aún por la emoción:

–¡Sí! Lo recuerdo perfectamente. Seguro estoy de que hice este boceto copiándolo del natural. Yo pinté únicamente lo que vi, y semejante certidumbre mía es lo que más me desconcierta ahora.

–No veo la causa, querido amigo. Serénese, pues lo que le ha acaecido no es vergonzoso ni para aterrar a nadie. Es tan sólo el resultado de la influencia temporal de una voluntad poderosa dominando a otra voluntad menos fuerte. Usted ha obrado simplemente bajo "la influencia biológica" de otro, sirviéndome de la frase del doctor Carpenter.

–Eso es, por cierto, lo que más me temo... Ahora empiezo a comprenderlo bien todo. He estado trabajando frente a ese paisaje más de una hora. Le vi tan pronto como escogí el punto de mira, y nada sobrenatural podía sospechar en éste, pues que le contemplaba todo el tiempo desde esta su orilla opuesta. He estado durante mi tarea perfectamente consciente de lo que hacía o, por lo menos, me he imaginado copiar en la cartulina cuanto ustedes tenían también ante los ojos; mas, sin duda he perdido, sin darme cuenta, la noción

del lugar tal y como yo le viese antes de comenzar el boceto y según le veo asimismo ahora... ¿Cómo explicarnos esto, sin embargo? ¡Diablos!, ¿es que debo creer de hoy en adelante que estos condenados hindúes, poseen realmente el secreto de tamaña treta? Le digo bajo mi palabra, Coronel, que antes me volvería loco que alcanzar a comprender la extraña causa de todo esto.

–No hay temor de que tal suceda, Míster Y...–dijo Narayán, con aire de triunfo–. Lo que hay es que de este modo pierde usted ya el derecho de negar la Yoga–Vidyâ, la grande y antiquísima ciencia de mi país.

Míster Y... no respondió. Hizo un supremo esfuerzo para aquietar su pecho y penetró en la barca con pie firme. Después se sentó alejado de nosotros, mirando obstinadamente a la dilatada superficie líquida que nos rodeaba, esforzándose en aparecer como de costumbre. (89)

Miss X... fue la primera en romper aquel silencio, diciéndome en voz baja y en francés, con aire de triunfo: –El señor Y... se está transformando en un *médium* de primera.

Siempre me hablaba en francés en los momentos de gran excitación Miss X ... ; y yo, que también estaba demasiado nerviosa para disimular mis sentimientos, la repliqué no poco bruscamente:

No diga tonterías, Miss X... Ya sabe usted que no soy espiritista. ¿Acaso no ha reparado usted en lo transfigurado que se hallaba el infeliz señor Y... ?

Ante semejante reproche y viendo que yo no compartía sus creencias, no se le ocurrió a Miss X... cosa mejor que dirigirse al babú, quien, por milagro, había permanecido callado.

–¿Qué le parece a usted todo esto? –le decía–. Yo creo firmemente que sólo el espíritu desencarnado de un gran artista puede haber precipitado esa preciosa vista. ¿Quién que no fuera él podría haber realizado obra tan maravillosa?

–¿Que quién? –replicó el babú–. Pues el viejo Señor mismo. Confiese usted, señora, sin ambages, que en el fondo de su alma abriga usted la certeza de que las hindúes adoran a los demonios. Seguramente que alguno de ellos es quien ha intervenido en este asunto.

–¡Negro malvado! –murmuró entre dientes Miss X..., retirándose de su lado apresuradamente. (90)

La isla era muy pequeña y tan cubierta de altos cañaverales que remedaba a lo lejos una canastilla de verdura. Exceptuando una colonia de monos, que desapareció rápidamente en un manglar, la isla parecía deshabitada. Ni vestigios siquiera de seres humanos presentaban aquellos matorrales y hierbas, aquella virgen selva. Y no se figure el lector, al hablar nosotros de hierbas, que me refiero a las praderas europeas. La hierba, entre la que desaparecíamos igual que insectos, agitaba sus penachos multicolores aun por encima de la cabeza de Gulab–Sing, que, descalzo, medía seis pies y medio de estatura, y de Narayán, que apenas si tenía una pulgada menos. Aquella pradería remedaba un agitado mar de colores negro, amarillo, azul y, especialmente, rosado y verde. Eran grupos de bambús entremezclados con gigantescas cañas de *sirka*, que alcanzaban igual altura que las copas de los manglos.

Imposible imaginar nada más hermoso y plácido que aquellas sirkas y bambús, que, no obstante su tamaño, son meras plantas herbáceas que al más tenue soplo del viento agitan sus verdes copas y se inclinan cual cabezas fantásticas coronadas por plumas de avestruz. Algunos medían hasta cincuenta o sesenta pies de altura. Una ligera estridencia metálica, inadvertida casi por nosotros, se producía por el continuo roce de la brisa entre las cañas.

En tanto que nuestros servidores y trajineros se ocupaban en abrir entre la maleza un sitio para nuestro campamento y preparar la cena, nos apresuramos a ir a ofrecer nuestros respetos a la colonia de monos, únicos soberanos de los contornos aquellos. No exageramos al decir que eran ellos más de doscientos. Al prepararse para el reposo nocturno, aquellos buenos simios procedían como gente decorosa y de morigeradas costumbres. Cada familia escogía para sí una rama diferente, defendiéndola contra la intrusión de las demás que posaban sobre el mismo árbol, sin que tal defensa traspusiera nunca los límites de la buena educación, limitándose a meros gestos más o menos amenazadores. Había muchas madres con sus criaturas en brazos, a quienes rodeaban del mayor cariño, alzándolas con precauciones enteramente humanas. Otras madres, más alocadas, menos reflexivas, corrían de un lado a otro sin cuidarse de la cría, que colgaba de sus pechos, preocupadas siempre con algo, discutiendo siempre de algo con otras monas y parándose a cada momento para reñir con ellas. Era simplemente la repetición en el reino animal de un día de mercado entre aquellas viejas monas charlatanas. Los monos solteros mantenían rancho aparte, absortos en sus juegos atléticos ejecutados en su mayor parte sobre la punta de la cola. Uno de estos últimos hubo de atraer de modo especial nuestra atención porque

alternaba en sus juegos entre dar saltos mortales estupendos y hacer rabiar a un respetable abuelo, quien, sentado bajo un árbol, acariciaba a otros dos infantiles monitos, mientras que otro saltaba al lado de su compañero de soltería, charloteando con él, haciéndole mil gestos y mordiéndole juguetonamente en la oreja.

Atravesamos con cuidado entre los árboles para no ahuyentar la colonia simiesca, que estaba, sin duda, habituada a ver seres humanos, pues hacía sólo un año que los fakires habían abandonado la isla. Según después se nos dijo, eran aquellos verdaderos monos sagrados, y que, por consiguiente, nada tenían que temer de los hombres, ni al aproximarnos parecieron inquietarse, sino que aceptaron muy serios nuestro saludo, y algunos hasta algún terroncito de azúcar de caña que los dimos. Permanecieron, pues, muy tranquilos en sus tronos de ramaje, cruzados de brazos y contemplándonos con el más olímpico de los desprecios, reflejado en sus inteligentes ojuelos castaños.

Habíase puesto ya el sol cuando nos avisaron de que la cena estaba preparada, y todos nos dirigimos hacia nuestro improvisado alojamiento, excepto el babú, uno de cuyos rasgos característicos era su propensión a blasfemar y. hacer sandeces, escandalizando a los ortodoxos hindúes. Para justificar, sin duda, el bajo concepto que éstos tenían de él, subióse a una alta rama, se acurrucó en ella imitando todos los gestos de los monos, y aun respondiendo a los de ellos con otros más feos y amenazadores todavía, con gran disgusto por parte de los piadosos bagajeros. (91)

Cuando el último rayo de oro del sol se hubo extinguido en el horizonte, un sutil velo de color lila pálido se extendió por el ambiente todo. A cada momento, dada la rapidez del crepúsculo tropical, aquel matiz perdía muy de prisa su suave tinta, haciéndose más y más obscuro. Diríase que un mágico e invisible pintor, moviendo velozmente su pincel gigantesco sobre aquel cuadro, iba cargándole más y más de pintura, ennegreciendo el delicioso fondo sobre el que se destacaba nuestro islote. El brillo fosfórico de las moscas luminosas iba destacándose más y más entre los negros troncos de los árboles, quienes se perdían suavemente en el fondo plateado de aquel opalescente crepúsculo vespertino. En muy cortos minutos miles y miles de estas animadas chispas, precursoras de la Reina-Noche, juguetearon ya alrededor nuestro, cayendo desde los árboles cual áurea cascada, y revoloteando sobre las negruras del lago y sobre el oleaje de la hierba. ¡Mirad!, la Reina llega, cae silenciosamente sobre el haz de la tierra, y con ella tornan también el Descanso y la Paz, calmando su fresco hálito todos los anhelos y actividades del día. Cual madre

cariñosa, entona su canción adormecedora de cuna, envolviendo amante a la Naturaleza entera en los pliegues de su negro y blando manto, y cuando de allí a poco todo yazca dormido, ella vigilará el sueño de la Naturaleza hasta la llegada de los primeros albores matutinos. (92)

Pero si la Naturaleza duerme, el Hombre aún está despierto para contemplar extático las bellezas inenarrables de la solemne hora vespertina. Sentados nosotros alrededor del fuego, conversamos en voz baja temerosos de interrumpir con nuestra irreverencia la majestad augusta nocturna. Éramos sólo seis: el Coronel, los cuatro hindúes y yo, porque Míster Y... y Miss X... no habían podido sobreponerse al cansancio del día, y tan luego como cenaron se habían quedado profundamente dormidos.

Resguardados con toda comodidad por las altas *hierbas*, teníamos a menos el pasar esta magnífica noche en prosaico sueño. Esperábamos además el concierto prometido por el takur.

–Tengan ustedes paciencia –nos decía–: los músicos no aparecerán sino cuando salga la luna.

La inconstante diosa nos hizo esperar hasta después de las diez. Momentos antes de su llegada, cuando el horizonte por aquella parte comenzaba a clarear y a cubrirse la costa opuesta con un matiz blanco plateado, levantóse de repente un fresco vientecillo. Las aguas que habían dormido tranquilas hasta entonces al pie de los cañaverales gigantescos, agitáronse excitadas, sacudiendo a las cañas, quienes movían sus copetes de plumas y parecían murmurar de una manera extraña cual si celebrasen consejo acerca de algo que iba en seguida a suceder... De repente, en medio de la soledad y el silencio del ambiente, empezamos a oír ya muy claramente aquellas mismas notas musicales que momentos antes nos habían pasado inadvertidas, cual una orquesta completa que comenzara a afinar sus instrumentos. Aquí y allá se oían las vibraciones de las cuerdas del violín y las agudas notas de las flautas. Saltó a poco una racha de viento y estallaron por toda la isla los acordes de centenares de trompas eólicas, dando con ello comienzo a la más selvática y sonora sinfonía. Por los ámbitos del bosque se producía una melodía indescriptible y por entre los tristes y solemnes acordes eólicos se deslizaban al par los arpegios de una como marcha fúnebre, mientras que el trémolo de flautas y clarinetes remedaban los aires las cadencias del ruiseñor. Tan pronto se amortiguaban moribundos cual en un largo suspiro,

como aumentaban su diapasón cual centenar de argentinas campanas, yendo desde la suave tarantela, que pone olvido en todo dolor humano, hasta el desgarrador rugido de la fiera a quien arrebatan sus crías; desde la canción humana hasta los vagos arpegios del violoncello, y desde el llanto del niño, hasta su seráfico sonreír... Todo este caótico conjunto musical se agigantaba, se repetía en todas direcciones por el Eco burlón, cual si centenares de selváticas vírgenes fabulosas, despertadas en sus palacios de follaje, respondieran tomando parte en aquella salvaje música saturnal.

El Coronel y yo nos miramos, llenos de emoción y asombro.

–¡Oh, qué delicioso! ¿Qué magia es ésta? –exclamamos al mismo tiempo entrambos.

Los hindúes se sonreían, sin decir palabra, mientras el takur fumaba su gargari tan pacíficamente como si estuviera muerto.

Hubo un corto intervalo de silencio, después del cual la invisible orquesta misteriosa continu6 con mayor energía. Las notas se desbordaban como en cataratas avasalladoras. Ya era el estallar de una tormenta en el mar, con el huracán silbando entre las jarcias, con las olas chocando enloquecidas; ya me recordaba las tempestades de nieve en plena estepa siberiana. Súbito la visión musical cambia: ahora no parece sino que son las lentas cadencias del órgano por los ámbitos de una catedral gótica. Sus poderosas notas surgen, se dilatan, se atropellan, mezclan y confunden en delirante fantasía musical nacida sólo de los embates del viento.

Un momento más, y todo aquel sinfónico encanto desaparece para dar lugar en nuestra a un nuevo estado emotivo, en el que los sonidos empiezan a herir como dardos nuestros cerebros. Una horrible idea se apodera de todo nuestro ser; diríase, en efecto, que ahora los invisibles artistas pulsaban a guisa de cuerdas de violín nuestros nervios y venas, y que las imaginarias trompetas aquellas nos cortaban hasta la respiración.

–¡Por el amor de Dios, takur, dad orden de que cese todo este tormento insoportable! –gritaba exasperado el Coronel, al par que se tapaba entrambos oídos con sus manos–. ¡Que acabe todo esto, Gulab–Sing!

Al oír tales frases de angustia los tres hindúes se echaron a reír, y aun en el mismo grave rostro del takur dibujóse una sonrisa.

–¿Me toma usted nada menos que por Parâbrahm el excelso? ¿Imagina usted que depende de mí el detener al viento, como si yo fuese un marut, señor de las tempestades?... ¡Lo que me pide es algo menos fácil que el arrancar de cuajo todos estos bambúes para que no suenen!

–Perdone; pero creí que estos incomparables sonidos eran debidos a alguna especie de influencia mesmérica o psicológica.

–Mi querido Coronel –respondió el takur–, siento en el alma no poder complacerles; pero sí le aconsejo que no se preocupe tanto de esa manía de atribuirlo todo a semejantes causas. ¿No ve usted que esta selvática música es un fenómeno de acústica natural? Cada una de las cañas que nos rodean, y las hay por millones, es en sí un instrumento musical espontáneo, y el músico que le toca es el propio viento que diariamente, a la entrada de la noche, y especialmente durante el último cuarto de luna viene aquí a ejercitarse en su arte.

–¡El viento...!–murmuró el Coronel–. Pero esta música empieza a cambiarse en una espantosa vibración de la que no hay manera de librarse.

–Tenga un poco de paciencia, que ya se irá acostumbrando –replicó el takur–. Además, de cuando en cuando la música cesa, así que el viento decae. (93)

Los hindúes nos dijeron que existen muchas de estas orquestas naturales en la India, y los brahmanes conocen a fondo sus maravillosas propiedades, por lo que a esta especie de cañas la denominan *vinâ–devi,* el "laúd de los dioses", y para mantener la superstición popular dicen que en sus sonidos se escuchan oráculos divinos. Conviene saber que la hierba *sirka* y los bambús albergan a millares de carcomas diminutas que hacen numerosos agujeros en los tallos huecos. Los fakires de las sectas idólatras añaden el arte a estos agujeros naturales, con lo que transforman las cañas en verdaderos instrumentos musicales. El islote donde nos hallábamos poseía uno de los más célebres de estos *vinâ–devis,* por lo cual era considerado como sagrado.

–Cuando luzca el día –añadió el takur– apreciarán ustedes por sí mismos cuán profundo conocimiento de las leyes de la acústica poseen los fakires. Con habilidad rara y adaptándose a la longitud y grueso de la caña ensanchan convenientemente el agujero abierto por el animalejo, dándole unas veces forma ovalada y otras circular. Estas cañas, así perforadas, pueden considerarse como uno de los mecanismos musicales más dignos de atención. En el fondo, sin embargo, nada tiene ello de extraño, porque algunos

antiquísimos libros sánscritos acerca de la música describen minuciosamente estas leyes acústicas, y mencionan muchos instrumentos musicales que, no sólo se han olvidado, sino que resultarían completamente incomprensibles en nuestros tiempos.

Interesantísimas eran, sin duda, todas estas enseñanzas; pero el ruido era ya tan molesto que nos impedía escucharlas con la atención debida. (94)

–No se impacienten ustedes –dijo entonces el takur al advertir nuestro desasosiego, que en vano tratábamos de ocultar–. Después de la media noche calmará el viento, y podremos dormir tranquilos. Sin embargo, si temen la vecindad de estas plantas musicales, podemos instalarnos más cerca de la orilla, donde hay un sitio desde el cual pueden verse las hogueras sagradas de la orilla opuesta.

Seguimos la indicación del takur, y aun a través de los cañaverales continuamos nuestra charla amena.

–¿Cómo se las arreglan los brahmanes para mantener tan evidente impostura como las de las cañas musicales entre las gentes? –continuó el Coronel, empalmando el hilo de la conversación, Por estúpidas que éstas sean, no podrán menos de ver cómo son hechos los agujeros de las cañas y cómo se produce semejante música.

–En vuestra América –replicó sonriente el takur– puede que los estúpidos sean acaso lo bastante listos para apreciar tal hecho natural. No así en la India, porque si se tomase usted la molestia de explicar a un hindú educado el cómo sucede semejante fenómeno, se quedaría sin entenderle. Le contestará a usted, en cambio, que sabe bien que los agujeros son hechos por las carcomas y agrandados por los fakires, pero con ello no adelantaría nada, pues le añadiría él, por su cuenta, que las tales carcomas no son sino dioses encarnados en el insecto para ese fin especial, y que el faquir es un santo asceta que ha obrado así por orden del mismo dios. Eso será lo único que logre sacar de él. El fanatismo y la superstición han tardado siglos en desarrollarse entre las masas, y ahora les son ellos tan necesario a sus vivires como otra cualquiera necesidad fisiológica. Destrúyase el fanatismo, y la muchedumbre abrirá los ojos y verá la verdad, y respecto a los brahmanes la India entera habría podido considerarse dichosa si todo lo por éstos hecho en ella fuese tan inofensivo. Después de todo, dejemos a las multitudes adorar las musas y los espíritus d la armonía. Semejante adoración, no es tan violenta como otras muchas. (95)

El babú nos dijo que en Dehra-Dun esta clase de cañas están plantadas a entrambos lados de la avenida central, la cual tiene mas de una milla de longitud. Como los edificios impiden el libre acceso del viento, los sonidos sólo se oyen cuando sopla el viento del Este, lo cual es muy raro. Hace un año el svami Dayanand acampó frente a Dehra-Dun. Grandes multitudes se congregaban en torno suyo todas las tardes. Un día en que había pronunciado un fuerte sermón contra la superstición y estaba fatigado y hasta indispuesto, el svami se sentó en su manta y cerró los ojos disponiéndose a descansar. Pero la multitud, al verle tan inmóvil y silencioso, se imaginó que su alma, abandonándole durante su letargo, había penetrado en las cañas que a la sazón habían comenzado su fantástica rapsodia, y estaba conversando con los devas por medio de los bambúes. Los más piadosos, deseando mostrar al maestro cuán perfectamente habían comprendido sus enseñanzas y cuán hondo era su respeto hacia él, hasta llegaron a arrodillarse delante de las cañas cantoras, ejecutando una entusiasta *puja* o adoración.

–Y el svami, ¿qué dijo a todo eso? –pregunté.

–Nada. Bien se conoce, por su pregunta, que aún ignora lo que es nuestro svami –dijo, sonriendo, el babú–. No hizo sino dar un salto, y arrancando la primera caña sagrada que hubo a mano, dió tan enorme paliza a la europea, a los piadosos devotos de la *puja*, que éstos apelaron a la fuga, no sin que el svami los persiguiese, vapuleándolos de lo lindo, pues puedo asegurarle que nuestro asceta es hombre fuerte y poco amigo de majaderías.

–Pero me parece –observó el Coronel– que no resulta muy apropiada esta manera de persuadir multitudes, dispersándolas y atemorizándolas, en vez de convertirlas.

–Lejos de eso. Las masas, en nuestro país, requieren un tratamiento peculiar.. Permítame que le cuente el final de la anécdota... Desalentado, pues, Dayanand Saraswati ante el poco resultado de sus enseñanzas entre los habitantes de Dehra-Dun, fué a Patna, que dista de aquí unas treinta y cinco o cuarenta millas. Allí, sin descansar de las fatigas del viaje, pronto recibió una Comisión de los de Dehra-Dun que, postrados de hinojos ante él, le suplicaban que volviese, no obstante tener los mismos jefes de la Comisión llena la espalda de cardenales por el vapuleamiento del svami. Lleváronsele, pues, con gran pompa montado en un elefante y cubriendo de flores su camino. Ya en Dehra-Dun, procedió a fundar una *samâj*, o sociedad, como ustedes dirían, y la Dehra-Dun-Arya-Samaj cuenta hoy con más de doscientos socios, que han abjurado de toda superstición e idolatría.

–Yo presencié en Benarés hace dos años –dijo el muljí– el rasgo con el que Dayanand hizo pedazos unos cien ídolos en el bazar y aún pegó con el mismo palo una buena tunda a un brahmán, al sorprenderle escondido dentro del ídolo hueco constituido por una enorme estatua de Shiva. El pícaro brahmán estaba buenamente aposentado allí, hablando a los devotos en nombre de Shiva, y con su voz pidiéndoles dinero para un traje nuevo que el dios necesitaba.

–¿Y es posible que el svami no pagase cara esta su nueva hazaña?

–Claro que la pagó. El brahmán le llevó luego ante los Tribunales, pero el juez dió la razón al svami a causa de la multitud de los secuaces y defensores que acompañaban al mismo. Sin embargo, éste tuvo que pagar todos los ídolos que roto había. Esto era lo de menos, en verdad, puesto que el brahmán murió del cólera aquella misma noche y los adversarios de la reforma hubieron de decir que su muerte era la consecuencia de las brujerías de Dayamand-Sarawati, cosa que nos ofendió sobremanera. (96)

–Tócale a usted ahora el turno, Narayán –dije–. ¿No tiene usted nada más que contarnos respecto del swami? ¿No sigue considerándole como su *gurú*?

–No tengo sino un Dios y un Gurú en la tierra como en el cielo –respondió Narayán con pocas ganas de conversación–, y mientras viva no les abandonaré.

–Yo sé bien quién es su Gurú y su Dios –exclamó irreflexiblemente el charlatán del babú–. Es el takur Sahib. En opinión de Narayán entrambos coinciden en su persona.

–¡Vergüenza debiera darte de decir tamañas tonterías, babú! –observó fríamente Gulab-Sing–. Yo no me creo digno de ser gurú de nadie. En cuanto a que sea un dios, tales palabras son pura blasfemia y le ruego que no las repita nunca– y luego, más afablemente, añadió, señalando a las mantas que los criados habían extendido en la orilla y deseando evidentemente cambiar de conversación: –Sentémonos.

Habíamos llegado a una pequeña plazoleta algo distante del bosque de bambúes. Los sonidos de la orquesta mágica llegaban todavía hasta nosotros, pero muy debilitados y de tiempo en tiempo. Nos sentamos a barlovento de las cañas, desde donde la selvática armonía remedaba los bajos de un arpa eólica, nada desagradable. Al contrario, su dulce vibración distante no hacía sino realzar los esplendores del conjunto.

Al aposentarnos es cuando únicamente pude darme cuenta de mi cansancio y de mi sueño, cosa nada de extrañar ya que me encontraba levantada desde las cuatro de la mañana, y eso sin tener en cuenta además las intensas emociones del memorable día. Los caballeros de la expedición continuaron aún hablando. Pronto me absorbí y sumí tanto en mis pensamientos que sólo oía fragmentos de su conversación.

–No hay que dormirse… ¡Despierte usted! –me repetía el Coronel tirándome de la mano–. El takur dice que el dormirse a la luz de la luna le hará daño.

No dormía. Simplemente reflexionaba aunque adormilada y rendida. como estaba. Extasiada ante el encanto de aquella deliciosa noche no podía sacudir mi modorra y seguía sin responder al Coronel.

–¡Por Dios santo, despiértese! Considere el riesgo que está corriendo –continuaba éste–. Despierte y mire este hermosísimo paisaje y esta luna maravillosa. ¿Ha visto usted nada que les sea comparable en el mundo?

Así que tendí la vista me acordé de las conocidas frases de Pushkin acerca de la divina luna de España que irradiaba torrentes de dorada luz, de oro líquido en el lago que a los pies teníamos y espolvoreaba oro molido también sobre la verde hierba, en todo el radio al que alcanzaba nuestra vista. Su disco de amarillo y plata ascendía rápidamente por el fondo azul obscuro del cielo entre algunas brillantes estrellas.

Aunque llevaba vistas muchas noches de luna en la India, aquella impresión era para mí completamente nueva e inesperada. Inútil el intentar describir semejantes cuadros fantásticos, imposibles de ser ponderados con palabras, ni trasladados al lienzo con colores. Sólo cabe el sentir en silencio su cambiante, su fugitiva grandeza. En Europa, aun en las comarcas del sur, la luna llena hace palidecer a las estrellas más brillantes de tal modo que apenas si a cierta distancia se ve lucir alguna de ellas. En la India acontece lo contrario, el astro de las noches parece una enorme perla, deslizándose, rodeada de diamantes, sobre un fondo de aterciopelado azul. Su luz es tan intensa que se puede leer una carta escrita en pequeños caracteres y hasta percibirse los diferentes matices del verde de plantas y árboles, cosa inaudita en nuestra Europa.

El efecto del rayo de luna de la India es especialmente encantador cuando cae sobre la copa de las enhiestas palmeras. Al aparecer el astro, sus rayos comienzan a descender desde las ramas airosas, Iluminando los escamosos troncos y descendiendo más y más hasta que

toda la palmera queda sumida en un verdadero mar de luz. No es metáfora el decir que sobre la superficie de las hojas titila la plata líquida toda la noche, mientras que la parte inferior queda negra y suave como terciopelo. Mas, ¡ay!, del desgraciado inexperto que fija su mirada en la luna indostánica con la cabeza descubierta, porque no sólo es peligroso el dormir bajo sus rayos directos, sino que lo es hasta fijarse en la casta Diana inda. Epilepsia, locura y hasta la muerte son los castigos infligidos por sus traidores dardos a todo moderno Acteón que se atreva a contemplar a la cruel hija de Latona en la apoteosis de su belleza. Los hindúes por eso nunca pasan bajo la luz de la luna sin ponerse sus turbantes o *pagris*. Hasta nuestro invulnerable babú llevaba siempre por la noche sobre su cabeza una especie de gorro blanco. (97)

Tan pronto como el concierto del cañaveral llega a su apogeo y los habitantes de los contornos creen oír las voces distantes de los dioses, las aldea en masa acuden a la ribera del lago, donde forman sus hogueras y ejecutan sus *pujas*. Enciéndense así los fuegos unos tras otros, y las negras siluetas de los devotos se ven moverse por la orilla opuesta. Sus cánticos sagrados y sus agudas exclamaciones de: “¡Harí, Harí, Mahâ-deva!”, resuenan con extraña intensidad y salvaje énfasis en el ambiente purísimo de la noche. Las cañas, agitadas por el viento, les responden con tiernas frases musicales a lo lejos...

Todo esto despertaba en mi alma un vago sentimiento de intranquilidad y la más rara embriaguez íbase apoderando de mis sentidos. En tamaño paraíso la misma idolatría de estas almas apasionadas y poéticas, sumidas en un abismo de ignorancia, me parecía más comprensible, menos repulsiva. El hindú es místico de nacimiento, y la exuberante naturaleza de su país le ha transformado en ferviente panteísta.

El viento nos trajo, con toda claridad, desde el bosque, los dulces sonidos de la *alguja*, una especie de gaita pandeana con siete agujeros. Sus notas asustaron, al par, a una familia de monos refugiada entre las ramas del árbol que se extendía por encima de nuestras cabezas. Dos o tres monos descendieron con gran cautela y miraron en derredor como si esperasen alguna cosa.

–¿Quién es este nuevo Orfeo a cuya voz responden estos monos? pregunté sonriendo.

–Algún faquir, probablemente. La *alguja*, de ordinario, se emplea en llamar a los monos sagrados para sus comidas. La comunidad de faquires que antaño habitaba en esta isla, se ha trasladado a una vieja pagoda del bosque. Su nuevo retiro les produce mayores

rendimientos, porque hay por allí más transeúntes, mientras que esta isla yace, como veis, aislada y solitaria.

–Acaso, amenazados de sordera crónica, se vieron obligados a abandonar este terrible lugar –opinó Miss X.... exasperada porque no había podido dormir en nuestras tiendas, emplazadas en el centro mismo de la orquesta.

–A propósito de Orfeo –continuó el takur–, conviene dejar consignado que la lira de aquel semidiós griego no fué la primera en encantar con sus sones a los hombres, los animales y hasta los ríos, puesto que Kui, artista musical chino, se expresa así sobre este asunto: "–Cuando toco el kyng, las fieras se colocan en filas, hechizadas por mis melodías". Este Kui vivió mil años antes de la supuesta Era de Orfeo.

–Curiosa coincidencia –hube de exclamar–, Kui es el nombre de uno de nuestros mejores artistas de San Petersburgo. ¿Dónde ha leído usted tamaña cosa?

–¡Oh! –respondió el takur–. No es ninguna información rara, puesto que algunos de vuestros orientalistas europeos así lo consignan en sus libros. Yo mismo hallé el dato en un viejo libro sánscrito traducido del chino en el siglo segundo antes de nuestra Era, pero el original se halla en una obra antiquísima llamada La *Clave de las cinco granda virtudes*. Es ella una especie de crónica o tratado histórico acerca del desarrollo de la música en China y se escribió por orden del emperador Hoang-Ti, muchos siglos antes de nuestra Era.

–Pero, ¿cree usted que los chinos han entendido jamás nada de música? –dijo el Coronel con escéptica sonrisa–. Yo he escuchado en California y en otras partes a artistas del Celeste Imperio y aseguro que semejante música china es capaz de volver loco a cualquiera.

–Tal es, al menos, la opinión de vuestros músicos occidentales sobre nuestro antiguo Aryan, así como sobre la moderna música hindú. Pero la idea que de aquél se tiene es completamente arbitraria, y en cuanto a esta última, hay gran diferencia entre la verdadera técnica musical, las melodías aptas para un oído educado, y el oído del que no lo está. Una obra musical puede ser perfecta, de acuerdo con la técnica; pero su conjunto puede ser, sin embargo, superior e inasequible para un gusto no cultivado, y hasta producirle un desagradable efecto. Vuestras más renombradas óperas nos causan el efecto de un salvaje caos; un torrente de sonidos enredados y estridentes, sin significación alguna concreta y que sólo logran levantarnos dolor de cabeza. Habiendo oído elogiar a óperas de Rossini y

de Meyerbeer durante mi estancia en París y Londres, resolví ver el efecto que sobre mí causarían y fuí a escucharlas con la mayor atención; pero confieso, sin embargo, que prefiero la más sencilla de nuestras melodías indígenas a las producciones de los mejores compositores europeos. Nuestras canciones populares hacen vibrar mi alma toda, mientras que en vosotros apenas si producen emoción ninguna. Prescindiendo, en fin, de melodías y canciones, lo que sí puedo asegurarle es que nuestros antepasados, lo mismo que los de los chinos, estaban muy lejos de ser inferiores a los modernos europeos, sino en la instrumentación técnica, al menos en las nociones abstractas de la música.

–Los pueblos arios de la antigüedad, tal vez; pero respecto a los chinos turanios, no lo creo –dijo nuestro presidente con aire de duda.

La música de la Naturaleza ha sido en todas partes el primer paso hacia la música del Arte –continuó el takur–. Es regla universal manifestada de diferentes modos. Si el huir de todo artificio es Arte (y perdóneseme la paradoja), nuestro sistema musical es el arte más grande conocido. Nosotros no permitimos en nuestras melodías ningún sonido que no pueda ser clasificado entre las voces animadas de la Naturaleza, mientras que las tendencias chinas son muy diferentes. El sistema musical de los chinos comprende ocho sones fundamentales, que sirven de base a los demás tonos derivados y que son: el metal, la piedra, la seda, el bambú, la calabaza, la tierra cocida, el cuero y la madera, de modo que cabe hablar entre ellos de sonidos metálicos, sedosos, etcétera. Naturalmente que esto se presta poco a la melodía y por ello la música china es una serie enrevesada de notas de timbre diferentes. El himno imperial chino, por ejemplo, no es sino un conjunto de interminables unísonos. Nosotros, en cambio, los hindúes, debemos solamente a la Naturaleza animada toda nuestra música. Panteístas, en el más elevado sentido, nuestra música, por decirlo así, es panteísta también, al par que altamente científica. Nacidas en los albores de la Humanidad, las razas arias fueron las primeras en llegar a la madurez; las primeras en escuchar la voz de la Naturaleza, sorprendiendo en esta nuestra madre común la fuente viva de la melodía y de la armonía. Ella carece de toda nota de artificio, y si hombre, ante su grandeza, sintió la necesidad imprescindible de imitar todos sus sonidos. Al tenor de la opinión de algunos de vuestros físicos occidentales, todos estos sonidos, en su infinita variedad, se sintetizan en un tono solo que todos podemos escuchar en el eterno susurrar de las hojas en la selva; en el dulce murmullo de las aguas; en el constante rugir de las ondas del Océano, y aún en él zumbido de colmena de la lejana urbe. Semejante tono es

la nota media *Fa*, que es la tónica fundamental de la Naturaleza. Ella sirve de base, de base, de punto de partida y de clave, alrededor de la cual se agrupan y clasifican sonidos todos. También observaron nuestros antepasados que toda nota musical tiene en el reino animal su representación típica. Así pudieron descubrir los siete tonos fundamentales correspondientes a los respectivos gritos del pavo real, de la oveja, de la vaca, el loro, la rana, el tigre y el elefante. De este modo la octava musical quedó descubierta. En cuanto a las subdivisiones de los tonos y a la medida de las notas, los demás animales les dieron asimismo las normas.

–Carezco de toda competencia en punto a vuestra antigua música –replicó el Coronel–. También ignoro si vuestros mayores establecieron o no teorías musicales fijas, por lo cual no puedo permitirme el contradecirle; pero sí le debo manifestar que después de haber escuchado los modernos cantos hindúes, me es posible admitir que ellos presupongan conocimiento musical alguno.

–Ello es debido, sin duda, a que aún no ha oído usted un cantor profesional –continuó el takur–. Cuando usted visite a Poona y haya escuchado a la Gayan–Samâj, tornaremos sobre el tema de nuestra conversación, porque la Gayan–Samâj es una Sociedad cuyo objeto es el del restaurar la antigua música nacional.

Gulab–Lal–Sing hablaba con su majestuosa calma habitual. Al mismo tiempo el babú que nos escuchaba luchaba entre el temor de interrumpir nuestra conversación y el deseo ardiente de defender también el arte de su país. Por fin, no pudo contenerse más tiempo, y dijo:

–Es usted injusto, Coronel. La música de los antiguos arios es una planta antediluviana, sin duda, pero muy digna de estudio y de consideración. Así lo ha demostrado acabadamente uno de nuestros compatriotas, el rajá Surendranath Tagor... Es doctor en música y tiene un sinfín de condecoraciones de reyes y emperadores por su libro sobre la música de los arios. Él ha evidenciado, en efecto, con meridiana claridad, que la antigua India tiene perfecto derecho a ser llamada *La madre de la Música*. Así lo reconocen, al menos, los mejores críticos de Inglaterra. Las escuelas musicales todas, sean italianas, alemanas o arias nacieron en determinado tiempo; desarrolláronse en adecuado clima y en circunstancias enteramente diferentes. Cada escuela, pues, goza de su encanto peculiar y sus respectivas características, al menos para sus correspondientes aficionados, y nuestra

escuela no es una excepción que confirma la regla. Vosotros, los europeos, estáis acostumbrados a vuestras melodías occidentales y apreciáis vuestras escuelas de música. Nuestro sistema, en cambio, os es, como tantas otras cosas, totalmente desconocido. Dispensadme, pues, Coronel, mi atrevimiento, al permitirme decirle que usted no puede ser juez competente en la materia.

–¡Calma, babú! –exclamó el takur–. Todo el mundo tiene derecho, sino a discutir, por lo menos a hacer preguntas respecto a un asunto que desconoce. De lo contrario, nadie podría informarse de nada. Si la música hindú perteneciese a una época tan poco alejada de nosotros como la europea, según parece sugerir en su acaloramiento, y si abarcase en sí las virtudes todas de los sistemas musicales anteriores que la música europea asimiló, no hay duda que podría ser mejor comprendida y apreciada de lo que lo está. Nuestra música pertenece a los tiempos prehistóricos. En uno de los sarcófagos de Tebas, Bruce encontró un arpa de veinte cuerdas, y a juzgar por semejante instrumento, podemos asegurar que los primitivos moradores de Egipto conocían los misterios de la armonía, pero, con excepción de los egipcios, nosotros fuimos los únicos en poseer este arte en épocas remotas, cuando el resto de la Humanidad luchaba aún con los elementos para arrancarles lo necesario a su mísera existencia. Poseemos ciertos manuscritos sánscritos sobre música que no han sido traducidos nunca, ni aun a los modernos dialectos hindúes. Algunos de ellos cuentan cuatro mil y ocho mil años de antigüedad. Aunque en contra de esta antigüedad que digo, opinen lo que les plazca nuestros orientalistas, persistiremos en creer en ella, porque así lo hemos visto y leído, mientras que aquéllos jamás lo estudiaron, en cambio. Existen infinidad de estos tratados sobre música, escritos en diferentes épocas, pero todos ellos, sin excepción, demuestran que en la India se había ya conocido y sistematizado la música en tiempos en que las naciones civilizadas de Europa vivían aún como salvajes. Mas, por muy cierto que esto sea, ello no nos da derecho para indignarnos cuando oímos decir a los europeos que no les gusta nuestra música, en tanto que no tengan habituado el oído a ella y no puedan penetrar en su espíritu... Hasta cierto punto podemos disertar sobre ella y sobre su técnica, pero nadie puede improvisar lo que los arios llamamos *Rakti,* o sea la aptitud del alma humana para percibir los indefinibles sonidos de la Naturaleza y ser estéticamente impresionados por ellos. Semejante aptitud constituye el alfa y el omega de nuestro sistema musical, pero vosotros carecéis de él, as! como nosotros no gozamos de la posibilidad de extasiarnos con el arte de Bellini.

–¿Y por qué ha de ser así? ¿Cuáles son esas misteriosas virtudes de la música que sólo nosotros podemos comprender? Diferimos en el color de la piel, pero nuestro organismo es el mismo. En otras palabras, la contextura de huesos, sangre, nervios, venas y músculos de un hindú es la misma que la de un americano, un inglés u otro europeo. Vienen unos y otros al mundo procedentes del mismo taller de la Naturaleza, datan de igual origen, e idéntico es su fin. Bajo el punto de vista fisiológico los hombres somos iguales por naturaleza.

–Fisiológicamente hablando, sí, y sería lo mismo psicológicamente si no interviniera la educación, la cual no puede menos de influir sobre la orientación mental y moral del ser humano. A veces, la Divina Chispa se extingue; otras, no hace sino transformarse en brillante faro que actúa de estrella guía en la vida del hombre.

–Indudable. Pero la influencia suya sobre la organización del oído, no puede alcanzar a tanto.

–Todo lo contrario. Recuerde la influencia decisiva que las condiciones climatológicas, el alimento y el medio ambiente ejercen en la vitalidad, capacidad de reproducción, etcétera, y verá que se equivoca. Aplíquese esta misma ley de modificación gradual al elemento psíquico y los resultados serán idénticos. Cambie usted la educación y cambiará las aptitudes de un hombre. Elevémonos más y veremos que la experiencia de los siglos nos demuestra que la gimnasia tanto puede aplicarse al alma como al cuerpo, pero lo que constituye la gimnasia del alma es aun secreto nuestro. ¿Qué es lo que da al marinero la vista de águila, o lo que dota al acróbata de la agilidad del mono, y al luchador, de músculos de acero? El hábito; la práctica. ¿Por qué, pues, no suponer iguales posibilidades en el alma del hombre que en su cuerpo? Tal vez, porque esa ciencia moderna prescinde del alma en absoluto, o bien no reconoce en ella una vida distinta de la del cuerpo...

–No hable así, takur –interrumpió el Coronel. Al menos, debe usted saber que yo creo en el alma y en su inmortalidad, como creen ustedes.

–Creemos, sí, en la inmortalidad del espíritu, no en la del alma, al tenor de la distinción establecida entre cuerpo, alma y espíritu. Sin embargo, esto no tiene relación ninguna con la presente discusión; y usted está de acuerdo conmigo en que todas las posibilidades latentes del alma pueden adquirir fuerza, actividad y perfeccionamiento con la práctica, como pueden embotarse y desaparecer si no se ejercitan convenientemente. La Naturaleza

es tan celosa por sus dones, que exige sean ellos usados por el hombre de adecuado modo, tanto que en nuestras manos está el desarrollar o el matar en nuestra descendencia cualquier dote mental o físico. Un ejercicio sistemático o una total negligencia realizará entrambos hechos en el transcurso de unas cuantas generaciones.

–Absolutamente exacto; pero ello no me explica el secreto encanto que decís de vuestras melodías.

–Esto son, en efecto, minucias, y no sé por qué he de insistir ya en ellas cuando usted puede ver en mi razonamiento la clave de muchos problemas semejantes. Los siglos han habituado al oído del hindú a ser sensible sólo para ciertas combinaciones de las vibraciones del aire, mientras que el oído del europeo lo está sólo para combinaciones distintas del todo. De aquí que el alma de aquél se extasíe con aquello mismo que a la de éste la hace permanecer indiferente. Me figuro, al menos, que mi explicación ha sido clara y sencilla, y podría haber terminado aquí si no deseara vivamente darle algo mejor que el mero sentimiento de la curiosidad satisfecha. Hasta aquí, en efecto, he aclarado la parte fisiológica del problema, tan fácil de admitir como el hecho de que nosotros, los hindúes, comemos a puñados las especias, lo cual daría de seguro a usted una terrible inflamación intestinal si se tragase unos pocos granos. De igual modo, nuestros nervios acústicos, que en un principio fueran iguales a los vuestros, han sido modificados poco a poco con el ejercicio, llegando hoy a ser tan distintos de los vuestros, como nuestra tez y nuestro estómago. Recuérdese también que los tejedores de Kashmir, hombres y mujeres, pueden distinguir trescientos matices más que el europeo... Es la fuerza del hábito; el atavismo, me dirá usted,; pero ello nos resuelve el problema. Usted, por ejemplo, ha venido de América para estudiar a los hindúes y a su religión, mas nunca llegará a comprender ésta si no se da cuenta de cuán íntimamente relacionadas están todas nuestras ciencias, no con el moderno e ignorante brahmanismo, por supuesto, sino con la filosofía de nuestra primitiva Religión Védica.

–Comprendido. ¿Usted me quiere decir que su música de ustedes tiene alguna relación con los *Vedas*?

–Exacto. Tiene íntima relación con los *Vedas*, en efecto. Como que casi depende, por completo, de ellos. Todos los sonidos de la Naturaleza, y por consecuencia los de la música, están directamente relacionados con la Astronomía y la Matemática, es decir, con

los planetas; los signos del zodíaco, el Sol, la Luna y, en fin, los números. Sobre todo, dependen del *Akâsha,* el éter del espacio, cuya existencia aun no ha sido plenamente probada por vuestros científicos. Tal era la enseñanza de los antiguos chinos y egipcios, así como de los primitivos arios. La doctrina de la *Música de las Esferas* vió la luz, aquí en la India, y no en Grecia ni en Italia, donde fué llevada por Pitágoras, después que éste la hubo aprendido de los gymnosofistas indos. Ciertamente que este gran filósofo reveló al mundo el sistema heliocéntrico antes que Copérnico y que Galileo, pues sabía mejor que nadie cuán dependientes son los más ínfimos sonidos naturales del *Akâsha* y de sus correlaciones. Uno de los cuatro Vedas, el llamado Sâma-Veda, consiste sólo en himnos. Es, en efecto, una colección de *mantrams* cantados durante los sacrificios a los dioses, es decir, a los elementos. Nuestros primitivos sacerdotes apenas conocían los métodos modernos de la Química y la Física, pero, en cambio, conocían muchísimas cosas más en las que están todavía muy lejos de pensar los hombres de ciencia modernos, lo cual nada tiene de extraño, pues que algunas veces eran ellos tan conocedores de las ciencias naturales, que obligaban a los mismos dioses de los elementos, o más bien a las ciegas fuerzas de la Naturaleza, a responder a sus oraciones con portentos varios. Cada sonido de estos *mantrams* tiene su propia importancia y significación, y ocupa en el concierto universal su debido puesto. Recuérdese que el profesor Leslie dice que la ciencia del sonido es la más incomprensible y complicada de todas las ciencias físicas, y si hubo alguna enseñanza que llegase a la perfección, lo fué esta de la música en la época de los *Rishis,* de los filósofos santos que nos legaron los Vedas.

–Ahora empiezo a comprender el origen de las fábulas de la vieja Grecia –dijo pensativo el Coronel–. La *syrinx* de Pan, su flauta de siete tubos; los caramillos de faunos y sátiros; la misma lira de Orfeo databan de aquí. Los antiguos griegos sabían muy poco acerca de la armonía. Las rítmicas declamaciones de sus dramas, que acaso no llegaron nunca al elemento patético de los más sencillos recitados modernos, apenas pudo sugerirles la idea de la mágica lira de Orfeo. Me siento ya inclinado a creer lo dicho por alguno de nuestros grandes filólogos respecto a que Orfeo debió ser un emigrado llegado de la India. Su mismo nombre de indica que, aun entre los tostados griegos, resaltaba como excesivamente moreno. Tal es, al menos, la opinión de Lemprière y de otros.

–Algún día, acaso, llegue a demostrarse la certeza de tal aserto, porque no hay duda de que la forma más pura y elevada de todas las de la antigüedad corresponde a la India.

Todas nuestras leyendas atribuyen gran poder mágico a la música, como un don y una ciencia que proviene directamente de los dioses. Atribuimos, por regla general, a la revelación divina el origen de nuestras artes, pero, entre las artes, la música está a la cabeza de todas ellas. La invención de la *vina* –especie de laúd– se atribuye a Nârada, el hijo de Brahmâ. Acaso sonreirá usted si le digo que nuestros antiguos sacerdotes, cuya misión consistía en entonar himnos durante los sacrificios, podían producir fenómenos mágicos que serían considerados por los ignorantes como prueba de sobrenaturales poderes, y esto, fíjese bien, sin recurrir al menor fraude de su profundo conocimiento de las leyes de la Naturaleza y de ciertos procedimientos que les eran familiares, pues que los fenómenos producidos por los sacerdotes mediante la *raja–yoga* resultan perfectamente naturales para el Iniciado, por muy milagrosos que a las masas parezcan. (98)

–¿Acaso quiere usted decir que no tiene usted ninguna fe en los espíritus de los muertos? –insinuó tímidamente Miss X..., que se sentía siempre extrañamente cohibida ante la presencia del takur.

–Perdóneme que se lo diga con esta ruda franqueza: ninguna –respondió Gulab–Sing.

–Tampoco cree usted en los *mediums*.

–¡Menos todavía que en los espíritus!, señora mía. Ciertamente en lo que creo es en la existencia de muchas enfermedades psíquicas, entre ellas en el mediumnismo, enfermedad para la que, desde tiempo inmemorial, tenemos un nombre raro: la llamamos *bhuta–dâk*, ósea, literalmente, la enfermedad que da hospedaje a los *bhûta*. Compadezco muy sinceramente, a los verdaderos *mediums* y hago cuanto me es dable para ayudarlos. Respecto de los charlatanes que tales se dicen, los desprecio y no pierdo jamás una oportunidad para desenmascararlos.

La caverna de la bruja cerca de *la ciudad muerta* se me vino entonces, de repente, a la imaginación, con su orondo brahmán que actuaba de oráculo en la cabeza del *sivatherium*, cuando se vió cogido *in fraganti* y se cayó por el agujero abajo, mientras la bruja ponía pies en polvorosa. Al evocar estos recuerdos también pensé en lo que antes no pensase, esto es, en que Narayán había obrado entones bajo las órdenes del takur, haciendo cuanto pudo para desenmascarar a la bruja y a su compadre. El takur continuó:

–El desconocido poder que ostentan los *mediums*– y que los espiritistas atribuyen a los espíritus de los muertos, mientras que los supersticiosos los creen manejos del demonio, y

los escépticos engaños y malvadas supercherías–, es atribuido por los científicos sinceros a una gran fuerza natural que no ha sido descubierta hasta ahora. Es aquél, en realidad, un terrible poder. Quienes lo poseen son, de ordinario, gentes débiles; a menudo mujeres y niños, y en verdad, Miss X..., que sus queridos espiritistas sólo contribuyen inconscientemente con ello a desarrollar espantosas enfermedades psíquicas. Gentes mejor informadas tratan de salvarlos de las garras de esta fuerza, sobre la que nada sabéis vosotros. Inútil es, sin embargo, discutir sobre tal punto por ahora. Tan sólo añadiré que el verdadero espíritu viviente del humano ser es tan libre como Brahmâ, y para nosotros aún más, porque al tenor de nuestra religión y filosofía, nuestro espíritu es Brahmâ mismo, por encima del cual únicamente está lo Desconocido: la omnipresente y omnipotente Esencia de Parabrahm. No se puede, pues, mandar sobre el Espíritu de un hombre, como pretenden mandar a los espíritus los espiritistas; ni se les puede hacer esclavo de... Pero noto que se está haciendo tarde y nos debemos acostar. ¡Hasta mañana, pues! –terminó el takur.

Por las muestras, Gulab–Sing no quería hablar más aquella noche. Yo quedé pensando en que, sin muchas de nuestras conversaciones anteriores, la anterior conversación quedaba harto obscura.

Los vedantinos y los partidarios de la filosofía de Shankarâchârya, evitan el usar el pronombre *yo*, diciendo, por ejemplo: "esta mano cogió", "este cuerpo fue". Solamente usan los pronombres personales al referirse a funciones de la mente, tales como "yo pensé", "él deseó", pues, de acuerdo con su manera de pensar, el cuerpo no es el hombre, sino la máscara o envoltura del hombre verdadero.

–El verdadero hombre interior posee muchos cuerpos más y más sutiles, Todos estos cuerpos, después de la muerte, cuando el principio vital se desintegra en unión del cuerpo material, se reúnen y se dirigen hacia la región *Moksha,* denominándoseles entonces *devas* o seres divinos, aunque tienen todavía que pasar por muchos planos o mundos antes de su final y definitiva liberación, o bien ha de quedarse en la tierra para vagar y sufrir en el mundo invisible, llamándoseles entonces *bhûta.* Un *Deva* no puede tener relación tangible con los vivos. El único lazo que le liga con la tierra es el de sus afectos póstumos por aquellos a quienes amase en vida y el poder de influenciarlos y de protegerlos. El amor sobrevive a todos los demás sentimientos terrestres, y un *Deva* puede aparecerse en sueños

a los seres a quienes ama, a menos que se trate, de una ilusión fugaz, porque el cuerpo del *Deva* o difunto, experimenta una serie gradual de cambios desde el momento mismo en que se desprende de sus lazos terrestres y a cada cambio, se hace más y más intangible, perdiendo cada vez algo de su anterior naturaleza objetiva. Nace así, vive y muere en nuevos *lokas* o esferas, las cuales se hacen más puras y subjetivas cada vez. Por fin, habiéndose desprendido hasta de la más ligera sombra de deseos y pensamientos terrestres, llega a ser un nada bajo el punto de vista material. Extínguese como una llama, y, habiéndose sumido en el seno de Parabrahm, vive la vida del Espíritu, vida de la cual no puede el lenguaje dar la más remota idea, ni siquiera la podemos concebir. La eternidad de Parabrahm no es eternidad del alma, sino, según, la expresión vedantina, una eternidad en la eternidad. La vida de un alma, por santa que haya sido, tuvo principio y habrá de tener fin. Los pecados suyos no pueden ser, pues, castigados, ni sus buenas acciones premiadas, en la eternidad de Parabrahm. Ello sería contrario a la justicia, a fuer de desproporcionado, usando la expresión de la filosofía vedanta. El espíritu vive sólo en la eternidad y no tiene ni principio, ni fin, ni centro, ni límites. El *Deva* vive en Parabrahm como la gota de agua en el seno del Océano, hasta la próxima regeneración del Universo, es decir, durante una Pralaya, un caos periódico, una total desaparición de los mundos de la región de la objetividad. Al cabo del Maha-yuga o Gran ciclo, el Deva se separa de lo que es eterno, atraído hacia la existencia en mundos objetivos, cual la gota de agua que, evaporada por la acción del sol, se eleva en la atmósfera, de donde luego desciende a la suciedad de la tierra. Moradora de aquellos mundos objetivos, asciende otra vez y remonta la parte ascendente de su ciclo. De este modo gravita el Deva en la Eternidad de Parabrahm y cruza de una en otra eternidad. Cada una de estas segundas eternidades, propiamente humanas, es decir, concebibles por nuestra razón, consta de cuatro mil trescientos veinte millones de años de vida objetiva y de otros tantos de vida subjetiva en el seno de Parabrahm. Ocho mil seiscientos cuarenta millones de años es, en opinión de los vedantinos el tiempo suficiente para redimirse de cualquier pecado mortal y asimismo para que madure el fruto de toda buena acción ejecutada en un tiempo tan fugaz como el que supone la vida del hombre sobre la tierra. No obstante lo dicho, la individualidad del alma humana no se pierde al sumergirse en Parabrahm, a diferencia de lo que suponen algunos orientalistas europeos. Solamente el alma de los *bhûtas*, cuando la última chispa de arrepentimiento y de anhelo de mejora se extingue en ellos, se evapora para siempre. Entonces el divino Espíritu que la cobijaba, se separa de ella, tornando a su origen prístino, mientras que dicha alma se

sumerge para siempre en la obscuridad de la inconsciencia eterna. Tal es el único caso posible de total aniquilamiento de la personalidad.

Esta es, en suma, la enseñanza de la Vedânta respecto del hombre espiritual, razón por la cual ningún verdadero hindú cree posible que las almas vuelvan a la tierra, salvo en el caso de los bhûtas, una vez separadas de los cuerpos a los que informasen. (99)

COMENTARIOS AL ARTÍCULO XI

(87) Por lo que se ve, Gulab-Sing realizó el trazado de un como círculo mágico, empleando la frase corriente de Eliphas Leví, impidiendo entrar en él a las serpientes y demás alimañas, y nadie que conozca algo acerca de los fenómenos más elementales de nuestro tan reprensible hipnotismo puede permitirse ya dudar de la realidad de tales *límites infranqueables* o *mágicos círculos.*

¿Qué magia, por otra parte, no tienen otros mil y mil límites o círculos en nuestra vida, desde la línea de frontera entre dos pueblos, fronteras cuya violación más mínima llega a hacer correr a torrentes la sangre y el oro, hasta esotras infinitas *líneas mágicas e invisibles* separadoras de los sexos, de las categorías sociales, de la virtud y el crimen, de la ley y de la fuerza, de la muerte o de la vida? ... Por eso, cuando uno lee los honores sagrados por los romanos como por los demás pueblos antiguos rendidos al *Dios-Término,* aun nos parecen demasiado poco sagrados para lo augusto del simbolismo del *Dios límite* en la ciencia como en la vida; y decimos en la ciencia, porque acaso no haya otra consagración más divina de él en el mundo que la de la ciencia misma, separando estados *críticos*, y determinando esos momentos que se llaman críticos en los fenómenos celestes, como en la química de los explosivos...

Olcott, en su *Historia* (1ª serie, pág. 114) nos ofrece otro ejemplo curioso de círculo mágico y de límite, diciendo:

"Declaro, del modo más sincero, que durante un cuarto de siglo he creído en los fenómenos mediumnísticos, pero sin aceptar que se trate de tales o cuales inteligencias productoras; pero hoy puedo afirmar mi fe en la antigua ciencia oculta después de haber conocido a personas vivas que han realizado en mi presencia las mismas maravillas antaño atribuidas a Paracelso, Alberto el Magno o Apolonio... Un extranjero me mostró cierta vez en Nueva York los espíritus de los elementos. Citado por mí, dicho extranjero vino a mi casa. Abrimos la mampara que separaba al salón del dormitorio; nos sentamos en sillas frente a aquel hueco, y por una Maya bien singular, según hoy sospecho, vi, en lugar del dormitorio, un cubo de espacio, vacío. Los muebles habían desaparecido, y yo veía allí alternativamente imágenes sorprendentes de aguas, de nubes, de cavernas y de volcanes en actividad. En el seno de cada uno de estos elementos pululan seres, formas, figuras más o menos extrañas y fugaces. Unas eran encantadoras; otras, maléficas y severas; otras,

verdaderamente terribles, que ora flotaban dulcemente como las burbujas de agua en una corriente apacible, ora saltaban repentinamente en escena, para desaparecer bien pronto de igual modo, o jugueteaban mezclándose en el seno de las aguas y del fuego. Súbito, un monstruo terrible, tan espantoso, sin duda, como las imágenes del *Mago*, de Barret, fijaba en mi su felina mirada, dispuesto a arrojarse sobre mí como un tigre hambriento, pero desapareciendo al saltar cada vez que tocaba la superficie separadora del cubo de *Akasha* hecho visible en la separación de las dos piezas. Era aquello una prueba para los nervios mejor templados; pero, después de lo que llevaba visto en la granja de los Eddy, logre no rendirme al pavor. El extranjero en cuestión, se declaró satisfecho del resultado de mi prueba psicológica, y al dejarme me dijo que acaso no volveríamos a ver otra vez, lo que no ha acaecido. Tenía aquél todo el aire de un asiático, un como hindú, que hablaba el inglés como yo mismo."

De semejante círculo mágico y el modo de trazarle de los cabalistas, el abate Constand, conocido en el mundo bajo el pseudónimo de Eliphas Leví, nos da extensa relación en su célebre obra *Dogma y Ritual de la Alta Magia,* por lo cual no habremos de detallarlo aquí, si bien nos merece muy poca confianza cuanto sobre éste y otros particulares análogos nos muestra la cábala judaico-cristiana por aquél defendida. Además, ¿qué más círculos mágicos que los que traza el respeto en torno de toda persona de prestigio, cuya aura, por decirlo así, se siente de lejos, haciéndonos mantenernos, aunque otra cosa se quisiera quizá a veces, a "la debida distancia del respeto?" "¿Qué más círculo mágico, en fin, que esas líneas imaginarias, y por imaginarias no menos reales, trazadas por el hipnotizador con el solo esfuerzo de su voluntad, y que, sin tener realidad alguna tangible, constituyen, sin embargo, una infranqueable barrera para el hipnotizado?

En cuanto a que tales círculos mágicos ejerzan acción también sobre los irracionales, la cosa es la misma, aunque parezca diferente a primera vista. ¿Quién no ha observado, en efecto, el respeto que todo animal siente ante la presencia del hombre, a quien reputa superior por natural instinto? Es cierto que en los irracionales actúan a veces impulsos tan poderosos e irresistibles para ellos, tales como el hambre, el celo sexual, el terror. etc., que le llevan con frecuencia a lanzarse heroicamente contra el hombre, sobre todo cuando el hombre los maltrata o acosa; pero no lo es menos que cuando el hombre, frente al ataque del animal, se mantiene sereno y dueño de sí mismo, el animal retrocede. Las obras todas de los naturalistas están llenas de casos de esto, y el mismo Brehn asegura que hasta el león

y el tigre, no viéndose presa de semejantes estímulos, para ellos invencibles, hacen cuanto pueden por evitar el tener que habérselas con el hombre, cuya superioridad conocen de un modo más o menos consciente. Nosotros mismos lo hemos podido apreciar una vez, cuando nos asaltó en pleno campo un perro hidrófobo, quien no llegó a mordemos porque nosotros nos mantuvimos aparentemente serenos ante la perspectiva de no hacer más grave la, al parecer, inevitable mordedura. El animal, sobre todos los animales superiores, ven más o menos en lo astral, porque su sistema simpático prepondera aun sobre su sistema raquídeo, y con semejante *doble vista* se sienten detenidos al tocar con el astral del hombre, principalmente cuando este astral no está agitado por los torbellinos de pasiones tales como el miedo, el terror o la desconfianza, como no ignoran los domadores de los circos.

Es más: diríase que los animales todos, aun los que parecen más salvajes, tienen más o menos dormido en su inconsciente un remoto instinto de domesticidad, según se ve con las mismas fieras en los circos, instinto que no es acaso sino el lejano recuerdo, atesorado en el inconsciente, o *memoria colectiva de la especie*, de una época arcadiana o paradisíaca, en la que todos obedecían y acataban como señor al hombre de la pasada *Edad de Oro,* como volverán a acatarle otra vez en la Edad de Oro futura. Prueba de estos asertos es la de que muchas de las más indómitas familias de las fieras félidas tienen especies domesticadas, tales como la de los gatos, que no son en el fondo sino tigres o panteras pequeños, como las fieras cánidas del tipo del chacal o del lobo, tienen como animal doméstico al perro, quien, a veces, doméstico y todo, se cruza con ellos. Así vemos, sobre todo en las aves, como los loros, canarios, jilgueros, etc., sentirse muy felices al lado de los hombres que saben domesticarlos, tratándolos como lo que son en verdad: como hermanos menores y desvalidos que necesitan para impulsar su evolución del cariño y de las protecciones del hombre, al tenor de aquella frase de Maeterlink, que dice poco más o menos: “Sí; hay seres superiores al hombre; pero ellos no se dan a conocer a éste ni con él conviven, cual quizá convivieron en otros más felices tiempos, porque el hombre, a su vez, que es un verdadero dios para los pobres animales, no se compadece tampoco de ellos ni les ayuda en su evolución, como era su deber más estricto”, cosa presentida por los místicos del tipo de San Francisco, cuando hablan de “el hermano lobo, o la víbora hermana”, aunque ellos no hayan llegado nunca, en su amor hacia los animales, a aquello que se cuenta del Buddha,

cuando, en una de sus encarnaciones, dió, voluntario, su propio cuerpo a una tigresa hambrienta, para que tuvieran alimento ella y sus cachorros.

Y es natural que todos los animales, en mayor o menor grado, propendan a la domesticidad, como vemos en las palomas, gorriones y demás bichos de los parques en los países cultos, llegando en ellos hasta los grados más altos de confianza, cuando no se mezclan e interponen en este idilio entre el hombre y el animal, esos seres embrutecidos, por bajo casi siempre del nivel de las fieras, hombres que, validos de su superioridad, los atormentan y destruyen. A la misma religión jaína, en medio de sus actuales aberraciones, la hemos visto ya en el artículo primero –como más próxima a la primitiva Revelación y a las primitivas costumbres– conservar ese ilimitado afecto hacia los animales que fué una de las características de más relieve de aquellos arcadianos días.

(88) Como puede bien colegirse de los pasajes de referencia, Gulab-Lal-Sing era un verdadero Maestro, de los que con gran frecuencia se ocupan los libros teosóficos, y en especial el tantas veces repetido de Olcott. En él ha querido H. P. B. hacer el retrato de aquel sér superior con quien efectivamente se tropezó, según cuentan los biógrafos, en el delicioso rincón del Hyde-Park de Londres conocido por la Serpentine River, en una noche espléndida de luna de agosto de 1851.

Pero, ¿quiénes son esos Maesrros del tipo de Gulab-Sing? Se ha fantaseado tanto acerca de este gran problema superhumano que, para no seguir nosotros semejante ruta, juzgamos preferible extractar los hermosos conceptos que sobre ellos inserta la señora Annie Besant, en su sabio artículo *Helena P. Blavatsky y los Maestros de Sabiduría*. Dice así la actual presidenta de la Sociedad Teosófica: "Hay testimonios humanos capaces de probar la existencia de estos elevados seres, su actuación en el mundo y las comunicaciones recibidas de ellos durante los primeros tiempos de nuestra institución. Permítasenos citar al azar algunos:

M. S. Ramasvanier, oficial al servicio del Estado en la India, entregó a H. P. B. el 19 de diciembre de 1881 un billete en un sobre cerrado y salió en seguida en carruaje con ella, con el coronel Olcott y con Damodar. De regreso en casa, todos ellos vieron, inclinándose por encima del balcón, a un hombre en quien éstos reconocieron al punto al Maestro de H. P. B. El Maestro levantó la mano y dejó caer una carta, escrita en caracteres tibetanos...[cxi].

Míster Scott, funcionario civil en la India y más tarde comisario judicial, el coronel Olcott, H. P. B., los señores Murad Ali Bey, Damodar Malavankar y el pandit Bhavami Shankar, estaban sentados juntos en una terraza desde la cual se dominaba la biblioteca medio a obscuras y detrás una pieza fuertemente iluminada, en la que Mr. Scott vió claramente a un hombre en quien reconoció al Maestro M... Todos le vieron claramente dirigirse hacia una mesa sobre la cual se halló luego en seguida una carta con su conocida escritura, tan característica. El Coronel escribió después, con fecha 30 de septiembre de 1881: “Este mismo hermano me visitó un día en su cuerpo físico en Bombay, viniendo a caballo, y en plena luz de día. Me hizo llamar por un sirviente al cuarto frontero del de H. P. B. ausente a la sazón..., mi voz y la suya habían sido oídas bien distinta y claramente por cuantas personas se hallaban en la vecina habitación... Otra vez dos o tres amigos sentados en la galería de la quinta de Girgaum vieron llegar a caballo a un personaje hindú, descender bajo el pórtico de H. P. B. y penetrar en su gabinete de trabajo. Me llamaron a la galería los amigos, y pude contemplar a mis anchas el caballo, hasta que su dueño volvió a salir y, tomándole, se alejó” ...

Míster Martandras B. Nagnath, que desde 1879 a 1889 convivió con los fundadores de la S. T., refiere varios casos semejantes... En 1881, este mismo señor Martandras y otros tres teósofos y la tristemente célebre madame Coulomb, con quienes conversaba, vieron al Maestro K. H. ... a corta distancia, con su amplio traje talar blanco, con barba flotante y larga cabellera. Se hubiera dicho que parecía haberse ido condensando físicamente delante de unos arbustos vecinos... H. P. B., al verle, preguntó a madame Coulomb: –¿Piensa acaso usted que ese hermano nuestro[cxii] que ahí vemos es el mismo diablo? A lo que ella, que solía calificarlos así, respondió aterrorizada: –¡No, éste es un efectivo hombre! Dejóse así ver el Maestro durante unos tres minutos, y después fue desapareciendo o esfumándose gradualmente en el seno mismo del arbusto.

Semejantes apariciones de los Maestros –sigue diciendo A. Besant– se produjeron después con gran frecuencia en Adyar, en el Cuartel General de nuestra Sociedad Teosófica. Era costumbre entonces de los colaboradores de Olcott y de H. P. B. el reunirse con ellos por la tarde en la terraza del edificio, y más de una vez, con cierta regularidad, solía venir a visitarles visiblemente uno de dichos Maestros, hablándoles con benevolencia e instruyéndoles... A este respecto, Mr. C. W. Leadbeater ha escrito: “me siento feliz al declarar que en muchas ocasiones he visto aparecer a los Maestros en forma tangible en

dicho Cuartel de Adyar. Así he visto cara a cara y hablado al Maestro M., al Maestro K. H., al Maestro D. K. y a otro, como también a uno o dos alumnos suyos, que les servían como de mensajeros. Semejantes apariciones se verificaron en el edificio mismo, otras veces junto al río y otras en el jardín. Solían durar unos veinte minutos y, a veces, hasta media hora...”

Repetidas apariciones no se limitaban, sin embargo, a tales sitios. M. T. Brown, en su libro *Mis experiencias en la India,* narra lo siguiente: “En la tarde del 19 de noviembre vi en pleno día, en Lahore, al Maestro K. H. ..., y le reconocí. En la mañana del 20 él mismo vino a mi tienda y me demostró ser efectivamente de carne y hueso como nosotros, dejándome de su puño y letra una carta con instrucciones y un pañuelo de seda, que conservo. Como de costumbre, la carta en cuestión parece escrita en lápiz azul, con caracteres idénticos a los de la otra recibida en Madrás y que ha sido reconocida como de letra de aquél por una docena de personas. La carta reconocía que, en efecto, antes le había visto en visión, después en su propio cuerpo astral, y ahora en efectivo cuerpo físico y al alcance de mi mano para que pudiese dar fe de ello a mis compatriotas. Se extendía luego la carta en asuntos de mi índole personal, que no puedo trasladar aquí. Después, en la noche del 21, el coronel Olcott, Damodar y yo, sentados al exterior del edificio, recibimos de..., el discípulo o chela principal del Maestro, la noticia de que su Maestro iba a venimos a ver; como, en efecto, lo hizo.” El mismo Damodar dió muchos detalles de esta visita en Lahore en noviembre de 1833, y del Mahatma K. H., dice: “Me visitó allí durante tres horas en tres noches consecutivas y en pleno cuerpo físico, estando yo perfectamente consciente de mí mismo y hasta saliendo fuera de casa un día para recibirle. Era el mismo que antes había visto en forma astral en Adyar y el mismo que en trance había visto en su morada a millares de leguas de distancia, cosa que me habría sido imposible lograr a no ser por interponer él su ayuda y protección. Mis poderes psíquicos, apenas desarrollados a la sazón, no me habían permitido verle sino bajo muy vagas formas, aun cuando sus rasgos fisonómicos resultasen claros y su recuerdo quedase hondamente esteriotipado en mi alma, mientras que ahora en Lahore y luego en Jammu y en otras partes, la impresión era absolutamente diferente. En aquellos primeros casos, al hacerle *el pranami* o saludo, mis manos pasaban a través de Su forma, mientras que en estos últimos ellas tocaron vestidos y carnes corpóreos y efectivos de verdadero hombre vivo, aunque mil veces más imponente en Su aspecto y porte que Aquel cuya imagen había contemplado con

frecuencia en los retratos que de él poseían Sinett y H. P. B. No me extenderé aquí acerca de la aparición de Lahore, presenciada también separadamente por Brown y por Olcott, pero sí diré que en Jammu sabe todo el mundo lo que aconteció al día siguiente por la mañana. Lo cierto del caso es que tuve la inmensa dicha de ser llevado a un *Ashrama* sagrado, donde permanecí algunos días gozando de la bendita sociedad de varios Mahatmas del Himavat y de sus discípulos. Allí encontré también a mi amado Gurú, al Maestro del coronel Olcott y a varios otros, en especial uno muy elevado, lamentando yo solamente que el carácter en extremo personal de mi visita a tales regiones, me impida el hablar más extensamente de ello. Baste saber que el lugar que fué autorizado para visitar se encuentra en el Himalaya y de ningún modo en un país imaginario; que vi a mi Maestro con mis propios ojos físicos, y que le encontré idéntico a la forma astral que había visto en mis primeros días de *chela*... Era un hombre joven, relativamente a otros Shadus de aquel cónclave bendito, de actitud más afectuosa y placentera todavía. El día segundo después de mi llegada, luego de la comida, fuí autorizado para pasar una hora con mi Maestro."

El Pandit Bhavani Shankar –sigue consignando Mme_ Besant– dice que, durante un viaje por el Norte de la India, en la primavera de 1884, M. Nivarán Chandra Mukerji y él vieron al Mahatma M... en Su cuerpo astral en la reunión de una Rama, y agrega: "He visto al mismo Mahatma, es decir, al Maestro de H. P. B., varias veces en Su *doble astral* durante aquellos viajes, y también en cuerpo físico a mi propio Gurudeva K. H...., y le he reconocido." M. Mohini M. Chatterji, en un escrito de 30 de septiembre de 1884, dice: "Me repugna grandemente, a mí que soy brahmán, el hablar de las relaciones de sagrada intimidad que existen entre el chela y su Gurú. Sin embargo, en las actuales circunstancias es mi deber el declarar que tengo la certidumbre personal más absoluta de la existencia del Mahatma, que ha mantenido correspondencia con Mr. Sinnett y que es conocido en el mundo occidental con el nombre de *Kutami*. Antes de conocer a Mme. Blavatsky, le encontré personalmente, cuando pasó por la Presidencia de Madrás, yendo a China en el año último. Yendo también al Tíbet el señor S. Ramasvanier en busca de su Gurú, cuenta que en el camino de Sikkim vió venir en dirección opuesta a él a un caballero solitario que al acercarse detuvo su cabalgadura: Yo le miré y le reconocí en el acto como el mismo Mahatma, mi venerado Gurú, a quien antes había visto en forma astral desde el balcón del Cuartel General de la S. T., y el mismo que en la memorable noche del 19 de diciembre había dejado caer una carta en respuesta a aquella dada por mí, dos horas hacía, y bajo

sobre cerrado, a Mme. Blavatsky, a quien durante todo el tiempo no había perdido un solo instante de vista... ¡Veíame, pues, frente a frente con el Mahatma de Himavat, quien no era, por tanto, ningún mito, y le vi, no de noche, sino a las nueve o diez de la mañana y en medio de mi camino... ¡Mi inmensa felicidad por ello me había dejado mudo y como paralizado!""

Después de consignar todo esto, Mme. Besant se extiende largamente en la exposición de las numerosas comunicaciones escritas, que muchas personas de Bombay y de otras partes habían mantenido con dichos Maestros. No nos extendemos más acerca de ello por cuanto el lector puede encontradas detalladas en la revista *Sophia* y en los números de *La Verdad,* Buenos Aires, correspondientes al mes de junio y siguientes de 1908 (año IV de dicha publicación), aparte de los infinitos pasajes de la *Historia auténtica,* de Olcott, en que a Ellos y a sus comunicaciones se alude con un número de citas tal, que nos sería imposible el reproducirlas aquí, so pena de tener que copiamos las tres series de aquellos interesantísimos relatos de su *Old diary leaves*, acerca de esa bendita Fraternidad Blanca. formada por todos los antiguos y nuevos Mahatmas del mundo, que desde lugares inaccesibles, en general, para los humanos pecadores, pero en comunicación interior más constante de lo que puede creerse con muchos abnegados discípulos que en este miserable mundo de pasiones y egoísmos viven, esparcen su benéfico influjo sobre el mundo, determinando más de un acontecimiento histórico decisivo para el progreso de la Humanidad, sin que la historia profana conserve casi nunca el recuerdo de ello. Semejantes discípulos se encuentran en todos los países, tanto los civilizados como los salvajes y, con frecuencia, en las ideas aparentemente más opuestas, aunque muchos de ellos, por su incipiente desarrollo espiritual y psíquico, no conserven de ello luego y de sus experiencias astrales a este propósito, durante el sueño, recuerdos precisos. Muchos de los teósofos y espiritistas que conocemos, no me dejarán mentir[cxiii].

Los centros de que generalmente dependemos dichos discípulos laicos o profanos se encuentran en diferentes lugares del mundo, tales como los aludidos por la propia H. P. B:, al hablar en la *Introducción* a *La Doctrina Secreta* de las diferentes bibliotecas subterráneas, y lugares ocultistas que el mundo profano desconoce aún.

Hablando de los Maestros y de la Fraternidad Oculta, dice Olcott en su Historia (1, pág. 26): "Durante muchos años, casi hasta mi partida de Nueva York para la India, he sido alumno de la sección africana de la Fraternidad Oculta; pero más tarde fuí trasladado a la

sección indiana bajo la autoridad de otro grupo de Maestros..., porque, tiempo es ya de decirlo, nunca ha habido más que una alianza o fraternidad altruista en el mundo entero, si bien ella está dividida en secciones, según las necesidades de la raza humana, en sus diversos grados de evolución. El centro de donde irradia esta fuerza bienhechora se traslada según los tiempos. Invisible, insospechable como las vivificadoras corrientes espirituales del Akasha, pero igualmente indispensable para el beneficio espiritual de la Humanidad, su energía combinada y divina se conserva edad tras edad, y refresca sobre la Tierra las sienes del pobre peregrino que se esfuerza hacia la Divina Realidad. El escéptico niega la existencia de tales Adeptos, porque él no los ha visto ni con ellos ha podido hablar, y porque la Historia no ha registrado su intervención oficial en los acontecimientos de las naciones. Millares de místicos, iluminados y de filántropos de todos los tiempos, cuya pureza y elevación de alma ha desvanecido las nieblas psíquicas de su mente con la claridad meridiana de la conciencia espiritual, los han conocido, sin embargo, en más de una ocasión, porque ellos han entrado en relaciones personales con las gentes que se han consagrado o tratan de consagrarse al servicio de la humana fraternidad. Algunos de entre estos últimos, los más humildes e indignos en apariencia como nosotros, al constituimos ten base del movimiento de la S. T., han sido favorecidos con su simpatía y recibido instrucciones de ellos. Los unos, como H. P. B. y Damodar, han tenido las primeras visiones de ellos desde su juventud; otros, por el contrario, los han encontrado en las circunstancias más extrañas y en los lugares más imprevistos... He conocido así cuatro Maestros: uno copto; otro representante de la escuela neoplatónica de Alejandría; el tercero un sér muy elevado, especie de Maestro de maestros, que era veneciano y, en fin, un filósofo inglés, desaparecido hace tiempo del mundo, pero que no ha muerto todavía...[cxiv]. El primero fue mi gurú, hombre de cerrada disciplina y de un viril y enérgico carácter."

(89) Como se ve, el escéptico Mr. Y... había sido víctima de una maya oriental, que le había hecho ver, por la mera y no manifestada voluntad de Gulab-Sing, un paisaje completamente distinto del que el buen positivista tenía delante de sus ojos, acaso la misma casita misteriosa, retiro de Adeptos que veremos figurar en el capítulo que subsigue. El fenómeno en sí nada puede tener de extraño para aquel que haya leído en la *Historia*, de Olcott, con cargo a la propia H. P. B., la enorme cantidad de mayas o ilusiones hipnóticas inconscientes que ésta operó en él para ir haciendo su educación ocultista, tales

como los aportes mágicos de cuatro gruesos racimos de uvas con los que, en una larga noche en que colaboran ambos en la redacción de las páginas de *Isis sin Velo*, refrescaron sus secas fauces, al modo también de lo acontecido a H. P. B. –cuando caminaba por el desierto del Egipto al lado de su maestro el copto–, con aquella taza riquísima de café con leche, que H. P. B. gustó a pequeños sorbos, encontrándose al final de la maya con que lo poco que en la taza quedaba se había vuelto agua, que es... lo que antes y siempre había sido.

De estas clases de mayas, o de otras modalidades de la compleja Magia o *Yakshini Vielya*, usada por H. P. B. al ejercitar sus poderes sobre los elementales tenemos –marcando nosotros las respectivas series y páginas de la dicha *Historia Auténtica*, donde ellas y otras pueden verse– los dos elementales del aire, por ella y por otro mago transformados en mariposas (I, 24); las ya referidas de los racimos y del Cairo (I, 25 y 32); los numerosos de Filadelfia (I, 43), con las explicaciones dadas por Olcott (I, 43 a 48) acerca de los poderes de sugestión, proyección imaginativa, telepatía, espiritualidad e intuición, lectura de pensamiento, leyes de los elementales y del Akasha o éter en la más alta de sus acepciones; sustitución de una fotografía por otra, como en el caso de la pintura de Mr. ... que comentamos; las peripecias del cuaderno del Coronel (I, 48); el raro festoneado de unas servilletas sin que la inexperta aguja de H. P. B. las tocase (I, 51); el hacerse invisible ésta ante los mismos y espantados ojos de Olcott (I, 52); el proyectado repentino de antes no vistos dibujos fenoménicos en el mismo techo de la habitación, al par que el cabello de la productora del fenómeno se tornaba de rubio en negro y con una longitud hasta entonces inusitada, ni más ni menos que a poco acaeciera con la propia y característica barba blanca de Olcott (I, 54); el continuo sonar, en fin, de las campanas astrales, a voluntad plena de H. P. B., y al modo de aquellas de los inauditos pueblos *jinas*, subterráneos que oyese un día el pobre maestro mulji de Bombay (I, 55, y II, 237), o de aquellas otras de nuestro dicho popular de "ha oído campanas y no sabe dónde", o, en fin, las campanas de aquel nuestro romance que canta:

"Las campanas de la gloria
por Delgadina sonaban;
las campanas del infierno
por su padre repicaban",

las dos inesperadas curaciones experimentadas por H. P. B. en Nueva York (I, 63) y en Bombay (III, 101), cuando ya estaba completamente desahuciada por los hombres de ciencia; su dominio sobre los *pisachas* y *buthas* orientales, productores de tantas perturbaciones en más de una sesión mediumnímica (I, 76 y 87); los aportes de flores y las polaridades vitales diferentes que tanto actúan en esta clase de fenómenos desconocidos (I, 95); la producción física de una sortija en el interior de un capullo de rosa, sin física explicación posible (I, 103 y 113); las maravillas operadas en el célebre retrato del presunto *caballero Luis* y merecedoras de especial estudio (I, 188 y 190); los aportes de granos o semillas extrañas; de juguetes para chicos y hasta de una vajilla de té, que aparece sepultada en la tierra en el sitio designado de antemano y completamente rodeada de raíces de árboles (I, 323, 325, 330 y 340), o, en fin, para no citar sino con cargo a la serie o tomo I de aquella obra de Olcott, los capítulos XIII al XVII de dicha serie, consagrados a interpretar racional o científicamente en lo posible semejantes fenómenos, en relación con las teorías orientales y occidentales respecto de ellos, y, en fin, los capítulos XXVI, XXVII y XXVIII, titulados: *Madame Blavatsky en su casa, Ilusiones y Diseño del carácter de Madame Blayatsky*, que nos evitan de entrar en más explicaciones.

Por supuesto, que en el estrecho marco de una nota no vamos a debatir acerca de los desagradables incidentes acaecidos por causa precisamente de estos fenómenos y de la doctrina relativa a los Maestros o Mahatmas, entre la mártir H. P. B. y los injustos miembros de la Sociedad inglesa de Investigaciones Psíquicas que, pese a su positivista ciencia, no alcanzaron a comprenderla en toda su altura moral e intelectiva. Estos particulares, por otra parte, han sido ya apuntados en nuestro *Prólogo*.

Diremos, sin embargo, que en todos aquellos fenómenos y otros semejantes, se reproduce una vez más el contraste eterno entre el que conoce una ley nueva e interpreta mejor el alcance de una antigua, y aquél que, ignorando a una u otro, se queda admirado ante el nuevo hecho que ve realizado y que él creyera, sin embargo, imposible. Tal es la historia eterna, desde los primeros que nos sorprendieron con el manejo de la pólvora, hasta los que hoy nos sorprenden con la radiotelegrafía, los aeroplanos y los submarinos, pasando por esa gama infinita de inventos a cuál más prodigiosos que se llaman máquinas de vapor, telégrafos, teléfonos, fotografía, y tantos otros inventos que, a pesar de hacernos más sabios en apariencia, acaso no han logrado hacernos mejores, como se ha visto con los horrores de *La Gran Guerra*, porque el fenómeno, por estupendo que sea, no tendrá jamás la

acción *mimetizadora* o impulsiva del ejemplo, ni el hecho la demostración real que la virtud que le impulsa y anima. ¿No es, acaso, verdadero acto de Magia ante un salvaje, el de encender las luces de un salón o hacer volar un barco o una montaña entera con solo tocar el botón de un contacto eléctrico? *Magia* viene del *Maha-jiota* sánscrito, significando "la Ciencia grande o Ciencia por antonomasia", y tan necio sería el no admitir la existencia de una Ciencia grande y superhumana o troncal habiendo tantas ciencias pequeñas, como dudar de que en todo sistema de numeración –que es, por naturaleza, una serie indefinida– puedan existir unidades, decenas y centenas de millar, de millón o de billón, allí, donde ya existen simples unidades, decenas y centenas, y aquí, para evitar equívocos conviene repetir una vez más aquellas memorables frases del prefacio de *Isis sin Velo,* cuando dicen: "No creemos en Magia alguna que exceda al alcance y a la capacidad de la inteligencia humana, ni en "milagro" alguno, ya sea divino o diabólico, si tal cosa implica una transgresión de las leyes naturales instituidas desde la eternidad. No obstante, admitimos la sabia opinión del *Festus*, el cual dice que el corazón humano todavía no se ha revelado completamente a sí mismo, y que jamás hemos alcanzado, ni siquiera comprendido, toda la extensión de sus poderes. ¿Será, pues, exagerado el creer que el hombre puede desplegar nuevas facultades sensitivas y adquirir una relación mucho más íntima con la naturaleza? La lógica de la evolución se encargará de decírnoslo si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si, recorriendo la línea de ascensión desde el vegetal o la ascidia hasta el hombre más perfecto, el alma ha evolucionado llegando a adquirir las elevadas facultades intelectuales que hoy posee, en manera alguna será desacertado inferir y admitir que en el hombre se están desenvolviendo facultades y poderes nuevos."

(90) Los párrafos de referencia van dirigidos contra el espiritismo. La opinión concreta, en efecto, que H. P. B. tenía acerca del espiritismo, o del espiritualismo, como entonces se decía, está contenida en una nota de puño y letra de ella, y que dice así:. "Sí; tengo el sentimiento de declarar que he tenido necesidad de identificarme con los espiritualistas en el momento en que los médiums Holmes fueron vergonzosamente desenmascarados. Me era preciso, en efecto, salvar la situación, porque *yo había sido enviada de Francia a Norteamérica para probar al par la realidad de los fenómenos y la falsedad de la teoría espiritualista de los espíritus*. ¿Cómo acertar, sin embargo? Quería evitar, por lo más preciado, que el mundo se enterase de que yo podía producir a *voluntad* idénticos fenómenos, y, sin

embargo, me era preciso mantener viva la creencia respecto de la realidad, la autenticidad y la posibilidad de los fenómenos en el corazón de aquellos que por tal causa se habían convertido del materialismo al espiritualismo, y que, tras el descubrimiento de los fraudes de aquellos médiums, iban a caer de nuevo en su escepticismo. Por eso es por lo que, reuniendo algunos amigos fieles, he ido a casa de los Holmes, y, ayudado por M... y por sus poderes, he evocado de la luz astral los espectros de John King y de Katie King[cxv] y producido fenómeno de materialización de fantasmas, dejando creer a la masa de los espiritualistas que Mrs. Holmes era la médium. Por cierto que ésta sintió un miedo horroroso viendo que aquella vez la aparición era efectiva. ¿He cometido falta con esto? El mundo no está preparado todavía para comprender la filosofía de la ciencia oculta, y conviene consignar ante todo que existen seres de un mundo invisible, sean elementales, sean efectivos espíritus de muertos, y que el hombre posee poderes ocultos que pueden hacer de él todo un dios sobre la tierra... Cuando ya haya muerto, acaso pueda apreciarse mejor el absoluto desinterés de mis intenciones. Yo he dado mi palabra de honor de conducir a los hombres hacia la *Verdad* durante mi vida y me mantendré siempre fiel a tal palabra. Que me insulten y desprecien, pues, los unos, tratándome de médium y de espiritista, o de impostora los otros; día llegará en que la posteridad sabrá conocerme mejor. ¡Oh, desgraciada Humanidad, tan necia, tan malvada y tan crédula!"

Y pocas líneas antes de transcribir la nota que antecede, la misma *Historia auténtica* consigna (I, 21): "En suma, que yo sólo he hecho lo que era mi deber: primero, hacia el espiritualismo[cxvi], a quien he defendido lo mejor que he podido contra los ataques de la impostura oculta bajo la careta demasiado transparente de la ciencia; después, en favor de dos pobres médiums calumniados e indefensos... Pero es deber mío el confesar que no por eso creo haber hecho gran bien efectivamente al espiritualismo mismo... Lo reconozco paladinamente, con gran dolor de mi corazón; mas comienzo a temer no haya remedio ya para ello. Combato por la santa verdad desde hace más de quince años. He viajado y la he predicado –aunque no me considere apta para hablar en público– desde las nevadas cumbres del Cáucaso hasta las arenosas márgenes del Nilo. Por persuasión y por experiencia, he probado la realidad. Yo he abandonado por la causa del espiritualismo mi morada, mi vida plácida en medio de una sociedad culta, y he devenido errante por la faz de la Tierra. Cuando mi aciaga estrella me condujo hasta América había visto realizados mis anhelos mucho más allá de lo que buenamente me pude imaginar..."

En otros términos: como la *Humanidad*, al mediar el siglo XIX, había caído en la horrible sima del positivismo materialista y escéptico, según se enseña en diferentes lugares de *La Doctrina Secreta,* le era necesario, para despertar, el terrible latigazo de los fenómenos espiritistas, que hacen tangible, por decirlo así, las realidades del otro mundo, y ésta fué una de las dos misiones de H. P. B.; pero los fenómenos en sí traían aparejado a su vez un gravísimo inconveniente, que era, cual ha sucedido, el de que ellos han sido tomados como efectivas apariciones del espíritu de los muertos y no de su cascarón astral, manejado a voluntad por *elementales*, que dirían los cabalistas, o por *demonios*, que la literatura eclesiástica diría, o, en fin, por entidades no humanas de las que en el mundo superliminal pululan no menos que en el mundo físico.

Olcott expresa su transición desde las *ideas* puramente espiritistas a las del Ocultismo oriental en el capítulo primero de su *Historia*, y en el III pone este sugestivo párrafo acerca de lo que entonces se llamaba por Norteamérica el *espiritualismo*, o sea el espiritismo: "Mi espíritu se fue impresionando poco a poco con las teorías orientales acerca del Espíritu, los espíritus, la materia y el materialismo. Sin que H. P. B. me exigiese jamás que abandonase la hipótesis espiritualista (espiritista) ella me hizo ver y experimentar que, en concepto de ciencia efectiva, el espiritualismo o espiritismo verdadero, sólo en Oriente existe, y que sus únicos adeptos efectivos son los alumnos de las escuelas orientales de Ocultismo. Por eso, a pesar de mi sincero deseo de hacer justicia a los espiritualistas, debo decir noblemente que, hasta el día, no existe teoría científica alguna occidental acerca de los fenómenos mediumnísticos capaz de darnos clara explicación de todos los hechos, y yo no he visto la menor prueba auténtica de que los occidentales hayan descubierto un verdadero sistema científico de evocación de los espíritus produciendo los fenómenos a voluntad. Jamás, en fin, he conocido un médium que esté en posesión de un *Mantram* o de una *Vidhya* (método oriental científico), tales como los que, desde tiempo inmemorial, existen entre los orientales o como los que se citan en el artículo de *El Teosofista* (mayo de 1892) titulado *Una evocación por hechicería.* Así, mientras que los amigos de H. P. B. y yo, nos veíamos inducidos a creer que los fenómenos casi diarios del llamado John King eran obra de una entidad desencarnada, o sea del célebre corsario H. Morgan, a quien H. P. B. parecía servir como de médium voluntario, ésta, por sí misma, producía para nuestra verdadera enseñanza, cosas estupendas que necesariamente presuponían la posesión de conocimientos mágicos."

El modesto autor de estos comentarios piensa acerca del problema enteramente igual que Olcott y que H. P. B., si bien deplora con toda su alma el tener que decirlo una vez más, incurriendo, quizá, con ello en él desagrado de sus queridos hermanos los espiritistas, a cuya noble y nunca desmentida buena fe de verdaderos librepensadores se encomienda, pidiéndoles mil perdones por mantener una opinión a la que le han llevado sus propios estudios, sin dejar por ello de rendir homenaje a la pureza de la doctrina moral profesada y practicada por tantos millares de hombres buenos y sabios que en el mundo tienen hecha gallarda profesión de sus convicciones espiritistas, y sin dejar por ello de consignar que, gracias a su esfuerzo, más de un materialista y escéptico ha abierto sus antes dormidos ojos a las augustas realidades de lo suprasensible[cxvii].

Como dice muy bien Olcott, todo queda explicado así. H. P. B., en efecto, había sido enviada a Norteamérica "para allí divulgar el espiritualismo oriental, o *Brahma-Vidhya,* e implantarle en lugar del espiritismo oriental más grosero; mas como el Occidente no estaba todavía preparado para recibir aquél, su primer deber fue el de defender los fenómenos reales del círculo espiritista contra el enemigo jurado y activo de toda creencia espiritual: la ciencia física, materialista, intolerante, con sus jefes y con todos sus adherentes. Lo esencial entonces era el contener el escepticismo materialista y fortificar las bases espirituales de las aspiraciones religiosas. Por tal causa es por lo que tomó puesto con los espiritistas americanos haciendo, durante cierto tiempo, causa común con ellos... ¡Sí; la posteridad habrá de rendirla, pues, a H. P. B. toda la justicia que merece!"

(91) La simiesca escena de referencia es de tan perfecto realismo que parece salida de la pluma de un bien documentado naturalista. Además, tiene un dejo de sátira inconfundible al pintarnos un campamento de *los más honrados monos,* con todas las características de una de nuestras aldeas en las que los viejos charlan en círculos, como los célebres ancianos de Israel, las mujeres lo añascan todo con sus viperinas lenguas chismosas, y los jóvenes no saben qué majaderías hacer mejor para ejercitar sus fuerzas. Es más, nos asalta la idea de si semejante colonia, ya más humana que simia, desarrollándose lejos, tanto de los hombres como de los demás monos, al lado de uno de esos templos de misterio que existen y existirán siempre en la India, y bajo la directa inspección solícita de los faquires o sea de los meros servidores del templo, no son sino una de esas tribus inferiores de selección, quienes, lejos del mundanal ruido, que diríamos, de las demás especies, son preparadas ya

para entrar algún día como verdaderos seres humanos de nueva promoción, en nuevos ciclos de vida, al fin de la presente Ronda o Raza, según se enseña en Oriente.

(92) Hemos visto dos veces estas moscas luminosas y esa increíble fosforescencia del ambiente atravesando la Pampa argentina al final de la primavera. Como sobre ello ya hemos dado nuestra impresión en el libro de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur,* no insistiremos sobre el particular, pero sí en el fenómeno mismo de la fosforescencia que es, como si dijéramos, el *tercer grado* y el grado más misterioso de la luz del Sol. Sabido es hoy, en efecto, tras los descubrimientos más recientes de la Física matemática, que la luz del Astro-rey que incide sobre la tierra, es blanca absolutamente, más bien dicho, *áurea*, aunque tome tales o cuales matices. Cuando semejante luz primitiva cae sobre los objetos, sobre un prisma, por ejemplo, sufre los diversos fenómenos que se conocen con los nombres de refracción, reflexión, polarización, etc. y, desde Newton acá venimos repitiendo que la luz blanca del Sol es *descompuesta* por el prisma en los tres o en los siete colores del espectro. La expresión no es correcta, sin embargo, sino que la luz es absorbida y en cierto modo destruída y como asimilada por el cuerpo en cuestión, quien luego segrega, por decirlo así, una *nueva luz* que no es aquella sobre él caída, sino otra: la de su ya terrestre coloración respectiva. Otro tanto acaece, en fin, con la fosforescencia, fenómeno merced al cual la tonalidad vibratoria que sobre los cuerpos fosforescentes incide, es alterada en el interior de éstos, asimilada y devuelta luego en otra forma al espacio. Algo así de como el agua absorbe los rayos caloríficos de un foco, calentándose muy lentamente al transformar en latente el calórico radiante de éste recibido, y luego los devuelve al exterior con análoga lentitud.

Por todo esto no es aventurado el afirmar que, tras el fenómeno tan poco conocido de la fosforescencia, están las claves del mundo astral y del etéreo de los ocultistas.

(93) Como se ve, los compañeros de Gulab-Sing asistían a una verdadera sinfonía natural, a una escena real, en la que escuchaban toda la policromía sonora que tan justamente célebre ha hecho a Wagner con *Los murmullos de la selva* y otras cuantas escenas más de su Sigfredo. Pero los músicos de semejante orquesta no eran, no, seres humanos, ni actuaban bajo la influencia hipnótica del maravilloso takur, sino que eran los propios

maruts o “espíritus naturales del viento”, a los que tan admirables himnos tienen consagrados los Vedas.

Esta extraña e increíble manera de expresarnos no podrá menos de chocar al innato escepticismo occidental... ¡Atribuir a seres que no existen, o que no son, por lo menos, visibles, unos efectos de acústica natural perfectamente conocidos por la ciencia –se nos dirá– es el colmo de los fantaseos, hijos de la irresistible tendencia de los teósofos a ver cosas ocultas allí donde sólo hay, en verdad, realidades bien tangibles!

Nosotros, sin embargo, podemos oponer algunos reparos a semejante modo de ver las cosas. En *Isis sin Velo* (tomo 1, pág. 746) se insertan extensas referencias de Marco Polo, del coronel Jule y de otros acerca de otros fenómenos análogos del desierto del Gobbi. Conocidas son, además por la Historia, aquellas maravillosas trompas eólicas que eran uno de los más bellos ornamentos del templo de Jerusalén. En América, hacia las altiplanicies y valles de las regiones andinas de Bolivia, el Ecuador y otros lugares, tropieza el viajero con extraños lugares donde un disparo de arma de fuego, un grito, una simple palmada pueden provocar una verdadera tempestad rompiendo el equilibrio inestable de aquellas capas atmosféricas tan desigualmente afectadas por un sol tropical de un lado y por el frío de los altos lugares por otro, según nos ha referido el viajero D. César Luis de Montalbán, antes citado, y según nosotros sabemos respecto del *Valle del Silencio,* en los Andes chilenos, no lejos de la sublime *Laguna del Inca* y del *Salto del Soldado,* en la vía férrea de cremallera que va desde Mendoza (Argentina) hasta Santa Rosa de los Andes (Chile), atravesando de parte a parte la Cordillera[cxviii] por bajo del célebre Cristo de los Andes. Célebre es sobre este particular el relato que nos hace el coronel Olcott sobre el fenómeno conocido por el cañón de Barisal, en estos términos:

“El día 1º de agosto abandoné el delicioso Darjeeling para volver a las sofocantes llanuras del delta del Ganges. Como perdí un empalme con el vapor del río Beirab, tuve que detenerme en Barisal, célebre por el fenómeno conocido por el *cañón de Barisal.* Al salir, en efecto, del salón donde acababa de dar una conferencia, escuché este especial rugido o trueno, para el que nuestros sabios no han hallado todavía explicación. Ya he contado en el *Theosophist* (vol. IX, pág. 703, y XI, pág. 409) este extraño fenómeno y las tan numerosas explicaciones científicas o pseudocientíficas que sobre él se han dado, demostrando su insuficiencia. Básteme, púes, hoy el decir que semejantes *cañonazos* son perfectamente comparables en su sonoridad y género de vibraciones a las descargas de verdaderas piezas

de artillería. Como ellas, su estampido es súbito, sin sordos gruñidos precursores que sirvan como de aviso previo. En mi caso, la primera explosión se produjo tan repentinamente y fue tan fuerte, que me figuré al principio que en la aldea se había disparado, en efecto, un cañonazo a unos cientos de metros de donde yo me hallaba... A ésta sucedió otra detonación y otras más hasta el número de *siete*. Interrogando acerca de aquello, supe por primera vez en mi vida que existía el tal *cañón de Barisal*. Se han formulado toda clase de hipótesis acerca del extraño fenómeno, desde la acción de las mareas, cuando Bengala está a 65 millas más abajo, hasta la explosión de fuegos artificiales en los desposorios de las aldeas vecinas (¡!). Mas tamaño fenómeno no es, en verdad, lo que se cree ser, y la teoría que encuentro más satisfactoria es la de que el *cañón de Barisal* proviene de la acción de los elementales y que está relacionado con cierto suceso acaecido hace mucho tiempo por aquellas inmediaciones, por supuesto antes de la generación actual, pues que los más ancianos me aseguraron que así le habían conocido desde su infancia. A menudo se dejan oír explosiones durante la estación de las lluvias; otras, fuera de ella, y como en el caso mío, tras una jornada de espléndido sol, con atmósfera muy clara y con las estrellas muy brillantes para que pueda ser atribuido el fenómeno a meras descargas eléctricas. Yo advertí que habían sido las explosiones y con intervalos regulares, y como se me aseguró que era un número inusitado, mi espíritu ocultista creyó ver en ello una intención amistosa y como de saludo por parte de su inteligencia directora. No se volvieron a oír más detonaciones ni aquel día ni al otro mientras que estuve en el país. Intenté más tarde, dos o tres veces, el tener sobre el particular una conversación seria con H. P. B., pero siempre sobrevino alguna interrupción. Ella me dijo que se trataba de una prueba de los poderes de "los hijos de Fohat", Y me indico que consultase *La Doctrina Secreta;* pero sus ideas me parecieron tan vagas que di delado al asunto... Hace dos años, Francisco Darwin, hablando de estas cosas en *La Naturaleza,* pedía se le suministrasen informes acerca de tales fenómenos. Yo le envié los antiguos números del *Theosophist* en cuestión, sin que jamás tuviera respuesta. Sin duda, los artículos de nuestra heterodoxa publicación le habían horrorizado..." (*Historia auténtica de la Sociedad Teosófica,* III, 303).

Que semejantes fenómenos sean debidos a causas naturales nosotros podemos negarlo menos que nadie, ya que, según las enseñanzas de la Maestra, "nada hay de sobrenatural en la Naturaleza", pero la existencia de tales causas naturales conocidas ya por nuestra Física, en nada prejuzgan contra la imposibilidad de que aquellos sonidos, por ejemplo,

sean producidos por las entidades que los cabalistas han llamado "espíritus de la Naturaleza". Un sér, en efecto, cuya sensibilidad acústica fuera igual o superior a la nuestra, pero cuya sensibilidad retiniana fuera menor hasta el punto de no ver con los rayos llamados luminosos, sino con otras vibraciones del éter menos intensas que éstas, podría llegar a oír las notas todas producidas por una banda de música tocando en un jardín sin alcanzar a ver a los músicos que las ejecutaban, porque el problema, a bien decir, no estriba sino en la diferencia entre el criterio filosófico oriental y el occidental, pues mientras éste llama a las cosas, *cosas*, aquél considera que todas las *cosas* son *seres*, ya que en ellas existe siempre una individualización más o menos incipiente, como se ve en los animales, las plantas, los cristales, las formas bioquímicas o moleculares, y hasta las aguas, las nubes y las corriente atmosféricas[cxix], sean o no visibles para nosotros entidades semejantes.

En los pasajes de referencia, por otra parte, se advierten dos curiosos detalles ocultistas más: el del efecto mágico del menguante de la Luna y el de la acción de cierto género de música en nuestros nervios. Sobre este último extremo la Maestra nos ha dejado también un preciosísimo y espeluznante cuento titulado *El violín con alma*, que el lector puede ver reproducido en el tomo I de la revista *Sophia* (1893).

(94) Por las muestras, los faquires de la *Isla misteriosa* hacen de cada bambú de aquella zona una verdadera flauta natural que los *maruts*, o séase el viento, se encarga de tocar metiéndose por los agujeros. En cuanto a los antiquísimos libros sánscritos sobre la música, ellos han debido existir, igual que en la China, según nos dejan entrever los curiosos pasajes de P. Cesari, en su *Historia de la música antigua* que hemos transcrito en el capítulo III de nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista*, razón por la cual no tememos por qué repetirlos aquí[cxx].

(95) La idea que la Maestra desliza aquí como al descuido acerca de "los dioses encarnados en ínfimos insectos" es de enorme transcendencia ocultista, pues que tras de ella está el gran secreto de la religión egipcia y de otras muchas tenidas por idolátricas de los seres más viles, tales como el escarabajo sagrado y aquellos puerros y cebollas de los

monumentos egipcios, de las que el ignorante Juvenal se burló sin entender su profundo simbolismo.

Dentro, en efecto, de la ley matemática de la razón inversa –tantas veces aludida en nuestros trabajos– o sea de la correlación recíproca que mantienen doquiera la materia cósmica y la *inteligente* energía[cxxi], allí donde la materia ha evolucionado menos hacia la forma humana, es precisamente donde queda más inteligente energía por manifestar, es decir, por *desprenderse*, valga la palabra, del infinito e inefable Seno de la Divinidad en que antes yacía dormida. Por eso, tras el átomo físico, está el *Dios-átomo* que ocultamente le informa; y tras la planta o el animal, *los dioses, Poderes* o *energías inteligentes* que a su forma material animan y dichas realidades transcendentes descienden más y más por *involución* a medida que las formas ascienden *evolucionando*, a la manera que entre dos hombres de capital igual, es tanto más rico que el otro, aquel que menos haya gastado, o que la manera conjugada como varían los dos lados de un rectángulo variable cuya área sea constante.

(96) La escena de referencia, por dolorosa y humillante que sea, resulta de una tristísima, de una aplastante realidad. Los vulgos todos besan como el perro la mano del que les castiga, y crucifican a todo el que pretende salvarles; dan más recompensa a quien les facilita vicios, que al que le redime de crueles necesidades, y tienen siempre dispuestos sus votos en favor de los *Pirros de la tiranía,* aunque secretamente consagren su corazón a los *Orestes* que les aman y rediman. Por eso entronizan césares despóticos y sacrifican a todos sus salvadores, como la Historia enseña, cosa muy natural, después de todo, la que la inercia misma de la evolución animal, de la que, en parte no más hemos salido, aun impera con fuerza en nuestro ego inferior, inclinándonos más al temor que al amor, más al que nos atormenta que al que quiere depararnos una felicidad mayor, de la que antaño, según Platón, hemos caído al venir a este mundo.

(97) Iguales consejas médicas respecto de la luz de la Luna en la India corren en nuestra España, tanto por influencia ancestral de Oriente, cuanto por su espléndido cielo meridional tan parecido, a veces, al de la India, con los mismos “fantásticos cuadros, imposibles de ponderar con palabras ni trasladar al lienzo con colores”, con la misma intensidad de luz y con los mismos cambiantes de coloración, según que cae sobre la esteparia llanura, o sobre los verdes oasis de las palmeras andaluzas.

(98) En los parajes de referencia tenemos ya las famosas *hogueras de San Juan*, de las que tanto han hablado los autores, tales como Alexandre Bertrand en su obra sobre los druidas, y nosotros en nuestro primer tomo de la Biblioteca de las Maravillas con cargo a Asturias, dentro del tradicional y sabio panteísmo primitivo que hacía convivir santamente al hombre con la Naturaleza entera, bajo las notas de sus gaitas occidentales o *algujas* que tantas añoranzas han grabado del modo más indeleble en el pecho de los hombres, hasta el punto de llevar a algunos, por sus nostalgias, hasta el suicidio, con aires divinamente arrobadores gallegos, escoceses, bretones o mariscos, como aquel de *le ranz des vaches* que hubo que prohibir en el ejército francés para evitar deserciones irresistibles a todos los buenos campesinos que lo oían...

Sí, la música elevada es la más alta fuente de pura y salvadora *hipnosis* sugestiva, porque bajo el aluvión de las notas musicales que caen sobre nuestros nervios todos, diríase que recibimos un *baño matemático* o rítmico en el que la regularidad de las vibraciones matemático-musicales de cada nota viene así a suavizar las pasionales y revueltas irregularidades de nuestra psiquis. Por eso se ha dicho siempre de Pan, Orfeo. Pitágoras y tantos otros, que amansaban las fieras al son de las cadencias de su flauta, alguja o lira. Por eso también al ocuparnos en *Wagner, mitólogo y ocultista* (capítulo III) de la influencia de la música en las pasiones y en las enfermedades nerviosas, hemos podido aducir algunos ejemplos de esta influencia, ejemplos que se podrían multiplicar hasta lo infinito, según lo adelantados que van estando los estudios sobre la música y la psicofisiología.

Respecto de la música china antigua, el citado P. Cesari, a quien copiamos en dicho capítulo, nos da notables datos acerca de ella, en perfecta concordancia con las actuales indicaciones de la Maestra, como los demás autores que citamos al hablar de los precursores musicales de Wagner, nos dan a su vez la clave de las sublimes adivinaciones del coloso de Bayreuth en punto a la Naturaleza y el Arte en la música.

Tan cierto es el aserto que la Maestra pone en labios del takur, relativo a que la India tiene perfecto derecho a ser llamada *"la cuna de la música"*, que no hay sino decir que sus *vina, ravenastron, saringa,* etc., son los precursores efectivos, según demuestra Cesari, de nuestros modernos instrumentos de orquesta, y que desde aquellos, a través de sirios, de cruzados y de venecianos, se puede establecer una filiación directa hasta llegar a los

instrumentos del *cuarteto musical*, la más pura y celeste expresión quizá de la música intima[cxxii].

(99) "Como ya lo he indicado antes –dice Olcott (I, 72) aludiendo a la réplica de H. P. B. contra el doctor Beard acerca de los célebres fenómenos de los Eddy en Chittenden–, H. P. B. se colocó en esta réplica que tanta celebridad la dió en Norteamérica, en posición absolutamente espiritualista –lease siempre espiritista– aunque ella no sólo no creyese, sino que sabía que jamás se trataba en aquellos fenómenos, ni en otros semejantes, de los verdaderos *espíritus* de los muertos produciendo, con el auxilio de los *mediums*, toda clase de fenómenos los más sorprendentes, aún cuando en ellos parecieran mostrarse los muertos con sus propias caras, manos y hasta cuerpos. Por eso –sigue diciendo Olcott– me permito citar pasajes enteros de las cartas y artículos de H. P. B. que tienden a probarlo así... : "–Os hablo –me escribía ésta, a propósito del médium J. Sheppard que pretendía haber operado ante el propio Zar de Rusia– como amiga leal y en perfecto espiritualismo, porque querría, en verdad, salvar al espiritualismo de semejante peligro". Y más tarde, me añadía: que dicha explosión de fenómenos mediumnísticos había sido permitida por la Fraternidad Blanca como medio de evolución –es decir, para salvar a la Humanidad del pantano de escepticismo y del materialismo animal en que trataban de sumergirla las corrientes positivas de los Augusto Compte, los Moleschott y los Buchner– y no podía, por tanto, ser considerada semejante explosión como absolutamente mala, según ciertos teósofos avanzados pretendían, a menos que para aquellos Hermanos Mayores de la Humanidad rigiese también el principio de que el fin justifica a los medios, porque el *finis coronat* opus de los jesuitas no ha sido jamás escrito por dicha Fraternidad en los muros de su Templo... De aquí muchas de sus frases, tales como las de ... "yo misma convertí a mi padre al espiritualismo", "ya que a nosotros los espiritualistas se nos ridiculiza, tenemos al menos el derecho de saber por qué"; o bien aquellas otras del *Spiritual Scientist* (1879) en que ella consigna: "Esto tendería a demostrar que no obstante nuestra fe espiritualista *–espiritista–* y no obstante, también, de las lecciones de nuestros invisibles custodios –los *espíritus* de los círculos espiritistas– ciertos espiritualistas ignoran todavía qué cosa es la imparcialidad y la justicia".

"Todo esto –añade Olcott– es esforzado y magnánimo por parte de H. P. B., y, además, un rasgo bien característico de su costumbre de lanzarse siempre en lo más fuerte de la

pelea, cualquiera que fuese la causa que ella hubiese adoptado. Su amor a la libertad y a la emancipación del pensamiento la hizo alistarse bajo las banderas de Garibaldi el Libertador y lanzarse heroica en medio de la carnicería de Mentana. Viendo después que las ideas espiritualistas –espiritistas– reñían fiera lucha con la ciencia materialista, ella no vaciló un momento en tomar partido por los espiritualistas, sin que fuera parte a detenerla, el temor de contagiarse con el roce de los falsos médiums, los espíritus torcidos, y los concurrentes a ciertos antros que, bajo pretextos espiritualistas, predicaban y practicaban el amor libre y la ruptura de todos los más santos lazos sociales. Puede, pues, criticarse su política y puede mirarse su lenguaje como una adhesión formal a este espiritualismo, que tan despiadadamente iba a criticar más tarde; pero si hemos de juzgarla equitativamente, es preciso antes, que tratemos de imaginamos como colocados en condiciones análogas a las suyas; de comprender todo cuanto ella sabía en teoría y en práctica acerca de los fenómenos psíquicos, fenómenos que la Humanidad tenía precisión de conocer antes de lanzarse o no al Leteo del materialismo. Ciertamente que otra persona cualquiera habría hablado con mayor reserva, y se habría conducido más cautamente que ella para no dejar tras si semejante enredo de contradicciones; pero H. P. B. era excepcional en todo: en poder mental y psíquico, igual que temperamento, y en métodos de controversia. Uno de los objetos precisamente de este nuestro libro es el de evidenciar que, con todas sus fragilidades humanas y sus excentricidades, era una nobilísima y relevante personalidad que vino a realizar una gran obra altruista en el mundo, y a quien el mundo, en cambio, la ha recompensado con un ciego desprecio y una muy negra ingratitud.”

En cuanto a los médiums que se emplean en las experiencias espiritistas, véase cómo se expresa Olcott, de acuerdo con las doctrinas orientales enseñadas por H. P. B. Al ocuparse el Coronel de elegir un médium excelente para cumplimentar el encargo de Mr. Aksakoff –celebre profesor de San Petersburgo, encargo que trajo como resultado el viaje a Europa del doctor Slacle, quien después, a su vez, dió ocasión en Leipzig al matemático y astrónomo Zollner, para su teoría acerca de la cuarta dimensión o *dimensión astral*–, dice (I, 87): “Todo el público occidental está persuadido de que los médiums profesionales, cuyos elementos de subsistencia dependen de la facultad de mostrar en el momento deseado fenómenos psíquicos a las gentes que les pagan para ello, deben sentirse siempre tentados, en el caso de fracaso, a recurrir a todo género de supercherías en defecto de efectivas realidades mediumnísticas. Seres desdichados, casi siempre enfermos, y obligados, sin

embargo, a criar a sus hijos, o a veces sustentar a un marido enfermo o perezoso con ingresos menos que medianos, ya que, en todo caso, su estado físico depende de condiciones atmosféricas o psicofisiológicas que ellos no pueden modificar, ¿qué tiene de extraño que en tiempos de escasez o de falta de tales poderes, su sentido moral decaiga un poco? Así ellos ceden, naturalmente, a la tentación de gentes que a veces no exigen sino el ser engañadas. En todo caso, tal es, al menos, la disculpa que los mismos médiums me han dado siempre por sus escamoteos. Ellos me han contado más de una vez sus tristísimas biografías, y cómo el don fatal de la clarividencia había emponzoñado su infancia, haciéndoles víctimas de los desvíos y persecuciones de sus camaradas, objeto de escarnios y desprecios por parte de los curiosos, cuando no de curiosidad por sus extravagancias en provecho de sus padres, como en la historia trágica de la infancia de los Eddy que, contada por ellos mismos, he narrado en mi obra *People of the other World,* y desarrollándose en ellos al par los gérmenes de la histeria, la tisis y la escrófula que les amargan su vida. Nadie, en efecto, ha conocido mejor los médiums que Mr. Hardmg Britten quien me ha dicho que ella jamás ha tropezado con un médium que no mostrase tendencias hacia la tisis o el escrofulismo, y estoy seguro de que la propia observación médica revelaría en ellos siempre alteraciones o anormalidades en el aparato reproductor. En cuanto al ejercicio habitual de semejante profesión, le creo, además, muy peligroso físicamente, sin hablar de su inconveniente moral. Todos los médicos nos previenen contra los peligros de dormir en una estancia mal ventilada, en medio de gentes de diversas clases, y entre las cuales pueden estar enfermas muchas de ellas. Mas, ¿cuántos mayores riesgos no corre el pobre médium profesional obligado a aceptar la vecindad psíquica de todos aquellos que se presenten, estén o no estén enfermos física o moralmente, y a bañarse en su aura magnética, grosera, sensual, brutal e irreligiosa, tanto en pensamientos y palabras como en obras? ¡Pobres gentes; diríase que están por ello sometidas a una verdadera prostitución psíquica, y feliz mil veces aquellos que pueden desarrollar y mostrar sus dones en un círculo puro y superior, cual antaño los videntes escondidos en los templos!"

De aquí la aparente dureza con que en los párrafos de referencia, como en tantos otros de sus obras, fustiga H. P. B. a seres del tipo sensiblero y neurótico de Miss X..., gentes que, para elevarse hacia lo suprasensible, necesitan tocarlo todo con sus manos y verlo con sus ojos, y que para tener alguna ciencia, apoyan su conocimiento, no tanto en la moralidad de una conducta severa y en el propio dolor del estudio, como en los dolores y anormalidades

ajenas que aquejan a los pobres médiums, como si pudieran ser *fisiológicos* en el sentido moral, unos conocimientos así adquiridos fuera de la línea de la rectitud en la vida. Mas, como ya es tema harto tratado en diferentes partes, no ahondaremos más en esta verdadera llaga, abierta en el corazón de la Humanidad por experimentadores psiquiatras, quienes, después de haber empleado con los pobres animales el injustificable procedimiento de la vivisección, realizan así psíquicamente una verdadera vivisección humana que grava considerablemente su karma personal en vidas futuras, cuando no en esta vida, como la experiencia más triste nos ha demostrado a nosotros, con muchos, cuando no todos los que de esta clase de estudios hemos conocido en nuestra vida social, y a quienes hemos visto acabar como no quisiéramos.

En cuanto al ciclo, en fin, de que nos hablan los últimos párrafos del capítulo que comentamos, ellos plantean el difícil problema del retorno abstruso en el que los escritores teosóficos no han llegado todavía a conclusiones precisas, ni podría tampoco acontecer, dada la multiplicidad complejísima de los factores físicos, intelectuales y morales que a aquel integran.

XII

JUBBLEPORE

Saliendo de Malva y de Indore, en el territorio casi independiente de Holkar, nos encontramos de nuevo en territorio británico y nos encaminamos a Jubblepore.

Esta ciudad se halla situada en distrito de Saugor y de Nerbudda y antiguamente perteneció a los maharattis, pero, en 1817 el ejército Inglés se apoderó de ella. Sólo paramos breves momentos en la ciudad merced al anhelo que teníamos por ver la *Marble-Rocks,* o Rocas de Mármol. Para no perder en ello un día entero, alquilamos un bote y partimos a las dos de la madrugada, lo cual nos proporcionó la doble ventaja de evitar el calor y de disfrutar del panorama de un pequeño trozo del río 10 millas de la ciudad.

Los alrededores de Jubblepore son sencillamente encantadores. En ellos el geólogo puede encontrar el más rico Campo para sus investigaciones. La formación aquella ofrece, en efecto, la variedad más infinita de rocas graníticas, y cien Cuvieres podrían pasarse su vida estudiando aquellas montañas. Las cuevas calcáreas de Jubblepore son un verdadero oasis de la India antediluviana y están lleno de restos esqueléticos de monstruosos animales, para siempre desaparecidos. (100)

Las Marble-Rocks se encuentran a considerable distancia de las demás cordilleras y perfectamente desligadas de ellas, constituyendo un maravilloso fenómeno natural, no muy raro, sin embargo, en la India. En las dilatadas riberas del Nerbudda, cubierto por espesa vegetación, muéstranse de repente una larga hilera de blancas rocas de la forma más extraña. Diríase que han surgido allí, sin razón aparente, cual una granulación en la lisa faz de la llanura aquella. Blancas y puras, yacen amontonadas sin plan preconcebido, cual enorme pisa-papeles sobre la mesa de un titán. Las teníamos ya en el horizonte a menos de la mitad de nuestro camino desde la ciudad, apareciendo y desapareciendo a cada vuelta de dote, desdibujándose a veces en la naciente niebla de la mañana, cual un distante y falaz espejismo del desierto. Después las perdimos de vista por completo, pero, momentos antes de la salida del sol, se destacaron de nuevo, flotando su imagen por encima de las aguas.

Cual si resurgiesen por mágico conjuro brujesco, aparecían tras la verde orilla del Nerbudda reflejando su virginal belleza en la tranquila corriente de las aguas perezosas, prometiéndonos fresco y grato refugio... En cuanto al encanto de aquellas frescas horas de la salida del sol, él sólo puede ser apreciado por quienes hayan vivido y viajado por este tórrido país. Mas, ¡ay!, que bien poco hubimos de disfrutar, pese a nuestras precauciones y a nuestro madrugar, de tan deliciosa temperatura. Era nuestro prosaico propósito el tomar el té al fresco de aquéllos alrededores; pero así que desembarcamos, el sol surgió en toda su plenitud, y empezó a disparar sus ígneos dardos sobre nuestras cabezas infelices, dardos que nos perseguían aquí y allá, doquiera nos refugiáramos, hasta desalojarnos de la sombra de una enorme roca que volaba sobre la orilla, sin que hallar pudiéramos amparo contra ellos. Aquellas maravillas marmóreas, blancas como el ampo de la nieve, tomaron un tinte dorado y rojizo que vertía chispas de fuego sobre el río y, caldeando la arena, nos dejaba casi ciegos.

Razón tiene, sin duda, la leyenda de que aquellos lugares son la morada y hasta la encarnación misma de la diosa Kâlî, la más feroz de cuantas cuenta el Panteón hindú. Durante dilatados *yugas* o épocas, la diosa ha luchado desesperadamente contra Shiva, su esposo legítimo, quien en forma de Trikûtishvara, o *lingham* de tres cabezas, reclamaba como de su propiedad, por artes reprobadas, aquellas rocas y aguas sobre las que Kâlî preside. Semejante lucha es la causa de que la gente de las cercanías oiga de vez en cuando salir de tales sitios espantosos gemidos, cada vez que la mano cruel de un irresponsable *coolie* u obrero, trabajando bajo las órdenes del Gobierno, arranca una piedra del blanco seno de la diosa. El infeliz cantero oye el agudo grito, y su corazón se llena de vapor, porque presiente el espantoso castigo que le espera por parte de la sanguinaria diosa, y teme por otro lado, el que habrá de recibir del exigente capataz en el caso de que trate de eludir sus órdenes.

Kâlî es la plena dueña de las *Marble-Rocks*, pero es asimismo la protectora de los *ex-thugs*. Mil solitarios viajeros hánse estremecido de horror ante el solo nombre de estas últimas gentes, recordando los infinitos sacrificios sin derramamiento de sangre, que han sido ofrecidos en los altares de mármol de la diosa. El país, en efecto, está lleno de terribles historias referentes a las hazañas de los thugs. Son ellos demasiado recientes y están aún muy presentes en el recuerdo popular, para que hayan sido transformadas en meras leyendas fantásticas. La mayor parte, pues, de estos relatos son pura verdad, y algunos

hasta se hallan comprobados por documentos oficiales de los Tribunales de justicia y de Comisiones investigadoras.

Aunque llegue alguna vez Inglaterra a dejar de ejercer dominio sobre la India, la completa extinción del *thuguismo* será una de las gloriosas memorias suyas que subsistan en el país. Conviene saber, respecto de este asunto, que bajo dicha denominación se practicó en la India, durante más de dos siglos el más artero y feroz de los sistemas homicidas, sin que, hasta 1840, se descubriese que su objeto no era sino el del bandidaje y el robo. La simbólica evocación de la diosa Kâlî no era sino el pretexto, de lo contrario, no habría contado tantos musulmanes entre sus secuaces. Cuando, al fin, fue descubierta la criminal asociación y llevados ante la justicia sus secuaces, vióse que la mayor parte de estos *caballeros del rûmal* –que tal era el nombre dado al lienzo con el que los malvados realizaban la estrangulación de sus víctimas– resultaron ser musulmanes. Los jefes más conspicuos de la partida tampoco eran hindúes, sino hijos del Profeta, el célebre Ahmed, por ejemplo. De los 37 thugs que fueron apresados, 22 nada menos eran musulmanes, lo cual prueba que tal culto sangriento no tenía relación con las divinidades hindúes, sino que ello era un modo de disfrazar el bandidaje tan sólo.

Es cierto que la iniciación final del *thung* era un rito que se practicaba siempre en alguna selva desierta ante un ídolo de Bhâvânî o de Kâlî, orlado por un collar de claveras, y antes de esta iniciación, los candidatos habían de someterse a un curso de noviciado o aprendizaje, cuya parte más difícil era la de adiestrarse en el procedimiento de lanzar el *rumâl* al cuello de la incauta víctima y estrangularla de manera que su muerte fuese casi instantánea. La iniciación, luego, ante a diosa consistía en ciertos simbolismos, generalmente adoptados por la francmasonería, tales como la daga desenvainada, la calavera y el cadáver de Irma–Abif o "el hijo de la viuda", resucitado después por el Gran Maestre de la logia. Kâlî, pues, no era sino el pretexto para dar relieve a la escena iniciática, y la francmasonería y el thuguismo venían a tener ciertos puntos de semejanza tan sólo en cuanto a las ceremonias iniciáticas. Los individuos de entre ambas Sociedades podrían reconocerse entre sí mediante ciertos signos: el santo y seña y un lenguaje especial que ningún profano podía comprender y a la manera como las logias masónicas admiten en su seno a cristianos y ateos, los *thugs* admitían, sin distinción también, a los bandidos de cualquier nación, sabiéndose que entre ellos había algunos ingleses y portugueses. La única diferencia, pues, entre las dos Sociedades, era que la de los *thugs* resultaba, sin disputa, una

organización criminal, mientras que los francmasones de nuestros días no hacen daño a nadie, excepto a sus bolsillos. (101)

¡Mísera Bhâvânî! ¡Shiva infeliz! ¿Por qué desdichada interpretación, nacida de la estulticia popular, vuestros simbolismos tan poéticos, tan profundamente filosóficos y tan llenos de conocimiento de las leyes naturales, han caído en semejante abismo? La significación primitiva de Shiva es la del "dios feliz", después de la de "las fuerzas de la Naturaleza que todo lo destruyen y todo lo regeneran". La Trinidad hindú, en efecto, no es, entre otras cosas, sino una representación alegórica de los tres elementos principales: *de fuego, tierra* y *agua,* o *Brama, Vishnú* y *Shiva,* representando el ciclo de la creación, la conservación y la destrucción de las cosas todas. Shiva es, sin embargo, el dios del fuego, más bien que Brama o Vishnú, porque al destruir, quema y lo purifica todo, creando luego formas nuevas, llenas de nueva vida, de las propias cenizas. Shiva-Sankarin es el destructor, o más bien el dispersador; Shiva-Rakshaka es, a su vez, el conservador y el regenerador. Por eso se le representa al dios con fuego en la palma de su mano izquierda, mientras que en la derecha ostenta la vara de la muerte y la resurrección, y sus adoradores llevan en la frente su signo distinto trazado en ella con ceniza húmeda, a la que se la llama "substancia" o *vibhûti*, y que consiste en tres líneas horizontales paralelas entre ceja y ceja. El color del cutis de Shiva es amarillo-rosado, cambiando gradualmente hasta llegar al rojo vivo; tiene cabeza, brazos y cuello cubierto de serpientes, emblema de la eternidad y de la continua regeneración de las cosas, porque "así como la serpiente se desprende de la vieja camisa de su piel, para mostrarse con otra piel nueva, así el hombre, tras la muerte, resurge en un cuerpo más joven y puro", que dicen los *Purânas*.

A su vez, Kâlî, la esposa de Shiva, es la alegoría de la muerte fecundada por los rayos del sol. Los más instruidos de sus adoradores, creen, sí, que su diosa se dice que se complace en sacrificios humanos en el sentido de que a la tierra le es grata la descomposición orgánica que la fertiliza y la da medios para producir, con los restos de los seres muertos, nuevas fuerzas para nuevas vidas. Por eso cuando los *shivaítas* queman a sus muertos, cuidan siempre de poner un ídolo de Shiva a la cabecera del cadáver, sin perjuicio de lo cual, al comenzar a esparcir sus cenizas devolviéndolas a los elementos, invocan a Bhâvânî, para que la diosa reciba en su seno aquellos restos purificados, y desarrolle con ellos nuevos gérmenes de vida. Mas, ¿qué verdad, por excelsa que sea, podrá resistir el brutal contacto de la ignorancia supersticiosa?

Los asesinos thugs se apropiaron este gran emblema filosófico y habiendo aprendido, en su barbarie, que la diosa gustaba de los sacrificios humanos, aunque detesta los derramamientos inútiles de sangre, resolvieron seria gratos, reuniendo macabramente entrambos requisitos, es a saber: matando, y no manchándose nunca las manos con sangre de sus víctimas: de aquí la Orden de Caballería del *rumâl,* o del pañuelo. (102)

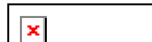
Cierto día visitamos a un ex-thug de edad provecta, que habiendo sido deportado a las islas de Andaman, merced a su arrepentimiento y a ciertos servicios que había prestado al Gobierno, fué indultado después. Restituido así a su aldea natal, se estableció allí ganándose la vida con trenzar cordeles, profesión que los *sabrosos* recuerdos de su juventud le sugirieran acaso. El hombre nos inició en los misterios del *thuguismo* teórico, y después llevó su hospitalidad hasta ofrecerse a mostrarnos gustoso la parte práctica, si estábamos, dispuestos a pagarle un carnero, con el que nos mostraría cuán fácil era el enviar a un ser viviente *ad patres*, o sea al otro mundo, en menos de tres segundos. Toda la tecla consistía en algunos hábiles y rápidos movimientos de las articulaciones de los dedos de la mano derecha.

Renunciamos, por supuesto, a comprar el carnero para que este viejo bandido mostrase su habilidad, pero sí le dimos algún dinero, y él, para acreditar su gratitud, trató de darnos todas las sensaciones preliminares del *rumâl,* ensayando sobre cualquier cuello inglés o americano que a ello se prestase, aunque omitiendo, naturalmente, el movimiento final después. El reconocimiento de arrepentido criminal se mostró, hablándonos con gran volubilidad, de sus gentes.

La lechuza es sagrada para *Kâli Bhavânâ*; y tan pronto como una partida de thugs que acechaba a sus víctimas escuchaba el extraño grito de lechuza convenido, todos los viajeros, aunque fuesen más de veinte, tenían un thug a su espalda. Un segundo más, y el rumâl caía sobre el cuello de la víctima, guiado y manejado por los diestros dedos del thug que sostenían los extremos del *sagrado* pañuelo. Un segundo más, y las articulaciones de los dedos de aquél ejecutaban un *artístico* movimiento de torsión oprimiendo la garganta, boda que la víctima caía sin vida. A todo esto, ni un grito, ni el menor ruido. Los thugs operaban con la rapidez del rayo, y el estrangulado era llevado al punto a la fosa preparada de antemano en alguna espesa selva, generalmente bajo el lecho desecado de algún arroyo o riachuelo, desapareciendo así basta el rastro de la víctima. ¿A quién podía ella interesarle sino a su familia e íntimos? Treinta años hace (1879) las pesquisas eran imposibles o, al

menos, dificilísimas, puesto que no existía red ferroviaria ni aun sistema regular de gobierno. Además, el país estaba infestado de tigres, cuyo destino es el de ser responsables de los crímenes de los demás amén de los suyos, y cuando desaparecía cualquier musulmán o hindú, la inevitable respuesta era: ¡Le devoraron los tigres!

Poseían los thugs una organización maravillosa. Cómplices adiestrados suyos recorrían toda la India, deteniéndose en los *bazares* u hospederías, esos verdaderos clubs de las naciones del Oriente. En ellos recogían informes, atemorizaban a los viajeros con historietas acerca de los thugs, aconsejándoles siempre que se uniesen a esta o la otra caravana de viajeros, los cuales, por supuesto, eran thugs disfrazados de ricos comerciantes o peregrinos. Engañando a sí a los infelices, avisaban a sus compañeros de fechorías, recibiendo de ellos su parte en los beneficios. Durante largos años estas bandas invisibles, esparcidas por todo el país y que operaban por grupos de diez a sesenta hombres, gozaban de una libertad omnímoda, mas se les descubrió al fin. Las pesquisas practicadas evidenciaron horribles y repulsivos secretos. Ricos banqueros; brahmanes en activo servicio; rajás en el borde de la ruina y hasta algunos empleados ingleses comparecieron ante la justicia acusados de *thuguismo*. Por ello la acción de la *East India Company* bien merece la gratitud popular que se la profesa. (103)



A nuestro regreso de las Marble *Rocks* visitamos a *Muddhun Mahal*, otra curiosidad bien misteriosa. Se trata de una especie de casa construida sobre enhiesta roca, no se sabe por quién ni con qué objeto. La piedra sobre la que dicha casa se asienta es de la misma especie que la de los *cromlechs* de los Druidas célticos, y puede moverse u oscilar bajo el menor impulso con la casa misma que tiene encima y con cuanta gente sienta la curiosidad de examinar el interior de ésta. No hay para qué añadir que nosotros experimentamos semejante curiosidad, y que nuestras narices no sufrieron deterioro gracias al takur y al babú Narayán que cuidaron de nosotros como de unos niños. (104)

Asombrosos son, en verdad, los naturales de la India. Por inestable que una cosa sea, seguramente son capaces de andar y de sentarse sobre ella con la mayor comodidad. No experimentan la menor molestia, por ejemplo, con permanecer sentados horas y horas

sobre la punta de un poste un poco más grueso que el de los alambres del telégrafo. Encuéntranse asimismo muy seguros cuando se agarran con los dedos de los pies a una delgada rama con los cuerpos en el aire, cual si fuesen pesados cuervos posados en aquellos alambres.

¡Salam, Sabih!–dije yo a un anciano hindú de baja casta que, desnudo por completo, aparecía sentado en la forma antes descrita–. ¿Está Usted cómodo en semejante asiento y no teme usted caerse?

–¿Por qué he caerme, si no respiro, *man sahib*? –respondió con el mayor aplomo, al par que expectoraba un como chorro rojo, inevitable resultado de las hojas de betel que estaba masticando.

–¿Qué es lo que dice usted, compadre? ¿Puede, acaso, un hombre permanecer sin respirar? –exclamé asombradísima ante tan sorprendente Aserto.

–¡Vaya si se puede! Ahora mismo no respiro y, por consiguiente, estoy bien seguro aquí. Sin embargo, pronto tendré que volver a llenar los pulmones de aire fresco y entonces sí que me tendré que agarrar al poste porque, de lo contrario, me caería.

Después de tan asombrosa enseñanza científica, continuamos nuestro camino, pues el buen compadre no parecía dispuesto a más conversación, temeroso, sin duda, de comprometer su comodidad, tan a poca costa conseguida. Por el momento no recibimos más explicaciones sobre el particular, pero semejante incidente nos extrañó bastante, perturbando la científica ecuanimidad de nuestras mentes europeas.

Hasta entonces, en efecto, habíamos sido tan ingenuos, que creíamos que sólo los esturiones y otros acróbatas acuáticos semejantes, eran lo bastante hábiles para llenarse de aire con objeto de hacerse más ligeros y poder así elevarse a la superficie del agua. –Lo que es posible para un esturión es imposible para un hombre, pensábamos en nuestra ignorancia, y optamos por considerar la estupenda revelación del buen hombre como mera fanfarronada para burlarse de nosotros *los sahibs blancos*. Éramos todavía por aquel entonces harto inexpertos y nos resistíamos a tomar en serio semejantes informaciones, que parecían cosas de burla. Más adelante, sin embargo, supimos que la fórmula dada por el viejo para poder conservar su postura de pájaro, era perfectamente exacta.

Aún vimos en Jubblepore maravillas más grandes.

Paseando por las orillas del río llegamos a la Avenida de los Faquires, y el takur nos invitó a visitar el patio de la pagoda. El patio es un lugar sagrado donde se prohíbe la entrada de musulmanes y de europeos, pero Gulab-Sing había dicho no sé qué al brahmán principal, y pasamos sin ningún inconveniente.

El patio de la pagoda estaba lleno de devotos y de ascetas, pero lo que más llamó nuestra atención fueron tres viejos faquires completamente desnudos. Más arrugados sus cuerpos que manzanas asadas en el horno y tan delgados como si meros esqueletos fuesen con sus cabezas llenas de enmarañados mechones de canas, yacían sentados, o más bien descansaban, en posturas inverosímiles e imposibles a nuestro juicio. Uno de ellos estaba literalmente apoyado tan sólo sobre la palma de la mano derecha, cabeza abajo y en perfecto equilibrio, con los pies por alto y con todo su cuerpo tan inmovilizado cual una seca rama de árbol. La cabeza del faquir casi tocaba al suelo y tenía fijos los ojos en el sol deslumbrador. Garantizar no puedo la aseveración de algunos charlatanes de la ciudad incorporados a nuestra comitiva, quienes aseguraban que aquel faquir se pasaba en semejante postura todas las horas que van desde el mediodía hasta la puesta del sol, pero sí me es dable certificar que ni un solo músculo de su cuerpo se movió durante la hora y veinte minutos que permanecimos con los faquires.

Otro faquir se encontraba de pie sobre una "piedra sagrada de Shiva", pequeño cipo de cinco pulgadas de diámetro. Una de sus piernas la tenía doblada hacia arriba y el resto del cuerpo echado hacia atrás en forma de arco; las manos en actitud de orar, y los ojos fijos también en el sol. Diríase que estaba pegado a la piedra, sin que nosotros alcanzásemos a concebir de qué medios se valía para conservar equilibrio semejante.

Finalmente, el tercero de estos prodigiosos faquires estaba sentado sobre sus cruzadas piernas, sin que fuera dable averiguar el modo como permanecía así sentado sobre una piedra o lingam de la altura de un guardacantón y poco más ancha que la otra "piedra de Shiva" con sus cinco o siete pulgadas de diámetro. Los brazos del faquir se cruzaban detrás de su espalda, y las uñas parecían haber echado raíces, clavadas en las carnes de sus hombros.

–Este faquir jamás cambia de postura –dijo uno de nuestros compañeros–, por lo menos así está impasible desde hace siete años.

El alimento usual de este último faquir era la leche, que se le traía una vez cada cuarenta y ocho horas y que le era vertida en la garganta mediante una caña de bambú. Todos los ascetas tienen para estos menesteres criados propicios, futuros faquires a su vez, cuyo deber consiste en cuidarlos; y así, los discípulos de semejante momia viviente, le quitan del pedestal, le bañan en la piscina sagrada y le vuelven a poner en su sitio, porque sus miembros anquilosados son incapaces ya de todo movimiento.

–¿Y qué ocurriría –pregunté– si empujase a uno de estos faquires? El más leve toque bastaría para derribarlo, sin duda.

–Puede usted probar –replicó, sonriente, el takur–; pero sepa que en semejante estado de trance religioso es más fácil despedazar a un faquir que arrancarle de su emplazamiento.

El tocar tan sólo a un asceta en el estado de trance es un sacrilegio a los ojos de todo hindú; pero el takur, sin duda, sabía que, bajo ciertas circunstancias, pueden contravenirse todos los preceptos brahmánicos. Así que, habló un momento aparte con el brahmán principal, más negro que una nube de tormenta, que nos guiaba, y tan luego como terminó su conversación, Gulab-Sing nos manifestó que aun cuando ninguno de nosotros estaba autorizado para tocar a ningún faquir, él había obtenido permiso para ello e iba a mostrarnos algo todavía más asombroso.

En efecto, se aproximó al faquir que estaba sobre la piedra pequeña, y cogiéndolo cuidadosamente por los omoplatos, que sobresaltan de su espalda, le levantó y le puso en el suelo. El asceta, no obstante, permaneció en actitud tan estatuaria como antes. Después Gulab-Sing cogió la piedra y nos la mostró, rogándonos, sin embargo, que no la tocásemos, por miedo a que se irritase la muchedumbre. La piedra era redonda, aplanada y de lisa superficie. Cuando se ponía en el suelo oscilaba al menor contacto.

–Como ustedes pueden apreciar–continuó–, este pedestal es harto inestable y, sin embargo, bajo el peso del faquir resulta tan fijo cual si se hallase hincado en el suelo.

Así que luego se tornó a poner al faquir sobre su basamento, hombre y piedra recobraron su anterior aspecto, cual si entrambos constituyeran una sola cosa fuertemente adherida al pavimento, y sin que, durante la operación, se hubiese alterado ni una sola línea del cuerpo del faquir. A juzgar por las apariencias, no parecía sino que aquel su encorvado tronco y aquella cabeza echada hacia atrás, iban a hacerte caer al punto; pero no sucedió así, y era evidente que con semejante ser la ley de la gravedad no regía ya.

Los hechos anteriormente descritos son ciertos en absoluto, sin que ello quiera decir que yo abrigue la pretensión de explicármelos. Ya en las puertas de la pagoda, volvimos a calzarnos nuestros zapatos y abandonamos aquel Sanctasanctórum de los seculares misterios hindúes más perplejos que nunca. Nos incorporamos a Narayán, al babú y al muljí, que nos esperaban en la Avenida de los Faquires, porque el brahmán principal no les había permitido la entrada en la pagoda. Ellos tres hacía tiempo, en verdad, que se habían libertado de todo prejuicio de raza y despreciaba los férreos convencionalismos de ésta al comer y beber en nuestra compañía, razón por la cual sus compatriotas les consideraban excomulgados despreciándolos mucho más que a los propios europeos. Su mera presencia en la pagoda les habría contagiado a ellos para siempre, mientras que la contaminación producida por nosotros era meramente transitoria y se desvanecería con sólo el humo del excremento quemado de la vaca, incienso usual de purificación brahmánica, cual se depura la turbia gota de agua al ser evaporada por el divino rayo del sol. (105)

La India es el país de lo anticonvencional, lo inesperado y lo extraño. Todos los rasgos característicos de su vida llevan un sello de originalidad contrario a cuanto puede sospecharse. El movimiento de cabeza de un lado a otro en todo el mundo significa *no*, pero en la India no es sino un *si*, el más enfático. Si a un hindú se le pregunta cómo está su mujer o cuántos hijos tiene, o si tiene hermanos, se sentirá ofendido aunque se trate de un amigo íntimo, de cada diez casos en nueve. A un invitado no se le ocurrirá jamás el dejar la casa del convite mientras su dueño no señale hacia la puerta, después de haber rociado con agua de rosas a su huésped. Antes se quedaría éste allí sin comer nada ni hacer nada en todo el día, para no ofender a su anfitrión marchándose sin su previa venia. Todo pugna en la India con nuestros prejuicios occidentales. Y si los hindúes son extraños y originales, su religión lo es más todavía. Tiene ella sus puntos obscuros, y los ritos de muchas de sus sectas son hasta repulsivos. Los mismos brahmanes verdad, están bien lejos de ser perfectos; mas, a pesar de estas menudencias, posee la religión hindú algo tan profunda y misteriosamente irresistible que atrae y subyuga hasta los tan pocos fantaseadores ingleses.

El siguiente sucedido es un curioso ejemplo de la fascinación a que aludimos:

N. C. Paul, G. B. M. C. escribió un folleto científico tan corto como interesante. Aunque dicho autor era un obscuro médico militar en Benarés, su nombre era muy conocido entre sus compatriotas como un sabio especialista en Fisiología. El folleto en cuestión se titulaba "Tratado de Filosofía Yoga", y produjo enorme sensación entre los médicos de la India,

amén de una animada polémica entre los periodistas angloindos y los indígenas. El Dr. Paul se había pasado, en efecto, treinta y cinco años estudiando los hechos extraordinarios del *yoguismo*, cuya existencia estaba para él fuera de dudas. No sólo trataba de tales fenómenos, sino que explicaba hasta los más extraordinarios, tales como la *levitación* o levantado en alto, como aparentemente contrarios a las propias leyes naturales. Con tanta sinceridad como despecho, el Dr. Paul añadía que nunca había podido aprender nada respecto de la *Raja-Yoga*. Su experiencia profesional estaba casi exclusivamente limitada a aquellos hechos o fenómenos que los faquires y los *hatha-yoguis* consentían realizar a su presencia. Gracias principalmente a la gran amistad que mantenía con el capitán Seymour, pudo penetrar en algunos misterios que hasta entonces se habían considerado como inabordables.

La historia de estotro caballero inglés era de lo más peregrino e increíble, y había producido hace unos veinticinco años un escándalo sin precedentes en los fastos del ejército inglés en la India. Érase, en efecto, el capitán Seymour un oficial rico e instruidísimo, que aceptó de plano la creencia brahmánica y se hizo yogui. Túvosele, naturalmente, por loco, y fué enviado a Inglaterra bajo partida de registro; pero Seymour se escapó y tornó a la India vestido de *sannyâsi*. Le volvieron a atrapar y le encerraron en un manicomio de Londres. Tres días después de su confinamiento en la casa de salud, y pese a cerrojos y a guardianes, desapareció del establecimiento, y meses después sus amigos le vieron en Benarés y el Gobernador general recibió una carta suya desde los Himalayas en la que insistía estar en su sano juicio, a pesar de lo que con él se había hecho. Seguía aconsejando al Gobernador que no se mezclase en asuntos que eran del libre albedrío de cada cual, y le aseguraba, en fin, su firme resolución de no volver jamás al seno de la sociedad que se dice civilizada.

–Soy yogui– escribía–, y, antes de morir, espero alcanzar el ser *Raja-yogui*, único propósito de vida.

Después de esta carta, dejóse en paz a Seymour, y no volvió a verle ningún europeo, excepto el Dr. Paul, quien, según se ha dicho, estuvo en constante correspondencia con él y hasta fué a verle dos veces en el Himâlaya, so pretexto de excursiones de Botánica.

Se me dijo también que el folleto en cuestión M Dr. Paul había sido mandado quemar por ser “en desprestigio de la Fisiología y la Patología”, así que eran rarísimos los ejemplares

de esta obra cuando yo fui a la India. De los pocos que se conservan, uno está en la biblioteca del Mahârâja de Benarés y otro me la regaló nuestro takur. (106)

Comimos aquella tarde en la fonda de la estación. Allí causó nuestra llegada una impresión enorme. Ocupábamos por completo una de las cabeceras de la mesa redonda, en cuyos restantes asientos comían también muchos pasajeros de primera clase que nos miraban sin disimular su asombro. ¡Europeos alternando mano a mano con hindúes! ¡Hindúes que condescendían en comer con europeos! Espectáculo sorprendente era aqueste, y los cuchicheos acababan por ser exclamaciones en alta voz. Dos oficiales que conocían al takur le llevaron aparte, y después de estrechar su mano iniciaron con él una conversación muy animada, cual si discutieran algún asunto, aunque después supimos que trataban tan sólo de satisfacer su curiosidad respecto de nosotros.

Nos enterarnos también aquí de que éramos objeto de vigilancia policíaca, realizada por ciertos individuos de traje blanco, tez fresca y largos bigotes. Era el tal un agente de policía secreta que nos había seguido desde Bombay. Al saber noticia tan satisfactoria, el Coronel se echó a reír a carcajadas, lo cual sólo sirvió para ser considerados más sospechosos aún por los angloindos que digna y tranquilamente saboreaban su comida. A mí me produjo muy desagradable impresión la noticia, y confieso que ansiaba por momentos que terminase la comida. (107)

El tren para Allahabad salía a las ocho, y teníamos que hacer noche en él. Al efecto, habíamos mandado reservar diez asientos en un departamento de primera clase, evitando así el tener que viajar con gente extraña. Había, no obstante, razones para pensar que no me sería posible el dormir aquella noche, e hice provisión de velas para mi lámpara de mano. Arrellanada, pues, en mi cojín, empecé a leer el interesantísimo folleto del Dr. Paul.

El Dr. Paul, entre otras cosas muy notables, explicaba minuciosa y sabiamente el misterio de la suspensión, de la respiración y otros varios fenómenos realizados por los yoguis y que a primera vista se deputarían imposibles.

He aquí, en pocas palabras, la teoría del Dr. Paul. Los yoguis han sorprendido el secreto del camaleón cuando puede, a voluntad, tomar aspecto ora como de plenitud, ora como de delgadez, ya que dicho animal parece enorme cuando tiene los pulmones llenos de aire, mientras que en su estado normal parece una espátula de puro delgado. Por análogo procedimiento muchos otros reptiles logran atravesar a nado y con toda facilidad los ríos.

El aire que almacenan en sus pulmones, después de haber oxigenado completamente su sangre, les permite viva agilidad, tanto en el agua como en la tierra. La facultad de almacenar una considerable provisión de aire es rasgo característico de cuantos animales experimentan el fenómeno fisiológico que se llama hibernación o letargo invernal.

Pues bien, los yoguis hindúes, decimos, han estudiado semejante aptitud de aquellos animales, perfeccionándola y desarrollándola en sí mismos. Los medios, al efecto, por ellos denominados *Bhastrika Kumbhaka*, son los siguientes: Primeramente el yogui se aísla en una cueva o subterráneo donde la atmósfera es más uniforme y más húmeda que en la superficie de la tierra, lo cual, por de pronto, le produce una disminución considerable del apetito. El apetito del hombre, en efecto, es proporcional a la cantidad de ácido carbónico exhalado por la respiración. Los yoguis suprimen la sal y viven sólo de leche que toman por la noche. Muévense además con cuanta lentitud les es dable para disminuir la intensidad respiratoria, porque el movimiento aumenta la producción y exhalación del ácido carbónico, razón por la cual el procedimiento yogui, como va dicho, prescribe el evitar el movimiento. El hablar rápidamente y en voz alta es sabido también que aumenta el ácido carbónico, merced a lo cual se enseña a los yoguis el hablar en voz baja y lentamente, llegando hasta aconsejárseles que hagan voto de silencio. El trabajo físico, por otra parte, es propicio al aumento del ácido carbónico, y el mental a su disminución, y por ello el yogui se pasa la vida de un modo contemplativo y con profundas meditaciones. *Padmâsana* y *Siddhâsana* son los dos métodos por los cuales se les enseña a respirar lo menos posible.

Suka–Devi, el célebre operador de prodigios de la segunda centuria antes de Cristo, dice a este propósito. –Colóquese el pie izquierdo sobre el muslo derecho y el pie derecho sobre el muslo izquierdo; estírense el cuello y la espalda, apóyense las palmas de las manos sobre las rodillas; ciérrese la boca, y exhálese fuertemente el aire por las fosas nasales. Después inhálese y expírese rápidamente hasta sentirse fatigado. Luego aspírese por la fosa nasal derecha, llenando la región abdominal con el aire así aspirado. Conténgase entonces el aliento y fíjese la vista en la punta de la nariz. Expírese más tarde por la fosa nasal izquierda; aspírese por la misma fosa; conténgase, en fin, la respiración, continuando así sucesivamente.

Cuando un yogui, a fuerza de práctica, logra mantenerse en la forma indicada durante tres horas, y vivir con una ración de alimento proporcional al estado de la circulación y

respiración así reducida, sin tropezar con inconvenientes serios, se procede, dice el Dr. Paul, a la práctica de la *Prânâyâma,* o sea al cuarto grado de la *Yoga*.

La *Prânâyâma,* a su vez, consta de tres partes. La primera, excita la secreción del sudor, en la segunda, las facciones experimentan movimientos convulsivos, y la tercera, da al yogui una sensación de extraordinaria ligereza física.

Después de esto el yogui practica la *Pratyâhâra,* que es una especie de letargia voluntaria o estado de trance, caracterizada por la absoluta suspensión de todos los sentidos. Seguidamente viene la *Dhâranâ,* que, no sólo detiene la actividad física de los sentidos, sino que logra sumergir a las facultades mentales en el sopor más profundo. Semejante período, que determina en el yogui enormes sufrimientos, requiere gran resolución y firmeza, pero mediante él se alcanza la *Dhyâna* o estado del más perfecto, gozoso e indescriptible éxtasis. Según las descripciones de los yoguis, cuando se alcanza este estado se flota en el seno del océano de eterna e inefable luz, denominado *Akâsha* o *Ananta Jyoti*, por ellos llamada "Alma del Universo". En tal estado de *Dhyâna* el yogui es clarividente, y semejante grado yogui es el mismo de *Tûrîya Avastha* de los vedantinos, en cuya doctrina están incluídos los *Raja–yoguis*.

"*Samâdhi* es el último y más perfecto estado de voluntario trance –dice el Dr. Paul–. En semejante estado, el yogui, ni más ni menos que el murciélago, el topo, el puerco–espín, el lirón, la marmota, etc., adquieren la facultad de no necesitar por entonces de más aire y de privarse de todo alimento y bebida. De esta *Samâdhi* o hibernación humana se han dado tres casos en los últimos veinticinco años: el 1.º,en Calcuta; el 2.º, en Jesselmere, y el 3.º, en el Punjab. Yo mismo fuí testigo del primero. Los yoguis de Jesselmere, Calcuta y Punjab, tenían todo el aspecto de verdaderos cadáveres, con las lenguas vueltas hacia dentro, y no poco hubo de preocupar a los sabios de Europa aquel faquir del Punjab, observado por el Dr. Mac Gregor, quien, deteniendo la respiración, como va dicho, vivió cuarenta días sin alimento ni bebida. Caso análogo fué el del brahmán de Madrás, quien, basándose en la *Laghimâ* y *Garimâ,* o sea, disminución del peso específico del cuerpo aspirando grandes cantidades de aire por un procedimiento de yoga, pudo llegar a flotar en el aire, sin apoyo alguno.

Todos estos fenómenos, sin embargo, son meros fenómenos físicos producidos por los *Hatha–yoguis*, y todos ellos deberían ser investigados por la ciencia física, aunque sean

infinitamente menos interesantes que aquellos otros que caen ya bajo el dominio de la Psicología. El Dr. Paul casi nada nos dice sobre este último extremo. Durante los treinta y cinco años que ejerció su profesión en la India, solamente conoció a tres *raja-yoguis*, quienes, no obstante la amistad que profesaban al doctor inglés, ninguno consintió en iniciarle en los secretos de la Naturaleza, cuyo pleno conocimiento se les atribuye. Uno de ellos, negó simplemente hasta que poseyese semejante poder; otro, no lo negó y hasta mostró al Dr. Paul algunos hechos maravillosos, pero se negó, en absoluto, a darte explicaciones acerca de sus causas, y en cuanto al tercero, se mostró propicio a explicar alguno de ellos bajo condición de que el doctor se comprometiese solemnemente a no divulgarlos jamás. Como el propósito del Dr. Paul era el de adquirir tales conocimientos para darles publicidad esclareciendo la ignorancia pública, declinó tamaño honor.

A decir verdad, no obstante, los dones o virtualidades de los *raja-yoguis* son mucho más notables y excelsos que los de los *hatha-yoguis,* verdaderos legos laicos. Dichas facultades o dones de aquéllos son puramente psíquicos y a los conocimientos de los *hatha-yoguis* unen los *raja-yoguis* toda la variada escala de los fenómenos mentales. Los libros sagrados atribúyenle los siguientes: predicción de lo futuro, don de lenguas, por el cual pueden comprenderlas todas; curación de todas las enfermedades, arte de leer en el pensamiento y de poder presenciar, a voluntad, cuanto acontece a miles de leguas de distancia; entender el lenguaje de los animales, incluso el de los pájaros; gozar de la *Prâkâmya*, o privilegio de conservar un aspecto juvenil durante períodos increíbles de tiempo; la facultad de poder abandonar sus cuerpos y entrar en otros cuerpos humanos, a voluntad; la *Vashitva*, o poder de dominar y de matar las fieras con la mirada y, por último, la fuerza mesmérica, mediante la cual el *raja-yogui* puede subyugar a cualquiera obligándole a obedecer sus meras órdenes mentales.

El Dr. Paul presenció los pocos fenómenos de *hatha-yoga,* ya descriptos, y asevera haber oído hablar acerca de otros muchos, cosa que ni cree ni niega, pero asegura que un yogui puede suspender la respiración durante cuarenta y dos minutos con doce segundos.

Sin embargo, las eminencias científicas de Europa aseguran que nadie puede aguantar sin respirar más de dos minutos. ¡Oh ciencia, ciencia! ¿Es posible que hasta tu augusto nombre sea también *vanitas vanitatum,* igual que todas las demás cosas de este mundo? No cabe duda, pues, de que en Europa no se sabe una palabra acerca de los medios de que se valen

los filósofos de la India, desde tiempo inmemorial para transformar gradualmente su organismo.

Véanse las palabras del profesor Boutleroff, el gran hombre de ciencia a quien tanto respetamos los rusos: "... Todo fenómeno es objeto de estudio y sabiduría: el aumento del caudal de nuestros conocimientos enriquece a la ciencia y no viene en modo alguno a abolirla. La ciencia debe construirse a fuerza de observación metódica, estudio y experiencia, al tenor de métodos estrictamente científicos por medio de los cuales se enseñe a reconocer toda clase de fenómenos naturales. Lejos, pues, de exigir que se acepten ciegamente las hipótesis, a imitación de las pasadas épocas, deseamos, por el contrario, que se investigue. No inducimos, no, a abandonar la ciencia: sí a ensanchar su campo de acción de trabajo...". (108)

Esto se decía al hablar de fenómenos espiritistas. Respecto a otros sabios fisiólogos, ellos no tienen derecho sino a decir: "Nosotros conocemos bien ciertos fenómenos naturales, personalmente estudiados e investigados por nosotros *bajo ciertas condiciones,* normales o anormales, y sobre ellos garantizamos la exactitud de nuestras conclusiones". No obstante, al mismo tiempo, deberían añadir: " Pero no tenemos la pretensión de asegurar al mundo que, conocemos todas las fuerzas de la Naturaleza. No pudiendo sostener que el organismo humano sea incapaz de desarrollar ciertos poderes transcendentales y observables sólo bajo ciertas condiciones desconocidas para la ciencia, nosotros no tenemos derecho a obligar a otros investigadores a encerrarse dentro de los límites de nuestros descubrimientos científicos".

Pronunciando esta noble y al mismo tiempo modesta profesión de fe, nuestros fisiólogos se captarían, seguramente, el eterno agradecimiento de la posteridad. Después de este deslinde de campos ya no habría temor alguno a la burla, ni peligro de arriesgar uno su reputación de normalidad, veracidad y cordura, y otros sabios, colegas de estos fisiólogos tolerantes, investigarían seriamente y con plena libertad todos los fenómenos de la Naturaleza. Los fenómenos llamados espiritistas subirían por cima del triste nivel de la tarea de echar las cartas o de materializar con evocaciones los espectros de las "suegras difuntas", hasta las regiones serenas de las ciencias psico-fisiológicas. Los célebres "espíritus" se evaporarían, probablemente y en su lugar otros espíritus vivientes "que no pertenecen a este mundo" serían mejor conocidos y comprendidos por la Humanidad, porque los hombres no llegarían a abarcar la armonía del conjunto del Universo hasta

tanto de que sepan al detalle de cuán inextricable modo está ligado el mundo visible con el invisible.

Tras semejante confesión, Hæckel, a la cabeza de los evolucionistas y Alfredo Russel Wallace a la de los espiritualistas, se verían aliviados e iluminados en sus actuales dudas y se darían la mano fraternalmente... ¿Qué puede haber que impida a la Humanidad el reconocer dos fuerzas activas dentro de ella: la una puramente animal y la otra puramente divina?

No es la misión de los hombres científicos, en efecto, por eminentes que sean, la de obligar al curso de los astros, o sea "a las dulces influencias de las Pléyades" a seguirles, aunque ellos hayan escogido por guía a "Arcturus con sus hijos". En su orgullo meramente mentalista, no se les ha ocurrido nunca dirigirse parafraseada la pregunta aquella que "la Voz que salía del Torbellino", dijo al paciente Job: "–¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de la Tierra... ?" ¿Acaso las puertas de la muerte se han abierto de par en par ante ellos revelándoles sus secretos?

Solamente en tal caso es cuando tendrían derecho a sostener que *aquí* y no *allá* está la morada de la *Luz Eterna*. (109)

H. P. Blavatsky

COMENTARIOS AL ARTÍCULO XII

(100) De Jubbulpur –dice Olcott (*Hist*., 2ª serie, pág. 382)– fuimos en carruaje a visitar las Rocas de Mármol, que son una de las grandes curiosidades de la India. Cuando se ha visto el Niágara y los grandes ríos del mundo, no causan ellas demasiado asombro. La Nerbuddha sagrada se encuentra encajonada hacia estos lugares entre dos grandes taludes calcáreos, que ella ha dislocado y agujereado por doquiera. El panorama es más bien bello que grandioso, aunque a la luz de la luna debe resultar fantástico. Mi atención se vió sorprendida por un anciano asceta (*bawa*) que moraba en una caverna vecina. Había adquirido una gran reputación de habilidad en los procedimientos fisiológicos de la Hatha-Yoga, y no hizo ninguna resistencia a ejecutar a mi presencia un cierto número de ejercicios, cuya dificultad no excedía de cuanto puede verse en los circos europeos. Nos dijo el asceta que había pasado los últimos cuarenta y siete años de su vida en hacer la Pradakshina, o sea el recorrido del río Nerbuddha, para hacer méritos. El río en cuestión tiene un curso de 1.800 millas y cada peregrinación cuesta unos tres años. Tratábase de un hombre bastante hermoso y fuerte, de vivacísima mirada y ademán resuelto. Mientras le observaba, me vi sorprendido al ver que me pedía tuviese la bondad de enseñarle a concentrar su espíritu. ¡Si cincuenta años de esfuerzos constantes no le habían podido enseñar esto, había más que sobrado motivo par dudar de la bondad de su sistema!

(101) Por las muestras, la organización del thuguismo es la misma de los antiguos ñáñigos cubanos, entre quienes probablemente fue importada por los negros de África, no sólo en Cuba, sino en Haití o Santo Domingo y en otros varios países. Ella recuerda también por el rigor de su disciplina, al célebre *Katipunán* organizado, al modo francmasónico, en Filipinas por los naturales de aquella isla contra la dominación española y contra el clero, sin que en semejante organización, ni en aquellas otras, tuviese parte alguna, como era natural, la Masonería Regular Universal, como tampoco la tuvo nunca, según la aclaración de H. P. B., en la organización del thuguismo indostánico, porque el sigilo y muchos de los procedimientos masónicos en cuanto a iniciaciones, no son sino pálidos reflejos, dentro de estrictos moldes de moralidad y de justicia, de organizaciones tan poderosas como lo son o lo han sido el jesuitismo de la Edad Moderna, la Orden del Temple en la Edad Media y aun las Fraternidades Pitagóricas en la antigüedad. En cambio, hay precedentes asiáticos

de organizaciones tanto y más temibles, en Sociedades como la celebérrima de *El Viejo de la Montaña,* terror continuo de cruzados, mahometanos, hebreos y turcos.

A bien decir, ninguna Sociedad Secreta es buena ni mala en sí, cual acontece a todos los instrumentos, como no es buena ni mala la razón en sí, sino al tenor del uso o abuso que se haga de ella. Pero es natural que la virtud necesite ocultarse menos que el crimen, lo que no quiere decir, por ejemplo, que la fórmula masónica sea mala en sí misma, ni que H. P. B. haya ido contra ella nunca.

Tan cierto es esto, que dos meses después de fundada la Sociedad Teosófica –dice Olcott (*Historia*, I, 146)–, la novel institución se constituyó en efectiva Sociedad secreta, resolviendo que adoptaría "uno a varios signos de reconocimiento que servirían a los miembros para revelarse como tales y ser admitidos en las reuniones". Olcott, después de decir esto, añade: "Un Comité de tres miembros quedó encargado de inventar y proponer tales signos, y... preparamos una insignia para los miembros compuesta de una serpiente enroscada sobre una Tau egipcia... Pero el poco secreto que hubo jamás en el seno de la Sociedad –al estilo, más o menos del que guarda un francmasón–, desapareció tras aquel corto período de nuestra infancia, y en 1889 se hizo de él el principal elemento de la *Sociedad* (Sección) *Esotérica*, que instituí por complacer a H. P. B., y por cierto, dicho sea con dolor, con tantos resultados malos como buenos." Antes también, el presidente-fundador, culpándose a sí mismo de la vida tan lánguida de la S. T. después que él y H. P. B. se embarcaron para la India, dice (I, 143): "Se había hablado de transformar la Sociedad en un grado superior de francmasonería, y semejante proyecto era mirado con simpatía por ciertos francmasones influyentes, proyecto para el cual otro estaba comisionado tan luego como me instalase en la India", etc., etc. Por parte, M. Felt, uno de los socios fundadores, que se decía capacitado por sus grandes conocimientos de egiptología para hacer ver los espíritus elementales del éter, en carta consignada también en repetida *Historia* (I, 128, nota), al hablar del desastroso efecto que en los no iniciados o novicios produjeron ciertos fenómenos o evocaciones, como también en ciertos animales familiares, tales como un perro y un gato, dice: "Estoy convencido de que los egipcios se valían de tales apariciones terribles durante la iniciación, como creo haber evidenciado. Mi primer proyecto por eso fue introducir en la francmasonería una especie de iniciación como la de los antiguos egipcios, e intenté ponerlo en práctica...", etc.

Además es sabido que, con más o menos éxito, funciona dentro de la Sociedad Teosófica una *Sección Esotérica* o secreta, desde los tiempos mismos del bueno del Coronel, y decimos esto con tanto mayor motivo, cuanto que nosotros no pertenecemos a ella ni a otras análogas que no dependen a su vez del Centro Teosófico de Adyar, Madrás, India, sino de otros centros esotéricos, tales como el establecido bajo el nombre de "Sociedad Teosófica y Fraternidad Universal", por Mr. Judge, a raíz de la muerte de H. P. B., y de sus desavenencias con el coronel Olcott y con Annie Besant; centro teosófico que hoy continúa trabajando en Point-Loma, California, Estados Unidos. Sobre estos delicadísimos asuntos, no queremos hoy decir nada, reservándonos hacerlo con toda imparcialidad. cariño hacia todos, y suprema alteza teosófica de miras, en un trabajo especial. Lamentamos, sin embargo, como nadie, de acuerdo con Olcott, que la Sociedad Teosófica no haya sido desde el primer momento, como se pensó, una verdadera Sociedad secreta, al estilo de las formadas por efectivos Maestros de Ocultismo en los comienzos de la actual masonería, con iniciados tales como el Conde de Saint-Germán, Ragón y tantos otros cuyos nombres pueden verse escritos en letras de oro en la *Royal Masonic Cyclopedia* de Makensie, ya que, por las muestras, aquellos Maestros o Hermanos Mayores de la Humanidad dirigen su evolución desde el plano físico y desde otros superiores constituidos en algo así como una Fraternidad de logias iniciáticas.

"Para dar nueva forma al *Spiritual Scientist* –dice Olcott–, redacté yo solo una circular... Cuando la terminé, escribí a H. P. B. preguntándola sobre si la publicaría con o sin firma. Ella me respondió que los Maestros querían que se firmase así: "Por el Comité de los siete, *Fraternidad de Luxor*", y así lo hice. H. P. B. me explicó más tarde que nuestro trabajo, igual que muchos otros de su índole, estaban vigilados por una Comisión de siete Adeptos del grupo egipcio de la Fraternidad Mística Universal. Ya he expuesto en otro lugar, en efecto, que yo mismo, según se me había dicho, había comenzado trabajando bajo la dirección egipcia de la sección africana, antes de pertenecer a la sección hindú. Como aquélla aun no había visto la circular, yo le traje una que leyó muy detenidamente. De repente exclamó riendo que mirase el acróstico formado por las letras iniciales de los seis primeros párrafos, en los que efectivamente vi con asombro que formaban el nombre con el cual conocía yo al Adepto egipcio bajo el que trabajaba y trabajo aún. Más tarde recibí un diploma escrito en letras de oro sobre un grueso papel verde, certificando que yo estaba adscripto a dicho "Observatorio" y que tres Maestros (con sus respectivos nombres) me vigilaban muy de

cerca. Este título de *Fraternidad de Luxor* fue indignamente copiado muchos años después por los inventores del cazabobos conocido con el nombre de H. B. de L... La existencia de la verdadera Logia, sin embargo, está indicada en la *Royal Masonic Cyclopedia,* de Kenneth Mackenzie (p. 461).

"Nada me hizo tan enorme impresión en toda aquella época de mis experiencias ocultistas con H. P. B. –sigue diciendo el Coronel–, como semejante acróstico, pues que él hubo de probarme que la distancia no constituye obstáculo alguno para la transmisión del pensamiento y del espíritu del Maestro hacia su discípulo, cosa que viene a corroborar la teoría de que, mientras aquél trabaja por el bien del mundo, el hombre que ha de servirle al efecto como instrumento, puede ser inducido por sus influencias vigilantes a realizar lo que él quiera que se realice, sin que semejante hombre, así llevado, tenga la menor conciencia de que su espíritu actúa bajo un impulso que no proviene de su propio Ego... Pero los Mahatmas, que obedecen al Karma y regulan sus acciones según la más estricta aplicación de la Ley, no se sirven de nosotros como autómatas, sino que suele acontecer en ciertos momentos de la evolución social que tal o cual persona dice o hace cierta cosa que acarrea las mayores consecuencias. Si ello puede realizarse sin violentar el Karma del individuo, puede serle dado al mismo un impulso mental que engendre ese eterno encadenamiento entre la causa y el efecto. Así, los destinos de Europa pueden estar entre las manos de tres o cuatro hombres embarcados en el mismo buque. Una simple bagatela puede decidir la destrucción de un reino, la transformación de una raza dada en un verdadero azote para la Humanidad o en clave para una nueva era de prosperidad y de paz[cxxiii]. Cuando, pues, el interés de la Humanidad exige que una cosa suceda, y *ningún otro medio puede conducir a semejante resultado,* puede admitirse la legitimidad de una acción mental sugestiva y exterior que precipite la crisis. De la misma Historia se pueden tomar sencillos ejemplos: llegó, verbigracia, el momento en que el mundo tenía necesidad de una clave adecuada para descifrar los jeroglíficos egipcios, ya que grandes y preciosas verdades yacían sepultadas en la literatura de aquella civilización antiquísima y habían llegado los tiempos de sacarlas de nuevo a luz. Faltos de mejores medios, un labrador árabe se siente impulsado entonces a cavar en un lugar determinado o a romper talo cual sarcófago en el que al punto halla una piedra grabada o un *papyrus* que vende luego a M. Grey en Tebas el año 1820, o al signor Casati en Karnak o en Luxar, quienes, a su vez, los transmiten a Champollión, a Yung o a Ebers, los cuales, en fin, hallan en ellos la clave para descifrar

aquellos arcaicos documentos. Estos bienhechores ocultos de la Humanidad, nos tienden, pues, una mano piadosa, no fratricida. Otro ejemplo todavía. Tengo un día la corazonada de adquirir un periódico; en él leo *casualmente* un cierto artículo que me decide a realizar determinada investigación, la cual, a su vez, me pone en relaciones con H. P. B. con la que luego acabo fundando la Sociedad Teosófica. Con la primera diligencia yo ningún mérito contraigo; pero si ella produce luego su debido efecto y yo me consagro con alma y vida y trabajo en ello con generoso ardor, entonces tomo realmente parte kármica en todo el bien que por ello resulte a la Humanidad."

(102) Shiva en su simbolismo del fuego en una mano y el caduceo de la muerte y la resurrección en la otra, está reproducido en el Mercurio griego o en el Hermes egipcio, como símbolo que es del tercer Logos, el señor de la Sabiduría o el celeste Buddha. De Shiva, pues, en su primitivo simbolismo, puede repetirse el hermoso párrafo de *La Doctrina Secreta* al comentar la primera de las Estancias antropogenéticas de Dzyan que dicen: "Mercurio, como planeta astrológico, es más oculto y misterioso que el propio Venus, e idéntico al Mithra mazdeita; el genio o Deva establecido entre el Sol y la Luna y el compañero perpetuo del *Sol de Sabiduría.*

Pausanias (libro V) lo muestra teniendo un altar en común con Júpiter. Tenía alas para expresar que asistía al propio Sol en su curso, y era llamado el Nuncio y el Lobo del Sol, *solaris luminis paniccps.* Por eso era el jefe y evocador de las almas, el gran Mago y el Hierofante. Virgilio le describe tomando su vara para evocar las almas precipitadas en el Orco: *tum virgam capit, hac animas ille evocat Orco.* Es el Aureo Mercurio, el Χρυσοφάηζ Ἑρμῆς., a quien los Hierofantes prohibían nombrar. Está simbolizado en la mitología griega por uno de los *perros* o lebreles de vigilancia que custodian el ganado celeste (Sabiduría Oculta) o Hermes Anubis y también Agathodaemon. Es el Argos que vela sobre la Tierra y que esta toma, equivocadamente, por el Sol mismo. El emperador Juliano oraba todas las noches al Sol Oculto, por la intercesión de Mercurio, pues, como dice Vossius: "todos los teólogos aseguran que *Mercurio y el Sol son uno*... Era el más elocuente y sabio de todos los dioses, lo cual no es de admirar, pues *Mercurio se halla tan cerca de la Sabiduría y de la Palabra de Dios* (el Sol), que con ambos fue confundido". Vossius dijo con esto una verdad Oculta mayor de lo que creía. El Hermes de los griegos

se halla estrechamente ligado, en efecto, con el Sarama o Sarameya hindú, o sea con "el divino vigilante que guarda la áurea grey celeste de soles y planetas".

Bhavani, a su vez, o sea la diosa Kali primitiva, esposa del Sol Shiva, no es sino la Ternera Celeste, la Tierra, con todos cuantos detalles hemos dado en el capítulo I, titulado *La Vaca religiosa y su símbolo,* de nuestra obra *De gentes del otro mundo,* por lo cual no los repetiremos aquí. ¿Qué dolorosa ley de la Humanidad, ha hecho pues, convertirse en símbolos nefastos, emblemas tan augustos? La misma ley de todo cuanto vive: la ley que envilece, deprime, empequeñece, altera, falsifica, corrompe y destruye todo aquello que fuera antes más glorioso, más vital, más salvador y excelso. El Kama o la Ley de leyes, al que está sujeto todo cuanto evoluciona en el Universo manifestado, ley de muerte que es al par ley de vida y de renovación evolutiva.

(103) Tórnase al tema anterior de los thugs y del thuguismo, y muchos de los detalles de su organización y cómplices nos recuerdan también a nuestros célebres bandidos de Sierra Morena, quienes tenían cómplices, ¡horror de horrores!, aun entre políticos conspicuos. No hay sino leer la curiosísima obra de Zugasti, que tanto peleó por exterminar tamaña plaga, para encontrar escenas de perfecta semejanza con las que H. P. B. nos describe, y por cierto que también Inglaterra tuvo que intervenir en ello, merced a lamentables escenas de robos, secuestros y asesinatos que afectaron a alguno de sus súbditos.

En el año de 1887, cuando ya H. P. B. no se encontraba en la India, estuvo Olcott en Jubbulpore o *Jublepur*, y luego nos ha referido la visita que allí hizo al presidio de dicha población, donde pudo hablar con algunos thungs allí confinados, idénticos a los antes descriptos por H. P. B., en los párrafos que comentamos, y también por el coronel Meadows en sus dramáticos *Cuentos indianos*. "Un viejo thung me dijo –consigna Olcott en su relato (III, 284)– se alabó conmigo de que "sólo había matado a un hombre", con la santa idea de pasar ante mis ojos como un verdadero modelo de moderación. Él me mostró asimismo cómo se sirven los thugs del pañuelo o *rumal* para estrangular a sus víctimas... También vi otra vez en la prisión a un viejo *thug* que había asesinado a muchos viajeros y que, a petición del príncipe de Gales, le había dado a éste una lección práctica de thuguismo lanzando el pañuelo sobre el cuello Real y mostrando en su mirada –me dijo un testigo presencial– un relámpago tal de ferocidad que todos se apresuraron a poner fin al

experimento, sin lo cual acaso Su Alteza se habría visto ahorcado impensadamente por aquella fiera, porque un verdadero thug mata a su víctima con el rumali, de un solo golpe y antes de que ella caiga por tierra. El thug es hoy ya casi desconocido en las India, pero antaño estos asesinos hereditarios eran pacíficos agricultores durante una parte del año y luego se lanzaban a sus campañas de asesinatos y pillaje acompañados de todas las bendiciones de sus familias, del aplauso de sus corrompidos convecinos y hasta de la protección de los príncipes indígenas que entraban a la parte con ellos en el fruto de sus rapiñas y les proporcionaban seguro asilo en los casos de peligro. Así, de padres a hijos, se transmitía esta tradición gloriosa y en iniciar en ella a éstos ponían aquéllos el mayor esmero, pues, según se lee en la *Historia de los Thugs* (Londres, 1851), "parece ser que los niños de aquellas gentes eran mantenidos durante su infancia en la más completa ignorancia de los crímenes paternos. Al cabo de un cierto tiempo, se les permitía un día acompañar a los mayores a sus aventuras de crimen, pero cuidando de mantener aún echado un velo sobre las escenas más sombrías del drama. Así, para el novicio, la expedición criminal tenía todas las apariencias de una jira de placer; se le montaba en brioso poney y recibía, al tenor del código del thuguismo, una porción en el botín, consistente en cosas apropiadas a los gustos de su edad, sin que su goce con ellas se viese turbado por el remordimiento de los perversos medios empleados para conseguirlas. Poco a poco el novicio iba así entrando en el conocimiento de la terrible verdad: primero, respecto del robo y después de los demás crímenes todavía más sombríos, y cuando sus naturales sospechas se transformaban en dolorosa certidumbre se le permitía al neófito presenciar la práctica de aquel terrible acto que, de allí en adelante, iba a ser su oficio. Conseguida finalmente su desmoralización más completa, y antes de que se le hubiera de confiar la atroz ejecución primera, se le sometía a largos estudios preliminares... para ser elevado a la *dignidad de estrangulador*."

"El libro de donde tomo el pasaje que antecede –termina diciendo Olcott– está agotado, sin duda; pero el curioso lector puede leer la descripción completa de estos horribles crímenes de los estranguladores, en las *Confessions of a Thug,* de Meadows Taylor. Mis lectores se harán cargo de con cuán penoso interés mezclado de asco examiné en la prisión de Jubbulpore aquellos desalmados asesinos confinados allí, preguntándome a mí mismo cuántos indefensos viajeros no habrían sucumbido a sus manos, rota su espina dorsal bajo la presión del fatídico nudo. Desde el año 1799, en que fué conquistado Mysore, hasta 1808,

las víctimas de los thugs se contaban por cientos cada año. Algunos de entre los criminales más famosos y empedernidos, habían participado en más de doscientos de estos crímenes. calculándose que cada thug de cincuenta años había despachado por lo menos diez víctimas por año durante los veinticinco de su servicio activo. He aquí un bonito problema kármico para los teósofos metafísicos[cxxiv]: quién es mayor criminal, ¿el padre estrangulador que con deliberado propósito corrompe a su hijo destruyendo en él todo asomo de sentido moral, o el joven cuyo brazo se ha ejercitado tantas veces en arrebatar criminalmente docenas de Vidas?

(104) La casita a que alude el párrafo de referencia, asentada sobre una *roca oscilante* o *cromlech*, es análoga a la pagoda a que se refiere la página 93 de esta obra y en cuanto a la roca misma que le servia de apoyo, se trata de uno de tantos monumentos megalíticos como la *piedra oscilante* del Tandil (Buenos Aires), destruída en 1910; la de Montánchez, en Extremadura; el *Roque Nublo* y el *Roquete*, de la Gran Canaria, no lejos de la célebre *Aguja del Rosario* y tantas otras citadas en las obras de arqueología y la Estancia XI, tomo II de *La Doctrina Secreta*. Su primitivo objeto fue, como se ha dicho, un verdadero Sistema telegráfico de los atlantes, con movimientos oscilatorios que marcaban letras o signos, al modo de nuestros aparatos actuales, pero movidos por la mera fuerza mágica del pensamiento, según allí nos enseña la Maestra.

(105) Por extraño que parezca lo dicho por H. P. B. acerca de los faquires, el Coronel Olcott en su *Historia* lo confirma, añadiendo:

"En Darjeeling, en casa de mi antiguo amigo Srinath Chatterji Babou, encontré a un lama y asceta tibetano, denominado Gyen Shapa, que practicaba la yoga desde hacía mucho tiempo y que había logrado desarrollar ciertos poderes. Srinath Babou le había visto aquella misma mañana durante una meditación (*Dharana*) elevarse del suelo y permanecer en el aire sin apoyo alguno. Fuí a visitarle dos veces, sirviéndome Srinath de intérprete, y obtuve de él muchos informes interesantes acerca de las lamaserías tibetanas y de sus lamas. En casi todas las lamaserías se halla una escuela de yoga dirigida por un maestro-adepto, y las levitaciones no son raras entre ellos. La altura a la que en éstas pueden levantarse dependen, en parte, de su respectivo temperamento, y sobre todo de la duración

de sus estudios prácticos. El maestro de Gyen Shapa podía elevarse hasta lo más alto de los muros de la lamasería y muchos de sus condiscípulos podían subir más altos que él. Para ello es preciso seguir una disciplina física y moral de las más rigurosas y prestar gran atención al régimen alimenticio. Por supuesto que semejantes fenómenos no se verifican entre ellos sino "a cencerros tapados", porque está estrictamente prohibido el hacer la más mínima exhibición de ellos. Inútil es añadir que sobre estos particulares jamás se ve satisfecha la vana curiosidad de los viajeros, sobre todo de los europeos comedores de carnes y bebedores de alcoholes. Sean cualesquiera los esfuerzos qué éstos hagan con tal fin, jamás pueden llegar a ver a un verdadero Adepto, al menos reconociéndole como tal, como los casos de Rockhill, del capitán Bower, del duque de Orleans y de Mr. Knight, lo prueban elocuentemente.

"El libro de Sarat Chandra Das, titulado *Una viaje a Lhassa* en 1881-82 es uno de los libros de viajes más interesantes que he leído en mi vida. Lleno está él de encuentros peligrosos, de obstáculos vencidos, que parecían insuperables, de riesgos tremebundos de muerte, de encuentros con gentes prodigiosas y de propósitos plenamente realizados, no obstante todo lo cual el libro está exento por completo de vanidad y de charlatanismo. En ello se asemeja mucho a la obra sin par de Naussen, *Farthest North*. Abandonando Darjeeling el 7 de noviembre de 1881, Sarat Chandra atravesó el Himalaya por el desfiladero de Kangla Chhen el 30 de noviembre y después de haber padecido enorme fatigas, llegó a Tashi Lhurupo, capital del Tashi Lama, templo en donde uno de nuestros Mahatmas más amados es Maestro de Ceremonias. Allí pasó Sarat muchos meses y obtuvo permiso para visitar a Lhassa, donde fue recibido por el Dalai Lama y pudo recoger gran cantidad de obras buddhistas de las más preciosas. Venciendo luego innumerables obstáculos en su viaje de regreso hacia la frontera de Sikkin, tornó a su casa el 27 de diciembre de 1882. Al contemplar la extraña forma de su cabeza, sorprendí en ella algo que ya me había ll:ımado la atención en la de Stanley, el explorador africano: un desarrollo muy marcado de los temporales por encima de la articulación de la mandíbula, rasgo que los fisonomistas consideran como un signo de constitución robusta y de resistencia contra las enfermedades. El cuerpo todo de Sarat Babou da dicha impresión de vigor físico y la lectura de su Memoria al Gobierno me confirmó más tarde en la justeza de mi observación. Gracia, a su perfecto conocimiento del tibetano, auxiliado por su tipo mogol, pudo llegar a Tashi Lhurupo y a Lhasa, pasando por un doctor tibetano. Yo mismo tuve

amplias pruebas de ello cuando me sirvió de intérprete en mi conversación con el sabio Lama y con el jefe de los bagajeros que condujeron a nuestro querido Damodar, desde D'arjeeling hasta la remota aldea de Sikkin, donde debía él encontrar al alto funcionario que le había prometido conducirle con toda seguridad al lugar donde nuestro Mahatma iba a recibirle como discípulo." (*Historia Auténtica de la S. T.*, serie 3ª., pág. 299).

(106) El problema que se plantea por los párrafos correspondientes es de más trascendencia de lo que parece a primera vista, porque va directamente contra nuestra secular experiencia de que no puede el hombre permanecer sin respirar más allá de muy cortos segundos y esto, además, con riesgos gravísimos. ¿Cómo puede, pues, un yogui realizar semejante maravilla, aunque admitamos en tesis general que la voluntad humana puede llegar a ser omnipotente? El asunto, como se ve, merece bien una consideración detenida.

Desde luego, es notorio que aun en aquellas funciones orgánicas más inconscientes o más alejadas de la acción directa de nuestra voluntad consciente, tales como los movimientos peristálticos, los cardíacos, etc., la exquisita contextura del sistema nervioso cefalorraquídeo tiene mecanismos de acción más o menos directa y rápida sobre aquellas funciones inconscientes que normalmente dependen de la acción del sistema esplénico o del gran simpático. Es cierto, además, que este último sistema tuvo antaño una gran superioridad sobre aquel otro, siendo, a bien decir, las funciones raquídeas una de las mayores conquistas de la evolución de cada sér, sin que nos sea lícito pronunciarnos en contra de mayores avances ulteriores que tarde o temprano, han de ser logradas en futuros evones evolutivos de las especies.

La gimnasia gradual, por otra parte, de tales o cuales órganos o aparatos es sabido, además, como de ordinario observamos en los circos, que lleva, a quienes metódicamente los practican, a lograr realizar verdaderos imposibles para el resto de los hombres, en actos de fuerza, de agilidad y de resistencia, y bien recientes están entre nosotros, por otra parte, las experiencias más o menos yoguis, como las de Papús, las de Eddy Arcos y tantos otros, sin contar las estupendas cosas que la triste y brutal Gran Guerra nos ha evidenciado en punto a soportar hambres y otras penalidades, a consecuencia de asedios de poblaciones, incomunicación de soldados en las trincheras, aislamiento y desamparo de pobres botes de

náufragos en plena mar, merced a los torpedeamientos de los submarinos, cual si las verdaderas fuerzas secretas del hombre y sus recursos de resistencia fueran poco menos que ilimitados. Igual acontece en punto a venenos, con los abusos del café, el tabaco, el opio y la morfina, la *canabis índica*, el alcohol, etc., etc., hasta hacer de un buen 80 % de la Humanidad una efectiva legión de Mitrídates, a prueba de venenos.

Y no digamos que tamañas maravillas no salen de semejante marco de las fuerzas y de las resistencias extraordinarias relativas a los sistemas digestivo, muscular o nervioso, sino que se presentan otras tantas respecto del aparato respiratorio mismo, cuyos apremios son mayores efectivamente que otro alguno. Por de pronto, los vivires de las modernas urbes son tales para las clases desheredadas, sobre todo en invierno, que, a bien decir, casi no respiran, o bien respiran no sólo una atmósfera neutra, empobrecida de oxígeno, sino sobresaturada de los miasmas más deletéreos. El progreso, además, *nos ha perfeccionado científicamente* estos horrores, creando mil industrias insalubres, frente a las cuales la divina luz, el aire puro y la santa alegría clásica de los arcadianos campos de antaño, son algo mítico e increíble, recuerdo de una Edad de Oro, ¡ay!, que parece no ha de volver en muchos siglos, dentro del creciente progreso de nuestros tan científicos dolores, que hace ya de cada ínfimo desheredado un héroe más grande que Aquiles o que Héctor. Y no hablemos de los mineros ni menos de los tripulantes de los submarinos, para quienes una ráfaga perfumada de salvadores efluvios de la superficie del mar, después de docenas de horas pasadas en ciegas, sordas e imbéciles inmersiones en odiosos cascarones férreos poco mayores que la masa conjunta de sus cuerpos mismos, es un *plato más suculento* que ninguno de los que a Sardanápalo o a Lúculo pudieran haberles sido ofrecido antaño... La Magia negra, tristemente evidenciada en la mal llamada Gran Guerra, ha llegado en esto a detalles de Hatha-Yoga oriental que asombran por lo tremendos y por lo crueles. En las mismas escuelas de Alemania, durante ella, hemos visto reducidas a la mitad y menos las horas reglamentarias, para que las tiernas criaturas al así hacer menos esfuerzo mental, moral o físico, consumiesen también el mínimo de energías, o séase ¡el *mínimum* posible de alimentos! La cama podía así salvar en gran parte a la despensa exhausta y, en suma, la respiración misma quedaba reglamentada de Real decreto, en nombre de una Cultura con K, o, por mejor decir, con T, con *tau* o con Cruz de expiación y de redención, como lo son todas las cruces del mundo...

Diríase que con todos estos horrendos sacrificios de la vida plácida y serena que tenemos derecho a disfrutar en el valle hondo y obscuro de este misérrimo planeta, nos preparamos por verdadera yoga para encontramos en aptitud de resistencia que nos permitan lo que antes se nos vedaba, tal como el acceso a las profundidades marítimas, a las cuevas de mefítico aire, a las altas capas atmosféricas de enrarecida densidad y a todos cuantos sitios, en fin, nos era imposible antes el acceso, cosa en verdad abierta siempre al *Ocultismo blanco* de las virtudes de la *Raja-Yoga*, y en mala hora abiertas con la ganzúa de la *Hatha-Yoga* necromante y positivista por la que el animal humano, sin espiritualidad, quiere escalar las alturas que aún le están vedadas por su efectiva carencia de virtudes.

Vemos, pues, como íbamos diciendo, que las posibilidades respiratorias humanas son tan elásticas e indefinidas como cualesquiera otras, y la Fisiología y la Patología, por su parte, nos muestran una gama o escala infinita también de *estados respiratorios,* si la frase nos permite, desde la loca alegría del niño o del pajarillo en un campestre día de primavera, hasta esas verdaderas atonías respiratorias del sueño, de la fatiga, de la tristeza, de las enfermedades todas en general, y de cuantos estados, en fin, se alejan más o menos del estado higido ideal al que en verdad no llegamos nunca. Pero lo que la observación diaria nos muestra, no hay para qué decir si la voluntad humana puede lograrlo si seriamente se obstina en ello, o, en otros términos, si estará o no en el radio de sus posibilidades volitivas al colocarse en esos letargos estúpidos característicos de los animales durante su invernación, que es a lo que se refiere la Maestra.

Hemos pronunciado además la palabra *letargo*, y ella de por sí es toda una revelación respecto del problema, ya que de los tres períodos típicos que desde el primer momento evidenciaron los tan reprensibles y crueles estados hipnóticos [cxxv] los dos primeros lo fueron el *letargo* o *letargia*, y la *rigidez o catalepsia,* es decir, los dos estados en que precisamente nos acaba de pintar la Maestra a los yoguis de Jublepur, quienes, por tanto, a bien decir, y merced a un esfuerzo de voluntad –más o menos estúpido, según la intención– estaban perfectamente autohipnotizados y habían alcanzado sobre las puntas de sus pivotes, y en medio de sus absurdas e imposibles actitudes, no ya el primero, sino el segundo grado de hipnosis, o acaso otros estados mucho más avanzados de esos que el coronel Alberto de Rachas llegó a catalogar y que nos ha enseñado en sus obras *Exteriorización de la Fuerza Motriz* y *Las fuerzas no definidas,* bajo las denominaciones de: a) *Estado de credulidad;* b) *Catalepsia*; c) *Sonambulismo*; d) *Estado de relación*; e) *Estado de simpatía*

al contacto; f) *Estado de lucidez*; g) *Estado de simpatía a distancia* y algún otro, todos separados entre si por períodos neutros o de letargia[cxxvi], y en los que, por decirlo así, el doble etéreo y el astral del hipnotizado se va separando más y más del cuerpo denso o físico, quien, disociados aquéllos a su vez, se acerca sucesivamente al estado de un verdadero *cadáver viviente,* y perdónesenos la paradoja. A partir, en efecto, del *estado de relación* la personalidad consciente del hipnotizado es como absorbida en el hipnotizador, sintiendo sus penas y gozando con sus alegrías, hasta el punto de que en el siguiente (*simpatía al contacto*) diríase que se ha identificado psíquicamente con el alma del hipnotizador, mientras que en el estado ulterior de lucidez, adquiere la propiedad nueva de ver objetivamente los órganos interiores de su cuerpo y los de los individuos con quien el hipnotizador le relacione. Ya en fin, en el subsiguiente *estado de simpatía a distancia,* la respiración propende francamente a detenerse y todo en él está exteriorizado, o fuera de la cárcel de su cuerpo físico, casi como si estuviere realmente muerto.

Esto, como se ve, no es la yoga de los orientales, aunque a ojos vulgares pueda parecerle; pero el procedimiento para lograrlo de un modo propio, integral y, valga la frase, fisiológico, es, entre estos últimos, muy otro. El swami Vivekananda, en conferencias dadas en Nueva York en 1895 a 1896[cxxvii], ha formulado estos previos aforismos que los hipnotizadores occidentales ignoran por completo:

Todas las almas son potencialmente divinas, y el fin que la yoga persigue respecto de ellas es el de lograr poner de manifiesto esta interna divinidad por medio de dominio más absoluto, tanto de la naturaleza externa como de la interna.

Alcanzar este fin, bien sea por medio de las buenas obras, bien por la devoción, por el dominio psíquico, por la filosofía, es decir, por uno, por varios o por todos estos medios a la vez, es tratar de ser libres.

El mismo fin es el objeto fundamental de toda religión; por eso los dogmas y doctrinas, los libros, ceremonias, templos y fórmulas múltiples de las religiones no son sino detalles secundarios.

Y después de semejantes aforismos, dicho swami nos da muy hermosas enseñanzas, tales como las contenidas en los párrafos siguientes:

"Todos los sistemas ortodoxos de la filosofía hindú tienen un solo objetivo: la liberación del alma por medio de su perfeccionamiento, y el método para ello es la yoga. La palabra yoga tiene un sentido amplísimo, tanto en la Escuela Sankhya como en la Vedantina[cxxviii].

Los aforismos de patanjali son la autoridad más competente y el libro de texto por lo que se refiere a la Raja Yoga. Los demás filósofos, aunque a veces difieren de Patanjali en algún punto filosófico, conceden a su método práctico decidida preferencia...; pero debe recordarse a todo aquel que trate de entrar en el terreno de la yoga práctica, que la yoga sólo puede aprenderse sin riesgo cuando uno se halla en contacto directo con un Maestro, *sin lo cual el peligro que el discípulo corre es inaudito*...

"La ciencia de la Raja Yoga se propone, en primer término, ofrecer los medios para que el hombre pueda observar sus propios estados internos –el *noscete ipsum*–, y el instrumento para conseguirlo es la mente misma. Los poderes de la mente son a manera de los rayos de luz que, concentrados, todo iluminan. Desde nuestra infancia se nos ha habituado sólo a fijamos en las cosas exteriores, y la mayor parte de nosotros hemos perdido la facultad de observar el mecanismo interno. El dirigir, pues, la mente hacia adentro, para que de esta suerte pueda concentrar todos sus poderes y enfocarlos sobre sí misma para analizarse, es un trabajo muy arduo y penoso; pero, ¿cuál es el objeto de semejante conocimiento? En primer lugar, el conocimiento es en sí mismo el más preciado don del espíritu humano, y en segundo lugar, existe también altísima utilidad en poseerlo, pues es el único que puede poner término a nuestros dolores y miserias. Cuando al analizar su propia mente consigue el hombre colocarse, por decirlo así, cara a cara con algo indestructible, con algo que por su misma naturaleza es eternamente puro y perfecto, entonces ya no puede ser por más tiempo desgraciado. Todas las miserias proceden del temor y del deseo no satisfecho. El hombre verá que jamás ha de morir, y entonces ya no tendrá temor alguno a la muerte. Cuando conozca que ha llegado a ser perfecto, dejará de tener vanos deseos, y al par que éstos y el temor a la muerte hayan desaparecido, desaparecerá también la miseria, y una felicidad perfecta se apoderará de nosotros, aun mientras estemos en el cuerpo... Para el estudio, pues, de la Raja Yoga no se necesita fe o creencia alguna..., pero exige una larga práctica que empieza siendo física –*Hatha-Yoga*– y acaba siendo mental, para que la mente llegue, al fin, a verse siempre dominada por nuestra voluntad... Según la *Raja Yoga*, el mundo externo todo no es sino la *cáscara*, la forma grosera del mundo interno y sutil, porque lo sutil es siempre la causa, y lo grosero, el efecto; de aquí que quien descubre y aprende el modo de manipular las fuerzas internas o sutiles tiene la Naturaleza entera bajo su dominio..., es decir, llega a dominar la Naturaleza hasta el punto de que las llamadas leyes naturales no tengan ya influencia alguna sobre él, sino que de ellas se ha adueñado el

yogui, así de las internas como de las externas, mientras que el progreso y la civilización actual de la humana raza sólo tiende al dominio de esta última.

"La Raja Yoga está dividida en ocho grados: 1º, *Yama* (no matar, robar ni mentir; ser continente y no recibir recompensa alguna); 2º, *Niyama* (aseo, contento, sacrificio, estudio y voluntaria sumisión a las leyes del Destino o Karma); 3º, *Asana*, o modo de colocar el cuerpo para la mejor meditación; 4º, *Pranayana*, o dominio previo de las corrientes vitales por donde circula nuestro prana psíquico; 5º, *Pratyahara*, o método para apartar la mente de la contemplación de las cosas exteriores, haciéndola introspectiva; 6º, *Dharana*, o centración meditativa; 7º, *Dhyana*, o meditación activa propiamente dicha; 8º, *Samadhi*, o séase el supremo estado de supraconsciencia, iluminación, éxtasis y demás palabras empleadas en las obras de los grandes místicos religiosos."

En los capítulos III al V de dicha obra se extiende Vivekananda en largas consideraciones relacionadas con el grado yoga denominado *Pranayana*, o dominio del prana vital, que de un modo directo se relaciona con la regulación de la función respiratoria del yogui.

"A bien decir –comienza consignando el swami–, *Pranayana* no depende, como muchos creen, de el *aliento* o de la respiración, porque el respirar de talo cual modo no es más que uno de los muchos ejercicios por medio de los cuales conseguimos el verdadero *Pranayana*, o sea el *dominio del Prana*, es decir, del Poder Vital manifestado en el Universo desde las más sutiles formas de *Akasha* –el *éter cósmico* en su grado más supremo, inteligente y sutil– hasta las más groseras... Por eso la relación entre la *Pran-yana* y la respiración es de resultados casi nulos, excepto cuando se la hace servir en la práctica. La manifestación, en efecto, más evidente de Prana en el cuerpo humano es el movimiento de los pulmones. Si este movimiento cesa, el cuerpo cesará de funcionar, y en este caso todas las demás manifestaciones de la fuerza que obran en el mismo, cesarán también inmediatamente. Existen personas que se han educado de una manera especial, cuya circunstancia les permite que su cuerpo continúe viviendo aun cuando este movimiento haya cesado, así como hay también algunas que pueden permanecer enterradas durante meses y, sin embargo, vivir sin respirar. Pero, para el vulgo en general, este movimiento es el más importante del cuerpo por ser el volante que pone en movimiento a las demás partes de la máquina, de aquí que *Pranayana* signifique realmente el dominio de este movimiento de los pulmones, que está asociado con el aliento. No quiere decir esto que el aliento la

produzca, sino, por el contrario, que la *Pranayana* es la que produce el aliento y se comprende bien, por tanto, que el dominio preliminar de *Pranayana* sobre los nervios y músculos que mueven a los pulmones tiene que preceder al de todos los demás elementos del cuerpo en los que Prana actúa... Todas las partes del cuerpo pueden llenarse de *Prana* (que es la fuerza vital), y así que logremos dominar a *Prana*, conseguiremos dominar a todo el cuerpo... Los grandes seres que rigen los destinos del mundo pueden colocar su *Prana* en un estado tan elevado de vibración, que millares de seres se sienten atraídos en torno suyo, pensando medio mundo como piensan ellos. Los grandes profetas poseían sobre el *Prana* –o *la Prana,* mejor dicho– el dominio más maravillosamente perfecto, lo cual les confirió los más tremendos poderes... Pero, ¿qué son todos los grandes profetas, santos y videntes del mundo? Son seres que en un corto período de vida vivieron toda la vida humana, salvando de este modo el gran lapso que la humanidad ordinaria necesita para alcanzar tal perfección... *Pranayana* contiene también en sí todo cuanto hay de real en los fenómenos del Espiritismo."

Después de estas sabias enseñanzas, Vivekananda se extiende en largas consideraciones acerca de las dos grandes corrientes nerviosas de la espina dorsal, llamadas en Oriente *Pingala* e *Ida*, así como acerca del canal neuroespinal, llamado *Susumna*, en cuyo extremo inferior se halla el chacra o centro denominado por los yoguis el *loto de Kundalini,* loto hoy dormido que, cuando se abre o despierta por la *Raja Yoga,* confiere al hombre los poderes mágicos más tremendos, tales como los que nos han maravillado más o menos en la obra de la Maestra; pero sobre ellos no nos podemos ocupar aquí, máxime cuando sabemos de otros cultísimos teósofos que en la actualidad y con más conocimientos médicos muy superiores a los nuestros, se ocupan de ello[cxxix]. Las reglas que Vivekananda nos da para lograr el dominio del Prana psíquico, comenzando por regular hasta un grado maravilloso la función respiratoria no caben ya en estas notas, pero puede verlas el lector en el capítulo V del citado libro, con preferencia a otros peligrosísimos y reprensibles de mera *Hatha-Yoya* física que, por desgracia, están ya cayendo en manos de médicos positivistas escépticos e incapaces de comprender, por su total desprecio hacia las sabias ideas orientales, que en semejante terreno vedado sólo se puede entrar, como aquel autor no se cansa de consignar, llevado de la mano por un Maestro, cosa que no se llega a conseguir sin una gran pureza triple de mente, corazón y conducta, y una altísima mira generosa de

sacrificio en aras de los más santos intereses de la Humanidad, condiciones sin las cuales se corren los más gravísimos riesgos morales y físicos.

(106) Cuanto se ha indicado en la nota precedente explica bien las dos anécdotas que ahora nos refiere la Maestra relativas al capitán Seyrnour y al Dr. Paul. Este último, por lo que se colige, era un médico de perfecta buena fe y de noble ciencia que, en su intuición poderosa, alcanzó a entrever lo que la *Raja-Yoga,* o *Yoga Imperial,* solapa a los profanos indiscretos, y con toda sinceridad lo estampó, según se ve, en su folleto médico, folleto que, naturalmente, fue excomulgado por la ciencia oficial positivista de la que con tanta donosura se burla H. P. B. en diferentes pasajes especialmente en la Introducción a *Isis sin Velo*, porque conviene no olvidar que, en punto a infalibilidad y a risibles excomuniones, la ciencia grosera y escéptica de mediados del siglo XIX fue mucho más lejos que el propio Vaticano, sin duda porque carecía de los indiscutibles conocimientos ocultistas que siempre ha tenido la romana Sede. Al buen doctor, ya que no el cuerpo, como antaño, se le quemaría la sangre y se la daría por *anulada la razón,* sin perjuicio, como es consiguiente, de quemar el tan atrevido como honrado libro. En cuanto al capitán Seymour que, por lo visto fué más lejos, ya no se contentaría con menos que con meterle en un manicomio, del cual se escapó seguramente gracias a los poderes que el verdadero rajayogui tiene para toda clase de mayas hipnóticas, entre ellas la de hacerse invisible, según ya hemos visto multitud de casos, tanto en el curso de esta obra como en sus comentarios. Como efectivo rajayogui Seymour, igual que H. P. B., que Marco Polo y que el joven Damodar[cxxx], y tantos otros, traspuso el Himalaya y se refugió en el Tíbet, desde donde siguió riéndose de nuestros sabios y de su escéptica sabiduría, porque como añade la Maestra, la verdadera religión primitiva *Hindú*, pese a los actuales y a los sempiternos defectos de sus sacerdotes, los brahmanes, posee algo tan profundamente misterioso e irresistible, que atrae y subyuga. A que grado e nivel se haya nuestra ciencia actual, no obstante sus adelantos, respecto de aquélla, lo prueba el mero hecho de la estupefacción y perplejidad que entre nuestros propios doctos han causado siempre los más elementales fenómenos del faquirismo y de la mera *Hatha-Yoga,* con que les han pasmado más de una vez aquellos faquires, gentes tan dudosas, que entre los brahmanes hindúes no han pasado nunca de la categoría de sacristanes o meros servidores de las pagodas, rechazados precisamente de sus categorías superiores e internas, a causa de su dudosa conducta y de su necromante afán de

mostrar los fenómenos inferiores de la mera *Hatha-Yoga* con propósitos egoístas o de lucro, ni más ni menos que los occidentales hacemos con todos nuestros conocimientos, altos y bajos, que suelen ser reducidos a vanidad o a metálico en perjuicio de su redentor empleo para todos, al modo de aquellos conocimientos adquiridos acerca del robado oro *–el Oro del Conocimiento–*, por la perfidia del gnomo Alberico en *El Anillo del Nibelungo*, tiranizando con ellos a la grey antes feliz de sus hermanos menores que habían ignorado hasta entonces la tremenda fuerza mágica en el oro contenida.

(107) Respecto de esta vigilancia a que desde el primer momento de su llegada a la India fueron sometidos los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, pueden verse muy pintorescos pasajes relatados con la mayor puntualidad por Olcott en su *Historia Auténtica*. Se los suponía nada menos que unos temibles espías rusos que en daño de la dominación inglesa trataban de recorrer el país, bajo pretexto de estudiar el glorioso pasado religioso de la *Aria-Vartha*. Por su mucha extensión no los transcribimos aquí. El lector puede encontrar dichos pasajes en los primeros capítulos del tomo segundo de repetida obra.

(108) Vuelven los pasajes de referencia al tema yogui de la Pranayana, sobre el que tanto hemos insistido, pero los datos que ahora se presentan aquí son merecedores de nuevo comentario. La invernación, en efecto, es para los animales que la experimentan algo así como las prácticas yogas lo son para el hombre. Merced a la invernación que les regula, por decirlo así, un consumo de oxígeno realmente limitado frente al ilimitado con que cuentan en las épocas de primavera y estío, los animales en cuestión, pasan a estados que, si se estudiasen debidamente, presentarían todos los caracteres que vimos asignados a los sucesivos estados de hipnosis por el coronel Rachas. El alma animal, por tanto, está sometida, durante la invernación del cuerpo del animal invernante, a estados sonambúlicos y de verdadero trance, que acaso les hace vivir astralmente hoy esa misma vida física de experiencias antaño pasadas quizá en los períodos geológicos de la Edad Secundaria, en los que, las especies similares de los actuales reptiles invernantes, fueron los soberanos de la Tierra, mientras que el estado de la naciente Humanidad de entonces era más astral y etéreo que físico todavía.

Decimos todo esto –a lo que se podría dar proporciones de libro, y libro no poco interesante–, porque los problemas teosóficos relacionados con la *invernación*, si se nos permite la palabra, son de los primeros que, sin duda, se resuelven con la práctica de la Raja-Yoga, y los que, por consiguiente, nos dan la clave de una posible y abierta relación con ese mundo subterráneo de los *jinas* que le hemos visto saltar aquí y allá en el curso de esta obra y de sus comentarios, no menos que en nuestro tan repetido libro *De gentes del otro mundo*, porque para tamaña relación, que vendrá más o menos pronto –todo lo pronto que lo permitan nuestras virtudes individuales y colectivas–, no tiene hoy por hoy, al parecer, dos barreras más tremendas o *Velos* que las nacidas de nuestras limitaciones: primero, por la cortedad de nuestra visión, y segundo, por la imposibilidad en que nos hallamos los vulgares de dominar nuestro aparato respiratorio, al tenor de *Pranayana* yogui, todo cuanto es indispensable para abismarnos y empozarnos a lo largo de los miles de kilómetros que ligan por bajo de la tierra y de los mares a todas las grutas del mundo, y decimos *grutas* y no *cuevas* –y grutas hemos traducido para el título de esta obra– porque gruta es la cueva habitada y todas lo están por esos seres del mundo jina, entre cuyos seres, los Maestros teosóficos, es decir, los grandes dominadores ya de la *Regia* yoga pueden convivir y conviven con la misma facilidad a como conviven, cuando les place, entre los hombres pecadores. La *Raja-Yoga*, pues, es la clave que explicar puede todos los más o menos pretendidos fantaseos de los tres tomos de nuestra Biblioteca de las Maravillas y los de la presente obra que es, por su parte, clave de muchos de ellos, como llevamos dicho... Por eso el día de una honrada y sabia difusión de tan regios conocimientos señalarían para el mundo una fecha más memorable todavía que la del 12 de octubre de 1492 en que el vidente Colón redescubrió a América, y por ello, sin duda, la sabiduría yogui de esa verdadera yoguina de H. P. B. nos viene a decir en la presente obra que la Humanidad no tiene por qué llorar como Alejandro el que no existan otros mundos que conquistar por nuestro esfuerzo.

En cuanto al folleto del Dr. Paul, como se ve, no era él sino un tratadista de yoga, en el que el punto de partida era la Pranayana, que ya hemos visto. Si bien se examina la cuestión por otro lado, no tardamos en encontrarnos que la Trapa, el Císter y algunas otras instituciones religiosas medioevales eran verdaderos planteles o viveros de yoguis cristianos, pues que empezaban con la más rígida observancia de la *Hatha-Yoga* en cuanto a los alimentos, ayunos, meditaciones, privaciones de toda conversación, de todo trato y casi

de todo movimiento, y acababan cavando hasta su propia sepultura, hecho este último que, por otra parte, no es sino un secreto simbolismo de las practicas respiratorias de sus grados ulteriores, prácticas verdaderamente camaleóntidas, de las que no tenemos todavía la menor idea, aunque después de H. P. B. se ha aumentado en Occidente la literatura ocultista con multitud de libros sobre la HathaYoga, o yoga inferior,. no dem~siadamente recomendables, ya que nuestra ciencia egoísta no quiere seguir los cauces que en el texto le asignan las sabias palabras de Boutleroff, allí transcriptas.

Pero no dejaremos este interesante tema sin formular a la ligera algunas ideas que han de servimos para estudios ulteriores.

Lo anteriormente expuesto, en efecto, nos demuestra que todo desarrollo interior y oculto de las facultades superiores que aún yacen latentes en los hombres de más talento, no conocedores de la Yoga, tiene por punto de partida la *Pranayana* o dominio de la respiración. Las facultades verdaderamente camaleóntidas, a las que hemos aludido, no son sino una mera parte del gran problema del cambio vital que todo sér viviente mantiene con su medio y en tal sentido la verdadera yoga, aunque hasta aquí quizá no se haya dicho, arranca de un estudio transcendente de esas misteriosas funciones de los esporas y las bacterias orgánicas que, siendo las organizaciones más sencillas casi que conocemos (aun lo son más, desde luego, las formas bio-eléctricas y las formas bio-químicas a que aludimos en el capítulo I del tomo II de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur*), tienen dos clases de vida diferentes: la vida aerobia o con oxígeno, y la anerobia o sin él. De aquí la excepcional importancia que tienen ellas en los fenómenos maravillosos de las fermentaciones alcohólicas, ácida, pútrida, etc., etc., sin contar también con esa otra función similar respecto de la respiración en el nitrógeno, no en el oxígeno atmosférico que se llama nitrificación y que es el alma de todas las propiedades vegetales del suelo laborable. El hombre, si ha de llegar a enseñorearse efectivamente de la Naturaleza entera, precisa saberse colocar en condiciones de perfecta indiferencia orgánica, tanto hacia la vida aerobia como la anaerobia, cosa que para nuestra ciencia oficial de hoy es el más disparatado de los imposibles, no obstante lo cual, *Por las grutas y selvas del Indostán* nos ofrecen ejemplos de lo contrario, como llevamos visto, si se la quiere tomar en ello en serio y no como mera novela.

(109) Consecuente con cuanto dejamos expuesto en las notas anteriores, la Maestra cierra su sabia obra, mal tenida hasta aquí por mera novela de viajes siendo como es un hondo y bien disimulado texto de Ocultismo, invitando a la ciencia oficial a dejar su estrecho lecho de Procrusto y a tender sus nobles alas a más dilatados horizontes, en los que la virtud y el conocimiento se hermanen dentro de ese mismo carácter dual de Ciencia y de Amor que en todos los pueblos antiguos han integrado al verdadero concepto de la Sabiduría, y se nos abriría el camino –cerrado quizá desde los malos tiempos de la Atlántida–, para que, descorrido el *Velo de Isis* de nuestros pecados y mal karma, pudiésemos ponernos al habla con esos seres *jinas*, *superhombres*, *héroes* o como se les quiera llamar, que están separados de nosotros por el tenue *velo de maya* de nuestra maldad y de nuestra ignorancia, y a los que hemos intuido en tantos pasajes nuestra obra *De gentes del otro mundo*. Harto clara y transparente además es la profecía contenida en las últimas palabras de la Maestra al decir: "Cuando la ciencia oficial entrase al fin por dicha senda de tolerancia... Los fenómenos llamados espiritistas subirían por cima del triste nivel de echar las cartas o de materializar, a fuerza de evocaciones, los espectros: los célebres *espíritus* evocados se evaporarían probablemente, y en su lugar otros espíritus vivientes "que no pertenecen a este mundo" serían mejor conocidos y comprendidos por la Humanidad, porque los hombres no llegarán a abarcar la armonía del conjunto del Universo hasta tanto que sepan al detalle todos los hilos de esta inextricable red que liga al mundo visible con el invisible."

"–¿Qué puede haber que impida a la Humanidad el reconocer dos fuerzas activas dentro de ella, la una puramente animal y la otra puramente divina?" –termina diciendo la Maestra, y en verdad que, por débil que sea nuestro espíritu matemático y filosófico, no es imposible ya el negar que todos nuestros múltiples análisis son vanos si no los corona la síntesis; y que ninguna de nuestras ciencias es tal ciencia, por otra parte, si no llevamos, finalmente, sus principios hasta formularlos en una suprema síntesis simbólica, que no es, en puridad, sino la de la Razón Inversa, o sea el producto de dos variables, creciente la una, cual crece la evolución animal de las formas en la Naturaleza, decreciente la otra cual decrece, involuciona o se manifiesta al par la Divina e Inteligible Energía en la Naturaleza misma, al tenor de la consabida fórmula matemático-pitagórica de

$$X \times Y = K$$

fórmula en la que X e Y son las dos variables –la dúada pitagórica– y K el valor constante de la siempre incognoscible Mónada, valor que, en el caso más típico de progreso de X y decrecimiento de Y, nos da esta otra

$$X^2 = K$$

que es la fórmula de la perfección más ostensible y en la que lo animal y lo divino se abrazan e identifican, como se identifican en los Maestros del Ocultismo, Maestros tan venerados por H. P. B. como por el ignorante que esto escribe sin haber tenido la dicha de verlos cara a cara nunca todavía, aunque sí de sentirlos más de una vez de un modo inconfundible, en su propio corazón y en su modesta obra de esta Biblioteca de las Maravillas cuyo tomo cuarto o apéndice concluye con estas mismas líneas.

[i] De esta edición, de la que parece existe un ejemplar en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica de Madrid, se publicó una traducción fragmentaria en varias revistas teosóficas, tales como *Sophía* (años 1902 a 1905). *Philadelphia*, de Buenos Aires, etc., traducción comenzada por nuestro abnegado amigo D. José Melián. teósofo de la primera hora, quien, por su traslado en 1901 a América, no pudo terminarla. Dicha traducción nos ha servido de guía con frecuencia en nuestro trabajo, por lo cual enviamos desde estas líneas a nuestro amigo señor Melián todo el homenaje de nuestro cariño, como asimismo a los teósofos extremeños señores Molano, que parece ser tradujeron otros cortos fragmentos más, sin llegar, por desgracia, uno ni otros a concluir su tarea de traducir la obra, obra que hoy damos comentada para los ocultistas de habla española, no sin antes consignar también nuestra gratitud a otros dos o tres amigos, entre ellos a D. F. Alderete, quienes con su superior cultura y conocimiento de la lengua inglesa han sabido suplir a maravilla nuestro defectuosísimo conocimiento de esta lengua.

[ii] En roda el curso de nuestros comentarios designaremos bajo estas iniciales de H. P. B. a Helena Petrovna Blavatsky, no sólo por verdadera abreviatura, sino a causa de que ella no gustaba que se le designase nunca por su nombre ordinario, sino con tales iniciales simbólicas. El coronel Olcott, al damos el retrato de ella en su obra inglesa *Old diary leaves* u "Hojas de un viejo diario", traducida al francés por La Vicuville bajo el título de *Historie authentique de la Société Theosophique* (tres series o tomos, en 4º menor. París, *Publications theosophiques*, 1907 y 1908), nos dice en el capítulo XXVI, serie 1ª, titulado "Madame Blavatsky en la intimidad": "Ante todo, ¿por qué ella se hacía llamar H. P. B., y por qué repugnaba tanto que se la denominase *Madame*? ... Suele decirse que porque ella había conocido y detestado a una perra con este nombre de *Madame* en casa de unos amigos suyos, pero yo creo más bien que este capricho de hacerse designar por dichas tres iniciales tenía un sentido oculto más profundo de lo que puede creerse a primera vista, debido a que la personalidad de nuestra gran amiga estaba tan íntimamente ligada a la de muchos de sus Maestros tibetanos, que, en realidad, el nombre ordinario que ella ostentaba rara vez podía atribuirse a la inteligencia que regía momentáneamente a su cuerpo físico, tanto que el elevado personaje asiático que en múltiples ocasiones hablaba por su boca, no era, seguramente, ni Helena Hann Fadéeff, ni la viuda del general *Blavatsky*, ni siquiera una mujer, sino que cada una de las siempre cambiantes personalidades de ésta contribuía por su parte, al mismo tiempo que la propia *Helena Petrova*, a formar una verdadera entidad compuesta, que, lo mismo que de otro cualquier modo, podía muy bien denominarse H. P. B."

"Lo que, desde la llegada de Helena a Nueva York, nos asombró más –dice, en efecto, su hermana Vera P. Jelihovsky, en un conocido trabajo–, fue su profunda erudición; los grandes conocimientos que repentinamente brotaban de todo cuanto escribía. ¿Dónde había adquirido todo esos variados y abstrusos conocimientos, de los que no había dado, hasta entonces, la señal más mínima? ¡Ella misma no lo sabía! ... Entonces fué cuando por primera vez nos habló de sus Maestros, o más bien de su Maestro, su *Sahib*, como ella decía, añadiendo: "–Me he lanzado a escribir una gran obra sobre teología, religiones antiguas y secretos de las ciencias ocultas –nos escribía en 1874–; pero no

temáis nada por mí, pues estoy segura de lo que hago. Yo no sabría quizá hablar debidamente de estas cosas abstractas, pero todas las materias fundamentales de que trato, me son inspiradas. Lo que escriba no será mío solo, pues yo no seré sino el instrumento; la cabeza que pensará por mí, será de alguien que lo sabe todo" …

"Por otro lado –continúa Jelihovsky– mi hermana escribía a nuestra tía N. A. Fadéeff:

"Decidme, queridísima. ¿tenéis algún interés en los secretos de la fisiología psíquica? … Lo que voy a relataros presenta un problema interesante para los que se dedican al estudio de tal ciencia. Entre los miembros de nuestra floreciente Sociedad, recientemente fundada con personas que desean estudiar las lenguas del Oriente, la naturaleza abstracta de las cosas y los poderes espirituales del hombre, tenemos algunos que poseen bastantes conocimientos, como por ejemplo, el profesor Wilder, orienta lista y arqueólogo, y muchos otros que se han acercado a mí para hacerme preguntas científicas, los cuales me aseguran que estoy más versada que ellos en las ciencias abstractas y positivas, y que conozco mejor las lenguas antiguas. ¡Es un hecho inexplicable, pero no por eso menos verdadero! … ¿Qué pensáis, pues, de esto? Explicadme, si podéis, mi antigua compañera de estudios, diciéndome cómo puede ser que yo que, como sabéis muy bien, me hallaba hasta la edad de los cuarenta añas en un estado de crasa ignorancia, me haya convertido repentinamente en un sabio, en un modelo de conocimientos, según la opinión de sabios verdaderos. Es un misterio irresoluble. ¡Soy un enigma fisiológico, una esfinge, un problema para las generaciones futuras, igual que lo soy para mí misma!

… Imaginaos que yo, pobre de mí, que nunca quise aprender nada, que no he poseído conocimientos ningunos de química, ni de zoología, ni de física, y que sabía muy poco de historia y geografía, hago frente en discusiones sobre asuntos científicos a sabios de primer orden, y hasta llego a convencerlos. Os doy mi palabra de que no me chanceo y de que estoy espantada. ¿Cómo comprender que cuanto ahora leo me parece que lo he sabido hace largo tiempo? Percibo errores en los artículos de maestros como Tyndall, Spencer, Huxley y otros … ¿De dónde vienen estos conocimientos? No lo sé y algunas veces estoy tentada de creer que mi propia alma, no es la misma mía, sino de otro …"

"Conviene añadir que los artículos de crítica de la obra en cuestión –*Isis sin Velo*– fueron innumerables y que, amén de dos diplomas, recibió mi hermana muchas cartas de hombres científicos tan eminentes como Layman, John Draper y Alfredo Rusell Walace. Este último terminaba diciendo: "Estoy verdaderamente sorprendido, señora, de vuestra profunda erudición. Tengo que daros las gracias por haber abierto mis ojos para un mundo de cosas de las cuales no tenía anteriormente la menor idea, desde el punto de vista que indicáis a la ciencia y que explica problemas que parecían insolubles." Los diplomas le fueron enviados por Logias masónicas de Inglaterra y de Benarés (Sociedad de Svat-Bai), las cuales reconocían sus derechos a los grados superiores de sus fraternidades. El primero iba acompañado por una rosacruz de rubíes y el segundo por un ejemplar antiguo y del mayor valor, del *Bhagavad-Gîta.* Pero aún es más notable que el Reverendo Doctoral de la Iglesia Episcopal de la Universidad de Nueva York adoptó el libro de *Isis sin Velo* como texto para sus sermones. Durante una serie de domingos ocupó el púlpito con sus temas, y el Reverendo Mac Kerky,

tomando sus asuntos del tercer capítulo, del volumen I, edificó a sus feligreses lanzando anatemas sobre los discípulos materialistas de Augusto Comte y otros pensadores semejantes."

Los positivistas y hombres de ciencia –añadimos nosotros a lo transcripto–, que encuentren extrañas estas cosas, deberán recordar ya que no el *don de lenguas* de los Apóstoles, los diversos hechos perfectamente admitidos por la psicofisiologia experimental en Occidente, bajo el nombre curioso de *personalidades múltiples*, tales como la de miss Florencia Cook, estudiada por el gran físico William Crookes, en su obra *Medida de la fuerza psíquica,* Recordar, deberán también, las experiencias del profesor Azam, con las enigmáticas criaturas que él denominó *Félida 1ª* y *Félida 2ª*, las dos con el mismo cuerpo físico: o, en fin, los memorables casos psiquiátricos de la *Mary Roff* del profesor Banett, o la *Mary Reynolds*, del *Watseka Wonder,* que cita el propio Olcott al tratar de este enigmático problema relativo a la verdadera personalidad de H. P. B. en los capítulos XIII al XVI del tomo dicho.

Respecto, en fin. a otros nombres con los que H. P. B. es también conocida. merecen citarse el familiar de Upasika, con el que solían designarla sus Maestros tibetanos, y el pseudónimo de *Radja-Bai* o *Radha-Bai*, con el que, según su hermana Vera P. Jelihovsky, era más conocida en Rusia. Este pseudónimo recuerda, por la correlación de las palabras sánscritas de *rajas* (pasión), y *satva* (o *svat*, conocimiento), el enlace ocultista acaso de H. P. B., con la Sociedad de *Svat-Bai*, que, como se ha dicho, la envió un diploma.

[iii] De semejante tendencia mediánica parece se desprendió H, P. B. tras una grave enfermedad en Tiflis, pues desde allí escribió: "Las Últimas huellas de aquella mi enfermedad psicofísica han desaparecido gracias a Aquellos –los Maestros–, a los que bendeciré durante el resto de mis días".

[iv] En los momentos en que escribimos estas líneas se nos habla de la traducción española de una admirable obra inglesa todavía no publicada creo, pero que vindica del modo más definitivo a la compleja personalidad de H. P. B, contra los despiadados ataques de todos sus enemigos. La traducción se debe al cultísimo teósofo y catedrático de francés del Instituto de Guadalajara, D. Segundo Sabio del Valle. Tal vez, de que ella salga a luz, nos consagremos nosotros a dar una biografía de H. P. B.

[v] La referida traducción castellana, por diferentes causas, no se ha llegado a publicar aún.

[vi] Véanse sobre esto el prólogo y el capítulo *La raza jina* de los *Tuatha de Danand* de nuestra obra *De gentes del otro mundo.*

[vii] Las infinitas torturas padecidas por la desdichada Humanidad de nuestros días con los horrores de la campaña guerrera nos aterran en verdad, pero nos aterrarán aun más el día en que las veamos a distancia y en frío.

Son ellas tales, en efecto, que para comentarlas y apreciarlas en toda su horrible magnitud infernal y dantesca no cabe sino invocar aquella frase con la que empieza uno de los libros más tristes y hondos de Oriente: *La luz en el Sendero,* cuando, con amargura no superada por el propio Kempis, dice: "Antes que los ojos puedan ver, deben ser incapaces para llorar; antes de que el oído pueda oír, ha de haber perdido su sensibilidad: antes que la voz pueda hablar, ha de haber perdido la posibilidad de herir. y antes que el hombre pueda alzarse en presencia de los Maestros. tiene que lavar sus pecadoras manos en la sangre del corazón..."

[viii] Abreviatura de Helena Petrona Blavatsky, familiar entre los teósofos.

[ix] "El coronel Henry Steel Olcott –dice La Vieuville, el traductor francés de *Old diary leaves* en forma de *Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica*, que tantos servicios nos ha prestado en los comentarios a *Por las grutas y selvas del Indostán,* de H. P. B.– nació en Orange, Nueva Jersey (Estados Unidos), el 2 de agosto de 1832 –o sea un año después que nuestra Maestra–. Encontró Olcott a Blavatsky en 1874; con ella abandonó a Norteamérica para pasar a la India el 18 de noviembre de 1878 y en 1882 entrambos se establecieron en Adyar (Madrás) –actual domicilio social de la Presidencia de la Sociedad Teosófica, por ellos fundada en 17 de noviembre de 1875–. Olcott murió en Adyar el 17 de febrero de 1907, después de varios meses de dolorosa enfermedad. Era ante todo y sobre todo, un hombre honrado y leal, dotado en grado máximo de ese sentido que se llama *común*, acaso por lo mismo que es tan raro como precioso Era Olcott también un trabajador infatigable, cuya perseverancia y fidelidad nadie alcanzó a quebrantar, y su vida se consagró siempre, sin reservas ni vanas palabras, pero con todas sus fuerzas, al Servicio de la Humanidad y a la difusión de todo aquello que en su mente se presentara como el ideal más alto y la más pura verdad. En medio de esta eterna busca del ideal jamás perdió Olcott el lado humorístico de las cosas, y su plácido y alegre espíritu le acompañó siempre, hasta el borde mismo de la tumba, sin que jamás creyese que semejante *Servicio en pro de la Humanidad,* con *ese* y *ache* mayúsculas, dispensase a quienes a él se consagran de gozar de la amenidad de la vida y de consagrar un tierno y solícito interés hacia los más obscuros miembros de dicha Humanidad. Era, pues, Olcott, un amigo el más selecto, cual rara vez se encuentra en la vida, un hombre generoso que lo daba todo sin jamás exigir nada en cambio, irradiando simpatía, preocupado constantemente de la dicha y la felicidad de los otros, todo cuanto era indiferente a su propia felicidad y dicha, cualidades de las que pueden testimoniar cuantos le trataron en vida..." (*Hist. Auténtica,* primera serie, página primera).

[x] La Sociedad Teosófica, dirigida antes por Olcott y hoy por madame Besant, establecida en Adyar, no usa con dicho título el de *Fraternidad Universal* aunque profesa, sin duda, tal doctrina que es el primero de sus lemas; la Sociedad teosófica establecida en Nueva York por Judge y hoy en Point Loma, por madame Katherine Tingley le usa, en cambio, con arreglo a la tradición primitiva.

[xi] Estos nuestros modestos juicios, que en modo alguno podemos dar como definitivos, aparecen contradichos, en verdad, por aquella reunión que los dos fundadores de la Sociedad Teosófica tuvieron con el swani Dayanand y los suyos en Saharanpore, de la Rajaputana, donde tan cordialmente fueron recibidos por ellos, puesto que Olcott añade respecto de dicha entrevista, (*Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica,* 2ª serie, cap. VI): "El swani nos expuso sus puntos de vista acerca del nhirvana, el moksha y Dios en términos contra los cuales nada tuvimos que replicar. Al día siguiente, discutimos las bases de la Sociedad Teosófica; él aceptó un puesto en el Consejo, me dió por escrito plenos poderes y aprobó formalmente nuestro plan de crear secciones de parsis, buddhistas, mahometanos, hindúes, etc.... Luego tomamos juntos el tren para Meerut, y durante el viaje convinimos en que él nos enviaría las bases para los tres grados masónicos que tratábamos de implantar para clasificar nuestros miembros más adelantados, según sus capacidades mentales y espirituales, con lo que se ve ya el germen –decimos nosotros– de la llamada Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica. Al otro día por la tarde, hubo una numerosa reunión de miembros de la Arya-Sarnaj, en la que el swani dió una conferencia...", etc., etc.

---

xii Biblioteca de las Maravillas, *Wagner, mitólogo y ocultista,* capítulo de *Lohengrin.*

xiii "–Poneos, padre, en mi lugar" dice el reo de muerte al buen sacerdote, que trata de convencerle de que allí a unos instantes va a verse cara a cara con Cristo, al tenor del picaresco cuento español–. "–Muchas te he hecho, Señor –añade en otro cuento el gitano moribundo dirigiéndose al Padre Celestial–... ; pero... ¡mira que la que Tú me haces ahora... !" Prueba notoria de que a nosotros, los ciegos humanos infelices. nos suele acontecer lo que a los parsis y no nos vamos de aquí con gusto.

xiv Véase en nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista,* los comentarios. al hablar de esta obra de Cervantes, en el *Tristán e Iseo.*

xv *La Doctrina Secreta*: Introducción, c. I. págs. 1 a 3.

xvi *La Doctrina Secreta,* t. II, al final de la Estancia X. pág. 283 de la edición española y *De gentes del otro mundo,* capítulo último sobre *El Misterio de los Jinas.*

xvii Véase el mito de Satán-Lucifer, en "arios pasajes de *La Doctrina Secreta.*

xviii No insistiremos en estos conceptos por estar explicados de un modo completísimo en La Doctrina Secreta, al comentar las tres primeras *Estancias de Dzyan.*

xix *Ispahan*, es la raíz del nombre de *Hispania* o *España* y acaso signifique, como ésta, "lugar de topos o de conejos". En cuanto a las enormes influencias protohistóricas de la Persia primitiva, en nuestra Península aún existen muchos restos, especialmente en Asturias, como puede verse en nuestro libro *El tesoro de los lagos de Somiedo* y se ampliará en el tomo que consagraremos a la Atlántida.

xx Aunque por la delicadísima índole del asunto y por nuestra ignorancia no puede hablarse demasiado acerca de dichos Superhombres, Mahatmas o Maestros, séanos permitido el remitir al lector sobre esta clase de encuentros a las páginas 80, 126 y 190 (serie 1ª francesa); 133, 385 (serie 2ª); 149, 241 y 243 (serie 3ª) de dicha obra, cuando a *El Mundo Oculto,* de Sinnett, que se ocupan extensamente de tan elevados seres, uno de ellos con nombres semejante al que H. P. B. asigna a su misterioso acompañante.

En cuanto a la protección visible que ellos dispensaron a H. P. B. en los momentos más críticos de su vida, puede verse los ya citados relatos de su hermana Vera P. Jelihovsky, de entre los que entresacamos los siguientes:

"En la primavera de 1878, sucedió a mi hermana un hecho muy singular. Habiéndose puesto a trabajar una mañana, como de costumbre, perdió repentinamente el conocimiento y no volvió a recuperarlo sino cinco días después. Tan profundo era su letargo que seguramente la hubieran enterrado si el coronel Olcott y su hermana, que se hallaban entonces con ella, no hubiesen recibido oportunamente un mensaje procedente de que ella llamaba su Maestro y en el que decía: "No temáis nada, no está muerta ni enferma; pero tiene necesidad de reposo. Se ha excedido en el trabajo… volverá en si". Cuando recobró el conocimiento se encontró tan perfectamente bien, que no quería creer que había estado durmiendo durante cinco días consecutivos.

Poco tiempo después de este extraño sueño formó mi hermana el proyecto de ir a la India.”

“Durante los cinco años que pasó en la India –continúa diciendo Jelihovsky- no tuvo menos de Cuatro ataques de su enfermedad, tan graves todos que en cada uno de ellos los mejores médicos de Bombay y de Madrás diagnosticaron que no era posible que viviese; pero siempre recibía una ayuda tan rara corno inesperada. Unas veces un Doctor indígena, otras un yogui brahmán, otra un pobre paria, demacrado por los ayunos y austeridades, se presentaban siempre sin haber sido llamados y le ofrecían sus remedios que resultaban siempre eficaces, Luego, a la hora señalada, caía en un sueño profundo, del cual, según los médicos europeos, debía pasar a la agonía, y en lugar de esto se despertaba después de haber dormido largo tiempo, como si nada hubiese acaecido. En dos ocasiones, sin embargo, las cosas ocurrieron de bien distinto modo. Se presentaron visitadores extraños, desconocidos e inesperados, que se hicieron cargo de ella y se la llevaron no se sabe dónde. Muchas personas de la mayor seriedad atestiguan estos hechos, además de que sus propias cartas lo prueban bien claramente. En una de éstas nos comunicaba que cierto día en que la aquejaba una gravísima enfermedad, un chela o discípulo, le había traído orden de que le siguiese y nos rogaba que no nos inquietásemos por su silencio, el que necesariamente se prolongaría puesto que el lugar donde tenía que pasar algún tiempo para reponerse estaba muy lejos de los correos y telégrafos.

“Tengo también otra carta escrita en mayo de 1881, desde Meerut, más allá de Allahabah. después de una grave enfermedad sobre la que nos habían escrito los que se hallaban con ella y en la que nos decían que nos preparásemos para lo peor. Sus amigos iban a llevarla al campo, cuando recibió la “orden” de dejar los caminos transitados y de internarse en las montañas. “Allí encontraréis ciertos individuos –le dijeron- que os guiarán a los bosques sagrados de Deoband.” Pero a la mitad del camino le ocurrió un incidente grave que le acarreó una recaída en su enfermedad. He aquí unas cuantas líneas de una carta que me escribió tres semanas después:

“Perdí el conocimiento –dice- y no conservo recuerdo alguno de los hechos ni de los sitios; todo lo que sé es que fuí llevada en un palanquín, en el que iba acostada, a una gran altura. A la tarde volví en mí, según me dijeron, pero sólo un corto momento. Me encontré acostada en una habitación espaciosa, tallada en la viva roca y completamente vacía, a excepción de algunas estatuas de Buddha y de unos pebeteros encendidos que ardían alrededor de mi cama, desprendiendo muy agradable olor. Un anciano

completamente blanco se inclinaba sobre mí, dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas tuve tiempo de reconocer a Delo Durgai, el antiguo Lama del Tíbet, a quien había encontrado en el camino unos días antes y que me había dicho que nos volveríamos a ver juntos". Luego que reconoció al Lama tibetano, mi hermana cayó en uno de esos extraños sueños y no volvió a recobrar el conocimiento hasta que de nuevo se encontró al pie de la montaña, en el pueblo en que sus compañeros europeos ya la esperaban. Nunca fue permitido a sus amigos ingleses, ni aun siquiera a los naturales, que le siguiesen en estas expediciones misteriosas en que se suponía que iba a ver a algún ser superior. A pesar de esta convicción abrigada por los que la rodeaban, nunca nos escribió que visitaba a sus Maestros; sin embargo, he encontrado una de sus primeras cartas, escrita en 1879, en que relata la participación de uno de estos seres en uno de su viaje con el coronel Olcott entre las bóvedas y ruinas de antiguos templos, cuyo relato es del mayor interés."

Como se ve, el viaje a que se refiere Vera P. Jelihovsky, es el de las grutas de Karli que nos ocupa. En cuanto a las misteriosas curaciones dichas, Mr. Solovioff, que parece aludir equivocadamente a sugestiones hipnóticas, concluye una célebre carta relativa a H. P. B. de esta manera: "Cuando termine su vida –vida que estoy muy convencido está sostenida tan sólo por algún poder mágico– sentiré durante toda mi existencia la nostalgia de esa mujer tan desgraciada como notable".

[xxi] Leyendo las hermosas páginas de Sinnett en *El Mundo Oculto* consagradas al maestro K. H., hallaremos que este prodigioso personaje es el mismo Gulab-Lal-Sing que acompaña a H. P. B. en las aventuras más extrañas de la obra que comentamos, y el mismo, probablemente, al que se refiere la Sección II, tomo II, de *La Doctrina Secreta* al hablar de *Qutamy*, rico comerciante de la Caldea que en el siglo XIII antes de J. C, escribió el maravilloso libro, traducido al árabe en el siglo VII y en 1860 al inglés por Chwolsohn bajo el inocente título *Nabathean Agriculture,* libro arcaico que, en opinión del traductor, es una iniciación completa en los misterios de las naciones preadámicas bajo la autoridad de documentos innegablemente auténticos y un completo epítome de las doctrinas, artes y ciencias, no sólo de los caldeos sino también de los asirios y cananeos de las naciones prehistóricas, según el propio Marqués de Mirville en su célebre obra *Pneumatología*. Cuán grande será la importancia de la obra en cuestión, que la misma *Doctrina Secreta,* de H. P. B., palidece ante ella, y no es sino una copia de sus doctrinas en muchos pasajes, según confesión de la escritora. En cuanto a su autor, nosotros nos permitimos añadir respetuosisimamente que, por ciertos indicios de nuestros estudios, sospechamos sea uno de los dos Deva-pi de *Kalipi*, *Kalapa* o *Kala-pani* (el mar) a que se refiere la profecía del Mastya Purana, que reproducimos más adelante. El otro acaso sea el Maestro M. a quien también se refiere Sinnett en la obra citada como personaje de la más excelsa filiación atlante, es decir, dos de los 35 *tirtankaras jaínos* a quienes hemos hecho diferentes referencias, tanto en estos comentarios corno en *De gente del otro mundo.*

[xxii] "Es la verdad –dice el heroico papa Clemente XIV–, exactamente como esas medicinas amargas que desagradan al paladar pero que nos dan la salud después."

[xxiii] También se dice volverán entre los hombres al final del Kali-yuga dos *deva-pi* (o del círculo de los Devas) de la raza de *Maru* o *Morú* y *Kurú* (es decir, Mahatmas. Hombres solares), de la familia de Ikashvaku, que hoy residen en Kalapa o *Kali-pi* (del Tíbet), restaurando la raza chattriya solar o de la *Edad de Oro.* Este *Moru* o *Morya* es uno de los diez *reyes solares* de la Atlántida según se colige, dice la Maestra, del texto del *Matsya Purana,* capítulo CCLXXII, y es uno también de los de la tribu del *Rajaput* o *Raja-putana* que venimos hablando. También se le llama en el *Mahah-ansa* (el *Gran Cisne, Lohengrin*) *Morya Naga,* es decir, uno de los *Nagas* o *Nahoas* divinos, que dirían los caldeos, un *Gran Iniciado* protector, como lo indican los diversos nombres que van transcriptos, alusivos todos a cuanto hay de más grande y glorioso en la historia de la Humanidad, es a saber:

Kalki-Avatara, el *Avatar de Calcas*; la misteriosa ciudad de la región más septentrional del Tíbet, o de las cien otras *Calcas* del mundo antiguo alusivas al lenguaje *criptográfico*, *zenzárico, numérico* o *calddio*, sobre el que ampliaremos los informes en uno de los futuros tomos de nuestra *Biblioteca de las Maravillas.*

Marú, raíz acaso eje los manuts celestes, a los que se refieren muchos himnos de los Vedas;

Morú, alusión a los primeros reyes divinos de la Atlántida, de los que tomó el nombre la Mauritania africana;

Kurú, Kyrie, Caurio o *Corio*, es decir, de la primitiva raza solar;

Ikashvaku, de *Kalapa* o *Kali-pi*. Primieval familia de *pitris* o *antecesores lunares*, respecto de la cual lo ignora todo nuestra ciencia histórica;

Mastya, uno de los Avatares relacionado con el *Oanes, Dagon, It. Ti, Xisthruros,* etc., de las demás teogonías.

Mahah-ansa, el *Gran Cisne, Kala-hamsa, Swan-Ritter, Lohengrin,* etc., como más al pormenor se ha indicado en el capítulo VIII de nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista;*

Morya-naga, el *marut-naga,* caldeo, y también el naga azteca y nahoa del que tanto se habla en el panteón mexicano.

Otros muchos nombres de los que con más veneración juegan en todos los libros sagrados de las religiones, y en los mitos de todos lo pueblo se relacionan más o menos directamente con este *Deseado* de los tiempos, o mejor dicho, con estos *dos Deseados,* que quizá son los aludidos por nosotros en la nota que antecede relativa a Gulab-lal-sing.

[xxiv] Otras muchas construcciones arcaicas notabilísimas se ven reproducidas en la obra citada, pudiendo recordarse entre ellas las casi inexploradas *Cuevas de Jenolán,* en las montañas Azules de la Nueva-Gales del Sur, en las

que se han reconocido canales subterráneos, hasta una profundidad de 25 millas, sospechándose que estos últimos continúan también desde Mudgee hasta las *Cuevas Wombeyanas de la Tina,* de Gouldbourn; en santuario de *Nan Tanach,* llamada la "Venecia del Pacífico"; el templo de *Tonga*, o del Rey Salomón; las cuevas de *Vollondilly*, y la australiana de *Jallingup*; las piedras monolíticas de *Baalaeck*, que miden hasta 22 metros; las construcciones roqueras de *Marcos Cañón,* en los Estados Unidos; las gigantescas esculturas monolíticas de *Pegú*, y de *Kistang* (China); los restos de las *Murallas babilónicas,* que midieron 80 kilómetros de longitud por 102 de altura; la *Avenida de las Pagadas, del Kuthodaw de Manday,* que cuenta cerca de 800 metros, cada una con un versículo sagrado, que componen entre todos un largo poema; el conocidísimo templo de *Delhi*, célebre por el espectáculo que en él se da periódicamente el fanatismo de los musulmanes; el *Palacio de Bronce* de Anuradhapur, en Ceilán, del que aún restan unos 1.600 pilares monolíticos; el templo monolítico dravidiano de Mahabalipur, en el rath de Sahadeva; la doble hilera de 1.500 columnas, de Palmira; la pagoda de *Shway Dagon,* en Rangoon, con un enorme cono todo recubierto por láminas de oro y con unas 5.000 piedras preciosas en la cúpula; la tumba de los Cuarenta y siete ronins o capitanes de Tokio; la pagoda de *Mingún*, de Birmania, que supera a todo cuanto puede imaginarse respecto a construcciones con ladrillo; el templo de *Iyeyasu*, cn Nikko; las célebres pirámides de Madura, las de Egipto y las mexicanas; el *Wat-Po* de Bankok; el *Gomaste-iswara* en Sravana, de Bengala; el *Potala-lasa* del Gran Lama tibetano; el templo de *Ramn-isaram,* en una de las isletas entre Ceilán y la India; las *Dagobas de Bora Bodver,* en java; el *harnero de mármol del Taj-Mahal;* el *elefante de Konarak,* pariente muy inmediato de la Vaca de las Cinco Patas hindú y el Caballo de las Doce Patas parsi y tártaro; el *Toro* de Mysore; *el templo de los 500 discípulos* o *Go-hija-ku Rallan*, del Japón y cien otros hipogeos, templos, esculturas y construcciones notables que hacen formar de la perdida antigüedad una idea mucho más grande de la que hasta aquí hemos tenido en nuestros positivismos, siquiera la rutina, o, por mejor decir, la envidiosa perfidia se interponga en el texto del expresado libro con frases tan absurdas y ridículas, como éstas del torno I, página 145: *"los Jaínas eran un pueblo salvaje, poseedor de una aptitud maravillosa para la erección de exquisitos y duraderos monumentos…"* ¡como si los monumentos se pudiesen alzar sin conocer las Matemáticas, y como si este conocimiento, el más alto de todos, después de la Filosofia, no bastase para caracterizar y elevar a toda una civilización!

¿Qué pensar, en efecto, de una época como la nuestra que de tan ignorante forma se expresa alardeando, no obstante de ser la más culta de todas las de la Historia, una época que cree posible a unos *salvajes* construir, como no construyen los *civilizados*, a quienes de este modo hace sin darse cuenta verdaderos *salvajes de salvajes,* y acaso con razón, después de los horrores que hemos visto en la llamada *Gran Guerra*? Verdaderamente que es de admirar los extremos a los que conduce el sectarismo de gentes católicas o positivistas, que para el caso es lo mismo, capaces de expresarse así en serio y echando por delante para que desmientan sus asertos las propias fotografías.

La larga lista de monumentos dignos de admiración que la referida obra nos ofrece podría ampliarse con sólo hojear algunos tratados al efecto y hasta otros que más o menos de paso se refieren a ellos, tales como los trabajos de Texier acerca del Valle de Urgub (Asia Menor), que en sus siete o más leguas de longitud presenta aún las ruinas de muchas ciudades labradas en la peña viva, al estilo *jina*, con frontis maravillosos en los que se ostentan las primitivas columnas dóricas. Son estas *ciudades*, de las que, en pequeño, hay algún ejemplo en España, los llamados *Bin-bir-kilesias* (o las 1.001 iglesias), que, más o menos directamente están relacionados con toda la arquitectura hipogeica y ciclópea llamada *pelásgica*, al modo de la de Micena, Tirinto, Sepulcro de Atreo, Orcómene, y también del Alto Indostán en las fronteras de Persia, o sea en las montañas de Cachemira, cuna de los brahmanes, con los 2.000 subterráneos recorridos por Abul-Fazil.

[xxv] En el capítulo de Isis de nuestra obra *De gentes del otro mundo* puede verse ampliado el simbolismo isiaco o luni-solar de la *Ardha-nari* indostánica.

[xxvi] Es de altísima importancia distinguir en la facultad plástica o moldeadora de nuestra mente dos aspectos: el activo, al que nosotros denominamos imaginación creadora, y el pasivo al que puede y debe llamarse fantasía (de *phantos*, espectro). En el primero la facultad dominada por nuestro Ego interno da lugar a toda la gamma creadora del Arte y de la Magia; mientras que en el segundo este Ego, que es su verdadero dueño, pierde el dominio sobre ella, y esta última, plástica siempre, puede ser afectada de un modo *mediumnístico* y pasivo, por otras mentes más poderosas, incluso por las perversas criaturas del mundo elemental.

[xxvii] Para que se vea hasta qué punto es justo nuestro elogio, vaya un botón de muestra: Bhagavan-Das dice estar tan ligadas las dos pasiones del *temor* y del *odio* que, a decir verdad, "sólo se odia lo que se teme y sólo se teme lo que se odia". Pero si el hecho es cierto, según nos lo atestigua nuestra conciencia, nos encontramos que siendo a su vez el Odio la pasión contraria del Amor, al recomendar todas las religiones *el amor a todos los seres* (Buddha) o *el amor al prójimo como a nosotros mismos* (Jesús), no han venido sino a enseñar la destrucción, la supresión de todo odio. ¿Qué habrá de sucedemos, pues, así que logremos llevar un día a la práctica tan divino precepto? Pues la cosa más prodigiosa del mundo: a saber, que al desterrar todo odio de nuestros corazones desterramos *ipso facto* todo temor; es decir, pasamos, sin darnos cuenta, de míseros hombres que temen, a

superhombres, héroes o dioses, que no sólo no temen ya nada, sino que han adquirido por el Amor así trascendido el supremo poder, la Magia buena, en una palabra.

Otras enseñanzas de *La Ciencia de las Emociones* nos darían bien curiosas lecciones por este tenor.

[xxviii] Estos montes Vindios figuran también en la toponimia legendaria de Asturias, como puede verse en nuestro libro *El tesoro de los lagos de Somiedo.*

[xxix] De aquí la famosa escultura de Laoconte griego, del *Ophiuco* y el *Serpentario*, mito que ha dado nombre a una gran constelación moderna y mil otros pasajes de las religiones tales, como el de Moisés y los magos de Faraón, etc., etc.

[xxx] En las leyendas escandinavas de los Eddas aparece también el héroe Lemniskaten triunfando, como Krishna y como Hércules del monstruo pavoroso. En ellas se inspiró Wagner para su Sigfredo. (Véase este capítulo y el de Parsifal en nuestra obra *Wagner, mitólogo y ocultista, El Drama musical de Wagner y Los misterios de la antigüedad*).

[xxxi] *Los grandes iniciados.* Bosquejo de la Historia secreta de las religiones, por Eduardo Schuré, traducción de la 16ª edición francesa, por Julio Garrido Ramos. Biblioteca Orientalista de R. Maynade, Princesa, 14, Barcelona.

[xxxii] En cuanto a las estatuas notables de antiguos templos e hipogeos, la obra *Las maravillas del mundo y del hombre* nos trae fotografiadas, entre otras muchas, la célebre de Gomateswara, en Sravana (Bengala), que mide 50 pies; la de Marco Polo, en Cantón; los Buddhas del Nikko; los de bronce de Ayuthia (Siam); los de Bamián; el Amida gigante de Daibutsu (Japón), etc., etc.

"La peculiaridad jaina –añade dicha obra al hablar de Mahavira– estriba en la acumulación de una desusada multitud de templos en un espacio reducido", como se ve en Palitana (Kathiawar) y en las regiones de *Kanara*, el *Gunta-roja* de las leyendas jinas con estatuas monolíticas en los estrechos lugares murados llamados *betta* o *beth*, que se relacionan estrechamente con los *betilos*, o *piedras mágicas.*

[xxxiii] De infinitos templos históricos se narra idéntica leyenda. El primitivo monasterio de Corias, en Asturias (véase *El tesoro de los lagos de Somiedo,* pág. 125), se dice que fue visto en un celeste sueño por Don Suero, bajando de la altura por mano de los ángeles, pendiente de cadenas de oro. Semejantes leyendas son, a bien decir, toda una trascendente realidad, porque todas las cosas de este mundo y en especial las grandes concepciones artísticas, antes son formadas en el plano arquetípico, en el de la idea y en el de la imaginación creadora, mundo jina, verdadero *Devachán*, *Amenti*, *Campos elíseos, Cielos*, mundo del ensueño, o como quiera llamársele, que luego toma carne en el grosero y deleznable plano de la forma física. En la introducción a nuestra *Biblioteca de las Maravillas* (pág. XII), se habla, siguiendo una feliz frase de Annie Besant, cómo fue concebida la divina escultura de la Venus de Milo, y cómo, según el poeta Gabriel y Galán, fue visto el sublime lienzo de El Cristo de Velásquez.

[xxxiv] Cabré, *El Arte rupestre en España,* pág. 56. Es la eterna historia de ciertos *sabios* frente a las revelaciones que, para confundir su vanidad, suelen hacerles un pasado más glorioso que su pretendida ciencia, de cuando en cuando. Recuérdense sino las frases de Voltaire acerca "del falso Hermes, el falso Zoroastro o el falso

lenguaje sánscrito". Pero nuestros investigadores no escarmientan jamás y siguen volviendo la espalda a las enseñanzas de Oriente. ¡Tanto peor para ellos!

xxxv *Ollas* u *Oellas* es un nombre también de perfecto sabor inca. *Mama-Olla* o *Mami-ta-Oella* es la esposa de *Manco Capac* y fundadora con él de la gran dinastía de los Hijos del Sol. Ignoramos si existe o no alguna conexión ocultista entre ambos nombres el oriental y el inca.

xxxvi El coronel Olcott murió el 17 de febrero de 1907, o sea cerca de siete años antes que lo anunciado por la profecía del astrólogo telugú. Sobre este asunto hemos escrito nuestro artículo *Uno en Dos y Dos en Uno* (publicado en el periódico *Luz Astral,* de Casa blanca, Valparaíso, Chile), apuntando ciertas circunstancias de la vida de los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, que no dejan de ser curiosas, porque todo cuanto respecto de Olcott resultó anticipada la profecía del astrólogo, otro tanto se retrasó respecto de Blavatsky la profecía de la ciencia, que juzgó fatal su muerte en 1885, en lugar de mayo de 1891, en que acaeció, como es sabido.

xxxvii Este país al que aludc Cantú no es sino el de *Kalkas*, que se extiende por toda la zona montañosa del Altai, al Norte de la Mogolia. A él aludimos en nuestro estudio acerca del poema chino del Li-Sao, del que nos ocuparemos después.

xxxviii En libros hindúes como el de *Bahaskara-Acharya,* se anticipan las ideas de Kepler y de Newton; Brahma Gupta dió el *Brahma-Kalpa* o sea el mayor periodo cósmico oriental que se conoce relativo a la *Vida de Brahmâ,* o sea del Universo y que es de 311 billones y pico de años. (Véanse nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur,* t. II. cap. de *Astronomía y Astrología*). Dara-Padma nos dió el *Padma-Kalpa,* o sea el *kalpa del Loto,* la duración calculada de nuestro sistema planetario; Vara Mytra el *Surya-siddanta,* o sea el período calculado a toda la actividad del Sol, y los astrónomos primitivos de la *Arya-Vharta* nos han dado después el libro más precioso de Astronomía titulado *El Mandyari,* inspirado en las doctrinas de los dos astrónomos antediluviano, Narada y Asura-Maya. Hay en los Vedas multitud de himnos al Sol, tales como el *Gayatri*, pues Mythra, en sánscrito, significa el Sol y amigo, y el *Zend-Avestha,* no es, como los Eddas, sino los Vedas parsis y escandinavos, como el famoso pez-salvador, el Dragón u Oanes caldeo es también el cantado en el Mahabharata. *La Upnicata* traducida al latín por Anquetil en 1775 no es sino un extracto poco exacto de los Vedas, hecho con cargo a la traducción persa que de ellos hizo el shah Jan en 1500. Estos detalles, en su mayor parte, están también sacados de la Historia de Cantú, quien se hace cargo asimismo de la leyenda relativa a tres Mahabharatas distintos: uno de tres millones de dísticos para los dioses; otro de millón y medio para los pitris o ancianos, y otro poco menor para los gandharvas celestes.

xxxix Obra meritísima sería la que estableciese el debido paralelo entre los personajes histórico-simbólicos del Mahabharata, con los de la Teogonía de Hesiodo y con los de las epopeyas homéricas. Ya el propio Cantú

nos dice, por ejemplo, que *Runú* y *Pranadoira* del Mahabharata, son los griegos Orfeo y Eurídice; la *Anna Pumada* o diosa de la Abundancia de aquél, la Anna Pere, nodriza de Júpiter, como el *Deva-Cal-yun* es el personaje del drama *Hari-Vansa* hijo de Carga o Ganga, que fue sumergido al querer medirse con Krishna. Añade, en fin, con buen criterio histórico, que ni en el millón de himnos del Rig Veda, ni en todas las cien mil estrofas de los cuatro Vedas juntos se menciona jamás a Shiva ni a Krishna.

[xl] Este doctor Mennell es célebre en los fastos teosóficos por haber sido el médico dc cabecera de Mad. Blavatsky y haber aplicado la Teosofía a la Medicina con gran fruto. De él me ha contado el Delegado Residencial en España, D. José Xifré, que se hizo célebre en Londres por las enormes dosis a que recetaba el arsénico, hasta el punto de que los farmacéuticos obligaban al paciente, para salvar su responsabilidad, a que con él firmase las recetas. El mismo señor Xifré me ha contado que para combatir los insomnios que le acometían siempre que venía a España, fue a consultar a dicho doctor, por consejo de la propia Mad. Blavatsky, y tomó también por él dosis de arsénico verdaderamente enormes. Por cierto que le encargó, muy mucho, que suspendiese tal medicación todo el tiempo que permaneciese en España. ¿Tendrá que ver, acaso, semejante diferencia con lo que podríamos llamar aura o astralidad diferente de país a país. Decimos esto, porque recordamos que el célebre doctor Raspail, tan perseguido por los médicos profesionales, achacaba al arsénico una acción funesta, cosa que acaso aprendió de las tradiciones médico-arábigas españolas que se transparentan en muchas de sus prescripciones.

[xli] Aquí tropezamos con otra cosa bien curiosa y es la relativa a la superstición astur acerca del *mal del filo*, así llamado (*El tesoro de los lagos de Somiedo*, pág. 243) por la curación análoga de otras enfermedades por el procedimiento *del hilo*, aunque no precisamente de la ictericia. Verdaderamente que hay todo un mundo que esclarecer, para bien de la Humanidad doliente, más el cúmulo de supersticiones médicas de todos los países, labor que un médico teósofo podría como nadie hacer.

[xlii] El *mantram* u oración, más bien cantada que hablada, puede, en ocasiones, producir verdaderos efectos curativos, sobre todo en las personas aquejadas por enfermedades nerviosas y que tengan fe en ellos, por supuesto. Sobre el poder curativo del *mantram* musical se ha escrito muchísimo, y algo de ello se consigna en nuestro Wagner, al hablar de la música corno lenguaje iniciático (capítulo II). Un *mantram* continuado puede operar los fenómenos más increíbles. La ciencia musical de hoy ya no rechaza que pudiese saltar en pedazos bajo *su nota*, la copa de finísimo cristal de Bohemia o Venecia, ni tampoco que las trompetas de los israelitas pudiesen derribar con sus sones las murallas de Jericó. Nuestra ignorancia acerca de lo que son verdaderamente en sí las leyes naturales, nos hacen rechazar, escépticos, los milagros, cuando es lo cierto que ellos existen, en efecto, siquier no sean tales milagros, en el sentido de transgresión de las leyes de la Naturaleza, sino en el de juego de leyes y cosas que, por hoy al menos, nos son desconocidas.

[xliii] Estas últimas palabras son toda una revelación que concilia los asertos de Olcott con la trama novelesca del capítulo que comentamos, pues que un Maestro o Adepto acompañaba o vigilaba de cerca al menos, a los viajeros, según se verá después en el curso de los estupendos fenómenos relatados con toda sinceridad por el veracísimo Coronel. Además, el nombre

por el que era conocido de H. P. B. dicho Maestro, era el de *Gulab-Sing,* que es el mismo que lleva en la obra de ésta.

Tan cierto es esto, que la especie de telegrama misterioso a que se refiere Olcott, como dirigido a dicho Maestro (2ª serie, pág. 65), comienza con las palabras: "Pedid a Gulab-Sing que telegrafíe a Olcott las órdenes dadas ayer por mi conducto en la gruta, como después veremos."

[xliv] Para la debida comprensión de este extraño encuentro de Mooljce con dicho Adepto hindú, conviene recordar que, al principio del capítulo que transcribimos, Olcott ha narrado que H. P. B., estando en Bombay, había tomado con Mooljee solo unn coche, y después de hacerle vagar por los caminos de los alrededores hasta unas nueve millas, sin saber dónde iban, descendió aquélla frente a una espléndida quinta, a orillas del mar, encargándole antes mucho "que no bajase del coche si estimaba en algo su vida". En la quinta la recibió el mismo venerable y gigantesco hindú que ahora acaba de ver pasar en el tren Mooljee; y después de haber conversado dentro del hotel con él, H. P. B. le trajo de parte de dicho Maestro un gran ramillete de rosas para Olcott, ramillete idéntico a este otro que ahora le entregaba; y es lo más extraño del caso aquel que Mooljee conocía palmo a palmo los alrededores de Bombay, pero no conocía el hotel misterioso; y cuando luego apostó con otro que le sería fácil volver a él, !no pudo volver a encontrarle por más que hizo, porque, como dice Olcott, se le había cebado un maya o velo astral sobre sus ojos, al modo de tantos otros lugares encantados que narran las leyendas de todos los tiempos y países.

[xlv] Anteriormente hemos respetado la transcripción inglesa "Moljee Thackersey" que mantiene el texto. Ahora damos la de "el mulji Thackerscy", que en español nos parece más académica.

[xlvi] *El tesoro de los lagos de Somiedo*, pág. 24.

[xlvii] Pese a la observación de Olcott, el símil resulta exacto si se considera que la gota de lluvia pasa al mar; disuelve en él varias substancias con las que luego se alimenta la ostra y con la que ella elabora la perla.

[xlviii] Este Toro o *Bos bos* de los primitivos accadio-caldeos, no es sino la consabida *Vaca Sagrada* y Primieval (véase *De gentes del otro mundo*), a la que se refiere el texto del *Yasna* (traducción de Sales y Ferré), cuando dice:

"Zarathustra pregunta: "¡Oh, Ahura-Mazda, muy santo espíritu, creador de los mundos existentes, verídico! ¿Cuál fue, ¡oh, Ahura-Mazda!, la palabra que existió antes que el Cielo, antes que el Agua, antes que la Tierra, *antes que la Vaca,* antes que el Árbol, antes que el Fuego, hijo de Ahura-Mazda, antes que el hombre verídico, antes que los devas y los animales carnívoros, antes que el Universo, antes que todo el bien creado por Mazda y que tiene su germen en la verdad?"

"Ahura-Mazda responde: "Te lo diré, muy santo Zarathustra: fue la totalidad del Verbo creador. Existió antes que el Cielo, antes que el Agua, antes que la Tierra, antes que la Vaca…"

"Tal es la totalidad del Verbo creado, ¡oh, muy santo Zarathustra!, que aun cuando no se la pronuncie ni recite, compensa otras cien oraciones emanadas que no son pronunciadas ni recitadas, ni cantadas. Y aquel que, en

este mundo que existe, ¡oh, muy santo Zarathustra!, se acuerda de la totalidad del Verbo creador, o la profiere cuando la recuerda, o la canta cuando la profiere, o la celebra cuando la canta, yo conduciré su alma tres veces al través del puente del mundo mejor, hacia la mejor existencia, hacia la mejor verdad, hacia los mejores días."

"Yo he pronunciado esta palabra que contiene el Verbo y la virtud, para crear este Cielo, antes de la creación del Agua, de la Tierra, del Arbol, de la Vaca, antes que naciera el hombre verídico de dos pies."

[xlix] *Hacia la Gnosis,* artículo último sobre *Los senderos hacia la Teosofía,* y *Conferencias teosóficas en América del Sur,* t. II. pág. 92.

[l] *París. Maisonneuve et Compagnie,* 15 Quai Voltaire, 1870. – tomo de LIII + 66 páginas, en 4º, seguido de otras 26 con el texto chino.

[li] Véase nuestra Biblioteca de la Maravillas, t. II, capítulo III, de *La Piedra cúbica.*

[lii] Cambiamos la manera de escribir el nombre de estos dos Maestros, teniendo en cuenta la índole de la fonética francesa que escribe *ou* para pronunciar *u* y que, por tanto, escribe dichos nombres siempre con *ou*: Wou-wang y Houan-kung.

[liii] Consignada en la página 54 de nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista.*

[liv] Estos son los Titanes o Atlantes de la mala ley que aparecen en cien pasajes de *La Doctrina Secreta.*

[lv] Con este pasaje se vienen a dar los cuatro puntos cardinales: *Hien* es el O.; *Fu-sang,* el E,; *Jo*, el N., y el conductor de la Luna hacia el S. No pocos sostienen que *Fu-sang* es una alusión a América, y *Jo*, a la luz de las auroras boreales, que en aquellos países sustituyen al Sol.

[lvi] Otros varios pájaros simbólicos figuran en el poema *Li-Sao*, entre ellos el ave *Tchin*. símbolo de la Magia Negra, especie de arpía, cuyas plumas venenosas se dice dan la muerte al hombre; el *Ti-kuey* mencionado en el poema *Chi-king,* cuyo canto se oye sólo dos veces por año, una al comenzar la primavera y otra al caer la hoja de los árboles; pájaro agorero y mítico que recuerda al extremeño de la *caragontía*, según el cantar que dice:

Yo soy la caragontía,
no tengo noche ni día,
y quien me llegue a escuchar
cerca tiene su agonía.

aunque en otro sentido esta *caragontía* equivalga en sus malos presagios al cuervo, que figura en la fundación de Roma, en la muerte de *Sigfredo* y en tantos otros pasajes míticos. El chi-kin, por la rareza de su canto, viene a ser como nuestro cisne, del que se dice que sólo lanza su dolorosa endecha al tiempo de morir. Otro pájaro, el *Hiong-kieu,* equivale e nuestra urraca, y es símbolo de los hombres vulgares y mediocres.

[lvii] Seguimos siempre con la posible fidelidad el texto del Marqués de Hervey, quien al llegar a estos nombres dice que su altísima significación astronómica es casi imposible de traducir a lenguaje europeo. El primero equivale a *probidad suprema,* y el segundo, a *equilibrio celeste,* es decir, en suma, concordancia absoluta de la

Tierra con los Cielos, o de la divina escuadra fija, siempre en ángulo recto y el compás variable humano, que, abriéndose o *perfeccionándose*, viene a demarcar también, como la escuadra-tipo, otro ángulo recto.

[lviii] Esta frase equivale a la evangélica de "¡Sed astutos como la serpiente y candidos como la paloma!"

[lix] En uno de los próximos tomos de nuestra Biblioteca de las Maravillas trataremos acerca de esta importante cuestión de los Origen es matemáticos o *calcidios* del Alfabeto.

"El gran astrónomo orientalista Bailly –dice César Cantú– colocó el origen de las ciencias en cierto pueblo del lago Baikal, a 50 grados de latitud, de donde ellas pasaron a los atlantes de la Atlántida, más tarde a los etíopes y de éstos luego a las cuatro naciones más antiguas del mundo: India, Persia, Caldea y Egipto."

[lx] *Urda* es el nombre de uno de nuestros pueblos de la Mancha, y *Uxda* otro; *Uxda* hay uno o más pueblos en el Atlas africano. Verdaderamente son de admirar estas concomitancias de nombre, y también la seriación no interrumpida de altiplanicies, siguiendo casi un paralelo terrestre; es a saber: el Central que nos ocupa; los del *Turkestan*; el *Irán*, la *Armenia*, la *Hungria-Bohemia* y la meseta española, que tantas semejanzas tiene en pequeño con las que nos ocupan.

[lxi] Principalmente en nuestros libros *Hacia la Gnosis* y *Conferencias teosóficas en América del Sur*.

[lxii] Renunciaremos aquí a ponderar la necesidad científica en que se halla ya la cultura occidental de hacer obligatoria la cremación de los cadáveres, como siempre se practicó en la más culta antigüedad. Ello, así como la horrible posibilidad en que todos nos encontramos de ser un día enterrados vivos, ha sido largamente tratado en nuestro libro *Hacia la Gnosis*, capítulo de *La Muerte, su verdad y sus mentiras,* al que nos permitimos remitir a nuestros lectores. La rápida combustión por la pira, además, y la lenta combustión por *eremacausia*, en la que acaba todo enterramiento, no difieren en su esencia para que científicamente puedan defenderse como distintas.

[lxiii] A esta frase contestaron los Adeptos de la Buena Ley: –"Unámonos para resistir", y por ello las últimas frases que pronunció la Maestra al morir, en la tarde del 8 de mayo de 1891, fueron, dirigiéndose a sus discípulos: "–¡Manteneos siempre unidos, para que no sea estéril esta mi última encarnación!" En cuanto a las eternas tendencias dominadoras de todas las teocracias y los engaños de que ellas hacen siempre víctimas a los Estados como a los individuos, ya nuestro gran Castelar dijo: Cuando el Estado se propone salvar la Religión, se extiende la teocracia; pero la religión no se salva. En vano el Estado maldijo a Thales: del alma de Thales nació Pitágoras. En vano obligó a Pitágoras a misterioso silencio: de aquel silencio nació, andando el tiempo, la vivísima idea de Xenophanes. En vano desterró a Xenophanes, porque vino Sócrates. En vano dió la cicuta a Sócrates, porque al pie de su sepulcro donde parecía enterrada para siempre la conciencia humana, brotaron Platón y Aristóteles, las dos fases de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos caras del espíritu. La cicuta de los tiranos mató a Sócrates de un día, pero no pudo matar al Sócrates de todos los tiempos. El paganismo herido se moría. Cuando en la eternidad sonó su última hora, nada pudo el Imperio, nada pudieron las legiones, nada los magistrados, nada las fuerzas colosales de Roma para salvarlo. Yo no conozco reacción más grande e inteligente que la sostenida por Juliano. ¿Y qué alcanzó aquel joven con todas las fuerzas del Estado a su disposición? Nada. Un día fue al templo de Apolo en Dafne, por él restaurado, y no encontró flores en el altar, ni ofrendas en el ara, ni coros que repitiesen los antiguos cánticos sacros, ni

adoradores que llevaran las copas de oro a los labios para ofrecer las antiguos libaciones; porque el Estado podrá mandar abrir las puertas de los templos de piedra, pero no puede abrir las puertas del templo espiritual de la conciencia, cuya misteriosa llave es la fe.

[lxiv] No se para en los *nacionalismos* semejante tarea anarquista y demoledora, sino que en los pueblos débiles es ya un grado por bajo, o sea *regionalismo*, y aun *localismo* y *familiarismo*, hasta acabar, sin máscaras, en lo único que ella es: en Egoísmo.

[lxv] Dejándolo a la completa responsabilidad del articulista, corto de un periódico: "*Animales que lloran.* – Un animal que llora es el oso. Cuando estos animales presienten su muerte, lloran copiosamente en silencio, y poco antes de exhalar el último suspiro, sollozan como pudiera hacerlo un hombre. Si a una jirafa se la hiere, llora aun cuando no sea el dolor muy grande; parece que deplora, más que el sufrimiento, el que se la haya estropeado la piel, o que acaso la repugne la vista de la sangre al modo de la repugnancia que el armiño siente al ver manchado su albo pelaje, lo que le lleva hasta a perder la vida. Los elefantes, cuando están en cautividad, lloran incesantemente, porque no les gusta estar presos. El delfín llora cuando va a morir, y de sus ojos saltan lágrimas como si fuera una persona humana."

[lxvi] El historiador Scherr, en sus *Dos mil años de Historia alemana,* dice (página 217 de la edición española de Montaner): "En el Vaticano, donde reinaba un fastuoso médico con el nombre de León X, se vivía opulentamente, mientras en Alemania circulaban los Breves de indulgencias. Pero se necesitaba más dinero a causa de la gigantesca construcción de la Basílica de San Pedro, la cual, principiada por Bramante, continuada por Rafael, coronada por Miguel Ángel con su maravillosa cúpula y acabada más tarde por Bernin, consumía cantidades inmensas. Por eso la venta de indulgencia debía hacerse en mayor escala en los países habitados por los "bárbaros del Norte". Quizá este tráfico hubiera pasado también esta vez sin obstáculos y proporcionado pingues beneficios, si el fraile dominicado Tetzel hubiera ejercido su misión menos ruidosamente. Pero, después de abierta en Sajonia su tienda ambulante, y pregonadas sus "indulgencias", para conseguir el perdón de los pecados, despertóse la conciencia alemana en el Doctor Martín Lutero, fraile agustino y profesor de Teología en la Universidad de Wittenberg, fundada hacía poco en el electorado de Sajonia. En 31 de octubre de 1517 clavó en el portal de la iglesia del castillo de Wittenberg 95 tesis dirigidas contra el escandaloso tráfico de indulgencias, ofreciéndose, según la costumbre de entonces, a defender y sostener esta tesis por escrito u oralmente contra cualquiera que la atacara. El ruido de los martillazos al clavar aquel pedazo de papel dió la señal de la revolución religiosa.

[lxvii] Muy gráficamente ha expresado este principio cabalista el vate portugués Mucio Teixeira en su poesía titulada *La Evolução*, donde canta:

Morri no mineral, para nascer na planta,

Fui pedra e fui semen te;
Brillci no diamante e no cnstal luzente,
E fer em mim seu ninho o passaro que canta,
Na plante adormeci, e despcrtei un dia
No animal, que move os musculos e anda;
Percorri apressado urna senda sombria
Vendo indistintamente uma luz na outra banda.
Do animal passel para as fórmas do homem,
E seudo homem estou muito perto do Anjo;
So assim chegarei aos circulas que abranjo
Com a Razão, que anida as duvidas consomem.
Poderei amanhã voar, batendo as azas
Pela vasta amplidão constelada dos céos
Faisca, que desceu ás cimas e ás brazas,
Ascenderei mais tarde a Eterna Luz, que é Deus.

También nuestro Salvador Rueda ha cantado, en otra poesía bellísima, esta evolución diciendo:

El pez es un comienzo de innumera escalera,
el bruto es una grada, el ave un escalón,
otro compás la piedra, otro peldaño el agua,
y el vegetal es otro desdoble trepador…
Desde el principio obscuro de las edades viene
el hombre quizá en varia perenne mutación;
igual que una película de líneas, y pasando
de mariposa leve hasta elefante atroz.
Quizá yo he sido un tiempo rodante onda de río,
quizás en mármol ciego mi vida palpitó,
y he sido luego planta, y he sido luego pájaro,
y he sido después lluvia, y he sido después flor.
Pez, me anegué en colores; rama, me orlé de rosas;
ola del mar, lo grande mi sér sublimizó;
concha, he tenido perlas; perla, he tenido luces;
,luz. he tenido prismas triunfantes de color.
Fiera, en mi zarpa tuve vibrando la tragedia;
hierro, he regido el rayo que sobre mí cayó;
ávida esponja luego, me emborraché de agua;
piedra preciosa luego, me emborraché de sol…

[lxviii] *Pensamientos acerca de los elementales*, por H. P. Blavatsky: revista *Sophía* de Madrid (1893), páginas 191 a 213.

[lxix] Para el *Vishnú Purana*, los *Urdhwasrota* son dioses, así llamados, porque la sola vista de los alimentos hace para ellos el papel de la comida, pues, como dicen los clásicos, "hay una satisfacción suprema en la sola contemplación de la Ambrosía" (Maná, Soma, o Alimento Celeste).

[lxx] *Sub-mundanos*, o sean *Los Elementarios de la Cábala*, es la *Historia de Espíritus* vuelta a imprimir copiada de la obra del abate Villars titulada *Phisio-Astro-Mystic*, en donde se quiere demostrar que existen en la Tierra numerosas criaturas racionales además del hombre. Batle Rober H. Fryer, 1866.

[lxxi] De aquí tantas monstruosidades y obscenidades de los capiteles románicos y de las más valiosas sillerías de coro de las catedrales, en las que el artista quiso representar gráficamente estas cosas.

En cuanto a estos temibles *esposos* íncubos y súcubos, véase la "Curiosa demanda de divorcio" que inserta la revista espiritista *Luz, Unión y Verdad,* de Barcelona (noviembre de 1917):

"En la ciudad de Kansas (Estados Unidos), se presentó recientemente una extraña demanda de divorcio por la señora Grace Meloin Duval contra su marido, el capitán de ejército Arthur Jean Duval, alegando que éste le era infiel con una "novia astral", a la cual dedicaba todas sus afecciones, y que invisiblemente dominaba en su hogar.

La señora Duval, en su petición, declara que el amor invisible de su marido estaba constantemente alrededor de ellos, dictando los detalles de los menesteres domésticos y formulando tales demandas para satisfacción de sus deseos espirituales, que la vida para ella se hacía insoportable. Añade en su escrito, que ella no era sino una esposa con delegación de poderes. Si su esposo le regalaba flores eran las que ordenaba la cónyuge espiritual; si le compraba alguna alhaja era la que se le antojaba a la esposa invisible. Si la llevaba al teatro, era para ver la representación por sus ojos, y entre otros argumentos, dice que siempre le había gustado usar trajes de colores alegres; pero desde el comienzo de su matrimonio, su marido insistió en que debía llevar los vestidos de color azul. Solamente después vino a averiguar -cuando la singular condición dual de domesticidad le fue revelada- que el azul era el color favorito de la esposa invisible del capitán Duval y que usando estos trajes desempeñaba un papel ridículo.

La decisión de este caso extraordinario pende de la resolución que torne el juez Daniel I. Bird de]a "Misouri Circuit Court".

El capitán Duval, por su parte, no ha presentado oposición al juicio en el que ha declarado lo siguiente:

-Mi esposa no es persona de mala fe, pero estoy muy apenado de su descontento. Yo no puedo evitar los hechos. He tratado de dominar mi voluntad, de complacerla en todo lo que humanamente me ha sido posible, y no he podido, lucho con fuerzas superiores a todas mis facultades y no me

ha sido posible evitar el triste desenlace de nuestras relaciones matrimoniales. Acataré el fallo del Tribunal.

De su marido, la señora Duval, nada malo tiene que decir. Reconoce que es cariñoso, correcto y considerado. Su única queja se funda en que no puede soportar por más tiempo un estado de poligamia espiritual que ha durado tres años.

–La historia de este caso es la siguiente:

El Sr. Duval, que es dos veces mayor que su esposa, la conoció cuando era empleada en un establecimiento comercial de Kansas. El capitán era viudo, con mucho dinero. Impresionó a la muchacha con su impetuosidad y manifestaciones de cariño. Le propuso el matrimonio, se casaron, fueron felices, pero al poco tiempo Grace comenzó a notar en su esposo una inquietud y conducta extrañas.

Un día lo sorprendió en su habitación hablando solo, y desde entonces se dedicó a averiguar la causa de aquellos soliloquios de su marido.

Poco a poco fué descubriendo una aventura romántica de su marido con una cantante de café, de nombre Lois Weatherly, muy hermosa y de agradable voz, que se negó a casarse con el Sr. Duval, hasta no completar su educación musical. Para apresurar el matrimonio el capitán envió a su prometida a Berlín, con el objeto de que adelantara en la enseñanza del canto y casarse con ella; pero la implacable se apoderó de la hermosa Lois y fue en terrada en Berlín.

Allí quedó el cuerpo de la muchacha; pero parece que su espíritu se apoderó del capitán y fue quien le ordenó que tomara por esposa a Grace, para que, a través del cuerpo físico de ella, pudiera la esposa astral disfrutar de las delicias terrenales de la vida matrimonial.

Al principio creyó la señora Duval que se trataba de una debilidad cerebral de su marido; pero los hechos le demostraron que no era así; cualquier proposición que exponía la señora Duval, no encontraba aceptación en su marido, sin previa consulta al espíritu. El Sr. Duval daba vuelta hacia el fantasma invisible, y le hablaba como si realmente estuviera presente en la habitación. Si ella aprobaba las indicaciones de salir a alguna parte hecha por Grace, el marido consentía en los planes de su esposa carnal. Si la espiritual desaprobaba, el Sr. Duval se negaba a complacer a su esposa legitima.

A veces la llamaba Lois en vez de Grace, y le decía a ésta que así lo deseaba la muerta. Las fotografías de la cantante estaban diseminadas por las habitaciones de la casa del matrimonio Duval. Una vez que Grace intentó recoger los retratos y esconderlos se produjo una escena tal de violencia,

que temerosa desistió de su propósito. Lo más extraordinario en la vida de estos tres seres, es la de tener el capitán Sr. Duval en su casa una habitación destinada exclusivamente para la esposa invisible.

El juicio seguido por la demanda de la señora Duval, ha causado gran sensación en la sociedad del Estado de Missouri, y especialmente entre los amigos personales del capitán, muy estimado y apreciado como marido devoto y cariñoso hacia su esposa. El capitán Duval es un financiero experto, y socialmente hablando un hombre instruido que ha viajado mucho, y entendido en política."

[lxxii] "*Sub-Mundane* o *The Elementaries of the Cabala,* con un apéndice ilustrado de la obra *Demoniality o Incubi and Succubi,* por el reverendo P. Sinistrari de Amando. La Contestación dada (página 133) por un supuesto diablo a San Antonio respecto de la corporeidad de los *íncubos* y *súcubos*, sería, quizá, oportuna aquí. Habiendo preguntado el bendito San Antonio quién era él, el enanito del bosque contestó: "Soy un mortal de los habitantes del Desierto, a quienes los gentiles adoran bajo los nombres de faunos, sátiros e íncubos –o "Espíritus de los muertos", pudo añadir–". Esta es una narración de San Jerónimo, quien creía del todo en ella. Nosotros la creemos también así, aunque con algunas variantes" –termina diciendo Blavatsky.

[lxxiii] Aquí tenemos desde el comienzo de la obra de Fernández y González a la Magia necromante a que aludían los textos antes transcritos de H. P. B., probando una vez más que el Ocultismo práctico no puede ser ejercido por nosotros en nuestro estado actual de evolución. Sometidos por el sexo a una verdadera tiranía animal, es nuestro deber el tratar de elevarnos dentro de nuestra condición humana, hacia mundos mejores, en los que seguramente el sexo ha de ser dominado por la virtud y transcendido por el esfuerzo, al modo de esa "conquista de los Cielos por la violencia", de que nos habla el Evangelio.

En otros términos, nuestra vida en la tierra, en la que somos a la manera de los prisioneros de la Cárcel de Platón, no es sino una ruda prueba: la prueba de Un animal humano –que dirían los positivistas– que aspira nada menos que a alcanzar esos estados superhumanos de la evolución a los que la tradición religiosa universal ha llamado superhombres, héroes, dioses, devas, ángeles, espíritus, jina, adeptos, maestros, hermanos mayores, magos, etc., etc. … No siendo, en efecto, el hombre ordinario un sér perfecto ni muchísimo menos, insensato sería creerle cima de la evolución. No permitiendo la Naturaleza, por otra parte, saltos ni soluciones de continuidad en la senda evolutiva, es lógico inferir que entre nosotros y la Suprema Causa, que anima al Cosmos, se intermedian infinitos seres; acaso muchos más de los 330 millones de entidades de que nos hablan los libros puránicos. De ellos sabemos en realidad tan poco, como la planta o la piedra pueden saber de los animales o del hombre.

Ya lo dijo, repetimos, el aforismo cabalista de que "el mineral se transforma en vegetal; el vegetal, en animal, el animal, en hombre; el

hombre, en un espíritu, y el espíritu en un dios" … los dioses de todas las teologías del mundo.

Pero, aunque el número de los seres superiores al hombre fuese prácticamente infinito, es probable que algunos de ellos -los menos superiores, sin duda, "nuestros afines del piso de por cima", valga la frase- tengan, hayan tenido en la historia y puedan tener en lo futuro, relaciones con el hombre. El camino, sin. embargo, para contrastar esta sensata hipótesis es, pues, triple, a saber:

a) La observación atenta de nuestro sér y de nuestra vida, el *gnoscete ipsum* socrático, ya que todo hombre que ponga la mano en su conciencia no puede menos que comprender que lo *Desconocido* nos ha rozado más de una vez con su ala de Misterio, a lo largo de nuestra vida, tanto en infinitas nonadas de salvación o de perdición inevitable, cuanto en esos momentos solemnes y decisivos de aquélla, que se llaman: crisis orgánicas de la niñez, la pubertad, la virilidad, la *edad de los Cristos,* elección de carrera, elección de esposa, elección de domicilio, de partido político, de orientación científica, filosófica o artística, etc., etc.

b) La atenta e imparcial consideración del pasado, o sea lo que llamaremos, para entendemos, *acción del Ocultismo a lo largo de la Historia,* es decir, a lo largo de la vida de la Humanidad, considerada como un conjunto, en el que tampoco faltan ni las nonadas de salvación o de ruina de los pueblos, ni los momentos solemnes y decisivos de sus guerras, alianzas, emigraciones, composiciones y descomposiciones, como organismos vivos que son ellos, regidos por las leyes que hoy estudia la sociología.

c) *La vía heroica,* en fin, que pudiéramos decir; la vía gallarda en la que el hombre sabio y puro se encara con el Misterio mismo que nos cerca, como los héroes de la leyenda con sus monstruos respectivos, para arrancarle el Secreto Mágico, la Palabra Perdida, con cuyo conocimiento supremo pasar pueda de hombre a superhombre.

No hay que decir que este último camino -atajo o sendero de espinas, por mejor decir, que, al modo del célebre puente de *Sirat* árabe, es más delgado que filo de navaja y cuelga fantástico sobre un abismo de perdición- es un procedimiento nada recomendable ni práctico, un procedimiento que sería, además, ultra-insensato, mientras no le precediese el más perfecto dominio de los otros dos, como sería insensata locura la del joven ignorante que entrase con los ojos vendados y con una vela encendida en las manos en un polvorín, que se colase de rondón por las puertas de un laboratorio de química y empezase a experimentar con sus diversos reactivos sin tener la menor ilustración teórica previa acerca de sus propiedades y reacciones.

De aquí el que este último o tercer procedimiento, aun en el caso más favorable, presuponga el perfecto dominio previo de los otros dos; y ¿quién es el hombre que puede gloriarse de sondar lo futuro, que es hijo de lo pasado dentro del eterno devenir de los siglos, si no conoce a fondo, o sea en su esencia, el pasado mismo, es decir, la secreta acción del Ocultismo en la Historia? ¿Quién el que puede creerse perfecto conocedor de sí mismo, mientras le domine un prejuicio, un error, una ignorancia y sobre todo un vicio?

La operatoria quirúrgica es mortal sin la asepsia física; la operatoria mágica es más mortal aún, puesto que mata el alma, a no tener como elemento de salvación la asepsia moral que suponen la ciencia y las virtudes.

Esto quiere decir que, si el Ocultismo práctico está erizado de peligros, el Ocultismo teórico, representado por la Historia y por el *gnoscete ipsum*, no sólo nos es asequible, sino que hasta resulta recomendable a todo hombre sincero que quiera elevarse un tanto de la vulgaridad que nos rodea.

Pero hay una parte en este Ocultismo teórico que ni es historia sola ni es sólo conocimiento de uno mismo. Algo, sin duda real o histórico, en su núcleo, pero revestido del ropaje exuberante de la imaginación creadora, cual la concreción caliza de la perla en torno de un grano de arena; algo, en fin, que, bajo el velo de la fábula, que es la Verdad con el ropaje de la Mentira, envuelve casi siempre los más estupendos hechos y las revelaciones más íntimas. Este algo es la Literatura y la Poesía, por que, como dice Blavatsky, el velo poético ha servido en todo tiempo para disfrazar a los ojos de los profanos conocimientos y enseñanzas que, leyendo entre líneas, saben atrapar los elegidos.

"A los vulgares les hablo por parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan", dice Jesús.

De aquí la importancia inmensa que en todo tiempo y lugar ha tenido, para bien como para mal, la obra literaria: obra siempre iniciática, transcendente, maravillosa, como no ignora ningún elevado, y en la que, ora por gruesas pepitas, corno en las grandes epopeyas simbólicas y en todas las obras maestras de la literatura universal, ora por ínfimas pajuelas en las obras más mediocres, puede obtenerse, mezcladas con toneladas de inútil ganga, el *Oro del Conocimiento.*

No quiere decir esto que todo literato o poeta sea precisamente un ocultista -al menos un ocultista consciente-, sino que en la índole misma de toda inspiración literaria entra la intervención, directa o indirecta de esos seres superiores al hombre, de los que antes hablábamos, llámense ellos *numen, daimon familiar* de Sócrates, *egerias*, o, colectivamente,

musas, cual si el escritor, a bien decir el artista, fuese las más de las veces una especie de *medium* de la clase más alta, *que escribe lo que de arriba se le dicta.*

En otras ocasiones es un autor moderno que, dotado de selecto gusto, liba inspiración en obras más antiguas, que a veces no son sino verdaderas obras maestras que yacían sepultadas en el olvido.

Tal ha debido suceder, a nuestro juicio, con la linda y poco conocida novelita que nos ocupa.

[lxxiv] Esta es la eterna y simbólica gacela o "Vaca astral de las cinco patas" que figura en tantas leyendas de *Las mil y una noches* cuanto en la leyenda dorada cristiana. Véase si no la cierva que alimentaba en la gruta de la selva del Ródano al fundador San Gil.

[lxxv] La frase popular "es un tuno de siete suelos", corrompida en "un tuno de siete suelas", tiene su origen en esta clase de leyendas de los siete sucesivos subterráneos aladinese e iniciáticos.

[lxxvi] La necromancia de este encantador de la confluencia del río Azul con el Nilo, complicó aún más la situación novelesca, produciendo por sus malas artes a tres impias mujeres-murciélagos, encargadas de vampirizar a los mortales con lúbricos ensueños de imposible amor, o sea a Djeidah, Zahra y Obeidad. Por supuesto, que estas tres mujeres-flores u ondinas perversas, no son sino el terrible enigma de los sueños eróticos, de los que tan fácilmente se pasa a los vicios solitarios, que vampirizan y "dejan sin gota de sangre" a los infelices que caen bajo su influjo funesto, tan contrario al verdadero amor entre el hombre y la mujer, base de la continuidad de la vida en la Tierra. La hermana y reina de estas tres mujeres-vampiros, o perversas *mujeres-flores,* la Kundry, por decirlo así, es la funesta hermosura de la irresistible Betsabé, de la que, reveladora, dice la obra a Kelb-namir, cuando va a ser una de sus víctimas (pág. 218):

–Yo soy Betsabé, el hada de los amores impuros –añadió con acento dulce e incitante la aparición–; yo soy la que, encerrada en la forma de un vampiro, halago el sueño de los amores insensatos y protejo a los que arden en su fuego. Yo puedo dar el amor, a cambio de la eternidad…

Y, en efecto, el loco Kelb-namir, con la imaginación del ensueño onánico, consigue unirse a la infeliz Sayaradur, creyendo ella que el que se la une es su marido –otra forma recíproca del mismo ensueño.

De aquí que al asesinar exasperada Sayaradur al intruso Kelb-namir, le dé la muerte *sin que la víctima suelte una gota de sangre* (porque se trata del *doble astral*, no del físico) y de que cuando va a ocultar el supuesto cadáver, se encuentre con que ha desaparecido.

Betsabé, pues, es el eterno argumento de perdición de los vicios solitarios, o sea *de los imposibles amorosos.* De aquí que caigan en sus brazos de mujer-vampiro, todos cuanros héroes de esta historia, persigan locos un imposible amor, junto con una criminal ambición. Tal sucede primero al citado Kelb-namir con la esposa de su víctima, el emir Abu-Djeouar; tal sucede luego con esta Herodias-Kundry, con esta diablesa originaria que no tuvo nacimiento ni muerte, ni conoció el divino don de la compasión, al sugestionar con su ambición y perder al príncipe Juzef, llegando a conseguir de él hasta que robase el trono a su hermano y asesinase a su propio padre. Tal sucedió, en fin, con el juglar Djeouar, cuando le invocó ante su imposible amor hacia su hermana Noemí –otra forma del mito wagneriano de Sigmundo y Siglinda.

Esta mujer-murciélago del nocturno ensueño y sus tres *hermanas-flores,* que de igual modo pierden también a los tres valles de Málaga, Comares y Guadix, está condenada al sino más fatal, al de yacer eternamente sumida en lo profundo, en el *Hades* de la condenación, una vez que la Humanidad –con el puro amor ario– destierra del mundo las delectaciones solitarias con un mejor y más sensato régimen del sexo, que no tenga en pie esos antros tantas veces sodomíticos que se llaman el convento, el hospital, el presidio, etc., es decir, en el soñado día en que aquélla, representada por los prodigios del reinado de Alhamar el de *Arjona*, el *Arjuna* o Parsifal del *Bhagavad-Gita,* alce su palacio o *Torres de los siete pisos,* y sepulte para siempre en los siete abismos de su base estos espectros vampíricos, creaciones de la humana magia, que han causado más daño que todas las guerras y enfermedades del mundo, a pretexto más de una vez de huir el hombre de la llamada *sensualidad*, que no es lo que hoy se cree, sino la entrega del hombre a la tiránica soberanía de los sentidos, último resto que de su evolución natural le queda, de igual modo que la palabra *lujuria* o *luxuria* no proviene de la inevitable unión sexual, sino de *lujo, ostentación, vanidad, ambiciones, pecados capitales,* y, en suma, del sensualismo, tan distinto de la función del sexo que nuestro grado actual de evolución nos impone.

Volvamos a las complicadas historias de los descendientes de Eblis y Nurminasoh, o sea la familia caída de los Abu-Djeouar, representación de esta Humanidad caída en todas las miserias, desde que sus padres, *los hijos de Dios,* vieron la hermosura de sus madres, la *Lilith* o montruos-hembras, a quienes la Biblia llama *las hijas de los hombres*.

Adviértase la inversión que suele acaecer entre el arianismo y el semitismo, en punto al mito amoroso del Alma humana y su Divino Espíritu.

Sigfredo y Brunhilda son la personificación del primero, y Psiquis y Eros, las del segundo. Aquí en estas leyendas, base de la obra, es como si *las hijas de Dios,* a la inversa, se hubiesen unido a los *hijos de los hombres.*

En esta familia, típicamente humana, en que son contados los buenos y son legión los réprobos, la *Historia de los siete murciélagos* nos muestra al primer hijo de Abu-Djeouar, muerto en edad temprana; al segundo, Absalón, adjurando de la primitiva religión por el amor de una maldita hebrea, y recibiendo encadenada de su tercer hermano Djeouar, a la impúdica Betsabé.

Este Djeouar, alma de casi toda la *Historia* en cuestión, y prototipo de tantos tristes mortales, tiene la vida más extraña y atormentada que darse puede. Primero fue ambicioso, fracasó y fue preso. "No pudiendo dominar a los fuertes, no creyendo en el poder de los débiles, aborreció a los primeros y despreció a los segundos. El aborrecimiento y el desprecio para con sus semejantes le hicieron egoísta, y el egoísmo le hizo cruel". Pensando en ser rico, se hizo juglar; las juglerías le llevaron a la mala magia y pudo así conocer al temible necromante egipcio padre de Betsabé y de las otras tres mujeres-murciélagos, clave de conocimiento astral que le permitió obtener el anillo del rey Salomón y con él lograr todos sus deseos… excepto el amor de Noemí, su hermana de madre, por lo cual cayó víctima de Betsabé, quien, como viejo que ya era, no le pudo amar, pero sí le acompañó errante por el mundo en todas sus juguerías. .

Al ver Betsabé que ni ella sola ni auxiliada por sus hermanas habían podido contrarrestar el poder y el ataque de estas mujeres-vampiros –igual que, a pesar de todo, consigue encadenarlas la Humanidad por él representada–, condenó a Djeouar a ser la eterna víctima de un amor insensato e imposible… ¡El mismo Ideal de Amor que tan en vano persigue la Humanidad! Aprisionada Betsabé con cadena de oro cubierta de signos cabalísticos, siguió a Djeouar en su errante y juglaresco destino. Éste, sin embargo, se acordó cierto día de que el mago, madre de aquélla, le había dicho:

"–Con el talismán que te he dado, serás poderoso hasta el punto de crear seres a tu antojo, pero guárdate bien de hacerlo, porque perderás tu poder y serás como los demás hombres."

A pesar de ello, Djeouar quiso asemejarse al Espíritu Inmenso. al Creador, creando una mujer hermosa como la que acompañó al primer hombre en el Paraíso. La evocó y la vió, como se ve un relámpago o una aparición, pero al par Djeouar se encontró de repente al pie de la palmera de la confluencia del Nilo y el Barh-el-Arcah, donde había tenido la visión de la

barquita encantada que le había llevado hasta el antro del hechicero, padre de Betsabé, que yacía a su lado encadenada.

"–No sueñas, no –le dijo el hada leyendo en su pensamiento–, cuanto has visto es verdad, pero esta verdad sólo existe para nosotros. Ahora soy una mortal como tú, y tengo necesidades como tú. Tú, serás juglar; yo tocaré la guzla y bailaré. Betsabé le aborrecía como esclava; le despreciaba como mujer y le inspiraba como hada desgarradores pensamientos amorosos. Nunca existió hombre más desdichado que Djeouar."

Un día en que habían reunido suficiente oro, le dijo Betsabé;

"–Ahora mismo, en el Aldzar de Aben-Sal-Chem, hay una mujer próxima a dar a luz una niña, y esa niña se llamará Wahdah (Amor). Antes de ser púber, será esclava, pero desde los quince años será sultana. Un rey poderoso la dará su amor, pero antes ella habrá amado a otro y ese otro serás tú. Tus sufrimientos acabarán el día en que devuelvas la calavera de nuestro padre a su tumba de Egipto."

Hízolo así Djeouar, y al punto quedó transformado en un sér joven… El mismo a quien en su cacería, en Cairván, vió de niña Wahdah, amándole y acarreando su perdición, por mano de su propio hermano, el judío Absalón. También trajo el libro azul de las profecías. Mientras leía en el libro, adormecidas en el alquicel de Djeouar, fueron trasladados mágicamente a Cairván el padre, la madre. la nilia. Djeonar y Betsabé…

Absalón, cierto día, velaba el cadáver de su esposa sin tener para darla sepultura. Se le presentó su hermano Djeouar y le dió una tablita de amuleto, para que, cuando Wahdah, vendida por su padre Aben-Sal-Chem, fuese mayor, la protegiese.

Sayaradur, Noemi y Wadah, es, pues, una sucesión de mujeres (abuela, madre e hija) que *por el espíritu* y la ley *son esposas de la Humanidad buena* (Abu-Djeouar, Alhamar el rey y *Sigfredo*-Djeouar el joven o el *rejuvenecido*, símbolos de esta Humanidad mísera y atormentada). Pero estas esposas les son arrebatadas por malas artes por sus rivales respectivos: Muza-Kalb-Namir, Aben-Sal-Chem y Absalón. El primero (Muza), apela para ello al vampirismo de Betsabé; el segundo, al crimen contra Abu-Djeouar; y el tercero, a *la compra,* o sea al soborno y a la simonia, pero todos tienen su castigo: Muza-Kelb-Namir, condenándose como Eblis, como antes Aben-el-Nurwaddallá, como Aben-Zohayr y como después Aben-Sal-Chem… y los tres valíes de Málaga, Comares y Guadix.

Sólo hay dos hombres que lograron escapar a la maldición y perdición final de las mujeres-murciélagos, que son Djeouar y Juzef. El primero, gracias a su acto de justicia de retornar la calavera del hechicero a su tumba, y el segundo, gracias al amor de Alhamal, su padre, por él asesinado, que, sin embargo, le perdonó. Este Juzef es, pues, una especie de Jacob que quiere arrebatar la primogenitura a su hermano Mohamet.

Todos los detalles relativos a cómo los genios alzan en una noche la Alhambrá, equivalen al cómo los gigantes alzan la Walhalla en *El Anillo del Nibelungo.* Alhamar Wotan, sin embargo, paga con la muerte su atrevimiento, *envenenado por su propio hijo*. Juzef-Sigfredo, bajo las infames sugestiones de Betsabé, que es aquí una *anti-Brunhilda;* es decir, el reverso de aquella walkyria nórtica, prototipo ideal del alma humana en divino consorcio con el Supremo Espíritu que la cobija.

[lxxvii] Este pasaje parece idéntico al de *El oro del Rhin,* de Wagner, cuando, al despertar, ve Wotan a lo lejos el maravilloso palacio de la *Walhalla*, alzado por los gigantes. Es igual que el mito de las huries-walkyrias, una prueba más del enlace intimo que media entre el mito nórtico y el árabe.

[lxxviii] Véase sobre esto el capítulo *Astronomía y Astrología.* t. II, de nuestras *Conferencias Teosóficas en América del Sur*.

[lxxix] Véase el capitulo XIV de nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista,* acerca del particular.

[lxxx] Éste es el fundamento de la Magia. En cuanto a la finalidad u objetivo de esta Ciencia Única, de esta Ciencia, nadie lo ha expresado mejor que un Maestro a Sinnett, al decirle: "La obra propia de la Magia es la de humanizar nuestras naturalezas por la compasión. ¡Un inmenso amor para la Humanidad toda entera, porque la Humanidad es el gran huérfano, el único desterrado en esta Tierra, y todo hombre capaz de una impulsión generosa está obligado a hacer algo, por poco que sea, para su bienestar. (Sinnett, *El Mundo Oculto*). Esta gran viuda de la Humanidad tiene su altísimo simbolismo en los welsungos de Wagner (véase *La Walkyria*) y en la Masonería.

[lxxxi] El sacrificio humano se practicó hasta los tiempos mismos de la dominación de Roma. A ellos se refieren Platón: "Minos" (trad. Cousin, tomo XIII, 35) y Teophrasto, al decir de Porfirio. ("De abstinentia". L, II, I, 21, 26, 32, 43, 53, y 55; I, III, 25; L, IV, 20). Los curetas de Creta inmolaban niños a Zeus, antes de que los darías introdujesen el culto de Apolo, y aunque Cecrops abolió en Atica los sacrificios humanos, su propio hijo fué inmolado. Eschylo en las *Euménides* dice que Lycaón, rey de Arcadia e hijo de Pelasgus, fue transformado en lobo por haber sacrificado un niño a Zeus en el Liceo. Aristodemo, siguiendo el oráculo de Delphos, tuvo el patriotismo de sacrificar a su propio hijo. Como dice, en fin, Fustel de Coulanges, en *La Cite Antique,* los arios, al introducir su culto patriarcal de Zeus y Apolo, no destronaron con facilidad a Cronos y a las Euménides de

Arcadia. La estatua de Artemisa de Brauron (junto a los célebres campos de Maratón), la diosa de los sacrificios humanos, fue robada de Táurida, por Ifigenia, según la leyenda. A Praxíteles, el gran artista, se le atribuye una estatua de esta diosa sanguinaria, venerada en todo el Asia Menor (Pausanias, I, 33, y IV, 46). Todas estas interesantes citas son del libro de Bertrand.

Aun hoy el sacrificio humano continúa. Sin hablar de la Inquisición, de tan reciente como triste recuerdo –ya que en sus autos de Fe no hacía sino reproducir piadosamente, o en nombre del Dios de Amor, aquella antiquísima e infame costumbre idolátrica: ni de toros y boxeos en que más de una vez se inmolan hombres, ni de esa pavorosa *cuestión social*, que inmola impía a la triste diosa del *Hambre* a muchos de nuestros hermanos, y al Moloch de las guerras por codicia otra buena parte–, tenemos las curiosas notas que A. Bertrand toma de la *Exploración del Norte de Siberia,* por el almirante Wrangel, quien refiere que "en la feria de Ortrownaya se desarrolló una enfermedad contagiosa. Consultados los *chamanos* (sacerdotes-adivinos o brujos, característicos de todas las viejas razas nórticas) por el pueblo, en apariencia cristiano, de los tschukla, les dijeron aquellos que los espíritus exigían el sacrificio del anciano Kotschen, el caudillo más venerado por el pueblo. Las gentes se resistieron en un principio a tamaña enormidad, pero al fin el mismo caudillo se hubo de presentar voluntariamente como víctima expiatoria. Nadie se atrevía a herirle, hasta que el pueblo obligó a practicar la inmolación ¡a su propio hijo!…Y honradamente hablando, sin ánimo de ofender en lo más mínimo sentimientos piadosos, ¿no hay algo de eso que llaman los historiógrafos "supervivencia ancestral" o influencias inconscientes y rutinarias de viejas supersticiones olvidadas, en la manera como el vulgo musulmán toma el sacrificio cruento que por consejo de los dioses estuvo a punto de hacer Ben Motalid en la persona de Abdalah, su hijo querido, y padre que fue luego del Instructor Mahoma cuando se estipuló como precio de la vida del hombre cien camellos, y en la manera sangrienta, idolátrica y de sacrificio humano, no ya de Abraham disponiéndose a inmolar a Isaac, o del Idomeneo griego en la persona de su propio hijo, sino del propio Padre Eterno, recibiendo la preciosa Vida de Su Hijo también en expiación cruenta (y no siempre útil y agradecida) de lo pecados de los hombres? Predicaciones hemos oído en más de un templo católico hasta de las grandes ciudades, en los que oradores elocuentes y grandes coloristas dramáticos, han descripto la tragedia del Calvario con viveza tal, que no parecía sino que ella desplegaba todos sus fúnebres horrores ante nuestros ojos ni más ni menos

que ante los ojos de los espectadores de los sacrificios humanos de Tenedos, Chios, Chipre, Rodas, etc., ya referidos… Verdaderamente es hora ya de descrucificar al Cristo, y reproducir sólo Su divina Imagen, de la manera sabia como se alza en la nevada cumbre de los Andes uniendo para siempre a dos honrados pueblos -la Argentina y Chile- que en un día de locura estuvieron a punto de empeñarse en guerra fraticida… es a saber: puesto en pie, sereno, iluminado por la Luz de lo Infinito, al lado de la cruz en que se apoya como en un báculo, a cuatro mil y pico de metros sobre nuestras miserias de humanas bestias, caminando sobre la nieve inmaculada de la altura, con igual firmeza que antaño sobre las aguas azules del lago de Tiberiades… Ése, sí, es el verdadero Cristo, el Pastor Santo del divino Fray Luis de León en aquellas estrofas inmortales de su oda "A la ascesión del Señor" que dicen:

"¿Y dejas, Pastor Santo
tu grey en este valle, hondo, obscuro,
con soledad y llanto?
¿Y tú, rompiendo el puro
aire, te vas a lo inmortal seguro?
…………………………………….
…………………………………….
¡Cuán rico tú le alejas;
cuán pobres, y cuán tristes, ay, nos dejas!

porque la Ascensión al Ideal, y no la crucifixión sangrienta a guisa de aquellos otros sacrificios paganos, es lo que hay que representar a los hombres.

[lxxxii] El significado de esta palabra en la lengua francesa es: "llanura pantanosa de las Indias Orientales, cubierta de arboles y de altas hierbas y que habitan los tigres". Procede del sánscrito. (N. del T.)

[lxxxiii] Siempre hemos creído que el mito de las huríes no es privativo del Corán, sino que, con ligeras variantes, es característico de toda una civilización atlante o prehistórica. En nuestra obra acerca de Wagner, mitólogo y ocultista, El drama musical de Wagner y los Misterios de la antigüedad, hemos hablado de las walkyrias como verdaderas huríes en el más alto de los simbolísmos. En Las mil y una noches abundan también semejantes huríes, que, a bien decir, son del mito universal.

[lxxxiv] El nombre latino de este animal es el de dama, y estaba consagrado a la Luna. Por aquí se ve, pues, otro cabo mítico y necromante, relativo a la Hécate. o Luna de las regiones infernales. La Durga exterminadora y sensual, que comparte con el dios Siva la odiosa tarea de la renovación del mundo por la muerte. Es también la diosa Melania (del griego melas, negro), la diosa del Deseo y de la Muerte; la de los mágicos humos negros de los mayas que la denominaban con un nombre equivalente al de "el espejo negro que humea". De aquí el ambijarse los sacerdotes oficiantes con el negro uli.

[lxxxv] Todo cuanto el hombre se hace la ilusión de inventar, no es sino la modificación mejor o peor de lo antes conocido; así la forma de las fatídicas horcas medioevales, como la de piedra que aún se ve en cierto sitio del

Perú, no son sino modificaciones del primitivo molde dolménico, como es fácil apreciar. Por cierto, que del caudillo de la emancipación sudamericana contra España cuenta Montalbán que, al ir camino del suplicio, dibujó con carbón al salir de su celda, el jeroglífico del sacrificio, consistente en un circulo cortado por una cuerda, jeroglífico que no es sino el de IO escrito de un modo siniestro o irregular, es decir, con una cuerda en vez de un diamétro, cuerda que divide al circulo en dos mitades desiguales.

[lxxxvi] Es cosa que hace meditar al filósofo amigo de los estudios de religiones comparadas, el hecho de que a toda sangre, principalmente a la sangre humana, se la conceda tamaña importancia totémica o talismánica en todo pueblo antiguo o moderno sellado con el triste estigma del semitismo. Decimos esto, porque no hay página de la Biblia donde no suene la palabra sangre, junta con la de guerra, tormento, muerte y mil otras del lamentable léxico de la humana inferioridad y el humano dolor. ¡Qué de cosas también no se dicen ya que no se hace también en el Judaísmo, Cristianismo y Mahometismo, siempre a base de la palabra fatídica! Es más, el falso religionismo al uso moderno, que de cristiano no tiene, en verdad, sino el nombre, cuenta instituciones monásticas, a juicio nuestro nada canónicas, tales como la de Los hermanos de la Preciosa Sangre; adoradores de las divinas Llagas; de los Corazones de Jesús y de María, etc., etc., cosas que, ni aún en mero símbolo, pueden admitirse por una religión verdaderamente fundada en el Evangelio y en la tradición apostólica, y que no están sancionadas por decreto de ningún Concilio! "Quien tenga oídos para oír, que oiga", diremos para no prolongar este comentario ni buscar contiendas lamentables siempre con aquellos a quienes su ignorancia les tiene ciegos aún.

[lxxxvii] En el sentido de fuerza diabólica debe entenderse únicamente la acción de las entidades que habitan el astral, o de corrientes o fuerzas que animan este plano.

[lxxxviii] Historia de los Sucesos de la Nueva España, por Fray Bernardino de Sahagun.

[lxxxix] Inserto en las revistas Shopia (1893), Philadelphia (tomo II) y el Nuevo Mundo del 8 de febrero de 1918.

[xc] El tesoro de los lagos de Somiedo. Parte primera.

[xci] A Chipicalli (la lengua gitana). Conceptos sobre ella en el mundo profano y en el erudito; diccionario gitano-español y español-gitano (3.000 voces): Modelos de conjugación, historietas, chascarrillos, etc., por J. Tineo Rebolledo, un tomo en colombier, con 248 pags. Granada, F. Gómez de la Cruz, 1900.

[xcii] El catedrático D. Juan Gelabert y Gordiola, en el prólogo de su Manual de lengua sánscrita (Madrid, 1890), da extensa relación de la multitud de lenguas drávidas y de las derivadas del sánscrito que aún son habladas en la India.

[xciii] Magic et Religion dans l'Afrique du Nord, publications de la Société Musulmane du Maghrib (Mogreb), par Edmond Doutté, prof. de l'Ecole Superieure des lettre d'Alger. Un tomo, en 4º, Alger, Jourdan, 1908, con 617 págs.

[xciv] El tesoro de los lagos de Somiedo. Parte I, cap. III.

[xcv] Alexandre Bertrand: La religion des Galois – Les Druides et le Drudisme.

[xcvi] Véase la interesantísima obra del argentino Dr. Arturo Capdevilla, titulada Darma – Influencias de Oriente en el Derecho de Roma (Córdoba, Argentina. 1915).

[xcvii] ¡Cuánto han variado los tiempos!... Hoy, en el Catolicismo, hacerse sacerdote significa precisamente lo contrario: la completa renuncia a la santidad del hogar del hombre, la mujer y los hijos en aras de un ascetismo violento, que sólo debería venir suavemente con los años, y que no siempre es seguido, con graves trastornos sociales en más de una ocasión.

[xcviii] Creemos que esta frase alude "al pelo rubio", de los bhils o *turopeos* citados en el articulo anterior.

[xcix] Hoy, por sus abusos, no es fórmula legal.

[c] Véase *De gentes del otro mundo,* capítulo de *La Vaca religiosa y su símbolo.*

[ci] De aquí, sin duda, por la influencia oriental en España, tantas veces indicada, la frase consagrada de "pedir la mano" de la mujer al padre o a quien haga sus veces.

[cii] El nirvana nunca fue la anulación, sino la suprema apoteosis de nuestra alma al anegarse en el piélago infinito de la Divinidad plenamente consciente y feliz, como no se anulan nuestros sentimientos individuales cuando sentimos el amor patrio, ni nuestros sentimientos artísticos cuando nos sumergimos en la inefable contemplación de la obra de los maestros.

[ciii] Este triste semitismo es el que ha dado lugar a conceptos acerca de la mujer, tales como estos que copio de los libros llamados santos:

La maldad de la mujer es la suma malicia. –No hay peor cabeza que la cabeza de la culebra ni ira como la ira de la mujer. –Mejor sería morar con un dragón o con un león que habitar con una mala mujer. –La malignidad de la mujer inmuta su cara y obscurece su rostro como un oso. –Toda malicia es pequeña ante la malicia de la mujer. –La mujer para el hombre quiera es como subida arenosa para viejos. –Si la mujer tuviera autoridad sería contraria a la de su marido. –De la mujer nació el pecado y por ella morimos todos. –Separa a la mujer mala de tus carnes para que no abuse de ti. –La mujer celosa es llanto y dolor de corazón. Su lengua es un azote. –Toda la maldad del hombre sale de la mujer. etc., etc.

[civ] "La Mujer es la Señora del Señor y su verdadera dominadora, dice la sentencia egipcia citada por H. P. B. en las págs. 389 y 410 del t. III de *La Doctrina Secreta*."

[cv] Marcos, c. XII, v. 25.

[cvi] El admirable Gómez-Carrillo, en una de sus más deliciosas crónicas, comentaba el terror con que las gentes de la reacción, con máscara de patriarcalismo, veían el progresivo avance de la mujer y su creciente libertad en las grandes urbes, preguntándose al verlas solas y libres doquiera como el otro sexo: –¡Adónde irán, Señor, sin la compañía de *sus amos,* los hombres! –Nunca es más respetada la mujer que en tales países, ni menos respetada que en aquellos otros, como el nuestro, y en los cuales, todo este falso concepto de desigualdad social informa al teatro durante varios siglos, con sus infiernos de celos musulmanes; venganzas de honra, etc., etc., sobre el que tan lo habría que decir.

Cervantes pone en boca de Don Quijote, en su endecha de respuesta a la osadía de la *nautche* Altisidora, aquellos famosos versos que dicen:

Los andantes caballeros
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

[cvii] La obra es un hermoso tomo en 4º mayor con 404 páginas, y en ella, tras la interesante figura de Sigüenza, surge con inusitado esplendor la de Don Benito Arias Montano, como demostramos extensamente en el quinto tomo de esta Biblioteca, tomo que bajo el título *De Sevilla al Yucatán, viaje ocultista a través de la Atlántida de Platón*, comienza a publicar con ilustraciones del cultísimo médico radiólogo. Dr. D. José Manuel de Puelles. la acreditadísima revista poligráfica *Vida y Ciencia*, de Sevilla.

[cviii] Es del más alto interés, para el filólogo como para el teósofo, el meditar sobre lo que nos dice la Maestra H. P. B. acerca del Zohar y sus cinco métodos de investigación ocultista.

Pasarán, en efecto, lustros y hasta siglos antes de que los inauditos tesoros de la obra de Blavatsky puedan ser medianamente descubiertos por la Humanidad. Cualquier rincón, la nota más ínfima de *La Doctrina Secreta,* encubre, para quien estudia y medita, todo un mundo de revelaciones.

Así, por ejemplo, en la sección X del tomo III, al hablar de los varios sistemas ocultos para la interpretación de letras y números, nos dice la Maestra que "no es lícito exponer en una obra impresa los métodos transcendentales de la *Cábala*, pero si describir los múltiples procedimientos geométricos y aritméticos con los que pueden interpretarse ciertos símbolos". Y añade: "Los métodos de investigación contenidos en el *Zohar* o *El Libro del Esplendor* son de muy difícil práctica e imposibles de comprender para cualquier cabalista que no domine su ciencia con perfecta maestría, pues comprenden las cinco lecciones o partes tituladas respectivamente: *Gematría, Notáricon. Temura. Albath y Algath.*"

Digamos algo por nuestra cuenta de esas cinco disciplinas ocultas.

La palabra *Gematría* es, para la Maestra, una metátesis de la griega *Gramateia*, o sea de la Gramática, en su más alta y trascendente extensión. Acaso su nombre simbólico viene, en efecto, de la *gema* o *gemma* latina, equivalente a joya, piedra preciosa o tesoro del saber, ya que nada hay tan precioso como la clave filológica para esclarecer el misterio del pasado, cuando olvidara el hombre "el primitivo lenguaje de las aves" para aprender las primeras hablas aglutinantes, que no fueron en su origen sino meras combinaciones numéricas como hemos demostrado en diferentes libros. ¿No dicen que conociste tú el lenguaje de las aves? -pregunta el perverso Hagen a Sigfrido poco antes de darle muerte anunciada por los cuervos en *El Ocaso de los Dioses* de *El Anillo de Nibelungo,* de Wagner-. -¡Desde que conocí el lenguaje de las mujeres olvidé el de las aves! -responde Sigfrido en

notable aserción ocultista sobre la que no se ha meditado bastante, porque equivale a la revelación de que el hombre dejó su positivo estado superior al adquirir al par en la Tercera Raza-Raíz o lemuriana: la mente y el sexo, perdiendo a la par la intuición y la inocencia de aquellos hombres alados de que Platón habló.

Esta *Gematría* o *Gramateia*, no era, por descontado, lo que hoy entendemos por Gramática, sino una verdadera síntesis filológica en que las raíces bilíteras y trilíteras del idioma troncal o primitivo pasarón de números a letras. Dicho idioma secreto fue el *zenzar*, palabra acaso compuesta de estas dos *zend* y *zar*, *shar* o *shah*, que es como si dijéramos el *zendo real*, el ario o iranio sacerdotal y casi divino, del que derivó primero el sánscrito y después los hijos o hermanos menores del sánscrito, tales como el zendo parsi, el pelhevi, el gótico-lituano, el griego, el latín, etc., etc.

En la *Gramateia*, por otra parte, debieron estudiarse cosas muy profundas, tales como el simbolismo del número *pí*, o razón de la circunferencia al diámetro, que es a su vez el simbolismo de IO, de Isis, de la *Tau*, de la *svástica* y de la sagrada cifra IO, símbolo a su vez de todo el sistema de la numeración, es decir, de toda la Matemática, así como de toda idea generativa de la masculino-femenino, de la paternidad y filiación (pithar, pitri, pater, padre, pétera. etc.), según el pormenor tratamos de esclarecer en el segundo tomo de nuestra Biblioteca de las Maravillas, titulada *De gentes del otro Mundo.*

Claro que por la *Gramateia* se pasaba así en seguida al llamado simbolismo pitagórico, heredado de la India y el Egipto, simbolismo inagotable y profundísimo, del que es buena prueba, verbigracia, la famosísima proposición 47 de Euclides, llamada el teorema de Pitágoras (aunque Pitágoras no fuese el inventor, sino más bien el introductor entre los griegos); teorema que, en Occidente se expresa así: “el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos”, mientras que en Egipto acaso se expresó de este otro modo más genérico “el teorema de la desposada”, que alguien, sin saber por qué, ha dicho;

----- 2 --- 2 ----- 2

Osiris + Isis = Horus (Osiris cuadrado, es decir, *la perfección de Osiris,* más Isis cuadrada, es decir, *la perfección de Isis,* es igual al cuadrado de Horus) y dando a Osiris, lao o lod, de los hebreos, el valor masculino de 3 (o la Triada Superior de Kether, Chohmah y Binah), y a Isis su valor femenino de 4, o sea del Cuaternario Inferior, Heva, la Materia, etc., tendremos:

$$3^2 + 4^2 = 5^2$$

o bien:

$$9 + 16 = 25$$

que en lenguaje cabalístico equivale a decir que la actuación del Espíritu sobre la Materia, y de la Materia sobre el Espíritu, produce la *Mente Divina* (Horus, Viraj, el Hijo), representada siempre por la Pentalfa o el cinco.

Y restando de los dos miembros de aquella igualdad, ora el valor Osiris, ora el valor Isis, tendremos otras dos fórmulas de este modo:

$$\text{Horus}^2 - \text{Osiris}^2 = \text{Isis}^2$$

$$\text{Horus}^2 - \text{Isis}^2 - \text{Osiris}^2$$

que en lenguaje vulgar expresan que la Mente, menos el Espíritu, es Materia; y la Mente, menos la Materia, es Espíritu, prueba notoria de su dualidad misteriosa y terrible

Claro es que el asunto se podría continuar muy extensamente, si lo permitiesen los límites de esta nota. Pero no por ello agotaríamos el símbolo, pues lo que caracteriza a todo simbolismo, en abstracto, es la posibilidad que nos ofrece de deducir infinitas consecuencias, según sea el punto de vista que adoptemos, cual sucede en Geometría con las leyes de los triángulos que pueden aplicarse a infinitos triángulos concretos, sin que por ello se altere o se agote lo más mínimo el simbolismo geométrico de las leyes aplicadas a cada uno.

La Maestra nos dice después que *Notáricon* viene a ser como *Taquigrafía*. Pero es sabido que todos los simbolismos taquigráficos, con los que hoy abreviamos la escritura ordinaria para seguirla con igual o mayor velocidad que el lenguaje hablado, no son entre nosotros sino fragmentos de una gran figura general y típica a la manera, aunque mucho más sencilla, de aquella otra figura fundamental y geométrica de la Cábala, tal como dice Blavatsky que aparece en el *Libro caldeo de los Números,* y que, aunque desconocida hoy en las bibliotecas de Europa, ha sido citada repetidamente por Arnaldo de Vilanova en su *Glosario filosófico;* Francisco Arnufi, en su *Opus de Lápide,* y sobre todo Raimundo Lull en su tratado de *Ab Angclis Opus Divinum de Quinta Essencia*. Dicha *matriz* o *patrón* de la moderna Taquigrafía, en efecto, recuerda no poco, con su circunferencia y sus diámetros, los jeroglíficos del IO y del lt, ith o Id que hemos estudiado en los capitulo

V y X de nuestra citada obra. Los primeros simbolismos alfabéticos del mundo (el sánscrito, el gaedhélico estudiado en el capítulo VII de la misma, el ibérico, el rúnico, etc.), no son tampoco sino restos de un verdadero *Notáricon* cabalístico que, descubierto, nos daría casi el don de lenguas, pues podríamos leer las escrituras de los pueblos más distantes en el espacio y en el tiempo, al modo de como chinos y japoneses se entienden por escrito, aunque oralmente parezcan sus respectivas lenguas por completo distintas.

El espionaje alemán antes y después de esta guerra, por su parte, parece haber usado también de un verdadero *Notáricon* a su modo en aquellos dibujos simbólicos de parques y fortalezas en los que cada árbol era, por ejemplo, un cañón, cada persona un artillero, cada casita un depósito de municiones, cada camino una galería cubierta, etc.. no de otro modo que es clásico entre los vagabundos gitanos y demás gente bohemia (*zíngaros*, es decir arios de la primitiva *Zungaria*, la puerta occidental y más accesible del Tíbet) el usar semejantes convencionalismos para, sin verse, entenderse y prevenirse; y así, el camarada que llega por primera vez a un pueblo, sabe en seguida, al ver, por ejemplo, círculos pintarrajeados en las paredes, que en aquella casa dan limosna, y que no la dan en aquellas que tienen cruces; o que hay un perro peligroso en aquellas otras donde se ostenta la señal de alarma; o que hay guardia civil, policías, peligro, etc., según las señales respectivas del camarada que antes pasó por allí y lo supo y lo dejó simbólicamente escrito en un *Notáricon* especial del que ellos solos poseen la clave.

La tercera sección o método del *Zohar* es la *Temura* o *permutatoria*, "procedimiento que opera determinadas combinaciones y cambios en los alfabetos".

Yo no sé bien si *Temura* es equivalente más o menos a la *Temulencia* y al *Temulentus* latinos, palabras equivalentes a su vez, en el sentido materialista y profano ulterior, a nuestras palabras *embriaguez* y ebrio, expresadas en griego por las de *medusma* y *medusa* o *medusas*; pero si, en efecto, mediase un cierto parentesco mayor o menor entre aquella y estas palabras, acaso podríamos explicarnos aquello de penetrar Orfeo en los infiernos gracias a haber cortado antes y presentado al terrible Cancerbero guardián la cabeza de Medusa, reina de las Gorgonas, para rescatar a Eurídice.

De la sangre de Medusa, en efecto, nació el caballo *Pegaso*, es decir, el célebre *caballo dodecápodo,* émulo de la *Vaca de las cinco patas* y del que se habla extensamente en las páginas 363 y siguientes del tomo II de *La*

Doctrina Secreta; caballo originario parsi del que San Juan copiara todos los de su *Apocalipsis*, y que está íntimamente relacionado, según se expresa en la pág. 300, tomo II de la edición primera española de *Isis sin Velo*, con la venida del séptimo Avatar, caballero, según la opinión de algunos brahamanes sabios, sobre el caballo dodecápodo (de 12 pies), denominado Kalki, verdadera personificación del Genio del Mal o del Anticristo, como San Juan diría. El desenvolvimiento de este extraño asunto nos llevaría muchas y muy curiosas páginas.

Aceptando, por una parte, las palabras latinas de *Temulentus* y *Temulencia*, como equivalentes, por un lado a la cabalística *Tremura*, y por otra a las nuestras *ebrio* y *embriaguez*, podríamos colegir algo muy curioso relacionado con la famosa embriaguez de Noé cuando plantó la viña –la viña del divino conocimiento, la del iniciático licor ario del *manti* y el *sucra*– y cuando bebió el *vino* de aquel conocimiento. La leyenda exotérica bíblica cuenta que Noé –Enoch o Jaino– dejó al descubierto sus vergüenzas, es decir, los irrevelables secretos de la *Temura*, y que Cam las vió; pero Sem y Jafet las cubrieron con un velo –Velo iniciático, Velo de Isis– para que no se viesen. Degradaicón semejante a la palabra ebrio, que acaso significó antes *estático*, la vemos en la experimentada asimismo por los misterios Báquicos y Eleusinos, que hoy no son sino sinónimos de los más bajos *excesos espirituosos*.

Hay en la *Temura* o coordinatoria filológica algo que el más escéptico positivismo no puede rechazar, y es lo que podríamos llamar *temura bustréfoda*, la más sencilla de todas y la más perfectamente admisible desde el momento en que unas escrituras, las más arcaicas se han trazado de abajo arriba, otras, como el chino y el mogol, de arriba a abajo; otras, como todas las lenguas arias, de izquierda a derecha; y otras, en fin, como todas las mal llamadas lenguas semíticas, de derecha a izquierda. Así, por esta elemental temura, *la tora* o ley mosaica, y el *ator*, *atanor* u hornillo alquímico, tienen conexión, como la tiene el *suthra* o “hilo de oro” ocultista que enlaza los elementos superiores con los inferiores del hombre, con *Arthus*, el celebérrimo rey mitológico que es “hilo de oro” también de la tan ocultista literatura caballeresca, como puede verse en el tomo III de nuestra Biblioteca.

Los casos de escritura *bustréfoda* son muy frecuentes en filología, al escribir pueblos de origen ario con caracteres semíticos, o viceversa, porque semejantes escrituras son siempre al revés de la dirección escrituraria del pueblo respectivo. La palabra latina y castellana de *Roma*, por ejemplo, es la bustréfoda de la palabra *Amor*. Pero, en realidad, hay un

bustréfodo de letras y otro de sílabas, dado que en lenguas como el sánscrito cada consonante lleva implícita la vocal o explícita cualquiera de las otras, y *temura* de estas palabras tendrá que ser silábica, por consiguiente, como la palabra Vaca (del famoso simbolismo de Io), y la palabra *Ca-ba*, del no menos famoso templo prehistórico de la Meca y de su *piedra negra.*

El aparecer la radical *bus*, en el nombre mismo del sistema *bus-tréfodo,* se presta también a extrañas consideraciones, porque en ocultismo teórico y retrospectivo –único que nos es hoy permitido y con ciertas reservas– los problemas y las más sorprendentes inducciones intuitivas se enlazan como las cerezas.

Las *masoras* o *puntos masoréticos,* que tanto han permitido falsear dichas lenguas semíticas, haciendo intercambiables las vocales como es sabido, permitiendo establecer conexiones, por ejemplo, en la *tora* ya dicha, la *rota* simbólica romana; el *tarot* o juego de naipe, y de adivinación cartomántica primitiva; la *tara*, capital mágica de la Zelanda prehistórica; el *ar-at* o asceta indostánica; el *Ar-ar-at* armenio, etc.. etc., en una filología que tiene ya mucho de Matemática Sagrada.

A diario, entre gentes de pueblo se realizan inconscientes y sencillas *temuras* también con el lenguaje patrio respectivo, diciéndose, por ejemplo, *cocretas*, por *croquetas*; *taramas* (leña menuda), por *támaras*; *me se deja*, por *se me deja*, *et sit de coeteris*…

Claro es que la *temura* mal administrada, sin los debidos conocimientos, sobre todo la simbólica, conduce a verdaderas enormidades filológicas, pecado del que acaso nosotros mismos no estamos limpios. Buena prueba de aquello es la demostración de aquel loco de que toda la humanidad caminaba hoy a la locura, puesto que iba guiada por *locomotoras*, o "motoras de locos". por caminos de hierro o *yerro*, es decir, "caminos del error", en *vagones* o "cosas propias para vagos", sin pararse en estación alguna, es decir, "sin tener estabilidad alguna", etc. … pero todo ello nada dice en contra de la *temura* verdadera, que nos es poco menos que desconocida, fuera de los numerosos ejemplos que brotan doquiera en las incomparables páginas de nuestra Maestra, como tampoco dice nada contra la Matemática el que los chicos, las criadas y no pocos, ¡ay!, de los empleados del Estado, se equivoquen en las cuentas, con aquella donosa disconformidad que hizo que Miguel Ardán, el personaje del *Viaje a la Luna,* de Julio Verne, definiese el Algebra como "la ciencia de obtener productos siempre infinitamente variados". Quedan las dos últimas disciplinas del *Albath* y el *Algalh*, sobre

las que no nos dice nada más la citada sección del tomo III de *La Doctrina Secreta.*

Algath, sin embargo, puede acaso ser como *algar*, que en lenguas arcaicas occidentales se ha aplicado siempre para designar todo lo de Occidente y de aquí *algarabía* o habla occidental; *Algarbe*, la región portuguesa más occidental de la occidental Iberia. etc. *Albeth*, entonces, significaría *Oriente* y todo lo con oriental relacionado, como alba, la blanquísima precursora de los iris de la aurora; *albayalde* o "tierra blanca", etc. Si la hipótesis es cierta, estas dos últimas disciplinas de *El Libro del Esplendor* no son sino las respectivas tradiciones o cábalas: la occidental o atlante y la oriental o aria propiamente dicha.

Algath, por otra parte, es acaso el *agla* que se ve repetido en los ángulos de no pocas figuras cabalísticas, como alusión a la Luna y a todo lo con el culto lunar relacionado. Otras veces *agla* está escrito *agra*, por corrupción. Otras, en fin, como en los Códices del Gaedhil, de los que damos un folio en *De gentes del otro mundo*, en vez de *agla* y *agra* aparece escrito *sigla* con manos indicadoras o sin ellas, y verdaderamente que tras estos códices, como tras sus similares de los *Mayas* o del *Anahuac*, está toda la peligrosísima Cábala de Occidente, nada desconocida por cierto para muchos personajes relacionados con el Vaticano y su Colegio cardenalicio.

Digamos, finalmente, con *padre* Pitágoras: "Entre Dioses y Números hay una relación misteriosa", o con los filósofos platónicos discípulos de éste y de Xenócrates de Speusipus, que "Dios formó las cosas, cuando por vez primera aparecieron, según formas y números. Las unas son materia y figura; los otros son abstracción mental, pura e inefable, sobre cuyo secreto mágico efectivo, nada saben, en verdad, los matemáticos de nuestros días."

[cix] En *El tesoro de los lagos de Somiedo*, pág. 229, damos no pocos datos acerca de éste y otros lamentables abusos de la minería y de la política asturiana de hoy, que a montones están derrochando la riqueza de nuestros nietos.

[cx] En *El tesoro de los lagos de Somiedo* se hacen algunas alusiones al mito de Hércules, que se completan, tanto en el capítulo de *De gentes del otro mundo*, como en el tomo V de esta nuestra Biblioteca al tratar del viaje ocultista *De Sevilla al Yucatán*, que empieza a publicar la revista sevillana *Vida y Ciencia*, como antes dijimos.

[cxi] *Hints on Esoteric Philosophy*, págs. 72 y 73.

[cxii] En los comienzos de la S. T. ésta contaba con tres secciones, siendo la primera la formada por aquellos Maestros.

[cxiii] Es hablar de estas cosas uno mismo tan difícil como desagradable y por ello nos vemos forzados a guardar silencio acerca de ciertos hechos extraños que acerca de este particular nos han acaecido. Muchos de ellos, sin embargo, pueden verse relatados en nuestro libro *En el umbral del misterio,* bajo el epígrafe de "Algunos fenómenos extraños de mi vida" y

también en el "Canto de Amor" o prólogo a nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur.* Uno de estos fenómenos, acaecidos al salir en Valparaíso de una de nuestras dichas conferencias, nos ha servido de base para describir en *El tesoro de los lagos de Somiedo* (2ª parte, cap. II), nuestra imaginaria entrevista con el anciano P. Álvaro, del monasterio de Corias, entrevista en la que hemos calcado todo lo más interesante de aquel efectivo encuentro, no con Maestro alguno –que tanto honor no hemos merecido todavia– sino "con la forma astral del maestro mismo, cobijando a uno de nuestros oyentes, un hombre verdaderamente asceta" y que no sólo me sorprendió a mi subjetivamente, sino que actuó más o menos intensamente en muchos de los teósofos que me acompañaban, según pueden testimoniar ellos mismos.

En cuanto a esos Mahatmas que han actuado de un modo ostensible en la vida política de los últimos siglos, la *Royal Maçonic Cydopedia* de Makensie y varias otras obras, como las de Ragón, están llenas de alusiones más o menos veladas, y más o menos conocidas del pueblo masónico y de los que han leído la literatura francesa de Dumas y de otros del siglo XVIII en general. Pero entre todas ellas ninguna acaso tan emocionante y sugestiva como la relativa al extraño personaje histórico que, en vísperas de la Revolución francesa, se hacía llamar El *Conde de Saint-Germain,* verdadero *Apolonio de Tyana* de los tiempos modernos, cuyo retorno *post bellum* acaso no sea ningún imposible, si ha de cumplirse lo que dicen que él dijo antes de desaparecer de los ojos del mundo, cuando los cimientos de éste se conmovían, bastante menos que ahora se conmueven con *La Gran Guerra;* hombre, en fin, que Bulwer Lytton tomó por prototipo para su *Zanoni*, y del que la espiritual escritora I. Cooper Oakley, en *La Verdad,* de Buenos Aires (año V, número 56 y siguientes, 1909-1910), nos da un sugestivo relato que no podemos por menos de reproducir:

"La personalidad del Conde de Saint-Germain –dice antes la Dirección al publicar los documentos de dicha señora– no ha sido jamás bien conocida y la falsa leyenda que circunda su nombre perjudica al alto valor de este ser extraordinario, considerado por unos como hábil charlatán, y por otros como un ser misterioso, dotado de inmenso saber y de unos poderes extraordinarios e inexplicables. Voltaire, cuyo testimonio no es de desdeñar, consideraba al Conde de Saint-Germain como un hombre que poseía un saber universal. En realidad, el Conde de Saint-Germain fue un misionero enviado por los seres superiores que dirigen la Humanidad para tratar de modificar el estado de la sociedad en el siglo XVIII y para dar lo que

faltaba a la Enciclopedia, es decir, una base espiritual para renovar las ideas y las leyes.

Mas los espíritus no estaban aptos para recibir este nuevo impulso espiritual. La resistencia de los privilegiados a operar reformas; la corrupción de la Corte y de la Monarquía; la miseria y hambre crecientes en el pueblo… habían dado por resultado el dirigir los corazones y las inteligencias hacia dos corrientes de intereses diametralmente opuestos; el mantenimiento de los privilegios, por un lado, y su completa abolición por otro. Aunque en la Revolución francesa surgió un gran impulso de sentimientos generosas, éstos no tardaron en ser arrollados por el imperioso empuje de los instintos contenidos por largo tiempo… y la Revolución se ahogó en sangre… Saint-Germain había tratado en vano de hacer presión sobre tales privilegios y sobre la Monarquía para obtener de ella concesiones y reformas que habrían impedido la explosión de las pasiones populares. Después de obtenidas estas concesiones y de mejorado el estado material de la sociedad, semejante reposo físico habría permitido dar… la base moral necesaria… Saint-Germain no tuvo éxito en su obra y desapareció, sin que las gentes volvieran a saber más de él… Ciertas individualidades muy evolucionadas actúan incesantemente, a no dudarlo, sobre la Humanidad… ¿Qué hay, en efecto, más justo y más consolador que el admitir la existencia de esta protección continua ejercida por las grandes almas –o *maha-atmas* (*Mahatmas*)- que han alcanzado la meta evolutiva con el fin de ayudar a las que titubean y vacilan todavía como almas niñas? ¿Por qué encontrar extraordinario el que espíritus muy desarrollados y que, por consiguiente tienen un conocimiento completo de leyes de la naturaleza que nosotros aun ignoramos, puedan, en un momento dado, manifestarse plenamente? No tratemos, pues, con tan reprensible ligereza, la aserción de que altas inteligencias suelen ayudarnos, como lo ha hecho y acaso hará todavía aquel ser que se dió a conocer con dicho nombre en el siglo último… *El Lotus Bleu* de abril de 1898, daba sobre este asunto la opinión del presidente de la S. T. y anunciaba la próxima publicación de documentos inéditos acerca del misterioso conde. Nosotros los damos hoy tal como han sido publicados por la señora Cooper-Oakley, haciendo notar que estos documentos, a pesar de que han sido muy buscados en toda Europa, no contienen sino algunos incidentes de la vida de tan célebre personaje. No ha sido posible encontrar más. Sobre todo, en lo concerniente a Francia, todos cuantos documentos se encontraban antes de 1870 en los archivos del Estado habían sido reunidos en la Prefectura de policía por orden del Emperador y se quemaron en el incendio de este edificio, bajo la Comuna, en

1871. Semejante fatalidad que hace siempre desaparecer toda traza relativa a los enviados ocultos, tal vez se ha reproducido en otra parte. En todo caso los pocos detalles que siguen no dejarán de ser interesantes para nuestros lectores.”

“Los presentes extractos –comienza diciendo la escritora– provienen de ratos y preciosos recuerdos de María Antonieta, recogidos por la Condesa Adhemar, amiga íntima de la Reina y muerta en 1822. No he podido encontrar una sola copia de este raro trabajo en bibliotecas inglesas ni francesas, pero existe felizmente una en Odessa, en la biblioteca de Mme. Fadéef, tía de nuestra maestra y amiga de Mme. Blavatsky, lo que puede aumentar su valor para nosotros. Uno de los miembros de nuestra Sociedad me ha permitido hacer un extracto de los cuatro volúmenes…, pues parece que Mme Adhemar, siguiendo la costumbre de la época, llevó un diario y escribió más tarde sus recuerdo, al tenor de él, intercalando, siempre que había ocasión, notas que se extienden desde 1760 a 1821. En una de esas notas se alude a una profecía del Conde de Saint-Germain, de 1793, en la cual se advertía que se acercaba el triste destino de la Reina y, en respuesta a la pregunta de la dama de si ésta le volvería ya a ver al Conde, éste contestó: –¡Sí, señora, me veréis aún cinco veces más, pero no deseéis que llegue la sexta!– y a continuación la Condesa escribió: “He vuelto a ver a M. de Saint-Germain, y siempre con la más indescriptible sorpresa. Primero, cuando la decapitación de la Reina; luego, en el 18 brumario; la tercera, el día que siguió a la muerte del duque de Enghien: la cuarta, en enero de 1813, y la quinta, la noche del asesinato del duque de Beuy en 1820. Espero la sexta visita cuando Dios lo quiera”. Estas fechas son interesantes a causa de la opinión generalmente adoptada de que Saint-Germain murió en 1780, cuando algunos escritores afirman que lo que hizo sólo fué retirarse del mundo.

Luego la escritora se extiende en el relato de interesantísimas escenas, mágicas a bien decir, acaecidas por el misterioso Conde, entre las siguientes, que sólo citaremos en resumen.

Madame Adhemar cuenta que el Conde se le presentó inopinadamente, como llovida del cielo, a raíz de la muerte de Luis XV, haciendo respecto de su sucesor Luis XVI los presagios más fatídicos si no contenía pronto el creciente descontento popular, separando de su lado a su inepto ministro Maurepas, a cuyo efecto el Conde la proponía que hablase inmediatamente a la Reina para que ella diese al Rey la voz de alarma antes de todo fuera inútil, y citándose con la Condesa para el otro día. Le pregunté entonces,

dice, si iba a establecerse en París, y me contestó que no. -¡Pasará un siglo y más antes de que vuelva a aparecer por Francia! -dijo.

Cuando la Condesa de Adhemar, para cumplir el encargo, visitó a la Reina, después de informada de él ésta, le dijo: "-Es extraño. Ayer he recibido una carta de ese misterioso corresponsal, en la que se me previene que recibiría hoy una comunicación importante que deberé tomar muy en cuenta so pena de mayores desgracias… Le autorizo a usted para que le traiga mañana a Versalles disfrazado con vuestra librea"-. Así se hizo, y el Conde desplegó ante los asombrados ojos de la Reina todo el cuadro moral de los tenores que se avecinaban; mas, como la Reina se sintiese un tanto herida en su orgullo con tan increíble pintura, Saint-Germain contestó con dignidad: -¡Señora, yo no soy súbdito de Vuestra Majestad, y toda obediencia mía, en tal sentido, es un acto gratuito de deferencia! -¿Dónde, pues, ha nacido usted y cuál es su edad? -replicó contrariada la Reina. -En Jerusalén. No me gusta empero decir la edad: eso trae desventura -respondió el Conde.

Alarmadísimo el primer ministro Maurepas al tener noticia de la extraña entrevista, fue al palacio de la Condesa deseoso de adquirir informes acerca de el brujo, para ponerle a buen recaudo en la Bastilla, mas, en el momento mismo que hablaba de ello con sorna, he aquí que se abre inesperadamente, sin previo anuncio alguno, la puerta del gabinete y aparece, sin saber cómo, Saint-Cermain, al espantado favorito, a quien le dijo con desdén olímpico: "-Señor Conde de Maurepas, el Rey os ha pedido un leal consejo y vos no pensáis sino en consolidar vuestra autoridad sobre él, impidiéndome verle. Con ello usted precipita la ruina de la Monarquía, pues yo no cuento sino con tiempo muy limitado que dedicar ya a Francia, y transcurrido ese tiempo yo no seré visto más en ella sino después de tres generaciones consecutivas. He dicho a la Reina cuanto me era permitido decirla. Con el Rey mis revelaciones habrían sido más completas, a no ser por la desgracia de interponerse entre ambos usted. No tendré, pues, nada de que reconvenirme cuando Francia entera caiga en la anarquía más horrible. En cuanto a tales calamidades, usted no las verá, pero el haber dado lugar a ellas será suficiente baldón sobre vuestra memoria. No esperéis otro homenaje alguno de la posteridad, ministro frívolo e inepto! ¡Vuestro nombre figurará al lado de los causantes de la ruina de los Imperios1" -dijo y desapareció. Cuantos esfuerzos se hicieron en el actó para encontrarle, resultaron inútiles.

Esto pasaba en 1788… En 1793, la víspera misma de la ejecución del desgraciado Luis XVI, dice la Condesa, me encontré al regresar a casa un billete concebido en estos términos: "Todo está perdido, Condesa, y este

sol será el último que lucirá sobre La monarquía francesa, que mañana no existirá… Usted no ignora cuántas tentativas he hecho para cambiar el curso de las cosas. Se me ha desdeñado y hoy es ya demasiado tarde. He querido ver la obra que ha preparado el *demonio* de Cagliostro, que es verdaderamente infernal. Manteneos alejada de todo esto; yo velaré por vos: Sed prudente y podéis seguir viviendo cuando la tempestad lo haya destrozado todo en vuestro derredor. Resisto al deseo que tengo de veros, ¡cuántas cosas nos diríamos! Pero usted me pediría lo imposible. No puedo hacer nada por el Rey, nada por la Reina, nada por la familia real, ni tampoco por el señor Duque de Orleans, quien triunfará mañana para, de una sola carrera, escalar el Capitolio y caer luego desde la roca Tarpeya. Sin embargo, si desea encontrarse otra vez con un antiguo amigo, vaya mañana a misa de ocho a Recoletos y entre en la segunda capilla a mano derecha… Firmado: *El Conde de Saint-Germain*".

Al ver esto lancé un grito de sorpresa. El hombre a quien creía muerto desde 1754 y del que no se había vuelto a hablar durante tamos años, reaparecía de repente… No pude casi dormir; me levanté, fatigada, al alba, me trasladé a los Recoletos, apostando de centinela a mi criado. Entré en la capilla. La iglesia estaba desierta, mas, un momento después, vi venir hacia mí a un hombre… Era él, en persona, sí, él, con el mismo rostro de 1760, mientras que el mío estaba ya decrépito y cuajado de arrugas… Viéndome estupefacta, me sonrió y me besó la mano galantemente. Yo estaba tan turbada que le dejé hacerlo a pesar de la santidad del lugar. –¿De dónde ha surgido Usted? –le pregunté. –Vengo de la China y del Japón –repuso. –¡O más bien del otro mundo! –añadí. –¡Muy cerca de allí, a fe mía! –contestó subrayando las primeras palabras: –allá lejos nada parece tan singular como lo que pasa aquí… y siguió comentando los últimos sucesos de Francia, para acabar diciendo: –Os lo he escrito. No puedo hacer ya nada, porque tengo atadas las manos por alguien más poderoso que yo. Hay períodos en los que retroceder es ya imposible; otros en los cuales es necesario que la sentencia pronunciada se ejecute, y acabamos de entrar en este último. –¿Verá usted a la Reina? –preguntéle ansiosa. –No. Ella está destinada. –¡Destinada! ¿a qué? –¡A la muerte! –y después de hablar de cómo la abandonarían todos, añadió solemne: –Todos los Borbones caerán de sus tronos, y en menos de un siglo volverán al rango de simples particulares, y Francia, reino, república, imperio, estado mixto, en fin, atormentada, desgarrada por hábiles tiranos, será presa de ambiciosos sin mérito, dividida y despedazada. Los próximos tiempos nos traerán la caída: dominará el orgullo y se abolirán las distinciones, no por virtud, sino por vanidad

contra la vanidad, y por vanidad se volverá a las mismas… Los franceses jugarán como niños a los títulos, honores y cintajos… y la deuda del Estado pasará de varios miles de millones. –Es usted, en verdad, un terrible profeta –le dije aterrada. ¿Cuándo volveré a ver a usted? –Cinco veces todavía pero no desee usted la sexta–. Y cual si adivinase mi congoja en un momento de silencio lúgubre añadió: –N0 se detenga usted más por mi; hay ya agitación en la ciudad; yo soy como Atahá, he querido ver y he visto; ahora me voy a tornar la posta y dejaras; tengo que hacer un viaje a Suecia, donde se prepara un gran crimen y voy a tratar de prevenirlo: Su Majestad Gustavo III me interesa porque está por encima de su fama… Adiós, pues. –Saint Germain se alejó, dejándome sumida en dolorosa meditación y sin saber qué partido tomar… salí, pregunté a mi fiel criado, que no se había apartado un momento de la puerta, si le había visto…, respondiéndome que no. Se había, pues, tornado invisible, y0 no sabía qué pensar sobre tan espeluznante suceso.” “Esta es la ultima palabra, añade I. Cooper-Oakley, que sobre el misterioso Conde nos ha dejado la señora de Adhemar… ” Él hubiera podido decir, como el evangelista: “Yo soy la voz del que clama en el desierto”, pero ¡ay!, de nada pudieron servir a Francia sus profecías ni su desuno para desviarla del camino de la desgracia en que comenzó a pisar desde aquel día.”

[cxiv] El Maestro copto acaso se llamó Paulos Metamon, según sospechamos por la cita de la página 32, t. I, de la *Historia*: el Maestro segundo ha debido ser Amonio Saccas, Plotino, Jámblico u otro así; en cuanto al tercero, se trata muy probablemente del Maestro de Marco Polo, ya que no de Marco Polo mismo, y respecto al cuarto, sospechamos que es el mismo al que alude luego la *Historia* en la escena 231, t. (capítulo titulado “Posesión aparente por varias entidades”), filósofo platónico, alma pura y uno de los mayores sabios modernos, gloria de su país y ornamento de la raza humana, quien, absorbido completamente en sus estudios, no se había ni dado cuenta de su muerte, estudiando como estaba, en una biblioteca astral, creada por su propia imaginación. Un personaje, en fin, a la manera de lord Bacon, o de Descartes.

[cxv] *Katie King*, como todo el mundo sabe, era el espectro que el físico Williams Crookes vió formarse con la *medium* Miss Florencia Cook, y del que el sabio descubridor del Talio y del estado radiante se ha ocupado en su obra *Medida de la fuerza psíquica*.

[cxvi] Insistimos en la observación de que en todos estos párrafos la palabra espiritualista está tomada en el sentido espiritista.

[cxvii] Digno de ser consultado por el lector es el capítulo primero de la *Historia* de Olcott, en el que narra cómo conoció a H. P. B. con motivo de ciertas famosas manifestaciones espiritistas. La *luz*, el *agua* y el *fuego* intervinieron en los orígenes de la gran obra mundial de entrambos, diremos, si se nos perdona la imagen, por cuanto se ocupaba Olcott en ciertos estudios acerca de los *contadores de agua*, cuando de repente, se

vió impulsado por la corazonada de comprar un periódico" espiritista titulado *Baño de Luz*, donde vió anunciados los fenómenos en cuestión. En el acto marchó a presenciarlos, y allí conoció a H. P. B., siendo su primera conversación motivada, como tantas otras en el mundo, por el simple hecho de ofrecerle aquél a ésta *lumbre* para su cigarro, "encendiéndose así -dice Olcott- un gran fuego, que aun está inextinto".

No menos curiosos son los detalles de lo que Olcott denomina su propia educación ocultista, primero observando los fenómenos espiritistas de la granja de los Eddys; en seguida, viendo influir en ellos con su mera voluntad a la propia H. P. B.; más tarde, recibiendo comunicaciones de todo género del que se decía espíritu de John King, después recibiendo de este pretendido espíritu la confesión de que no era sino un *elemental* al servicio de la voluntad y de los poderes taumatúrgicos de H. P. B., y, por último? viendo realizar a ésta en innumerables ocasiones los estupendos fenómenos de Magia que, tanto en dicha *Historia*, como en la obra de Sinett, *Incidentes de la vida de Madame Blavatsky,* se especifican.

[cxviii] Véase *De gentes del otro mundo,* página 120 y siguientes. En cuanto a este *Valle del Silencio* es famoso, en efecto, por cierta antigua *trapa* araucana o incásica, donde antaño eran confinados durante ciertos días y para que practicasen determinadas ceremonias mágicas relacionadas con los "espíritus del aire", los *trapenses* o *pistacos* más elevados. Estos altos sacerdotes vivían allí durante más o menos tiempo sin llegar a pronunciar la más mínima palabra, pues si contravenían tal prohibición, era seguro que con ella desencadenaban, cual novísimos compañeros de Ulises con los odres del dios Eolo, todos los estragos de la tempestad.

[cxix] Para no extendemos más en esta nota, véanse el capitulo I, *Física y Metafísica,* tomo II de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur* y el capítulo VI, acerca de *Los invisibles,* en *De gentes del otro mundo.*

[cxx] Biblioteca de las Maravillas, t. III, cap. III, sobre *La música como lenguaje iniciático.*

[cxxi] Esta relación simbólica, sintética expresión de la conjugación que mantienen siempre entre sí la materia manifestada (M) y la oculta Energía (E) para determinar la igualitaria constante (C) de todos los seres, puede representarse así: M x E = C y de ella es reflejo la célebre ley química de Dulong y Petit, que dice "que los calores específicos o *energía* de los cuerpos, y sus pesos atómicos o *materia*, es de un valor aproximadamente *constante*, e igual a 6,4, razón por la cual son tanto más energético, o poderosos (*dioses*) los cuerpos cuanto menos *materiales* o pesados son, es decir, menos evolucionadas o manifestados.

[cxxii] Estos detalles y otros mil concordantes con los pasajes que comentamos, pueden verse expuestos en las obras a que aludimos en nuestro *Wagner*, y especialmente en las de D. Cecilio Roda, nuestro llorado expositor de estos asuntos sobre los que no seguimos comentando por haberlo hecho con muchísima más extensión allí, no cabiendo duda, por otra parte, a nadie que lea entre líneas, la intención oculta de la Maestra en estos pasajes bellísimos.

[cxxiii] Tal ha sucedido, en efecto con nuestra *Gran Guerra* contemporánea. El asesinato de dos príncipes austriacos en Sarajevo, en la Bosnia, en junio de 1914, desencadenó la gran tormenta en el que, sucesivamente, se ha ido viendo envuelto el mundo entero.

[cxxiv] No nos propondremos aquí el tristísimo problema kármico del destino ulterior de semejantes egos habituados al crimen; pero aún nos parece mucho mayor el crimen de inducción cometido a mansalva por las

gentes antihumanas que han provocado las grandes catástrofes históricas. Por eso, en nuestro fuero interno, admitimos la metempsicosis y la posible caída de los egos humanos en ese abismo de la existencia animal en el que puedan agotar durante siglos y siglos tan enormes crímenes, a guisa y con cuerpos de fieras carniceras a quienes la Naturaleza, piadosa siempre, les haya antes tendido un velo de maya en su inconsciente, para que no sean, en toda su horrible desnudez, el espantoso abismo en el que yacen caídos.

[cxxv] El hipnotismo es satanismo, ha dicho sentenciosa y sabiamente la Maestra, coincidiendo en esto, como en tantas otras cosas, con el genuino y no falsificado Cristianismo tradicional.

[cxxvi] Aymerich: *El Hipnotismo Prodigioso* (Los fenómenos del espiritismo). Tomo II, páginas 211 y siguientes.

[cxxvii] *Filosofía yoga.* Conferencias dadas en Nueva York, en el invierno de 1895-96, por el swami Vivekananda, sobre el Raja Yoga, o conquista de la naturaleza interna, conteniendo además aforismos del *Yoga de Patanjali* –nosotros diríamos la *Yoga*–, seguidas de comentarios. Traducción de la sexta edición inglesa, por José Granés. M. S. T. Biblioteca Orientalista de R. Maynadé, 1904. En honor de la verdad, y aunque ello acaso sea una mera preocupación por parte nuestra, el libro en cuestión, que está admirablemente hecho, nos desagrada, *por su negrura,* como nos desagrada, pese también a su mérito, la terrible y excéptica joya que se llama el *Kempis.*

[cxxviii] Aun en antiguo castellano la palabra *yoga* tuvo un sentido bajo y deshonesto, equivalente al de yacer con persona de opuesto sexo.

[cxxix] Entre ellos nuestro queridísimo hº y sabio amigo el Dr. Brioude, de la Facultad de Medicina de Sevilla.

[cxxx] Damodar Malavankar fué un joven teósofo de los primeros tiempos de la estancia de los dos fundadores en la India. Olcott consagra el cap. XXXIII, serie 2ª. de su *Historia*. a relatar su desaparición misteriosa cierta mañana, causando la natural intranquilidad al noble Coronel, hasta que a poco halló en su propia cámara un billete del Maestro K. H. diciendo que nadie se preocupase por el joven, pues desde aquel momento quedaba bajo su protección. En efecto, se supo después por un diario que luego de su salida de Adyar (Madrás) se embarcó para Calcuta: de allí pasó a Benarés, Darjeeling, Runjeet, Vecha, Dichbring, Sanaugthay, Sikkin y Xabi, ya estos últimos en las faldas del Himalaya, y desde donde luego devolvió todo su modesto equipaje, continuando su intrépida empresa –en compañía de un misterioso personaje, probablemente algún discípulo del Maestro–, indiferente a los fríos, las ventiscas y nieves y demás horribles dificultades de aquel camino de junto al Nepal, por donde ni la propia H. P. B., en sus primeros tiempos, pudo pasar al Tíbet. Damodar no quiso, sin embargo, conservar otros vestidos que su túnica de asceta, y no llevaba por toda merienda sino una docena de *chapaties* o panecillos sin levadura. Muchos años después han recibido cartas suyas algunas personas de la India; pero para las demás, el animoso héroe pudo considerarse tan desapareado como el propio capitán Seymour que cuenta nuestro texto.